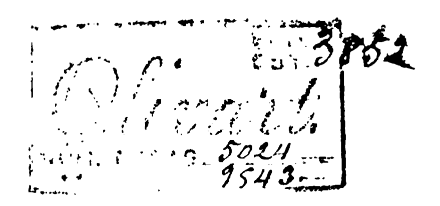


14

# GUERRA DE LA INDEPENDENCIA



# GUERRA

DE

# LA INDEPENDENCIA

## HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA

DE 1808 Á 1814

POR EL GENERAL


D. JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO

Individuo de número de la Real Academia de la Historia


CON UN PRÓLOGO

ESCRITO POR EL EXCELENTÍSIMO TENIENTE GENERAL

D. EDUARDO FERNÁNDEZ SAN ROMÁN

TOMO XIV


MADRID

Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra

—

1903

# CAPÍTULO PRIMERO

## CAMPAÑA DE FRANCIA

Invasión de Francia.—Situación de Wellington.—La de Soult. —Nueva correspondencia de Soult y Suchet.—Estado defensivo de la frontera.—Paso del Bidasoa.—Toma de La Rhune.—Bajas.—Inacción de Wellington.—Sitio y rendición de Pamplona.—Conducta de Wellington ante la Nivelle.—Batalla de la Nivelle.—Ataque de los reductos de Sare.—Freire y Hope.—Muerte de Conroux.—En la izquierda francesa.—Ocupación de Saint-Pée.—Consecuencias.—A un escritor portugués.—Nueva suspensión de las operaciones.—Rendición de Jaca.—Preparativos de Soult. —Política inglesa.—Se reanudan las operaciones.—Jornada del 10 de diciembre.—Resolución de Soult.—Situación de los franceses.—Ataque de los aliados.—Acción de los españoles.—Jornada del 11.— La del 12.—La del 13.—Victoria de los aliados.—Las bajas.—Observaciones.—El general Harispe.—Se piensa en la vuelta de los españoles.—La nueva administración.—Nuevas operaciones.—Acción de Garritz.—Paso del Adour junto á Bayona.—Batalla de Orthez.—El terreno y las fuerzas.—El ataque de los aliados. —Pensamientos de ofensiva en Soult.—El duque de Angulema.—Congreso de Chatillón.—Nuevo arranque de Soult. —Avanzan los aliados.—Combate de Tarbes.—Nueva posición.—Las tropas francesas.—Las aliadas.—Paso del Garona.—Plan de ataque.—Comienza la batalla.—Atacan Freire y Beresford.—Revés de Taupín.—Beresford sube al Calvinet.—Ataque del puente des Domoiselles.—Los españoles en el Calvinet.—La línea del canal y Saint-Cyprien. —Las bajas.—Evacuación de Toulouse.—Observaciones. —Retírase el ejército francés.—Primeras noticias de París. —Armisticio.—La paz.—Bloqueo de Bayona.—Acción de Saint Etienne.—Se emprende el sitio.—Salida del 14. —Hope, prisionero y herido.—Reacción de los aliados.—La paz.—Ocupación de Benasque.—Bloqueo de Santoña.—Estado de la plaza.—Ataque á los fuertes exteriores.—Capitulación rechazada.—La paz general.

Para cuando tenían lugar los sucesos militares que hemos narrado en la última parte del volumen anterior, había invadido la Francia el marqués de Welling- Invasión de Francia.

ton, coronado de los inmarcesibles laureles de Vitoria, de Sorauren y San Marcial. Había necesitado dar descanso á las tropas de su mando que en aquellas tan rudas y sangrientas batallas, como en el tan disputado sitio de San Sebastáin, si revelaron su valor de siempre y su inquebrantable constancia, sufrieron innumerables bajas y fatigas que exigían una pronta reorganización y algún reposo.

Situación de Wellington.

Existían, además, circunstancias varias que iban á exigir larga y honda meditación hasta resolver una empresa más seria, según suele decirse, y más difícil de lo que para algunos hiciera pensar el resultado glorioso de las operaciones que acababan de ejecutar los ejércitos aliados. Si la ocupación de San Sebastián dejaba disponibles fuerzas tan numerosas como las del general Graham, las que un día y otro no cesaban de llegar de Inglaterra y del interior de la Península por tierra y mar desembarcando á las inmediaciones de la frontera en que formaba la masa general del ejército; si por las noticias que le venían á lord Wellington, el mariscal Soult no debía esperar por el pronto más refuerzos que los del reclutamiento recientemente decretado en las provincias inmediatas, tan escaso y poco valioso como llevamos dicho; si las plazas dejadas á retaguardia, aun siendo de tal importancia como Pamplona y Santoña, nunca servirían de estorbo eficaz para seguir avanzando por la derecha del Bidasoa hasta penetrar, sin precaución de esa parte, en el Imperio francés, todavía era necesario tomar en consideración razones, dificultades y obstáculos para detenerse á estudiar un plan ofensivo que no produjera el fracaso de tantos triunfos como los ya conseguidos y la necesidad

de un retroceso, en aquellos momentos, más que en ningún otro, funestísimo. No era, con efecto, de extrañar esa idea de lord Wellington; por que no siendo tampoco extraordinaria una victoria de las armas francesas en el Rhin, tomado en cuenta el portentoso genio del emperador Napoleón, la sola posibilidad de que, si era decisiva, podrían llegarle á Soult refuerzos considerables, quitaría, de seguro, el sueño al generalísimo inglés al forjar en sus veladas el plan de la futura campaña al otro lado del Bidasoa. Los despachos del célebre general nuestro aliado, rebosan de órdenes y órdenes á los generales de los ejércitos de tierra, así inmediatos subordinados suyos como aliados, portugueses ó españoles, para la concentración de sus tropas en la línea de la frontera y destinos respectivos, á los jefes de la escuadra inglesa que seguía sus movimientos para el desembarque de los hombres y de material que llegaban á los puertos próximos, á Cádiz y Lisboa, en demanda de facilidades para el refuerzo y abastecimiento para sus medios de transporte, á Londres, por fin, en solicitud también de noticias de cuanto sucedía en el norte de Europa y de instrucciones militares y políticas á que atemperar su conducta y movimientos. Era, sin embargo, ya su autoridad tan grande; se hallaba tan sólidamente asentado su prestigio dentro y fuera de la Península, que todas las dificultades desaparecían ante su voluntad, más ó menos diplomáticamente expresada, y allanábansele los obstáculos que hemos dicho se le oponían, por más poderosos que para otros se hubieran podido presentar (1).

(1) Es curioso el examen del expediente, pudiéramos lla-

La de Soult. No poseía esos recursos morales y materiales su adversario, el mariscal duque de Dalmacia. Sus recientes reveses en Sorauren y San Marcial le habían arrebatado gran parte de los primeros en aquel ejército que, aun batido tantas veces, todavía esperaba, al verle llegar á la frontera, investido con toda la confianza del Emperador, recuperar la gloriosa reputación de sus anteriores campañas en la Península. En cuanto á los materiales, iban Soult y los que le seguían á verse privados de los en su situación, puede decirse que aislada, les serían del todo necesarios para llenar debidamente su misión. Los que le ofrecía Napoleón eran de poco valor, de eficacia muy dudosa, consistiendo en milicias nacionales destinadas antes á la defensa, mejor dicho, á la vigilancia de una frontera por nadie amenazada seriamente; masas de hombres arrancadas al cuidado de sus hogares, sin disciplina ni práctica de la guerra tal como la hacían sus compatriotas de los ejércitos de tantos años atrás. Escribía la baronesa de Crouseilhes el 3 de diciembre desde Oloron: «Estos desgraciados guardias nacionales se retiran, lo cual provoca medidas de rigor; quieren que se les uniforme porque, si no, prisioneros, son víctimas y tratados como rebeldes: ese temor debe debilitar su denuedo; los de los valles quieren guardar sus montañas; en fin, se

mar, de su dimisión del mando de los ejércitos españoles por la destitución de Castaños y Girón del mando del 4.°, á que nos hemos referido anteriormente. Eran el 5 y el 6 de octubre de aquel año de 1813 y todavía corrían de Lesaca á Cádiz despachos de Wellington á su hermano y á nuestro ministro de la Guerra con la hipócrita renuncia de un mando que nadie deseaba y menos él, sabiendo que ni el gobierno ni las Cortes habrían de aceptarla en las críticas circunstancias en que se hallaba España por aquellos días.

nos debe compadecer. ¡Ah! ¡feliz el que habita lejos de las fronteras!»

¿Qué confianza, pues, deberían inspirar tales soldados? (1).

La única que pudiera abrigar Soult en tales condiciones consistía en la incorporación de las tropas de Suchet á las suyas y, como es de suponer, á sus órdenes, por más que en ocasiones ofreciera dividir el mando y aun subordinarse á su colega, inferior en antigüedad y concepto.

Nueva correspondencia de Soult y Suchet.

Entonces se reanudó la correspondencia interrumpida al cesar Soult en sus maniobras de socorro á Pamplona y San Sebastián tras los fracasos del 28 de

(1) Soult escribía meses después á Suchet desde Toulouse: «Si pudiera sostenerme un mes en el Garona, haría entrar en filas de 6 á 8.000 *conscriptos* que el día de hoy me sirven tan sólo de embarazo, y que ni siquiera tienen aún fusiles, que espero con la mayor impaciencia de Perpignan».

Pues ¿no había escrito á Suchet el 4 de octubre anterior esto? «Este levantamiento (el de los 30.000 hombres en aquel país, que se asignaron á Suchet) se opera rápidamente. La clase de hombres en él es hermosa, y espero que se completará antes de un mes».

Y añadía en su carta del 14: «Les conscrits commencent á arriver, ils sont animés d' un bon esprit; dans peu, ils feront de bons soldats».

Véase cómo los pinta Carrión Nisas en su magistral obra: «Veinte años de guerra, dice, han transcurrido: el conscripto de 1813, es una criatura enclenque, medio formada y menos todavía, si se puede, en su moral que en su físico, un niño desgraciado aturdido de aquel paso súbito de la paz y de la grosera abundancia de su rústico hogar á la vida revuelta y aventurera, á las fatigas y privaciones de los campamentos, aceptando la guerra con una resignación sin voluntad, minado por la nostalgia, descorazonado desde que cesó de ver el campanario de su choza, habiendo recibido el fusil, pero no la manera de servirse de él, arrojando aquella arma inútil ó arrastrándola con paso vacilante, el rostro mustio, la mirada fija, incapaz, si le preguntáis, de responderos ni cuál es su batallón, ni el nombre de su capitán ni el propio suyo, dónde va ni de dónde llega, ni de qué mal va á morir bajo el arbol á cuyo pie acaba de caer».

julio y 31 de agosto. Y se reanudó para no cesar hasta abril de 1814, al tiempo de la batalla de Toulouse y el fin de la guerra con la entrada de los coligados del Norte en París y la abdicación del Emperador Napoleón en Fontainebleau. El Ingeniero militar T. Choumara publicó en 1840 un libro interesantísimo titulado «Considérations Militaires sur les Mémoires du Maréchal Suchet et sur la Bataille de Toulouse», en que añade varios despachos á los publicados por el Duque de la Albufera en su obra, y completa los del de Dalmacia sobre tan debatido y enojoso asunto, de cuya primera parte dimos cuenta en el tomo anterior. Hasta 176 páginas emplea Choumara en transcribir la correspondencia entre los dos mariscales, en analizarla y juzgarla, como nosótros lo haremos en el período á que nos estamos contrayendo y á medida que lo exijan los sucesos militares que comprenda. Todo en la frontera occidental parecía estar en vías de preparación; y el mariscal Soult no se descuidaba en allegar recursos con que repeler la acción ofensiva que, aun cuando con dudas todavía, consideraba próxima por parte del enemigo que tenía á su frente. Y decimos que con dudas, porque no falta en su correspondencia ocasión en que manifieste esperar que lord Wellington no se decidirá á acometer ó que resuelva tomar cuarteles de invierno.

Estado defensivo de la frontera.

Ya hemos dicho que aun antes de lo de San Marcial, cuando era Soult quien tomaba la ofensiva, había preparado todo el terreno ocupado por sus tropas para resistir la invasión del enemigo. Se daba nuevo impulso á las fortificaciones de Bayona; se cerraba el camino de aquella ciudad á España con una fuerte lí-

nea de obras á vanguardia de San Juan de Luz, entre la Nivelle y el Bidasoa; otra línea de reductos, ligados entre sí con cortaduras y frisas, desde el mar á la Rhune, y las divisiones que formaban en el centro y el ala izquierda del ejército aparecían bien atrincheradas y en posiciones perfectamente elegidas, así para en su caso invadir nuestro territorio *desideratum* de su general en jefe, como para cubrir y defender el francés. «Todos los trabajos, dice Pellot, se hallaban en actividad; la tropa y el habitante, armados de herramientas y dirigidos por los oficiales de ingenieros, daban á todo el frente de España una forma defensiva é imponente.» Si esto era ya obra en parte anterior al 31 de agosto, fecha tan fatal para los imperiales como gloriosa para España y sus aliados, «después se trató de aumentar los obstáculos opuestos á una invasión; y se echó un puente en la Nivelle agua arriba de San Juan de Luz; se construyó una cabeza de puente en el de la Nive de Cambo; se fortificó más y más á San Juan de Pie de Puerto y á Navarreins, y se atrincheraron y guarnecieron suficientemente cuantos desfiladeros y pasos ofrecía la accidentada frontera de Navarra».

Eran desiguales las fuerzas, es verdad, aunque no en las proporciones que les dan los historiadores franceses que se han empeñado en sumar números exageradamente grandes para la composición del ejército aliado y en restar otros no menos considerables para la del que regía su tan celebrado mariscal Duque de Dalmacia. Si, con efecto, fuéramos á dar fe á sus despachos al Ministro de la Guerra y á Suchet, escritos para que éste corriera en su auxilio desde Cataluña, tendríamos que concederle, no sólo una gloria en

aquella campaña muy superior á las más legítimas que alcanzara en su larga y honrosa carrera, sino que también una preeminencia respecto á su adversario en sus modos de operar y combatir que ya habrán visto nuestros lectores nos hemos resistido á reconocerle. Cuando niega que las fuerzas aliadas opuestas á Suchet sean lo numerosas que éste le anuncia, porque en ese caso *el enemigo no le hubiera dejado llegar con 15 ó 18.000 hombres á Tarragona para retirar la guarnición,* señala á Wellington nada menos que 140.000 hombres, de los que más de 15.000 de caballería y 5.000 artilleros é ingenieros. A la vez supone, ó, mejor, pretende hacer se suponga, que sólo cuenta él con 65.000 hombres, de los que, si se verificara el movimiento por Jaca, aceptado en idea por Suchet, llevaría 45.000 que con los 30.000 de su colega de Cataluña, caería sobre los aliados en Aragón con 75.000, ejército «con que podría, sin duda alguna, llegar á *Sangüesa y Tudela, movimiento que obligaría á lord Wellington á abandonar Navarra y dirigirse al Ebro.*» Pero es el caso que ni Suchet tenía esa fuerza disponible, ni Soult podría hacer pasar las suyas por Canfranc y ménos con las 100 piezas que se proponía llevar, ni el Ministro de la Guerra aprobaría el proyecto sin la orden del Emperador que, por el contrario, exigía á ambos mariscales fuerzas considerables con que atender á Lyon.

A pesar de esas cuentas de que resulta una desproporción tan grande entre las fuerzas beligerantes en las dos fronteras oriental y occidental de los Pirineos, concluía así Soult su carta de 27 de septiembre á su ministro: «Con esos medios es de temer que We-

llington intente una invasión en Francia y comprenderá V. E. que si eso sucediera, sería difícil evitar tamaño mal, y juzgará también, no lo dudo, que no podremos prevenirlo con alguna esperanza de éxito sin alejar pronto de las fronteras del Imperio el teatro de la guerra: si nó, aumentará el peligro de día en día y las pérdidas que tengamos serán quizás irreparables. En la Península, los enemigos hacen marchar cuantos se hallan en estado de llevar armas de 18 á 40 años. Nosotros podremos contener ese empuje, y confío en que los 95.000 hombres que propongo emplear en la operación proyectada, obtendrán infaliblemente éxito y restablecerán los asuntos del Emperador en España» (1).

Todo pura quimera, cuya realización, aun considerándola posible, dependía de que la aprobase el Emperador que pensaba en muy otras operaciones para él más importantes; quimera también que iba á desvanecer muy pocos días después el ejército aliado cruzando la frontera é invadiendo el territorio francés que él, Soult, creía invulnerable (2).

---

(1) Hay que advertir que se proponía dejar en la frontera del Bidasoa hasta 20.000 hombres que avanzarían por Roncesvalles á Aoiz y Urroz para apoyar su movimiento, ya indicado, desde Jaca á Sangüesa.

(2) De entre los documentos franceses se hace muy difícil arrancar una opinión todo lo imparcial que se necesita. Si Choumara parece no escribir más que para recriminar á Suchet, Pellot sigue ciegamente las opiniones de Soult. He aquí un párrafo indudablemente inspirado en los despachos de aquel mariscal. «El único medio, dice, para restablecer los asuntos en España, hubiera sido el de concertar las operaciones entre el ejército de Aragón y el de los Pirineos, hacer desembocar por Jaca un cuerpo de tropas de lo menos 40.000 hombres que se dirigiera, según las circunstancias, fuese á Navarra, fuese á Aragón, no dejando en la cordillera Pirenáica sino las fuerzas estrictamente necesarias para guarne-

Paso del Bidasoa.

El 7, con efecto, de aquel mes de octubre de 1813, entraba en Francia el ejército aliado siguiendo las instrucciones que el día anterior había dictado á sus generales el duque de Wellington, tan detalladas y precisas como tenía costumbre de darlas.

El teatro de aquella campaña era muy variado, tanto por su extensión como por los *accidentes* que lo hacían muy propio para todo género de operaciones, para las defensivas, especialmente, por los muchos cursos de agua que lo cruzaban, las montañas de donde caían, altas y escabrosas cual pirenáicas, y la abundancia de recursos en los espacios intermedios; esto es, entre la cordillera, las inhospitalarias landas, entonces en sus comienzos de población forestal iniciada por Napoleón, y el Océano, dominado por las escuadras británicas (1).

---

cer y defender las plazas fuertes y las obras de campaña. Pero la época brillante de las conquistas había pasado y tocábamos el momento en que el águila imperial iba á retroceder al Rhin.» ¿Se quiere mayor conformidad que la de Pellot con Soult?

(1) Creemos haberlo descrito en nuestra Geografía con la extensión y en la forma propias para hacer con fruto su estudio militar y comprensibles las operaciones de la campaña de 1814, como las anteriores de 1793 y 94; por lo que nos arriesgamos á repetir aquí un trabajo que, cuando no otros méritos, tiene el de su originalidad y exactitud. Con él, y un mapa á la vista, esperamos satisfacer las aspiraciones más exigentes de los que, á la simple lectura de un relato, ambicionan añadir causas, observaciones y razonamientos que acaben de darles motivos suficientes para juzgar por sí mismos el por qué del resultado en los sucesos militares más importantes. ¿Cómo, sino, comprender los juicios, no digamos de los historiadores clásicos, de un Thucidides ó Jenofonte, de un César, Polibio, Suetonio ó Vegecio, sino de Federico, Napoleón y hasta de los críticos modernos, maestros que por tales hemos tenido en nuestras escuelas y liceos militares?

Titúlase el capítulo: VALLES FRANCESES DE LOS PIRINEOS OCCIDENTALES; y para los que piensen como nosotros en ese punto, lo insertamos íntegro en el apéndice de este tomo, número 1.

El primer obstáculo que iba á ofrecerse al ejército aliado en su jornada próxima, era el Bidasoa con cuantos accidentes forman en la derecha de su interesante valle la frontera con Francia. En ella se encontraban situadas las divisiones imperiales, ocupándola desde los Alduides y sus flancos en Valcarlos y Ordax, hasta la desembocadura del Bidasoa. Allí tenía orden el general Hill de apoyar con la división portuguesa, que bajaría á Errazu, los movimientos de la 3.ª inglesa desde Maya, y, si lo necesitaba, llamar sobre su derecha á las tropas de Mina, muy inmediatas á sus posiciones. Dalhousie con la inglesa que mandaba y los españoles de Girón, acampados en Echalar, ligaría sus maniobras de avance con las tropas de su derecha acabadas de nombrar para apoderarse de Zugarramurdi y seguirlas con la 6.ª división Colville, situada en Maya, hacia Ainhoa y Ezpelètte. Girón hacía frente al puerto de Vera que debería acometer extendiendo las dos columnas en que dividiría su fuerza al ataque de la formidable posición de La Rhune, para el que Wellington le señaló en sus instrucciones hora, camino, y modos, muy detalladamente, en razón á la importancia que daba á la empresa. El centro francés se hallaba entre el puerto de Vera y la montaña de Mandale, y la división ligera y la española de Longa fueron encargadas con la 4.ª inglesa, establecida cerca de Lesaca, cuartel general del ejército aliado, de, cruzando el Bidasoa por el puente de Vera y los vados de Salaín y Endarlaza, apoderarse de la altura de su frente en que tenía el enemigo su telégrafo, y del resto de las trincheras que cubrían aquella parte de la línea. En la izquierda nuestra, derecha francesa, las 1.ª y 5.ª

divisiones inglesas con buen golpe de caballería y varias piezas, atravesarían el Bidasoa en la baja mar, que sería á las 7 y cuarto de la mañana, por los vados próximos y agua arriba de Fuenterrabía hasta el puente, entonces arruinado, de Behovia, á cuya inmediación se preparaba uno de pontones para el paso del río cuando fueran conquistadas las alturas de la margen derecha que lo dominan. Apoyarían el paso, y aun lo verificarían también, la brigada portuguesa de Wilson con caballería también y algunas piezas de las de reserva, atacando la montaña de Luis XIV y sosteniendo el avance de las tres columnas de la 5.ª división sobre Hendaya y la carretera de Bayona. Los españoles, por fin, de Freire, bajarían de San Marcial y por los mismos puntos que los franceses habían cruzado el río el 31 de agosto para atacarlos, pasarían ellos á la orilla opuesta dirigiéndose á la ocupación de la Montaña Verde y de Mandale, donde se establecerían fuertemente, formando *el apoyo* de los dos flancos de la línea. Serían sostenidos por artillería también española y dos brigadas de la inglesa; por la brigada portuguesa de Bradford que se situaría á la derecha de San Marcial, y la brigada Aylmer que á la retaguardia de esta posición, tan brillantemente defendida dos meses antes por nuestros compatriotas.

Y, con efecto, al amanecer del día 7 de octubre, según ya hemos dicho, y dada la señal convenida en Fuenterrabía por el disparo de un cohete, y en el resto de la línea por hogueras encendidas en los montes que en ella se alzan, rompieron las tropas aliadas sus respectivos movimientos, cuyos preparativos había favorecido y ocultado á la vigilancia del enemigo una vio-

lenta tempestad de viento y agua que azotó aquel campo la noche precedente del 6. Sorprendidos ó no, que sobre eso andan muy distanciadas las opiniones, las divisiones francesas de Villate y Boyer, puestas en la margen derecha, cedieron su terreno á los anglo-portugueses de Graham que asaltaron bayoneta calada sus posiciones hasta apoderarse de la Croix-des-Bouquets, defendida por Maucune y acabando por cogerles siete piezas y buen número de prisioneros (1).

Con iguales ímpetu y felicidad verificaron el paso del Bidasoa nuestros españoles de Freire; que si alguna de las cuatro brigadas puestas á las órdenes inmediatas del general Bárcena se detuvo un momento en la orilla ante el cuerpo inerte del coronel de Benavente, pronto se rehizo al ver á su general cruzar el río enarbolando la bandera de aquel regimiento. (2) Puestas, luego, en el territorio francés, las columnas españolas, escalaron las posiciones fuertemente atrinche-

(1) Los franceses, en general, atribuyen su derrota de aquel día á haber sido sorprendidos; desde Soult, que se hallaba revistando las tropas acantonadas en Ezpelette á 5 leguas de su derecha, hasta las divisiones de esta ala, destinadas á defender el paso del Bidasoa y cuyos regimientos tenían desmontados sus fusiles en preparación de la revista que se les iba á pasar. En un libro francés se dice: «La manera sobrenatural con que Lord Wellington fué servido por sus emisarios, debía, en efecto, ser objeto de admiración para todo el ejército.» ¡No parece sino que, como Sertorio llevara consigo algún antílope que le soplase al oído la torpeza de los enemigos que tenía á su frente! Las órdenes del Lord para la acción estaban dictadas mucho antes de que pudiera saber lo de la revista de armas en el campo francés.

(2) Dice el Conde de Toreno: «Habíalo Freire dispuesto todo atentamente para atravesar el río por vados más arriba de los que cruzaban los anglo-portugueses; junto á los cuales, y por el de Saraburo, se adelantó la segunda brigada de la tercera división á las órdenes de D. José Ezpeleta, cuyo jefe viendo vacilar por un instante á sus tropas de resultas de la muerte del

radas y artilladas del enemigo, varias de las que le ocuparon acometiéndolas de frente según las iban hallando en su arrebatada marcha y envolviendo las demás con hábiles y rápidas maniobras (1).

Por vados superiores pasó el Bidasoa la cuarta división, regida, aunque interinamente, por el coronel D. Rafael Goicoechea, varias veces nombrado en esta obra; y apoderada de las primeras posiciones en que los enemigos trataron de rechazarla se corrió por su flanco izquierdo hasta envolver los altos de Biriatu, y por el derecho las faldas de Mandale en cuyos reductos cogió tres piezas francesas montadas en ellos. Entretanto, las demás brigadas, la 1.ª de la 5.ª división que mandaba Porlier y con el coronel Plasencia como en reserva, y la 1.ª de la 3.ª con D. Diego del Barco, cruzando el Bidasoa por más arriba aún, rodeaban el puesto de la Bayoneta y el Mandale, se apoderaban de su cumbre y todas seguían victoriosas á la Montaña Verde y á dar vista después al campo de Urrugne,

---

bizarro coronel de Benavente D. Antonio Losada, empuñó una bandera y arrojándose al río con intrepidez esclarecida, mantuvo el ánimo en los suyos que á porfía la siguieron entonces, apoderándose sin dilación de los puestos fortificados y casas de la parte baja de Biriatu.»

Esta cita está conforme con el parte del general Freire.

(1) Dice Wellington en su parte: «Las tropas españolas del mando del teniente general D. Manuel Freire, se portaron admirablemente bien (behaved admirably), envolviendo y apoderándose de los atrincheramientos que el enemigo tenía sobre las alturas con gran destreza y bizarría (with great dexterity and gallantry).

Se lee en *Victorias y conquistas:* «El general Taupin, después de grandes esfuerzos, se ve obligado á abandonar sus posiciones y retirarse á Ascain. El batallón del 88.º, se hace matar con una resolución digna de mejor suerte, y sus restos caen en poder del enemigo, lo mismo que el reducto en que se defendían.»

centro de la gran posición defensiva de los franceses en su extremo occidental próximo á la frontera (1).

Habíales cabido á los españoles de la izquierda aliada la tarea más difícil y peligrosa encomendada á aquella ala; y la desempeñaron á entera satisfacción de su caudillo, con todos exigente y nada benévolo para con nosotros, el severísimo general en jefe. Tomó parte principal en ella el regimiento de la Corona que mandaba el coronel D. Francisco Balanzat, quien fué uno de los primeros que se avalanzaron á las piezas con singular esfuerzo y fortuna, utilizando inmediatamente una de ellas para la conquista de la Montaña Verde. Este último episodio del choque de nuestra ala izquierda, completó tan brillante jornada, pudiendo el general Graham dejar con gloria el mando de las tropas británicas de aquel lado, donde le substituyó el de igual clase sir Johon Hope que había llegado de Irlanda el día anterior (1).

En el centro de la línea de ataque, el barón de Alten con la división Ligera y Longa, con la española de su cargo, se dirigieron al puerto de Vera, el cual

---

(1) Al noticiarle Wellington el 6 que se le prepararía en el barco *President* su pasaje á Inglaterra, le agregaba: «Estaré en las alturas próximas á Irún mañana á las siete y os veré. Al mismo tiempo os ruego aceptéis mis más expresivas gracias por toda el ayuda que me habéis prestado, y mi sincera pena porque el estado de vuestra salud no os permita estar más tiempo conmigo.»

La acción del regimiento de la Corona está sacada del parte del general Freire. La historia del regimiento publicada por el Conde de Clonard no la consigna, todo lo contrario, supone aquel cuerpo en otra parte. Esa acción aparece como ejecutada por el regimiento de Galicia. Sin embargo, Galicia aparece en el parte de Girón como perteneciendo á su división, reserva de Andalucía; y la Corona á la 4.ª división del 4.º ejército del mando de Freire.

después de un combate sumamente reñido, ocupó primeramente la inglesa, haciendo muchos prisioneros en un campamento que allí tenían establecido los franceses, que los aliados tomaron con grande brío, así como otras tres piezas de artillería que no pudieron conservar en su precipitada fuga.

Toma de La Rhune.

Donde la acción de aquel día pareció más empeñada, fué en la derecha, en que cupo también á los españoles la arriesgadísima misión de asaltar la escabrosa y elevada roca de La Rhune, atalaya de toda aquella frontera y reducto de seguridad sin cuya conquista se hace imposible avanzar en ella sin riesgo manifiesto de un terrible fracaso. Y tan escarpada es la roca, de tan difícil acceso, tan hábilmente se hallaba fortificada y con tal brío fué defendida por los franceses en ella establecidos, que fueron necesarios tres días; dos de ellos, de los más enérgicos ataques, para que al fin la abandonasen y se acogieran á escondidas á su campamento de Sare.

El general Girón dirigió el ataque dividiendo su ejército de reserva de Andalucía en dos columnas; una, á las órdenes del mariscal de campo D. José Antonio Latorre, y la otra á las del también general don Joaquín Virues, ambas apoyadas por el brigadier don José Aymerich que, con algunas tropas de la división de su interino mando, sostendría el ataque en el valle de Vera. El primero, Latorre, llevaba un batallón de Guardias Españolas, los regimientos del Príncipe y Navarra con 60 zapadores, necesarios al tratarse del asalto y ocupación de posiciones y obras fortificadas: Virues conducía tres regimientos de Infantería, Sevilla, Pravia y Almería con 100 zapadores; y el coronel

D. Salvador Sebastián con su regimiento de Galicia y el de Madrid, formaría la reserva, la cual no tardó en tomar una parte bien activa en la refriega empeñadísima que era de prever.

Iniciaron el combate dos batallones de cazadores, formados, uno en cada columna, al mando, en la derecha, del capitán de guardias D. Ramón Figueroa, y en la izquierda al del sargento mayor de Pravia don Francisco Cabrera. Ni la vanguardia de la primera columna ni el resto de ella encontraron seria resistencia en su avance por aquel áspero terreno y en los atrincheramientos que lo cubrían, hasta llegar al pie de La Rhune. La montaña, empero, era cual hemos dicho y es sabido, tan escabrosa y estaba tan esmeradamente fortificada, que sólo á fuerza de bravura por parte de nuestras tropas y de la habilidad de los jefes, de Figueroa especialmente, en su conducción, se logró ocupar las faldas no pudiendo arrojar á los enemigos de la cumbre, casi, casi inaccesible. Y no es que le faltaran á aquella columna cuantos refuerzos exigía su ataque contra los bravos que lo resistieron, sostenidos por el general Conroux; porque nuestros regimientos mandados por Aymerich, el de Ordenes Militares sobre todo, el de Cataluña también, de otro lado, y hasta los ya citados de Galicia y Madrid, corrieron á ayudar á sus camaradas para conquistar, como lo hicieron, el espacio algo descubierto del monte donde les cogió la noche.

No halló las mismas ni semejantes dificultades la columna de la izquierda que regía el general Virues. El terreno es más accesible, y la posición que iba á atacar era á la vez objetivo, en parte, de las tropas de

Freire, que ya hemos dicho se habían apoderado de la Montaña Verde, y de las de Alten y Longa que se apoderaron de los atrincheramientos del puerto de Vera al pie de Commissari. Cabrera con sus cazadores de la vanguardia y las tres columnas en que se dividió la fuerza total á las órdenes respectivamente de los brigadieres Alcega, Downie y el coronel de Sevilla Moreda, desalojaron á los franceses de todas las posiciones que ocupaban, empujándolos hacia su campamento de Sare en que andaba Conroux reorganizando las que á él se dirigían desde los puntos perdidos en la línea fronteriza.

Así, pues, la jornada del 7 había resultado verdaderamente feliz para los aliados que, en su extrema derecha por Roncesvalles, se limitaron á una demostración que ya había ofrecido caracteres de formal con el ataque del brigadier británico Campvell con los portugueses de su mando, sorprendiendo la noche del primero del mes un destacamento de 70 franceses que hizo prisioneros, y en Airola, dice Wellington, (Achiola), un puesto fortificado cuya guarnición pasó á cuchillo (put to the sword).

**Bajas.** Las bajas de los aliados habían sido de unos 1.500 hombres, la mitad de ellas de parte de cada uno de los dos ejércitos, español y anglo-portugués; reducido el número de los muertos en el campo de batalla á 93 oficiales y soldados de los nuestros, á 79 ingleses y 48 portugueses. Los franceses hubieron de tener muchas más bajas que naturalmente disimularon, no pudiéndolo hacer respecto á su material, pues que ya hemos dicho que se les cogieron hasta 10 piezas de artillería en los reductos y trincheras que se les asaltó.

Tan feliz, repetimos, y ejecutiva fué la jornada de aquel día que su resultado debió impresionar vivamente á Soult, á quien «Victorias y Conquistas» dirige la, en nuestro concepto, injusta y hasta calumniosa acusación siguiente. «Por mucha diligencia, dice el libro, que puso el duque de Dalmacia, ocupado la mañana del 7 en pasar una revista en Ezpelette, á cinco leguas de su derecha, no pudo llegar hasta la una de la tarde para contener los progresos de los aliados. Los generales Reille y Clausel esperaban recibir inmediatamente la orden de recuperar, bajo la dirección del mariscal, las posiciones perdidas; pero él, á quien habían vuelto circunspecto las tentativas infructuosas anteriormente para liberar á Pamplona y San Sebastián, se satisfizo con proveer á la seguridad de los puestos avanzados y dió instrucciones á los diversos generales para aumentar la fuerza de la línea conservada por el ejército.»

Quedaba, sin embargo, en La Rhune un estímulo para que unos y otros, franceses y aliados, no descansaran hasta sostener, los unos, y derribar, los otros, la bandera tricolor que aún brillaba en la alta y aguda cúspide de aquel baluarte natural, centinela constante de la frontera.

Acudió á observarlo de cerca lord Wellington; y, una vez disipada la niebla que lo cubría la mañana del 8, mandó atacarlo por la parte que consideró más accesible, combinando su asalto con una maniobra sobre las obras de campaña del frente de Sare para distraer á los franceses, sus ocupantes, del objeto á que principalmente se dirigía. Esas obras fueron tomadas por fuerzas que por el puerto de Echalar envió

el general lord Dalhousie; pero ni ese ataque, afortunado y todo, ni el brioso, impetuosísimo del coronel D. Alejandro Hore con su regimiento de *Órdenes Militares* en las escabrosidades de La Rhune, fueron suficientemente eficaces para que arriasen los franceses su bandera en la roca que sólo desalojaron furtivamente aquella noche (1).

Así tuvo lugar el paso del Bidasoa que formó época en la historia de la guerra de la Independencia española, por ser así como un justo y glorioso desquite de aquella negra y vergonzosa indignidad con que se nos habían arrebatado patria, soberano y honra. ¿Quién, seis años antes, se habría atrevido á vaticinar acontecimiento tan admirable, venganza tan legítima, en que Dios tan sólo, próvido siempre y justo, podría hacer pesar su omnipotencia castigando al protervo que creía deberla ejercitar en el mundo sin obtáculos que no lograra él superar, sin resistencias que no pudiera vencer? ¡La Francia, invadida por donde menos era de pensar, por fronteras que creía fáciles de extender hasta límites que mantuvieran su ya vasto imperio libre por su alejamiento de todo peligro; y á su pueblo, tan legítimamente ensoberbecido con las in-

---

(1) De la carga de *Ordenes Militares* dice Wellington en su parte: «El ataque ayer del batallón de Ordenes Militares al mando del coronel Hore fué hecho con tan buen orden y con tanto valor como cualquiera que haya yo visto hecho por cualesquiera otras tropas (was made in as good order and with as much spirit as any that Y have seen made by any troops) y quedé muy satisfecho del denuedo y disciplina de todo este cuerpo».

¿Qué no debía esperarse del regimiento que en la de Bailén había arrojado á bayonetazos á los franceses del Zumacar grande entre los entusiastas vítores de los demás batallones españoles?

numerables victorias que llevaba conseguidas con su esfuerzo, de una parte, y, de otra, por el genio incomparable del que tan sabiamente lo gobernaba! ¡La Francia puesta en riesgo de sufrir iguales vejámenes y humillaciones, la misma devastación que había impuesto á los demás pueblos en toda la superficie de la parte más culta y fuerte del mundo! La Francia, así, ofrecía con efecto el espectáculo de los antiguos imperios derrocados por el rayo de la Justicia Divina, con sus soberanos heridos en sus sórdidas ambiciones y revolcándose impotentes en el lodo de su soberbia.

¿Se entregarían los españoles á las represalias de tantos daños como habían tenido que soportar en los seis años de la dominación francesa?

A eso parecía convidarles la victoria de aquel día y más aún la paralización que su Generalísimo impuso á las operaciones militares allende el Bidasoa, ó sugerídole por su ingénita prudencia ó esperando á que la reconquista de las plazas dejadas á su espalda en poder de los franceses le diera la seguridad de no verse perturbado por género alguno de contrariedades. No las tomaron, sin embargo, nuestros compatriotas tales que merecieran el nombre ni la calificación que, como dirémos, se pretendió darles para disculpar atropellos que, no siendo cometidos en españoles, se quería reprimir con mano firme.

Inacción de Wellington.

¿Había, con todo, motivo para que Wellington entonces, como algo después también, mantuviera su ejército en la inacción en que lo hizo permanecer á la vista de un enemigo á que acababa de vencer; dejándole así reorganizarse y preparar nuevas y más formidables defensas? Porque Soult no habría de descui-

dar detalle alguno para no dejarse sorprender de nuevo, si á eso atribuía su reciente derrota, ni para con el establecimiento de una nueva línea de fortificaciones más robustas y mejor entendidas, oponer á su adversario superior resistencia, más afortunada si se le daba tiempo para recibir los refuerzos que se le habían ofrecido ó si llegaba á obtener de Suchet la cooperación de que andaba con él tratando en la correspondencia de que hemos dado cuenta. Por más que La Nivelle fuese línea de defensa muy débil por sí misma, Soult no dejaría de sacar de ella todo el partido posible levantando, como hizo, nuevas obras en ambas orillas y echando puentes que las pusieran en comunicación fácil y constante. Y ya que, haciendo otro tanto Wellington en el espacio conquistado, quitara á Soult las ganas de recobrarlo temeroso de otro fracaso, aprovecharía la parsimonia de su enemigo para, á su vez, escarmentarle. «Nos convenía más, escribe Pellot, aprovechar su inacción perfeccionando nuestras obras de defensa, trabajando para la reorganización de los cuerpos que habían sufrido más, ejercitando á los reclutas que comenzaban á llegar á los depósitos, y dejando así al enemigo en una posición en que las lluvias que caían á torrentes y la proximidad del invierno hacían de día en día más crítica» (1). Y tan la

(1) Para dar fuerza á esa última suposición, añade Pellot: «Los españoles de las provincias meridionales estaban expuestos á la intemperie de la estación en la cima de La Rhune y en las demás posiciones de los Pirineos; las tiendas que habían llevado para ponerse al abrigo de la lluvia, no podían resistir á la impetuosidad de los vientos que soplaban á intervalos; los fuegos en torno de los cuales se agrupaban, se extinguían con la acción del agua; careciendo de licores que pudieran darles calor, y algunas veces de pan, cedían al horror

aprovechó que, al decir del artillero Lapene, «el ejército francés suplió á la pérdida de aquellos puntos importantes para la defensa de los Pirineos, con inmensos trabajos ejecutados en toda la línea; y los campos desde Ezpelette hasta Saint-Jean-de-Luz, se transformaron en vastos talleres donde reinaban la actividad y la adhesión.»

Eso viene á decirnos que Wellington pensaba más en asegurar las posiciones que acababa de ocupar con tan rara facilidad, que en sacar fruto de su victoria, de un triunfo importantísimo, moral y efectivo, que otro general de más iniciativa habría seguramente proseguido hasta acabar con el enemigo. Porque si bien el día 9 algunas tropas de la 7.ª división inglesa avanzaron sin orden de su general hacia las enemigas, pronto hubieron de retirarse á su campo atacadas por los franceses en Sare; y si las británicas lograron mantenerlo fué por haber corrido en su socorro los españoles (1).

Si nunca puede considerarse excesiva la prudencia en asuntos como los de la guerra, hay, sin embargo, que calificar de tal la empleada por lord Wellington en aquella campaña y especialmente en sus comienzos. El pretexto, mejor que motivo, de haber usado de

---

de su situación y desertaban por enjambres; nuestros puestos recibían á aquellos desgraciados: sus semblantes desfigurados, el mal estado de su vestuario y sobre todo la avidez con que se arrojaban sobre los víveres que se les prodigaba, atestiguaban, mejor que sus declaraciones, cuantas privaciones habían sufrido. Los ingleses, queriendo prevenir defección tan seria, no confiaban ya durante la noche los puestos avanzados á los españoles y los vigilaban de cerca.»

¡Cuánta poesía!

(1) Así lo manifiesta lord Wellington en su despacho del 10 al general Hope que mandaba aquella división.

tanta desde el día siguiente al del paso del Bidasoa, lo buscó el célebre general inglés en la defensa de la plaza de Pamplona por los franceses que no quisieron rendirse hasta el 31 de octubre, y después hasta el 10 de noviembre, en los temporales de lluvia y aun de nieve que sucedieron á aquel fausto suceso en las más altas posiciones del ejército aliado en el Pirineo. Pero si los huracanes, nada extraordinarios en aquellos lugares durante la estación invernal, podían influir en las operaciones haciendo se suspendiesen por un día ó pocos más, como sucedió en los últimos á que acabamos de referirnos, otra cosa cabía sucediese si, cual en agosto anterior hubiera ocasión para temer el levantamiento del sitio de Pamplona por el ejército francés que entonces lo intentó aunque sin fortuna. Batido en Sorauren y después en San Marcial y al cruzar los aliados el Bidasoa, Soult no podía pensar en repetir la empresa que tan cara le salió en uno y otro punto; no había sido reforzado su ejército sino por muy pocos de los reclutas del nuevo alistamiento que perezosamente le iban llegando; y, por fin, la guarnición de aquella plaza no debía infundirle esperanzas de que, aun unida á él, llegara á decidir de la suerte de la campaña. Lord Wellington, pues, que no había tomado en cuenta las fuerzas enemigas que ocupaban la capital de Navarra ni las de Santoña y Jaca que seguían defendiéndose, al emprender el paso del Bidasoa, mal iría á hacerlo llevando de vencida á las fuerzas principales que en todo caso habrían de acudir á su socorro.

El sitio de Pamplona, además, no debía prolongarse por el tiempo necesario para llevar á cabo una

combinación bastante eficaz con ese objeto, reducidos ya los defensores á una situación que sólo la confianza de sucesos muy favorables para sus armas podía hacer soportable.

Sitio y rendición de Pamplona.

Como llevamos dicho, Pamplona había quedado sitiada al continuar el ejército francés su retirada de Vitoria. Si en un principio la guarnición procuró, á favor de algunas salidas, proveerse de víveres que comprendió le harían pronto falta por haber consumido el ejército del rey José cuantas hallaba en su camino á Francia, los ingleses de Picton que Wellington había dejado para el bloqueo de la plaza, rechazaron, lo mismo la tentativa de apoderarse el 30 de junio de un número considerable de vacas al pie de San Cristóbal, que al día siguiente la de despejar las avenidas para abastecerse en los pueblos y barrios más inmediatos. Todos ellos se encontraban, además, exhaustos; tal cuidado había tenido Mina de que los franceses no obtuvieran más víveres que los que lograran recoger en sus expediciones y eso á costa de no pequeños sacrificios. Picton, ya que no podía emprender trabajos de sitio por falta de medios, había levantado obras de fortificación en sitios como Mendillori, Mutiloa, Barañain y Santa Lucía, de donde, ya que estaban lejos, podría partir á la construcción de los más propios para el ataque del cuerpo de la plaza y para impedir el forrageo de las tropas que la guarnecían. A pesar de eso, alguna vez, y principalmente el 11 de julio, los franceses hicieron salidas con ese fin y el de buscar caminos por donde salvar la línea del bloqueo; pero nunca lo consiguieron sino en cortas proporciones que no podrían influir en el resultado á que aspiraban, el

de, al salir de la plaza, contribuir al de las operaciones que entre tanto tenían lugar en el valle del Bidasoa. Sólo una vez pudieron tener esperanzas fundadas de alcanzar ese objeto, cuando al frente de Pamplona se daba la batalla de Sorauren que hemos descrito, dirigida por Soult á levantar el sitio que por entonces estrechaban más los españoles de O'Donnell, que habían relevado á los ingleses la noche del 13 ó 14 del citado mes de julio. Resultaron infructuosas las dos salidas efectuadas en los tres días de aquellos sucesos tan faustos para las armas de los aliados; y el 30, la guarnición de Pamplona, según la frase de un compatriota suyo, *caía en el abatimiento que de ordinario sigue á las grandes emociones* (1).

No tardó, empero, en recobrar los alientos de su raza; y, aunque costándole bastantes bajas, logró llevar á Pamplona algunos víveres, trigo, forraje y combustible. Las operaciones en que hubieron de tomar parte los sitiadores obligándoles á desguarnecer algunos puntos de la línea del bloqueo, como apuntamos en su lugar, permitieron á los sitiados obtener aquel socorro tan necesario ya en su situación; pero, de todos modos, las tropas del general España, que con el refuerzo de los 2.000 infantes, que le dejó La Bisbal al formar en la línea general del ejército aliado, continuaron manteniendo el sitio, sin que llegara ni por un momento á romperse. De los tres cuerpos de infantería, las tres piezas y los 100 caballos con que se dirigió el

(1) Aquel día y á petición de O'Donnell, como dice Belmas, salieron de la plaza tres médicos que pasaron al campo español á cuidar á los franceses heridos en la jornada de Sorauren y en la siguiente de Erice.

sitiado á asaltar el reducto de la Casa Colorada, la defendieron bravamente Mallorca y Arlanza, regidos por el brigadier Vives, cuyos cazadores cargaron al enemigo cuando ya llegaba al camino de Villaba, mientras el de igual clase Ferrer de S. Jordi con el 3.° de guardias españolas, la Princesa y Castilla, llevando en reserva el regimiento de Sevilla y algunos guías del General, lo arrojó de cuantas posiciones había ocupado en su primer impulso (1).

Las pérdidas nuestras en el cerco de Pamplona durante los tres días que duraron las operaciones de Sorauren fueron de 337 hombres, muertos, heridos ó contusos, siendo los cuerpos que más sufrieron Príncipe y Pravia, que dejó O'Donnell, y Mallorca y la Princesa que también tuvieron bajas importantes en el número de sus oficiales.

El general Cassan que, como Rey y Dubreton, acreditó entonces condiciones raras de energía é ingenio para la defensa de plazas, recurrió al excelente sistema de las salidas que le permitía la circunstancia de no haber creído lord Wellington necesario el formalizar el sitio dándole el carácter del regular y metódico que aconseja la ciencia con todos los medios de material y trabajos indispensables para terminarlo satisfactoriamente. Y esto que dió á aquel cerco la duración de 129 días, en los que el ejército aliado llevó á

(1) Belmas dice que 400 infantes y cuantos gendarmes había en la plaza, saliendo el 23 por la puerta de San Nicolás, se apoderaron del fuerte del Príncipe que habían evacuado los nuestros, volviendo á Pamplona con una buena cosecha y la sola pérdida de 6 heridos. El general Aymerich dice en su parte que el merodeo de los franceses fué cuando ya se hallaban al abrigo de su artillería de la fortaleza, á la que volvieron á la media hora de la refriega.

cabo sus empresas comprometidísimas de Sorauren, San Sebastián, San Marcial y el paso del Bidasoa, sin que ni defensa tan obstinada ni el número de los que la ejecutaban influyeran para que se desistiese de ellas, prueba que otras razones eran las que detendrían á Lord Wellington al penetrar en el territorio francés, lo mismo en noviembre, cruzando la Nivelle, que en octubre el Bidasoa.

Todo el mes de agosto había pasado en inacción por nuestra parte al frente de Pamplona; y sólo en septiembre y en la creencia de que podrían los aliados verse obligados á retirarse ante la actitud que tomaba de nuevo Soult, intentó Cassan una salida en que logró sorprender á D. Carlos España que resultó herido de alguna consideración en la refriega; sin que, empero, lograran otra ventaja que la de llevarse á la plaza algunos de los pocos víveres que podía contener una zona azotada tanto tiempo por el fuego y devastada entre el recinto de la fortaleza y las líneas, cada día mejor cubiertas de fortificaciones, de los sitiadores.

Cassan dice al describir en su parte aquella salida del 9 de septiembre: «En esa jornada, nuestra artillería hizo mucho daño al enemigo y acalló dos de las cuatro piezas que tenía montadas en el ángulo del jardín de la Casa Roja y cerca de Burlada. Los españoles hicieron grandes esfuerzos para recobrar sus puestos avanzados; y en su ataque, dirigido á desalojar á nuestros zapadores y granaderos de la casa Lorenza, el general D. Carlos España, comandante en jefe del bloqueo, fué en persona á animar á sus tropas; y estuvo en poco que no fuera apresado después de ser herido en la rodilla».

La versión española es de que «las compañías de cazadores de los regimientos de Castilla y Murcia arrollaron al enemigo y recuperaron el fuerte del Príncipe, de que éste se había apoderado.» «Parece, se añade, que su objeto principal era quemar la Casa Blanca, de la que también se posesionaron; pero fueron arrojados de ella por las guardias españolas, cuya bizarría impuso á los franceses. La herida que recibió el general España no le impidió dar las convenientes disposiciones, y se mantuvo en el campo más de una hora después de ser herido» (1).

No debió, con todo, ser notable la colecta hecha por los franceses en aquel día ni en los inmediatos cuando Belmas, refiriéndose á los primeros de octubre, dice en su diario: «Los perros, los gatos y los animales más inmundos habían llegado á ser considerados como alimentos exquisitos. Los soldados buscaban toda clase de hierbas y raíces envenenándose varios con cicuta.» Así es

(1) Con estas noticias estaban naturalmente conformes las recibidas por Lord Wellington que el 19 se las cumunicaba al Conde Bathurst, diciéndole: «El mariscal de campo D. Carlos España, que manda el bloqueo, fué desgraciadamente herido, pero está hábil para ejercer el mando, y me ha dado parte sumamente favorable para los oficiales y las tropas que han estado á sus órdenes en esa ocasión».

Aquella acción debió dar á Lord Wellington motivo para reforzar el cuerpo del general España con una división del tercer ejército español puesta á las órdenes del Príncipe de Anglona, que había llegado á Tudela el 15 y se unía el 17 á los sitiadores de Pamplona relevando á las tropas que, al tiempo de lo de Sorauren, había allí dejado O'Donnell al ir á formar en la línea general de batalla. Y por cierto que aquella división hizo su marcha tan falta de víveres que fué preciso que Wellington, según manifestó en despacho del 19, hiciese enviar al duque del Parque, jefe del 3.er ejército, 100.000 raciones, y á Anglona desde Berrio-plano cuanto necesitara para que su detención en busca de víveres no influyera en las operaciones del sitio.

que el 10 de ese mes salió de nuevo el jefe de Estado Mayor de Cassan con 600 infantes y los pocos gendarmes, cuyos caballos no habían sido aún víctimas del hambre, pretendiendo merodear por el campo de Burlada; sin resultado, porque después de un vivo fuego de los nuestros, los dragones de Villaviciosa cargaron á los franceses tan ejecutivamente que Maucune tuvo dos caballos muertos y estuvo para quedar prisionero. Sus bajas, contando con las sufridas por otro destacamento que salió de Pamplona hacia el reducto del Príncipe, fueron de 4 muertos y 75 heridos. Y no fué lo peor eso y el fracaso de su expedición para los famélicos presidiarios de Pamplona, sino el convencimiento de que ya no debían esperar auxilio alguno ni modo de evadirse de la fortaleza y juntarse á sus camaradas del ejército de Soult, de quien ni siquiera logró Cassan recibir contestación alguna á los despachos cifrados que le enviara con hombres que le merecían confianza para obtenerla. De lo que pudo asegurarse Cassan fué de que los sitiadores estaban siempre alerta, que habían reforzado sus puestos avanzados y aumentado el número de sus trincheras y cortaduras, haciéndolas comunicar de día como de noche entre sí con telégrafos y hogueras.

Entretanto, Cassan había dirigido un mensaje al campo español pidiendo se permitiese la salida de un gran número de habitantes que, de otro modo, perecerían de hambre. Pero, además de la conveniencia militar para los sitiadores por el más rápido consumo de los comestibles en la plaza, había una circunstancia en que pudiera apoyarse la negativa á esa demanda, la de que, al comenzar el sitio, Cassan previno á

los habitantes se proveyesen de víveres para tres meses y pasados éstos, el general sitiador consideró obligatorio para los franceses el mantener á los sitiados sopena de rendirse. Hizo más el general España: en un mensaje en que contestaba al de Cassan, lo declaró responsable de la vida de los pamploneses que aún permanecían en la plaza.

La guarnición, con efecto, carecía ya de todo recurso para proseguir la defensa por muchos días. Se había acabado la carne de caballo, y ni hierba se encontraba dentro del recinto, del que tampoco osaban salir unos hombres que, según ha dicho un cronista francés de aquel sitio, no tenían ya la fuerza necesaria para mantenerse en pie ni para resistir el peso del fusil, pareciendo espectros ambulantes, arrastrándose algunos hasta los puestos españoles que los rechazaban á la plaza. Aun antes de haber llegado á esa ya extrema situación en que el escorbuto llenaba, además, los hospitales, la ración de la tropa se había reducido á cuatro onzas de carne de caballo, otras cuatro de pan y una de arroz, que luego se hizo imposible seguir dando. (1)

Entonces y como contestación ó represalias á la ne-

(1) El general Cassan dice en su parte: «El consumo medio era de 5.050 raciones diarias, tanto para la guarnición y los hospitales como para los empleados de las diferentes administraciones de ambas naciones. Además, 3.797 individuos militares y empleados, que salen hoy de la plaza, han recibido cada uno 12 onzas de pan y 10 de galleta para la subsistencia de tres días: era cuanto nos quedaba en almacén, deducción hecha de lo que dejamos para el hospital.»

«No debo dejar á V. E. que ignore que la escasez de víveres me ha puesto en la necesidad de socorrer al hospital civil y á los habitantes más indigentes. Se les han dado en suma 1.236 raciones completas de pan.»

gativa, así de permitir la salida de los habitantes como de aceptar la condición que imponía Cassan para entregar la plaza, la de retirarse la guarnición á Francia sin compromiso ulterior, comenzaron los sitiados á minar las fortificaciones de la plaza, amenazando con volarlas al, ellos, sepultarse en sus ruinas sino lograban abrirse paso por las líneas españolas del bloqueo. La noticia llegó, como era de esperar, pues no iba á recatarse de ello Cassan, al cuartel general de los sitiadores; y el general España indignado, más que temeroso, de una resolución incomprensible en circunstancias en que verdaderamente no la exigían el honor de las tropas de la guarnición, á salvo de toda responsabilidad por su noble comportamiento, ni el influjo que, aun prosiguiendo la defensa, pudieran ejercer en las operaciones de la campaña, dirigió á Cassan una carta en que le manifestaba la sorpresa que le había causado aquella noticia, tan ajena á sus virtudes militares, y amenazándole, á su vez, con que condenaría á perder la vida á todo el que presentara como prisionero á cualquier individuo de la guarnición que procurase salvarse de su furor ó del de los paisanos que de los pueblos inmediatos á quienes él avisaría del intento de los sitiados (1).

(1) Para esa fecha, que debe ser la del 24 de octubre, había recibido D. Carlos de España un despacho de Lord Wellington que llevaba la del día 20 y decía lo siguiente: «He visto esta noche la carta que el 18 habéis escrito al general Hill, en que le digísteis que creíais que el enemigo había hecho minas en el fuerte de Pamplona (la ciudadela); que ha cargado las minas y que suponéis que trata de escaparse después de volar las obras».

«No se me hace eso creíble: tenéis fuerza suficiente para sostener el bloqueo y habéis podido resistir todos los esfuerzos del enemigo en sus salidas, para procurarse víveres ú obtener

Cassan, pues, hubieran sido ó no fingidas las amenazas de volar las fortificaciones de Pamplona, por más que se hiciera efectiva su determinación de minarlas y de incendiar el material de artillería, hubo después de haber reunido el consejo de defensa que llamó á su alojamiento, de comisionar á su jefe de Estado Mayor al cuartel del general España para hacerle sus proposiciones, *pour faire les premières ouvertures* dice en su parte, proposiciones de que ya hemos hecho mención. Ya tenía España instrucciones de lord Wellington para no aceptar condición alguna que no fuera la de que los sitiados quedaran prisioneros de guerra para ser llevados á Pasajes y de allí á Inglaterra; de modo que al poco tiempo de entablarse la negociación se vió interrumpida, volviendo Maucune á la plaza, donde se aparentó ejecutar el plan de voladuras con que se había amenazado á los sitiadores (1). Cassan dió efectivamente la orden de que los oficiales redujeran sus equipajes al menor volumen posible; se distribuyeron 50 cartuchos por plaza en la tropa; se

---

noticias, y yo sé que la guarnición está en la inteligencia de que todos los esfuerzos hechos por el mariscal Soult para liberar esa plaza ó la de San Sebastián han fracasado, así como que la última ha caído en nuestro poder.»

«La destrucción de la plaza y la tentativa de evadirse no deben de considerarse por el gobernador y los oficiales sino como el deseo de hacer daño á la nación española de una manera sensible, contra todas las leyes de la guerra y encomendarse después á la generosidad del ejército aliado.»

«Os prevengo, señor general, que no siento ninguna inclinación á tales sentimientos hacia quienes se conduzcan de esa manera; y, en consecuencia, os mando que en caso de que la guarnición de Pamplona haga el menor daño á la plaza, no la deis ni capitulación ni gracia alguna, y que, sin esperar más órdenes, hagáis pasar por las armas al gobernador, á todos los oficiales y suboficiales, y diezméis á los soldados.»

(1) Tomé, dice Cassan, mis disposiciones para imponerme todavía al enemigo.»

comenzó á desmontar la artillería y reunir una gran parte del material de toda clase como para incendiarlo cuando se volasen las fortificaciones, y se hizo la demostración de irse á verificar una salida general para abrirse paso por entre las fuerzas del bloqueo. Pero viendo que con eso, en vez de producir el efecto á que se aspiraba, lo único que se conseguía era aumentar la deserción que pocos días antes se había iniciado entre los franceses, su jefe decidió reanudar la negociación la cual se terminó el día 30 aceptándose las condiciones impuestas por el general España. Por ellas la guarnición francesa de Pamplona saldría con los honores de la guerra para entregar sus armas, banderas y águilas á 600 metros de la barrera y rendirse prisionera de guerra, continuando su marcha al puerto de Pasajes y embarcándose después para Inglaterra; las mismas condiciones de que antes dimos cuenta como ordenadas por Lord Wellington. (1) Las demás eran las correspondientes á toda capitulación en que se empieza declarando que la guarnición se ha conducido honrosamente en su defensa, conservando, por consiguiente, los oficiales sus espadas y los sargentos y soldados sus mochilas.

Llenáronse todas esas condiciones y las accesorias menos importantes de aquel convenio militar; y el 1.° de noviembre de 1813 quedaba la plaza de Pamplona

(1) Éste envió con el coronel O'Neill, de la Princesa, á Cádiz el águila y las banderas del regimiento francés núm. 52, cogidas en Pamplona, rogando al Ministro de la Guerra las ofreciera á la Regencia.

Al mismo tiempo le trasladaba el parte en que el general España recomendaba los servicios de sus oficiales; y, por su parte, designaba á O'Neill, como oficial que los había prestado importantes y era altamente digno de ser ascendido.

restituída á España después de seis años de haberse arrebatado con una estratagema, si ingeniosa, indigna de los que penetraban en nuestro patrio territorio con todas las muestras de la más cordial amistad.

Cassan podía concluir su parte diciendo: «La guarnición se ha conducido perfectamente y yo no tengo sino motivos para alabar sus servicios. Su constancia en los trabajos como en las largas privaciones que ha sufrido, y su intrepidez en las muchas salidas que ha hecho, han excitado la admiración de nuestros enemigos. Se creerá dichosa si S. M. el Emperador y Rey quedara satisfecho de su abnegación; la recompensa de los bravos es la de haber servido bien á su soberano y á su país».

En cambio escribía Lord Wellington á nuestro Ministro de la Guerra: «No puedo aplaudir suficientemente la conducta de Don Carlos de España y la de las tropas de su mando durante el tiempo que ha estado mandando el bloqueo, que es desde principios de agosto. En todas las salidas que ha hecho el enemigo ha sido rechazado con pérdida; y el general, sus oficiales y tropa se han conducido bien en todas ocasiones. Don Carlos de España fué gravemente herido el 10 de septiembre como expresé en mi despacho de 19 del mismo mes; pero habiéndome expuesto que aún estaba en estado de continuar haciendo su servicio, me pareció que en justicia debía dejarle seguir en un mando en que hasta entonces había cumplido de una manera tan satisfactoria; y tengo la mayor complacencia en ver que le ha cabido en suerte ser el instrumento de la restauración de una plaza tan importante á la monarquía española como la de Pamplona».

Conducta de Wellington ante la Nivelle.

Ahora bien y volviendo al tema interrumpido con la descripción del sitio de Pamplona podría decirse que Lord Wellington cohonestaba la paralización de sus operaciones con el fruto de aquella reconquista que dejaba disponibles de 12 á 14.000 hombres para proseguirlas en la Nivelle. Se reforzaba su ejército y tenemos que convenir en que considerablemente, pues que era con españoles y esos victoriosos y animados del mejor espíritu por ende; pero ¿le habían hecho falta en el paso del Bidasoa ni los hubiera echado de menos cuando el tercer ejército volaba de Cataluña para apoyarle en su invasión de Francia? Más cuidado que Pamplona debía infundirle Jaca por donde habrían de pasar los ejércitos franceses de la frontera si llegaba á ponerse en ejecución el plan de Soult al reclamar de Suchet la cooperación de sus tropas de Aragón y Cataluña para caer sobre el Ebro y obligar al ejército aliado á retirarse al interior de la Península como el año anterior tras el fracaso de Burgos.

Mas dirán nuestros lectores: «¿á qué, pues, debe atribuirse esa innacción de que se acusa á Lord Wellington? Pues á razones políticas personales suyas y á las altamente estratégicas que podría inspirarle el estado de las operaciones que se efectuaban en la frontera del Rhin, no pocas veces interrumpidas ó paralizadas por la acción pudiéramos decir ondulante de la diplomacia, tan torcidamente llevada por Napoleón como por las potencias del Norte.

Todavía andaba Lord Wellington empeñado en su polémica, ya pudiéramos decir antigua, con el general O'Donojú y pretendiendo su exoneración para el caso en que no se le satisficiese completamente. Era

el 5 de octubre y manifestaba á lord Bathurst que le había sido admitida por la nueva Regencia la renuncia del mando de los ejércitos españoles, que había presentado el 30 de agosto; pero continuando en él hasta la reunión de las futuras Cortes. Al día siguiente llamaba la atención de su hermano sobre ese punto, y le decía estuviera sobre aviso para que lo examinasen bien con presencia de su despacho de aquella fecha y del que acababa de dirigir al Ministro de la Guerra en respuesta á su comunicación de 22 de septiembre. (1) En ese despacho, de igual fecha que el dirigido á Bathurst, después de volver el Lord sobre las facultades que se le habían dado para el nombramiento del personal de los ejércitos encomendados á su mando, y de las dificultades y contrariedades que había sufrido, le decía que iba á continuar ejerciendo ese encargo, aunque sin anunciar á las tropas su renuncia hasta que se le comunicase la aceptación definitiva, y dando entre tanto noticia de habérsele admitido la dimisión, *á su Gobierno por si pudiera interesarle.*

No comprendemos la conducta de nuestro Gobierno en sus relaciones con Lord Wellington. ¿Estimábase la cooperación de los ingleses y se apreciaba el fruto que pudiera dar la dirección que la imponía su general en jefe? Parece que sí, puesto que se había solicitado aquélla; y contra una gran parte de la opinión pública, de la militar especialmente, la representación

(1) En el escrito á su hermano para que tuviera cuidado de lo que se hiciera en las Cortes, incluía un paréntesis muy significativo. Le decía: «si tenemos algún partido en las Cortes», (if we have any party in the Cortes).

que pudiera tomar por genuina del país había elegido para jefe supremo de las armas aliadas al que lo era de las de esa misma ayuda hasta entonces eficacísima. Por necesidad supuesta ó por torpeza, se había hecho á ese caudillo árbitro de la dirección y de los destinos, de los personales como de los colectivos, de las tropas nacionales, para muy luego y faltando á los compromisos con él contraidos ponerle obstáculos y, más que obstáculos, embarazos enojosos, de esos que, aun sin estorbar la acción general en un plan grandioso señalado por la ciencia, ofenden y disgustan al destinado á ejecutarlo hiriendo sus susceptibilidades y sentimientos personales. Se había lastimado en su orgullo, indudablemente legítimo, á Ballesteros y á otros generales al dar á Lord Wellington el mando de nuestros ejércitos para al poco tiempo encargar del Ministerio de la Guerra á quien no haría sino herir el amor propio, exagerado eso sí, pero legítimo también, de quien tantos servicios estaba prestando á la causa española, siquier más que mirando á eso dedicara Wellington sus talentos, sus esfuerzos y sacrificios en beneficio de su patria.

Era, y no le negamos la justica de su parte; era su pesadilla la cuestión de Castaños, destituido, y la de Girón, trasladado, que no podía olvidar, tomándola por desaire manifiesto á su persona, pero sin que eso, ni sus opiniones respecto á nuestro gobierno y país, alguna vez chocantes, obstarán para ocuparse de las condiciones de la concesión del Soto de Roma que acababa de hacérsele, altamente honrosa y útil. (1)

---

(1) «No sé, escribía á su hermano el 23, si tengo casa en el

Si eso era en España y más todavía en Portugal, porque para nuestros hermanos no había dimisiones ni temores á desaire que fuera á tomar en cuenta, en Inglaterra era otra cosa y Lord Wellington necesitaba apoyos aún más poderosos que el de su hermano Enrique, por influencia que tuviera en Cádiz, y el del mayor, Ricardo, con sus discursos en la Cámara de los Lores; necesitaba el de una opinión tan general y robusta que venciese á la no escasa de sus adversarios políticos y émulos. Pero por quejas que produjese la inacción de Wellington, el espíritu práctico de los ingleses bien les hacía conocer que nunca como entonces, en que la situación de Francia se iba haciendo tan crítica, convenía que no cesara un momento la acción de los aliados para hacer definitivo su triunfo. (1)

---

Soto de Roma; pero, si la tengo, está habitable y desea ir allí lord Hinchinbroke, espero que hará uso de ella. O'Lawlor va allá por razón de su salud y arreglará todos mis asuntos. Se me ha dicho que el sitio es hermoso y el clima delicioso. Os ruego presentéis mis cumplimientos más obsequiosos á lord y lady Hinchinbroke.»

Y añadía por P. S.—«No sé si tengo razón, pero se me antoja que el clima de Cádiz es particularmente desfavorable para las personas que padecen de los pulmones. En ese caso, lord Hinchinbroke debe dejarlo».

(1) Napier añade esas otras causas para disculpar á su héroe. «Esa dificultad, dice, de alimentar á los anglo-portugueses, la extrema miseria de los españoles, y la certidumbre de que se entregarían al pillaje desde el momento en que pusieran el pie en Francia y harían se sublevasen los pueblos, eran consideraciones poderosas que, unidas á la situación difícil de los asuntos políticos de la Península, arrastrarían á lord Wellington á suspender toda operación ofensiva, mientras Napoleón resistiera con tenacidad á los soberanos aliados en el Elba. No era sólo con los anglo-portugueses con quienes se pudiera esperar invadir la Francia y mantenerse allí, cuando no se tenía dinero ni medios de transporte para abastecer de víveres á los españoles. La naturaleza del país no permitía, de otro lado, contar con una victoria decisiva, y si se avanzaba, se corría el riesgo de verse obligado á volver á España en el invierno, al

Batalla de la Nivelle.

En fin, el 10 de noviembre, día en que cesara el temporal que había impedido aprovechar inmediatamente la rendición de Pamplona, reanudó el ejército aliado las operaciones tan felizmente comenzadas un mes antes en el Bidasoa. A la incuria anterior había sucedido en el campo francés una vigilancia extremada en la que, aún así, excedía á todos el mariscal Soult, noticioso de que sus enemigos esperaban impacientes la primera ocasión de calma en la atmósfera para emprender el ataque de las posiciones, cuya defensa había tenido tanto tiempo de preparar. Seguían á su derecha, al frente de San Juan de Luz, dos divisiones y la reserva de infantería á las órdenes de Reille; la división Darricau se mantenía en los altos de Serres y de Ascain; el general Clausel con tres divisiones se hallaba en el centro de la línea, á vanguardia y retaguardia de Sare; el general Foy entre San Juan de Pie de Puerto y Bidarray sobre nuestro flanco derecho; y la caballería, por fin, en segunda línea para caer sobre el punto atacado y que permitiera su acción maniobrera. Las posiciones que todas esas tropas ocupaban eran excelentes, muy conocidas de antemano por haber sido en cien casos teatro de la guerra en aquella frontera, y formidables en aquella ocasión,

---

tiempo de que un movimiento de retirada hubiera llegado á ser arriesgado y deshonroso.»

Nada; que Lord Wellington no era de la madera de los Aníbal y Napoleón.

En cuanto al concepto del Lord sobre nuestros compatriotas de los que sólo los *serviles* consideraba como amigos en las Cortes ¿qué se había de esperar de quién aconsejaba á su gobierno se preparase para la guerra con España y se apoderara de San Sebastián como base de sus operaciones en tal caso?

Véase el apéndice núm. 2.

cubiertas, como estaban, de fortificaciones de todo género. Preocupa por lo menos, ya que no asuste, el espectáculo que debía ofrecer aquel terreno, y en su dibujo no sabe el observador distinguir por dónde deberían atacarse sus más interesantes accidentes; con tal arte se había procurado cerrar los desfiladeros, avenidas y pasos por donde llegar á esas posiciones, coronadas, además, de fuertes y bien artillados reductos. Las principales posiciones, las en que, según acabamos de indicar, se habían situado los núcleos más numerosos del ejército francés, eran; sobre la derecha, Siboure, al frente de San Juan de Luz, apoyada en el mar y en una eminencia dominando la carrera general y dando cara á Urrugne y sus interesantísimas cercanías, posición que dijo Wellington no creía deber atacar de frente; en el centro, la Petite Rhune, altura perfectamente atrincherada cubriendo la avenida de Ascain á su derecha, la de Sare á su izquierda y, á su retaguardia, todo el semicírculo que forma la Nivelle entre los puentes de Serres y Amotz, con el de Saint Pé en medio; en la izquierda, después y ya en la orilla derecha de aquel río, la montaña (Mondarrain) dominante de Ainhoué, línea de reductos sobre los caminos del Baztan por delante, y de Ezpelette y Cambo por detrás (1).

Eran de estudiar y calcular detenidamente las di-

(1) El comandante Clerc, en su notable libro, que lleva el título de *Campagne du Maréchal Soult dans les Pyrénées Occidentales en 1813-1814*, dice: «La gran posición de Sare se ha dividido en *tres sectores:* el de Taupín comprende los reductos de Saint-Ignace, es decir, de Mondavidia y de Hermitzebaita, y el reducto de Suhamendia; el de Maransin es el anchuroso collado de Mendiondo, entre los reductos de Suhamendia y de Luis XIV, de donde parten los caminos á Ascain, Arosteguia

ficultades que hallaría el ejército aliado en la conquista de esas posiciones que alguno ha querido comparar con las de Torres-Vedras y que Soult manifestó después deberían costar á los aliados 25.000 bajas; las que Lord Wellington, en tanto tiempo como tuvo para hacerlo, no dejó de examinar puesto por puesto en los accidentes todos de tan vasta línea antes de fijar su plan de ataque. No hay más que leer las detalladas instrucciones que dió á sus generales el 27 de octubre, en espera de la rendición ya próxima de Pamplona, para comprender con qué atención había ejecutado los reconocimientos necesarios y con qué juicio y arte estudiado y discernido cuantas dificultades pudiera tener que dominar ó vencer.

Los temporales retardaron la ejecución de ese plan aun después de tomada Pamplona; pero no pasó un sólo día sin que fuera escribiendo á cada general las disposiciones preventivas que debiera tomar ó las variantes que las circunstancias pudieran imponerle en sus marchas ó en la ocupación de los puntos designádoseles en la presupuesta línea de batalla (1).

El éxito de la jornada consistía en forzar el centro francés hasta envolver su derecha, con lo que Soult tendría que evacuar la posición de San Juan de Luz y

---

y Saint Pé; en fin, el sector de Conroux es el terreno comprendido entre Luis XIV y el puente de Amotz».

La posición, con efecto, es soberbia y se habría hecho inexpugnable si Soult hubiera pensado antes lo que después, en apoyarla, sin fijarse principalmente en la defensa de la derecha, en que él se hallaba y que Lord Wellington, muy acertadamente, no hizo sino amenazar.

(1) Eso á pesar de ocupar las instrucciones cinco páginas en letra microscópica en los despachos de Lord Wellington. No las copiamos porque se comprenden bien con la lectura de la relación de la batalla.

retirarse á la línea de La Nive, acogiéndose á ella y á la plaza de Bayona, su principal apoyo. Al mismo tiempo el general Hill, que con la debida anticipación saldría de sus campos del Baztan y Maya, habría de rechazar del suyo sobre Ainhoa á las divisiones de Drouet, evitandó su acción en favor de su centro y separándole de la comunicación con Foy y París, que llevamos dicho observaban nuestra derecha desde las inmediaciones de San Juan de Pie de Puerto para, en caso oportuno, caer sobre ella. Frente á Siboure, el papel de los generales Hope y Freire, se reducía á tomar las posiciones de Urrugne, mantener segura su comunicación con el centro, y observar la derecha francesa sin atacarla hasta conocer el éxito completo del centro en su avance á la Nivelle. Decía Wellington al final de su Memorandum: «Si aconteciese, con todo, que el éxito de los demás ataques contra el enemigo le indujeran á abandonar algunas de las posiciones ú obras que ocupa en la orilla izquierda de la Nivelle entre Ascain y Socoa, el general Freyre y el general sir J. Hope se considerarán autorizados para ocupar el terreno que abandone el enemigo y podrán en tal caso avanzar sus tropas hacia la línea del río Nivelle, hasta donde pueda hacerse con ventaja y sin comprometer las tropas en un ataque contra cualquier punto fuertemente ocupado ó establecido bajo la protección inmediata de las obras enemigas.» Todo eso se dirigía á evitar que Soult desde San Juan de Luz, su cuartel general, con Reille, fuera á apoyar las del centro, objetivo principal en el plan del generalísimo del ejército aliado.

Ataque de los reductos de Sare.

La batalla comenzó al ser de día el 10, atacando

Cole con su 4.ª división los reductos de delante de Sare, apoyado por nuestro ejército de reserva de Andalucía que Girón dirigió sobre las posiciones de la derecha de aquel pueblo y las alturas que lo dominan á retaguardia, corriéndose por las descendencias de la Petite Rhune. El combate, allí, y especialmente en el reducto avanzado de Santa Bárbara, fué rudísimo. Exigió la toma de aquella obra, esmeradamente fortificada, una hora de pelear y mucha y preciosa sangre de una y otra parte; cediendo al fin los franceses, más que á la fuerza de las bayonetas inglesas al temor de verse envueltos por los españoles. Ocupáronse, con eso, las mencionadas trincheras avanzadas del pueblo de Sare, que fué en seguida asaltado por nuestros compatriotas, á cuyo frente entró el tan conocido D. Juan Downie que, para no desmentir su carácter raro y jactancioso, celebró la hazaña con un repique general de campanas. Con eso también pudo Lord Wellington establecerse en el reducto principal á que acabamos de referirnos para de más cerca dirigir las operaciones tan felizmente comenzadas. En las tropas causó, como siempre, gran entusiasmo la presencia de su general en jefe; y mientras los nuestros avanzaban al pie de la Petite Rhune según su programa, los de Cole ocupaban las alturas que dominan Sare á su retaguardia.

El de la Petite-Rhune.

El barón Alten, entretanto, se dirigía con la división Ligera á la cumbre de la Petite Rhune, posición, ya hemos dicho, excelente y cuya conquista decidiría en gran parte del éxito de la jornada.

Iba con él la división Longa que contribuyó, como era de esperar, á la ocupación de tan importante altura, en cuyo ataque fué herido el general inglés

Kempt al asaltarla á la cabeza de su brigada. Inmediatamente después, esas fuerzas, seguidas en sus movimientos por la brigada de caballería del coronel Alten, la artillería de la división y la de montaña de Girón, cooperaron con la derecha del centro aliado á la toma de las alturas de Sare.

Freire y Hope.

Entonces se puso de manifiesto en esta parte de la línea y en la izquierda, la acción del general Freire, en primer lugar, y la de sir H. Hope luego para impedir la del enemigo en contra de nuestras tropas. Estas bajaron de Mandale y se dirigieron en dos columnas á Ascain, con lo que se evitaba que la derecha del centro francés tomase de flanco á los aliados que atacaban la Petite Rhune y las alturas de Sare; operación á que contribuyó eficazmente el general Hope con la izquierda de los aliados, lanzándola sobre Urrugne, cuyos reductos ocupó, y sobre las alturas fortificadas al frente de Siboure, desde las que impidió que Reille intentase enviar nuevos refuerzos á Serres en favor de Ascain y del centro todo de sus compatriotas, tan decididamente atacado por Freire, Alten y Cole con Girón y Longa.

Nadie explica mejor el conjunto de aquellas brillantes y felices maniobras que lord Wellington que, como hemos ya dicho, las presidía desde el reducto de Santa Bárbara, ocupado en los comienzos de la batalla. Dice así en su despacho del 13 en Saint Pé: «El ataque empezó al ser de día; y habiendo el teniente general sir L. Cole obligado al enemigo á evacuar el reducto en su izquierda del frente de Sarre á cañonazos, y habiéndose evacuado el que estaba enfrente de la izquierda de aquella aldea al acercarse la 7.ª divi-

sión del mando del general Le Cor para atacarlo, el teniente general sir L. Cole atacó y se hizo dueño del pueblo, que fué envuelto en su izquierda por la 3.ª división del Mayor general el Honorable C. Colville, y en su derecha por la reserva de Andalucía al mando de Don P. A. Girón; y el Mayor general C. Barón Alten asaltó las posiciones de la Petite Rhune. Todos entonces cooperaron al ataque de la gran posición enemiga de detrás de la aldea. Las 3.ª y 7.ª divisiones tomaron inmediatamente los reductos de la izquierda del centro enemigo, y la división Ligera los de la derecha, mientras la 4.ª división con la reserva de Andalucía, á su izquierda, atacaba las posiciones de su centro. Estos ataques obligaron al enemigo á abandonar las fuertes posiciones que había fortificado con mucho esmero y trabajo, y en su izquierda y principal reducto de lo alto al primer batallón del 88.° que inmediatamente se rindió.»

Muerte de Conroux.

Se conoce que después de las primeras resistencias, opuestas al frente de Sare, y á la vista ya de las superiores fuerzas de los aliados y del orden con que eran atacados, los franceses del centro de su línea, pertenecientes á las divisiones de Clausel, comprendieron que peleaban con gran desventaja y no lo hicieron con la bravura de otros tiempos y ocasiones. Así, y aun á pesar de los esfuerzos del general Conroux, que fué mortalmente herido en lo más rudo de la refriega, se comprende cómo el centro francés, considerándose flanqueado y ante el temor de verse envuelto muy pronto, abandonara las demás posiciones de la izquierda de la Nivelle y, en una de ellas, el reducto de las *Señales*, al desgraciado batallón del 88.° que, después de idas y

venidas, de intimaciones y réplicas, tuvo que rendirse (1).

En la izquierda francesa.

Al mismo tiempo tenía lugar en la derecha del ejército aliado una lucha más obstinada, defendiendo Drouet las posiciones que hemos dicho ocupaba á espaldas de Ainhoe. Las más avanzadas de su frente, que cubría la división D'Armagnac, fueron arrolladas por la división Stewart, cuya brigada Byng fué apoderándose de todas las trincheras y reductos construídos al frente de Ainhoa, apoyado en su derecha por Morillo que la fué despejando de los puestos enemigos de las descendencias de la escabrosa montaña de Mondarraín hasta el pueblo de Itsatzu, ya próximo á La Nive.

Facilitado así el ataque definitivo dirigido contra el cuerpo de D'Erlon, encaramado en los varios reductos construídos á espaldas de Ainhoa y ligado por el puente de Amotz con el centro de la línea general francesa, el general Clinton, después de haber cruzado con su 6.ª división La Nivelle, despejando todos los puestos enemigos de ambas orillas y cubriendo así el paso de la división portuguesa de Hamilton, acometió el asalto de la montaña en que formaba Drouet con el grueso de sus tropas. El ataque de Clinton fué todo lo gallardo (handsome dice Wellington) que debía esperarse de tal general y cuando se estaba peleando ya victoriosamente en sus inmediaciones del centro, con lo que cayeron en su poder todos los reductos, y los franceses que los defendían fueron á abrigarse á su campo de Suraide para no perder su contacto, por la derecha,

(1) Cuenta un historiador francés, que Conroux fué herido de un balazo en el pecho, realizándose la predicción que había hecho días antes de *que Sarre serait son tombeau.*

con el ejército y, por la izquierda, con las divisiones de Foy y París, estacionadas hacia Bidarray y San Juan de Pie de Puerto. Quedaba en los reductos de lo alto la división Abbé; decidido éste á disputarlos al general Hill que, teniendo despejada su derecha con el avance de Clinton y Morillo, ocupado el puente de Amotz y con la seguridad de que el enemigo que iba á atacar no recibiría inmediatamente socorro alguno del resto de la línea, rota en todas partes, acometió decididamente el asalto de las posiciones de Abbé. La destrucción de éste era segura ante fuerzas tan superiores en número y en el estado en que se hallaba la batalla; y D'Erlon, comprendiendo la inutilidad del gran esfuerzo que en su ardimiento se empeñaba en hacer Abbé, le dió la orden terminante de retroceder á Ezpelette para no perder el contacto, momento antes interrumpido, con D'Armagnac. Al movimiento retrógrado de Abbé siguió el de otras de sus brigadas, la del general Maucomble que, remontado en montes vecinos, hubo también de abandonarlos á pesar de parecer inexpugnables. La izquierda francesa quedó así evacuada dirigiéndose todas sus tropas á ampararse de la Nive hacia Cambo; el centro tuvo que cruzar la Nivelle por Saint Pé, seguido del ejército aliado cuyas principales columnas de Cole, Girón, Alten, Beresford y Freire atravesaron también el río avanzando desde Sarre, la Petite Rhune y Ascain; y la derecha, que había tenido paralizada y en jaque el general Hope, hubo de limitarse á guardar Siboure, su puente y San Juan de Luz, de donde había partido Soult hacia Serres pero sin resultado alguno en favor del centro de su línea.

Ocupación de Saint Pé.

Aquí es donde, después de las dos de la tarde, en

que toda la margen izquierda de la Nivelle y la parte alta de la derecha, Ascaín, Sare, Ainhoa y hasta Suraide, se hallaban en poder de los aliados, es donde se verificó la lucha final de aquel día. Se cruzó el río, á pesar de lo crecido que iba, y las divisiones 6.ª 7.ª y 3.ª inglesas acometieron sucesivamente las alturas que están detrás de Saint Pé, donde habían tratado de reformarse las tropas de Clausel, acabadas de ser vencidas, y las tomaron sin grande oposición; de modo que al anochecer los nuestros eran dueños de todas las posiciones centrales de la línea francesa, habían derrotado la izquierda y envolvían la derecha amenazando cortarle su comunicación de la carretera con Bayona. Si entonces mismo no se realizó tan importante operación que significaría la derrota completa del ejército francés, pomposamente llamado de España, fué porque, echándose la noche encima y siendo ya la estación muy cruda, se hizo imposible toda maniobra en un terreno desconocido y sembrado de obstáculos para la marcha de las tropas. Hubo de dejarse para el día siguiente el acabar así victoria tan señalada; pero durante la noche Soult había evacuado San Juan de Luz y retirádose á Vidart y, después, á su campo atrincherado de Bayona, sin que Hope, pasando la Nivelle tras de haber habilitado el puente de Siboure, roto, como otros próximos, por Reille, y Beresford que se proponía caer sobre su comunicación en la retirada, lograran alcanzarle por el pésimo estado de los caminos y del terreno todo, inundado por un violento chubasco que cayó aquella noche. (1)

(1) Victorias y conquistas dice: «Una lluvia abundante que cayó el 11, hinchó de tal modo el caudal de la Nive, que

Consecuencias.

Las posiciones, así, de los dos ejércitos beligerantes quedaron el día 12 en una situación casi paralela á la del 10, aunque distantes de ella sobre unas dos leguas; amenazando el aliado con avanzar á la línea de la Nive, atrincherada también aunque no tan fuertemente como la de la Nivelle, pero teniendo en su flanco derecho una fortaleza que podía ser considerada como de primer orden por su posición, sus obras de fortificación anteriores y las destacadas que se habían construído recientemente.

El fruto de la victoria alcanzada en las márgenes de la Nivelle el 10 de noviembre de 1813, fué, además del moral del triunfo que acabó con todas las esperanzas que tuvieran los franceses de no ver invadido su territorio, de 51 piezas de artillería establecidas en las trincheras y baterías asaltadas, 6 carros de municiones y 1.400 prisioneros. Las pérdidas fueron en el ejército aliado de 343 muertos, 2.278 heridos y 73 contusos según el parte oficial, no siendo fácil saber detalladamente las bajas del francés, pero reduciéndolas algunos de sus cronistas á 4 ó 4.500 de todas clases. Clerc las eleva á 174 oficiales, 4.270 hombres, de los que 27 oficiales y 1.231 soldados eran prisioneros (1).

---

este río dejó de ser vadeable hasta agua arriba de Cambo é Itsatzu. Esa circunstancia inspiró al duque de Dalmacia la feliz idea de hacer de la Nive su línea natural y ocupar los diferentes puntos por donde el enemigo pudiera franquearla. Con eso el ejército enemigo se encontraba circunscripto en los solos cantones de San Juan de Luz, de Ezpelete y Ustariz que había conseguido en la jornada del 10.»

(1) La *Memoria* del coronel francés Michaux sobre aquella acción, está comentada por Clerc en estos términos: «Según el coronel Michaux, las reservas hubieran debido ser situadas en Amozt y Saint-pée. Indudablemente, pero no sólo las *reservas*, sino que también el *cuartel general*. No había punto más central: de Saint-pée á Saint-Jean-de-Luz, se encuentran 14 kiló-

Pero ¡qué de recriminaciones de una y otra parte entre los beligerantes! No son de extrañar las de los franceses, como de vencidos, entre los que todos procuran exculparse atribuyendo la desgracia á otros; y las hemos tomado en cuenta al recordar la grave polémica entablada entre los mariscales Soult y Suchet, en que medió, pero sin resolver en definitiva, su ministro de la Guerra. Hemos también calificado la suspensión de las operaciones por Lord Wellington después del paso del Bidasoa hasta el día de la batalla que acabamos de describir. Lo que no pensábamos hasta esa ocasión en que llega á su colmo nuestra paciencia y la imparcialidad, sobre todo, y el espíritu de fraternidad en que siempre nos hemos inspirado respecto á los escritores portugueses, era que llegaría momento en que una acción ganada y reñida en mancomún pudiera dar lugar á que se aceptasen, así como propias, acusaciones tan absurdas como las que se leen al relatar el señor Da Luz Soriano la batalla de la Nivelle en que juntos combatieron y vencieron portugueses y españoles.

A un escritor portugués.

Dice así tratando de nuestras tropas: «Mal vestidas y mal sustentadas aunque menos mal armadas, poca esperanza daban para el buen éxito de la empresa que se las confiase. No era su falta de valor lo que se les recriminase, sino la de su disciplina que á poco más

---

metros; á Sare 7 y á Ainhoa 9; eso es, una hora á caballo. La ceguedad de Soult y su obstinación son inexplicables; se puede decir que el día en que, cediendo á las sujestiones de un falso punto de vista, y, quien sabe, á consideraciones secundarias, tales como las comodidades de instalación, trasladó el cuartel general de Ascaín á Saint-Jean-de-Luz, de una modesta aldea á una regular población, cometió una falta y la expió con una sangrienta derrota».

se elevaba que á la de simples paisanos armados, siendo su oficialidad tan inferior y su administración tan poco próvida que, aún así, admiraba que pudieran hacer lo que hacían. En aquel mismo período de la campaña en que se estaba, cuando la mayor parte de España se hallaba ya libre del pesado yugo francés, la principal subsistencia de los ejércitos españoles, aun por entonces, apenas consistía en mazorcas de maíz que los soldados cogían en los campos para después asarlas al fuego.»

Aun cuando estos conceptos procedan de un escritor inglés, *The Subaltern*, que después de todo acababa entonces de llegar al ejército, sólo el aceptarlos sin protesta y no refutarlos como ofensivos á camaradas en contienda que tanto importaba á Portugal como á España, corriendo igualmente peligro la independencia nacional de ambas naciones peninsulares, es como apropiárselos, hacerlos suyos. Y los portugueses de aquel tiempo, ni los de ahora ni los de nunca deben consentir crítica tan severa; porque si bien es disculpable en quien, como los ingleses, trabajan para atribuirse á su intervención y á sus armas el éxito de aquella guerra, no lo es en los á que, además de sólo ser reconocidos por auxiliares del ejército británico, se escatimó el mando de sus tropas, así en los generales como en las clases de oficiales superiores y á veces de subalternos. Si los portugueses no estaban lo mal vestidos que ahí se dice y mal sustentados, era porque sólo hasta fines de 1810 había sufrido su país los horrores y devastaciones de la guerra, y principalmente, porque, mezclados con los ingleses, formando generalmente parte de las divisiones británicas, habrían de

ser atendidos en vestuario, subsistencia y armamento á la par casi y en las mismas proporciones que ellos. Que en la ocasión á que nos estamos refiriendo obtuvieron los portugueses el elogio de Wellington, en su parte, y de Beresford en sus órdenes generales. Pues qué ¿no lo obtuvieron los españoles de aquel mismo caudillo y de sus jefes particulares? Críticas sufrieron los nuestros de sus émulos de la soberbia Albion; pero muchas, y también severas é injustas, las hubieron de soportar los portugues de cuantos ingleses escribieron de tan larga y ruda lucha, y entre los que más se distinguieron contra ellos fué el mismo Napier, de cuyas falsas aseveraciones y conceptos calumniosos nos hemos tenido que ocupar frecuentemente.

Y ahora mismo al recordar la gloriosa jornada en que rivalizaron en denuedo y pericia portugueses, españoles y britanos, tenemos que tomar en cuenta ofensas infundadas en gran parte, y hasta providencias del generalísimo de las tropas aliadas que se hace necesario reducir á sus debidas proporciones y, al hacerlo, demostrar su sin razón y la malicia con que fueron dictadas. La en todos conceptos calculada parsimonia con que llevó lord Wellington la campaña de octubre de 1813 á abril de 1814, dió lugar al ejercicio de una conducta política en el país invadido que no criticaremos considerándola humanitaria y hasta hábil, pero sí como parcial y por medios que ciertamente no había usado con los mismos para cuya protección había sido enviado. El devastador de Portugal en 1810, pretextando la ruina de provincias tan ricas como extensas desde las fronteras del Guadiana y el Coa hasta Lisboa; el que consentía el incendio de Ciudad Rodrigo y

Badajoz, el del Retiro de Madrid y San Sebastián, el que en unos despachos califica de *enormes* los delitos y crímenes que cometen sus tropas y en otros dice que manda *les plus grands coquins sur la terre de toutes les nations du monde,* se ensaña con los de la nuestra y los arroja de su lado cubriéndolos de vergüenza. El secreto, sin embargo, de medida tan radical está en que no los necesita y los establece en puntos de donde puede atraérselos rápidamente en los períodos y crisis en que puedan serle útiles.

El 12 de noviembre fué día nefasto bajo ese punto de vista. Algún soldado de los de Longa y alguno también de la legión alemana, fueron ahorcados por robos cometidos en Ascain y Saint Pé, y Longa y Mina recibieron comunicaciones del jefe de E. M. G. en que se les demostraba el enojo del Generalísimo y su propósito de castigar hasta con la horca á cuantos robasen ó produjeran incendios en el país. Providencias justísimas si se extendían á todos los ejércitos y si las hubiera hecho antes ejecutar en España á los asesinos, ladrones é incendiarios del británico de su mando.

Afortunadamente para su fama en aquella ocasión, el día antes se había ahorcado á un oficial, cuyo nombre se calla en los despachos, en el mismo campo junto á Saint Pé, á quien se le probó haber llevado á su división una mula cargada de lo robado. Pero esto era ya en Francia y por actos cometidos contra los franceses, á quienes hemos visto que guardaba toda clase de miramientos, cuando los españoles parecían ser el *anima vili* de sus severidades.

Hay que reconocer, sin embargo, que Wellington al observar esa conducta en Francia, no dejó de ob-

tener en gran parte los fines á que aspiraba. Los habitantes no se le mostraron lo oscos que los españoles á los soldados de Napoleón que invadieron nuestra patria. He aquí lo que sobre eso dice un francés, M. Pellot: «El sistema que adoptaron los aliados al entrar en Francia era el propio para captarse el favor de los habitantes del campo: el dinero, ese nervio de la guerra nos faltaba y abundaba entre ellos; lo esparcían profusamente y no tomaban nada que no lo pagaran en moneda contante. Los ingleses sabían perfectamente que esa afectada generosidad nos hacía mucho más daño que sus armas; así es que hallaron recursos que se nos habían ocultado á nosotros: el aldeano, que no razona, se deja seducir por esa conducta política y recibe como amigos á esos extranjeros armados que manchan el suelo de la patria y hacen correr la sangre de sus hermanos».

Los españoles no disponían de ese dinero y, por consiguiente, no podían inspirar el interés ni el respeto que los ingleses. De ahí el que nuestros compatriotas se hicieran tan temibles á los franceses, aun cuando, si ha de creerse á ese mismo Pellot y á la Baronesa de Crouseilhes sobre todo, los portugueses dejaron muy atrás á nuestros compatriotas en lo de atropellar y robar á las gentes del país. (1)

---

(1) En los despachos de Wellington hay una carta dirigida el 14 al general Freyre, en que se lamenta el Lord de que pueda nuestro digno compatriota tener por ofensivas órdenes que se le habían transmitido por conducto del general O'Lawlor. La copiamos porque nos parece importante é instructiva. Está escrita en francés, y dice así: «He recibido vuestra carta del 13 y siento mucho que creais que las órdenes que os he hecho transmitir por el general O'Lawlor el 12, hayan sido causadas por alguna duda de que vos, los oficiales generales, y los ofi-

Nueva suspensión de las operaciones..

La división Longa fué enviada á Medina de Pomar por Irún, Oyarzun y el camino, desde allí, más corto; la reserva de Andalucía fué acantonada en el Baztan, una brigada en cada uno de los pueblos de Elizondo, Errazu y Arizcun, dirigiéndose por la derecha de Ainhoa y Urdax; Mina recibió la orden de retirarse á los Alduides, donde acantonaría dos regimientos enviando los demás á Roncesvalles, Orbaiceta, Burguete y otros puntos de las inmediaciones.

Las divisiones anglo-portuguesas se establecieron

---

ciales del ejército en general, no hubiesen cumplido con su deber, ó que yo haya creído que la indisciplina fuese general en los cuerpos del ejército de vuestro mando. No cabe duda alguna de que ha habido desórdenes bastante graves en la noche del 11 y en la mañana y el día del 12 y de que soldados de todas las naciones han tomado parte en ellos.

»Yo no vengo á Francia para robar; no he hecho matar y herir millares de oficiales y soldados para que el resto de los últimos puedan robar á los franceses. Por el contrario, es deber mío y es deber de todos nosotros, impedir el pillaje, sobre todo si queremos que vivan nuestros ejércitos á expensas del país.

»He vivido largo tiempo entre soldados y he mandado largo tiempo ejércitos para saber que el único medio eficaz para impedir el pillaje, sobre todo en los ejércitos compuestos de diferentes naciones, es el de hacer que la tropa esté sobre las armas. El castigo no hace nada y, por otra parte, los soldados saben perfectamente que para ciento que roban es uno el castigado, en vez de que, teniendo reunida la tropa, se impide el robo y todos están interesados en evitarlo.

»Si quereis tener la bondad de preguntar á vuestros vecinos los portugueses y á los ingleses, sabreis que los he tenido sobre las armas días enteros: que lo he hecho quinientas veces, no sólo para impedir el pillaje, sino para hacer que sus camaradas descubran á los que han cometido faltas graves que siempre se dejan conocer del resto de la tropa. En la misma jornada del 12, estaban sobre las armas varias divisiones, y en todas se tocó llamada á todas horas del día por igual razón y con el mismo objeto. Jamás he creido que esa disposición ofendiese de modo alguno á los generales y á los oficiales del ejército; jamás hasta ahora ha sido censurada; y os ruego creais que si yo tuviera motivo para censurar la conducta de los generales ó de los oficiales, lo haría con la misma franqueza con

por órdenes dadas el 16 en Saint Pé en cantones, cuya situación tomaremos seguidamente en cuenta. Las tropas de Hill, en Itsatzu, Cambo, Larressore, Ezpelette, Souraide y Ainhoué. Las 3.ª y 6.ª divisiones se acantonarían en Ustaritz y Arrauntz y el mariscal Beresford establecería su cuartel general junto á ellas.

La división Ligera se pondría á retaguardia de Arcangues, en comunicación, por la derecha, con los cantones de la 3.ª hasta Santa Bárbara y extendiéndose por la izquierda, hasta ocupar Arbonne.

---

que he dado esas órdenes que considero como las mejores para impedir el pillaje.

»No he dado tales órdenes á las tropas españolas en España, porque era su país y comprendía la necesidad en que estaban todos. Pero lo hacía todos días con los demás; y si preguntáis, hallareis que no sólo divisiones enteras, sino que brigadas, regimientos y alguna vez una compañía, se ponían sobre las armas para impedir el mal ó para descubrir á los que lo hubieran cometido, lo que era raro que dejara de suceder.

»Después de esta explicación, que os ruego hagais conocer á los generales del ejército español, espero no se creerá en adelante que yo tenga intención de ofender á nadie, quien quiera que sea; pero necesito deciros que si quereis que vuestro ejército haga grandes cosas, precisa que se someta á disciplina, sin la que no se pueden hacer; y no es necesario creer que cada disposición entrañe una ofensa.

»Tengo también que acusar el recibo de vuestra carta en que me pedís que ponga á disposición del intendente de vuestro ejército 200 mulos por 15 días. Creo que la orden que os envié ayer para acantonar el ejército evitará la necesidad de esa petición; y os ruego me hagais decir si me equivoco. Me parece también que sería mucho más fácil al comisario general el pediros víveres que el de que se os entreguen 200 mulos.» Por otra carta del 16 se supone que Freire quedó satisfecho con la anterior.

Repetimos aquí que para vindicación de la conducta de Wellington en este caso están las órdenes que dictó también para averiguar y castigar los entuertos cometidos por sus gentes, hasta en el mismo Ascain, en compañía, sin duda, de las de Longa que tanto le irritaron é hizo escarmentar tan rudamente.

Hay que advertir que las órdenes enviadas á Freire tenían

La 7.ª se situaría en Saint Pé y la 4.ª en Ascain y Serres, ocupando los caseríos inmediatos si fuese necesario.

Las tropas de Hope se situarían en Bidart, Ahetze, Guethary y pueblos adyacentes, con las dos brigadas de Guardias en San Juan de Luz y Siboure.

Hope tendría un regimiento de la brigada de caballería de Vandeleur frente á San Juan de Luz, y los otros regimientos ocuparían Urrugne, Hendaye y Biriatou.

Alten establecería un regimiento de su brigada de

---

origen y motivo en una alocución dirigida *A los franceses* el 1.º de noviembre desde Vera, la que decía así: «A pesar de que el país que se halla frente al ejército sea enemigo, el general en jefe desea particularmente que sean bien tratados los habitantes y respetadas sus propiedades como lo han sido hasta ahora.

»Los oficiales y soldados del ejército deben recordar que sus naciones están en guerra con Francia, sólo porque el que se halla á la cabeza del gobierno de la nación francesa no les permite estar en paz y quiere obligarlas á someterse á su yugo, no deben olvidar que el mayor de los males que sufre el enemigo en su vergonzosa invasión de España y Portugal, fué causada por los desórdenes de los soldados y las crueldades que ejercieron contra los desgraciados y pacíficos habitantes del país con autorización y hasta estímulos de sus jefes.

»Sería inhumano é indigno de las naciones á quienes se dirige el general en jefe, el vengar esa conducta en los pacíficos habitantes de Francia; y esa venganza, en todo caso, causaría al ejército males semejantes y aún mayores que los sufridos por el enemigo en la Península y llegaría á ser infinitamente opuesta al interés público.

»Hay, pues, que observar en las ciudades y aldeas de la frontera de Francia las mismas reglas que se han practicado hasta ahora en las requisiciones y recibos de los víveres que se sacan del país, y los comisarios de cada uno de los ejércitos de las diferentes naciones recibirán órdenes del general en jefe de su ejército respectivo relativamente al modo de pagar esas provisiones y al plazo en que deberán tener lugar los pagos.»

Antes de eso, el 27 de septiembre, el general Girón había dirigido á los soldados franceses una proclama convidándolos á acogerse á los españoles y ofreciéndoles ventajas importantes y protección decidida á los habitantes del país.

caballería en Saint Pé y otro en Sare. Esa brigada desempeñaría los servicios de su arma como lo requiriese Alten con las 6.ª, 3.ª y Ligera divisiones.

La brigada de caballería de Bock retrocedería hasta detrás de Hernani; y los 3 escuadrones de la brigada Somerset que ocupaban á Sare se trasladarían al valle del Bidasoa.

El cuartel general se establecería el 17 en San Juan de Luz y el Estado Mayor español en Urrugne.

De modo que á los cuatro días de haber arrollado al ejército francés, vencido ejecutivamente en la Nivelle hasta encerrarlo en Bayona y cubriendo en parte la línea fortificada débilmente de la Nive, el aliado, en vez de aprovechar tal triunfo y proseguirlo hasta destruir á su enemigo totalmente si no le abandonaba todo aquel territorio fronterizo, tomaba la anacrónica resolución de establecer cuarteles de invierno para, así, dar un respiro á los que de un momento á otro podían recibir refuerzos que le hicieran tomar de nuevo su anterior actitud ofensiva. (1)

---

(1) «Si un ejército francés, dice uno de sus historiadores, se hubiera hallado en la brillante situación de los aliados después de la derrota de Vitoria, nada habría detenido la prosecución de sus éxitos; tan distintos efectos produce el genio de las naciones en el oficio de las armas.» No; es el genio de los generales, no el de las naciones, el que influye en la dirección más ó menos rápida, más ó menos eficaz, por consiguiente, de la marcha y la suerte de las operaciones de la guerra.

Sobre esas suspensiones de armas ha escrito recientemente (agosto de 1901) un biógrafo de Vendome en el *Carnet de la Sabretache*: «En aquella época, la guerra ofrecía rara vez el carácter de actividad contínua. Se descansaba mucho, en invierno por supuesto, tras de un sitio en seguida y esos eran frecuentes. No se proseguía jamás un éxito hasta la destrucción del adversario, y era muy raro que á cada batalla no sucediese un período asaz largo de calma. Eran costumbres que nos es difícil ahora comprender, pero que, sin embargo, fácil-

Rendición de Jaca.

Ni siquiera tenía el pretexto de que los franceses amenazaran de nuevo con la fracasada combinación para invadir el valle del Ebro por Canfranc, porque, además de lo crudo de la estación, se hallaba la plaza de Jaca, que cierra aquel camino, estrechamente sitiada por las fuerzas del general Mina desde que París se había trasladado á Francia para unirse al Duque de Dalmacia. Por grandes que fueran los padecimientos de nuestros soldados en el Pirineo al vigilar las avenidas de San Juan de Pie de Puerto, de Pau y Toulouse, en los valles que eran teatro de la campaña, no cesaban tampoco de mantener una estrecha unión con las fuerzas que bloqueaban á Jaca. Así es que si la guarnición de esta plaza se arriesgaba á hacer alguna salida, pronto se veía envuelta por nuestros compatriotas que de todas partes acudían á rechazarla. El 11 de noviembre salieron hasta 500 hombres resueltos á echar á los de Mina de Benaguas y hasta forzaron el puente de San Miguel para luego correrse por la orilla del río Aragón; pero, acudiendo á la refriega el comandante navarro D. Antonio Oro, los hizo repasar las aguas que habían vadeado y los metió en Jaca con no menos de 50 bajas, de las que un oficial y varios soldados muertos.

Poco después, y animado Mina con los progresos que los ejércitos aliados hacían en Francia, dispuso el asalto de la plaza de Jaca que se verificó el 5 de di-

---

mente por consideraciones políticas y sociales demasiado largas para explicarlas aquí. El caso es que hacían las guerras interminables é inciertos sus resultados.»

Se nos antoja que ese escrito puede muy bien aplicarse á la campaña de lord Wellington que estamos recordando, la que duró nada menos que de agosto de 1813 á abril de 1814.

ciembre bajo la dirección del entonces comandante también D. Marcelino Oráa, con una habilidad y un éxito superiores á todo elogio. La plaza quedó pocas horas después de la escalada en poder de los navarros, en cuyo apoyo corrió también desde Pardinilla el tan conocido jefe de la Caballería D. Bartolomé Amor, cuyo escuadrón se estableció en la parte exterior de la plaza para acoger á los asaltantes si llegaban á ser rechazados. El enemigo se dió por muy feliz con recogerse al castillo, donde se creyó seguro sabiendo que sus sitiadores no tenían artillería para abrirse paso por sus robustos muros superabundante provistos de esa arma. Como que aún podría mantenerse en la fortaleza hasta el 17 de febrero del año siguiente de 1814, en que, atemorizado el Gobernador con la construcción de las minas á que como en tantas otras ocasiones había acudido Mina á falta de artillería, que nunca le llegaba, firmó una capitulación que le permitió regresar á Francia después de haber depuesto sus tropas las armas á unos 600 metros de la fortaleza.

A virtud de aquella capitulación que obligaba á los franceses á no volver á tomar las armas hasta su canje, condición que no cumplimentaron, «el 18 de febrero, dice Mina en sus Memorias, desfilaron por delante de los regimientos 5.° y 7.° (de su división) que se hallaban formados, y rindieron las armas seiscientos setenta y seis soldados, cabos y sargentos, veinte oficiales, incluso el Gobernador, el Sr. Desortis, y seis empleados. Se hallaron en el castillo setenta y una piezas de artillería, entre ellas diez y siete desmontadas, cantidad grande de mosquetería, mu-

cha munición de guerra, víveres para dos meses, y porción de vestuario». (1)

Si algunas razones hubiéramos de alegar que no fueran las ya expuestas para demostrar que no eran las militares las que habían detenido á Lord Wellington en el Bidasoa antes de atacar la línea francesa de la Nivelle, nos sobrarían aún si hubieran de discutirse las contrarias á esa nueva detención del ínclito general británico ante las aguas de la Nive. La fuerza moral adquirida con victoria, tan fácil, por otra parte, como la del 10 de noviembre, y la superioridad numérica de sus tropas hacían suponer como indudable un nuevo triunfo si no se desaprovechaban los efectos del reciente anterior. Hay, pues, que, desechando por inútiles los razonamientos apoyados en el argumento de la fuerza, apelar otra vez á los mismos de la política y la diplomacia para explicar conducta que tanto aleja al generalísimo aliado de las esferas en que brillan los Césares, Federicos y Napoleones.

**Preparativos de Soult.** Un mes, como en la anterior parada, se mantuvo inactivo el ejército aliado ante la línea de la Nive; tiempo que Soult aprovechó hábilmente, reconociendo con el cuidado á que da lugar la tranquilidad, las condiciones defensivas de aquel río para el caso de un ataque decisivo, ya que resultaban parciales y sin importancia los que intentaron en ese lapso los puestos avanzados del enemigo. Se voló aun cuando por mala interpretación de las órdenes del general Foy la cabeza

---

(1) Mina hace constar que todo eso se hizo con anuencia de Lord Wellington que después se quejó, y con razón, de que los franceses de Jaca no hubiesen cumplido las condiciones de la capitulación.

del puente de Cambo hacia la margen izquierda de la Nive: se añadió á las fortificaciones de Bayona una serie de obras exteriores y de atrincheramientos de campaña en que el mismo Soult presidía frecuentemente los trabajos; se echó agua arriba de la plaza un puente de barcas para el paso de la artillería de una orilla á otra; se estacionó en aguas del Adour una escuadrilla de chalupas cañoneras para contrarrestar los ataques que por allí pudieran intentar las naves y las tropas británicas, y se substituyeron las antiguas y ya arruinadas fortificaciones de Dax con obras de campaña que impidieran cualquiera diversión del enemigo sobre tan interesante comunicación. Todo eso y la llegada al ejército francés de los quintos prometidos, aunque no en el número que se esperaba por desertar muchísimos, puso á Soult en situación de, obedeciendo al impulso de sus instintos militares y considerando quizás digna de aprovecharse la ausencia en la línea enemiga de la casi totalidad de las tropas españolas, emprender de nuevo la ofensiva para recuperar el terreno perdido en las dos grandes jornadas anteriores.

¿Habríale, quizás también, llegado noticia de lo que se urdía en el campo de los aliados para á la fuerza de las armas aunar una política que inclinase la opinión de los habitantes del país invadido á buscar la paz por el camino de la Restauración dinástica? Por que ya en ese tiempo llegaban á Wellington de Londres consultas sobre tal punto, del que en aquella misma comarca, en que operaba con tanta fortuna, había obtenido alguna proposición, si bien en circunstancias fortuitas. Política inglesa.

Cuéntase que, apoderado el Lord de Saint Pé, se

alojó en casa del cura párroco, «hombre, dice Toreno, de agudo ingenio y de autoridad en la tierra vasca, muy conocedor del mundo y sus tratos». Hízole gracia al Lord, su conversación y procurando sacar de ella alguna noticia sobre lo que en el país pudiera pensarse de los sucesos que en tan distintos conceptos andaban desarrollándose por todo Francia, le pidió un día su parecer acerca del efecto que produciría la llegada de un príncipe de la casa de Borbón á aquella frontera. «Respondió el cura, sigue diciendo el Conde: que los veinticinco años transcurridos desde la revolución de 1789 y los portentos agolpados en el intermedio daban poca esperanza de que la generación nueva conservase memoria de aquella extirpe. Pero (añadió) que nada se perdía en hacer la prueba, siendo de ejecución tan fácil».

Nuestro eximio historiador supone á Wellington revolviendo ya en su mente semejante plan y, alentado por las palabras del eclesiástico, recomendándolo á su gobierno; pero lo cierto es que tres ó cuatro días después de aquella conversación y ya en San Juan de Luz, recibió una carta de Bathurst con otra de Lord Aberdeen y su opinión sobre los sentimientos de la corte de Austria respecto á la Casa de Borbón.

A esa carta contestó largamente Wellington el 21 de noviembre acompañando su proclama á los franceses á fin de dar á conocer sus ideas conciliadoras y confirmándolas con la expulsión de las tropas españolas del territorio francés. Ponderaba el Lord los efectos de esa conducta en el país, cuyos habitantes volvían á sus antes abandonadas viviendas y se mantenían en armonía con los soldados ingleses, á lo que contribuía el

haber tan duramente castigado los desmanes de los españoles. Algo de lo que hemos copiado de la obra del Conde de Toreno se trasluce en esa carta sobre la opinión que se abría paso en aquella frontera en contra de Napoleón, aunque diciendo no había oído ninguna en favor de la casa de Borbón, de la cual, en su concepto, se había borrado la memoria con los 20 años pasados desde que desapareció de Francia siendo tan desconocidos, *si no más*, sus príncipes que los de cualquiera otra casa de Europa. Dejando para más adelante el dar positivamente á conocer esa opinión, escribía el Lord: «Sólo puedo deciros que si yo fuera un príncipe de la casa de Borbón nada me impediría ahora el presentarme, no en una buena casa de Londres, sino en Francia, y que si la Gran Bretaña estuviese con él, me hallaría seguro del éxito. Ese éxito sería mucho más seguro de allí á un mes ó más, cuando Napoleón principiase á poner en ejecución las opresivas medidas que necesita adoptar para restablecer su fortuna».

Y no se trató más de ese asunto en el cuartel general de Wellington hasta mucho más adelante. Continuó la acción militar en ambos campos, considerándose, á lo que revela una carta dirigida el 22 de noviembre por el Lord al general Dumouriez, *que la vue purement militaire céde á la politique*.

Como que el célebre generalísimo, tan furioso y todo contra los españoles, tardó muy poco en comprender que sin ellos no podría adelantar lo que deseára en aquella campaña, en la que Soult le opondría con sus talentos y energías resistencias que sin duda esperaba vencer con su política.

Al mismo tiempo que trataba de ensayarla, al contestar á Lord Aberdeen decía que sus éxitos dependían de la moderación y justicia, así como de la disciplina de sus tropas, que hasta entonces se habían portado bien, pero no confiaba en los españoles de quienes no se podía esperar se abstuviesen del pillaje después de las miserias que en su propio país les habían hecho sufrir sus invasores. No le sería posible internarse en Francia sin ellos y sin sustentarlos y pagarles. «Si yo pudiera, añadía, contar con 20.000 buenos españoles, pagados y alimentados, tendría á Bayona. Si pudiera contar con 40.000, no sé donde pararía. Tengo ahora los 20.000 y los 40.000 á mis órdenes en la frontera, pero no puedo aventurarme á hacerlos avanzar por falta de medios para pagarles y mantenerlos. Sin paga ni víveres, necesitan robar, y si roban, nos arruinarán á todos».

¿Pues y aquello de que las tropas británicas y los inmensos recursos proporcionados á España fueron los que salvaron la independencia de España?

Dedicóse, por consiguiente, Wellington á buscar recursos, fuera, por supuesto, de Inglaterra (excepting from England) para cubrir los gastos que produjeran los 20.000 españoles que, como hemos dicho poco há, comprendió necesitaría pronto si hubiese de aspirar á hacer algo en Francia, lo cual no tardó, con efecto, en suceder.

**Se reanudan las operaciones.**

Después de varios reconocimientos de las posiciones ocupadas por los franceses en la línea de la Nive, reconocimientos que produjeron choques, algunos fuertes en Cambo y cerca de Arcangues, así como más lejos, allá en Baigorrí, Lord Wellington decidió para el 9

de diciembre un ataque general que le hiciera dueño de todo el valle de aquel río hasta Bayona. No había de faltar el *Memorandum* que siempre precedía á toda acción importante, con las instrucciones detalladas para los generales que hubiesen de tomar parte en ella, extendidas entonces por excepción en los españoles á Morillo, á quien se encomendó la misión de impedir en el valle de la Nive todo ataque que el enemigo pudiera emprender en él para turbar las operaciones de los aliados, situándose la división española en Itsazu ó donde el general Hill lo creyese más conveniente para aquel objeto. No tardaremos á ver el caso que se hizo de los servicios prestados por aquella división que algún concepto debía merecer cuando era la única que el generalísimo inglés retuvo entre sus tropas.

Debía ser el objeto preferente de Lord Wellington el de apoderarse de todo el terreno alto de la Nive, aprovechado por los franceses que se apropiaban naturalmente los muchos recursos que cabía les proporcionase y les proporcionaba con efecto. Cruzado el Nive, privaría á los franceses de esos recursos, tanto más de desear cuanto estaban, puede decirse, que á la mano; abriríase comunicaciones con todo el país de su derecha y aun con el interior de Francia, interesantísimas cuando tan difícil se estaba haciendo la situación militar y política del emperador Napoleón. Por eso debió no detenerse en la Nivelle al día siguiente de su victoria del 10 de noviembre, lo bastante fácil para hacerle comprender que, de proseguirla, se hubiera procurado la dominación del alto Nive que ahora en muy desiguales condiciones buscaba. Y las en que tuvieron lugar los combates de los días 10, 11, 12 y 13 de di-

ciembre le demostrarían los errores que había cometido desde su entrada en Francia tomando el camino que indicaba en su ya citada carta á Dumouriez.

Pero, en fin, hechos todos sus preparativos de situación de tropas, reunión de víveres y municiones, así como del material de puentes con que facilitar el paso del río, crecido, como es de suponer con los chubascos que aseguraba en sus despachos le habían impedido ponerse en movimiento, hizo Wellington que el 8 saliesen sus divisiones de los acantonamientos en que llevaban un mes de permanecer tranquilas y hasta en armonía con sus enemigos (1). En la derecha enemiga continuaba Reille al apoyo de la plaza de Bayona y, hacia el centro, á cubierto de un gran pantano que desaguaba en el Adour. Seguía, al apoyo también del pantano, el centro francés y luego hasta la margen de la Nive frente á Villefranque su izquierda con las divisiones del conde D'Erlon, prolongándose, hasta Cambo é Itsazu, Foy en el lado opuesto del primero de aquellos pasos, cortado el puente, según hemos dicho, por precipitación, y París más arriba

**Situación de los franceses.**

(1) Todos los historiadores de aquellos sucesos se manifestan acordes en ese último punto. «Así era, dice un portugués, como los piquetes, los centinelas, los escuchas, hasta los mismos oficiales, ya de uno, ya de otro ejército, hacían la guerra en la raya de Francia. El ejército luso-británico recibía de sus jefes los merecidos elogios por su disciplina y conducta, vanagloriándose de triunfar tan sólo por su valor y gallardía, cualidades que por tantas veces lo habían coronado con la inmarcesible palma de la victoria. Sólo dada la señal del combate, obligaba la honra á medir sus armas con las de los vencedores de Austerlitz y de todo Europa. En esa forma y en medio de esa ya habitual convivencia, fué cuando al anochecer del citado día 8 de diciembre, nuestros soldados se despidieron de los franceses diciéndoles: *Adieu, messieurs, jusq' á demain au combat.*

Se creerían en las líneas de Fontenoy.

que bajaría de sus posiciones en el camino de San Juan de Pie de Puerto. En el objeto de Wellington su primero y principal ataque debía dirigirse contra la izquierda francesa; y el general Hill pasó la Nive por Cambo mientras Clinton, del cuerpo de Beresford, lo cruzó por Ustariz poniendo en grave peligro á las tropas de la brigada Berryer que se retiraba para reunirse á las de su división, cuyo jefe, el general Foy, después de una brava resistencia junto á Cambo, se vió obligado á acogerse á una serie de alturas entre el Adour y la Nive haciendo frente á sus enemigos y con su derecha en Villefranque junto á la orilla derecha del segundo de aquellos ríos. A ese pueblo y á las alturas inmediatas se dirigieron los aliados vencedores, ocupando uno y otras después de varios ataques, en que Foy, reforzado por la división Abbé, enviada por D'Erlon desde Vieux y Petit-Mouguerre, aún recobrándolas por un momento, hubo de abandonarlas á la caída ya de aquella tarde, pero sin perder el caserío de Lormentua, centro de su nueva posición. Habían tomado parte principal en aquel ataque britanos y portugueses, si con varia fortuna en alguna de sus peripecias, con el resultado final á que aspiraba su general en jefe. Mas no por eso debiera éste haber olvidado, al mencionarlo, la parte también que cupo en aquel día á nuestros compatriotas de Morillo, cuya misión hemos anteriormente recordado. Dada la señal de empezar el combate, la columna de cazadores, del coronel Cano, y la 1.ª brigada que mandaba el brigadier Cebrián, vadearon la Nive el agua á los hombros con la pérdida de un oficial y algunos soldados que les arrebató la corriente. Puesto en la orilla derecha, Morillo atacó las

Ataque de los aliados.

Acción de los españoles.

alturas de donde cubrían los franceses aquellos vados de la Isleta y Cabarre, arrojándolos de ella y obligándoles á acogerse á un cerro áspero que lleva el nombre de Arrocaray, del que también tuvieron que retirarse á la posición que había tomado Foy al abandonar Cambo y el paso de Ustáriz. De modo que los puntos extremos de la línea que Lord Wellington había pensado despejar en el fértil terreno explotado por los franceses en el alto Nive, fueron ocupados en primer lugar por los españoles, á quienes no cita para nada en su parte.

En la izquierda francesa.

Entretanto, sir John Hope avanzó desde San Juan de Luz por el camino de Bayona, y Alten desde Bassussary; reconociendo aquél desde Biarritz y Anglet las fortificaciones y los puestos de la desembocadura del Adour en el mar, y el jefe de la brigada Ligera inglesa los avanzados del campo atrincherado y la laguna á cuyos lados formaban la derecha y el centro enemigos.

Jornada del 10 de diciembre.

La jornada había, pues, dado pocos resultados y lo demostraba perfectamente la orden dada al anochecer por el Generalísimo para, manteniéndose su derecha sobre los caminos de San Juan de Pie de Puerto, volver las tropas á sus anteriores posiciones. Pero aún mejor que eso, lo reveló la actitud del ejército francés en la mañana siguiente. Cuando Hill se disponía á proseguir el ataque del día anterior y apoderarse de las alturas á que se habían acogido Foy y Abbé, las halló desocupadas, habiendo retrocedido sus defensores al campo atrincherado en que se apoyaban el centro y la derecha de su ejército. Con eso y viendo el nuevo rumbo que tomaba la lucha, hubo Hill de establecer

sus tropas en el terreno tan reciamente disputado el día antes; esto es, con su derecha junto al Adour, su izquierda en Villefranque y el centro cubriendo en Saint Pierre el camino de Saint-Palais y San Juan de Pie de Puerto, por donde amenazaba el general París.

El mariscal Soult, con efecto, había tomado una resolución que honra su memoria. El vencido en San Marcial y recientemente en la Nivelle, retirándose ante fuerzas tan superiores y sin esperanzas de poder neutralizar ni su número ni su calidad con los reclutas que le enviaban las provincias inmediatas, se resolvió á suplir con su audacia y su talento condiciones tan desfavorables. Animaríanle á cambio tan arriesgado de sistema la ausencia de fuerza tan numerosa como la española del frente de su línea, la grande extensión que ocupaba la aliada, de cerca de 3 leguas, y la parsimonia del general su adversario, de quien debiera esperarse se aprovechara inmediatamente de sus triunfos, sin darle á él tiempo de reparar sus pérdidas; la de la moral, sobre todo, que hubieran podido producirle. Y dejando frente á Hill algunas fuerzas conque, al abrigo de los atrincheramientos de su campo, contener cualquiera tentativa que el general inglés se atreviera á intentar para forzarlo, acometió con las divisiones Leval y Boyer del cuerpo de Reille la izquierda aliada y, con las de Clausel, su centro, establecido en la meseta de Bassussary. El conde D'Erlon, pasando con sus cuatro divisiones la Nive por el puente, echado, según dijimos, agua arriba de Bayona, debía unirse á Clausel para el ataque del centro enemigo y para contener á Hill si retrocedía en vista de eso á la izquierda del río, tan viva é inesperadamente atacada.

Resolución de Soult.

Los puestos avanzados de Hope, fueron arrollados con el ímpetu característico de los franceses obligando á cuantos los defendían á abandonarlos para cogerse á la proximidad de Bidart en la gran meseta de Bassussary, cubierta á su frente por obstáculos naturales y por trincheras construídas por los ingleses en tanto tiempo como llevaban ya de ocuparla. La división Ligera fué, del mismo modo, atacada; teniendo sus piquetes que retirarse á Arcangues, en cuyo fuerte y en la iglesia reconcentró su defensa, afortunada, principalmente, porque el estado de los caminos y el del terreno todo, con motivo de las pertinaces lluvias de aquellos días, impidió á los franceses llevar en orden sus columnas hasta muy entrado el día. A pesar de eso, las cabezas de esas columnas lograron apoderarse de la posición de Bassussary en la parte del camino de San Juan de Luz hasta avistar Bidart, cubierto de todo género de obstáculos como todo el terreno anterior y por el grueso de las divisiones aliadas de Hope. La posición de Bassussary parece que debía ser decisiva pues que dividía la línea anglo-portuguesa, dejando la división Ligera en Arcangues expuesta á los ataques de las de Clausel y más á la derecha á los del cuerpo de D'Erlon que, habiendo cruzado la Nive, iba apoyando el movimiento de sus colegas por la izquierda hasta cerca de Arauntz.

En el ataque de Bidart y al bosque después de Barrouilhet, por más que los zapadores franceses fueron abriendo paso á las tropas de Reille á través de los setos y cercados que impedían una acción simultánea y uniforme, acabaron por fracasar; tal y tan terrible y eficaz fué la resistencia opuesta por las divisiones del

general Hope, quien personalmente y acompañado de su Estado Mayor cargó á los franceses perdiendo á casi todos sus oficiales y resultando él mismo herido, aún cuando sin tener que abandonar el campo de batalla. En Arcangues, las divisiones Taupin y Maransin llegaron á ocupar el pueblo y al apoyo de una batería de doce de las cuarenta piezas que había sacado el ejército de Bayona atacaron los dos puntos fuertes en que había concentrado su fuerza el general Alten; pero la noble resistencia que éste les opuso y el temporal por momentos más y más recio y la proximidad de la noche hicieron que Clautel dejara para el día siguiente la prosecución del combate. Más, empero, que la resistencia de los aliados en Bidart y Arcangues, paralizó la acción de las tropas de Soult en aquel generoso y habilísimo arranque suyo, la presencia en Urdains de una gruesa columna inglesa que Hill destacó de sus fuerzas haciéndola repasar la Nive para caer sobre la izquierda francesa, sobre la división D'Armagnac, principalmente, que la cubría.

No podía discernirse á cuál de los dos ejércitos debiera concederse el laurel de la victoria en aquel día. Ambos habían sufrido pérdidas de más de 1.500 hombres cada uno y buen número de prisioneros, pero durante la noche tuvieron los franceses la importantísima baja de 1.300 de los dos batallones de Nassau y uno de Francfort que se pasaron á los aliados con el coronel Krüse que los mandaba. (1) Eso, sin embargo,

---

(1) Dícese que se pasaron con la condición de ser trasladados á su país y no obligárseles á hacer armas contra los que acababan de ser sus camaradas en guerra tan larga. «Victorias y Conquistas» dice: «En la noche del 10 al 11, dos mil hombres

no influyó bastante para que el duque de Dalmacia desistiera de su propósito de, tomando de nuevo la ofensiva, ver de, ya que no otra cosa mientras no variasen las circunstancias del Imperio, rechazar la invasión de los aliados por la frontera pirenáica. La noche del 10 al 11 mantuvieron los franceses las posiciones conquistadas el primero de aquellos días; lo cual indicaba, por lo menos, un fruto no poco importante de la iniciativa tomada cuando debía parecer á sus enemigos tan temeraria como impropia de quien andaba hacía más de dos meses retirándose y buscando abrigos en que resistir á su poderoso adversario. Ni dejaría de sorprender á éste tan generosa resolución; pues que, aun habiéndola tenido desde el principio de aquellas operaciones y en cada uno de los períodos de inacción habiendo cuidado de fortificar su campo y los puestos avanzados hacia el del enemigo, creyó no deber proseguir las ventajas conseguidas al rechazarlo al caer de la tarde del 10.

Jornada del 11. El 11, la luz del día mostró ambos ejércitos en la misma disposición; y si bien lord Wellington intentó recobrar las posiciones de Bassussary, no lo logró, habiendo de retirarse nuevamente á las suyas de Bidart en que, á su vez, rechazó á las divisiones de Reille, que para término de la jornada intentaron ocuparlas.

La del 12. Algo semejante á eso sucedió el 12, el cual transcurrió

---

de los regimientos de Nassau, del gran ducado de Francfort, y de otras tropas de diversos príncipes de la confederación del Rhin, establecidos á la derecha del camino de Saint-Jean-de Luz, abandonaron su campo y pasáronse á los ingleses.»

Los demás alemanes del ejército francés, la orden de cuyo desarme no había llegado todavía á Soult, fueron inmediatamente enviados á Bayona.

haciendo nuestros aliados algunas demostraciones que el general enemigo interpretó como signos de que preparaban para el día siguiente algo más serio y eficaz para decidir una acción que llevaba ya tres sin resultado de una y otra parte. Y ya que antes había proyectado, al atacar la izquierda aliada, obligar á la derecha á repasar la Nive dejando á los franceses despejado todo el terreno alto del valle que les había arrebatado Hill el 9, pensó para mejor conseguirlo atacar el 12 á ese mismo general cuyo cuerpo de ejército habría sufrido una gran disminución con el destacamento hecho el 10 á Urdainz en la izquierda de la Nive.

Durante, pues, la noche del 12, retiró Soult todas sus tropas al campo atrincherado, de las que una gran parte aparecía al amanecer del 13 atacando desesperadamente, dice Wellington en su despacho, aquella serie de alturas ocupada por Hill anteriormente entre el Adour, hacia Saint-Pierre y la Nive, junto á Villefranque. Eran las divisiones D'Armagnac, Abbé, Foy, Darricau y Maransin, formando un total de 30 á 35.000 hombres con 22 piezas de artillería, mandados por D'Erlon inmediatamente y bajo la suprema dirección del duque de Dalmacia, que con ellos se trasladó luego al campo de batalla. No tenía Hill aquella noche á sus órdenes más de 15.000 hombres y 14 piezas; pero sospechando lord Wellington del pensamiento de Soult, ya por descuidos cometidos por los franceses dejando apagar las hogueras que debían denunciar el mantenimiento de sus posiciones del día 12, ya por propia inspiración militar con el espectáculo del combate en los dos anteriores, había insinuado á Beresford la conveniencia de reforzar á Hill con la

división Clinton, que pasó la Nive al amanecer, seguida después por dos brigadas de la de Picton. De manera que, añadiendo á sus primeras fuerzas las que el 10 fueron desde Urdaintz á apoyar la derecha del centro anglo-portugués atacado en Arcangues y la división y las brigadas que acabamos de citar, el general Hill llegó á reunir al poco tiempo de empezar el combate una masa de 40 á 50.000 hombres acompañados de más de 30 piezas de artillería.

La del 13. Si en un principio no era fácil distinguir ni el número de los enemigos ni sus disposiciones de combate, luego se desvaneció la niebla que cubría el campo, y el general Hill fué descubriendo la marcha de tres de las divisiones francesas que, superando las grandes dificultades que les ofrecía el terreno y entorpecía su impetuoso avance, le iban á atacar en la magnífica posición de Saint-Pierre, excelente, repetimos, pero muy distante del resto de la línea extensísima ocupada por el ejército, cuya extrema derecha formaba. Mantuvo, con todo eso, gallardamente su puesto á pesar del encarnizamiento con que le atacaba la división Abbé mientras Darricau, con la suya, subía por la derecha de la Nive para envolverle, y D'Armagnac iba con igual objeto por junto al Adour hacia le Vieux-Mouguerre, poniéndole en el más grave peligro. Pero sabe el general británico que va á ser socorrido muy pronto; y, para no perder su posición, echa mano á sus reservas, con cuyo refuerzo logra, efectivamente, mantenerse en Saint-Pierre, aunque hostigado de frente por Abbé, y en su flanco derecho por Foy y D'Armagnac que, ocupando el Vieux-Mouguerre, amenazan cortarle la comunicación con el resto de su línea.

La artillería, la caballería también y las bayonetas francesas parecían irlo arrollando todo, y aun hay quien supone que el mismo Lord Wellington, que acudió presuroso al campo de la acción, la dió por perdida; tal era el estrago que vió causado por tantas fuerzas como se acumulaban contra Hill y trataban de interceptarle el camino de las tropas que le seguían.

Victoria de los aliados.

Pero llegan los refuerzos, y la 6.ª división inglesa de Clinton y la brigada inglesa Bing, apoyada por la portuguesa de Buchan, corren á la derecha de Hill; Clinton para formar á retaguardia de las fuerzas atacadas, y Bing y Buchan para contener á Foy en su peligrosísimo avance; la división, también portuguesa, de Le-Cor toma la misma dirección para, al seguir á Bing, sostener el punto atacado de Saint-Pierre, y la brigada Pringle gana la altura de Villefranque de donde rechazar á Darricau. La lucha, en todos esos puntos entablada después de mediodía, se hizo general y ruda; y siendo desiguales las fuerzas y favorable para los aliados el terreno desde que sus refuerzos se establecieron en él, inclinóse de su lado la victoria declarándose indudable al anochecer. En vano el mariscal Soult, sin calcular, como dice un cronista de aquel combate, si en circunstancias semejantes importa su vida á la salud de todos, se adelanta á los puestos avanzados, marcha con sus tiradores, los exhorta, los anima, les recuerda sus triunfos anteriores, la vergüenza de ver un ejército inglés en el territorio de la Francia, la confianza que ha puesto el soberano en sus esfuerzos de tan largo tiempo probados, y les muestra á la patria sin otra esperanza que su abnegación. En vano el general Maransin vuela al Vieux Mouguerre

desde Marrac, donde se había mantenido sin combatir, y contiene por un momento á los aliados que, por fin y tras grandes pérdidas, se apoderan de aquella parte de la orilla izquierda del Adour. En vano la caballería ligera del general Soult avanza hasta ponerse á la altura de Cambo para cortar el camino de San Juan de Pie de Puerto, donde encuentra á los españoles de Morillo y algunos escuadrones ingleses que la rechazan también al caer la tarde. Abbé, hallándose sin los refuerzos que repetidamente ha pedido, abrumada su división por las muchas tropas aliadas reunidas en Saint-Pierre para rechazarle, viendo heridos mortalmente á uno de sus generales, dos de sus ayudantes y una multitud de oficiales y soldados, y perdida toda esperanza de resistir el fuego de la artillería que el Lord hace avanzar contra él, tiene también que retirarse, arrastrando en su movimiento las demás divisiones y á su general en jefe hacia el campo de Bayona, su inexpugnable abrigo. Inexpugnable, sí, en tales circunstancias; que si Soult tenía fuerzas para tomar la ofensiva contra el ejército aliado, sobraríanle para defender la plaza de Bayona, tan bien guarnecida, así como sabiamente fortificada en tanto tiempo como se le había dejado para conseguirlo.

Tales fueron las jornadas del 9 al 13 de diciembre de 1813 en las inmediaciones de Bayona, teatro de una de las contiendas más reñidas de la guerra de nuestra independencia si fuera ya de la Península, tan importantes cuanto que el ejército enemigo á quien nuestros compatriotas y nuestros aliados combatían llevaba el nombre de ejército de España.

Las bajas. Las pérdidas de ambos ejércitos en aquellos cinco

días fueron enormes. No hay modo de poder dar números fijos y que merezcan fe en uno y otro campo; de ambas partes se han exagerado hasta hacerse increíbles las bajas muchas ó pocas por desproporcionadas calculando la composición del ejército, los trances de la batalla y su duración; muchas ó pocas según el bando á que pertenecía el que las ha recordado. El conde de Toreno, y lo citamos en primer lugar por ser pocos los españoles que tomaron parte en aquellas jornadas, da á los aliados 5.029 bajas, mitad ingleses y mitad portugueses, y 6.000 á los imperiales, cifras las más probables para el que tiene á la vista las diversas relaciones de los combates reñidos en las márgenes de la Nive (1).

Observaciones.

A mil observaciones provoca el examen militar de las operaciones verificadas en aquel territorio, si muy limitado, importantísimo también para la defensa de una invasión en él, y muchas se han hecho más ó menos apasionadas según la nacionalidad ó el carácter de sus autores aunque procurando en todas sujetarlas á los principios generalmente admitidos del arte de la

(1) Da Luz Soriano da por nota en su obra la cuenta siguiente:
«Según Pellot, los franceses tuvieron de 400 á 500 hombres muertos y 2.500 heridos. Según Lapene, tuvieron 3.700 hombres fuera de combate y dos generales heridos. El mismo autor evalúa las pérdidas de los aliados en 6.000 hombres, lo cual es error manifiesto, pues según un parte oficial, publicado por Gurwood, los aliados tuvieron desde el 9 al 13 de diciembre 650 muertos, 3.907 heridos y 504 extraviados. Estos números sirven igualmente para refutar á Vaudoncourt, que evalúa las pérdidas experimentadas por los aliados el día 12 en 4.000 hombres, y á Belmas que sostiene que los aliados, según su propia confesión, perdieron en Saint-Pierre 8.000 hombres, en tanto que los franceses solamente tuvieron 5.900 fuera de combate. Thibaudeau evalúa las pérdidas de los franceses desde el 9 al

guerra. Más propios esos juicios de una monografía que de una historia general, varios son los expuestos en los escritos de que nos hemos valido, acabados también de citar; que así como, contando las bajas que representan la obstinación de un combate y el valor, por consiguiente, y la pericia desplegados en él, se procura revelar el mérito de los contendientes, así se levanta ó rebaja el concepto que cada uno debe merecer á la posteridad.

Si el mariscal Soult hubiera podido llevar á ejecución su plan tal cual lo concibió, no sólo habría logrado el objeto que se lo inspirara, sino que obtenido también un éxito completo. El estado del terreno y el en que se hallaban los caminos, pero sobre todo la falta de unión y armonía en las columnas de ataque retardaron éste y lo hicieron ineficaz en los momentos precisos, efectos ambos del temporal de aquellos días y quizás de la situación moral de su ejército vencido varias veces en tan corto tiempo. De otro modo, los errores cometidos por Lord Wellington, antes con su inacción muy ajena de un general emprendedor, y lue-

---

13 en 12.000 hombres, Lapene en 10.000 y Pellot en 5.914, de los cuales 4.600 heridos, número en que no se comprenden los desertores y prisioneros.»

No comprendemos esta cuenta por la confusión que en ella puede observar cualquiera que la estudie; necesita rectificarse para obviar un olvido en su autor que no puede ser sino involuntario, el de consignar que las primeras cifras de Pellot corresponden sólo al combate del 13 que los franceses llaman de Saint-Pierre.

Para acabar diremos que Lord Wellington en su despacho oficial dice, y en eso parece seguirle Toreno, que los muertos en su ejército fueron 650, los heridos, 3.907 y los contusos 504. De lo que, á lo visto, no quiere acordarse es de los prisioneros que le hicieron los franceses el primer día de aquella jornada; que luego procuraremos calificar en justicia.

go, al mantener á Hill en posición tan comprometida en la derecha de la Nive y á tal distancia de su centro é izquierda, le expusieron á un desastre que le hubiera regularmente llevado á repasar la frontera. Y nada de eso, lo diremos cien veces, le hubiera sucedido, no se habría expuesto á tal peligro si, imponiéndose, como él sabía hacerlo, á las demasías que achaca con tanta saña á los españoles, no los hubiera tenido á su retaguardia y en ella tan separados de sus tropas. El triunfo de Soult, hubiera sido una muy justa recompensa á su talento y á las equivocaciones y exceso de confianza de su, en otros casos, excesiva prudencia. (1).

De todos modos Lord Wellington consiguió que Soult dejara á Bayona entregada á sus propias fuerzas y procurando guarecer en lo posible la derecha del Adour, al que se acercó el ejército aliado para estor-

(1) Choumara aplica á esas consideraciones la siguiente: «Lord Wellington había pasado el Bidasoa el 7 de octubre, la Nivelle el 10 de noviembre y la Nive el 10 de diciembre; dando lugar cada uno de esos pasos á combates muy vivos en que el ejército anglo-español había sufrido pérdidas bastante considerables para dar á comprender á su jefe que no debía avanzar sino con una extrema circunspección, y los del 10 y 13 de diciembre en ambas orillas de la Nive le habían demostrado que el ejército francés, á pesar de su inferioridad numérica, no estaba dispuesto á mantenerse siempre á la defensiva y que él necesitaba de todas sus fuerzas para resistirle».

No es eso completamente exacto porque las victorias en el Bidasoa y la Nivelle, conseguidas con todas esas fuerzas que cuenta Choumara, le fueron á Lord Wellington bien fáciles; la difícil para él fué la de la Nive, pero cuando se había desprendido de los españoles. Por eso puede el escritor francés decir á renglón seguido: «.....hasta se vió obligado á replegar su ala derecha que había extendido á Bidache por consecuencia de los movimientos del cuerpo del general Clausel que se había trasladado de Guiche á La Bastide».

No tardaremos mucho en confirmar esa maniobra con el propio razonamiento con que acabamos de refutar los anteriores de Choumara.

bar la comunicación fluvial de aquella plaza con las comarcas de donde pudieran llegarle mejor los abastecimientos y otros recursos militares que necesitaría. Pero volvió á detenerse para, sin duda, continuar la conducta que hemos dicho escribía á Dumouriez parecerle la más conveniente, la política, sin pensar que la ruina de Napoleón no estaba aún tan próxima que hubiera de descuidarse la acción militar que la precipitara.

Esa conducta, aunque no todo lo infructífera que sería de esperar del espíritu belicoso de los franceses, dió á Soult ocasiones y tiempo para disponer la defensa de Bayona y la del Adour hasta época ya muy avanzada del año siguiente de 1814. Bayona necesitaba una guarnición de 12 ó 14.000 hombres que ocuparan la plaza y su campo atrincherado, con lo que podría también ser defendido el paso del Adour por bajo de ella hasta el mar. Quedó, pues, toda esa fuerza en Bayona á las órdenes del general Reille con Abbé, Leval y Maransin, cuyas divisiones se establecieron respectivamente á vanguardia de los fuertes de Mouserolles, de Marrac y de la puerta de España, dejando en reserva la Boyer que se situó en Saint-Etienne (1). Por en-

(1) Es interesante el incidente que produjo esos nombramientos para la defensa de Bayona. En el consejo que se celebró para señalarlos, el general Reille se valió de todo género de argumentos para evitar el del mando de todas las tropas de Bayona; y así está el despacho de Soult al Ministro que lo revela perfectamente. Le dice así el 17 de enero: «Os dije ayer que, considerando que la guarnición de Bayona es demasiado numerosa para que no se deje allí más que un general de división, daría orden al general Reille para que tomase el mando superior y hasta para que se encerrara en la plaza caso de que fuera bloqueada».

«He dado, en consecuencia, á Reille esa orden; pero acaba

cima de Bayona, formando el centro de la línea general francesa, cubrían la margen del Adour las divisiones del conde D'Erlon desde el conocido barrio de Saint-Esprit hasta la confluencia de los ríos que en Bearn llaman Les Gaves, el D'Oloron, de Pau y d'Ossan; la división Foy se estableció en Saint-Martín-des-Signau y la D'Armagnac en Saint-Laurent; el general Clausel con las divisiones Taupin y Darricau se puso delante de la Bidouse ligándose con la caballería ligera del general Soult, situada en Mendiondé, y con la brigada París establecida en Saint-Jean-Pied-de-Port. Así el ejército francés describía una curva desde esa plaza últimamente nombrada hasta la de Bayona y la desembocadura del Adour, curva en cuyo fondo se halla Peyrehorade, donde el 20 de diciembre establecía el duque de Dalmacia su cuartel general. Lo que, sin

El general Harispe.

---

de representarme que el general Thouvenot que ha recibido del Emperador letras de servicio (des lettres patentes) que le nombran jefe superior en Bayona, y considerándose el único responsable, podría, en caso de sitio, desconocer su autoridad y no tomar en consideración las órdenes que él diese que tuvieran relación más que á la policía de las tropas que estuvieran directamente bajo su mando.»

«Esa observación, hecha por otro que Reille en su lugar, podría ser fundada. Sin embargo, como creo deber dejar 14 ó 15.000 hombres en Bayona para la defensa de la plaza y de los campos atrincherados dependientes de ella, me parece útil al servicio de Su Magestad que, independientemente del general Abbé, que haré entrar como de suplemento, haya allí uno de los tenientes generales de ejército revestido del mando de todo..... Pero Reille me ha demostrado una grande aversión á encerrarse en Bayona si lo exigen las circunstancias. Según eso, temería proponerle»..... (así).

Es curioso el despacho en que Napoleón dice el 15 de noviembre al general Caulaincourt: «Dad orden para que si los ingleses se llegan al palacio de Marracq, se quemen el palacio y todas las casas que me pertenecen á fin de que no se acuesten en mi cama. Se retirarán todos los muebles, si se quiere, colocándose en una casa de Bayona».

embargo, se creyó daría más fuerza al ejército de España, como seguía denominándose el francés de los Pirineos Occidentales que regía Soult, fué el nombramiento del general Harispe para el mando de un cuerpo de voluntarios vascos que, como los con que había hecho la guerra de 1793 á 95 por aquellos mismos sitios, espiasen los movimientos de los aliados, cortaran sus comunicaciones y de todos modos los hostilizasen sin descanso (1). Pero eran aquéllos otros tiempos y la exaltación política de los de la Revolución y los entusiasmos de los del imperio, aparecieron apagándose, sofocados por tanto y tanto sacrificio como habían costado. Harispe, así, no podía producir los mismos resultados que sus paisanos le vieron veinte años antes obtener en aquellas montañas, aún revestido, cual iba, de la aureola de gloria con que le habían rodeado en España sus excepcionales servicios. La división que Soult formó en la frontera y puso á sus órdenes para impedir las invasiones parciales por el Roncal, Valcarlos y el Baztán, constituyendo la extrema izquierda de la línea, nunca logró dar los resultados que de ella y principalmente del valor y la sagacidad de su jefe se

---

(1) Harispe, á quien tantas veces hemos citado, era uno de los generales más distinguidos que Napoleón tuvo en España, ya con Moncey, ya con Suchet, de cuyo ejército fué trasladado al de Soult, á quien se unió el 25 de aquel mismo mes de diciembre. «Nacido, dice Pellot, en el valle de Baigorry y muy querido de todos los habitantes de los Pirineos, su presencia representaba vivamente al espíritu de sus conciudanos el recuerdo de sus primeros hechos de armas en la anterior guerra de España; pero el entusiasmo que causaba se detenía en su persona y no llegaba al gobierno».

La Baronesa de Crouseilhes escribía tristemente: «El general Harispe llega buenamente esta vez; se le ha visto en Toulouse, pero viene solo». Y en otra carta añade: «M. Harispe est arrivé, mais tout seul, voilá des verités».

esperaban. Represéntase en Francia á Harispe batiendo á Mina y obligando á nuestras tropas de la frontera de Navarra á retroceder escarmentadas y aún derrotadas; pero ahí está la espiritual cronista de Oloron por aquellos días que escribía á su hermano: «Les méditations anglaises sur les bords de l'Adour nous sauvent encore, et Mina fait paisiblement danser au chateau du général Harispe».

Ni tampoco le faltaba razón á la ingénua Baronesa al calificar la conducta de Lord Wellington á los catorce días de la batalla de la Nive. En vez de proseguir su victoria y aprovecharla, arrojando del Adour y del mismo Bayona á los franceses, según parece ser su proyecto de un mes antes, el generalísimo de los aliados procuró fortificarse en sus anteriores y nuevas posiciones de la derecha de la Nive, no extendiéndolas sino á algún punto próximo al Adour, de una de cuyas islas, la de Holhariague, se apoderó para estorbar en lo posible la navegación de aquel río, y á otros que frente á Bidache, La Bastide-Clairence, Mendionde y Helette sirvieran para cubrir su derecha y amenazar la izquierda francesa hacia Saint-Palais y Sain-Jean-Pied-de-Port. Esa inacción sólo podía dar tiempo y ocasiones á combates sin otra importancia que la de mejorar de puesto en la línea general de ambos ejércitos, impedir el que lo lograran los enemigos ó proveerse de víveres ó forrajes en los cantones ocupados. Así en Urto, en Mendiondé, en Baigorry y Guereciette se disputaban los beligerantes sus respectivos puestos ó los alimentos de que unos y otros carecían frecuentemente por la ruina del país y la dificultad de las comunicaciones. Hasta los reconocimientos tuvieron que

reducirse á buscar noticias por si de ellas podía descubrirse el pensamiento de un adversario que, aun venciendo siempre, no daba un paso adelante sino después de largo tiempo y de las más detenidas y hondas meditaciones (1).

Así pasaron diciembre de 1813, enero y parte de febrero de 1814 y nuestros lectores se preguntarán en qué pensaría tan largo espacio de tiempo el general en jefe del poderoso ejército de los aliados.

Se piensa en la vuelta de los españoles.

Su correspondencia revela el empeño de reforzar su ejército que, aun contando con los portugueses, supone inferior en infantería al francés. Se pretendía en Londres repatriar tres batallones; eso, cuando acababa

---

(1) A propósito de esta última observación, vamos á traducir un párrafo del libro de Pellot, por lo menos muy curioso y algo instructivo. Dice así: «El mariscal queriendo hacer algunos prisioneros para obtener noticias positivas de la fuerza y posiciones del enemigo, dispuso un ataque nocturno á las tropas que se hallaban en Sauveterre. Dos ó tres horas después de haberse puesto el sol, en el momento en que el enemigo se había entregado al descanso, y en que el soldado embriagado (la téte avinée), tendido cerca de una hoguera, olvidaba sus fatigas y peligros, un destamento francés, mandado por un oficial, prudente á la vez que audaz, se desliza en el vivac á paso de lobo y sin ser oido. A la señal convenida, se arroja sobre los aliados: óyense los gritos; la noche agranda el riesgo; los enemigos corren á las armas, disparan al azar sus fusiles y se baten entre ellos. Nuestro puñado de bravos, cumpliendo la orden que se les había dado, repasan el Gave, (de Pau), vuelven á entrar en Sauveterre sin haber tenido un sólo herido y traen unos 50 prisioneros, medio dormidos todavía y avergonzados de verse así cogidos. Ya se pensará que aquella pequeña escena no sería perdida para el regocijo de nuestros soldados».

«Al día siguiente, el enemigo, queriendo vengar nuestro golpe de mano, nos ataca con su artillería. Nuestras piezas no estaban en posición para contestarle; pero lo estuvieron muy pronto. Se cambiaron inútilmente algunos cañonazos y el enemigo cesó de hacernos fuego.»

Este rebato debió hacerse algo antes del 22 de febrero, en que Soult estableció en Orthez su cuartel general.

de desprenderse de los españoles; pero se defendió el Lord contestando que no se esperara que accediese á ello ni á disminución de ningún género en la fuerza de su mando, á no ser que se pusiera á su disposición el dinero suficiente para agregarse un cuerpo considerable de nuestros compatriotas, á quienes había enviado á España, donde podrían encontrar recursos propios, ya que á él no era dable proporcionárselos.

Y ya empieza á plantearse en el cuartel general británico la cuestión de la vuelta de los españoles á la línea del ejército aliado, ya que en las jornadas de la Nive observaría su general el peligro que había corrido por la ausencia precisamente de ellos. No sólo repetía en esa correspondencia las mismas quejas que le habían hecho, á su decir, adoptar resolución tan grave, sino que las recargaba exagerándolas, principalmente contra la división Morillo, á la cual, sin embargo mantenía en primera línea, prueba de que, estimándola en su justo valor, no quería desprenderse de ella. Escribía á nuestro ilustre compatriota el 23 de diciembre: «No he perdido miles de hombres para traer el ejército de mi mando al territorio francés á fin de que los soldados puedan robar y maltratar á los aldeanos franceses desobedeciendo positivamente mis órdenes, y os ruego que vos y vuestros oficiales tengan entendido que prefiero tener un pequeño ejército que obedezca mis órdenes y conserve la disciplina á uno grande desobediente é indisciplinado, y que si las medidas que me veo obligado á tomar para reforzar la obediencia y buen orden me ocasionan pérdida de hombres y la reducción de mi fuerza, me es del todo indiferente y la falta recaerá sobre los que, por negli-

gencia en sus servicios, sufren que sus soldados cometan desórdenes que resultarán perjudiciales para su país». Cartas parecidas, y siempre refiriéndose en primer lugar á la división Morillo, según llevamos dicho, escribía Lord Wellington al general Freire y en uno de sus párrafos añadía: «He perdido 20.000 hombres en esta campaña y no es para que el general Morillo ni quien quiera que sea pueda venir á saquear á los aldeanos franceses; y donde yo mando, declaro altamente que no lo permitiré. Si se quiere el pillaje, que se llame á otro á mandar; porque yo declaro que si se ha de estar á mis órdenes, es preciso no robar». Y, sin embargo, repetimos, jamás en aquella campaña se desprendió de la división que mandaba el general Morillo (1).

Valióse para seguir con el tema de la conducta *léstrica* de los soldados de Morillo, de un revés sufrido por Mina en Baigorry para escribir otra vez á Freire, diciéndole: «Preguntad á Mina la bonita manera con que los aldeanos de Baygorry le han atacado sorprendiéndole en su pueblo, y veréis que la enemistad de los paisanos no es de despreciar cuando las tropas están acantonadas (2).

(1) No pasaron sino muy pocos días para que escribiese á su Ministro: «Las tropas que manda Morillo se han portado notablemente bien (behaved remarkably well) en uno de esos ataques del 26 cerca de Macaye, en el cual el enemigo presentó una fuerza mayor de la que acostumbra».

(2) En uno de esos despachos consigna Lord Wellington un concepto de Morillo que le fué transmitido por Hill, á quien nuestro compatriota representó ser imposible refrenar su tropa porque *todos los oficiales y soldados recibían en cada correo cartas de sus amigos felicitándolos por su buena fortuna de hallarse en Francia y animándolos á aprovechar la ventaja de su situación para hacer fortuna.* Esto dice el Generalísimo que se lo contó Hill. Lo que los españoles escribirían á sus camaradas sería

Para evitar esos, para él, graves peligros, Lord Wéllington procuró establecer en el territorio invadido por sus tropas la administración posible en él, ya por su poca extensión hasta entonces, ya por ser muy pocos también los puertecillos sobre cuyo comercio pudiera legislar dando las disposiciones y proclamas en que rebosa su correspondencia de aquellos días. Para demostrar á donde llevaba su espíritu de conciliación en ese punto respecto á los franceses, no hay sino recordar su proclama del 1.° de febrero. Dice en ella: «La municipalidad de San Juan de Luz queda autorizada para tomar la suma de 1.166 francos 66 céntimos sobre el dinero procedente de las aduanas, para pagar los salarios de los oficiales empleados en la vigilancia de las aduanas hasta el 31 de enero según el estado que se me ha dirigido en esa fecha, firmado por M. D. Laxalde y M. Raymond St. Jean». La nueva administración.

Era todo eso efecto de la *longanimidad* con que recibían los franceses los males de la ocupación de su país por los ingleses; resignación de que ya hemos dado cuenta. Sólo al encontrar resistencia á su dominación era cuando Wellington se decidía á amenazar,

---

que *vengasen* los robos, atropellos y maldades cometidos por los franceses en su patria.

¿Y los de los ingleses de que se quejaban Fuenterrabía, Bilbao y Santander?

Napier regala á los franceses ese rasgo de patriotismo que atribuye á sus montañeses del Pirineo. «Sin embargo, dice, las medidas (las amenazas de Lord Wellington) fueron suficientes. Los Bascos reconocieron las ventajas *pecuniarias* que podrían sacar de su buena inteligencia con las tropas inglesas y portuguesas, y las desgracias á que llevaría una guerra de represalias y no respondieron generalmente al llamamiento que Harispe había hecho á su patriotismo.»

¡Pecuniarias! ¡Qué diccionario se hizo tan cruel Napier para calificar á quien no fuera compatriota suyo!

nada más, sin embargo, que á amenazar con el castigo. Así lo hizo al tener conocimiento de la acción en que el general Harispe con sus baigorrianos, fuerzas del general París y de otras brigadas arrojó, según ya indicamos, á Mina de los Alduides. Entonces y olvidando los inmensos servicios que le habían hecho las guerrillas españolas, decía entre otras cosas á los habitantes de Bidarry y de Baygorry: «Si quieren hacer la guerra, que vayan á alistarse en las filas de los ejércitos; pero no permitiré que representen á la vez impunemente el papel de habitante pacífico y el de soldado».

Algo le entretuvieron las noticias que recibía y daba sobre si debiera ó no presentarse en el teatro de aquella campaña una persona de la familia real destronada por la revolución, y sobre la libertad del rey Fernando VII, así como de lo que podría dar de sí el tratado de Valencey respecto al porvenir del ejército inglés, que unas veces se pretendía llevar á Italia y otras á Holanda, á lo que siempre se opuso Lord Wellington.

Y en esas ocupaciones, en la correspondencia que provocaban y en la que había de revelar su gratitud por las condecoraciones que de todas partes le llovían, la sueca de *La Espada* que el enviaba Bernadotte, entre otras, y la de *María Teresa* que recibió del emperador de Austria, pasaban los días, si tormentosos, en efecto, como siempre escribía, no tanto, sin embargo, como para explicar satisfactoriamente tan dilatada inacción, más parecida al resultado de un armisticio que á un estado de guerra tan interesante por las circunstancias en que se hacía.

«Nada que deba llamar vuestra atención ha ocurrido desde mi carta del 26 de diciembre», escribía á Lord Bathurst el 2 de enero. El 23 de este mismo mes anunciaba una traslación de fuerzas francesas dèl campo atrincherado de Bayona á Burdeos y Peyrehorade sin consecuencia para las operaciones, y el 30 comenzaba también su carta diciendo: «Nada de importancia ha ocurrido desde el 23 del actual». El 12 de febrero es cuando se sienten en el cuartel general aliado los preliminares de las operaciones tácticas de sus tropas, ya que hasta entonces no ha habido en toda la línea sino choques ocasionales, cuestión de reconocimientos ó forrajes. Las primeras deben iniciarse en la derecha del ejército que manda Hill, y dánse en San Juan de Luz las instrucciones por que ha de regirse aquél general presentándose hacia Helette el 14, y en La Bastide el 15, apoyado por Beresford con la 7.ª división que ocupará Briscous y las alturas de La Costa aquellos mismos días respectivamente, y por la caballería de Cotton que, según avancen Hill y Beresford, se moverá para penetrar en Bidache y Guiche si vé que se lo permiten la situación y la fuerza del enemigo (1). El tiempo había mejorado desde pocos días antes; había llegado el dinero con tanta instancia pedido, y las tropas ocupadas en el bloqueo de Bayona se traslada-

Nuevas operaciones.

---

(1) El general Hill dispondría de la 2.ª y 3.ª divisiones inglesas, de la portuguesa, de la española de Morillo, de la brigada de caballería compuesta de los regimientos 13 y 14, de la artillería á caballo del capitán Brown, de cuatro piezas de montaña y de un destacamento del tren de pontones con 18 de éstos.

Beresford, ya lo hemos dicho, llevaría la 7.ª división y Cotton su caballería.

ban á la derecha hacia Hasparren, sin cuidado por haber disminuido notablemente la guarnición de aquella plaza y de su campo atrincherado, ya por haberse recibido órdenes de Napoleón para enviar al Norte otros 10.000 hombres, ya por deber situar algunas de las fuerzas en Peyrehorade, donde podrían subsistir mejor, y ya, en fin, por lo escaso de la recluta en los departamentos inmediatos.

A pesar de esa reducción de fuerzas que menciona repetidamente la mayoría de los escritores franceses y confirma Lord Wellington varias veces en sus despachos, hay de aquellos quien señala á su ejército 60.000 hombres. Su derecha ocupaba el campo atrincherado de Bayona á las órdenes del general Reille; el centro, á las de D'Erlon, cubría la derecha del Adour de Bayona á Port-de-Lane; la izquierda, mandada por Clausel, se extendía por la derecha de la Bidouze desde su unión con el Adour hasta Saint-Palais; cubrían esa ala dos divisiones de caballería, y en su extremo hacia San Juan de Pie de Puerto, cuyas fortificaciones se habían aumentado así como las de los puntos próximos al Bidouze, Guiche, Bidache, Came y otros, en que también se habían echado puentes, campaba la nueva división Harispe con la orden de vigilar y proteger las inmediaciones de Helette, punto importante de la comarca.

Allí, con efecto, le ataca el 14 Hill con las fuerzas que le hemos señalado y le obliga á retirarse haciéndole temer el ser envuelto por los ingleses, y amenazado, por Mina, á retaguardia, en dirección de Sauveterre, posición fuerte que los franceses creían muy difícil de atacar y por donde va á unírsele el general

París (1). El 15, Hill continuó el avance á Garritz donde reunidos Harispe y París le esperaban en una fuerte posición que atacaron las divisiones Morillo y Stewart; ésta, de frente y la española, después de arrollar las avanzadas enemigas, para envolver la izquierda de los franceses que trataron dos veces, las dos en vano, de recuperar la altura que habían perdido en los comienzos del combate. La lucha fué larga y muy reñida, á punto de decir un historiador francés que *jamás se habían batido sus compatriotas con más encarniz miento,* y lo prueban las 450 bajas que tuvieron en sus cargas á la bayoneta y el haber perdido los ingleses mucha gente, entre la que resultaron heridos un mayor general y un teniente coronel. No sufrieron tanto los nuestros, aun teniendo los cazadores de Doyle la legión extremeña y los batallones de la Unión y de Jaén bastantes bajas, y entre ellas, la de algunos oficiales.

Acción de Garritz.

Wellington había dicho á los soldados de Pingle: «Es necesario que antes de anochecer seais dueños de esa altura».

Entre tanto, el resto de la derecha aliada con Beresford seguía el movimiento de Hill hasta establecer la mañana del 15 sus puestos en la Bidouze; y sobre la izquierda recibía el general Hope instrucciones del Lord, preocupado (very anxious) con lo que pudiera suceder en Anglet y Biarritz, para observar la desembocadura del Adour que debería pasar cuando el Almirante de la escuadra, favorecida por vientos entonces

---

(1) «Victorias y Conquistas» pintan á París atacado en Helette y uniéndosele luego Harispe; nosotros seguimos la relación de Wellington, Pellót y otros.

contrarios, lo creyera posible. Esta última operación debía considerarse tan delicada como necesaria; pues que se echaba mano del 4.° ejército español, establecido en la izquierda del Bidasoa, pidiendo al general Freire se pusiera en comunicación con Hope é hiciera avanzar sus tropas para ayudarle en la empresa. (1)

Los franceses abandonaron Saint-Palais rompiendo á la vez los puentes de la Bidouze, que inmediatamente repusieron los aliados en tanto que Beresford con la derecha del centro desde la Joyeuse, que había cruzado el 15, avanzó á la Bidouze, obligando á Clausel á retirarse á la Gave de Mauleon, en cuya derecha tomó éste posición á cubierto de numerosas avanzadas que estableció en los puentes y barcas del Soison. El 17 los aliados ganaron la derecha de la Gave de Mauleon, cuyo puente no pudieron los franceses acabar de romper ni impedir tampoco el paso del 92° inglés, que se-

---

(1) Ya vemos á Lord Wellington *entregarse* como se suele decir. Tres días antes de pasar esa orden á Freire, el día 17 y desde Garrítz, le escribe lo siguiente: «Hemos forzado hoy el paso de la Gave de Mauleon. Cuento con hacer marchar inmediatamente las dos divisiones del 4.° ejército de vuestro mando. Procuraré daros el sueldo como á las demás tropas del ejército y os daré víveres, y os rogaría que me dieseis lo que teneis almacenado en Pasajes, San Sebastián y Santander que podais sin perjuicio para vuestras tropas. Lo tomaré por cuenta del gobierno español y arreglaremos ese asunto de un modo oficial». Además, en su despacho del 20, le decía también: «He prevenido al Comisario general, M. Dalrymple, ponga á disposición del Comisario de vuestro ejército seis días de galleta en Oyarzun y Fuenterrabía, que os ruego guardeis en depósito para la época en que paseis el Bidasoa».

»Os enviaré también un libramiento para el sueldo de un mes según vuestro *presupuesto* que os suplico tomeis al momento».

Y añadía, para justificarse más: «Os ruego hagais observar á vuestras tropas la más extricta disciplina, *porque sin eso,* añade Napier, *estamos perdidos*». El mismo dice que Wellington dictó esas órdenes con la mayor repugnancia.

guía mandando el tantas veces nombrado honrosamente coronel Cameron, regimiento que, batiendo después á dos batallones enemigos, facilitó el avance de las tropas hasta la margen de la Gave d'Oloron, en cuya derecha y en la posición de Sauveterre se establecieron la división Villate con la de Harispe á su izquierda, y la de Taupin, que se daba la mano con la de Foy, sobre su derecha hacia el Adour.

«En todas las acciones que acabo de detallar á V. E., escribía Lord Wellington á Lord Bathurst, las tropas se han conducido perfectamente bien; y tengo una gran satisfacción en observar el buen comportamiento de las del general Morillo en el ataque de Hellete el día 14 y al arrojar los puestos avanzados del enemigo al frente de su posición en Garritz el 15.»

En ese mismo parte en que el generalísimo de los aliados hace elogios tan cumplidos de las tropas de la división Morillo, dice que las bajas de los anglo-portugueses consistieron en 31 muertos, de los que un solo oficial, 189 heridos y 12 contusos, pérdida no considerable siendo tantas las acciones y tan ventajoso el avance, que hay que admirar por su ejecución y más todavía por el pensamiento en que se inspiraba. Allí, sin embargo, debía cesar el avance para combinarlo con la marcha que hubiera de señalarse á las operaciones de la izquierda aliada, urgentes para el paso del Adour por bajo de Bayona, plaza que era necesario y urgente también aislar cortando su comunicación con Dax y Burdeos así como con el ejército de Soult en cuanto fuera posible. La operación de aquellos días había resultado todo lo feliz que merecía, porque la atención primera del ejército establecido en la Nivelle

y la Nive tenía que ser la de desembarazarlo del temor de ser envuelto por su flanco derecho ocupado desde el Adour, la Joyeuse y la Bidouze por tropas bastante numerosas para el día menos pensado caer sobre los cantones y posiciones de los anglo-portugueses y cortarles la retirada al Bidasoa si, separados de los españoles, se veían obligados á emprenderla.

Paso del Adour junto á Bayona.

Disipado ese temor, Lord Wellington podía libremente dirigirse contra el campo atrincherado de Bayona; y, para bloquearlo, había que cruzar el Adour por donde la escuadra que bordeaba por la costa pudiera prestarle su poderoso apoyo.

De ahí la inacción que, aunque por pocos días, sucedió nuevamente á los combates que acabamos de describir, reñidos tan victoriosamente en la derecha de la línea de los aliados.

La empresa era muy difícil y, sobre todo, arriesgadísima. Pasar un río tan anchuroso como el Adour en su desembocadura, donde las mareas, subiendo hasta Bayona y al pie de la ciudadela en que anclaban varios cañoneros y una corbeta, la Sapho, bien armada y provista, ofrecían una serie de obstáculos proporcionados á las diferentes alturas del agua en su flujo y reflujo, constituía una operación que, aun reducida á sólo ella, exigiría gran pericia en los marinos que la dirigieran y resolución y valor nada comunes en las tropas que la ejecutaran. Los primeros disponían de barcos de 40 á 50 toneladas que el Lord hizo embargar en los puertos próximos para formar en el Adour un puente que alcanzó la longitud de más de 300 metros, y de un convoy de 50 velas para conducir los elementos de ese puente al río y protegerlo con sus cañoneras que

deberían, en unión con la artillería de tierra, combatir á las francesas y á la Sapho que saldrían á su encuentro para impedir sus trabajos.

Vientos contrarios impidieron la invasión del material naval en el Adour; pero el 23, puesto el general Hope de acuerdo con el almirante Penrose, penetraron las naves aliadas hasta apoderarse de las dos márgenes del río en su desembocadura. Al tiempo mismo, impaciente el general Hope había hecho avanzar sus tropas hacia Anglet, y luego, cruzando el bosque que se extiende entre la laguna á que tantas veces hemos hecho referencia, pegada á las fortificaciones del campo atrincherado, y el mar, fué á establecer sus baterías frente al banco Saint-Bernard y al pie de la duna de Blanc-Pignon. Saber eso y bajar la Sapho de les Allés-Marines fué todo uno; emprendiéndose entre la artillería de las baterías aliadas y la corbeta un fuego á que ésta no pudo contestar con la eficacia necesaria por los defectos de su posición, resultado de la corriente rápida de la marea. Acudieron en su auxilio las cañoneras del arsenal de Bayona, baterías flotantes consideradas como otros tantos reductos móviles, defensas inmejorables de la ría; pero bajaba la marea y era preciso esperar el flujo, á cuyo favor, después de un combate desgraciadísimo, hubo que remolcar al arsenal la Sapho, muertos su capitán y muchos de sus marineros (1).

---

(1) Aparecen allí con las baterías de Hope los cohetes á la Congreve cuya eficacia se ha tenido siempre por muy dudosa, pero de los que dicen los historiadores de aquel suceso que parecían *serpientes ígneas* deslizándose por el agua y que atravesaban los costados de los buques.

¡Vaya por la metáfora!

Ese combate, terráqueo naval pudiéramos decir, sirvió á los aliados que á su favor penetraron por la boca del río, no sólo para desembarcar en las dos orillas después de hacer remontase las aguas un destacamento de cañoneras establecido allí para impedir la invasión y se acogiera como las demás al arsenal, sino para que el 24 entrara también en el Adour el convoy del puente de pontones que se había formado en San Juan de Luz. Y tal actividad desplegaron los marinos ingleses, de cuyos jefes hizo después Lord Wellington merecido elogio, que, validos ó no de la distracción producida por la acción y derrota de la Sapho, lograron formar establecimientos en las dos márgenes con tropas, si cortas en número, favorecidas por la fortuna para poder esperar la ejecución de las demás partes de tan atrevido y expuesto plan. (1) Aun así se hacía urgentísimo el llevar más tropas al Bocau en auxilio de las acabadas de desembarcar y para interceptar las comunicaciones de la plaza por aquel lado; y se pasaron por el pronto unos 1.200 infantes y coheteros en unas balsas formadas con un tren de pontones llevado por tierra en carros con las divisiones que Hope iba sucesivamente dirigiendo sobre aquel extremo del campo francés. Fueron, sin embargo, suficientes los en primer lugar pasados á la orilla derecha para rechazar el ataque de dos batallones enemigos que salieron inmediatamente de la plaza, los cuáles se

(1) Los franceses, y algunos atribuyéndolo á traición de quien quiera que sea, censuran el que se hicieran retirar del Bocau dos batallones y piezas establecidas anteriormente allí para impedir la entrada de los enemigos por el río y su desembarco en la orilla derecha. Se habían llevado á Bayona creyendo escasa sin duda su guarnición.

vieron obligados á volver á ella, espantada su tropa con el fuego, nuevo allí, de los cohetes. Horas después eran 6.000 los aliados establecidos en el Bocau y que ocuparon una excelente posición en el camino de Burdeos, la de Hayet junto al Adour, y una casa, la *maison* Segur, sobre la ruta que bordeando aquel río conduce á Toulouse.

En ese tiempo se echó el gran puente allí donde el río tenía 309 metros de ancho, formado de 26 barcos que se aseguraron á proa y popa con anclas y aun con cañones de hierro y con cables fijos en ambas orillas para resistir los embates de las mareas, precedido, además, de una gran cadena que resistiera los de cualquier buque con que se tratara de romper, á la manera, sin duda, del puente establecido en Amberes por Alejandro Farnesio. Así quedó perfectamente asegurada la comunicación de los aliados en ambas orillas del Adour y pudo darse por establecida la mal llamada *investidura* de la plaza de Bayona y su campo, que en seguida fueron cercados por el ejército del que, además de los anglo-portugueses, formaban ya parte los españoles, la división del general España y las 4.ª y 3.ª provisional de Freyre.

Batalla de Orthez.

Lord Wellington, atento, como es de suponer, á esas operaciones, no por eso descuidaba las de su derecha que, si paralizadas desde los combates que le habían hecho dueño de las comarcas interesantísimas que riegan la Bidouze y la Gave d'Oloron hasta tocar las aguas de la de Pau, importaban más todavía que el sitio de Bayona para la pronta y feliz terminación de aquella campaña. El mariscal Soult, aun retirándose, cual hemos visto, de río en río y de posición en

posición sobre las muchas que ofrecen los que en aquella parte afluyen al Adour, no se resolvía á renunciar á la guerra ofensiva á que su carácter y experiencia le impulsaban. La actividad, sin embargo, que desplegaban los aliados, empeñado su general en jefe en distraer al francés de cuanto se intentara para el paso del Adour por bajo de Bayona, obligó á Soult á, dejando su posición central de Peyrehorade, dirigirse, por su izquierda, á Orthez que el 25 era bombardeado con gran terror de sus habitantes. Por más que el célebre mariscal anduviera buscando lugar y ocasión en que reunir sus tropas y aceptar, cuando no provocar, un combate general que ofreciera algún resultado siquier medianamente decisivo, para enardecer el espíritu de su ejército y el no poco decaído del país, ni una cosa ni otra conseguiría en Orthez. Si el 25 se habían limitado los aliados á cañonear la población y principalmente á las tropas francesas establecidas á sus espaldas, el 26 comenzaron á efectuar el paso del Gave de Pau por el vado de Lahontan y el más elevado de Cauneille, lo cual parecía ser el principio de una acción tan enérgica como inmediata.

El terreno y las fuerzas.

El ejército francés ocupaba sobre la derecha del río en que asienta la ciudad, una serie de colinas en curva que cubren por espacio de tres kilómetros el terreno que se levanta á retaguardia de Orthez en dirección de Sault de Navailles inmediatamente y de Agetman despues y Saint Sever. A la derecha de esa posición, que fué ocupada por la división Harispe, y formando el centro de la línea general, campaban las divisiones Foy y D'Armagnac, mandadas en jefe por Reille; á caballo del camino de Bayona, y más lejos en ese mismo rumbo

y paralelamente al de Dax formaron las de Maransin y Taupin de D'Erlon, con la brigada París en reserva. Por la izquierda de Harispe se extendían sucesivamente á las órdenes de Clausel la división Darricau hacia las alturas de Routun con la de Villate y la caballería del general Soult en reserva, y hasta Lacq por el camino de Pau el general Berton á la cabeza de dos regimientos de caballería, uno de infantería y dos cañones. Esas fuerzas componían unos 40.000 hombres con 40 piezas de artillería.

De nuestro lado, el mariscal Beresford que, con la 4.ª y 7.ª divisiones y una brigada anglo-portuguesas, había ocupado Hastingues y Oyergave, cruzó el río de Pau junto á la confluencia de éste con el de Olorón, y por el camino de Peyrehorade se dirigió sobre la derecha francesa. El general Picton y la caballería de Sir Stapletton-Cotton, que marchaban observando y apoyando los movimientos de Beresford por su derecha, fueron á establecerse en Bereux, amenazando su puente y cruzar por él ó su inmediación el Pau. Hill se había ya puesto en los altos de Magret y Départ, de donde, según acabamos de decir, cañoneó Orthez y á las tropas de Harispe, situadas detrás de la ciudad, mientras Morillo se ponía sobre Navarrenx y la bloqueaba.

Ibase, pues, á reñir el 27 un gran combate, si desengañado Soult de emprenderlo ofensivo de su parte por la disparidad de fuerzas y sus tardías disposiciones anteriores, decidido á mantenerlo con cuanta energía pudiera y hasta con esperanzas de buena fortuna.

El ataque de los aliados.

El ataque de los anglo-portugueses fué general y puede decirse que simultáneo. Beresford con las mismas divisiones 4.ª y 7.ª y la brigada Vibiane con que

había pasado el Pau, atacó á las nueve de la mañana la derecha francesa con el propósito de envolverla, en tanto que Picton, apoyado por Cotton y la brigada de caballería de Somerset, llevando en reserva la división Ligera de Alten, se dirigía contra el centro enemigo y aun parte de su flanco izquierdo, que Hill, después de pasar el Gave, se dispuso á envolver y atacar. Beresford se apoderó de la aldea de Saint-Boés, no sin una lucha obstinada de más de tres horas que le opusieron los soldados de Reille, cuyas divisiones, ya que no lograron rechazarle del pueblo, le impidieron la salida de él y la continuación del ataque con el fuego certero de su numerosa artillería, perfectamente establecida. Cole y su 4.ª división hallaron, al salir de Saint-Boés, un terreno demasiado angosto para desplegar su ataque á las alturas, y tan batido del enemigo que hubieron de desistir de su avance el brigadier Vasconcelos, que iba á emprenderlo con su brigada portuguesa, y el general Ross que lo dirigía.

Frustrado el plan de envolver la derecha francesa, resolvió el Lord apoderarse de las posiciones en que ésta se hallaba establecida por un ataque extenso que acometerían no sólo las fuerzas de Beresford sino todas también las que componían el centro de la línea aliada y su reserva. Dice Lord Wellington en su parte: «Mandé avanzar inmediatamente las divisiones 3.ª y 6.ª, y adelanté la brigada del coronel Barnard de la división Ligera con el fin de atacar la izquierda de la altura en que estaba situada la derecha enemiga. Este ataque, realizado por el regimiento 52.º, al mando del teniente coronel Colborne y sostenido en su derecha por las brigadas del general Brisbane y del coronel Keane de

la 3.ª división y por los ataques simultáneos en nuestra izquierda de la brigada Anson de la 4.ª división, y en la derecha el teniente general Picton con los restos de la 3.ª división y la 6.ª, que mandaba el teniente general Clinton, desalojaron al enemigo de las alturas y nos dieron la victoria.» Dejando, con efecto, la caballería de Cotton y la de Somerset al frente de la división D'Armagnac, Lord Wellington, al cambiar el plan de ataque, dirigió su división Ligera contra la francesa de Maransin, las de Picton y Clinton contra Foy, y á Cole y Beresford contra Taupin. La pelea se hizo rudísima, tan sangrienta que el general Béchaud fué muerto y el general Foy herido, produciendo tal efecto que, cediendo terreno la división de éste, arrastró en su movimiento retrógrado á las de Taupin y Maransin hasta que consiguieron reformarse con la protección de la brigada Paris, que detuvo á los aliados formando en cuadros para contenerlo. (1)

Todas las tropas francesas de la derecha y centro de su línea tuvieron así que emprender la retirada

(1) He aquí cómo describe Pellot aquel ataque y hace el elogio del general Foy. «La parte de la aldea de Saint-Boes en que estaban nuestras tropas, fué tomada y recobrada cinco veces. En una de aquellas cargas fué muerto el general de brigada Béchaud. El general de división Foy, á quien se ha visto señalarse siempre en el campo del honor, se batía como un león en el ataque de una eminencia de donde rechazaba al enemigo en desorden, cuando un tiro le hiere gravemente y le pone fuera de combate. Ese accidente hizo tal efecto en su división, que se le observó al momento en su aptitud. Es el más hermoso elogio que se puede hacer de un general. La división en ese momento de vacilaciones y sentimiento se acerca más á la línea; y el conde Reille, por efecto de esa maniobra, se ve obligado á ceder un poco de terreno en su derecha.»

Lord Wellington reconoce que la resistencia opuesta por los divisiones francesas junto á Saint-Boés le hizo cambiar el plan de ataque determinado en sus instrucciones para la batalla.

hacia Sault-de-Navailles, amenazadas en su flanco izquierdo por la de Hill que, forzado el paso del río por Biron y arrollados los dos batallones enemigos que lo cubrían, se extendió con la 2.ª división y la caballería del general Trane por aquel lado, en el que no procuró Villate sostener á Berton que, según hemos dicho, formaba la extrema izquierda francesa. Ante tan poderoso ejército no podría marchar en orden perfecto el francés en su retirada que, si lo mantuvo en el corto trayecto de Orthez á Sault á favor del terreno quebrado que separa á estas dos poblaciones y la parsimonia inglesa, no tardó por eso en tomar los caracteres todos de una derrota completa hasta Hagetman y Saint-Sever (1). Soult, con sus optimismos y todo, con sus esperanzas de lograr ocasiones en que volver á tomar la ofensiva, pero como general experto y castigado no pocas veces en sus alardes, había señalado á sus tenientes Sault-de-Navailles como punto de concentración en caso de haberse de retirar. Así, en los principios de su retirada había la derecha suya podido emprender la marcha lentamente y haciendo siempre cara al anemigo; pero á pesar de la protección de su

(1) Wellington la califica así. «Este (el enemigo), dice, se retiró al principio con un orden admirable, aprovechando las muchas y buenas posiciones que el terreno le ofrecía; pero las pérdidas que experimentaba en los ataques repetidos de nuestras tropas y el peligro que les amenazaba por el movimiento del general Hill aceleraron su marcha y al fin la retirada acabó en huída completa, corriendo sus tropas en la mayor confusión y desorden.»

No la pintan así «Victorias y Conquistas» que dicen: «La retirada se efectuó con orden y la mayor sangre fría: las divisiones pasaron sucesivamente el desfiladero sin confusión y sin más pérdida que la de un escuadrón del 21.º de cazadores y de unos 300 hombres de infantería que fueron cortados del ejército y cogidos por la caballería inglesa».

excelente artillería y de la carga de alguna parte de su caballería que, en lo más comprometido del combate, cargó con tal energía que llegó á apoderarse de un batallón inglés que al fin hubo de soltar, tuvo que continuarla, seguida luego por la izquierda al observar Soult, acudiendo personalmente á ella, le sería imposible arrostrar con fortuna el peligro con que la amenazaba Hill de envolverla.

La batalla de Orthez honra á las tropas de ambos ejércitos beligerantes, pues que ha de reconocerse que, si de parte de los aliados mostró su general en jefe saber plegar sus talentos á las circunstancias y á las fases, siempre diversas, en un combate de aquellas proporciones, y portugueses é ingleses se batieron con gran valor y en un orden perfecto, no faltaron en el ejército francés, desgraciado y todo, ni habilidad en sus generales, ni abnegación en los soldados para dejar bien puesto el honor de sus armas. Y á tal punto en unos y otros de los últimos que, á pesar del desánimo y del desorden que pudiera sospecharse en el movimiento sucesivo á su paso á la margen derecha del Luy-de-Bearn junto á Sault-de-Navailles y á pesar de las enormes pérdidas del 27 en Orthez, no tardaremos en verlos tomar una actitud ofensiva, aunque indudablemente temeraria. (1)

---

(1) Las bajas, cuyo cálculo se hace siempre tan difícil, si ha de darse fe al de los franceses, fueron en su ejército de 2.500 hombres, entre los que la de los dos generales nombrados anteriormente y muchos jefes y oficiales. Perdió además 12 piezas y le fueron hechos sobre 2.000 prisioneros. Las de los aliados fueron también considerables, valuándose en unos 2.300 hombres los muertos y heridos, entre los últimos el Generalísimo y, á su lado, nuestro general Alava, con quien estaba chanceándose aquél por su herida. Sobre eso, dice Tore-

Los aliados siguieron aunque no ejecutivamente el movimiento de los franceses. En Hagetman, Soult envió al general Darricau la orden de evacuar á Dax, que no tardaron en ocupar los anglo-portugueses, de los que las divisiones de Beresford se dirigieron también á Mont de Marsan y Burdeos. Al tiempo de dar esas disposiciones, se hallaba ya Lord Wellington en Saint-Séver, incierto de los movimientos que en su no interrumpida retirada andaba Soult ejecutando por la derecha del Adour, cruzado sin gran dificultad por los nuestros; en Aire, por Hill y en Cázeres y en Barcelone y Lees, por Stapleton-Cotton.

Pensamiento de ofensiva en Soult.

Pero en aquella campaña tan difícil de calificar,

---

no: «Hubo no obstante de costar á los ingleses muy caro tan glorioso triunfo, habiendo corrido riesgo la vida de Lord Wellington, contuso de una bala de fusil que dió en el pomo de su espada y le tocó en el fémur, causándole el golpe tal estremecimiento, que le derribó al suelo, estando apeado y en el momento mismo que se chanceaba con el general Alava, herido éste poco antes, no de gravedad, pero en parte sensible y blanda que siempre provoca á risa.»

Entre tantos como han hecho ver sus cálculos sobre las bajas de uno y otro de los dos ejércitos, no queremos privar al lector del que manifestó el Lord en su parte. «Yo no puedo, dice en él, asegurar con certeza á cuánto monta la pérdida del enemigo. Hemos tomado varias piezas de artillería y un número considerable de prisioneros, que en este momento no puedo determinar á cuánto asciende. Todo el país está cubierto de cadáveres enemigos; su ejército estaba en la mayor confusión cuando lo ví al último pasando por las alturas inmediatas á Sault-de-Navailles; muchos de sus soldados arrojaban las armas, y su deserción después de la batalla ha sido inmensa.»

Inmensa, con efecto, debió ser esa deserción y extraordinaria en cuanto los reclutas del país, que se habían batido admirablemente en Orthez, se fueron en su mayor parte á sus casas y con tal resolución que hay historiador de aquellos sucesos que dice hubo más trabajo para incorporárselos de nuevo que para hacerlos batirse.

La Cámara de los Lores el 23 de marzo y la de los Comunes el 24 decretaron se dieran á Wellington y al ejército de su mando las gracias por su triunfo en Orthez.

todo habría de ser irregular y anómalo; cuando más completa se mostraba venciendo al enemigo uno y otro día, al parecer todo lo decisivamente para continuar tras él hasta destruirle y, cuando menos, hasta incapacitarlo, no ya para resistir de nuevo sino para disfrutar de un momento de descanso, sobrevenía un período de inacción en los vencedores que daba lugar á ideas de nuevas reacciones incomprensibles para quien haya hecho ó siquiera estudiado la guerra. Da mucho en qué pensar la conducta de Lord Wellington en cuanto á las operaciones de aquella lucha que, debido en su mayor parte á procedimientos tan extraños al arte militar, proporcionaron á su adversario una reputación que otros distintos no le hubieran dejado merecer. Una circunstancia, superior, quizás, para el eximio general británico en las varias condiciones á que había llegado la situación política del imperio francés por aquellos días, le induciría á seguir rumbos por donde obtener un resultado igual, si no más ejecutivo, á los fines que en su consumada prudencia, se propusiera; quizás también esa circunstancia misma le hiciera vacilar por considerarla ni conveniente ni oportuna por lo menos; pero es lo cierto que, al combatirla un día, y al apoyarla otro, observó una conducta militar muy distinta de la que parecía aconsejar esa misma virtud que era su primera excelencia. Parece que lo que más urgía era el acabar con Soult para que, destruído su ejército, pudiera el aliado extenderse libremente por todo el Mediodía de Francia, dominando así en breve tiempo territorio tan importante y una costa que no lo era menos por sus excelentes puertos, tan próximos á Inglaterra. ¿Quién podría asegu-

rar al ilustre Lord que no se presentarían á su frente tropas enemigas suficientes para hacerle perder el fruto de sus gloriosos triunfos anteriores; ya procediesen del interior del Imperio por haber salvado Napoleón las dificultades que por aquellos días tenían atado á las fronteras del Norte, ya del ejército que mandaba Suchet en la de Cataluña? No logramos descubrir una sola razón militar que pudiera aconsejarle otra conducta. Y, sin embargo, hombre de tantas dotes intelectuales y de experiencia tan ejercitada, debía encontrarlas.

El duque de Angulema.

Andaba desde su entrada en Francia estudiando, y así lo demuestran sus despachos, una manera que consideraría decisiva para vencer sin los sacrificios que exige el uso de las armas. Podría ofrecérsela la introducción de la discordia, mejor que en las filas del ejército enemigo que, entusiasmado con la gloria de sus al parecer inacabables triunfos y fascinado, puede decirse, por el genio de Napoleón, no era natural se dejara vencer fácilmente, en el seno del pueblo francés, disgustado con tanto infortunio como estaba experimentando de un año atrás y de que se le arrancaran sus hijos para una guerra en concepto general desesperada ya y estéril.

Ya hemos visto que, no desde que el vicario de Saint-Pé habló con Lord Wellington después de la batalla de la Nivelle, sino de algo antes, se trataba entre él y el Gobierno británico de si sería ó no conveniente la presentación de un individuo de la familia de los Borbones de Francia en el país conquistado por los anglo-hispano-portugueses para que, desde él, hiciese entre sus compatriotas un llamamiento á favor

de una reacción que elevase al trono al heredero legítimo del desgraciado Luis XVI.

No debía satisfacer completamente al eminente Lord esa solución, ni quizás tampoco el procedimiento con que realizarla; pues que, según también hemos indicado, su contestación á Bathurst el 21 de noviembre desde San Juan de Luz podía dar lugar á varias interpretaciones. Más receloso aún se le descubre en el *Memorandum* escrito el 20 de diciembre para el Conde, después Duque, de Grammont, y remitido también á Bathurst en carta del 22 de diciembre, en que, después de anunciar la llegada de M. de Mailhos del interior de Francia, donde dice hay una fuerte inclinación á ver un Borbón en el ejército aliado y un deseo vehemente de que se envíe al citado Conde á conferenciar en Inglaterra con los Príncipes de aquella casa, accede á esa demanda, pero con las condiciones siguientes: 1.° Que sea inviolable el secreto de esa misión que sólo será conocida de los Ministros y de los Príncipes de la casa de Borbón. 2.° Que no habiendo hecho todavía ninguna demostración pública de esos deseos el pueblo francés, ni creerla él probable *por lo que había visto y oído,* y declarando siempre los aliados su objeto de hacer la paz con *Buonaparte,* recomendaba al Conde de Grammont aconsejase á los Príncipes considerasen bien el caso y sus consecuencias antes de dar el paso que se les proponía.

Y concluía así su escrito: «Para el tiempo en que el Conde de Grammont llegue á Inglaterra ocurrirán varios acontecimientos que muestren si ha de continuarse la guerra y con qué resultado, ó si se hace

probable la paz; y los Príncipes tendrán más datos que puedo yo tener para decidir el rumbo que deben tomar».

Pero ¿qué más? Llega el 2 de febrero y Lord Wellington se encuentra con una carta del Duque de Angulema en que le anuncia su arribo á Oyarzun y su intención de ir á San Juan de Luz; preguntándole si debe presentarse como tal Duque de Angulema. El compromiso para el General en jefe del ejército aliado es grande; pero, ya que no puede detener al Príncipe francés en España, le contesta lo siguiente: «Sería quizás de desear que yo tuviese una entrevista con Vuestra Alteza Real antes de que llegárais aquí. Como es probable que Vuestra Alteza Real habrá partido antes que os haya llegado esta carta, tengo el honor de manifestaros que creo que hay razones urgentes para que Vuestra Alteza Real pase con el nombre de Conde de Pradel hasta que podáis conocer el estado de los asuntos en este país y los sentimientos del pueblo en general». Y el 3 siguiente escribía al Conde de La Bisbal que aquel mismo día había llegado á San Juan de Luz el Duque con el nombre de Conde de Pradel, añadiendo que valía más no hacer nada por el momento; pero en la creencia de que si *Buonaparte* no hacía pronto la paz y no eran batidos los aliados, se vería á los Borbones restablecidos en Francia lo mismo que en España, antes de lo que se podía esperar.

Lord Welligton había, en efecto, conferenciado con Angulema en Urrugne; y, ya que no podía hacerle volver á San Sebastián por unos pocos días, consiguió que siguiera de *incógnito* hasta que variasen las cir-

cunstancias, sin que por eso dejara de hacerle considerar en su categoría por los generales de ejército, entre los que Freire fué invitado á ofrecerle sus respetos. (1) No quiso, con todo, llevarse consigo al Príncipe en sus operaciones sobre Gorritz y Orthez, satisfaciéndose con anunciarle su marcha y prometiéndole escribirle. Realizólas, como se ha dicho, con toda felicidad, pero sólo en Saint-Sever hubo de pensar en la continuación de su conducta política al recibir á los diputados realistas que fueron de Burdeos asegurándole que los habitantes de aquella ciudad no opondrían sino una muy ligera resistencia, ó mejor ninguna, á la entrada de los aliados en ella. Entonces, el 7 de marzo, resolvió enviar á Beresford con las fuerzas que hemos indicado anteriormente, dándole instrucciones sobre cuanto debería hacer al presentarse al frente de Burdeos. Decíale que el objeto de enviarle á Burdeos era el de establecer allí la autoridad del ejército, y eventualmente, si fuese posible, el de obtener la navegación del Garona y el aprovechamiento de su puerto. Le recomendaba se pusiera en relaciones con las autoridades para el gobierno de la ciudad comunicándoles las proclamas que él había dado, y en caso de no hallarlas dispuestas en su favor, tomase el nombre de las personas que quisieran servirle para valerse de

(1) Clerc lo pinta así: «Corto, de fisonomía mezquina, con aptitudes á la Borbón muy marcadas, y, por fin, gestos frecuentes, puso muchas veces á prueba al estado mayor de Wellington. Era de moda llamar *tigres* á los extranjeros que iban al cuartel general y el duque de Angulema recibió el mote de *Tigre real*».

Y añade por nota, copiándolo del escrito de Henry Houssaye (1815, pág. 33): «Espíritu casi inculto é inteligencia estrecha, embarazoso, torpe, desprovisto de toda gracia, ciertos gestos le hacían ridículo».

ellas. Si las autoridades existentes se decidieran á continuar, las dejara en sus mismos cargos enviándole á decir sus nombres. Si los habitantes le preguntaran si consentiría la proclamación de Luis XVIII y alzar el estandarte blanco, añadíale que contestara que la nación británica y sus aliados lo deseaban y que, conservándose el orden público, no intervendrían sus tropas sino en favor de sus intereses. Pero como los aliados andaban en negociaciones para la paz con *Buonaparte*, les hiciera entender que por muy inclinado que él estuviese contra el Emperador para la guerra, se mirasen mucho antes de alzar un estandarte contra él y su gobierno. Sin embargo, Lord Wellington decía á Beresford que si izaban la bandera blanca proclamando á Luis XVIII, no se opusiera, se entendiese con las autoridades para proporcionarles armas y municiones de las que había en Dax y, por fin, se apoderase de los fuertes y buques de guerra para facilitar la navegación del Garona hasta el mar. (1)

Se conoce que Lord Wellington había autorizado, aun cuando no lo diga, al Duque para que fuese á Burdeos con Beresford, porque al entrar los ingleses en aquella ciudad el 12 de marzo, lo pone así de manifiesto el Maire al dirigir á los habitantes una entusiasta proclama que el Lord supone dictada sin el consentimiento de S. A. R. y sin el conocimiento del Mariscal bajo cuya protección iba el Príncipe y algunos

(1) Escribía también á Bathurst, que había para Burdeos 6.000 fusiles de los cogidos á los franceses y podía mandar inmediatamente otros 2 ó 3.000 de Pasajes. Aún tenía 30.000 á lo largo de la costa desde Portugal, y, si hubiera buques para convoyarlos, podría enviar sobre 40.000 más.

Y, sin embargo, los españoles no andaban bien armados.

de cuyos párrafos, referentes á su conducta, tachó también de inexactos.

Al acercarse á Burdeos Beresford, se habían retirado las autoridades y las tropas imperiales, muy escasas para intentar siquiera una resistencia que bien veían sería inútil, dada la disparidad de fuerzas y por el espíritu que sin rebozo ya ninguno revelaba la población. Sólo quedaron representando á ésta el Arzobispo y el Maire, un M. Lynch, que salió al encuentro de los aliados y después de dirigirles una calurosa arenga, la terminó poniéndose la escarapela blanca y con un «¡Viva el Rey!» Y que el magistrado municipal interpretó rectamente los sentimientos del pueblo que administraba lo demostraron inmediatamente los vítores de los bordeleses al entrar juntos y como en triunfo el Duque de Angulema y el Mariscal inglés (1).

Congreso de Chatillón.

Todavía Wellington, sin aprobar ni desaprobar paladinamente la conducta de unos y otros, debió tenerla por algo precipitada, pues en sus escritos y discursos á las autoridades de las poblaciones que iba

(1) De *L'Ambigu*, revista inglesa que se publicaba en francés, sumamente curiosa sobre los sucesos de aquel tiempo, sacamos el párrafo siguiente que describe parte de lo que pasó en Burdeos al llegar Beresford. «En el momento en que el señor Mariscal llegó á Pont-de-la-Maye, fué enviado el coronel Vivian al señor Maire, para manifestarle que creía entrar en una ciudad aliada y sometida á S. M. Luis XVIII; dándosele inmediatamente la seguridad de ello; y M. Lynch, y los once adjuntos, escoltados por una guardia real sin uniforme, se encaminaron hacia el señor Mariscal: la escarapela blanca fué puesta y la bandera blanca flotó en la torre de St. Michel y el Maire dirigió al Mariscal un discurso en que manifestando todos los votos de los bordeleses, conmovió los corazones de los que lograron oirle. ¡Qué encanto el de verle quitarse su banda, tomar el antiguo emblema de los franceses y levantar aquella cucarda blanca, símbolo de la paz y de la dicha!

Después describe la llegada del duque de Angulema y el ruidoso y cordial recibimiento que se le hizo.

ocupando, deslizaba siempre la reserva de considerarla como expresión patriótica laudable, pero de resultados no definitivos mientras las demás naciones enemigas de Napoleón anduviesen concertándose con él para la paz á que nunca acababa de resolverse, esperando siempre la vuelta de la fortuna á sus sabios pensamientos militares y á sus incomparables legiones.

Sobrábale á Wellington la razón para las desconfianzas que revela todo su vacilante proceder respecto al alzamiento realista de Burdeos y de los varios pueblos que pretendían secundarlo, porque hacia aquellos mismos días se andaba en el Norte celebrando el congreso de Chatillon, especie de rectificación ofrecida á los aliados por su desabrimiento en las conferencias de Francfort. No era fácil que Napoleón aceptara condiciones que uno de sus admiradores califica de *indecentes*, ni tampoco la de una contestación inmediata y tan lacónica que habría de reducirse á responder *sí ó no* cuando su accesión á tratar de nuevo con sus enemigos tendía á ganar tiempo para prepararse á nuevas operaciones, superiores á las que su inmenso genio militar le había procurado la fama y los prestigios del mayor capitán de todos tiempos. Se le exigía y eso sin darle tiempo para que lo reflexionara, la reducción del Imperio á los límites de la extensión que media la Francia antes de la Revolución; y eso, si debía repugnar á todo francés, más repugnante y odioso se haría para quien, habiéndola recibido dilatada por las ideas y las armas de sus atrabiliarios pero enérgicos antecesores en el gobierno de pueblo tan pundonoroso y levantisco, iba á entregarla pequeña y casi, casi desacre-

ditada. «La Francia, dice Thiers, sin la que jamás se había decidido de la suerte de una aldea en Europa, la Francia no debería pesar ni aún tratándose de los despojos del mundo entero que en aquellos momentos eran los suyos. Cierto que Napoleón había abusado de la victoria, pero en medio del humo embriagador de Rívoli, de Austerlitz, Jena y Friedland, no había nunca tratado así á los vencidos y vencidos que estaban aplastados!» ... «Así, continúa Thiers, aunque el triunfo de Napoleón fué el de un despotismo insoportable, su victoria era entonces el voto de todas las gentes honradas, no extraviadas por el espíritu de partido. Era él seguramente quien nos había valido todas esas humillaciones, pero un culpable que defiende el suelo patrio, llega á ser el suelo mismo».

No debía distar mucho de esa opinión la de Lord Wellington; y presumiendo el acuerdo que al fin habría de adoptar Napoleón, observaba la reserva que le hemos visto poner á sus resoluciones respecto á la llegada de Angulema al campo de los aliados y al alzamiento de Burdeos. El combate de la Rothiére: aquella tenacidad indomable de Napoleón tan perfectamente secundada por Oudinot y Víctor, por Marmont y Gerard, y por la abnegación heróica del que bien pudiera llamarse puñado de soldados, venciendo al inmenso número de los aliados regidos por Schwarzenberg y Blucher, era, con efecto, para hacer reflexionar y dudar del resultado que daría aquella campaña. Jamás había brillado el genio de Napoleón con luz más admirable, ni aun en las portentosas jornadas de Italia y Alemania, algunas de las que acabamos de citar; y Wellington como político á la vez que estrate-

go, pondría más empeño en que sus operaciones no desdijeran de la de los grandes ejércitos del Rhin, que en adelantarse á ellos en la expresión de sus ambiciones y de sus odios particularmente al gobierno imperial de la Francia. Precisamente días antes le habían llegado noticias de aquellos combates extraordinariamente maravillosos de Champaubert, de Montmirail, Château-Thierry y Vauchamp, dados en cuatro días sucesivos, el 10, el 11, 12 y 14 de febrero (1). Había más: después de jornadas tan fructuosas como brillantes, las del Mormant, de Villeneuve y Montereau sobre el ejército de Schwartzenberg, habían impresionado hasta tal punto á los generales aliados y á sus soberanos que, á consecuencia de un gran consejo de guerra, decidieron proponer á Napoleón un armisticio cuyo mensaje llevó el Príncipe de Sichteustein á Napoleón, ¡Tal cambio de situación habían producido el genio de aquel hombre extraordinario y su carácter imperturbable!

Con las noticias de tales acontecimientos, la de la disolución del congreso de Chatillón á consecuencia de

(1) Thiers hace el siguiente oportunísimo comentario: «Saliendo el 9 de febrero de Nogent-sur-Seine; llegando el 10 á Champaubert, Napoleón había cogido ó destruído en aquella jornada el cuerpo de Olsouvieff, derrotado el 11 en Montmirail al cuerpo de Sacken, batido y rechazado el 12 sobre Château-Thierry el de York, empleado el 13 en restablecer el puente de la Marne, y el 14, deshaciendo el camino á Montmirail, había asaltado á Blucher que acababa torpemente de ofrecerse á sus golpes como para proporcionarle la ocasión de acabar con el último de los cuatro destacamentos del ejército de Silesia. Así, casi sin batalla, en cuatro combates librados golpe tras golpe, Napoleón había desorganizado enteramente el ejército de Silesia, le había quitado cerca de 28.000 de sus 60.000 hombres, más una cantidad inmensa de artillería y de banderas, y había castigado cruelmente al más presuntuoso, al más bravo y más encarnizado de sus adversarios».

las pretensiones exageradas del Emperador francés, y con la posterior de los combates de Craone y Laon los días 7, 9 y 10 de marzo, Lord Wellington hubo de decidirse á proseguir su campaña militar, dejando como en suspenso, y no sin el desagrado de Angulema y sus partidarios ya declarados, la política que se había propuesto desde su entrada en Francia.

Nuevo arranque de Soult.

Soult, por su lado, sin desesperar de su suerte, siempre confiando en la parsimonia de su adversario que le daba tiempo para reponerse de los reveses que sufría en los períodos, precisamente, en que más lo necesitaba, los en que parecía iba á terminar la campaña de una manera irreparable, se disponía á continuarla; y no como general derrotado definitivamente, sino alardeando de los arranques agresivos que habían siempre caracterizado su conducta militar. (1)

Muchos elementos le faltaban para satisfacer con buen éxito propósitos tan generosos; pero creería haberlos adquirido en los días que le consintiera Lord Wellington, detenido después de la batalla de Orthez en

(1) Hay que advertir que esos arranques de Soult podían obedecer á las repetidas instrucciones que recibía de Napoleón para que no cesara de operar ofensivamente aun cuando fuese con poca fuerza.

La resolución, sin embargo, de Soult en Bayona le pertenece exclusivamente, porque le llegó bastante después la nota, dictada por el Emperador á su Ministro, en que decía: «Las plazas fuertes no son nada por sí mismas cuando el enemigo es dueño del mar y puede reunir tantas bombas, balas y piezas como quiera para destruirlas. Dejad, pues, sólo algunas tropas en Bayona.»

«La manera de impedir el sitio es tener el ejército reunido junto á la plaza. Tomad la ofensiva; caed sobre una ú otra ala del enemigo; y aunque no tengais más que veinte mil hombres, si cogeis un momento propicio y atacais decididamente, no dejareis de obtener algunas ventajas. Teneis bastante talento para comprenderme bien»,

contemplación de los sucesos de Burdeos y en espera á su vez de medios conque proseguir sus operaciones. Uno de esos elementos consistía en la incorporación inmediata de los refuerzos que pudieran enviársele del interior, pero principalmente de los reclutas de los departamentos inmediatos, destinados á su ejercito. Aquellos eran muy excasos, sacados de las guarniciones de los puntos que se iban sucesivamente abandonando ó se consideraban innecesarios ante la formidable invasión extranjera; y los reclutas, si bien eran muchos, en tal número que bastaría para poner el ejército en estado de resistirla con fortuna, carecían de toda instrucción, ni podían llamarse soldados, cuando no desertaban á millares para no exponerse á los peligros de la guerra. El único recurso que Soult consideraba verdaderamente útil y hasta decisivo para obtener la victoria á que aspiraba, era el refuerzo que pudiera enviarle el mariscal Suchet, tanto más conveniente cuanto más se internaba el enemigo en Francia y tanto más fácil en su concepto cuanto las operaciones que se estaban ejecutando se dirigían por el revés de los Pirineos y á lo largo de la frontera hacia la de Cataluña en que se había establecido el Duque de la Albufera.

Ya en 9 de febrero y desde Peyrehorade había escrito á este mariscal comunicándole sus noticias de que todas las tropas inglesas de Cataluña se ponían en marcha para reforzar á las de Wellington, y que las españolas de Alicante habían llegado ya á Navarra con igual destino; esperando Soult, de consiguiente, que todas, inglesas, españolas y portuguesas, se dirigirían contra él, limitándose del lado de Suchet á demostra-

ciones las que quedaran á su frente de los Pirineos Orientales. «Tengo el honor, añadía, de preveniros de todo eso, á fin de que en consecuencia, podais preparar vuestras disposiciones... Doy también cuenta de ello al ministro de la guerra por correo extraordinario y le ruego tome las órdenes del Emperador. Le hago además observar que, para oponer un dique al torrente, sería quizás á propósito tuviérais la orden de evacuar Cataluña y que la mayor parte de las tropas que están ahí vinieran á marchas forzadas á reunirse al ejército de España, limitando la defensa del lado del Rosellón á la de nuestras plazas fuertes que serían provistas de buenas guarniciones y muchos víveres y en cuyo centro quedaría un cuerpo de observación.» Naturalmente, el duque de Dalmacia escribía aquel mismo día á su ministro de la guerra comunicándole iguales noticias respecto á los preparativos de los ingleses y de los españoles para reforzar la acción de Lord Wellington. Manifestábale además que había escrito á Suchet cuanto acabamos de indicar, y aconsejaba al ministro, pero como fuera de toda duda y muy urgente, iguales procedimientos; concluyendo por suplicarle «hiciera poner á su disposición la totalidad de las tropas que el Emperador no hubiera llamado al grande ejército y no fuesen necesarias en el Norte ó en los departamentos del Oeste para preservarlos de una invasión, porque era de instantes el oponer un dique insuperable al torrente que amenazaba con inundar el mediodía del Imperio».

Ya expusimos las razones que Suchet oponía á las demandas y argumentos de Soult, apoyados con tanta insistencia como calor por Pellot, Choumara y otros

de los admiradores del después ilustre ministro de Luis Felipe. No le escasearemos nosotros los elogios de que sus servicios y talentos le hacen merecedor y menos los que desplegó en la campaña de los Pirineos de que nos estamos ocupando; pero pensar que se podía desguarnecer la frontera de los Orientales teniendo á su frente las fuerzas aliadas que la amenazaban, aun disminuidas con el destacamento de nuestro tercer ejército y algún otro anglo-siciliano al Bidasoa, es desfigurar las causas para, de sus consecuencias después, deducir cargos tan injustos como inmerecidos. El ministro Clarke y luego Napoleón aprobaron la conducta de Suchet, como no podía menos de suceder si habría de alcanzarse el objeto que perseguía el Emperador de evitar, si le era posible, la invasión con que se le amenazaba por Lyon; aun cuando Soult quedara expuesto á peligros que uno y otro suponían de menos monta (1). Pero, de todos modos, los acontecimientos se

(1) Choumara ofrece á sus lectores este comentario, todo lo bello que se quiera, pero inadmisible por quien presuma conocer al hombre en general y particularmente aquellos dos mariscales, que no se querían bien. «Hubiera sido un hermoso espectáculo, dice, el de los cañones de los mariscales Soult y Suchet respondiéndose y tronando juntos contra las masas anglo-españolas, aquellos mariscales estrechándose las manos ante los muros de Pamplona, marchando de acuerdo en persecución del ejército enemigo ó de sus restos y rechazándolo hasta lejos de nuestras fronteras. ¡Qué consecuencias inmensas no hubiera llevado consigo ese movimiento! Entonces, las negociaciones se hubieran hecho fáciles con los españoles, felices de sobra con que se quisiera evacuar su territorio y devolverles su rey, en vez de correr la suerte de nuevos combates; entonces, las guarniciones que hubieran quedado en las plazas de las provincias de Valencia, Aragón y Cataluña, habrían vuelto naturalmente á las filas del ejército activo; entonces, por fin, *cien mil* bravos disponibles, uniéndose al ejército de Napoleón, hubieran caído como el rayo sobre las hordas extranjeras que más tarde penetraron en el corazón de la Francia, ó, mejor aún, no hubiesen penetrado jamás.»

sucedían con una rapidez que la batalla de Orthez fué á agravarlos extraordinariamente.

A pesar, sin embargo, de la falta de medios que representan la de los refuerzos esperados de la recluta en aquellas provincias, y principalmente del ejército del mariscal Suchet, dejóse de nuevo Soult llevar de su genial ardiente y de sus optimismos, tantas veces escarmentados por su prudentísimo adversario en la guerra de la Península, y á ellos se entregó otra vez intentando, tras el revés reciente de Orthez, tomar la ofensiva con la energía que le era característica. Y aprovechando la inacción de Wellington en aquellos días al esperar el paso del Adour por las fuerzas del general Hope y atender á los sucesos políticos que provocaba la entrada de Beresford en Burdeos, paso que le permitía trabajar en la organización de algunos cuerpos de guerrilleros, que naturalmente le habrían de resultar inútiles, y expedir órdenes y proclamas que neutralizasen el efecto de las de Angulema y sus amigos y partidarios, resolvió maniobrar sobre la derecha del ejército aliado, dirigiéndose, en consecuencia, por el camino de Tarbes á Conchez, Simacourbe y Lembeye, así como para obligar á los aliados á concentrarse y llamar á sí á Beresford (1). La maniobra era á todas luces temeraria, así es que hubo muy pronto de desistir de ella al observar que Lord Wellington, en vez de detenerse, envió desde Aire, donde tuvo desde

(1) He aquí cómo explica esa maniobra de Soult el artillero Lapene: «El enemigo dirige en ese intervalo un destacamento de 15.000 hombres á Burdeos y el bloqueo de Bayona retiene, de otro lado, una parte de sus fuerzas. El mariscal Soult sabe, en su cuartel general de Rabastens, esa división del ejército aliado; y medita inmediatamente el marchar á su encuentro,

el 10 de marzo su cuartel general, tres gruesas columnas, la de la derecha sobre Conchez, la del centro sobre Castelnau, y la de la izquierda á Plaisance.

Esto sucedía el 18 de marzo día en que el generalísimo aliado había reunido los medios que consideraba necesarios para reanudar las operaciones, interrumpidas en Orthez y Saint-Sever. El 13 le había llegado la parte del 4.° ejército español que mandaba personalmente el general Freire, y esperaba se le reuniría el 14 la brigada de caballería de Ponsouby, fuerzas que creería deber concentrar en Aire al recibir la noticia del movimiento de Soult sobre su flanco derecho, lo cual le hacía suponer exacta la de la incorporación al ejército francés de 10.000 hombres que le hubiera enviado Suchet desde Cataluña. Tan por cierta tenía esa noticia, que ese mismo día 14 escribía á Beresford: «Soult ha sido ciertamente reforzado con parte de las tropas de Suchet, y avanzó ayer tarde con fuerzas considerables sobre Conchez». No es así de extrañar que, aun ocupando una buena posición en las dos orillas del Adour, no se considerase bastante fuerte para avanzar, como pensaba, y animar la insurrección de los realistas mientras no se le unieran la 4.ª división y una gran parte, si no toda, la caballería de Vivian. En esa creencia esperó en Aire á que le llegasen más fuerzas de las con que contaba en las fechas citadas. (1)

---

compeler á Lord Wellington á aceptar una batalla aventurada si no quiere desguarnecer el bloqueo de Bayona ó llamar el fuerte destacamento que está en marcha para Burdeos y retardar, por consiguiente, la ocupación de aquella importante ciudad. El ejército francés se pone, en consecuencia, en movimiento, el 13 de marzo, y va sobre Lembeye y Conchez».

(1) Pellot dice á propósito de esa prudentísima reserva del

En la del 18, no sólo tenía las fuerzas suficientes para operar contra Soult y escarmentarle en sus pujos de ofensiva, sino que, siempre suponiendo verdadera la noticia del socorro de Suchet á Soult, había dispuesto, y se hallaba en ejecución, la marcha del cuerpo británico de Clinton Ebro arriba para reunírsele en el Adour ó donde se considerase conveniente.

Avanzan los aliados.

Concentrado, pues, el ejército en las cercanías de Aire, adonde el 17 habían llegado los varios destacamentos que batían las avenidas principales, y las reservas de caballería y artillería procedentes de España, lo hizo, según ya indicamos, marchar sobre Conchez mientras Hill dió sobre los puestos enemigos de Lembéye. Los franceses de uno y otro punto se retiraron á Vic-en-Bigorre, en cuyos viñedos tuvo lugar el día 19 un ataque muy rudo con la retaguardia de Soult. El general Picton, con la 3.ª división y la brigada alemana de Bock, se movió gallardamente contra la retaguardia enemiga y la arrolló por las viñas y la población, en la que, y en Rabastens, se reunió después el ejército. Y aunque el general Berton rechazó, entretanto, en Maubourguet otra carga de la caballería alemana, matando á un jefe de los dragones hannoverianos y haciendo prisionero al Rittmeister Seeger, dice la historia de la Legión y confirma Napier, con lo que pudo retirarse en buen orden á Rabastens, Berton como D'Erlon pudieron también hacerlo en dirección de Tarbes.

---

Lord. «El enemigo no volvía á tomar la ofensiva sino hallándose con fuerzas superiores en un punto; y cuando maniobraba avanzando se podía estar seguro de que la suerte de las armas se pondría de su lado.»

Combate de Tarbes.

Aquí fué donde el combate de ambas partes que venían hostilizándose desde Conchez y Vic-Bigorre, tomó el 20 un carácter más grave resistiendo larga y honrosamente el general Reille la entrada de los aliados en la ciudad, y Clausel su salida en persecución de los que se retiraban de la antigua capital del Bigorre. Ocupaban los franceses excelentes posiciones; teniendo su izquierda en puestos avanzados bien guarnecidos, la ciudad en medio, ocupada por Reille, y su derecha en las alturas del molino de viento de Oleac. Estas posiciones estaban algo retrasadas respecto á Tarbes y se apoyaban en los altos de Odos, en que formaban las reservas. El ejército aliado adelantó varias columnas desde Vic-Bigorre y Rabastens y Ville-Pontot; el general Sir H. Clinton se dirigió á atacar la derecha francesa con la 6.ª división, cruzando la aldea de Bours, mientras Hill atacaba la ciudad por el camino alto de Vic-Bigorre, con el vigor y la habilidad que le valieron la reputación de ser el teniente más hábil y feliz de Lord Wellington.

Eran las fuerzas muy desiguales: Soult no había recibido el refuerzo que el generalísimo inglés suponía haberle enviado el duque de la Albufera, quien no hay más que leer su correspondencia para comprender que, hasta algo después, nunca pensó en tal jornada, mientras el ejército aliado, sospechándola por lo menos, se había reforzado considerablemente con fuerzas que le llegaban de España, de Inglaterra y Portugal (1). La

---

(1) Las Gacetas de días anteriores rebosan de noticias del paso de fuerzas aliadas de todas armas por la frontera, y del desembarque de las ingleses en los puertos españoles de aquella costa.

acometida, pues, de las fuertes divisiones aliadas, hábilmente dirigida contra los franceses, tendría que obtener un resultado desastroso si no se evitaba en cuanto lo consintieran el honor militar y los optimismos de Soult, empeñado en vencer á un rival que tantas veces se los había escarmentado. Hill se apoderó de Tarbes á pesar de la resistencia que le opuso Reille; y aun cuando, según hemos indicado, contuvo su marcha agresiva al salir de la ciudad el general Clausel, siempre tan enérgico y tan hábil, la maniobra de los ingleses sobre la derecha francesa hizo temer á Soult verse, si no completamente envuelto, amenazado en su comunicación con Toulouse, posición que consideraba como la única capaz de defensa en su crítica situación.

Comprendió que no podría sostener con éxito sus posiciones de Tarbes; y antes de exponerse al revés de que se veía amenazado, continuó su retirada por Mourejean y Saint Gaudens para establecerse el 24 en Toulouse, donde esperaba no sería ni desamparado de los suyos ni menos vencido.

Una frase del despacho de Lord Wellington dirigido á Lord Bathurst el 25 de marzo desde Samatan, dice cuanto nosotros pudiéramos manifestar sobre la retirada del ejército francés de España desde Tarbes á Toulouse. «El enemigo, dice, continuó su retirada después de la acción del 20 junto á Tarbes durante aquella noche y los días siguientes, llegando ayer á Toulouse. Sus tropas han marchado con tal celeridad que, excepto la vanguardia de la caballería agregada al cuerpo del teniente general Sir R. Hill y mandada por el mayor general Fane, que atacó á la retaguardia

enemiga en St. Gaudens, nuestras tropas nunca pudieron alcanzarlas.» (1)

Y añadía en otro párrafo de ese mismo despacho: «La izquierda y el centro del ejército están unas dos leguas de Toulouse en los caminos de Auch á esa plaza. La derecha, á las órdenes del teniente general Sir R. Hill, está en el camino de Saint Gaudens y á gran distancia; pero mañana se pondrán á su altura.»

Nueva posición.

Tenemos, pues, á nuestros ejércitos, españoles y aliados, al frente de la posición en que va á representarse el último episodio de la guerra de la Independencia; celebrándose inmediatamente después de él la paz que pudiéramos decir del mundo, si interrumpida *cien días* por un arranque de audacia, sólo concebible en aquel mónstruo de genio y de fortuna que se llamó

(1) Lapene se detiene más en la descripción de aquella retirada de los suyos. Dice así: «El mariscal Soult llega la noche del 21 á Saint-Gaudens, no sin inquietud por la presencia de los aliados sobre su flanco derecho. No está distante de lanzarse del lado del Ariége y cambiar enteramente su línea de batalla y su plan de campaña. Sabiendo, sin embargo, allí el mal estado habitual del camino de Boulogne y Lombez á Toulouse, que además ha hecho impracticable la lluvia de la noche del 21, Soult, asegurado de ello, expide á la división Harispe la orden de replegarse sobre Saint-Gaudens. El general Villate, que ve á los aliados decididos á perseguirle en dirección de Boulogne, recibe también órdenes que le hacen abandonar bruscamente y con habilidad el camino seguido hasta entonces y se revuelve sobre Saint-Gaudens, adonde llega el 22 por la mañana. Lord Wellington se deja coger en ese ardid de guerra: llega á Boulogne y se entera del camino que ha tomado la columna del general Villate. Sabiendo que no va en dirección de Lombez, sospecha por fin el lazo que se le ha tendido; pero demasiado comprometido ya y no desesperando quizás todavía de llegar á Toulouse antes que nosotros, prosigue su marcha sobre aquella ciudad y acaba de engolfar su artillería y su ejército en un camino impracticable. El ejército francés aprovecha ese incidente y se traslada el 22 á Martres, el 23 á Noé, y llega, por fin, el 24 á Toulouse sin el más ligero obstáculo».

Napoleón, asentada luego sólidamente por varios años.

La batalla de Toulouse ha sido objeto de muy diferentes versiones, asunto para las más empeñadas y ardientes polémicas. Los amigos y los admiradores del Duque del Dalmacia han extremado sus argumentos en obsequio del célebre mariscal; debilitándolos, á pesar de todo, la posición que ocupaba cuando fueron publicados y más todavía los hechos mismos, lo que constituye la historia verídica é imparcial de aquella interesantísima campaña de 1814. Hemos tratado de escribirla así; y no hemos escaseado á Soult en nuestros juicios de hasta ahora ni los escasearemos al dar cuenta del desenlace que tuvo la campaña al evacuar el ejército francés sus últimas y excelentes posiciones en el alto Garona; haciendo así justicia á los talentos, al carácter y la pericia de uno de los tenientes predilectos de Napoleón; pero sin, por eso, hacerlo á costa de su vencedor, cuya prudencia, excesiva si se quiere por más que nunca sobrara en ese caso, le proporcionó los laureles conque le coronaron su mérito y la fortuna. En aquella etapa brillaron en los ejércitos beligerantes el valor que nunca habían desmentido uno ni otro, la pericia de sus jefes y la perseverancia también, bien probada en siete meses que llevaban desde la invasión de la Francia, avanzando el inglés con una circunspección rayana al miedo y resistiendo el francés y retrocediendo con una tenacidad convertida á veces en temeridad manifiesta. Y era que respetándose mutuamente como adalides que tantas veces habían probado sus fuerzas, el que más favores había recibido de la fortuna temblaba de que le desairara al fin, mientras el verdaderamente abandonado de ella

se esforzaba impacientemente en atraérsela á sus banderas. El orgullo del uno se cifraría en que no se le escapase; el del otro en oponer sus triunfos en el Mediodía, restauradores, creería, de las desgracias de su incomparable maestro, por entonces agobiado de las que estaba experimentando en el Norte de su Imperio.

Luego, al fin de la campaña, al recordar brevemente, así como en resumen, las varias é interesantísimas peripecias que tan digna la hicieron de tenerse por lección magistral de los cultivadores del arte militar, volveremos á este estudio comparativo, asunto, repetimos, de las más encontradas opiniones y de juicios muy difíciles de fijar bajo la impresión del patriotismo y las pasiones de sus autores.

Choumara describe así la posición elegida por el mariscal Soult al retirarse de Tarbes. «La ciudad de Toulouse, situada en la orilla derecha del Garona, tenía aún en 1814 un recinto antiguo flanqueado de torres, que la hacía susceptible de defensa; está cubierta al norte y al este por el canal de Languedoc; atrincherados los puentes que hay en ese canal desde su embocadura hasta el de des Demoiselles, ofrecía una excelente línea de defensa á que servía de reducto la población, y cubría el camino de Carcassone, por donde debía verificarse la unión del mariscal Soult con el mariscal Suchet, fuese que este último se decidiera por fin á abandonar Cataluña para emprender una diversión en favor de su colega, fuese que hubieran los dos de retirarse sobre Bèziers».

«La cabeza del puente Guillemerie, situada en una eminencia ó contrafuerte que domina el terreno que lo rodea y flanquea los aproches de la línea del

canal por el norte y el sur, la daba gran fuerza y la hacía inatacable en tanto que esa cabeza de puente no fuese asaltada. Y era sumamente difícil para el enemigo el tomarla porque, independientemente de sus obras de campaña, tenía por reducto el arrabal Guillemerie, sostenido por el de Saint-Etienne que lo era asímismo por la ciudad de Toulouse.»

«Se ve, en rigor, que el mariscal Soult hubiera podido limitarse á defender aquella línea; es también la que empezó por fortificar en la orilla derecha de la Garonne; pero cómo estaba cubierta y dominada por la meseta (plateau) del Calvinet del extremo norte, del que se podía enfilar ó tomar de revés algunas partes del espacio comprendido entre el puente Matabian y la embocadura del canal, era conveniente ocupar aquella meseta, *como línea avanzada,* á fin de hacer pagar la posesión bastante cara al enemigo para que se retrajese de cualquiera otra empresa ulterior».

«Había, pues, en la posición del ejército francés en la orilla derecha: *obras avanzadas* en la meseta del Calvinet; *un cuerpo de plaza* formado por la línea fortificada del canal, y *un atrincheramiento general*, formado por el recinto de la ciudad de Toulouse.»

«En la orilla izquierda y en el entrante formado por la Garonne está situado el arrabal Saint-Cyprien, igualmente envuelto por un muro antiguo de recinto que, al ayuda de algunas obras de campaña, formaba una excelente cabeza de puente y permitía al ejército francés maniobrar según su voluntad en las dos orillas.»

«Previendo el caso en que Lod Wellington intentase forzar el paso de la Garonne en el mismo Toulou-

se, atacando el arrabal Saint-Cyprien con todas sus fuerzas, y en que el ejército francés entero debería tomar parte de la defensa en la orilla izquierda, el mariscal Soult había hecho fortificar *una primera línea* á más de seiscientos metros delante del muro recinto del arrabal.»

«De esta exposición resulta evidentemente que para vencer al ejército francés en una y otra orilla, era necesario tomar no solamente sus *obras avanzadas* que no tenía interés en defender á toda costa, sino que también su *cuerpo de plaza* y *su atrincheramiento* general; porque si las obras avanzadas eran la llave de la posición, la línea del canal y el muro de recinto del arrabal Saint-Cyprien *eran los cerrojos.*»

**Las tropas francesas.**

El 24 de marzo, según llevamos dicho, acabó de reunirse en Toulouse el ejército francés, ocupando para cubrir su posición el riachuelo Touch, Saint-Martin, Tourne-Feuille, Saint-Simon y Portet. Al ejército que había hecho la campaña, pudo Soult añadir una división que, con el carácter y nombre de reserva, creó con los *conscriptos* pertenecientes á los depósitos de los regimientos que, al cumplir las órdenes de Napoleón, se habían establecido, lo mismo que los del ejército de Cataluña, en puntos bastante importantes próximos á la frontera. Si no acudieron todos los incluídos en el reclutamiento de los 60.000 hombres que debían dar aquellos departamentos, por haber desertado muchos, de tal modo había cambiado el espíritu público en aquellos tiempos de desgracia para la Francia, los que fueron llevados á Toulouse, en número de 6.000 según unos y hasta de 8.000 según otros, se mostraron en aquella jornada verdaderos pa-

triotas, valerosos y cual si llevasen largo tiempo de mostrarse soldados aguerridos en toda la extensión de la palabra. No faltaba tampoco nada para que su instrucción, corta es verdad, pudiera robustecerse con el espíritu que les infundirían los jefes y oficiales encargados de ella, siendo el primero el general Travot, comandante entonces de aquella división territorial, á quien se agregaron los generales Porailly y Wouillemont. El gran parque establecido allí con la muchísima artillería procedente de España, aun disminuido por la saca de aquella arma al reorganizarse el ejército después de los reveses de Vitoria, Sorauren, San Marcial y del paso del Bidasoa, y aun por haberse enviado á París una gran parte, podría abastecer á los nuevos reclutas y la plaza de Toulouse de cuantas piezas, así de batalla como de posición, que se creyeran necesarias. No escaseaban tampoco el armamento para los demás cuerpos, ni las municiones y los víveres; hasta debía sobrar el dinero, puesto que Soult comenzó sus gestiones para la mejor administración de sus tropas adelantando dos meses de sueldo á todas las clases. Nada había que pedir á las militares: las civiles eran las que se mostraban divididas por el cambio que precisamente habrían de imprimir en el ánimo de muchos el de la situación de la Francia, de dueña, que parecía un año antes, de los destinos del mundo, á víctima sacrificada ante los enemigos ansiosos de vengar sus muchas y humillantes derrotas de veinte años. Unos por sus ideas políticas contrarias á la situación imperial y seguidos de los clientes que les proporcionaban su rango y su fortuna; otros, por ser también propietarios, negociantes ó industriales que anhelaban la paz;

los, por su carácter ó por su pobreza, inquietos, aspirando á mudanzas que supusieran serles favorable siempre la que se vé más próxima, veían con indiferencia la aproximación de quienes se la proporcionarían inmediatamente; realistas del antiguo régimen muchos, republicanos no pocos, enfermos todos en busca de una postura que les proporcionara alivio en su malestar que poco antes creían interminable. Los aliados sin embargo, no hallaron en Toulouse durante el ataque á aquella ciudad sino franceses, unidos para, ante todo y como tales, defender el honor de su raza.

Las tropas ocuparon las posiciones más propias para, con el apoyo de la plaza, oponer al enemigo una línea de batalla, en que lo pudieran rechazar ó, por lo menos, vista su superioridad, contenerlo por algún tiempo, por un mes, el que ofrecía á Suchet para que acudiese de Cataluña en su socorro. Debía la 1.ª división defender el canal desde su embocadura hasta el puente Matabian; la 8.ª se estableció en la meseta del Calvinet; las 2.ª, 6.ª y 4.ª quedaron de reserva entre el Calvinet y la parte oriental del canal. A vanguardia de estas últimas posiciones fué destacada la brigada Saint-Pol, pero con la orden de replegarse sobre el Calvinet si, no pudiendo detener al enemigo, se veía acometida seriamente. En la izquierda del Garona, se encargó la 5.ª división de defender el arrabal Saint-Cyprien y de acudir una de sus brigadas á la orilla derecha si se consideraba necesario. La división Travot, recientemente creada con los reclutas de aquellas provincias, fué conservada en la ciudad para su defensa y la del arrabal Saint-Michel. Eran, pues, sobre 28.000 hombres con 2.300 caballos y un inmenso tren de artillería,

los encargados de la defensa de Toulouse, al mando del mariscal Soult y de generales tan distinguidos como Reille, Drouet, Clausel, Villate y Harispe, con otros que no lo eran menos aunque subalternos suyos y que citaremos en la relación de aquella batalla. (1)

Las aliadas.

Lord Wellington, por su parte, no se descuidó en preparar el ataque de posiciones con tanto tino elegidas por su temible adversario. Quejábase de lo disminuido que había quedado su ejército con el destacamento de Bayona, esto es, del bloqueo de aquella plaza, el cual contaba con las divisiones de Sir J. Hope y demás fuerzas de que ya dimos cuenta, pertenecientes á las brigadas Aylmer, Bradford, Wilson y Vandeleur, y del de Burdeos á donde había ido Beresford con la 7.ª división; y añadía en su despacho del 7 de abril desde Grenade: «Al advertir el estado en que este ejército emprendió la campaña en mayo último, el número de acciones en que ha tomado parte y los pocos refuerzos que ha recibido, es cosa de admirarse de que ahora esté tan fuerte. Pero hay límites respecto á los números con que puede contender; y estoy compenetrado de que V. E. no deseará ver la salud y el honor de este puñado de valientes dependiendo de las dudosas facultades y disciplina de una indebida proporción de tropas españolas. Llamo vuestra atención particularmente sobre ese asunto, observando en los recientes papeles como anunciado por V. E., que no sólo se

(1) En el apéndice núm. 3 copiamos el estado de fuerza del ejército de Soult, según la versión oficial extractada por Choumara.

En el mismo apéndice se incluye el estado de fuerza publicado por el general Vandoncourt. Lord Wellington nunca da en sus despachos esa clase de estados de fuerza.

han enviado á Holanda los batallones de la milicia, sino que se han formado batallones de destacamentos de los reclutas que pertenecen á regimientos de este ejército, destinándolos á aquel mismo servicio. El de Holanda es dudoso que sea más importante al interés nacional que el de este país; pero yo espero que se considerará que lo que importa más que todo es el no perder el valiente ejército que tantas dificultades ha arrostrado en cerca de seis años.»

Ese ejército contaba frente á Toulouse, sin embargo, y según el estado comprendido en el apéndice número 3 que acabamos de citar, con 53.000 infantes, 8.400 caballos y una reserva española, aunque ésta no llegara á tomar parte en la batalla que se preparaba en las márgenes del Garona.

En los primeros días, después de haber llegado al frente de aquella ciudad, variaron las tropas aliadas de posición, porque Lord Wellington, que el 27 de marzo, esto es, tres días después de avistar los muros de Toulouse, había escrito á su hermano que esperaba pasar el Garona aquella noche y al día siguiente tomar posesión de la ciudad, comprendió muy luego que no era la presa á que aspiraba tan fácil de coger como había presumido, y viendo que no podría echar el puente sobre aquel río, por lo crecido que iba, á causa del temporal de lluvia que sobrevino, tomó nuevas disposiciones para atacar. Aún el 31 escribía: «Ha sido tan malo el tiempo y el Garona lleva tanta agua y corre con tal rapidez, que no he podido pasarlo.» Y no sólo el Garona, sino que el Ariége se infló á punto de tener Hill que levantar un puente que había echado agua abajo de Cintegabelle, por el estado en que se pu-

sieron los caminos que de él conducían por la orilla derecha á Toulouse.

Paso del Garona.

Esa situación duró hasta el 3 de abril en que aprovechó Wellington *una oportunidad*, como dijo él, para echar un puente de barcas sobre el Garona, agua arriba de Grenade, por el que hizo pasar á la margen derecha las 3.ª, 4.ª y 6.ª divisiones de infantería y las brigadas de caballería de Somerset, Ponsonby y Vivián, que hubieron de quedar separadas del resto del ejército porque, recrudecido el temporal, fué necesario levantar también el piso de aquel puente en la noche del 4. Solamente el 8 fué cuando pasó Lord Wellington el Garona, precedido de los españoles, la artillería portuguesa y un regimiento de húsares de los que mandaba el coronel Vivián, que dieron tan violenta carga á los dragones franceses, apostados junto al puente de Croix-Daurade, que, además de arrojarlos á la ciudad, les hicieron varios muertos y sobre 100 prisioneros. Desgraciadamente Vivián fué gravemente herido en la carga, perdiéndose su valerosa acción para el resto de la campaña en que había tomado parte tan honrosa; pero quedó así unido casi todo el ejército aliado en la otra orilla del Garona, que las lluvias habían impedido ocupar enteramente hasta aquel día. Tal había sido el temporal, tan recio y continuo, que el ejército francés no se movió de sus posiciones ni aun contra Hill, que había logrado situarse frente al arrabal de Saint-Cyprien que debía atacar. (1)

Plan de ataque.

Después de tantas dilaciones como había experi-

(1) A pesar de eso, el Lord hizo echar un puente volante para que no se cortase del todo la comunicación con las tropas que habían pasado á la derecha del Garona, ordenando que se

mentado la campaña, fuera por lo crudo y lluvioso que había sido aquel invierno, fuera en expectación de los sucesos militares y políticos que tenían lugar en el norte del Imperio francés, no parece sino que Wellington se proponía acabar la guerra peninsular con un golpe que coronara su grande obra, por si era, como podría ser, la última en que tomase parte. Las noticias que recibía respecto al espíritu que dominaba en los gabinetes de las potencias coaligadas, y el estado á que veía reducido el poco antes incontrarrestable poderío de Napoleón, le harían pensar que quizás, que probablemente, sería aquella su última campaña. Nada, pues, más natural, nada más lógico que el pensamiento que de él se apoderara, el de, antes de saber con certeza el resultado de las determinaciones que se consultaban junto á París y de la ocupación de la gran metrópoli de la Europa occidental por los aliados del Norte, asestar al enemigo que tenía enfrente tal golpe que dejara para siempre en la memoria de los hombres su última hazaña, coronamiento digno de las de un gran capitán, comparable con los más célebres de todas las edades. (1)

---

diera inmediatamente parte de cualquiera evento que se considerase importante, en el concepto de que él se hallaría siempre en el puente de pontones ó en Grenade.

(1) Pellot no deja de dirigir á Wellington este amargo reproche: «En último análisis, el general inglés, con cuya humanidad debía razonablemente contarse, ofrecía una garantía al general francés, que estaba como envuelto en Toulouse. El duque de Dalmacia no tenía ni el proyecto ni los medios de librar un ataque, bastante era el que pudiera defenderse. El enemigo, como se ha visto, ocupaba el camino directo de París; sus operaciones estaban combinadas con las de la coalición; debía, pues, hallarse enterado antes que nosotros del momento de la abdicación de Buonaparte, y no podíamos nosotros hacerle la injuria de creer que, si él adquiría la certeza

Eso hacen pensar sus disposiciones para la batalla de Toulouse. Que habría de vencer, ni él, ni sus adversarios ni nadie podría ponerlo en duda conociendo la disparidad de fuerzas en ambos ejércitos, la actitud de los partidos políticos en el país teatro de la guerra, y la marcha que llevaba aquella campaña en él. Así es que lo único de que podría dudarse era de si la jornada de Toulouse dejaría ó no de reducirse á otro revés de los franceses como los anteriores de la Nive, por ejemplo de algunos, de Orthez y Tarbes, ó ser término definitivo de la guerra en los Pirineos occidentales con la destrucción total del ejército del mariscal Soult. Esas disposiciones, con efecto, demuestran que este último era el pensamiento que inspiraba á Wellington al situar sus tropas en derredor de Toulouse y al dictar los que él llamó *Arrangements preparatory to the attack of the enemy* en su orden general del 9 de abril en la aldea de Saint-Jory.

Según esas instrucciones y siguiendo el orden mismo en que se dieron al ejército aliado, la división Ligera debería pasar el Garona y marchar junto á la 3.ª división á la iglesia de La Lande, seguida de la brigada de caballería de Bock, comunicando con Hill, si-

---

de un acontecimiento tan grande, nos atacaría dejándonoslo ignorar. Sin embargo, no habiéndose dirigido ninguna clase de comunicación al duque de Dalmacia, y habiéndonos atacado el enemigo el 10 de abril con todas sus fuerzas, parece también evidente que los ríos de sangre vertida bajo los muros de Toulouse no lo han sido por causa del general francés, que no hizo sino servirse de una defensa legítima».

Sólo añadiremos, para que nuestros lectores se hagan sus cálculos, cual suele decirse, que los aliados del Norte entraron en París el 31 de marzo, que la abdicación de Napoleón en su hijo llevaba la fecha del 4 de abril, y la última de todos sus derechos y los de su familia, la del 6 de aquel mismo mes.

tuado, como ya se sabe, frente al arrabal Saint-Cyprien. La 4.ª división marcharía á media noche al puente de Lhers junto á la Croix-Daurade (Pont de Saint-Caprais), y precediendo á la 6.ª división, pero sin cruzar el río sin nueva orden. La caballería de Vivián acompañaría también á la 4.ª división y se extendería por la derecha del Lhers para observar los caminos de retaguardia. Si estas eran instrucciones en general para las tropas que no habían cruzado el Garona hasta entonces, diólas particularmente á los generales Beresford, Hill, Picton y Freire. Decíase á Beresford lo que hemos dicho debía hacer la 4.ª división; que la caballería de Ponsonby se dirigiría á Toulouse por Saint-Jory y Espinasse, que la de Bock pasaría el Garona detrás de la división Ligera y que la brigada de húsares de Cotton iría por la izquierda del Lhers en dirección de la Croix-Daurade. A Hill se le ordenaba obrase frente á su posición según se lo dictaran las circunstancias, tratando de llamar sobre sí la atención y fuerzas del enemigo, y estableciendo un puente volante por donde comunicar con la derecha de la 3.ª división. Picton avanzaría con esa división á la altura de las demás tropas de su lado, extendiendo su frente desde el Garona á la carretera de La Lande á Toulouse; la Ligera se situaría á la izquierda de la 3.ª, extendiendo el frente de sus ataques desde el camino acabado de citar hasta ligarse con las tropas españolas, y con la misión ambas divisiones de distraer al enemigo del ataque de las demás á las principales posiciones en que se había fortificado (las del Calvinet). Por fin, encargábase á Freire del ataque de la izquierda de esas posiciones; y, para efectuarlo, se le decía lo si-

guiente: «El general Freyre tendrá la bondad (esa era a fórmula en las órdenes á los jefes superiores), de hacer que el cuerpo español marche en primer lugar desde su posición actual, cerca del camino de Montauban, hacia la aldea de la Croix-Daurade, destacando sus tiradores cuando sea necesario para cubrir el flanco derecho de la columna. Al acercarse á la aldea de Croix-Daurade las tropas españolas, formarán dos columnas. La de la derecha avanzará por una alameda de cipreses que está cerca de La Pujade, pero no pasará al otro lado del camino de Alby. La columna de la izquierda entrará en el camino de Alby, cerca de la iglesia de Croix-Daurade, y se moverá á lo largo de ese camino hasta ponerse en situación de ligarse entre sí las dos columnas para sus ulteriores operaciones. Allí existe una altura un poco á la izqnierda del camino de Alby, próximamente opuesta á la alameda de cipreses mencionada: las tropas españolas se apoderarán de esa altura y el general Freyre establecerá la artillería portuguesa en ella como posición favorable de donde su fuego puede ayudar el futuro ataque que se ha de dar sobre la izquierda de la posición atrincherada del enemigo en las alturas (el Calvinet). El general Freyre tendrá la bondad de formar el cuerpo español, preparándolo para el ataque, en dos líneas con una reserva; y empezará su avance contra la izquierda de la posición enemiga cuando las divisiones 4.ª y 6.ª avancen á atacar las alturas que forman la derecha de aquella posición. La división Ligera estará en el flanco derecho de los españoles y se mantendrá una constante conexión por la izquierda de esa división con la derecha del cuerpo español. Estará una brigada de ca-

ballería británica detrás del cuerpo español cerca de la aldea de Croix-Daurade; y un destacamento de caballería británica mantendrá la conexión de la izquierda de los españoles con la derecha de la 6.ª división.» (1)

Tomadas todas esas disposiciones por el ejército aliado y las dictadas por Soult en el francés, llegó la noche del 9 al 10 de abril en que debían ejecutarse las preparatorias para dirigirse las tropas hacia sus destinos en las respectivas líneas de batalla y posiciones. No se había podido emprender la acción el 9, aun estando todo, tropas y artillería, dispuesto para acometerla, porque teniendo que trasladar el puente para mejor y más breve comunicación con el cuerpo de Hill, pero después de haber pasado todas las tropas españolas, trascurrió todo aquel día antes de que se acabase operación tan larga y trabajosa como necesaria.

Comienza la batalla.

El primero que rompió el movimiento al amanecer del 10 fué el mariscal Beresford con las divisiones de su mando y, pasando el Lhers, formó en Croix-Daurade tres columnas, y con la 4.ª división, que iba en cabeza, se apoderó inmediatamente de la aldea de Montblanc en la falda oriental de la Pujade, una altura próxima al Calvinet que Soult no se había cuidado de fortificar. En ese tiempo el general Freire, después de formar sus tropas en dos líneas y la reserva, según se

---

(1) Choumara dice á propósito de esas disposiciones de Wellington: «Seguramente que si proyecto alguno de ataque y de línea de batalla ha sido formulado con claridad, es ese, ¿por qué lo hemos de disimular? Era también lo mejor que se debía hacer.»

Luego veremos si ese elogio es verdaderamente merecido.

le había mandado en las instrucciones del Lord, ocupó aquella altura aunque defendida bravamente por la brigada francesa de Saint-Pol, y en ella plantó la artillería portuguesa, protegida además por la brigada de caballería del general Ponsonby. Con la ocupación de la Pujade coincidió la continuación de la marcha de las 4.ª y 6.ª divisiones por la izquierda del Lhers que remontaron pausadamente por los obstáculos que ofrecía el terreno hasta el camino de Lavaur, donde dieron frente al Calvinet en disposición de atacarlo, pero dejando su artillería en Montblanc por esas mismas dificultades. A los españoles, con eso, tocó la suerte de iniciar el combate que Beresford y Freire estaban llamados á emprender combinadamente.

Atacan Freire y Beresford.

La misma severidad de que están revestidos los escritos de Lord Wellington, sobre todo cuando se refieren á hechos en que hayan tomado parte las tropas de sus aliados, portugueses y más aún españoles, nos mueve á copiar los párrafos correspondientes á nuestros compatriotas en la batalla de Toulouse, no vaya á decirse que tratamos de desfigurar la historia de su conducta en honor injustificado de ellos.

Dice así en su despacho de 12 de aquel mes de abril: «Luego que se formaron las tropas y se vió que el mariscal Beresford estaba pronto, marchó al ataque el general Freire. Las tropas subieron en buen orden sufriendo un vivo fuego de fusilería y artillería, y manifestaron gran valor, llevando á su cabeza al general con todo el estado mayor, y las dos líneas se alojaron al abrigo de unas banquetas que había bajo el fuego inmediato de los atrincheramientos enemigos; permaneciendo sobre la altura en que se habían

formadó primeramente las tropas, la reserva, la caballería británica y la artillería portuguesa. Sin embargo, el enemigo rechazó el movimiento de la derecha de la línea del general Freyre, dobló su flanco izquierdo, y habiendo continuado sus ventajas y doblado nuestra derecha por ambos lados del camino real de Tolosa á Croix-Daurade, obligó prontamente á todo el cuerpo á retirarse. Mucha satisfacción me causó el ver que aunque las tropas habían sufrido considerablemente al tiempo de retirarse, se reunieron otra vez luego que la división Ligera, que estaba muy inmediata á nuestro flanco derecho, se ponía en movimiento; y no puedo elogiar suficientemente los esfuerzos que hicieron para reunirlas y formarlas de nuevo el general Freire, los oficiales del estado mayor del quarto exército español, y los del estado mayor general. El teniente general D. Gabriel Mendizábal, que estaba de voluntario en la acción, el brigadier Ezpeleta, y diferentes oficiales del estado mayor y jefes de cuerpo fueron heridos en esta acción; pero el general Mendizábal continuó en el campo. El regimiento de tiradores de Cantabria, al mando del coronel Sicilia, mantuvo su posición debaxo de los atrincheramientos enemigos hasta que le envié la orden para retirarse. (1) Entretanto el mariscal Beresford con la quarta división, al mando del teniente general Sir Lobrycble,

(1) «Pero ¡ah!, dice el conde de Toreno, ¡qué de oficiales quedaron allí tendidos por el suelo, ó le coloraron con pura y preciosa sangre! Muertos fueron, además de Sicilia, D. Francisco Balanzat, que gobernaba el regimiento de la Corona, don José Ortega, teniente coronel de estado mayor y otros varios... con muchos más que no nos es dado enumerar, bien que merecedores todos de justa y eterna loa».

y la sexta, á las órdenes del teniente general Sir Hamry Clinton, atacó y tomó las alturas de la derecha del enemigo, y el reducto que cubría y protegía aquel flanco, y alojó sus tropas sobre la misma altura que el enemigo, quien sin embargo, quedó dueño todavía de quatro reductos y de los atrincheramientos y de las casas fortificadas. El mal estado de los caminos había obligado al mariscal á dexar su artillería en la aldea de Montblanc, y se pasó algún tiempo antes de que pudiese llegar al sitio donde estaba, y antes que el general Freire pudiera formarse y volver al ataque. Luego que esto se verificó continuó el mariscal su movimiento por toda la cresta de la altura, y con la brigada del general Pack tomó los reductos principales y la casa fortificada que el enemigo tenía en su centro. El enemigo hizo un esfuerzo desesperado desde el canal para volver á tomar el reducto; pero fué rechazado con pérdida considerable; y continuando la sexta división su movimiento por la cresta, al mismo tiempo que los españoles executaban el movimiento correspondiente por el frente del enemigo, fué arrojado de los dos reductos y de los atrincheramientos de su izquierda, y toda la altura quedó en nuestro poder». (1)

Si es de aceptar esta versión, en cuanto á su primera parte y en lo que se refiere á la retirada de las tropas españolas al iniciar su ataque á las posiciones del Calvinet, no así en lo demás, donde no sólo se oculta á sabiendas la acción posterior de nuestros

(1) Así se publicó este parte dirigido á nuestro ministro de la guerra en la *Gaceta extraordinaria de la Regencia* del domingo 24 de abril de 1814.

compatriotas según diremos inmediatamente, sino que se desfigura de una manera inconcebible por el célebre generalísimo la de los suyos.

Vamos á demostrarlo.

El revés de los españoles, más que por falta de firmeza en las tropas y de habilidad en su jefe para conducirlas, se debió á que el aventuradísimo movimiento de las de Beresford dejó á Freire sin el apoyo que le debía prestar el general británico. Este, retardado en su marcha por el terreno accidentado y cenagoso de la izquierda del Lhers, cuyos puentes habían sido rotos por los franceses, dejaba aislado el cuerpo español á las manos con las tropas del general Villate, frescas y perfectamente establecidas en el extremo norte del Calvinet. Hay que advertir que el general Picton, que debía llamar la atención de los franceses por la parte baja del canal, había sido rechazado al atacar, por exceso de celo, el puente de Jumeaux; que cuando, vencido el general Freire y retirándose á la Pujade, fueron flanqueadas sus dos columnas, no recibió el auxilio que debían prestarle aquellas fuerzas más próximas á su derecha que, como las de Picton, fueron también rechazadas, las de la división ligera de Alten, en los Mínimos, otra cabeza de puente agua arriba del de Jumeaux; y que, en fin, sin el apoyo de la reserva y la presencia de Lord Wellington hubieran quizás los franceses recuperado la Pujade. Hay más, para cuando los españoles atacaron el Calvinet, bien atrincherado, que para todo había dado tiempo la permanencia de 16 días del ejército aliado en la izquierda del Garona, las divisiones inglesas de Beresford, no sólo no simultanearon el combate con el de

Freire, sino que ellos mismos fueron objeto de un ataque por parte de los enemigos situados en la derecha de su línea, cubierta y apoyándose en dos de los encumbrados reductos que, coronando la altura por aquella ala, especialmente el de Sypiere, vigilaban las avenidas al canal hacia el camino de Montraudan á Toulouse.

Revés de Taupin.

Formaba en la altura la división Taupin; y observando Soult la grande extensión que ocupaban las 4.ª y 6.ª divisiones de Beresford en su marcha, que ya alcanzaba hasta el puente roto de des Bordes en el camino de Caraman, lanzó sobre ellas las fuerzas de aquel general, en cuya energía, ya que no en su inteligencia, tenía completa confianza. Desmintió el general Taupin, con sorpresa de todos, aquella primera cualidad, deteniéndose cuando, apoyado por una brigada de Darmagnac y tres regimientos de caballería, estaba á corta distancia de los ingleses, y más que en cargarlos resueltamente, pensando, á lo visto, en defenderse y tomar posición. Con eso Beresford pudo formar sus tropas y, en vez de verse atacado, marchar al enemigo (1).

(1) Soult en su parte explica así aquel accidente: «Esa disposición (la de la orden dada á Taupín), prometía el más brillante resultado; de siete á ocho mil ingleses ó portugueses debían ser destruídos ó cogidos (*détruits ou pris*), si la 4.ª división de infantería se hubiera lanzado como se debía esperar; pero el ardor que mostró al principio se debilitó; en vez de cargar (*aborder*) al enemigo como se le había mandado, apoyó á su derecha, quiso tomar posición, dió tiempo á los enemigos para formar de nuevo y marchar contra ella.»

Lapene, á propósito de la situación en que se veía Beresford, dice: «No cabe duda en que aquella porción de la columna enemiga, así envuelta, y apreciada en 8.000 hombres, caerá entera en nuestro poder. No hay que esperar socorro para ella del resto de su ejército; del que, según la extensión de su iz-

Exigió mucho tiempo todo eso, la marcha de tantas tropas por espacio tan largo en terrenos de tales obstáculos cubierto, la nueva formación ante el ataque de los franceses, la lucha con las de Taupin y su avance á las posiciones de la derecha enemiga; tiempo que en la izquierda pudieron aprovechar los franceses para repeler á los españoles de Freire sin preocuparse de su otro flanco.

¿Por qué Lord Wellington ha dejado desatendida en su parte peripecia tan importante, y sin explicación la retirada de los españoles á cuyo lado indica que se hallaba?

Beresford sube al Calvinet.

Las divisiones de Beresford siguieron el alcance de la de Taupin, que en su huida á la altura que debía cubrir arrastró consigo el presidio de los dos reductos construídos en ella. Ya quiso el mariscal inglés continuar su ataque, pretendiendo descender al arrabal Guillemerie, atacarlo y sorprender también el puente des Demoiselles en el canal; pero observado por Soult ese movimiento que comprometía gravemente aquella segunda línea de la defensa, recogió los restos

quierda, está todavía separada por un terreno difícil y pantanoso. *¡Vedlos! General Taupin,* grita el mariscal Soult que con su ejercitado golpe de vista juzga cuanto se aventura la cabeza de la columna enemiga; *¡les voilá! yo os los entrego*, añade con un acento que parece profético; *¡son nuestros!* dice á los que le rodean. *¡Son nuestros!* repiten los soldados con el mayor entusiasmo.» Los escuadrones de cazadores que deben secundar el movimiento del general Gasquet sobre la derecha del enemigo, los de la misma arma, destinados con el general Berton á amenazar su izquierda, comparten aquel entusiasmo y esperan con la más viva impaciencia el instante de cargar: jamás tropa alguna ha estado animada de mejores disposiciones ni de más halagüeñas esperanzas.»

El general Taupin fué muerto y Gasquet salió fuertemente contuso.

de la división Taupin, hizo avanzar parte de la segunda y, puesto á la cabeza del 55.° de infantería de línea, rechazó á Beresford, que hubo de retroceder á las posiciones del Calvinet que acababa de conquistar (1).

Si hubiera, pues, coincidido el ataque de Freire con el de Beresford, no es fácil que fuesen rechazados los españoles; y los franceses, asaltados á un tiempo en toda la alta línea del Calvinet, la habrían probablemente perdido con sus reductos y todo. Para conseguirlo, fué necesario esperar á que se presentase de nuevo la ocasión de esa coincidencia que se había calculado en un principio.

Ataque del puente des Demoiselles.

Entonces, con más tino que el dirigido á la ocupación del barrio de la Guillemerie, Beresford se corrió desde el reducto de la Sypiére por la cresta de la montaña; y las obras inmediatas des Augustins y el Colombier cayeron en su poder. Había dado tiempo para que le llegase la artillería, detenida en su marcha, y para que, rehechas las tropas españolas de Freire, acometiesen la subida y el ataque de las fortificaciones del Norte ante las que habían fracasado antes; y ade-

(1) Da Luz Soriano ofrece en su interesante obra este corolario: «El mariscal Beresfort demostró en aquella tan crítica situación, no sólo energía sino que igualmente talento. Su operación era en sí misma un desacierto, pero desacierto en parte inevitable. Bien caro les hubiera costado á los aliados si el mariscal Soult hubiese tenido la precaución de apoyar debidamente á Taupin, de la manera eficaz que le cumplía. El duque de Dalmacia tenía en aquel momento 15.000 hombres disponibles, pero en lugar de dirigir esas tropas contra las flacas y cansadas columnas inglesas, se limitó á una media medida, dejando escapar así una de las mejores ocasiones que le deparó la fortuna para superar á su adversario. El general francés, dice Picton en sus memorias, mostró en aquella circunstancia una gran vacilación que no era de esperar de su reconocida habilidad».

más de á la conquista de aquellos reductos, había destinado otra columna á ocupar sobre su izquierda, extrema derecha de los franceses, el puente des Demoiselles. Más importante aún que su avance por los altos del Calvinet, era el descenso al canal; porque, de conseguir su objeto, el ejército aliado se hacía dueño de la única línea de retirada del francés, el cual quedaría así completamente envuelto y cercado en Toulouse. Para eso, toda la caballería de Sir Stapleton-Cotton, que dijimos debía remontar el Lhers, había llegado á Montraudran y dirigídose inmediatamente al citado puente. Pero se hallaba éste bien fortificado y con cuatro piezas, cuyo fuego ahuyentó á la caballería inglesa, obligándola á acogerse á la columna que Beresford había hecho bajar de la Sypiére al mismo puente (1). Para cuando llegó esa columna de Beresford, la defensa del puente se había aumentado con la división Maransin, destacada del arrabal Saint-Cyprien, según había previsoramente mandado Soult en sus instruc-

(1) El episodio del ataque del puente des Demoiselles es uno de los más interesantes de la batalla de Toulouse y el que más honra á los franceses en aquella jornada. He aquí cómo lo describe Lapene: «El enemigo dispone sus masas y preludia su ataque con un vivo fuego de toda su artillería, á la que hace sostener con una nube de tiradores. A su vez rompe el suyo la artillería francesa, que se compone de la del puente des Demoiselles y de las piezas establecidas á la derecha de la casa Sacarín. Las seis piezas de la división Maransin, llegadas apresuradamente de Saint-Cyprien, entran paralelamente en línea y toman posición á vanguardia de Cambon. La brigada Rouget (de la misma división) se dirige también al mediodía por orden del general en jefe al frente de Guillémery. Establecida en la misma línea que su artillería, debe secundar á la guarnición de la cabeza de puente des Demoiselles y á los regimientos de la división Taupín, encargados también de la defensa de toda aquella parte inferior del canal.»

La división Taupín, después de la muerte de su general fué puesta á las órdenes del general Travot.

ciones, anteriormente recordadas, y los ataques de los ingleses no dieron en toda la tarde el resultado interesantísimo á que se aspiraba con ellos. No lo obtuvieron mejor los que atacaron el barrio Guillémerie sobre la derecha de su avance sobre el puente des-Demoiselles. La artillería francesa se impuso á la de los aliados y hasta la redujo á veces al silencio, y las tentativas de su infantería en toda aquella parte del canal fueron rechazadas por la francesa establecida en ella y aumentada con la de la brigada Leseur de la división D'Armagnac que, con haber contribuído á repeler anteriormente á los españoles, se consideraba con fuerza para todo.

Los españoles en el Calvinet.

Pero al tiempo que Beresford iba con la 6.ª división dominando la cresta del Calvinet y acometiendo los reductos y atrincheramientos construídos en ella y que el general Harispe defendía reconquistando algunos para volver á perderlos de nuevo, á costa, eso sí, de heridas tan graves que le obligaron á abandonar aquellas posiciones, en que tambien dejó una pierna el general Baurot de su misma división, volvían nuestros compatriotas del 4.° ejército á atacar la mayor de las obras del norte de la montaña, la de que habían sido rechazados en su primer asalto. Cubría aquella posición en esos críticos momentos en que, ocupada una parte de la general del Calvinet, corría mayor peligro y exigía uno así como desesperado esfuerzo de energía, la división Villate que, con los restos de la de Harispe y parte de la de D'Armagnac, mandaba Clausel como encargado de la defensa de tan importante y disputado puesto. Mas pronto se ven esas fuerzas atacadas de todos lados; por las de Beresford, del

de la cresta del Calvinet; por las de Freire que ganan la altura desde sus posiciones de la Pujade, á que se había acogido al retirarse, y por un cuerpo de escoceses que de la parte del Lhers procuraban cortar la línea en que, junto á aquellos reductos y atrincheramientos, formaban los franceses. La lucha fué terrible y larga, de más de una hora: los escoceses perdieron mucha gente al trepar á la altura y hubieron de detenerse al asaltar las primeras obras que ligaban las superiores más fuertes; pero éstas son luego abandonadas, abrumados sus defensores por el número y el fuego que se les dirige; y un fuerte, el llamado Triangular, cuyo jefe, el comandante Guerrier, se obstina en defenderlo, aun habiendo recibido la orden de evacuarlo, queda también en poder de los nuestros al comprender los bravos que lo defendían que iban á perder su artillería, que estaba á punto de no poderse salvar por haber sido muertos casi todos los caballos que deberían arrastrarla.

**La línea del canal y Saint-Cyprien.**

Con eso, quedó todo el Calvinet en poder de los aliados, y los franceses, batiéndose siempre pero sin fortuna, fueron aunque lentamente retirándose á su segunda línea, la del canal, que no había sido forzada, ni por su derecha, en el puente des Demoiselles, ni por su izquierda, en los de Jumeau, les Minimes y Matabian, donde no había cesado el fuego en toda la tarde. Habían sido atacados por Picton infructuosamente, á pesar de haber sido muerto el general Berlier á quien substituyó Fririón, que fué el que en último término obligó al inglés á desistir de su empeño. En Saint-Cyprien, el general Hill ganó las obras exteriores de la cabeza del puente, cumpliendo así las instrucciones

que se le habían dado de distraer las fuerzas de Reille, aunque no de tal modo que impidiese el destacamento de la división Maransin que hemos dicho corrió aquella tarde á reforzar á los defensores del puente des Demoiselles y la línea del canal próxima á él. Hill, después de haberse hecho dueño del molino de Bourrasol, arma dos baterías construídas con los ladrillos de un tejar inmediato y, con las piezas y la fusilería que establece en derredor de la línea exterior, consigue que los franceses la evacuen sucesivamente; primero, en la parte que llaman la Patte-d'Oie y luego en los atrincheramientos de Chastel y d'Aurole. Ya habría querido el general inglés apoderarse del primer recinto fortificado del arrabal; pero la hábil defensa de Maransin en el terreno que media entre las dos líneas, ya desde las casas, ya quemándolas, y el fuego del baluarte de Muret, por un lado, y el de dos blokhaus, del otro, contuvo á Hill que, como acabamos de decir, consideró que con lo hecho había llenado cumplidamente su misión.

Abandonada, pues, la primera línea del Calvinet á las cuatro y media de la tarde, los franceses se establecieron en la segunda del canal de Languedoc distribuyéndose para la defensa sus divisiones desde la embocadura del canal hasta el puente des Demoiselles, sin que desde el anochecer, en que cesó la artillería inglesa de arrojar proyectiles, de los que algunos penetraron en la ciudad, se turbase la tranquilidad y el descanso de las tropas á no ser por tiros sueltos de los centinelas avanzados de uno y otro ejército. No, así, en la población, cuyos habitantes, movidos de muy diferentes sentimientos, partidarios, unos, del régimen imperialista que aún creían subsistente, y esperando

otros, su cambio por el antiguo Borbónico que ya se aclamaba en varios puntos del país vecino, se hallaban, sin embargo, unidos en el del temor que les inspiraría el espectáculo horroroso de aquel día. Horroroso, decimos, porque desde el comienzo de la batalla se veía una infinidad de heridos cruzar las calles, por su pie ó arrastrándose, los más leves, hacia los hospitales; llevados, los graves, en camillas ó carros entre las gentes que, por el número de aquellos desgraciados, comprendían el grandísimo de los que quedaban muertos en el campo de batalla.

**Las bajas.** Las bajas, con efecto, habían sido muchas en las tropas francesas; contándose hasta de 3 á 4.000 entre muertos, que eran sobre 400, y heridos los demás, con unos 500 prisioneros. Las de los aliados, con todo, habían sido mayores en número. Según el parte oficial de Lord Wellington fueron muertos 595, de los que 312 ingleses, 205 españoles y 78 portugueses; heridos 4.046, de los que 1.795 ingleses, 1.722 españoles y 529 portugueses. Los contusos fueron 17 ingleses y 1 español. (1)

Hubiérase renovado el combate al día siguiente, tal entereza revelaban las tropas francesas que, después del encarnizado del 10 en terreno que consideraban abierto, creían poder resistir con fortuna amparados de las fortificaciones de la línea del canal y de las del recinto, sobre todo, de la ciudad; más todavía con la actitud que había mantenido la guardia urbana

---

(1) Véase el apéndice núm. 4 en que están copiados los partes de Wellington y Freire que señalan esas bajas al comunicar los sucesos en que actuaron los ejércitos de las tres naciones.

que acababa de prestar á las tropas eficacísima ayuda impidiendo que oficiales ni soldados se distrajesen de su servicio en las filas de sus cuerpos. Podría contribuir á esa resolución el espectáculo que ofrecían los aliados detenidos ante las posiciones de los franceses para acudir á las mil necesidades que se presentan á un ejército á raiz de una batalla tan sangrienta como aquélla; pero, aun así, las precauciones tomadas por Soult durante la noche fortificando más y más la línea del canal con nuevas obras que se levantaron, aspillerando las casas de los barrios, principalmente del de Guillemerie, y haciendo barricadas en los puentes y las calles que en ellos desembocaban, hacían presentir para el día 11 un nuevo y más recio y obstinado combate.

**Evacuación de Toulouse.**

El Mariscal, sin embargo y estimulando con sus órdenes y presencia aquellos trabajos preparatorios, reunió á las nueve de la noche un consejo de guerra, á que asistieron los generales más caracterizados y en que se discutió hasta la una de la mañana, cuatro horas nada menos, la árdua determinación de lo que debería hacerse. La resolución de abandonar Toulouse obtuvo el voto unánime de los generales, con la condición, sin embargo, de no emprender la retirada hasta la noche siguiente, para recoger, sacar los heridos, evacuar el arsenal, destruir en lo posible el material de guerra que contenían y, por fin, romper cuantos puentes había en el canal por donde entraran los aliados sin gasto de tiempo en la ciudad. Además, permaneciendo en ella el ejército francés todo el día 11 y arrostrando el trance de otra batalla, salvaría su honor militar amenazado de perderse si á la retirada se la

daba un carácter de fuga, impropia de los que se habían batido con tanto valor y con resultados relativamente tan honrosos que no se tardó en calificar aquella jornada de una de tantas victorias de las armas francesas. Justificó también tan prudente acuerdo la inmovilidad en que se mantuvo el día 11 el ejército aliado en las posiciones conquistadas el día antes al frente del francés, que se presentó desde el amanecer en las suyas, así como dispuesto á reñir nueva batalla, en la misma actitud belicosa y con el mismo entusiasmo que si hubiera ganado la anterior. Y así pasó el día 11, hasta la entrada de la noche en que, como cuenta un testigo presencial, militar de un cuerpo facultativo, «el ejército francés se mueve en silencio. Los equipajes y los parques de artillería, precedidos de algunas tropas, abren la marcha de la retirada y empiezan dirigiéndose por el camino del Bas-Languedoc, seguidas de cerca por las divisiones. Los puestos avanzados se repliegan sobre las cabezas de los puentes del canal y son reemplazados por destacamentos de la guardia urbana, á la que el general en jefe, órgano del ejército, paga un justo tributo de elogios por el celo y la actividad que había esa guardia desplegado en tan graves circunstancias (1). La calma reinaba en la ciudad durante la ejecución del movimiento. El general en jefe salió de su alojamiento á las diez, á las

(1) Cuentan que Soult escribió al municipio de Toulouse elogiando la conducta de los habitantes y entre otras cosas le decía: «Je me trouverais honoré de faire partie de la garde-nationale de cette vieille capitale du Languedoc.» Al salir de la ciudad dirigió también á la guardia urbana un discurso que fué contestado con un ¡Vive le maréchal Soult! ¡Vive l'armée des Pyrenées!

once queda evacuada Toulouse y algunos instantes después la retaguardia se alejaba de sus muros.»

Dejaba, sin embargo, en Toulouse 3 generales, de los heridos, 1.600 prisioneros, en igual caso, y varias piezas de artillería que, procedentes del gran parque reunido allí en los últimos períodos de la guerra, carecían del ganado que hubiera sido necesario para llevarlas con el ejército.

Observaciones.

Tanto se ha escrito sobre la batalla de Toulouse por ingleses y franceses, que sería tarea larga y hasta enojosa en la que no se dirija á la composición de una monografía de aquel tan disputado asunto, el tomar en cuenta tan varias versiones como se han publicado y tan diversas opiniones como se han emitido para justificar la conducta de uno y otro de los generales en jefe de los ejércitos contendientes. A tal punto se mostró Lord Wellington celoso de justificar, la suya, que creyó deber contestar á la narración de la batalla por unos y á las observaciones y consideraciones ofrecidas por otros al público, de las que supuso se pretendería disputarle el laurel de la victoria ó ponerlo por bajo de la fama que generalmente le ha otorgado la opinión y aun de la de su adversario el Duque de Dalmacia, y las respondió en un detenido memorandum que se ha hecho público con la serie de sus Despachos. Publicados en 1845, pudo contestar á muchos de los escritos dedicados á la historia de la batalla de Toulouse, y fijó su atención principalmente en los del ingeniero T. Choumara, los más detenidos, con efecto, y concienzudos que deban estudiarse y juzgarse en ese punto.

¿Los discutió y juzgó con fortuna?

Eso podría ser también objeto de largas consideraciones que harían interminable la narración de aquel combate, uno de los mejor reñidos, es cierto, de la guerra de que formó su más brillante remate, y además impropio, según hemos indicado, de una historia general. Creemos, pues, debernos limitar á un ligero juicio sobre el escrito de Lord Wellington y á observaciones, breves también, sobre la batalla que lo ha provocado, en honor de la verdad histórica pero sin descuidar, con todo, el del célebre general británico. En el pleito de Suchet con Soult no puede, sin duda, el Lord olvidar sus relaciones personales con el segundo de aquellos mariscales y se pone apasionadamente de su parte, con lo que Choumara quedaría satisfecho; pero se revuelve contra el historiador francés en la comparación de la jornada de Toulouse con la de Busaco, especificando, y con razón, las diferencias esenciales entre la retirada de los ejércitos francés é inglés en una y otra. Rectifica las cifras que representan la fuerza del ejército de los Pirineos, reduciendo las que señalan los escritores franceses á 50.000 anglo-portugueses y 45.000 españoles de los que muchos no actuaran en aquella campaña. Supone también que Soult contaba con unos 70 á 78.000 hombres para las operaciones de noviembre de 1813 á febrero de 1814, que es cuando él empezó sus últimas y decisivas. Describe la posición y fortificaciones de Toulouse con la adición de las obras que ejecutó Soult hasta convertir aquella ciudad en un puesto que podría considerarse como inexpugnable. Describe luego Wellington sus procedimientos de ataque, particularmente en lo que se refiere al paso del Garona y á la combinación de los puentes establecidos

de antiguo y echados después, así en aquel río, como en el Lhers, el canal y el Ariége. Se fija en la posición del Calvinet recordando los fuertes allí levantados por Soult, en el pensamiento en que el mariscal francés se inspiró para la defensa de una posición á que daba la mayor importancia, y en las variaciones de situación que le impusieron las maniobras de Beresford y Clinton al atacarla en combinación con Freire. Expone las dificultades que se ofrecían al ejército aliado en el ataque de un punto fuerte por su naturaleza y, más todavía, con las obras que se habían añadido á las anteriores para su defensa; entre esas dificultades, la de la marcha de las divisiones de los generales acabados de citar entre el Lhers y Calvinet, distantes entre sí á veces 2.000 metros, á veces 1.000 y en algunas hasta 500 y siempre dominadas en su flanco por el enemigo. «Esas operaciones, dice, exigían un largo espacio de tiempo; era necesario cubrir y proteger con un fuego muy activo de artillería la marcha de las tropas para envolver el flanco, el avance, la retirada, la reformación y el ataque subsiguiente por las tropas en el frente del monte Calvinet.» Explica el revés sufrido por Picton en el puente y el convento des-Minimes, é inmediatamente después el por qué de su inacción durante el día 11, atribuyéndola á la necesidad de distribuir las municiones para el caso de renovar la batalla y examinar la situación de las fuerzas de Hill, lo cual impidió al general en jefe volver al Calvinet hasta la tarde del 11, así como no pudo tomar todas las disposiciones para cruzar el canal la mañana siguiente en que se vió que el enemigo había evacuado la ciudad. Rebate, por fin, una parte del escrito de Chaumara en el siguiente

párrafo, vigésimo quinto del suyo: «M. Chaumara pretende que la posición de Toulouse era en su totalidad la ciudad, la cabeza de puente en el del Garona, el canal, sus puentes y casas fortificadas y las obras del Calvinet. Sólo las últimas fueron tomadas. El mariscal Soult permaneció durante la noche del 10 y el día 11 en posesión del resto, luego ganó la batalla.» A ese argumento, á que sólo puede dar fuerza el patriotismo, contesta Wellington con razones muy difíciles de contestar y que por cuenta de algún otro historiador y por cuenta propia se pueden concentrar en ésta, en nuestro concepto poderosísima: «Era el Calvinet la llave de aquel campo y fué Soult arrojado de él á pesar del valor con que lo defendieron sus tropas; tuvo que reducir su acción á defender la ciudad que se vió precisado á evacuar temeroso de que se le cortara el único camino que le quedaba para retirarse. Nadie, pues, que se precie de imparcial podrá conceder al duque de Dalmacia el laurel de la victoria en la batalla de Toulouse.»

Los dos generales, Lord Wellington como Soult, cometieron varios y graves errores á pesar de ser de los más hábiles capitanes de aquel tiempo. La inacción anterior, en el inglés, dando tiempo á que se fortificara la ciudad y mayormente el monte Calvinet ó Ravé, que así lo llaman también; la marcha de flanco del general Beresford por la izquierda del Lhers y su ataque á la Guillemerie después de ocupado el reducto de la Sypiége; el ataque primero de los españoles antes de haberse Berosford establecido en la línea que se le había señalado dejándolos solos ante posición tan bien fortificada y guarnecida por tan excelentes tropas co-

mo las de Clausel, y los combates parciales de los puentes des Jumeaux y des Minimes, son faltas que pudieron muy bien traer consecuencias funestísimas para el ejército aliado. La paralización misma del día 11 hubiera podido producir la llegada de la noticia de la abdicación del emperador de los franceses, con lo que, abandonando Soult Toulouse, se habría tenido que cercenar con mucho la gloria de las armas aliadas.

Ese último accidente, el del abandono de Toulouse, es también uno de los errores cometidos á su vez por el mariscal Soult, tanto mayor cuanto que, sabiendo la entrada de los coaligados del Norte en París, debía esperar para muy pronto la noticia de la paz. Otros errores, y éstos en las disposiciones para el combate y en las maniobras de su ejército, pueden también imputársele; el no haber, por ejemplo, fortificado suficientemente el cerro de la Pujade que habría de ser por su situación primer objetivo de las tropas enemigas al iniciar el combate, y el ataque, por demás aislado, de la división Taupín que, puesto antes en movimiento y bien secundado, habría producido la destrucción de las divisiones de Beresford.

Pero la batalla de Toulouse, en las condiciones en que se dió, entrañaba cuestiones, así militares como políticas, que, cual la campaña de que fué remate, entretuvieron la atención del general británico, influyendo no poco, según se ha dicho, las segundas; á punto de ser de las que más pesaban en el ánimo de quien no lo negaba en sus correspondencias. Y así lo demostró el sitio de Bayona en el que contra toda costumbre inglesa, tal cual la habían cultivado en la guerra peninsular, ni iniciaron los aliados la conquista

de aquella plaza como las de Ciudad Rodrigo, Badajoz y San Sebastián, con igual rapidez y violencia, ni dieron á los sitiados los asaltos en sus fortificaciones que, eso sí, á costa de los mayores sacrificios, les daban un resultado tan pronto como decisivo. Con eso el sitio de Bayona proporcionó á los franceses una gloria que no esperarían alcanzar cuando ya agonizaba aquel ingente imperio fundado por sus armas y por el genio de su incomparable caudillo. Nos ocuparemos en su descripción y en la de las peripecias, alguna interesante, tan pronto como demos á conocer el desenlace que tuvo aquella campaña de la invasión de Francia por los ejércitos aliados después de la ya narrada de la batalla de Toulouse.

El ejército siguió en su retirada el camino del Bas-Languedoc, siempre junto al canal hasta Castanet, en cuyas inmediaciones se vió alcanzada su retaguardia por la caballería inglesa que precedía al cuerpo del general Hill. Este había recibido la orden de lo antes posible cruzar el Garona si no se había roto el puente de Toulouse, y emprender el camino de Carcasona, tratando de detener al enemigo con su caballería. Beresford también recibió la de adelantar la caballería de Arentschildt hacia la Bastide, á la que seguirían las 4.ª y 6.ª divisiones, pero sin atacar al enemigo si lo hallaban establecido en buenas posiciones. El objeto era el de obligar á Soult á detenerse en su marcha; y Wellington daba principalmente ese encargo á su caballería, adelantando las brigadas de Arentschildt y Vivián para mejor y más pronto conseguirlo.

Ya hemos visto que los jinetes de Hill fueron los que alcanzaron la retaguardia francesa y aun cargaron

á los cazadores á caballo que cerraban la marcha, causándoles algunas bajas; pero Soult dispuso inmediatamente que Reille tomara posición en las alturas próximas al camino que además cubrió la caballería de su hermano, estableciendo su izquierda junto al canal, cuyos puentes se había tenido la precaución de romper.

Primeras noticias de París.

La actitud de las divisiones de Reille, su posición y el recelo, acaso, de que tras de ella se intentara alguna sorpresa ocultando fuerzas que por el pronto no se podrían distinguir, contuvieron á Hill en su avance; con lo que los franceses, después de cambiar algunos cañonazos con los ingleses, prosiguieron su retirada y lograron se adelantase la artillería que, retardada en su marcha por el pésimo estado del camino, logró aparcar la noche del 13 en Castelnaudary. Soult se alojaba en la aldea de Naurouse entre aquella población y Villefranche, cuando se le presentaron un jefe inglés de los de Lord Wellington y otro francés, el coronel Saint-Simón, enviado por el Gobierno Provisional acabado de establecerse en París días antes, quienes le entregaron despachos del nuevo ministro de la Guerra de Francia, en que se le daban noticias detalladas de cuantos sucesos habían tenido lugar después del 31 de marzo en que entraron los aliados en París. Eso dió lugar á otro consejo de guerra de los tenientes generales y generales de división existentes en el ejército, muy distinto en verdad del celebrado en Toulouse la noche del 10. En él se discutió largamente hasta acordarse por unanimidad se contestara al mensaje recibido diciendo que, careciéndose de aviso alguno del Mayor-general, no presentaba aquella comunicación el carácter auténtico indispensable en

circunstancias tan graves, en que cualquier acto de vacilación ó de debilidad podría tener las más funestas consecuencias para la Francia. Tan comprometido consideró Soult el honor de su patria, el del ejército que mandaba y el suyo propio, que, dirigiéndose al mensajero inglés exclamó: «Id á decir á Lord Wellington que no puedo prestar fe á noticias de paz que me son dadas por el jefe del ejército que yo combato. Añadidle que aún puedo darle diez batallas, todas semejantes á la de Toulouse; que, al fin, si nuestras pérdidas siguen en la misma progresión, él y yo quedaremos como generales sin ejércitos». (1).

**Armisticio.** Después de por su parte haber enviado á París á su ayudante el mayor Tolosé á fin de obtener noticias positivas é instrucciones terminantes, emprendió Soult una serie de negociaciones con Lord Wellington que dió por resultado un armisticio que, si negado en un principio por el general británico, lo hicieron práctico las tropas de uno y otro ejército; establecido, el francés, en Avignonet y el inglés á su frente, separado tan sólo de él por un arroyo. El Lord continuaba en sus negativas al armisticio que, recibidas ya por Soult las órdenes de Berthier, firmó el 18, un día antes del en que el mariscal francés hizo manifiesta su adhesión y

---

(1) Así lo dice Lapene, que llama Gordón al coronel inglés cuando Lord Wellington dice en sus despachos que se llamaba Cooke, enviado desde París por el Ministro de S. M. Británica en Prusia para conferenciar, en compañía de Saint-Simón, con el Lord y el mariscal Soult. Este le llamaba también Cooke en su carta al general inglés fechada el 13 en Naurouze, proponiéndole un armisticio en consecuencia de las noticias recibidas.

Las contestaciones de Wellington son las que llevó el coronel Gordón.

la de su ejército al Gobierno Provisional y al cambio de la dinastía en Francia (1).

A esa manifestación había precedido la del general Decaen, enviado con 6.000 hombres por Suchet, después de celebrar un armisticio con Lord Dalhousie que mandaba á los aliados en Burdeos; y como veremos inmediatamente la siguió la de la guarnición de Bayona. **La paz.**

Decía así la orden general dada al ejército francés: «Habiendo manifestado la Nación sus votos por la exoneración del Emperador Napoleón y el restablecimiento de Luis XVIII al trono de nuestros antiguos reyes, el ejército obediente esencialmente y nacional, debe conformarse con el voto de la Nación.»

«Así, en nombre del ejército, yo declaro que me adhiero á los actos del Senado conservador y del Gobierno provisional, referentes al restablecimiento de Luis XVIII al trono de San Luis y de Enrique IV, y que juramos fidelidad á Su Majestad.»=Cuartel general de Castel-naudary, 19 de abril de 1814.=Firmado, el mariscal Duque de Dalmacia.=Por copia con-

---

(1) He aquí el razonamiento que presentaba Lord Wellington para negarse al armisticio: «No, escribía á Soult, no deseo de ningún modo obligar á V. E. á una decisión en el partido que deba tomar ni de separarme del ejemplo que me han trazado los Soberanos Aliados en sus negociaciones de París; pero me parece que si yo consintiese en un armisticio antes de que V. E. hubiera seguido el ejemplo de sus compañeros del ejército y hubiera declarado su adhesión al Gobierno Provisional de Francia, sacrificaría los intereses, no sólo de los aliados, sino de la Francia misma, que está tan interesada en evitar la guerra civil.»

«Ruego, pues, á V. E. que forme y me signifique su decisión, asegurándole que no puedo consentir en ningún armisticio antes, por lo menos, de que yo sepa que no he sido engañado acerca de las comunicaciones que ha llevado á V. E. el coronel St-Simón.»

forme.=*El Teniente general, jefe de estado mayor general del ejército.*=Firmado.=Conde de Gazán.»

Bloqueo de Bayona.

Dejamos las divisiones anglo-portuguesas de sir J. Hope y la española del general España bloqueando la plaza de Bayona, su ciudadela y las fortificaciones exteriores que tanto tiempo se había dado á Soult para con ellas completar un verdadero campo atrincherado en las dos márgenes del Adour (1). Tan insignificantes eran los sucesos que ocurrían en derredor de la fortaleza de Bayona, que sólo después de la toma de Toulouse comunicó Wellington con Hope para darle noticia de cuanto había hecho desde mucho tiempo antes, disculpándose con no haber tenido solaz para escribirle. Esa carta debió escribirse el 16 por la mañana, porque de la misma fecha y por la tarde ó noche de aquel día, pero enviada á un tiempo, existe otra al general C. Colville en que el Lord manifiesta la pena que le ha causado la noticia de haber sido herido Hope y encargándole entregue la primera al gobernador de Bayona para que, si accede á declarar su sumisión al Gobierno provisional, se consienta en una suspensión de hostilidades.

Efectivamente, excepción hecha del combate del 14 de abril en que Hope cayó herido y prisionero, el bloqueo de Bayona había corrido tranquilo, en lo po-

(1) Y esto no es exageración nuestra para quitar mérito á la defensa de Bayona, porque en «Victorias y Conquistas» se dice: «No había más barreras que oponer á los aliados en el camino directo de España á Burdeos que Bayona: también esa plaza, situada ventajosamente en la confluencia de la Nive y el Adour, había sido puesta en buen estado de defensa, no sólo con las reparaciones hechas en el cuerpo de la plaza, sino que también con la extensión que se había dado á las obras exteriores, lo cual hacía muy difícil la contravalación en la orilla izquierda del Adour.»

sible, y sólo con accidentes y peripecias de poca ó ninguna importancia, interrumpida toda comunicación con el exterior y reducido el Gobernador á esperar su suerte de la acción del ejército de su General en Jefe en la campaña, tanto tiempo hacía comenzada. Gobernaba la plaza y su campo exterior el general Thouvenot, que tanto tiempo y con fortuna, por cierto, había mandado en Guipúzcoa. Su elección había sido muy discutida en los consejos de Soult, que hubiera querido dejar al frente de la guarnición de 12 á 14.000 hombres, con que al fin la dotó, un general más caracterizado, á Reille, que se excusó manifestando que prefería servir en rasa campaña al frente de sus divisiones á encerrarse en una plaza donde no serían sus servicios tan eficaces. Soult, sin embargo, mantuvo su disposición; pero Reille, una vez fuera el mariscal y puesto á la cabeza del ejército hacia Orthez y Tarbes, se marchó de Bayona á unírsele, dejando á Thouvenot el mando de aquella plaza (1). Con él se mantuvo también la división del general Abbé, de cuyas altas cualidades militares hemos visto que hacía tanto aprecio su irreconciliable adversario Mina.

Luego de, á pesar de las dificultades que oponía el mar, extremadamente agitado en aquella costa, con

---

(1) Y dice M. E. Duceré en su interesante historia de «Le Blocus de 1814,» recientemente publicada: «El general Thouvenot quedó, pues, encargado del gobierno de Bayona, y se verá, por las operaciones que se sucedieron, que quizás no tenía él todo lo que es necesario para ejercer un mando tan imimportante.» Sin embargo, Napoleón le había designado para aquel cargo, conociéndole por sus servicios junto á Dumouriez y en las invasiones de Bélgica y Holanda, y el gobierno que después de su emigración ejerció de Erfurt y Stettin al ser ascendido en 1806 al grado de general de división por el Emperador. Thiébault hace un grande elogio de Thouvenot.

particularidad en el invierno, y de las variaciones que hubo de sufrir la barra del Adour; luego, repetimos, de, gracias á esfuerzos extraordinarios, haber establecido un gran puente de pontones para la comunicación permanente y segura entre las dos orillas de aquel río por bajo de Bayona, pudo darse por continua y completamente cerrada la línea del bloqueo para aislar la ciudadela de toda relación con su exterior (1). Eso que en el más próximo á las fortificaciones el terreno era bastante accidentado, roto por barrancos, en parte cubierto de casas de campo que se había tenido cuidado de fortificar, cruzado por las carreteras de Burdeos y Toulouse, y dominado por el barrio de Saint-Etienne y su iglesia; todo bien atrincherado y bajo el cañón de la ciudadela. Las escaramuzas se hicieron pronto muy frecuentes entre los puestos avanzados de una y otra parte, ayudándose los sitiadores de algunas piezas establecidas en la izquierda del Adour, y los sitiados de los refuerzos que se les enviaba de la ciudadela y de la defensa de alguno de los edificios más próximos á su línea. Esos choques, sin embargo, como las diversiones que procuró el general Hope, se hicieran en derredor del recinto general de la plaza en ambas orillas del Adour y la Nive, iban dirigidos á distraer á los franceses de un ataque formal que iban á emprender los aliados sobre Saint-Etienne, atrinchera-

(1) Dice Napier: «De todos modos, aun tomando en cuenta esa circunstancia favorable (la de poder desembarcar la artillería de sitio) y las faltas del enemigo, se hicieron necesarios nada menos que la habilidad de los marinos, la intrepidez de las tropas y, sobre todo, el genio de Wellington, para asegurar el éxito de aquella importante operación, que será siempre mirada como una de las empresas más admirables de la guerra.»

do, según hemos dicho, lo mismo que su iglesia, las casas de su inmediación y el cementerio de los judíos en el arrabal de Saint-Esprít, en que también, además de un tambor elevado en su plaza, se había hecho una gran cortadura para interceptar el camino de Burdeos.

Acción de Saint-Etienne.

La acción, con efecto, tuvo lugar el 27 de febrero, atacando la brigada de línea de la Legión real alemana y la de Guardias de la división Howard, formadas en tres columnas que fueron convergiendo hacia el objetivo principal, la iglesia de Saint-Etienne y el cementerio israelita, aunque extendiendo sus alas por arriba y por abajo hasta tocar las aguas del río. Los alemanes se hicieron dueños de ambas posiciones y cubrieron el camino de Burdeos apoderándose de un cañón plantado en la cortadura y de alguna de las casas próximas. Pero la artillería de la ciudadela y una salida que dispuso Thouvenot desde aquel fuerte, rechazaron á los invasores que, á pesar de tan violento fuego y de la lucha varias veces repetida para el recobro de la pieza, que pasó otras tantas de unas manos á otras, quedaron establecidos en Saint-Etienne ya de una manera sólida y permanente. (1)

Un episodio notable de aquella acción harto sangrienta fué la de un cuerpo portugués que, establecido en las alturas próximas de Hayet y no pudiendo conformarse con la situación poco activa en presencia, puede decirse, de los que andaban combatiendo por

---

(1) Napier dice que Thouvenot fué herido al salir de la ciudadela á la cabeza de sus tropas, cargando dos veces valerosamente á los alemanes. Duceré dice que lo fué en los parapetos de la ciudadela cuando cayó muerto á su lado el capitán Roque.

Saint-Etienne, se lanzó al camino de Toulouse y se corrió por él ocupando en el Cap de l'Esté varias casas, de una principalmente, espaciosa y fuerte, llamada la casa de Jean d'Amou. Era eso en el momento en que salían por el puente de Saint-Esprit dos regimientos de los de Abbé que Thouvenot había llamado para rechazar el ataque de los alemanes, y era en el que el teniente de navío Bourgeois hacía situar algunas lanchas cañoneras en apoyo de aquellos mismos regimientos; con lo que, atacados los portugueses por tierra y agua, hubieron de retirarse ametrallados también en su marcha desde los reductos no conquistados de Saint-Esprit.

El resultado de aquella acción del 27 de febrero y que lleva el nombre de Saint-Etienne, fué favorable á los aliados, pues que se hicieron dueños de aquella posición que podía considerarse como la llave de cuantas cubrían las avenidas del puente, eran como antemuro de la ciudadela y dejaban, una vez ocupadas, á descubierto y al alcance de la artillería, puntos importantísimos del cuerpo de la plaza. Mucha sangre había costado tal jornada; como que pasaban de 500 las bajas de los aliados entre muertos y heridos, el general Hinuber entre éstos, con unos 400 de sus alemanes, los más castigados naturalmente, pues que casi exclusivamente habían sostenido el combate desde su principio al fin. Los franceses, según el cómputo del más autorizado de los historiadores del bloqueo de Bayona, tuvieron 51 hombres muertos con 3 oficiales, 169 heridos con 5 oficiales y 25 prisioneros, entre ellos 2 de los oficiales heridos.

Se emprende el sitio.

La posición ocupada de Saint-Etienne ofrecía, además de las ventajas ya expuestas, la ocasión más favo-

rable de poder comenzar el sitio de la ciudadela; eso que, en opinión de Hope, se obtendría antes la ocupación de la plaza con el bloqueo que con el sitio. No era ése el sentir de Lord Wellington; así es que después de cerrar el circuito de la ciudad y su campo atrincherado á punto de hacerlo infranqueable para cuantos intentaran atravesarlo, dió las más minuciosas y terminantes instrucciones para emprender el sitio (1). Pólvora y proyectiles con todo su material de transporte y arrastre acompañaría á las piezas de un tren inmenso de artillería que, llevado en parte por mar y en parte por tierra, se destinaría á montar las baterías de las paralelas, cuya apertura se verificaría inmediatamente que los ingenieros tuvieran las fuerzas necesarias á su disposición, el material para los que se estaban construyendo á toda prisa cestones, sacos y faginas, y las tropas cuyo número se aumentó con varios regimientos de Inglaterra, Portugal y hasta del ejército de Cataluña. Tan minuciosas eran aquellas instrucciones dirigidas á S. J. Hope, que ni se olvidaba en ellas el cálculo del tiempo necesario para que los trabajadores según su número, que también se detallaba, acabaran las obras que se les encomendasen. Del inmenso tren reunido en los transportes surtos en Pasajes, se mandaban al cerco de Bayona 70 piezas, 26

---

(1) «El lector puede figurarse, dice Ducéré, el aspecto que presentaba un país así tratado á quince ó veinte millas á la redonda, en que cada casa estaba fortificada, cada camino cortado, cada eminencia coronada con trabajos de campaña y cada aldea hormigueando de hombres armados. Y ese aspecto no era menos sorprendente de noche que de día. De cualquiera parte que se le mirase, se encontraba un enorme círculo de fuegos, á cuya luz las blancas tiendas y las groseras chozas de los sitiadores aparecían de distancia en distancia.»

cañones de á 24, 12 obuses de á 8 pulgadas, 12 morteros de á 10 y 20 á la Coheorn de á 4 y media; todo acompañado de municiones para varios días y muchos disparos.

A pesar, así, de las opiniones de Hope y de la marcha siempre triunfante de su general en jefe por el alto Adour y el Garona, á mediados de marzo se comenzaron los trabajos en la meseta de Montaigu, interrumpidos varias veces por el fuego de la ciudadela, que no pudo, sin embargo, impedir á los sitiadores el cubrir sus puestos y aun sus centinelas de los disparos que se les hacían desde las trincheras avanzadas de la plaza. A principios de abril tomó el sitio algún carácter de tal con las obras que fueron los aliados emprendiendo para, al mismo tiempo que fortificar más y más su campo, estrechar el de acción de los franceses en Saint-Esprit. Se fortificó el grande edificio de Saint-Bernard, junto al Adour, hasta convertirlo en una verdadera fortaleza; se convirtió en puesto de armas el llamado Chateau Basterreche, sito en una eminencia de donde se descubría la ciudadela y se la podía en parte batir con algún mortero cubierto por un atrincheramiento y la tala de los árboles más próximos; libertándolo, sobre todo, de los disparos de los fusiles de parapeto que los sitiados establecieron en sus murallas; se fueron, de modo igual ó parecido, cubriendo los puntos conquistados en la jornada del 27 de febrero hasta el término de la línea del bloqueo en el Adour, y se estableció un sistema de señales, especie de telégrafo, en toda la línea del bloqueo, de banderas, durante el día, y de luces de colores ó cañonazos por la noche.

Nada de eso sirvió, con todo, para evitar una salida de la guarnición que, constituyendo la última y más sangrienta peripecia del bloqueo de Bayona, sirve también de fundamento á la gloria de las tropas defensoras de aquella fortaleza y á la de su valiente y pundonoroso gobernador. Es verdad que habían llegado al campo sitiador las noticias del triunfo de Lord Wellington en Toulouse y de la entrada de los coaligados del Norte en París con la de la abdicación del Emperador Napoleón; y, aun no atendidas por el general Thouvenot, habían producido entre los anglo-hispano-portugueses, entusiasmados con ellas, una confianza que les haría descuidar en parte el servicio siempre indispensable en las operaciones de toda acción militar (1). Algunos desertores franceses habían anunciado como muy próxima esa salida; pero resultando falsas esas noticias, alguna, sobre todo, á que se dió fe, no se dió completa ni como merecía á la de uno que á las dos de la mañana del 14 de abril se observó haber desaparecido de la Ciudadela. Oficial ó soldado, pero cuyo nombre no da nadie, parece que Salida del 14.

(1) Duceré que, como hemos hecho ver, no aprecia á Thouvenot en lo que verdaderamente valía, estampa en su obra el párrafo siguiente: «Rumores de paz habían llegado al campo inglés y, según oficiales de esta nación, el 12 de abril había venido un mensajero con la noticia de la entrada de los aliados en París y de la abdicación de Napoleón. Las tropas inglesas se vieron profundamente sorprendidas de aquellos acontecimientos, y el teniente Gleig asegura que el general en jefe, sir John Hope, envió un parlamento (despached a flag of truce) al gobernador de Bayona, para informarle de que había cesado la guerra entre Francia é Inglaterra; pero el general Thouvenot se negó á tomar en cuenta aquella comunicación, diciendo que no había recibido aviso ninguno del mariscal Soult á cuyas órdenes directas estaba. Pocos días después, llegó del Norte un oficial francés trayendo las más importantes noticias y anunciando el nuevo reinado de los Borbones. «Nosotros le enviamos

se presentó al general inglés Hay, jefe aquella noche de los puestos avanzados, quien, no sabiendo el francés, lo envió al general alemán Hinuber que le devolvió inmediatamente traducida la denuncia que el desertor le había hecho de una salida que, con efecto, verificaban las tropas de aquella fortaleza á la hora de las tres.

El descuido en no tener las avanzadas un jefe conocedor del idioma del enemigo, y el retardo que habría de producir noticia llevada de un lado á otro de la línea de bloqueo, añadidos á la desconfianza que inspiraría la falsedad de las denuncias anteriores, causaron algún tropiezo para la reunión de los sitiadores en sus puestos respectivos, cuya reserva, sin embargo, fué enviada á ellos por Sir Jhon Hope apenas tuvo conocimiento de lo que se trataba. Los franceses, aparentando antes un gran ataque al campo aliado en la izquierda del Adour, salieron de la ciudadela en número de 3 á 4.000 para caer sobre las grandes guardias y los puestos avanzados de Saint-Esprit que ocupaban los alemanes y los guardias ingleses del ejército aliado en

---

á la plaza como la mejor garantía que podíamos ofrecerla de la verdad de nuestros asertos y de nuestras amistosas intenciones. Pero esa vez también rehusó el general Thouvenot creer una palabra del asunto ó afectó el no creerla é hizo simplemente contestar por el *parlamentario* que acompañaba el ayudante de campo *que oiríamos hablar de él antes de mucho tiempo.*» Ese Gleig de quien Duceré toma gran parte de los muchísimos datos que, procedentes del campo sitiador, ha publicado en su escrito, es el oficial inglés autor del libro titulado «The Subaltern» que tantas veces hemos citado al tratar del sitio de San Sebastián y de la campaña á que nos estamos refiriendo. Esas noticias, tan honrosas para la memoria de Thouvenot, constan de manera igual ó semejante en cuantas historias se han escrito del bloqueo de Bayona, noticias á que luego añadiremos otras que aún han de realzar más el carácter, la constancia y la lealtad de tan ilustre general francés.

la derecha. En su primer empuje las empalizadas fueron rotas por los zapadores que iban á la cabeza de las tropas y las trincheras tomadas á la bayoneta, arrollando cuanto se les oponía y aún con rara tenacidad en su marcha. Luego se dividieron en tres columnas según las instrucciones que habían recibido. La de la derecha se dirigió á Saint-Etienne y su iglesia que también cogió de rebato entre un ruído ensordecedor del fuego de los asaltados, el de un cañón particularmente que cayó en su poder y la inmensa gritería de los combatientes. Allí, aquella columna perdió su jefe, el comandante Lasalle; y al avanzar por el camino de Peyrehorade, llevando la confusión á todas y en la que cayó muerto el general Hay que mandaba á los aliados en aquella parte de la línea, se vió flanqueada por un batallón portugués, guiado por el ruído del combate y después por los primeros rayos de la luz del día. Vióse, así, precisada á acogerse á su conquista anterior de Saint-Etienne, que no tardó en perder, empujada por aquellos mismos portugueses con que la cargó el general Bradford que los dirigía.

La columna del centro atacó á la bayoneta el cementerio de los judíos y las casas todas atrincheradas con que cerraban los ingleses las avenidas de la ciudadela, extendiendo su ataque al campo; esto es, á la primera línea del bloqueo, donde ya se habían reunido las reservas inglesas y las fuerzas que enviaba precipitadamente el general Hope desde el momento en que el fuego le confirmó la noticia, al principio sospechosa, de la salida de los franceses. No era fácil que aquella columna prosperase en su marcha arrebatada y, como tal, irregular y descompuesta por la

obscuridad y los mil obstáculos que hallaba en su camino, cortaduras, tapias, y puestos fortificados, el de los refuerzos, sobre todo, que acudían contra ella. Viéndose, además, muy separada de las demás columnas que mal podían socorrerla en las tinieblas de la noche y la lucha que cada una de ellas tenía que sostener, tuvo que retroceder al cementerio citado, donde por el pronto procuró mantenerse.

La columna de la izquierda francesa se extendió por el reducto de Basterreche, procurando envolver por aquel extremo y Montaigu la derecha aliada, separándola del resto de la línea de bloqueo, á las manos, entretanto, con las demás tropas de la salida. Napier cuenta así la acción de aquella ala: «En los primeros momentos el combate se hizo más desastroso en la derecha que lo había sido en el centro. Y las grandes guardias y las reservas pudieron sostener la violencia del ataque, y la acción llegó á hacerse tanto más confusa y más mortífera cuanto que de ambos lados las tropas, obligadas á dividirse á causa de los cerramientos y no pudiendo ordenarse, se precipitaban revueltas en la oscuridad, combatiendo á la bayoneta é hiriendo indistintamente á amigos y enemigos. Todo era tumulto y confusión. La artillería de la ciudadela, mal guiada por el fuego de la fusilería, hacía llover balas y bombas sobre los combatientes; y las lanchas cañoneras, bajando por el río, abrieron sus fuegos sobre el flanco de las columnas de sostén que, puestas en marcha por Sir John Hope á la primera alarma, llegaban por el lado de Boucaut. Cerca de cien piezas de artillería hacían fuego á la vez. Las bombas incendiaron el depósito de faginas y muchas casas, y las llamas, al

elevarse, esparcían una luz siniestra sobre las masas de los combatientes.»

Hope, prisionero y herido.

Y continúa el historiador inglés: «En tal confusión desapareció de repente Sir John Hope;....» Y como ese suceso habría podido hacerse tan transcendental como siempre la desgracia de un general ó jefe ha solido ser para las tropas confiadas á su dirección, la de Hope ha sido estudiada por unos y otros de los cronistas del sitio de Bayona con todo el interés que realmente merecía. Que en su deseo de adelantarse á las posiciones más avanzadas de sus tropas se extravió y, acompañado tan sólo de dos oficiales, Herríes y Moore, cayó del caballo herido y fué hecho prisionero; que vestido de paisano se negaba á darse á conocer y lo hizo al manifestarle los franceses sus aprehensores que no podrían responder de él y le llevaron á la ciudadela con sus dos acompañantes, heridos también al tratar de sacarle de entre los pies de su caballo; que, en vez de ser herido y cogido por un piquete francés que, al oir las pisadas de los caballos, salió á su encuentro y con una descarga á quemarropa le derribó y prendió, lo fué con toda su escolta por un destacamento francés, emboscado al apoyo de las cañoneras de Bourgeois; todas esas son versiones que se han dado á la estampa, lo diferentes que pueden atribuirse á la nacionalidad de sus autores, pero que, después de todo, se confunden en la única é irrefutable de que el general en jefe de las tropas del bloqueo de Bayona cayó en poder de los sitiados. (1)

(1) Véase en el apéndice núm. 5 la nota en que Ducéré expone algunas de esas versiones, recogidas de las diferentes obras en que se ha inspirado para la suya.

Reacción de los aliados.

Entretanto, los aliados que combatían en primera línea, repuestos de la sorpresa y la derrota que les había producido tan violento ataque, reforzados, además, por sus reservas y las tropas que á todo correr acudían en auxilio suyo desde el Boucaut y aun de la otra orilla del Adour, se habían vuelto contra los franceses. Creyendo éstos haber llenado cumplidamente su misión en aquel día, por más que no lograran apoderarse de una de las casas, fortificada y defendida por una compañía inglesa, ni resistir el recobro de Saint-Etienne, atacada, según llevamos dicho, por los alemanes de Hinuber y los portugueses de Bradford, principiaron, al ser de día, á retroceder, con lo que el general Thouvenot ordenó la retirada á la ciudadela, muy satisfecho como sus subordinados de haber obtenido el éxito á que podía aspirar al quedar dueño de las posiciones más próximas que había perdido en el combate del 27 de febrero.

Los aliados habían perdido cerca de 1.000 hombres, muertos muchos y entre ellos el general Hay; más, naturalmente, heridos, de los que Sir John Hope y el general Stopford, y hasta 200 prisioneros que irían á acompañar á su general en jefe. El número de las bajas en las tropas francesas de la salida ascendió á poco más de 100 soldados y 7 oficiales muertos; más también de 700 de los primeros, heridos con 49 de los segundos, y 10 de una y otra clase prisioneros. Así, pues, siendo casi igual el número de las bajas, pretendieron franceses y aliados el honor del triunfo que no se sabe á quién discernir; porque si bien los nuestros acabaron por rechazar la salida de los sitiados, éstos consiguieron también cuanto puede ser objeto del pre-

sidio de una plaza, coronado, además, con presa tan importante como la del general en jefe sitiador.

La paz.

Pocos días después, el 21 de abril, izaban los aliados el pabellón blanco, afirmándolo con salvas de artillería en sus campos de uno y otro lado del Adour; y el 27 llegaba á Bayona un oficial del Estado Mayor de Soult con la noticia del armisticio celebrado por aquel Mariscal con Lord Wellington, terminando, de consiguiente, el bloqueo por cuatro meses prolongado de la plaza que así confirmaba una vez más su honrosísimo título de NUNQUAM POLLUTA.

Aun así, con las órdenes y todo del duque de Dalmacia y la noticia de su adhesión á la restaurada monarquía de los Borbones, la fiesta de su proclamación en Bayona no revistió ni el carácter ni las formas que parecía merecer, no acompañándola de solemnidad alguna al celebrarse la mañana del 28. Si el general Thouvenot demostró repugnancia marcada á someterse á un cambio que hería sus sentimientos de lealtad al régimen que había constituído la grandeza de Francia en todo el tiempo de su honrosa carrera, sus soldados, al cambiar la escarapela, llegaron á tocar los límites que señalan el orden y la disciplina de los ejércitos. Dice un historiador de aquellos sucesos:..... «en cuanto á la guarnición (de Bayona), no hizo misterio de su horror por el nuevo estado de cosas y de su inquebrantable adhesión á su primer caudillo.» (1)

---

(1) El tantas veces citado *Subalterno* Gleig, después de contar cómo fué izada en la plaza la bandera blanca (sucia dice, y desgarrada) en substitución de la tricolor (magnífica), añade: «Fué inmediatamente saludada por todas las baterías de las murallas, y los nuestros que estaban aquel día en las avanza-

Ocupación de Benasque.

Al tiempo de la batalla de Toulouse, todavía conservaban los franceses algunas de las fortalezas de que se habían hecho dueños en la Península no lejos de su frontera, y en la que acababa de ser teatro de la campaña, la de Benasque en lo alto del Pirineo central y la de Santoña en la costa del mar Cantábrico. Aún no hecha la paz, la primera, Benasque, fué acometida por un destacamento de las tropas de Mina que en los comienzos de abril y sacando de la poco antes conquistada Jaca un mortero y un morterete y luego de Graus dos cañones y un obús, se ponía ante el castillo de Benasque é intimaba la rendición á su gobernador. Rechazada la propuesta de nuestro coronel D. Sebastián Fernández, se rompió el fuego contra el fuerte que, aun cuando de construcción antigua, como que era de los últimos tiempos de Felipe II, hacíanlo resistente lo empinado de su situación y la eficacia de las diez piezas de artillería montadas en sus murallas. Por eso y por haberse retardado la remesa de proyectiles á los sitiadores, no se consiguió la rendición de Benasque hasta el 23, á pesar de haber asaltado nuestros navarros un reducto avanzado, cuya toma se creyó influiría decisivamente á que capitulasen antes los 267 franceses que ocupaban el castillo.

Bloqueo de Santoña.

Hallábase en muy distintas condiciones Santoña, vasta y bien provista fortaleza, importantísima igualmente por su privilegiada posición y por los recursos de que la era dado disponer. Decimos en nuestra geo-

---

das, afirmaron que los cañones estaban cargados con barro y arena, como si aquella guarnición turbulenta hubiera resuelto insultar, en cuanto podía, á la autoridad á que no se sometía sino porque se la obligaba á ello.»

grafía histórico-militar: «La villa y el monte se hallan actualmente fortificados, si bien imperfectamente, y su inmensa importancia en la defensa nacional, reconocida cuando las escuadras franco-inglesas quisieron imponer á Felipe V el reconocimiento de tratados que las desgracias de Luis XIV hacían necesarios á la Francia, olvidada después y recordada al principiar Cafarelli, en la guerra de la Independencia, las grandes obras con que Napoleón quería preservar de los ingleses un punto que habría de ser su arsenal y plaza de depósito en España, ha sido actualmente atendida, (1880), emprendiéndose las necesarias para llevar á cabo aquel mismo pensamiento por nuestra parte. Y efectivamente, un punto que reune condiciones tan excelentes como las de Gibraltar en cuanto á su fortaleza natural, con ventaja en cuanto á que su guarnición, no siendo muy numerosa, puede encontrar en la montaña recursos para la defensa y aun para su subsistencia, y que se halla situada sobre el flanco del invasor y con comunicaciones marítimas, bien puede figurar en el número de los estratégicos de primer orden en el orbe». (1)

Ocupada Santoña, según llevamos dicho, por los franceses al comenzar la guerra, perdiéronla en 1810 en que el comodoro inglés Mens y Porlier la ocuparon

---

(1) Y añadimos luego: «Es verdad que los ferrocarriles han modificado esa importancia, no pudiendo alimentarse la guerra en las proporciones que ahora se la da sino por ellos; es cierto también que su distancia á los de invasión deja á Santoña en una especie de aislamiento del teatro probable de una guerra peninsular terrestre; pero como ésta ha de combinarse regularmente con la marítima en una nación como la nuestra, aquel peñón ingente deberá ser siempre vigilado y puesto á cubierto con la previsión y el esmero más prudentes.»

mas para abandonarla luego al presentarse á su frente, Cafarelli á la cabeza de un numeroso cuerpo de tropas imperialistas. El célebre general que tanto tiempo lo fué en jefe del ejército francés del Norte, comprendiendo toda la importancia de Santoña propuso fortificarla convenientemente á Napoleón, quien le dió amplias facultades é instrucciones para hacerlo; con lo que los españoles después de la batalla de Vitoria se dedicaron ahincadamente á su reconquista, ya que anteriormente sólo sentía aquella plaza un varias veces interrumpido bloqueo de los batallones montañeses, asturianos y vizcaínos que con la ayuda de los buques británicos recorrían aquellas costas.

Estado de la plaza.

El general Lameth, nombrado gobernador, que había reformado las anteriores fortificaciones, construyó otras nuevas, algunas en puntos avanzados, cerró con otras el istmo y con una fuerte cadena de hierro la entrada al puerto, poniendo la plaza artillada con más de 120 piezas en un estado verdaderamente formidable de defensa. Mejor que una plaza de las de aquel tiempo, parecía Santoña un campo atrincherado de los que ahora se construyen para poner el cuerpo principal á salvo de un vivo ataque y servir de base al ejército que opera en las provincias inmediatas. Hasta llegó Lameth á organizar con la base de una corbeta anclada en la bahía una escuadrilla que destinó á comunicar con Francia y al ataque y presa de las embarcaciones enemigas que pasaran á la vista de la fortaleza.

En ese estado, puso el sitio á Santoña una parte del ejército de Galicia, 4.° entonces, después de la jornada de Vitoria, que dejó libres á los aliados en su ac-

ción sobre los flancos de su línea de operaciones. Por esfuerzos que hicieran los españoles para ganar la plaza, ni el material de que disponían ni la ayuda que pudieran recibir de las naves inglesas, servirían para lograr ni aun para contribuir eficazmente á la ocupación de plaza, tan bien preparada á defenderse. Ni era suficiente y propio el material de sitio, ni aquel mar consentía un bloqueo tan constante que impidiese la entrada en el puerto de las embarcaciones que se dirigían de Francia con víveres y municiones. Ya quiso Lord Wellington enviar á Santoña la brigada inglesa de Aylmer, que hemos visto figurar en todas las operaciones junto al Bidasoa; pero necesidades de ese mismo servicio le retrajeron de ello; limitando sus refuerzos al de un oficial de ingenieros y algunos, muy pocos, de sus zapadores y minadores. (1)

Ataque á los fuertes exteriores.

Era necesario empezar por la ocupación de los fuertes exteriores, construídos en puntos muy avanzados y formando una curva inmensa desde la punta del Brusco al oeste de Santoña, donde se alzaba sobre el mar y dominando un espacio extenso una fortificación considerable con ese mismo nombre, hasta Laredo en el lado oriental, cubierto también por un castillo cuidadosamente preparado para batir el largo arenal que separa aquel pueblo del gran promontorio, cabeza de la antigua Cantabria. Entre uno y otro fuerte había

(1) Los ingleses hacen aparecer á ese oficial, el capitán Wells, como el agente más eficaz del sitio de Santoña, aun habiendo allí oficiales españoles de no corto mérito. Pero si estuvo más de seis meses en el campo sitiador sin que se lograra la conquista de la plaza, no parece que fuera una excepción en un cuerpo que verdaderamente no se lució mucho en la guerra polémica de sus compatriotas en España.

Lameth puesto en buen estado de defensa y cubriendo una altura que domina la pantanosa llanura cruzada por el canal de Boo, otro fuerte, el llamado del Gromo, y en la parte opuesta del gran canal de Hano y la ría de Marrón, que afluyen al puerto, el castillo conocido por El Puntal que cubre la entrada al mismo con las baterías también del monte á cuyo pie se halla la población de Santoña.

En el estado en que se hallaban las operaciones de la guerra en nuestras provincias del Norte y combatiendo los ejércitos aliados en Navarra, San Sebastián y San Marcial, no era fácil que los sitiadores de Santoña progresaran rápidamente en su obra de conquista de esta plaza, y sólo cuando, adelantando Lord Wellington en su invasión de Francia, creyó poder prescindir de la cooperación de los españoles y los obligó á retroceder á la frontera, dispuso el general Freire que otra parte del 4.° ejército, á las órdenes del brigadier D. Diego del Barco, se dirigiese á Santoña para emprender trabajos que apresurasen su rendición. El brigadier Barco, los empezó con la toma del Puntal que, según pudo observar en sus reconocimientos, se ocupaban los franceses en fortificar más y más comprendiendo su importancia para la libre entrada y salida de sus embarcaciones y su surtidero en la boca del puerto. Y la noche del 12 al 13 de febrero de 1814, los cazadores del regimiento de Monterrey, al mando del capitán D. Antonio Nicolao, asaltaban aquel fuerte, cuyo presidio, acogido en la caseta que le servía de cuerpo de guardia, hicieron prisionero. (1)

---

(1) El parte oficial mencionaba á propósito de aquella es-

La posición del Puntal era insostenible estando bajo el fuego de la numerosa artillería de la plaza y la acción de las fuerzas sutiles á un lado y otro de la entrada del puerto, así es que fué abandonada el día 14, aunque sin más bajas importantes que la de un oficial del regimiento Voluntarios de León que había relevado al de Monterrey después del asalto, y la del capitán inglés Well, contuso y que al día siguiente continuaba dirigiendo las operaciones del sitio. Tocaba á los fuertes del Brusco y de Laredo, situados en los dos extremos de la línea del bloqueo, el ser embestidos y ocupados por los sitiadores; y mientras el brigadier Barco se dirigió á Laredo, envió á su segundo, el coronel don Juan José S. Llorente, á atacar el Brusco esperando así cortar á Santoña toda comunicación por tierra y mar. El día 21 del mismo febrero y á las nueve de la noche los regimientos de Toledo y Voluntarios de León con los Tiradores de Bureva y los granaderos de Monterrey, atacaron, con efecto, y ganaron el pueblo de Laredo y el primer recinto del fuerte de Laredo, cogiendo, además, á los defensores algunos prisioneros y una pieza de á 24. La herida, sin embargo, que sufrió el brigadier Barco que iba á la cabeza de los asaltantes, tan grave que poco después le produje la muerte, universalmente sentida entre sus tropas, paralizó la acción del ataque que se suspendió para reanudarlo al día si-

calada el hecho siguiente: «Para esta operación (el asalto de la casa), contribuyó en gran manera la intrepidez del cazador de Monterey Torquato San Mamed, que viendo á los enemigos encerrados en la casa, se subió al tejado, y destechándolo con la hacha que llevaba al asalto, se dexó caer por el corto trecho que abrió encima de los enemigos, de los que sufrió varias contusiones, y matando con el hacha á uno, salió con tres prisioneros después de abierta la puerta.»

guiente por camino más eficaz y menos sangriento. El coronel S. Llorente, entretanto, se había apoderado de las obras exteriores del Brusco con los tiradores de Cantabria y después atacó el cuerpo principal de la posición, al que se hizo necesario embestir procurando abrir brechas en sus muros minándolos. Pero los defensores de uno y otro, el Brusco y el Gromo, favorecidos por salidas que el general Lameth hizo verificar á fuerzas numerosas que avanzaron hacia aquellos fuertes desde la plaza, lograron burlar la acción, ya inmediata, de nuestras tropas precipitándose al arenal de la costa para refugiarse en la plaza. No así los del fuerte de Laredo que atacó el coronel S. Llorente, quien, reemplazando al brigadier Barco y acompañado del inglés Wells, emprendió el avance á la contraescarpa por una trinchera que fué cubriendo á la infantería, cuyo fuego impuso de tal modo á la guarnición del fuerte, compuesta en su totalidad de italianos, que obligó á su gobernador á capitular.

Capitulación rechazada.

Con eso, el general Lameth, y con las noticias que recibía de la marcha de los aliados en Francia y su victoria de Toulouse, propuso una capitulación que le permitiera retirarse á su país sin tener que rendir las armas; pero negada terminantemente por Lord Wellington, á quien se consultó, se mantuvo aún en Santoña los pocos días que ya faltaban para que se proclamase la paz general; obteniendo así la misma honrosa suerte que Barcelona, Tortosa, Peñíscola, Sagunto, Hostalrich y Figueras habían alcanzado en Cataluña y la costa de Levante.

La paz general.

Tocaba, con efecto, á su fin la guerra general en Europa y con ella, la de la Independencia Española.

Si la abdicación del Emperador Napoleón en Fontainebleau, había puesto término á las operaciones que los aliados del Norte ejecutaran ya en las márgenes del Sena y eran dueños ya de la capital de Francia, en España podían darse por concluídas desde que, puesto en libertad Fernando VII, era de suponer no volvería la Península á ser teatro de la encarnizadísima lucha que la había asolado durante seis años. Por más que en las provincias meridionales del Imperio francés se disputara, mejor que el éxito de la guerra, el honor de las armas en los ejércitos beligerantes, la suerte estaba ya decidida y aun en los vaivenes que producía el incomparable talento de Napoleón, bien podía descubrirse el fin, ya próximo, de carrera tan prodigiosa de triunfos, de engrandecimientos y de glorias desconocidos desde tiempos que, por lo remotos, podían tenerse casi por fabulosos. La paz, repetimos, venía á pasos de gigante á tranquilizar al mundo cansado de tantos estragos; y tan completa se creyó y tan sólida que se establecieron sus fundamentos sobre la base misma en que descansaba al romper la revolución francesa el equilibrio general de Europa en 1792. Decía respecto á España el tratado celebrado en París el 30 de mayo de 1814. EN EL NOMBRE DE LA SANTÍSIMA É INDIVISIBLE TRINIDAD: «Por el lado de los Pirineos las fronteras quedan en los mismos términos que estaban entre los dos reinos de Francia y de España el 1.° de enero de 1792; pero se nombrará una comisión de parte de las dos coronas para fijar la demarcación final.»

Los ejércitos beligerantes recibieron, al decidirse la paz, los destinos que son de suponer según sus respectivas nacionalidades. Lord Wellington que, después

de los convenios celebrados con Soult y Suchet, se había trasladado á París con el nombramiento de Embajador de la Gran Bretaña cerca del nuevo gobierno de Francia, dió al volver á Toulouse el 15 de mayo, un *Memorandum* en que dispuso el regreso de todas las tropas aliadas de su mando á sus países respectivos. La mayor parte de las inglesas se dirigirían con su material á Burdeos para allí embarcarse, excepto la caballería que fué por tierra hasta puertos del Canal de la Mancha, de donde pasarían á la costa opuesta del Reino-Unido. Las portuguesas y su impedimenta de material y mujeres bajarían á la costa entre Bayona y Pasajes, para por tierra dirigirse á su patria. Las españolas, las divisiones de Freire, de Anglona y Mina, cruzarían la frontera y desde ella se trasladarían á los puntos que les designara nuestro Gobierno.

Lord Wellington, una vez puestas en ejecución esas sus disposiciones, tomó el 17 de aquel mismo, el camino de Madrid, donde entraba el 24 por la tarde entre las tropas de la guarnición formadas desde la puerta de Alcalá hasta la plaza de Palacio, y entre los vivas y aclamaciones del pueblo. «Son inexplicables, decía la *Gaceta* del 26, las demostraciones de gratitud que recibió S. E. en toda la carrera hasta llegar á Palacio, donde tuvo la satisfacción de felicitar á S. M., quien le recibió con las más distinguidas muestras del amor y consideración debidos á quien tanto ha contribuído al restablecimiento del trono y á la independencia de la nación.» (1)

---

(1) Al día siguiente, 25, escribía el Lord á Stuart una carta entre cuyos párrafos aparecen los siguientes:

«La prisión de los *Liberales* es considerada por algunos, creo

Su estancia en Madrid fué corta, y la empleó en adquirir noticias sobre los hechos consumados al ocupar D. Fernando el trono, en aconsejar á los hombres políticos la conciliación para impedir nuevos disturbios que pudieran ocasionar la guerra civil en el país, y al Rey la alianza con Inglaterra, pintándosela como la prenda más segura para su felicidad y la de la nación española.

Todavía se consideraba general en jefe de los ejércitos españoles y sólo en Burdeos ponía el 13 de junio á los pies del Rey su dimisión del mando, recomendándole sus subordinados en este último párrafo de su despacho: «No puedo terminar, con todo, sin recomendar á las bondades y á las gracias de vuestra Majestad los generales, oficiales y soldados de su ejército. Aunque extranjero, he recibido siempre de los primeros toda la cooperación que estaba en su poder proporcionarme; y me consideraré siempre feliz de darles el tes-

---

yo que con justicia, como innecesaria y es por cierto altamente impolítica; pero ha gustado en general al pueblo. Desde el gran acto de vigor que ha colocado á Fernando en el trono, desencadenado por una constitución, nada bueno se ha hecho ni para la formación de un nuevo sistema, ni con otro propósito, y, por lo que puedo juzgar, no se piensa en hacer nada. Sin embargo, yo llegué ayer y no he tenido tiempo para saber mucho. Aquellos con quienes he hablado que pretenden saber, dicen que Su Majestad quiere cumplir lo prometido en el decreto de 4 de mayo y dar una constitución liberal (free) á España. Yo apremio y continuaré apremiando por esa medida como muy esencial para el crédito de Su Majestad. He formado una opinión favorable del Rey por lo que he visto en él, pero no así de sus ministros. He llenado mi objeto viniendo aquí; eso es; creo que no habrá guerra civil por lo presente, y me propongo salir de vuelta hacia el 5 de junio.»

Y efectivamente, después de dirigir al Rey un *Memorandum* recomendándole una alianza estrecha con la Gran Bretaña, abandonó nuestra corte, llegando el 10 á Burdeos y el 23 á Londres.

timonio mío á las virtudes militares de los soldados españoles.»

Restituída, pues, la antigua normalidad en nuestros ejércitos, y establecidos en los puntos de la Península, designados inmediatamente por el restaurado gobierno de Fernando VII, pudo darse por terminada la Guerra de la Independencia española.

---

# EPÍLOGO

## I

Nuestra guerra de 1808 á 1814 contra el emperador Napoleón exige, para ser descrita cual por su importancia merece, más de los catorce volúmenes que cuenta la presente historia, labor ésta, sin embargo, de 42 años y de prolijas y severas investigaciones. Apenas si bastarían treinta tómos de bien nutrida lectura si hubiera de abrazar en su narración la de todos los variadísimos sucesos que tuvieron lugar en nuestro suelo durante la época más accidentada del ingente poderío cuyo fundador tuvo suspensa y hasta temblorosa á la Europa entera.

De no hacerse así; ¡qué de peripecias en lucha tan larga relegadas al olvido! ¡cuántos rasgos de patriotismo anublados en el inmenso piélago de sangre por los rojos vapores con que cubrió por siete años la Península toda! Los frutos del valor y de la experiencia se verían también obscurecidos por la fortuna en sus cambios, tan frecuentes entonces, sin la explicación detenida de las causas que los produjeron, sin el *por qué*, próximo ó remoto, político ó militar, que los hiciera estériles ó fecundos. Que es muy difícil, si no imposi-

ble, hallar en la Historia un período como el de nuestra guerra de la Independencia, en que el esfuerzo y el talento se hayan estrellado en obstáculos desconocidos antes, al menos en los tiempos modernos, y que se hicieran insuperables hasta para el único hombre que la opinión consideraba capaz de vencer cuantos pudieran oponérsele.

Pero el siquiera intentar esa tarea sería como desconocer la manera de ser de nuestros contemporáneos, la de los españoles sobre todo, que, como meridionales, si inclinados siempre á la vida activa, al tráfago y á las aventuras de la guerra, se resisten á su representación gráfica y más todavía á su observación y estudio. Hay, pues, que someterse á buscar en la concisión y el laconismo, en la brevedad posible para trabajos que parecen negarse á ella, el modo de, sin descuidar lo esencial en toda narración histórica, esto es, el fondo, el recuerdo de los hechos que deben constituírla, sus motivos y consecuencias, excitarlo en la mente del lector y facilitar su inteligencia y su conservación en la memoria. A eso han de ayudar las observaciones, los ejemplos y los comentarios á que provoque tal relato, con lo que puede conseguirse, en cuanto cabe, el objeto y fin para que se escribe y se estudia la Historia.

Y eso hemos procurado alcanzar en la de la Guerra de la Independencia que hoy acabamos de ofrecer á nuestros compañeros de armas y á los patriotas españoles en este escrito.

Si no hemos expuesto todo lo detenidamente que algunos pudieran desear los rasgos políticos que acompañaron á las operaciones variadísimas de la lucha,

como acabamos de decir, tan larga y encarnizada, es, en primer lugar, porque muy poco influyó la política en ella, si no fué para debilitar á veces su acción por la discordia que, en algunas, provocó sobre quienes debían dirigirla, y porque, ejercitada esa acción por tropas de distintas naciones, aliadas, es verdad, y en un mismo teatro, tenían todas que mantenerse principalmente sometidas á sus respectivos gobiernos, atentos, sobre todo y sin otro género de consideraciones, á los efectos y consecuencias de la guerra. La política en esos gobiernos no era la parcial de cada una de ellos; era más general; consistía en la única aspiración en los enemigos de Napoleón, la misma en los del Norte que en los del Mediodía de Francia, la de derribar al coloso que tantas veces los había sometido á su aborrecida dominación. Ni la Gran Bretaña ni Portugal dieron á nuestras instituciones políticas la importancia que los legisladores de Cádiz y sus partidarios han querido suponer: si, á veces, se entrometieron en la gestión de las Cortes y de la Regencia, fué por considerarse sus gobiernos ó sus generales heridos; aquéllos, en su dignidad, y los últimos en el juicio de su conducta militar, ó, en fin, por lo que pudiera afectar á la disciplina y los servicios del ejército. La obra constitucional de nuestro Estado, privativa de las Cortes desde que las juntas provinciales, primero, y la Central, después, las cedieron su lugar para establecer las bases de una nueva sociedad en lo político y administrativo, distinta de la que se consideraba caduca y estéril desde la proclamación de los principios que la Revolución implantara en Francia, no quitó á la acción española el carácter, más militar que

político, inspirado por la artera conducta de Napoleón y por los actos de fuerza á que se entregaron sus hasta entonces invencibles legiones. ¿Quién las humilló en sus primeros pasos?: ¿á quién se debió aquel triunfo, tan brillante como inesperado, que reveló á los enemigos del Gigante que no sería imposible derribarlo y vengar en sus despedazados miembros los ultrajes recibidos, la sangre vertida en holocausto á su independencia, á su dignidad y á su existencia? Al ejército español, á quien todas las clases, desde las más elevadas hasta las más humildes, encomendaron esa venganza provocada el Dos de Mayo con la sangre generosa de los madrileños.

Desde ese momento; desde la jornada, para siempre memorable, de Bailén, la Independencia de España se encomienda, no á la política, no á la diplomacia, elementos que no la hubieran sacado á salvo en tal conflagración como la en que se sentía el mundo sumido, sino que se entrega á las armas, se pone en manos de la fuerza, ensayada allí con éxito tan grandioso que aún resuena, salvador á la par que tremebundo, en los congresos de las naciones más poderosas. Despertaron éstas del cobarde letargo en que las tenía postradas el tirano; y la única no sometida aún, salvada por su posición, no por otra causa, buscó en nuestra alianza la victoria que, con ella, le predijo el más ilustre de sus estadistas, uniendo sus armas á las españolas y también á las de Portugal, amenazado de la misma suerte que nuestra patria, su hermana en la Península.

Desde entonces, pues, y con los triunfos de Bailén y Vimieiro, las armas de las tres naciones, España,

Portugal é Inglaterra, se unen para una acción que hacen comun sus respectivos intereses, y acaban por confundirse haciendo unos sus esfuerzos y una su gloria. La historia, por consiguiente, sino la única, la principal, la que ha de reasumir los motivos, la marcha y el resultado de la guerra de nuestra Independencia de 1808 á 1814, se hace naturalmente militar; acabando la política por ser así como complementaria de aquella en que descansa la importancia adquirida por España en las cuestiones internacionales.

«Cette malheureuse guerre m' a perdu..... cette combinaison m' a perdu. Toutes les circunstances de mes désastres viennent se rattacher á ce nœud fatal», decía en Santa Helena Napoleón, cuando sus errores y su desgracia no tenían remedio. Y si sus errorès fueron, respecto á España, políticos, su desgracia fué general, pues que no dió importancia á la combinación militar que se operaba en la Península, si es que no acabó por temerla, dada su índole, á que tan refractario debía ser quien con una sola victoria sometía los más fuertes imperios. No fueron, no, los que decía Quintana á Lord Holland, *habían sido los más ardientes defensores de la Independencia europea contra los atentados de Napoleón; los que mantuvieron entero y vivo el ardor de la resistencia nacional; los que, en fin, entregaron á su rey un trono exento de peligros y afianzado en la gratitud y alianza de las naciones*. No; fuera de Cádiz había un pueblo inconmovible en sus ideas de lealtad, características de la nacionalidad española, y un ejército que, aun previendo su derrota y abominando quizás, y en muchas partes sin quizás, de las doctrinas y de los discursos de los que se llamaban sus

regeneradores, iban á batirse con los ***invencibles*** como si contaran con su número de ellos, con sus tormentos y la dirección, sobre todo, de otro Napoleón y sus expertos mariscales.

De ésos; de ésos fué el triunfo por su valor, por su constancia, y su lealtad incontrarrestable como los de todo pueblo que no quiere ser sometido. «¿Por qué Napoleón, hemos dicho, no examinó las guerras anteriores de nuestro país y hubiera observado, así en los tiempos antiguos como en los modernos, una diferencia notable de las demás nacionalidades del globo y que debió reconocer como característica y congénita con el pueblo español? ¿Por qué no presintió aquellos terribles miqueletes, dignos sucesores de los almogábares, que habían sido la desesperación de Noáilles y de Vendome á principios del siglo pasado y de Dagobert en la guerra de la República?»

Y es que, faltando al espíritu de la filosofía de la historia él que tanto la había estudiado desde su juventud, no pensó en aplicar lo pasado á lo presente y á lo futuro, *como si la vida del género humano,* según dice Cantú, *fuese un trabajo con lagunas é interrupciones.* Napoleón había creado un mundo nuevo en su derredor: si todo era en él extraordinario, talentos, habilidad y pericia en lo militar, en lo diplomático y en lo político, lo viejo debería ceder á lo nuevo, y los que para las grandes naciones antiguas y sus renombrados capitanes habrían de ser obstáculos insuperables, abriríanle paso ó se allanarían ante su genio soberano y sus irresistibles fuerzas. Se empeñó en romper la armonía entre los tiempos y desechó la manera de ser y los procedimientos, más limitados de lo que creía, impues-

tos por Dios á la humanidad al sacarla del barro con que la había creado. Ese orgullo verdaderamente satánico, habría de perderle como había perdido á los que dieron nombre á pasión tan temeraria y fea.

Y organizó la invasión de la Península contra todas las reglas establecidas por el arte y confirmadas por la Historia. El arte le recomendaría marchar despacio en la conquista de un territorio tan vasto, cortado por tantos y diversos *accidentes* topográficos, habitado por una raza de hombres tenidos por valerosos y por amantes de sus inveteradas costumbres; y la Historia le enseñaría á superar tales obstáculos con el ejemplo de los repúblicos más eminentes de la antigüedad y los capitanes más afortunados. Los romanos le podían suministrar el más elocuente al par que útil. Jamás emprendieron una conquista sin antes proporcionarse punto de apoyo, así bajo el aspecto material como del de las inteligencias en el país que se proponían invadir. Así lo hicieron en España, valiéndose de las que les procuró la conducta de los cartagineses que explotaban el país con su acostumbrada rapacidad, y siguiendo en sus operaciones militares una máxima que luego sirvió á un duque de Saboya para decir que *el Milanesado era una alcachofa que debía comerse hoja por hoja*. Ya hay sabio francés que al recordar esa frase, á muchos países aplicable, ha dicho que *España era un pastel que convendría comer á rebanadas*; con lo cual ha querido significar que por eso, y por observaciones fundadas en el estudio de nuestra Historia y de la geografía de nuestra patria, la primera parte de su conquista debía limitarse á la del valle del Ebro en su margen izquierda. Así, con efecto, co-

menzaron los romanos su obra de ocupación de la Península que no acabarían hasta 200 años después de haberla comprendido.

Las fuerzas, sin embargo, del imperio Napoleónico eran tales, por el genio, sobre todo, de su fundador, que deberían los reveses de sus enemigos alternar con sus triunfos, dejando muchas veces en equilibrio la balanza de sus destinos. Y de ahí la duración también de una guerra que no sólo Napoleón sino hasta sus mismos adversarios creían tan rápida como el rayo que la produjera.

El incendio comenzó en Madrid, provocado por esa superioridad de fuerzas en que se apoyaron artes que, vergonzosas y todo, se supusieron necesarias para evitar el escándalo que las armas con su estruendo podrían producir en todas las naciones, y la ira y el deseo de venganza en la española. El traidor era Napoleón, y el paladín, su inconsciente instrumento, Murat que, ignorando los propósitos de su hermano y amo, llevaba, así como escondidas, las armas con que en último término pensaba aquel apoyar su traición. No las usaría si nuestros soberanos se sometieran á sus caprichosas pretensiones y el pueblo español se resignara á obedecer sin protesta sus mandatos soportando la pesada cadena que se proponían imponerle; pero, de resistirla, de intentar siquiera sacudirla los tormentos que mandaba por delante, los cañones, los fusiles y los sables, se encargarían de remachar los clavos preparados también para sujetarla al cuello de sus sorprendidas víctimas. Y, con efecto, Murat, ignorante, repetimos, del para él, y para todos como él, secreto y hasta inconcebible pensamiento del César, y, en to-

do caso, creyendo que, cualquiera que fuese el resultado, sería favorable para quien ya aspiraba á un trono, y ninguno le parecía más glorioso que el de España, no sólo venía dispuesto á echar mano de esas armas, de uso tan frecuente en él, sino que á buscar ocasión en que volverlas á ejercitar con la dureza que su ambición hiciera necesaria. De ahí el odio, los primeros días, á Godoy, de quien antes se había mostrado amigo, y, en los sucesivos de su viaje y entrada en Madrid, el que manifestó pública y descaradamente á Don Fernando al tiempo de la abdicación de su padre en Aranjuez. Pero al ver la recepción hecha al nuevo soberano y al, intentando deslucirla, observar la actitud de los madrileños, contra ellos también se revolvió y se propuso escarmentarla rudamente, á lo que le animarían las sospechas que las misteriosas y desconsoladoras misivas de su omnipotente cuñado le iban inspirando sobre la esperada satisfacción de sus ambiciones. Por eso el Dos de Mayo constituye una de las más tristes páginas de nuestra historia patria; mas, por eso mismo, resultó tan glorioso y fué principio y base del generoso alzamiento que llevó á España á recobrar la importancia que antes tenía en el mundo militar y político.

Hánosla arrebatado nuestra eterna enemiga, la discordia, la que desde las edades más remotas cruelmente nos persigue hasta haber convertido el suelo pátrio en arena, sin cesar ensangrentada por sus hijos. Mientras presida esa fatídica deidad á las manifestaciones de nuestro carácter nacional, y es difícil evitarlo, el país seguirá despedazándose y sólo en algún intervalo en que se presente á combatirla genio

superior que alcance á imponerse á sus adoradores, tantos en número, logrará España reponer las fuerzas que ha perdido desde la desaparición de esos hombres providenciales de la escena del mundo.

¡Un hombre! Un hombre y un solo hombre ha bastado en las más críticas circunstancias de los pueblos y en las más solemnes ocasiones de su existencia para devolverles el equilibrio de sus fuerzas y esperar unidos y bajo una misma enseña su regeneración y el toque de *marcha* á su engrandecimiento.

Esa discordia que se había mantenido latente en los reinados anteriores al de Carlos IV, apareció de nuevo cautelosa, traidora, en el Palacio real, para luego y con caracteres ya generales, para nadie ocultos, mostrarse en Madrid y las provincias. La conducta de la Corte, opuesta á sus mismos intereses, halagadora al parecer para las ambiciones bastardas que en mal hora habían nacido en el ámbito de la regia morada y germinado al calor de una pasión vergonzosa y realmente suicida, no podía permanecer oculta por mucho tiempo; y la causa del Escorial la puso de manifiesto en todas partes, en España y fuera de ella. Formáronse los partidos que no dejarían de combatirse hasta la destrucción de ambos por la omnipotente fuerza á que apelaron y ¡qué ciegos debían ser los que no vieran desde el primer momento que esa fuerza tendía á, engañándolos, absorver la rica herencia que irían á dejar la perturbación y desquiciamiento que ellos en su encarnizada pugna produjeron!

¡Espectáculo tan vergonzoso como triste el ofrecido al mundo civilizado en Bayona, el de una familia augusta puesta á los pies y pidiendo gracia de quien no

atesoraba otra virtud que la de la guerra, y ésa, practicada en favor tan sólo de sus hidrópicas ambiciones! Así privó á España de sus soberanos; y si no logró arrebatarla su independencia fué porque pusieron freno á su soberbia y á la pujanza de sus legiones el valor, la constancia y el patriotismo de los españoles. Eso que lo que más parece haberse propuesto Napoleón al poner en juego su astucia y sus prestigios fué el no usar de la fuerza sino en un caso extremo, y así lo revelan sus instrucciones á Murat y sus tardías declaraciones en Santa Elena. Pero la gallardía de los madrileños puesta en juego para inutilizar esas artes, y el contagio comunicado á sus belicosos compatriotas de la Península desenmascararon al detentador, y no le quedó á éste más recurso para obtener el resultado á que aspiraba que el empleo de las armas, en que era maestro y se creía incontrarrestable. Los inermes, sin embargo, los á quienes se consideraba sumidos en la abyección más humillante, los privados de todo medio de resistencia y abandonados de todas las naciones, vencieron á los invencibles, justificando las preocupaciones que habían inspirado al nunca vencido sus preferencias de entonces al disimulo y al engaño. Y si vió justificados sus recelos con el alzamiento general verificado tan inesperadamente en todos los ámbitos de la Monarquía española, no tardó, además, en sentir el fracaso de aquellos sus prestigios militares en los para siempre memorables campos de Bailén y ante los muros de Valencia.

Todo el aparato de conquista celebrado en Madrid con la presencia del nuevo soberano, llamado al trono de España por la iniciativa de Napoleón, secundada

por la Asamblea de Bayona y confirmada, en su concepto con la fácil victoria de Rioseco, que en su fantástico estilo comparaba con la de Villaviciosa que aseguró la corona en las sienes del francés Felipe V; todo ese aparato y cuantas esperanzas fundaban sus compatriotas y partidarios de establecer un gobierno sólido y tranquilo en la Península, vinieron á tierra y se desvanecieron con sola la noticia del desastre de las armas imperiales en las orillas del Guadalquivir y del Turia. Hasta en las del Ebro hubieron de sentirse los efectos de victorias tan esplendorosas de los españoles, pues que obligaron á los franceses á levantar el sitio de Zaragoza, después, empero, de haber sufrido la derrota del 4 de agosto cuando ya se creían dueños de la ciudad que había de ser desde entonces ejemplo perdurable de valentía y abnegación patrióticas.

## II

Entonces puede decirse que comenzó la guerra, en todos conceptos clásica, de España con el Imperio napoleónico; clásica en cuanto éste empleó para emprender el nuevo período á que le obligaba tan vergonzoso fracaso, como el sufrido por las armas, sobradas, en concepto de su jefe, para la tarea política que se había forjado, y clásica en cuanto que España recurrió para resistirlo á su antiguo sistema militar, el de combinar la defensa regular de sus ejércitos con la popular que tan brillantes resultados la había proporcionado en las circunstancias más críticas para su independencia.

Napoleón se presentó en la orilla izquierda del Ebro á la cabeza del *Grande Ejército* que acababa de deshacer dos monarquías y obligado á la tercera de las grandes potencias continentales á, sufriendo también la ley del vencido, reconocer en Tilsit y Erfürt los despojos que aquellos habían dejado á su vencedor en Austerlitz, Jena, Eilau y Friedland. Era al penetrar en España como un alud que parecía venir á envolverla en fuego y sangre, asolador, irresistible. Una vez allí, *remontada la máquina* como él dijo, había abierto en abanico sus innumerables fuerzas para, atropellando por todo, recobrar en una sola y grande jornada cuanto había perdido su inepto hermano en la anterior, tan desastrosa como inesperada. Y Espinosa en su derecha, Tudela en su izquierda, como Gamonal en el centro, vieron en el estrago de sus defensores que si Austria, Prusia y Rusia, con tan grandes y bien organizados ejércitos como los con que contaban, no habían logrado resistir al genio extraordinario del que regía á los de Francia, menos podría España, con los medio inermes suyos, conseguirlo. Nada podía contener la marcha arrebatada de Napoleón que, venciendo Somosierra, se presentaba á las puertas de Madrid, cuyas débiles defensas mal podían proteger á los que, aún así, se propusieron temerariamente resistir los esfuerzos de ejército tan numeroso y aguerrido. La capital de España corrió la suerte de Viena y Berlín, de Milán, Roma y Nápoles aunque sin iguales consecuencias; porque Madrid no representa la misma importancia que aquéllas, no siendo centro militar aunque sí geográfico, sino político y administrativo de la monarquía; y eso para tiempos en que no se conocían el

telégrafo eléctrico, los ferrocarriles y tantos otros medios de comunicación hoy en uso. El carácter, por otra parte, de nuestros compatriotas y el de la constitución física del territorio ibérico, cuyo fraccionamiento fué causa por siglos y siglos del político que tanto ha perjudicado á la unidad nacional, base de toda fuerza en cualquiera república, han producido el funesto apartamiento entre sí de las provincias, asiento de los antiguos reinos establecidos al compás de la reconquista cristiana, no pocas veces reñidos unos con otros, encastillados todos en las diferentes regiones naturales de la Península. Con eso, Madrid, más que centro atractivo de las fuerzas generales de toda clase, objeto de rivalidad de otras poblaciones tanto ó más importantes por su población y riquezas como Barcelona, Zaragoza, Valencia y Sevilla, influye poco ó nada en las resoluciones y, con eso, en los destinos de España. «Cuando esa ocupación, dice Carrión-Nisas, os coloca en una posición militar mala, llega á ser una falta y un peligro, sin género alguno de compensacion; esa falta y ese peligro han durado para nosotros todo el curso de aquella desgraciada guerra: tanto era lo que Madrid nos impedía adelantar por retenerlo; tanto era lo que nos hacía avanzar, no menos mal á propósito, por volver á recobrar su insignificante posesión».

Pero si Napoleón no, si ha de calcularse por su conducta respecto á las demás capitales por él conquistadas, á José parecía interesarle la ocupación de Madrid, bien por que su posición central se le hiciese preferible por la influencia moral que pudiera ejercer en el ánimo de sus nuevos súbditos, bien por las delicias que cupiera le ofreciesen la parte de la antigua corte adhe-

rida á él, los palacios y puntos de recreo que abundan en la Villa Imperial y sus inmediaciones.

Napoleón no había visto una lección en el fracaso anterior; y continuó en el error que había cometido al hacer que sus tropas invadiesen la Península, extendiendo su acción á Portugal, donde había sufrido el escarmiento de Vimieiro, y á Valencia y Andalucía donde los de Quarte y Bailén. ¿Es que creía que el sólo espectáculo de sus batallones impondría á los españoles la sumisión absoluta á sus mandatos y la conformidad con sus ambiciosos proyectos? El desconocimiento del carácter español le hizo cometer el error de su bastarda política en Bayona, y su orgullo el de insistir en su primer plan de campaña. El que, después del error de Eylau, había sabido conquistarse entre los hielos del Vístula el dictado de *Fabio Cunctator* con la reflexión y la prudencia suyas, recompensadas inmediatamente con la tan decisiva victoria de Friedland y el glorioso tratado de Tilsit, volvió á desvanecerse en Erfürt y, pensando en España, creyó fácil un golpe capaz de anonadarla que, como hemos indicado antes, no podían aconsejarle ni el arte, de que era maestro, ni los ejemplos de eterna enseñanza que le ofrecía la Historia. Extendió, pues, las alas de su inmenso ejército tan inconsideradamente como lo había hecho antes aunque bajo la dirección de su incapaz hermano, de un Murat, disgustado con el fracaso de su ambición más halagüeña, y de un Savary sin talentos ni prestigios para tamaña empresa. Es verdad que le hizo extraviarse de sus propósitos la vista del ejército de John Moore, del aborrecido ejército inglés, cuyo alcance colmaría su constante anhelo de espan-

tar una vez para siempre aquel eterno fantasma que le perseguía desde Egipto sin conseguir volver á vapulearlo más rudamente aún que en Aboukir. Pero ¡oh decretos de la Providencia!, presentóse en la palestra que su ambición mantenía siempre abierta, un enemigo, no nuevo ciertamente, pero sí incansable, el Austria, que habría de detenerle en el arrebatado avance que no lograban contener las ventiscas de Guadarrama ni las inundaciones del Duero, y hubo de abandonar el teatro de la guerra de España, al que no volvería nunca á pesar de que sus mejores generales reclamasen la presencia del único que, nuevo Hércules, cortara con uno de sus tremendos tajos las cabezas todas de la Hidra que las asomaba por todos los ámbitos de la Península.

Pero es el caso que, con efecto, la hidra española tenía tantas cabezas como regiones y aun provincias contaba la vasta monarquía en que, esparcido el letal veneno del mónstruo, más real pudiéramos decir que mitológico en este nuestro país, siempre dividido en sus ideales como en los *accidentes* de su escabroso territorio, producía tantos estragos que todavía no ha permitido la constitución de unidad tan perfecta como es necesaria. ¡Cortar esas cabezas y todas de un tajo! Ni era fácil al mismo Hércules napoleónico, ni pudo adoptar las pujantes iniciativas que exigía una empresa que superaría al célebre *trabajo* que se nos pinta como ejecutado por el héroe griego.

Un historiador traspirenáico, M. Guillon, acaba de publicar una obra, si compendiosa, que comprende toda la filosofía de aquella guerra, tan desacertamente conducida, en su sentir, como injustamente provo-

cada. M. Guillon supone que el Emperador debiera, en consideración á la topografía de la Península, al carácter de sus habitantes y á la historia de nuestras guerras, haber variado el sistema militar suyo, aun habiéndole producido hasta entonces triunfos tan gloriosos y la supremacía de Francia en los destinos de Europa. Y fundado en esas ideas y adaptando á ellas los principios de una guerra verdaderamente excepcional, establece método y procedimientos diferentes también según va ahora á verse.

«Guerra, dice, fragmentaria, de dispersiones y fraccionamientos producidos por el terreno mismo, nos redujo á operaciones de cuerpos de ejército; menos que eso y con frecuencia, á maniobras de destacamentos. En esa guerra que duró cinco años (no; fueron siete) cada año no se señaló por una campaña tan sólo. Puede decirse que en el curso de un año hubo tantas campañas como regiones.»

«Por otra parte, añade, según lo ha escrito Napoleón, el arte de la guerra es el arte de dispersarse, para vivir, y de reunirse para pelear. Para dispersarse y vivir son necesarios caminos, poblaciones ricas, campos abundantes de provisiones. De todo eso se encontraba en Alemania. En España, nada de caminos; frecuentemente uno solo por el que era preciso á la vez marchar y vivir. A derecha é izquierda, nada más que campos pobres ó desiertos. En fin, las montañas que obligaban á dispersarse eran un obstáculo para la concentración.»

«Así se comprende por qué el Emperador se disgustó tan pronto de España. No hallaba en ella su ordinario tablero.»

Tales premisas dan á M. Guillon la idea de negar eficacia á un plan de guerra como el seguido por los franceses en España, ineficaz de todo punto para obtener el resultado que, después de todo, ambicionaba su Emperador, más impaciente por lograrlo que lo que pudieran aconsejarle el fracaso anterior y un estudio más detenido de la árdua empresa en que se había empeñado.

Es un error creer y decir que no sorprendió á Napoleón la resolución de los españoles ni mucho menos lo costosa que habría de serle. Había dicho al obispo Pradt: «Si esa empresa hubiera de costarme 80.000 hombres, no la intentaría; pero no me costará 12.000. Es cosa de niños. Los españoles no saben lo que es un ejército francés. Creedme; esto acabará pronto (cela finira vite...)».

De ahí parte la enorme equivocación militar del Emperador; así como del desprecio que le inspiraba nuestro ejército en cuanto á su disciplina, en el sentido general de esta palabra, parten las operaciones de sus tropas, ni lo suficientes ni lo bien dirigidas que exigía el carácter de la guerra que iban á emprender. Que esa guerra sería popular y se extendería á todas las regiones de la Península debió dárselo á conocer el Dos de Mayo, y antes todavía los chispazos de Logroño, Burgos y Toledo, como días después la sublevación general y los mismos excesos que la acompañaron. No servirían, pues, para sofocarla los procedimientos que en otras partes le habían valido para *finir vite* los alzamientos en armas que con una ó dos batallas escarmentaba para mucho tiempo después. Su genio militar verdaderamente clásico; el de aquel

que había dado á su patria la hegemonía de Grecia; el de aquel otro que, al *llegar* y *ver* el campo de batalla, *vencía* con su sola presencia que representaba el talento, la pericia y la autoridad; el de los mayores capitanes del mundo antiguo, con las dotes, además, de la política que también les había caracterizado y la elocuencia que les distinguía, arrancada á ejercicios tan prácticos como filosóficos de las ciencias humanas; ese genio, repetimos, le hizo desdeñar todo otro procedimiento que no le diera á la vez un triunfo tan inmediato y decisivo cual tales condiciones le hacían ambicionar. Y él, que en un principio escribía que en la guerra que le hacían presumir los sucesos de mayo de 1808, era necesario *obrar con paciencia, con calma y con cálculos bien establecidos*, y asegurada su comunicación con Bayona, de que había hecho su base de operacione, *no ir á todas partes*, sino establecerse sólidamente en Madrid, que lo sería para las sucesivas, lanzaba, antes de tiempo á pesar de eso, cuatro ejércitos sobre Zaragoza, Valencia, Andalucía y León. No tenía fuerzas para todo eso, aunque su orgullo le hiciera creer que eran sobradas, y sucedió lo que debía acontecer, que no lograron dominar Zaragoza, que fueron rechazadas ejecutivamente en Valencia, que vencidas y aprisionadas en Andalucía, sólo obtuvieron el triunfo en Ríoseco, pero tan efímero que pocos días después desaparecían del haz de España, aquende el Ebro, cuantos franceses con su *emblemático* soberano habían poco antes cruzado aquel río.

¡Qué de dudas debieron entonces suscitarse en el ánimo de Napoleón sobre la conducta que debería emplear en tal circunstancia!

Pero la ira misma que en él produjeron tamañas derrotas, desconocidas é inesperadas en su imperio, le movieron á aquel inmenso alarde que las vengó, es verdad, pero sin el escarmiento que esperaba. Se ha publicado recientemente el tomo primero de una obra notable, debida al comandante de Estado Mayor del ejército francés M. de Balagny, y que lleva el título de «Campagne de L'Empereur Napoleón en Espagne», donde se pinta así el rapto de ira que produjo esa segunda invasión. «Fué, dice, para él (Napoleón) *un coup de foudre:* inmediatamente midió toda la extensión de la catástrofe; sus planes deshechos, su prestigio conmovido por la mancha impresa por primera vez en sus águilas siempre victoriosas, y la fama de invencibles de sus tropas perdida, le hicieron entregarse un instante á los transportes de la más violenta desesperación».

De ahí, aquella carta que Napoleón escribió á su hermano José, en que le decía: «La guerra podría terminarse con un solo golpe, con una maniobra hábilmente combinada, y para eso se hace necesario que yo vaya allá.....» Pero esa carta entraña en sus mismas frases la acusación más ruda de los procedimientos sucesivos posteriores á aquella campaña, puestos en uso por el emperador Napoleón para nuestra guerra de la Independencia, pues que ni consiguió su objeto de acabarla con solo un golpe ni volvió á ella, prueba inequívoca de que no la había comprendido, ó de que, comprendiéndola, consideró bochornosa su presencia para la gloria de sus armas y la suya propia.

Y no es que no fuera exacto y aplicable el concepto metafórico del general Kellermann; pero con el

desahogo que proporcionaron la persecución á John Moore, tan gloriosamente muerto, aunque no vencido á la vista de la Coruña, la azarosa punta dirigida por Soult al septentrión de Portugal, con cuya corona creyó poder cubrir su arrogante cabeza, y la nueva hazaña de los zaragozanos, vencibles pero indomables, surgió en todo el haz de España la idea de nuestra antigua fuerza, el levantamiento nacional, tan elocuentemente definido por el héroe de Marengo, acabado de citar. Comenzó, en efecto, á hacerse á la sombra de los ejércitos españoles, impotentes por su falta de disciplina y por la de genio militar en sus jefes, la guerra preferida de nuestros compatriotas, «la guerra, dice un distinguido escritor francés de aquel tiempo, de puestos, la guerra de *miqueletes*, así la llama, que detiene á los ejércitos y los obliga á múltiples destacamentos, la guerra en que las masas se deshacen maniobrando ante puñados de hombres, ante individualidades que se desvanecen ó se ocultan para reunirse después y aparecer con tanta facilidad como trabajo cuesta el hallarlas y perseguirlas.»

«El mejor uso, añade, que puede hacerse en tal caso de un ejército, es el de renunciar á las maniobras brillantes, conservarlo siempre dispuesto á operar y no hacerlo sino con muchísima precaución y probabilidades de éxito; pero hacer la guerra ante esas sombras de ejércitos, con pretensiones tácticas como ante ejércitos regulares, es un error que se paga caro; los núcleos sólo se conservan, las partidas se pasean ante vosotros; excitan por todas partes á la insurrección y os dejan en seguida á las manos con los campesinos, con los que se mezclan y confunden; así os halláis en

la alternativa, ó de destruir la población entera y devastar el país que debe abasteceros, ó dejar sin resultado vuestras maniobras después de haber perdido, con la fatiga de las marchas, vuestros más activos cazadores, con los tiros sueltos de fusil, vuestros más intrépidos granaderos, vuestros más diestros descubridores; y si persistís, no os queda al cabo de algunos meses más que un mal fondo de cuadros que no son propios sino para ser repartidos en las guarniciones, donde los males y la miseria, acaban por devorarlos.»

Aquella fué, con efecto, la época en que empezó en España á desarrollarse la *guerra de fuego*, así llamada de antiguo por su carácter y estragos. Salieron, como si fuera del centro de la tierra, seres que para nada habían figurado en los lugares mismos de donde ahora apercibidos malamente ó sin más armas que las enmohecidas ó arrinconadas de sus abuelos, las toscas é improvisadas y hasta los apeos de labranza, se lanzaban á los caminos á interceptar los correos y sorprender á los rezagados de las columnas francesas. Pero tan congénitas eran esa manera de vengar los atropellos de la soldadesca enemiga y la costumbre hecha histórica de defender nuestros pueblos su independencia, que no tardaron los enemigos en verse rodeados de una multitud ansiosa de en sus marchas, en sus campos y alojamientos destruirlos, sin reparar en medios por bárbaros que pareciesen. Los primeros que se echaron al campo, se declararon jefes de los que les sucedían en su patriótico alzamiento en armas; los grupos se hicieron partidas; éstas, batallones que acabaron por formar brigadas y al fin divisiones, partes componentes de los ejércitos regulares. El cura Merino, Palarea, Ju-

lián Sánchez y cien otros que hemos citado en esta historia, pero principalmente el Empecinado, Manso, Longa, Jáuregui, con Porlier, sobre todo, Eroles y Mina, confirmaron el concepto del autor anónimo de un «Arte general de la guerra», publicado el año 1809 en Valencia, y que en uno de sus aforismos decía:

Al grande y pequeño igualan
Los privilegios marciales,
Que el honor de la Milicia
A todos los hace grandes.

Abandonando muchos de ellos la esteva, sus ganados ó industrias para abrazar el fusil ó esgrimir la espada, supieron con su valor y la experiencia que iban adquiriendo elevarse entre sus compatriotas á los grados superiores de la Milicia y hasta alcanzar el respeto, si no el miedo, de sus enemigos. Y eso á tal punto, que escribía después á su padre el comandante D'Espinchal, destinado á un regimiento de Húsares que hacía la guerra en la Península: «Ya sabreis que no sólo para entrar en España, sino que también para viajar allí sin inquietud, no hay más recurso que el apoyo de fuertes destacamentos, los cuales son frecuentemente atacados por bandas de guerrillas que tanto atentan á la vida de los hombres como á sus bolsas.»

«Para eso, se espera á la reunión de varios carruajes destinados al transporte de equipajes militares, armas, dinero, etc., de oficiales sueltos y pequeños destacamentos reuniéndose á sus cuerpos para formar con ellos un convoy, al que se agregan fuerzas imponentes y á veces algún cañón, á fin de asegurar su tranquila circulación. Todas esas precauciones no contienen, sin embargo, el furor de los españoles, organizados en partidas y siempre al acecho de un momento

favorable para atacar los convoyes que no les parecen en estado de poder resistir. Así es que se necesita marchar continuamente alerta (sur le qui vive) y esperar verse á cada instante rodeados de *bandes de cannibales* que se entregan á los excesos más horribles cuando son los más fuertes.» Otro francés, el general Bigarré, ayudante de campo de José, confirma esa idea, diciendo en sus Memorias no ha mucho publicadas: «Debo, sin embargo, confesar que las guerrillas han hecho mucho más daño á las tropas francesas que los ejércitos regulares durante la guerra de España; puesto que está reconocido que no asesinaban menos de cien hombres por día. Así, en el espacio de cinco años (escribía respecto á 1812) han matado 180.000 franceses, sin ellas haber perdido más de 25.000, porque era raro que aquellas bandas indisciplinadas se batieran en campo abierto sin ser más de cinco contra uno.»

El Apéndice núm. 6 dará á conocer mejor de lo que aquí pudiéramos añadir el carácter de las guerrillas españolas.

Todavía dieron aquellas, por los franceses mal llamadas bandas de *brigantes, bandidos y asesinos,* otro resultado más grave, denunciado por Napoleón cuando ya era irreparable; el de haber dado consistencia al ejército inglés proporcionándole en nuestro suelo teatro y escuela. Sí; teatro como no podían desearlo mejor, pues que una guerra en el Mediodía de Europa, coincidiendo con la grandiosa que Napoleón sustentaba en el Norte, dividiría sus fuerzas; y escuela porque, concentrada la fuerza británica, exenta de los servicios militares que exigen la vigilancia sobre

el enemigo, la guarda de sus flancos, de sus puntos fuertes y depósitos, podía dedicarse absolutamente al ejercicio de las grandes operaciones sin los obstáculos que ellos ofrecen y sin las dificultades que experimentaban los franceses, obligados á superarlos y vencerlas. Así, mientras España tenía que sufrir el empuje de Napoleón y de José, después, y sus mariscales, Wellington juntaba nuevos ejércitos en Lisboa, organizaba las fuerzas que le proporcionaría la insurrección de Portugal, fundiéndolas con las suyas ó encargando de su mando á jefes y oficiales ingleses que mereciesen su confianza.

Esa principalmente fué la forma que dió el pueblo portugués á su insurrección. A diferencia de los españoles, refractarios á dejarse mandar por extranjeros, pendientes de la autoridad y de la voz de sus gobiernos y menos de los subalternos enviados por ellos, los portugueses, ó por haber visto muy luego libre de enemigos su territorio ó por espíritu más disciplinario que el de sus hermanos de la Península, prefirieron constituir ejército regular, siquier unido al de sus aliados de tiempo inmemorial y aun regido en todas sus partes por general, jefes y aun muchos oficiales extraños á su nacionalidad y raza. Los ingleses ganaron con eso en fuerza efectiva que no podía proporcionarle su metrópoli; obtuvieron una base de operaciones, inmejorable con el dominio absoluto de región tan privilegiada estratégicamente y con un abrigo en sus reveses que, bien preparado, les salvaría de una catástrofe decisiva para su causa.

Esa es la diferencia esencial entre la intervención de las tres potencias interesadas en la guerra de nues-

tra Península; España, como la más inmediatamente amenazada en su independencia y en la suerte de sus pueblos, en la vida, la libertad y los intereses de sus habitantes; Portugal, á cubierto de ejércitos para cuya destrucción necesitaba el enemigo común fuerzas muy superiores, dominaciones anteriores para bases seguras en sus maniobras sucesivas, largo tiempo y recursos extraordinarios; é Inglaterra, por fin, sin preocupación de ninguna clase respecto al solar patrio y libre en todos sus movimientos por la vasta periferia del hispano-portugués.

Pero ¡qué de inconvenientes, qué de desastres trajo esa triple intervención en lucha tan larga y disputada!

Porque el vaivén continuo que produjeron unas operaciones, según unos y otros ejércitos beligerantes; por vencer, en ocasiónes, por ser vencidos, en otras, ó reforzándose continuamente de lejos ó de cerca, formaba con su flujo y reflujo un piélago, siempre agitado por aquel oleaje humano, en que la sangre de la pelea, los excesos de la ira en los combatientes, la brutalidad de las pasiones en gentes de suyo incultas é influídas por el fuego de la licencia y de las concupiscencias que despierta la guerra hacen perezcan los pueblos y se consuman las generaciones. Y España vió cruzado su territorio por aquellas que, más que huestes de naciones civilizadas, dirigidas á en un combate en franca lid decidir de su suerte, parecían hordas de otra edad disputándose presa humana, botín copioso y albergue seguro y cómodo.

Los franceses, hallando una resistencia que no esperaban á las voluntades omnipotentes de su Empera-

dor, nunca vencido, no tardaron en extremar rigores ejercitados en tantos años como llevaban de luchar con pueblos que consideraban mucho más fuertes; y, queriendo imponerse por el temor, se propusieron castigar el arranque de los españoles al cometer en Madrid mismo, en Córdoba y Jaén, en Ríoseco y Cuenca, horrores que en vano han pretendido después negar sus autores ó desvirtuarlos por lo menos. Y más exasperados todavía al sentirse vencidos y rechazados; con el pretexto de la acción, nunca interrumpida, de las guerrillas y la resistencia opuesta por nuestras plazas, continuaron durante toda la guerra las exacciones ruinosas en los pueblos, las ejecuciones más bárbaras en los ciudadanos, los incendios, por fin, y los atropellos más injustos.

El ejército inglés no se descuidó tampoco en acreditar su composición orgánica, en cuanto á la tropa especialmente, ya que en su oficialidad, aunque no sin excepciones, hay que reconocer el espíritu militar y la delicadeza de carácter que la distinguen y la han distinguido siempre. Pero no hay más que leer los despachos de Lord Wellington para comprender qué clase de gentes mandaba, calificando sus delitos de *enormes* y su conducta de escandalosamente funesta para la disciplina del ejército y la suerte de los pueblos que estaban llamadas á proteger.

Los portugueses mezclados con las tropas inglesas ó formando cuerpos sometidos á la misma dirección general y mandados en su casi totalidad por jefes y oficiales también británicos, más que auxiliares al modo romano, parecían tropa de levas sometida á la tiránica opresión de sus mal llamados protectores de antiguo;

no soldados nobles y gallardos defendiendo su independencia nacional como sus antepasados lo hacían en Ourique y Aljubarrota. Así no es de extrañar que aparecieran contaminados por sus aliados en las demasías que éstos cometían con su rudeza y crueldad consuetudinarias en la guerra, é hicieron pesar sobre nuestros pueblos calamidades como las que el ejército inglés había hecho caer en ocasiones sobre los suyos. La retirada de Lord Wellington á Torres Vedras había costado al territorio portugués de Almeida á Lisboa su despoblación y ruina; y al volver de aquella expedición las tropas lusitanas creyeron que no debían ser ellas menos que las británicas en los frutos que pudieran proporcionar los asaltos de Ciudad Rodrigo y Badajoz, como más tarde el de San Sebastián.

«Aún se descubren en el campo, hemos dicho en la *Introducción* á esta obra, los resultados de aquellas devastaciones que se ejecutaban por un invasor injusto en nombre de la civilización y de la justicia, y han pasado años y décadas sin que desaparezcan de la vista, y pasarán muchos más antes de que nuestro suelo vuelva á lucir su antigua frondosidad y cultivo.» Y ahora podemos añadir: Pues qué, ¿no se descubre todavía en la suerte de varios de nuestros pueblos, en sus industrias y comercio, los efectos de aquella intervención extranjera que desoyendo las quejas de esos mismos centros de nuestra población, los consejos y advertencias, hasta las reclamaciones de nuestros gobiernos, recorrieron el suelo peninsular llevando también la devastación por donde lo atravesaban en son de protección y amistad?

Borrones hay en la historia de la guerra de la In-

dependencia; y ¿cómo nó, habiendo sido tan larga, obstinada y sangrienta? Una lucha á muerte; de origen como el de una invasión tan injustificada, de principios tan abominables, de intereses tan opuestos, no podía menos de producir sorpresas, enconos y las represalias que en pueblo tan ardiente y susceptible como el español, habrían de producir la resistencia pertinaz y las venganzas que la caracterizaron. El insulto á los sentimientos más íntimos, á la religión y al espíritu de independencia; las violencias, los asesinatos y saqueos ejercidos por una soldadesca fanatizada con las mil victorias de sus armas y sorprendida por una oposición nunca como entonces inesperada, y la misma victoria, conseguida en los comienzos de la guerra, no esperada, á su vez, capaz por lo mismo, de enorgullecer á un pueblo de quien tan triste idea se tenía en el mundo militar, llevaron á nuestros compatriotas á no perdonar medio que condujera al exterminio de un enemigo que no escrupulizaba los poderosos suyos para de cualquiera manera, por reprobada que fuese, imponer como en otras partes su cruel dominación. Así y ante los atropellos cometidos por los franceses en Ríoseco y Córdoba, y con la esperanza de que el triunfo de Bailén no sería el último, se extremaron los rigores impuestos á los vencidos de aquella gloriosa jornada, disculpados con la oposición de los ingleses á la vuelta de los capitulados á Francia y con el resultado odiosísimo del registro de los equipajes de los oficiales, de las mochilas de los soldados, y con él la prueba de los robos cometidos en la ciudad de los Ommiadas por las tropas del general Dupont.

De ahí el encierro de los prisioneros en los ponto-

nes de la bahía de Cádiz y, después de los intentos, alguno afortunado, de aprovechar las tempestades ó el descuido de los tripulantes para alcancar la costa ocupada por los sitiadores, el envío de los restantes á la isla de Cabrera, sepulcro de tantos de ellos y escenario para todos de los tormentos más lamentables, los del hambre, de la nostalgia y la desesperación. Esa es la mancha á que nos referíamos, indeleble en la historia de un pueblo tan generoso como el español, aunque impuesta en sus gloriosas páginas por exigencias, algunas ya apuntadas y otras del carácter de las alianzas á que se vió la nación española obligada á concertar para su defensa y á someterse, á veces, para conseguir su libertad. Porque bien examinada la situación en que se vieron nuestro gobierno y las autoridades del archipiélago baleárico durante la estancia de los prisioneros franceses en Cabrera, aún podríamos lamentar, más que nada, la indiferencia con que la vieron los ingleses que tenían surtas sus naves en el inmediato puerto de Mahon, con recursos más que sobrados para atender á tal miseria y libres, de todos modos, para buscarlos cuando quisieran.

Ha visto recientemente la luz pública y ha sido premiado por la Academia de la Historia un libro en que su autor, el Sr. D. Miguel Oliver, después de describir el alzamiento de las islas Baleares y particularmente el de Mallorca, los efectos que produjeron allí el motín de Aranjuez, la abdicación de Carlos IV y los sucesos del Dos de Mayo, el nuevo aspecto, por fin, que ofreció aquella isla con las noticias que llegaban á ella de la Península, las de la guerra, sobre todo, que tantos sacrificios costaba y á los que desde allí se

acudía con dineros y hombres, pinta la llegada de los prisioneros de Cádiz y su instalación en Cabrera.

Nada más conmovedor y triste que la relación que nos da el Sr. Oliver de los sufrimientos padecidos por los oficiales y tropa, otros Prometeos encadenados á aquella roca salvaje, sin más esperanza para muchos que la de la muerte. Noventa páginas ocupa esa descripción aterradora del Sr. Oliver que, en su espíritu de imparcialidad y justicia, pone aún más espanto en el ánimo del lector que las de varios de los historiadores, mártires, ellos mismos, de los tormentos indecibles que sufrieron en Cabrera los prisioneros de una jornada, en cuya capitulación se había estipulado su vuelta á Francia. «Ni las selvas vírgenes de América á que se confiaron los aventureros de Hernán Cortés, dice el Sr. Oliver, ni el camino de Smolensk á la Beresina en la terrible retirada de Rusia, encerraron tanto horror como la solitaria isla donde aquellas legiones ociosas, hambrientas y desnudas, malograron cinco años, los mejores de su fecunda juventud, en un infortunio silencioso y obscuro.»

Pero hay que decirlo: ni Napoleón ni los mariscales que operaban en España, el mismo José Bonaparte con titularse y considerarse tal rey de España y con tantos años de ejercer su soberanía, siquier así como feudatario de la de su hermano, cuidaron, como debían, de por convenios ó canjes librar á sus desgraciados compatriotas de un cautiverio tan cruel y bochornoso. Fueron los canjes en aquella guerra tan repugnados como difíciles. No los querían los españoles por las excepciones que los franceses se empeñaban en operar entre los que tenían ó querían tener por solda-

dos del ejército regular ó por voluntarios, *brigantes* como llamaban á muchos de sus prisioneros según la ocasión ó las circunstancias más ó menos favorables en que los cogían. Repugnaban aquellos cambios á los franceses por desprecio á los nuestros, negándose á reconocerlos iguales á ellos, los primeros soldados del mundo, según no se cansaban de proclamarse, y el mismo Napoleón prefería á los españoles prisioneros para conducirlos á Francia desarmados ó á las guerras que proyectaba ó mantenía en el Norte de su imperio. De ahí el trato frecuentemente inhumano que se daba á nuestros prisioneros y las represalias que en España se tomaban.

Sólo era, además de fácil, bastante frecuente el canje entre franceses é ingleses; y la correspondencia de Lord Wellington rebosa de despachos en que se consigna el cambio, siempre muy regateado de prisioneros, especialmente de oficiales, que se tenía mucho esmero en enviarlos á Inglaterra.

Esa dificultad, pues, de los canjes entre imperiales y españoles fué la que produjo la estancia, puede decirse que ilimitada, de los prisioneros de Bailén y de otros combates en la isla de Cabrera.

Por más que se trató de organizar en aquel peñasco salvaje un establecimiento en que los prisioneros estuvieran al abrigo de los temporales y no les faltasen los auxilios médicos y religiosos que habrían de necesitar, no les fué posible á las autoridades de Mallorca proporcionarles ni aun los más indispensables para resistir situación tan penosa y sobre todo tan larga. Por más que el clima sea suave en aquel archipiélago, ni el abrigo del diminuto castillo que corona la isla, ni

las chozas que la industria de los prisioneros consiguió labrar entre las rocas y los pocos árboles allí existentes y que el fuego hizo desaparecer en el primer invierno, eran para preservar el gran número de aquellos infelices que, si disminuía la muerte, reemplazaba el de los nuevos prisioneros procedentes de la costa opuesta de Levante. Todo eso y la irregularidad á veces en el aprovisionamiento, debida á las variaciones del estado del mar, en los equinoccios sobre todo, produjeron en Cabrera una lucha entre los mismos prisioneros que hizo de la isla teatro de dramas tremebundos y de desolación, hasta hubo día en que hizo allí su aparición el sombrío, repugnante y feroz fantasma de la antropofagía.

Esa ocasión está descrita por uno de los prisioneros, M. Gille, en sus Memorias: «El día terminó sin que ninguna noticia favorable circulase por el campamento.—El hambre se dejaba sentir con intensidad. Muchos hombres, siguiendo su deplorable costumbre, habían consumido en dos horas los víveres de cuatro días. Contábanse, pues, cinco días en que nada habían comido sino alguna de aquellas detestables raíces de que he hablado y que iban siendo ya muy raras. La noche pareció interminable á quienes no pudieron conciliar el sueño. Al romper el alba se trasladaron todos al mismo punto de atalaya, con la esperanza de descubrir la deseada embarcación (la de los víveres). Todo en vano. Este día debió pasarse de la misma manera que los anteriores. En el siguiente nuestras economías hallábanse agotadas y nos fué preciso buscar por las rocas algún vestigio vegetal aprovechable... La consternación inundaba el campamento, veíase pintada en

todos los semblantes: apenas nos dirigíamos la palabra unos á otros, se hubiera dicho que al caer el día se desvanecerían todas nuestras esperanzas; y cuando, después de haberse mirado tristemente, se separaban dos personas, parecía que acababan de dirigirse una despedida eterna.—Supimos el día siguiente que la muerte había puesto término durante la noche á la desesperación de gran número de prisioneros... El capitán de la lancha cañonera subió á las rocas provisto de un catalejo; pero fué inútil, nada pudo descubrir. Este marino, lleno de humanidad, repartió á los que encontraba cuantas galletas pudo recoger. Mostrábase indignado de que se tratase así á los soldados que no habían cometido otro crimen que el de obedecer las leyes de su país... Dió orden á su tripulación de cedernos cuantas provisiones tenían... Nosotros fuímos lo bastante dichosos para procurarnos una galleta que pesaría entre dos y tres onzas. Preparamos con ella una sopa que tomamos á eso de las cinco... Vino la noche, con la misma tristeza que las anteriores. Muchos que se hallaban por completo extenuados prefirieron pasarla en las rocas donde se encontraban á arrastrarse penosamente hasta sus viviendas...»

Pero pasada aquella crisis y á través de otras que iguales ó parecidas causas produjeron, reapareció el buen humor característico de los franceses, quienes, como antes hemos dicho, se habían hecho con su industria casas siquier mezquinas, cabañas y hasta un miserable y destartalado teatro que, como aquéllas, incendiaron al embarcarse, ya en libertad, para su patria. «Tuvimos, dice uno de ellos, nuestro Talma y hasta nuestro Brunet... Solamente carecíamos de

actrices: de todas las mujeres que compartían nuestra cautividad, á ninguna era posible confiar el papel más insignificante.»—¡Infelices!

Llegó por fin, el mes de mayo de 1814; y la caída de Napoleón y la restauración de los Borbones en Francia trajeron la paz á Europa y la libertad á los prisioneros de Cabrera, que regresaron á su país. Pero ¿en que número?

El abate Turquet escribía después al narrar sus «Cinco años de destierro en la Isla de Cabrera»: «Habíamos desembarcado en Cabrera siete ú ocho mil hombres procedentes de los pontones de Cádiz: durante muchos años no cesaron de llevarnos nuevos compañeros de infortunio, unas veces en número de veinte, treinta, cuarenta ó ciento, según decidía la suerte de los combates, siendo el total de los que así vinieron á compartir con nosotros el destierro de unos cinco mil; añadid mil y quinientos conducidos en un solo día de Alicante y resultará haber entrado de catorce á quince mil franceses en Cabrera. Calculo en quinientos el número de los que lograron sacudir el yugo del destierro, ya por medio de la evasión, ya por los alistamientos voluntarios para el servicio de España. ¿Sabéis, pues, cuántos quedábamos en resumen pendientes de nuestra libertad? tres mil seiscientos hombres; por lo tanto aquella isla había devorado en cinco años más de diez mil franceses!»

No se dirá que tratamos de atenuar el horror del espectáculo que ofrecería la isla de Cabrera en los cinco años que estuvo ocupada por los prisioneros franceses. Pero permítasenos defender el error cometido al trasladarlos de Cádiz á aquella roca inhospitalaria, no

sólo con el argumento del peligro que se corría con que continuaran en los pontones de Cádiz á que los había reducido la mala voluntad de los ingleses, tan generosos con los capitulados en Cintra, en Badajoz y San Sebastián, sino que también con el del destino á que Napoleón señaló para nuestros prisioneros de Dinamarca, Zaragoza, Gerona, Uclés y Ocaña. A unos se les negaron las condiciones conque habían capitulado. asesinando á no pocos en el camino de su destierro; á otros se obligó á que combatiesen á sus mismos compatriotas, á pesar de las instrucciones del Emperador á su hermano para que no se les diese armas ni se les pusiera al frente de los enemigos de Francia en España; y á los más los llevó á la campaña de Rusia á servir de *carne de cañón* ó perecer entre la nieve y los hielos de aquel país, donde tantos sucumbieron.

Eso, los cortos medios de que los españoles podían disponer, abismados en guerra tan dilatada y costosa, nos mueven á disculpar; mejor dicho, á *difuminar* el borrón del destino de los prisioneros franceses á la isla de Cabrera.

## III

Más quizás que á la furia francesa y á las bastardas ambiciones de varios de los generales imperiales, podrían deberse los estragos causados en aquella lucha á la presencia del rey José en España, á su impericia en las artes de la guerra y á su debilidad, sobre todo, en la gobernación del pueblo, entregádole por su ob-

cecado é intransigente hermano. Ni su carácter é inteligencia, ni su educación tampoco, eran elementos bastantes para regir un pueblo tan altivo é independiente como el español, ni Napoleón le había dado los más propios para dominar las difíciles situaciones en que podría verse colocado. Hombre de genio dulce y costumbres cultas y de mundo, amigo de sociedad y no poco de la de mujeres, filósofo, sin embargo, y más ambicioso de los goces de la paz que del tráfago de la guerra, creía no haber venido á España á cambiar por completo la manera de vivir de que había gozado en Nápoles. Habíanle sorprendido como al que más, los desastres de Bailén y Valencia, y su retirada de Madrid y Zaragoza al alto Ebro había de ser para él, además de un acontecimiento tan extraordinario como una revolución física, una rudísima decepción que le arrebataba muchas de las ilusiones que le habían creado el desenlace, para él fácil, de los sucesos de Bayona. A su vuelta á Madrid, no poco amargada por los desdenes de Napoleón al confirmarle su cesión de la corona de España, llevados hasta tardar mucho en permitirle la vuelta al Palacio de nuestros monarcas; esa decepción, aunque en otro concepto, continuó desalentándole al observar el ningún caso que hacían de sus disposiciones los mariscales franceses que, lejos el Emperador, al emprender la guerra de Austria, se consideraban así como independientes de la autoridad de su hermano y libres en sus operaciones militares y administrativas de las regiones que ocupaban los cuerpos de ejército de su mando respectivo. Quiso José resistir tal presión; no se admitieron sus reclamaciones; y como todo el mundo sabe y explicó perfectamente Abel Hu-

go, el hermano mayor del celebérrimo poeta francés page, que había sido, del Intruso y luego oficial de su estado mayor, «cuando en 1811, vió á los generales de Napoleón tratar sus dominios como país conquistado y á los ministros franceses imitar aquel ejemplo apoderándose, con el título de intendentes civiles, de la administración de las provincias de entre el Ebro y los Pirineos, tuvo que dar á sus representaciones el carácter de amenazadoras.»

Todo inútil: ni las reprensiones le valieron ni las quejas ni amenazas, ya escritas, ya reforzadas con su presencia en París á pretexto, á veces, del estado de su salud, con el de visitar su familia, siempre ausente de España y con el de cumplimentar al Emperador por el nacimiento del rey de Roma; todo y en todas esas ocasiones, le fué negado y, si prometido, no satisfecho.

Sin falta de valor y sin carecer absolutamente de conocimientos militares, nunca logró lucir las dotes de general que siempre le negaron su hermano y sus mariscales; y cuando en 1810 fracasó en su empresa de ocupar Cádiz y en 1812 en la de escarmentar á Wellington en la línea del Tormes al retirarse de Burgos, su opinión no fué escuchada; Soult detuvo á Víctor con la ocupación de Sevilla; Soult ideó en Alba una maniobra que salvó al generalísimo inglés, y Soult, rebelde siempre á sus disposiciones en Valencia como en Galicia y Andalucía, le reemplazaba en la frontera de Francia, dando Napoleón á su mariscal el mando del ejército mal llamado, hemos dicho, de España, y una Lugartenencia que significaba la destitución y la deshonra de su hermano mayor y, según solía decir, el predilecto de su familia.

No por su estancia, y bien larga, en el palacio real de Madrid, podía llamarse Rey de España, reducido á un papel más que secundario, vergonzoso, creyéndose, dice un escritor francés, hábil no siendo sino ridículo. Su vida allí, según la describe uno de sus ayudantes, el general Bigarré, era ésta. «Cuando el rey José no iba en el ejército, se levantaba ordinariamente de 6 á 7 de la mañana; á las 9, recibía á los de servicio de su casa; á las 9 y media almorzaba un par de huevos pasados por agua ó un pescado pequeño; á las 10 daba audiencia á sus ministros, recibía al mariscal Jourdan y á los generales franceses ó españoles que tenían que hablarle; á la 1 asistía al Consejo de Estado; á las 4 se iba á la casa de Campo, donde comía con el mariscal Jourdan, el conde de Melito, el general Béliard, á veces con damas de la Corte y algunos oficiales de su casa; después de comer montaba á caballo ó en carruaje, hacía una partida de veintiuna por la noche y, antes de acostarse, despachaba la estafeta para Francia.»

Y eso que el Rey era algo en la constitución de Bayona.

Concebido y puede decirse que decretado aquel Código por Napoleón, uno de los hombres más autoritarios que recuerde la Historia, no habían de escatimarse en él al soberano atribuciones que hicieran su augusta autoridad tan respetada como obedecida; y sería preciso el cúmulo de obstáculos que desde el mismo Emperador hasta sus más humildes subalternos le oponían, para que el rey José se viera reducido á representar papel tan desairado. No estamos, pues, lejos de creer que debió hacerse en él, así como costumbre

el sometimiento á condiciones tales de soberanía; reduciéndose con la más paciente resignación á, cuando no pudiera figurar á la cabeza de sus ejércitos, distraer el tiempo y ejercitar sus mansas costumbres con las diversiones de la Corte.

No somos de los que dan importancia al goce de algunas de éstas. Se ha acusado al rey José de su afición á las mujeres, y Bigarré la confiesa en estos términos: «Convendré, dice, en que tuvo por ese sexo una predilección particular, en que no desdeñaba sus entretenimientos con las damás más *espirituales* de su Corte, hasta en que se mostró muy galante con varias de ellas; pero, sin embargo, lo repito, jamás olvidó lo que le imponían los deberes de soberano.» Y como si con el tiempo hubiera de salir al *quite* de éso el hijo mayor del general Hugo, escribía en la Introducción á las Memorias de su padre: «No me toca el hablar de las costumbres privadas del rey José. Los reyes son hombres, y los detalles de su vida doméstica, cuando no ha influido en la administración pública, salen de la esfera del historiador.»

Trabajó, con todo, en la árdua tarea de naturalizarse en España y en arraigar la dominación francesa, naturalizando á sus más adeptos servidores, valiéndose para ello de los pocos medios que le consentían la guerra y su difícil situación.

Hizo cuanto podía por alcanzar tan generoso propósito: dió títulos, como á Azanza el de Duque de Santa Fe, á su primer mayordomo, general Lucotte, el de Marqués de Sopetran, y quiso conceder á Hugo el de Conde de Cifuentes ó de Sigüenza á su elección; repartió grandes cantidades, en papel por supuesto,

para que adquiriesen fincas ó palacios en que instalarse y hacerse grandes propietarios y terratenientes con la condición de abandonar la Francia para lo porvenir; consiguiendo tan sólo que realizasen tales pagarés, algunos de los que se perdieron en el desastre de Vitoria. Empeño vano: ni eso era posible en el estado de la opinión española; ni José era más que rey de Madrid, estando la Península ocupada, administrada y regida por los generales franceses, otros tantos reyes de *Taifa,* muy parecida á como se mostró, al disolverse, el Califato de Córdoba.

No así Wellington, cuya autoridad, por todos respetada, y cuyos establecimientos y cuarteles, gozando de una tranquilidad garantida por las tropas y guerrillas españolas, le permitían organizar desahogadamente los ejércitos de su mando, lo mismo en la desgracia que en la fortuna; haciéndole árbitro de sus movimientos en todas las ocasiones.

Yo soy, decía Napoleón por otra parte, quien ha formado el ejército inglés en la Península. Y suya fué, con efecto, la culpa, suyo el error al consumar en Bayona el atentado inicuo y de imperdonable torpeza contra los soberanos de España. Si en vez de eso se hubiera Napoleón resuelto á favorecer, como parecía al principio, la causa de Fernando VII, habría cerrado á los ingleses la Península, asegurado su frontera pirenáica y el triunfo para siempre en las demás del Imperio. España, aun continuando el estado de guerra en que se hallaba con la Gran Bretaña, habría sabido arrostrarlo, como lo hizo en Venezuela y Buenos Aires, mientras los reveses sufridos por las demás naciones y el cansancio de tanto luchar en vano hu-

biera llevado á los ingleses á buscar una paz más sólida y duradera que la de Amiens. Y esto mismo viene á decir Napoleón por boca del Conde de Las Cases en su Memorial: «Los sucesos han demostrado que yo cometí una gran falta en la elección de los medios; porque la falta está en los medios más que en los principios.» ¡Reflexión tardía y tanto más indisculpable cuanto que Napoleón disponía de muchos de esos medios y de un talento, sobre todo, al que parece imposible no le ocurrieran otros que los torpes que se decidió á emplear!

¿Qué es, pues, lo que consiguió con ellos en España?

Con la guerra de Austria y con la insurrección de Galicia, Romana, apoyándose en su pequeño ejército y valiéndose de las partidas de paisanos, regidas por militares residentes en el país y preferentemente por los Abades, puestos á la cabeza de sus frailes y feligreses, cerró la frontera del Miño; y el mariscal Soult se encontró en Oporto aislado y sin recursos para sostenerse y menos para proseguir su marcha á Lisboa. Wellington, aprovechando ese aislamiento de su adversario y la ignorancia en que éste debía estar de la topografía del terreno que le rodeaba, así como de la historia de las campañas anteriores de que había sido teatro aquella parte del Duero, logró sorprenderle haciendo á sus ingleses cruzar el río por los mismos sitios que lo había hecho Sancho Dávila para derrotar al Prior de Crato; y el Duque de Dalmacia, hubo de recurrir á una retirada con todos los caracteres de fuga, abandonando á poco artillería y bagajes, cuanto revela el desorden de un retroceso urgente y preci-

pitado. Ya de nuevo en Galicia y, á pesar de eso, libre de la persecución de los ingleses, cayó Soult en manos de Romana y de las innumerables partidas que le salieron al paso, imponiéndole de tal manera que, aun burlando á Ney en sus compromisos de camaradas y de franceses sobre todo, creyó que lo único que le podría salvar de una destrucción completa sería el huir de nuevo de aquella tierra inhospitalaria, emprendiendo el solo camino que le quedaba abierto, el de Montefurado, que los gallegos habían descuidado de ocupar con la fuerza necesaria. «No había, dice el general Fantin des Odoards en su *Diario*, otro remedio á tal inconveniente que el salvar lo antes posible aquel desfiladero, para recibir el menor número de tiros de fusil que se pudiera. La naturaleza del terreno no permitía alejarse del Sil; y aquel río ó torrente no es vadeable. Contestar al fuego de los insurgentes era inútil porque estaban tan á cubierto por las rocas que no se podía apuntar á ninguno de ellos. El peligro era igual para todos, militares, mujeres y niños; valientes y cobardes se hallaban igualmente expuestos, y las balas iban, en tal paso, á herir seres que el sexo, la edad ó la profesión ponían ordinariamente al abrigo del fuego del enemigo. La noche dió tregua á combate tan desigual y vivaqueamos, siempre en la margen del Sil, al frente de Castillo de Quiroga, aldea que posee un viejo castillo con una torre cuadrada.»

No puede estar mejor descrito el apuro en que se halló Soult.

Suerte parecida hubo de correr el mariscal Ney cuando, vencido en Sampayo, hubo de salir también de Galicia tras del infiel compañero que le había

abandonado y á quien el Emperador, á pesar de eso, mantuvo en España y en su mando.

No queda, pues, duda respecto á que sólo á favor de los españoles y de sus partidas quedó el ejército inglés dueño absoluto de Portugal.

## IV

Y sólo con la seguridad de esa cooperación y la del ejército, especialmente, que mandaba el general Cuesta en Extremadura se resolvió Wellington á emprender la campaña de Talavera de la Reina. Si en su marcha á través de Portugal obtuvo muestras sumamente entusiastas de la gratitud que le debía aquel reino, libre desde entonces de la ocupación francesa, al recorrer el valle del Tajo encontró también todo el país dispuesto á secundarle con sus recursos, tan necesarios en aquella larga expedición, y á nuestras tropas situadas en posiciones las más propias para operar, ya unidas á él, ya combinando su acción en demanda del grande objetivo que se había propuesto alcanzar. La idea de una campaña sobre Madrid era felicísima en la situación en que se hallaba el Emperador de los franceses en el Danuvio después de su desastrosa jornada de Essling, así como en la que había quedado su hermano José en España, enflaquecidos sus ejércitos por los destacamentos enviados á Austria y por los reveses que habían sufrido en Oporto y Galicia, las bajas considerables, mejor dicho enormes, de los sitios de Zaragoza y Gerona. ¿Supo el ge-

neralísimo inglés aprovechar tan favorables circunstancias? Hemos manifestado en la historia de aquella célebre campaña, tan censurada por Napoleón en lo tocante al rey y los mariscales franceses que tomaron parte en ella, y tan discutida por cuantos, de un lado y otro de los beligerantes, han tenido que interesarse en su acción y resultados, cuáles eran su objeto, los elementos puestos en acción para alcanzarlo y los errores que produjeron su fracaso. ¿Para qué, pues, reproducir los argumentos con que expusimos allí nuestra opinión tan desfavorable á unos como á otros de los que dirigieron aquella estéril jornada? Sólo nos toca ahora manifestar que si los procedimientos de la invasión por parte del Emperador de los franceses fueron viciosos á la par que temerarios, debió evitar la cooperación de los ingleses en las guerras continentales y, más que en ninguna otra, en la de España. Porque la retirada de Wellesley en 1809, que á Napoleón parecería, como la de Johon Moore el año antes, el signo más elocuente de la ineficacia de la intervención inglesa, podría, con resucitar la guerra que propiamente debe llamarse española, dar á esa intervención una fuerza de que, de otro modo y en otra parte, resultaría ineficaz y hasta perjudicial á la causa de la coalición general formada contra la Francia desde la época de su Revolución.

Un historiador inglés, inimitable en la descripción de las batallas de sus compatriotas en la Península, ha dicho con intención más que aviesa, que sólo á Inglaterra y á sus tropas se debió el éxito de aquella guerra, sin observar que al menos avisado en las cosas militares le habría de ocurrir cómo unos 30 ó 40.000 in-

gleses podrían vencer á 400.000 imperiales como se reunieron á veces para combatirlos en España. El rechazar tal invasión como la francesa en aquel tiempo, no cabía sino á elementos muy nutridos de fuerza y en tal combinación que los aliados pudieran, concentrándose hábilmente, servir de contrapeso á la habilidad y á la disciplina de los invasores. «El oficio de los ingleses, ha dicho un alemán amigo nuestro, y lo ejercieron perfectamente, fué el del matador en un circo taurino, encargado de acabar con la res después de preparada al sacrificio por los picadores y banderilleros, fatigada de tal brega y sin fuerzas apenas para continuarla.» Y es exacta la comparación, porque al llegar los ingleses á las manos con sus enemigos, éstos tenían cortadas sus comunicaciones con su base de operaciones y con sus depósitos de donde municiarse y recibir refuerzos y víveres. La carta de D'Espinchal, que hemos trascrito, pero sobre todo las operaciones que siguieron á las de Talavera, lo demuestran por manera irrebatible.

En la Memoria que en el Apéndice núm. 7, ha de reproducirse, y en que el autor de la presente historia explicaba el método más propio en su concepto para escribirla, decía refiriéndose á la intervención ejercida por el ejército británico en aquella guerra: «Con la adhesión de los Peninsulares, en combinación con sus numerosos ejércitos y ayudado de todas las tropas y partidas que no dejan un momento de reposo á los enemigos, ni un punto en su tranquila posesión, se verá á ese ejército aliado seguir una idea fija y constante, concentrado, abastecido y dispuesto siempre á una acción de que no ha de distraerle más atención

que la de operar. Será el que dé el golpe de gracia al invasor, acosado de todas partes, sin aliento, rendido, en fin, á fuerza de constancia, de osadía, de destreza por parte de los habitantes de la Península.»

Se hace necesario insistir mucho en la rectificación de un aserto tan injurioso para España, y no nos cansaremos de probar de una manera concluyente su falta de fundamento; mejor todavía, su falsedad. Importa eso mucho al honor de nuestros padres que tantos sacrificios hicieron, muchos de los que se hubieran ahorrado si fuese verdad cuanto Napier, Clarke, Southey y el mismo Wellington á veces, se han atrevido á asegurar respecto á los socorros que nos fueron enviados de Inglaterra. ¡Tanto se ha generalizado la opinión de que sin los auxilios de Inglaterra no hubiera nunca logrado España rechazar victoriosamente la invasión napoleónica! Inglaterra es la que no habría de vencer al grande Emperador sin la cooperación española. Lo hemos dicho varias veces y nunca se cansó de repetirlo Lord Wellington: la misión de los ingleses al desembarcar en Portugal y aun después de su victoria de Vimieiro, era la de defender el reino lusitano; y de ahí su pereza en asomar por las fronteras españolas que, si cruzadas por John Moore en un principio, había sido con escarmiento tan rudo como el de la Coruña. Lo que le sucedió al entonces Sir Arthur Wellesley fué que, viéndose poseedor tranquilo de Portugal con la retirada de Soult á Galicia y la ausencia de los franceses; de Andalucía, desde lo de Bailén y, de Extremadura, por atender á la guerra de Austria, creyó que mejor que favorecer á España, lograría dar á Napoleón tal golpe que le haría cejar en la Eu-

ropa central de aquellos grandes proyectos que le habían hecho acariciar Austerlitz y Jena, Friedland y Tilsit. No le salió la cuenta, como vulgarmente se dice, y, metido otra vez en Portugal, no volvió á nuestra frontera hasta mucho después, y entonces para ver impasible, como antes nuestros desastres campales de Almonacid, Medellín y Ocaña, la destrucción de Ciudad Rodrigo, y para retirarse burlando así los heroismos, harto desgraciados, de los españoles.

Pero aquella lucha, de todos modos, interesaba tanto ó más, y eso podría discutirse, á los ingleses que á nuestros compatriotas. Y lo prueba el que su cooperación se extendió á cuantas partes fueron teatro de las guerras napoleónicas. Como en Egipto y Siria, en Holanda y Bélgica, unas veces con las armas y otras con subsidios, como los facilitados á Austria, la nación inglesa provocó, influyó y ayudó con sus fuerzas las tendencias, hechas ya generales, de derrocar al coloso que perturbaba el mundo con sus insaciables ambiciones, hasta que llegó un día en que hubo aquél de caer abrumado como un león por la que pudiéramos llamar *jauría de naciones*, allegada con el ejemplo de una de ellas, España, que había enseñado que no era la fiera lo invencible que las demás suponían.

Y ¿quién sacó la mejor parte de aquella victoria?

Pues la Inglaterra. Dígalo, si no, el tratado de Viena y dígalo, como veremos luego, el desigual reparto del botín en aquel célebre Congreso.

Ni tropas, ni armas, ni dinero había dado para tan larga y gigantesca lucha la Gran Bretaña, que bien claro y repetidas veces lo expuso en las Cámaras y en sus despachos el ministro Caning; teniendo que tomar

gentes de todos los pueblos aliados, que repartir fusiles casi inútiles y hasta chuzos con que rechazar el fuego de la excelente artillería francesa, y que acudir á la América española para procurarse usurariamente fondos con que socorrer á los verdaderos dueños de esos mismos caudales y á sus demás aliados.

¿Apreciaremos, así, las declaraciones del coronel francés Martín en el *Spectateur Militaire*, conformes en todo con las de Napier hasta haberse convencido de que el espíritu público español y no las armas inglesas era el que venció á Napoleón? ¿Seguiremos, por el contrario y al pie de la letra, la versión en ese punto del comandante Clerc al tratar de la campaña de Soult en 1814?

Clerc dice en su libro, que hay que calificar de muy discretamente escrito: «¿A qué se reducen los famosos subsidios de Inglaterra que enriquecía la interminable guerra que pretendía sostener con su dinero y que arruinaba á Europa? Como buenos ingleses, Napier, Southey, Londonderry y otros admiradores de Wellington, exageran á placer los buenos oficios de su gobierno, no cuentan para nada con España y atribuyen á su héroe toda la gloria de la liberación de la Península. Un economista inglés que, por otra parte, no pensaba intencionadamente mal, reduce á la nada sus aserciones, después de haber establecido que de 1810 á 1815, Portugal recibió de Inglaterra 208 millones y *España 66 tan sólo*: *Colghonn*, echa la cuenta de esta suma así:

| | | |
|---|---|---|
| En 1810 | 9.598100 | francos. |
| En 1811 | 3.939550 | |
| En 1812 | 25.000000 | |
| Valor de las armas y municiones enviadas | 10.612350 | |
| Efectos de equipo | 16.339500 | |
| Víveres | 377275 | |
| TOTAL | 65.866775 | francos. |

»Todavía ésos no eran sino en calidad de préstamo.»

Tanto en esta obra como en el folleto leído en el Ateneo de Madrid, hemos demostrado que parte de esos préstamos se pagaron inmediatamente que se fueron recibiendo fondos de América; que aquellas colonias suministraron muchos de los que Inglaterra se aprovechó valiéndose de nuestra alianza hasta en perjuicio de España, y que en cuanto á las armas no pudo aquel gobierno proporcionarnos las necesarias, llegando á enviarnos *chusos* con que combatir sin duda á la numerosa y terrible artillería francesa. Pero ¿cómo había de darnos el dinero y las armas que nos dicen los ingleses si el mismo Mr. Canning decía en el Parlamento y en sus despachos que mal podía enviar á España uno ni otras cuando no los tenía para sus propias tropas?

En los despachos de Lord Wellington, los hay en que manifiesta á nuestros generales que le hacen falta armas para sus regimientos y los de los portugueses; mostrándose así como pródigo al repartir algunas armas ó municiones á los españoles.

No, por eso, hemos de escatimar á Inglaterra la gratitud debida á sus esfuerzos en favor de la independencia de la Península, que, aun más dedicados á la de Portugal que á la de España, á la que se extendieron principalmente por exigirlo así la marcha general de

la guerra en el Norte como en el Mediodía de Europa, son siempre de agradecer, eficacísimos, como fueron, para la más pronta y completa liberación de nuestro suelo. Pero queden siempre y en sus justas proporciones la magnitud de la cooperación inglesa en la guerra de la Independencia y su eficacia y sus resultados con respecto á España; que, meritorios y todo, no alcanzan la grandeza que les atribuyen los historiadores de la Gran Bretaña, no poco desautorizados ya en la opinión de sus mismos compatriotas en ese punto.

Esto, dicho de este ú otro modo hace cuarenta años, revela que en tan largo lapso de tiempo no han aparecido motivos que nos hayan hecho cambiar de opinión en la que entonces expusimos y continuamos abrigando, como en lo también expresado al final de esos renglones diciendo: «Sólo así se concibe que el pequeño número de nuestros aliados, venciera sin interrupción, á los muchos, diestros y valerosos invasores, guiados, además, por el primer capitán del siglo.» «Sólo, repetiremos, con la seguridad de esa cooperación se resolvió Lord Wellington á empreder la marcha á Talavera, de la que, aun saliendo vencedor, se apresuró á regresar á Portugal que, como antes, consideró siempre su mejor abrigo.»

«Es verdad, según dice el general Sarrazín, á quien no puede acusarse de ser enemigo de los ingleses, que Lord Wellington temía una derrota y le faltó el valor, ya que antes de batirse pensaba en la retirada al decidir establecerse en Talavera que por el puente del Arzobispo ó por el de Almaraz le ofrecía gran facilidad para poner el Tajo entre él y los franceses.» El paso del Alberche y el combate de Alcabón demostraron

la discordia entre los dos generales aliados que, de haberla sabido aprovechar los franceses, les hubiera hecho vencer en Talavera; y fué precisa toda la diligencia de Lord Wellington el 4 de agosto á presencia casi de Soult y Mortier que corrían á cortarle la retirada, para que comprendiera la pérdida de tiempo, á que hemos hecho alusión, desde su entrada en España hasta el campo de batalla que tanta gloria y tantos honores le valió por parte de Inglaterra y de España. No hay que perderse en cálculos y observaciones; todo dependía de aquel concepto que había expresado poco antes á la junta de Extremadura, el de que *la seguridad del reino de Portugalera la principal misión que se le había confiado*. Le importaba mucho menos la suerte de España, y bien lo había demostrado al no traspasar la frontera de Galicia en seguimiento de Soult.

## V

Pero, aun así, el ejército anglo-portugués, hecho objeto, como del odio, del anhelo ardiente en los franceses de *arrojarlo al mar*, expresión usual en los despachos del Emperador y de sus mariscales, llamaba á sí los mayores esfuerzos para conseguir su destrucción ó, por lo menos, su alejamiento. Pasado el año fatal de 1809, de desastres los más lamentables para España, que vió derrotados sus ejércitos en Uclés, Valls, Ciudad Real, Medellín, María y Belchite, Almonacid y Ocaña, aunque con glorias, tristes y todo,

como las de Zaragoza y Gerona, la atención de José Bonaparte y la de sus secuaces militares y políticos se fijó en el pensamiento de acabar con las tropas británicas en Portugal, y antes todavía extender su dominación á las Andalucías, el país privilegiado por la naturaleza, padrón de ignominia para las armas imperiales desde la inolvidable jornada de Bailén.

Para todo eso y para más tenía fuerzas Napoleón que, desembarazado de la campaña de Austria con su victoria de Wagram y el convenio de Znaim, podía disponer de muchas, aun sin descuidar las precauciones necesarias para no dejarse sorprender por las demás potencias continentales, siempre á la mira de cualquiera circunstancia de que pudiera aprovecharse para sacudir el yugo á que se consideraban sujetas. Y entonces, con efecto, emprendió el rey José la invasión de Andalucía, cuya conquista no logró acabar, gracias á las torpes disidencias de sus generales y á la diligencia, por otra parte, del duque de Alburquerque, al valor de sus tropas y al patriotismo de los gaditanos. Esas fueron las columnas sobre que se elevó la gran fábrica sustentáculo de la Independencia española, á cuyo abrigo pudieron acudir nuestras armas, para reorganizarse, y nuestros legisladores para reconstituir la nación en consonancia de sus fueros y de las nuevas ideas sobre la potestad civil y política. A la par de la invasión de Andalucía, se fué organizando en la región del Duero la de Portugal, dirigida desde París por Napoleón y, en el campo de las operaciones, por su más formidable mariscal, *el hijo mimado de la Victoria,* el vencedor del Zurich, el impertérrito defensor de Génova, que acababa de, doliente y

todo, ilustrarse más, si cabía, en Essling y Wagram. Parecía que aquella campaña de 1810 iba á ser la última de la guerra según eran de numerosas las fuerzas enemigas que entraban en acción, según había sido de ejecutivo el paso de Sierra Morena, en que fué completamente vencido el ejército español, de cuyo mando no se había separado al general Areizaga, y según se manifestaba de indiferente ó receloso, ya que no otra cosa, Lord Wellington viendo impasible la heróica conducta de la guarnición española de Ciudad Rodrigo. La de los gaditanos, sin embargo, primero y sin desfallecimiento alguno, y el resultado de la batalla de Busaco después, infundieron algunas esperanzas que en España, como en Inglaterra y Portugal, se vieron confirmadas con el fracaso de Massena al frente de las líneas de Torres Vedras; dando á todo Europa una confianza en lo porvenir de sus destinos que sirvió de estímulo para sus futuras resoluciones. Napoleón se resistía á pensar que la guerra de España pudiera adquirir la importancia que iba alcanzando y se negaba á dirigirla personalmente, con lo que acaso la hubiera concluído según sus deseos. No quería reconocer en su hermano condiciones de mando; no cesaba de motejarle y de inferirle desaires, sin ver que con ellos alentaba á los generales que había puesto á sus órdenes á no respetarle y hasta á desobedecerle en los asuntos de la administración y hasta en las operaciones militares. Tal conducta en Napoleón, que en Andalucía produjo el retardo de la llegada del ejército francés al frente de Cádiz y la salvación, por consiguiente, de aquella plaza, dió también lugar á Lord Wellington para disponer los detalles de su retirada

devastando el país que tras de él habría de recorrer Massena, para retrasar el paso del Mondego defendiéndolo desde Busaco y, en fin, para que sus ingenieros acabasen las formidables obras de Torres Vedras en que se estrelló el antes Mimado de la Victoria, ya indispuesto con los que mayores obligaciones tenían de ayudarle en su gigante empresa.

Esos dos fracasos á que algo contribuyeron las guerrillas españolas, principalmente al segundo, cortando las comunicaciones de Massena con Francia y con interceptar los convoyes que esperaba recibir de Castilla, y más todavía la malevolencia de Soult al no acometer la entrada en Portugal por los valles del Guadiana y del Tajo, dieron después ocasión á que creciese el número de las partidas y la fuerza también en todas por habérselas dado tiempo y solaz para ello con hallarse la mayor parte de las tropas imperiales empleadas lejos de los territorios en que generalmente campeaban. De modo que Napoleón, que no había sabido evitar una campaña con los ingleses en teatro para ellos tan propio y favorable, daba ahora, con emprenderla en proporciones tan considerables, calor y estímulo á la sublevación española que era, sin él comprenderlo, la base sostenedora de tan inesperada, de tan extraordinaria lucha. Ni las Memorias de Noailles, de Berwick y de Vendome, ni las más próximas de Beauvan, le habían convencido de que debía haberse fijado en la importancia de nuestras fuerzas irregulares, teniéndolas por de merodeadores tan sólo aun debiéndose á ellas en la guerra de Sucesión ese mismo triunfo de Villaviciosa al que comparaba el de sus armas en Ríoseco. Lo ha dicho uno de los más distinguidos jefes y escrito-

res franceses: «Todos esos avisos (los de esas Memorias), han pasado como no escritos. Una orgullosa ligereza en el mando supremo, la bajeza de un entusiasmo verdadero ó fingido, necio ó pérfido, en los agentes principales, desdeñaban igualmente los libros y los consejos. Así habría gran dificultad en imaginar á qué grado se elevaría la ignorancia y la irreflexión, y cómo las instrucciones dictadas en las orillas del Sena parecerían absurdas en las del Tajo y del Guadalquivir.»

De una y otra de esas observaciones podrían confirmarse el acierto y la oportunidad con ejemplos sobradamente elocuentes; limitándonos ahora á citar el plan general de la invasión en España, la marcha particularmente de Junot por la derecha del Tajo desde Salamanca, Alcántara y Santarén á Lisboa, y hasta esa irreflexión é ignorancia al criticar en aquel general su queja de haber interceptado los ingleses la conducción de aguas potables á la capital, bañada, como está, por las del Tajo. En París se desconocían la historia de los españoles, la topografía de Portugal y la altura de las marèas hasta más de 50 kilómetros agua arriba de Lisboa.

¡Qué mejores argumentos para demostrar lo erróneo y vicioso del plan de Napoleón, motivo el más poderoso para el fracaso de sus armas, antes incontrarrestables, en España, la bajeza, como hemos dicho, de sus agentes y generales al no atreverse á manifestarle las dificultades que ofrecían sus instrucciones, que luego criticarían acerbamente en sus escritos, y la torpeza en todos al no prever en el carácter y la historia de nuestros compatriotas y en la astucia del gobierno de la Gran Bretaña qué clase de enemigos dejaban entrar en la Península, siempre, y más entonces, ansiosos de en-

contrar el flanco por donde introducirían su espada hasta el corazón del coloso, su mortal adversario!

La campaña de 1810 es una de las más instructivas para conocer cuántos errores cometió Napoleón en España además del injustificable de Bayona con que se enagenó las voluntades, bien pronunciadas en su favor, y la cooperación de nuestros compatriotas en su encarnizada lucha con los ingleses.

Su presencia en la Península era absolutamente necesaria y urgía sobremanera al emprenderse aquella campaña: no bastaba enviar tropas suficientes para ejecutarla con fortuna; exigía no confiarla á otras fuerzas que las de su autoridad indisputable, ni á otras inteligencias que la extraordinaria suya. No lo creyó así y la confió á un Soult que suponía no tenérselas que haber sino con brigantes, y á Massena, á quien Ney, Junot y otros de sus generales consideraban en completa decadencia, viejo y entregado á la pereza y la crápula.

Un historiador militar francés ya citado, ha puesto por epígrafe de su obra «Campaña del Emperador Napoleon en España (1808-1809)», la copia de una parte de la carta dirigida á su hermano José en octubre del primero de aquellos años: «Podría terminarse la guerra con un sólo golpe por una maniobra hábilmente combinada, y para eso es necesario que yo esté ahí.»

No cabe censura más amarga y cruel para el César francés. ¿Cómo no le ocurrió esa misma y feliz idea en el resto de la guerra, en que tantas ocasiones se le ofrecieron para realizarla? La campaña de Portugal ó la de Andalucía en 1810 y el fracaso de Massena en Torres Vedras y el de Soult en Cádiz, ¿cómo no le inspiraron

esa idea para reponer la fuerza y el prestigio del Imperio, no sólo en la Península sino en todo Europa? ¿Cómo no se le ocurrió al saber el desastre de Arapiles y la retirada de su hermano á Valencia?

No: arredró á Napoleón la sospecha de fracasos parecidos que echaran por tierra sus demás planes, tan grandiosos como su inmenso genio, y anublaran las glorias incomparables que había obtenido arrancándolas de las potencias más poderosas y que podrían arrebatarle á él enemigos que, como españoles, en tan poco tenía. Y, entonces, ¿á qué lamentarse luego de sus errores, y recordar sus admiradores una frase que luego desmintió en su desacertada conducta?

Aquél, Soult, se estrelló en la formidable posición de Cádiz, en el valor de sus defensores y el interés de la Inglaterra. Dejando á uno de sus tenientes, el mariscal Víctor, la enojosa tarea de realizar un imposible, el de la conquista de la ciudad hercúlea, se dedicó á la más fácil de defender la para él Capua encantadora, de delicias y riquezas, que aprovechó ávida y fructuosamente. Y si con fortuna también, aunque por imposición del Emperador, extendió sus operaciones á Extremadura, no fué, como se le había mandado, para ayudar á su colega en la conquista de Lisboa y la destrucción del ejército inglés, mira principal del soberano de la Francia, pretextando dificultades que antes no había querido tomar en cuenta. Ambicionaba, como en Oporto, una corona; tenía, como en Galicia, envidia á sus compañeros, tanto ó más dignos que él de aquellas recompensas que Napoleón otorgaba sin medida y á capricho; y entonces, como después y siempre, no podía sufrir el mando de otro, siquier fuera más

antiguo, gobernara fuerzas más numerosas y hubiese recibido misión de mayor importancia. Sólo á Napoleón, y en eso tenía muchos imitadores, cedía la primacía en talentos y prestigio: fuera del coloso ante quien hasta entonces se había prosternado la fortuna, jamás se satisfizo sino con la dirección del débil y manoseado rey intruso de España, como en Ocaña y Andalucía ó con el mando supremo de los demás ejércitos en sus combinaciones por el resto del país.

No había, pues, que esperar eficacia poderosa por parte del duque de Dalmacia para un plan tan general como el de aquella campaña, si no se limitaba á Andalucía, donde él se suponía ver el nudo gordiano de la guerra de España que él solo también estaba destinado á romper. Así se ha podido observar en esa campaña de 1810; en la de Arapiles, en que no quiso contribuir á reparar la desgracia de Marmont, y en el término de la misma, en que, después de su forzada evacuación de Andalucía, impidió en el Tormes la derrota del casi fugitivo Wellington. Así, repetimos, se mostró Soult de ambicioso, díscolo é imperioso en su conducta en España; dejando para la campaña de Francia tan sólo las altas cualidades militares que sería injusto negarle. Si se quiere saber á ciencia cierta cuáles fueron los resultados obtenidos por Soult en su tan decantada campaña de Andalucía durante 1810 y 1811, no hay sino recorrer algunas de las páginas de la historia de aquella guerra escritas por el general Sarrazín, de quien no se dirá que se muestre enemigo del célebre mariscal francés: «En marzo y abril, dice, Soult adoptó el sistema de columnas móviles para pacificar los campos de Extre-

madura y las montañas de Andalucía. Romana y Blake desplegaron grandes talentos y actividad en ese género de guerra, tan propio de la constitución de las tropas de nueva recluta. Reynier, Mortier, Latour-Maubourg y Sebastiani salieron vencidos más veces que victoriosos en los encuentros que tuvieron lugar entre sus destacamentos y los españoles. Soult, en su carta al príncipe de Neufchatel, su fecha en Granada el 17 de marzo de 1810, olvida la consideración que se debe á los generales enemigos y hace, sin pensarlo, un gran elogio de Blake al decir: *El general Blake, á quien no se puede calificar sino de brigante, ha llegado con amenazas, suplicios é incendios, á excitar á los habitantes de estas montañas (las Alpujarras), á correr á las armas.* ¿Cómo un general que realmente posee un mérito superior puede mostrarse tan inconsecuente como para publicar invectivas semejantes? El Sr. Mariscal debiera decir que los habitantes de las Alpujarras, irritados de los malos tratamientos que sufrían de sus columnas móviles, se apresuraron á unirse á los estandartes de Blake para, bajo su dirección, poderse librar de sus opresores.»

«A creer, añade Sarrazin, los brillantes despachos de Sebastiani y Soult en enero y febrero, se debiera suponer á Andalucía como tan tranquila cual la Champagne y la Picardía; y ha debido ser muy penoso para el Duque de Dalmacia el verse obligado á abandonar tan bello ensueño y publicar dos meses después los más alarmantes detalles.» Y valiéndose del estracto de esa carta, en que Soult aconseja la ocupación del campo de San Roque elevando á más de treinta mil el número de los españoles dispersos y contrabandis-

tas, calcula su comentarista que los franceses, obligados á guardar tan grande extensión de terreno en Andalucía y Extremadura, hubieran tenido que evacuar por segunda vez aquellos reinos si el ejército inglés, en lugar de ir á encerrarse en las montañas de Portugal, hubiese maniobrado en el norte de Andalucía sobre la derecha del Guadalquivir entre Córdoba y Belalcázar.

Por su lado, el Príncipe de Essling, título que tanto se criticó hasta que Napoleón lo extendió faltándole coronas que repartir, no estuvo más acertado que Soult en el desempeño de la misión que le había sido cometida. Distraído con el sitio que inmortalizó el nombre de D. Andrés Herrati y con el más fácil y corto de Almeida, Massena se negó á atacar á Lord Wellington que, resuelto á no abandonar su pensamiento de una defensiva absoluta, vió impasible la ruina de aquellas plazas y la desgracia de sus defensores. Con eso debió comprender Massena que su adversario no le ofrecería combate alguno sino en posiciones bien elegidas, donde pudiera resistir sus ataques con fortuna y aprovechar el tiempo que su defensa le proporcionara para completar la de algún último reducto en que mantenerse ó embarcarse, si á tanto se viese obligado, lo cual no esperaba según los preparativos que se estaban haciendo á su retaguardia desde hacía mucho tiempo. Ignorábalos Massena, y acaso por eso no se daba priesa para estorbarlos ó, por lo menos, interrumpirlos con su presencia. ¡Prudencia exagerada, en nuestro concepto de españoles, por una parte, y, más que prudencia, pereza y desconfianza en sus fuerzas, de la otra! Sin esas muestras de debilidad, tan ex-

traña en el defensor de Génova, y sin el error en la dirección tomada por la derecha del Mondego, la marcha sobre Coimbra hubiera sido una verdadera persecución que no daría tiempo á Wellington para detenerse en Busaco ni para después organizar la defensa de Lisboa. Porque, además, la amenaza tan sólo del movimiento envolvente iniciado la noche del 27 al 28 habría obligado al general inglés á repasar el Mondego tres días antes, que era perder mucho tiempo para sus preparativos de retaguardia. Pero ¿qué se hubiera dicho de un general francés de los de Italia que no fuera *al toro por los cuernos?* Así dió á su adversario ocasión y lugar para vanagloriarse de un paro que, además de hacerle ganar tiempo, le proporcionaba conocer el valor de sus auxiliares los portugueses y poder contar con él en las operaciones sucesivas. Así decía en su despacho á Lord Liverpool: «Aunque á causa de la desgraciada circunstancia del retardo en llegar á Sardao el coronel Trant, temo no alcanzar el objeto que me había propuesto al pasar el Mondego y ocupar la sierra de Busaco, no me arrepiento de haberlo hecho. Ese movimiento me ha procurado una ocasión favorable para mostrar al enemigo la clase de tropas de que se compone este ejército. Ha puesto los reclutas portugueses por primera vez en contacto con el enemigo en una situación ventajosa en que han revelado que no se ha perdido el tiempo empleado con ellos y que eran dignos de combatir en las mismas filas de las tropas inglesas por la interesante causa para cuyo éxito son la más halagüeña esperanza.»

Tan cerca marchaban franceses é ingleses, que, así como junto al Coa se habían combatido la van-

guardia de los primeros con los de Crawfourd al emprender éstos la retirada, así al cruzar el Mondego en Coimbra, se tocaron la cabeza de los unos y la cola de los otros; probando con eso que una mayor celeridad, una diligencia más activa y enérgica de las divisiones de Massena hubiera contenido á las británicas y puesto en peligro de llegar derrotadas ó poco menos á las líneas de Torres Vedras. «No se hizo, dice un historiador, movimiento alguno por parte de los franceses que pudiera causar la menor inquietud á sus adversarios.» La caballería, esa arma que tan felizmente empleaba César para detener al enemigo dando así tiempo á las legiones de llegar á combatirlo decisivamente, si alcanzó á la inglesa en aquella marcha junto á Leyria, fué para ser rechazada por no haber cargado con el número y la violencia que tales circunstancias requerían.

La jornada, pues, fracasó para el objeto de una campaña que se consideraba por el Emperador como definitiva, en época precisamente en que los resultados de la batalla de Wagram y el término esperado de la ocupación de Andalucía y la expulsión de los ingleses de la Península, habría asegurado á Napoleón el dominio de España, complemento perfectamente acabado del de la Europa continental toda.

## VI

Además de esos dos fracasos de Andalucía y de Portugal, hubo de sufrir el ejército francés el de Valencia, en que un general, el más prudente y hábil, el

futuro duque de la Albufera, se vió obligado por las órdenes de Napoleón á acometer una empresa de la que, si logró retroceder sin la pérdida total de sus tropas, ya que lo hizo rudamente escarmentado, fué á fuerza de esa prudencia y de esa habilidad que no se desmintieron nunca en él. Pero mayores proporciones aún que las de tales reveses, revistió la reorganización de nuestro gobierno en Cádiz, creando la Regencia que, como de pocos, habría de atesorar más fuerza que la Junta Central, por más que se inutilizaran, al disolverla, hombres eminentes que habían prestado muy grandes servicios en los momentos angustiosos de la invasión de aquellas importantísimas provincias.

Tal impopularidad llegó á crearse la Junta Central, que á la defensa que de ella hacía D. Lorenzo Calvo de Rozas con decir que *siendo las desgracias efecto de circunstancias particulares que tienen más relación con algunos individuos, que con el todo de la Junta Central, no debía hablarse con tanto desprecio de ella,* le contestaba J. Amso (Joaquín Osma) que, como es sabido, proporcionó después á aquel la tan famosa zurra cantada en la *Apología de los palos,* con la siguiente retahila de cargos á la Junta: «El desprecio, decía Osma, es por efecto del egoismo individual y general con que han gobernado; por su ninguna dedicación á remediar los males; por haber confirmado los desatinados empleos y gracias de las juntas provinciales, para que no hay erario que baste á satisfacerlos; por haber comisionado representantes para desorganizar el exército de Tudela, pues no podían prometerse otra cosa de ellos; por la elección de ministros que, aunque dignos algunos del aprecio nacional, por sus conocimientos y

acertado desempeño anterior, el estado de su salud no les permitía dar el impulso que necesitaban los negocios del día, y otros tenían manifestadas suficientemente pruebas de ineptitud, y de que no querían tomar parte activa en nuestra sagrada causa, como se ha confirmado después; por no haber reformado absolutamente las secretarías del despacho, sin lo cual era imposible cortar de raíz el criminal y envejecido sistema que aun sigue y puede conducirnos al precipicio; por no haberse ocupado seriamente sobre la América española para haber evitado las inquietudes que desgraciadamente experimentamos; por la capciosa administración de caudales y mala distribución, pues hasta ahora ignora la nación la totalidad de ingresos, y sóló sabe que cuando se expendía á manos llenas sobre los exércitos de Extremadura y Mancha, se privaba á la parte más sana de nuestros guerreros de lo preciso para el sustento, como si fuesen hijos espúreos de la patria, los que por ella derramaban su sangre en Asturias, Galicia, Aragón y Cataluña: ¿tiene relación esto con la Junta ó con alguno de sus individuos? el público se lo dirá á Calvo.»

«La escandalosa promoción por la derrota de Medellín, como consecuencia precisa de nuestra ignorancia en el orden de batalla y movimientos: ¿quién la determinó y realizó? la Junta, que si no respetaba, temía, y por esta razón multiplicó en ella las gracias dispensadas por las juntas provinciales, y radicó la ignorancia persuadiendo con el premio la suficiencia de los que obraron tan fuera del sistema militar, que sólo él bastaba, no digo para perder una batalla ni una provincia, sino para hacer desaparecer el reyno.»

«La negociación con el embaxador inglés para que su exército que caminaba de Lisboa á Oporto viniese á Extremadura: ¿De quien fué? de la Junta, que sólo miraba á su conservación individual. Por esta razón y á consecuencia del compromiso del inmortal Wellington en complacerles, desistió el bizarro Beresford de perseguir en la retirada á Soult, cuyo exército hubiera sido necesariamente prisionero en la provincia de Orense por donde se retiró sin municiones, armamento, víveres, ni calzado: á esto se hubiera seguido la entrega de la división de Ney en la Coruña, si hubiese sido estrechada por las tropas de Beresford y las nuestras que tanto les imponían á consecuencia de las jornadas de Villafranca, Lugo, Sampayo, etc., etc.»

Y continúa en ese tono Osma, tan ofendido con que se haya intentado rebajar la fama de su ídolo, el marqués de la Romana, hasta atribuir á la tan asendereada Junta Central el que el Intruso y los demás generales franceses no evacuaran el centro de la Península hasta Soria por lo menos y el Ebro, y resultaran estériles las jornadas de Talavera y las demás de aquella funesta campaña. La pasión tenía embargado al célebre artillero, y armado del tremendo garrote con que tan ferozmente atropelló á Calvo y no bastándole la satisfacción de su venganza personal con el imprudente centralista, la pegó con la Junta toda, que si adolecía de falta de unidad, compuesta, como estaba, de los elementos más acalorados de las juntas provinciales en los momentos del alzamiento nacional, tenía, para templarlos, á un conde de Floridablanca al frente y á un Jovellanos entre sus más importantes vocales.

La Regencia, después, si mutable según nuestras incurables discordias, hizo, al convocar las Cortes, el gran servicio de llamar al de la gobernación del Estado á los españoles de ambos mundos que, representados por sus próceres, sus estadistas, por las clases todas de la sociedad, civil, militar y religiosa, tenían que interesarse así por el progreso de nuestras instituciones como por el pronto y feliz éxito de una guerra que no se había sabido llevar al término feliz que prometían el entusiasmo general de la nación, los errores del enemigo y la intervención que se consideraba omnipotente de la Inglaterra.

La Regencia fué una institución nada más que decorativa durante la guerra de la Independencia. Y no hay, si no, más que fijarse en las cláusulas del Reglamento decretado por las Cortes el 26 de enero de 1812 para comprender el papel desairadísimo que representaba la Regencia en el concierto general de la constitución política, administrativa y militar de la nación española. Desde su tratamiento, que ya hicimos notar como muy por bajo del que ostentaba el Congreso de los Diputados, hasta sus atribuciones que nada significaban en lo más esencial de la administración pública sin la aprobación ó *placet* de las Cortes, comparadas las de un cuerpo y otro, del Congreso y la Regencia, se ve que ésta no era sino un auxiliar sin autoridad que no fuera emanada de aquél, que no era sino un instrumento, más claro, un juguete que se utilizaría ó desecharía del organismo general según las aspiraciones, momentáneas ó no, los intereses más ó menos personales, y hasta los caprichos de la mayoría, accidental, acaso, de las Cortes.

Algo debió contribuir á dar á la Regencia ese carácter secundario y que tanto la rebajó en el concepto público, su origen anterior al de las Cortes. La Junta Central había resuelto el llamamiento de las Cortes, acompañado naturalmente del de una Regencia; y ésta, con la majestad y la soberanía que han de caracterizar el poder real, y más según lo entendía la opinión de entonces y se había ejercido, aunque con las modificaciones que imponían nuevas ideas y el ejemplo doloroso de los últimos tiempos en España.

Precipitó cuanto había que hacer la fuga de los centralistas de Sevilla y la de la Junta con que se les había querido substituir, dispersos casi todos sus miembros en Cádiz, Ayamonte y hasta en la isla de Canela, último refugio y miserable albergue de los más empeñados en seguir constituyendo el gobierno de la nación. Y en aquel atropello y cuando cada uno presentaba su proyecto especial, ya fundado en los acuerdos de la Central, ya propio suyo y adaptado á sus pensamientos exclusivos de regeneración, se acabó el 29 de Enero de 1820 por nombrar la primera Regencia; constituyéndola, según llevamos dicho, con los cinco varones que se consideraron más ilustres por sus servicios y más aptos para desempeñar tan árdua tarea.

Que no otra mira que la de ser útiles á la causa de la patria se llevaron aquellos y los demás Regentes en las distintas organizaciones que se dieron á un cuerpo, el más genuino representante de una monarquía constitucional, no hay para qué ponerlo en duda. Donde figuraban Castaños, Saavedra, Esçaño, Blake y Ciscar y Agar, el Cardenal Infante y el obispo de Orense, no se ejercería otra gestión, así en lo militar

como en lo civil y religioso, que la más conveniente, la que en conciencia se creyera más conveniente á los intereses públicos y al éxito del noble y generoso empeño en que España se había comprometido para sacar á salvo su independencia.

Y ya hemos visto que lo hicieron con más ó menos fortuna en cada una de las organizaciones y fases que ofreció la Regencia; fortuna que no era fácil atraerse al luchar con poder tan robusto y prestigioso como el de Napoleón y menos todavía ante las discordias despertadas en una asamblea que se había hecho árbitra de los destinos de la nación y dominaba despóticamente á los, repetimos, genuinos representantes del gobierno por todos deseado. Esas discordias tenían que paralizar en no poco la acción única, enérgica, como tal, y salvadora de la causa nacional. El obispo de Orense, el varón insigne, objeto de la admiración de todos los españoles por su renuncia á formar parte de la junta de Bayona, elevado hasta las nubes por el magnífico escrito en que la expuso al soberbio Gran Duque de Berg y frenéticamente aplaudido por su coducta en la invasión de Soult en Galicia y Portugal, fué, al ser nombrado Regente, objeto de las más virulentas diatribas, acusado de falta de patriotismo y hasta motejado de escritor vulgar y torpe. Historiador que en 1808 le encontraba incomparable en virtud y habilidad, le hacía en 1810 y después descender al rango de un conspirador fanático é inhábil. Y como el de Orense y el marqués del Palacio y otros, por más que no pudieran compararse con aquel ejemplar prelado, quedaron aun los que ocuparon la Regencia, bamboleante siempre al empuje de los vientos encontrados de la

asamblea de Cádiz, casi completamente incapacitados de toda acción benéfica.

Y no es que se dejara de cargar sobre la Regencia la responsabilidad más grave en cuantos sucesos desgraciades pudieran sobrevenir y en cuantas medidas se tomasen que no obtuvieran el *placet* de la opinión pública. Porque no hay sino revisar el Diario de las Sesiones de Cortes y se encontrarán discursos y discursos atacando á la Regencia, acusándola como de Majestad humilde y siempre rebajada servidora, responsable de todo y sin las iniciativas inherentes á su nombre y jerarquía. El mismo conde de Toreno que más tarde tenía que lamentarse de tantas y tan graves responsabilidades como hubieran de exigirle asambleas de igual índole á la de Cádiz, exclamaba el 7 de febrero de 1813 dando cuenta de una Memoria del Ministro de la Guerra, presentada á las Cortes por la Regencia: «El secretario del Despacho divide las providencias dadas por el Gobierno, en anteriores á la batalla de Salamanca, y posteriores á ella. Galicia, dice, fué la provincia que más principalmente llamó la atención del Gobierno; pues admírese el *Congreso* de las medidas que tomó la Regencia en una provincia, según se expresa, tan atendida. A dos solamente se reducen; ¡pero qué dos! á trasladar seis mil quinientos gallegos á Andalucía, y remitir de aquí otros tantos á aquella provincia; y la segunda á aumentar hasta sesenta mil hombres el resto del ejército. Para verificar la primera disposición, dió la Regencia una orden en febrero, que repitió hasta julio, no habiendo manifestado incomodidad alguna, ni por la falta de contestación, ni por la de cumplimiento. Para conseguir el au-

mento de fuerza que se proponía en la segunda, sólo dos órdenes aisladas, una al General y otra á una junta, que no se sabe si es la de Galicia ú otra. El primero no contesta; la segunda se disculpa y la Regencia calla. Dejo de hacer otras reflexiones por haberlas ya hecho en esta parte la comisión en su informe. Respecto de las provincias que comprenden los ejércitos segundo, tercero y quinto, se limitan las providencias tomadas á ordenar la traslación de cierto número de reclutas: el general de Extremadura no contestó á la orden, y el de los ejércitos segundo y tercero expuso la dificultad de llevarla á efecto por carecer de transportes; pues se le comunicó un juicio escueto, sin tomar en cuenta cosa alguna de las que se necesitaban para que no fuese nula esta medida; y sólo á la feliz casualidad de haber aportado á Cartagena dos buques de guerra, se.debió el cumplimiento en parte de esta disposición. Se dió un reglamento á la infantería, el cual me abstendré de examinar por no ser ahora el caso; pero sí conviene tener presente que se reduce á dividir en tres cuerpos separados, llamados batallones, la fuerza que, poco más ó menos, componía antes un regimiento, señalando á cada uno tres jefes, y formando una sección de cada tres batallones á las órdenes de un mariscal de campo, brigadier ó coronel. Este reglamento es la única disposición que puede llamarse general, adoptada por la Regencia para el orden de los ejércitos; pero no consta si ha sido cumplida; y es estraño que no le hayan merecido igual atención las otras armas, sin cuyo apoyo es impracticable cualquiera operación. La falta de medios es la queja más frecuente del secretario del Despacho de la Guerra para

cubrir el desorden que se nota; pero ¿cómo nos podrá persuadir de su verdad, cuando el gobierno procura por todos los medios aumentar el número de hombres de los ejércitos, los que, según la memoria de este secretario, han recibido un incremento considerable desde el mes de febrero acá? ¿Pues cómo acrecentaría la Regencia este número si no fuera porque antes había consultado los medios con que contaba? ¿Y cómo entónces se lamenta de su escasez el secretario del Despacho? Una de dos; ó este señor se equivoca, ó la Regencia procedió ligeramente, cuidándose sólo de amontonar hombres que nominalmente, y no más, reforzasen nuestros ejércitos. La comisión en su informe ha desentrañado bien esta cuestión. No es menos sensible que venga á dolerse con nosotros del desconcierto y trastorno que desgraciadamente hay en la hacienda del ejército».

Y esas son de las menores responsabilidades que se exigían á la Regencia y de las que menos debían importarle; ya que sus promovedores, por lo visto en aquella ocasión, demostraban entender muy poco de la materia, especialmente de la militar, objeto de sus reclamaciones y apóstrofes. Donde, sin embargo, la Regencia hubo de arrostrar los ataques más duros fué en la parte referente á su administración política, en sus relaciones, sobre todo, con las Cortes, y en la defensa de su posición personal, si bien precaria, como se vé, envidiada por lo para muchos brillante y hasta deslumbradora ante la nación que se decía gobernar y ante las demás de Europa, aunque hubiese alguna que se serviría de tal y tan débil institución para hacer valer los que ella proclamaba como sacrificios hechos por

nuestra causa que, después de todo, era principalmente la suya de muchos años antes.

A las Cortes, como soberanas, y no á las Regencias, tan amovibles, ya se ha visto, es á quienes hay que cargar, así la gloria como las responsabilidades que las correspondan desde la organización que se dieron hasta el cruel golpe con que las aplastó un poder arbitrario negándose á reconocer sus servicios. El mayor de éstos fué el de haber impreso un carácter de universalidad á la sublevación española que, llevando ya dos años de mantenida con las armas sin ser sofocada por el formidable poderío de Napoleón, prometía, es la verdad, quebrantarlo y aun destruirlo si era secundada por las demás naciones que con ella simpatizaran. El afán cobarde en algunas de reparar los reveses sufridos sometiéndose hasta restablecer sus fuerzas, al contrario que los españoles, más atentos á vengarlos que á precaver otros nuevos, no contuvo tampoco á las Cortes en su obra de defensa material armada y de una nueva y reparadora constitución política conforme á las ideas que, nacidas hacía veinte años, comenzaban á germinar en España.

Ya hemos visto cómo llevaron á ejecución esa obra magna, verdaderamente más difícil y arriesgada de lo que habían presumido sus autores, por la organización sobre todo, que dieron á su planteamiento y sus procederes. Enemigas de la Francia, adoptaron sus principios constituyéndose en una sola asamblea, contrariamente á Inglaterra, su aliada, que mantenía su *alta Cámara,* moderadora de los excesos y de los errores á que pudiera entregarse la de los *Comunes,* más ardiente, más fogosa por su constitución y naturaleza. Con

eso y con admitir en su seno á las diputaciones americanas y además á los suplentes que habrían de carecer de la autoridad y las responsabilidades de los elegidos por los pueblos que iban á representar, dieron desde un principio á sus discusiones y á sus decretos, más el carácter de una *Convención* á la francesa que el sesudo y grave de las Cortes españolas, que decían tomar por objeto y norma para obtener las libertades patrias de nuestros antiguos reinos.

De ahí el atribuirse los títulos de la Soberanía y los poderes ilimitados á costa de la Regencia y de los más altos Tribunales y Consejos de la nación; acaparando, puede decirse, las tradiciones del absolutismo en vez de los nuevos principios de la libertad política, del *Demos*, según pretendían adoptar y proclamaban. No hay, pues, que extrañarse de que se hayan comparado las revoluciones francesa y española en ese punto; diferenciándolas, sin embargo, en sus procedimientos de fuerza, exentos en la nuestra del derramamiento de sangre que produjo aquélla y en que en Cádiz se aspiraba intencionadamente en un principio á la resurrección de los antiguos fueros, y en París al nacimiento de la emancipación del absolutismo monárquico y feudal, de tantos siglos antes establecido al otro lado del Pirineo.

Y si á eso se añaden los efectos de la discordia, que á los pocos días de su establecimiento presentó su hedionda cabeza en los bancos de las Cortes, se podrá comprender cómo desde un principio los partidos que las distintas ideas políticas de los diputados hicieron se formasen, exageraran su conducta en pró ó en contra de las que se iban ofreciendo á su discusión. Con

declararse inviolables, creyéronse los diputados libres en todo; y no pocas veces el Congreso pareció un campo de Agramante, afeándose los contendientes con epítetos que no tardarían en representar banderas que, por desgracia, ondearían largo tiempo en nuestras montañas cubriéndolas de sangre y fuego. Así hemos visto que á veces parecían olvidarse los trances, no pocas desastrosos, de la guerra, por entregarse los ánimos á la lucha política, en que además tomaban parte intereses personales, tanto ó más que los de las provincias, así peninsulares como de las de Ultramar, soliviantadas éstas por su espíritu separatista, no poco atizado desde la asamblea en que parece no debería reinar sino el de la unión más íntima entre todas.

Y, sin embargo, lo que verdaderamente urgía para evitar los males que tales circunstancias hacían temer era el mantener y aun aumentar la fuerza que luchaba por la independencia nacional y por la conservación de nuestro poderío colonial en los campos de batalla. Para las Cortes importaban más el trasiego, permítasenos la palabra, de los Regentes ó su reemplazo en este ú otro número, la ley de imprenta, la vida ó muerte de la Inquisición, la de las Ordenes monásticas y la incorporación de sus bienes al Estado, que la organización de las tropas, su armamento y la elección de los jefes que las condujesen á la victoria. Confiaban en que todo eso vendría de Inglaterra, nuestra *desinteresada* amiga; y puede decirse que se las entregaron hasta, sin temor á ofender nuestro orgullo militar, imponerles la dirección de un general extranjero meritísimo, ¿para qué negarlo? pero extranjero, al fin, en un país que estaban defendiéndolo y con fortuna fuer-

zas propias, así regulares como de origen popular acreditado siempre desde las edades más remotas.

A pesar, con todo, de esa influencia que, aun cuando hipócritamente, se hacía sentir desde la embajada británica, y á pesar de la ostensiblemente poderosa del partido conservador de las ideas y formas políticas antiguas, las Cortes seguían su obra, si demoledora para esa fracción, restauradora para la mayoría de los fueros de libertad que nuestras provincias habían tenido al ocupar el trono español las dinastías austriaca y francesa. Si esa mayoría influída por el fuego político que en los ánimos encendían las ideas, triunfantes poco hacía, de la Revolución, y la lucha cada vez más obstinada por la independencia nacional, se hubiese contenido en los límites impuestos por el carácter y las costumbres del pueblo que representaba, sus trabajos no hubieran recrudecido el espíritu inveterado de la discordia española hasta crear la no poco anárquica obra constitutiva que con tales incentivos fabricó, por fin, en marzo de 1812.

## VII

No contribuyó poco á retardarla y aun á su fragilidad un elemento, si no extraño, ni mucho menos, á los intereses generales de la nación, perturbador, como al fin resultó, por las diferencias constitutivas que su origen, su vida y sus destinos habían impuesto á los llamados á dirigirlo y gobernarlo.

Ese fué, ya lo hemos indicado, el elemento ameri-

cano, que trabajando por alcanzar, y queremos creer que sinceramente, más que la igualdad de sus derechos con los de la metrópoli, su independencia, que ya había intentado en algunas de sus regiones, anduvo siempre en las Cortes de una parte á otra promoviendo desavenencias que produjeran la satisfacción de sus ilegítimas aspiraciones. Ya vimos en el capítulo IV del tomo X, cuanto la representación americana había hecho para obtener en las Cortes una preponderancia inconcebible; siempre, aunque por otros caminos, ayudada por la Inglaterra y sus agentes, ya citados, de tanta autoridad revestidos junto á nuestro gobierno en Cádiz. Lo de menos eran los manejos puestos en juego por Napoleón y su hermano: lo urgente en la situación á que habían llegado las cosas en nuestras provincias ultramarinas, vueltas, unas, á la obediencia de la metrópoli, pero las mismas y otras nuevas dispuestas á sublevarse; lo urgente, repetimos, era rehusar la intervención que bajo capa de amistad ofrecían los ingleses buscando, más que nada, el amparo de sus intereses comerciales.

Pero, no aceptada la intervención ofrecida por Inglaterra considerándola hipócrita y ruinosa, no tardó esa nación, lo mismo que su gobierno, en proteger, puede decirse que descaradamente, la insurrección americana« ya atropellando, como dice D. Mariano Torrente en su *Historia de la Revolución Hispano-Americana*, el bloqueo en que el gobierno español había declarado los puertos de las provincias insurreccionadas, protegiendo públicamente su comercio con ellas, y con simulado artificio el de las armas ó útiles de guerra, que la España no podía impedir por la casi nulidad

marítima á que había sido reducida.» Ayudados los ingléses que, sin cuidado ya en sus intereses y vidas, se iban estableciendo en la América española, por los Estados Unidos que, declarados sin disimulo en favor de los insurrectos, les llevaban gente, armas y buques, á pesar de las representaciones dirigidas á su gobierno por D. Luis Onis, representante allí del nuestro, la sublevación fué tomando nueva fuerza que ya difícilmente podrían contrarrestar las autoridades españolas. Seguros aquellos pueblos de que España no podría enviar á América recursos militares para sujetarlos, ocupada, como estaba, en proporcionárselos para su defensa en la Península, si cedían, á veces, al valor de las tropas realistas y á la lealtad de parte de sus habitantes, no seducidos por la fraseología y los halagos de la traición, pronto volvían á sus conciliábulos y conspiraciones para tomar de nuevo las armas contra la madre patria.

Así en Buenos Aires, aunque siempre invocando el nombre del soberano español para alucinar á los incautos, trabajaban ahincadamente por apoderarse de Montevideo en la banda opuesta del Plata, donde el general Vigodet, que había relevado á Elío, tuvo que sofocar una nueva sublevación militar que, como todas, estaba apoyada por Inglaterra, que veía en ellas el cumplimiento de sus ambiciones comerciales, por lo que sus naturales allí establecidos se iban sucesivamente declarando ardientemente en su favor. «Tales eran, pues, dice Torrente, al principio las ideas de Inglaterra (las de conservar la integridad de la monarquía española), anunciadas de mil modos, i señaladamente en las instrucciones de Lord Liverpool

al gobierno de Curaçao; pero cambiando muy pronto de conducta, atropellando el bloqueo en que el gobierno español había declarado los puertos de las provincias insurreccionadas, protegiendo públicamente su comercio con ellas, i con simulado artificio el de las armas y útiles de guerra, que la España no podía impedir por la casi nulidad marítima á que había sido reducida, iba fomentando furiosamente la revolución con especialidad en Buenos Aires, en donde se habían establecido ya i arraigado muchos ingleses, no siendo pocos los aventureros que amenazaban tomar una parte activa en ella, alistándose bajo las banderas rebeldes, i aun más en la marina.»

En el Perú, la derrota de Tristan en Tucumán, que desbarató cuantas ventajas había conseguido Goyeneche desde Guaqui y Sipesipe, envalentonó á los argentinos y dió nuevos bríos á los insurrectos del alto Perú que ya se consideraban sin esperanzas siquiera de recobrar sus primeras posiciones. El bonaerense Belgrano, feliz en aquella jornada y más todavía en Salta, continuó su marcha sobre las tropas leales, obligándolas á retirarse con sus jefes y con Goyeneche que, impresionado tristemente por tales reveses que minaron también su salud, hubo de dejar el mando al brigadier Ramírez, que supo contener en sus fuerzas el desánimo que de ellas se había apoderado y la deserción, su más inmediata consecuencia. Era preciso nombrar un jefe que reemplazase dignamente á Goyeneche; y no aceptando el mando el general Henestrosa, se confirió al brigadier D. Joaquín de la Pezuela, subinspector que era entonces de artillería en aquel virreinato. Este jefe, ayudado eficazmente de Ramírez, logró resta-

blecer el honor de las armas españolas con sus dos brillantes victorias Vilcapugio y Ayohuma (Wiluma), con lo que Belgrano tuvo que volver á sus primeras posiciones de la frontera de Buenos Aires.

Como en el Plata y el Perú, la insurrección americana se recrudeció en las demás provincias españolas del Nuevo Mundo. En Chile, donde no fué combatida, su junta ó gobierno se dividió, ¡españoles habían de ser sus representantes! trasladándose Rosas, su primer agitador, á Concepción para formar otra y ésa, por supuesto, independiente. La división cundió entre las tropas que, dispersándose también en bandos, se hostilizaron, pero con provecho de uno de ellos, dirigido por D. José Miguel Carrera que formó nueva junta é, imponiéndose á los leales, arrojó de Chille á los más caracterizados. Amistados Carrera y Rosas pronto volvieron á enemistarse hasta que, vencedor el primero, formó un triunvirato, especie de directorio que decretó una constitución, substituyó el pabellón español por otro tricolor con los emblemas de Chile, y tomó medidas tan arbitrarias que provocó conspiraciones que, aun descubiertas y castigadas, acabaron después con él, llevando al sepulcro, según dice un cronista, el odio y execración de los mismos pueblos á quienes había llegado á precipitar.

No acabaríamos si fuésemos á puntualizar tantos y tan variados sucesos como tuvieron lugar en aquella sublevación que, en el tiempo á que nos vamos refiriendo, se había hecho casi general en la América española. Méjico había vuelto á cobrar fuerzas para emprender de nuevo su obra de emancipación de la que, madre afectuosa, por más que quieran negarlo

sus enemigos, les había dado su sangre, cultura y bienestar. Otro tanto hicieron Chile, el Perú y Venezuela, la primera, ésta, en rechazar la protección de la metrópoli; batallando ya contra fuerzas que, calculada la distancia de donde era necesario llevarlas, y la situación precaria en que España se veía por la guerra con Francia, en un principio, y las civiles que la sucedieron, bien se observaba no bastarían nunca para devolver tan grandes colonias á su augusta obediencia. Años y años pasarían en tan desigual contienda, favorecida, de otra parte, por potencias celosas de tanta prosperidad y que, bajo la capa, algunas, de alianza y amistad, no hicieron sino socavar los cimientos de una fábrica que el genio español y heroismo de nuestros soldados habían levantado á despecho de sus adversarios. Tan infiltramos en los americanos las cualidades características de nuestra raza y antigua nacionalidad, que las discordias que han causado nuestra ruína se apoderaron de ellos y, durante la lucha de su independencia, pero sobre todo después de haberla conseguido, sufrieron y sufren sus estragos y los sufrirán hasta que las someta, si no las devora, ese mónstruo de tan diversos y heterogéneos elementos compuesto, unidos tan sólo para acaparar los intereses todos de aquellas espléndidas regiones, por nuestros padres descubiertas y civilizadas.

Con todo, y á pesar de tantas contrariedades, la Constitución es la obra magna de las Cortes de Cádiz, si muerta dos años después, en el de 1814, resucitada en 1820 para, envuelta luego de nuevo en el sudario del despotismo, salir á luz en 1836 á favor de una insurrección militar. ¡Como si fuera su destino el de, na-

cida entre el estruendo de las armas, hallar siempre en ellas la surtida del antro en que se la encerrara! Ni la amenaza de perder su asiento cada día y aun verlo reducido á cenizas por los nuevos tormentos que sobre él hacían llover su fuego dirigido por enemigos tan esforzados y expertos, ni las contrariedades, no pocas, producidas por nuestras discordias, por los desastres de nuestras armas y las ambiciones del más poderoso de nuestros aliados, lograron turbar la decisión de los legisladores españoles que, á fuerza de patriotismo, más ó menos bien dirigido, vieron acabada su obra, si efímera según hemos dicho en sus efectos, inmortal en cuanto á que abrió una era nueva al estado social y político de España, que, modificado en razón de los tiempos y de las circunstancias, persiste y es de esperar dure, combatido y todo por los mismos elementos que trataron de hacerlo abortar en aquella solemnísima ocasión.

La parte que menos ocupó la atención de nuestros legisladores de Cádiz fué la correspondiente á la Milicia. Con decirse en la Constitución que habría una fuerza militar permanente, de tierra y mar, para la defensa exterior del estado y la conservación del orden interior; con disponer que las Cortes fijaran anualmente el número de tropas necesarias, así como el de los buques que habrían de armarse ó conservarse armados; con que las Cortes también establecieran lo relativo á la disciplina, orden de ascensos, sueldos, etc., así como las escuelas para la enseñanza de las diferentes armas del ejército y armada; y determinando, por fin, que ningún español podría excusar el servicio militar, se llenan los seis artículos que contiene el ca-

pítulo I del título VIII de aquel Código constitucional.

A él hay, sin embargo, añadido otro capítulo, el II, en que se instituye otra fuerza pública, la de las *Milicias nacionales*, establecida en cada provincia, de servicio no continuo sino en las circunstancias que lo requiriesen, pero que no podría emplear el Rey fuera de la provincia respectiva sin otorgamiento de las Cortes.

Y hé aquí la razón de lo prescripto en el párrafo último de los solos cuatro de que se compone ese capítulo II. Se dice en el Discurso Preliminar: «Como la Milicia Nacional ha de ser el baluarte de nuestra libertad, sería contrario á los principios que ha seguido la Comisión en la formación de este proyecto, el dexar de prevenir que se convirtiese en perjuicio de ella una institución creada para su defensa y conservación. El Rey, como gefe del exército permanente, no debe disponer á su arbitrio de fuerzas destinadas á contrarrestar, si por desgracia ocurriere, los fatales efectos de un mal consejo. Por lo mismo no debe estar autorizado para reunir cuerpos de milicia nacional sin otorgamiento expreso de las Córtes. En punto tan grave y transcendental toda precaución parece poca, y el menor descuido sería fatal á la Nación.»

Esto, según expresión general en el periodismo, no necesita comentarios.

Para poner de acuerdo tales preceptos constitucionales y, como tales, inapelables, con las exigencias del servicio militar, regido por principios tan distintos, era necesario establecer nuevas reglas de conducta para las tropas, y se organizó una junta de notabilidades de una y otra carrera, militar y civil, que, cual es de

suponer, hallaban dificultades y obstáculos á cada paso que daban en sus estudios y resoluciones en materia tan compleja y peligrosa. No faltaban, con todo, proyectistas que trataban de mostrarla fácil, aun sencilla, y salieron á luz libros y folletos que, al poner las ideas en ellos expuestas al alcance de todos, pudieran, en concepto de sus autores, llevar al convencimiento, al menos de sus partidarios, de lo ventajoso y práctico de sus proyectos. Hay que recordar en ese punto los escritos principalmente del sargento mayor de Zapadores Minadores D. Vicente Sancho, hombre público después tan conocido, que dirigió al Congreso su «Ensayo de una Constitución militar deducida de la Constitución política de la Monarquía Española,» y el de D. Alvaro Flórez Estrada, que en el mismo año de 1813 ofreció al público el titulado «Constitución Política de la Nación Española por lo tocante á la Parte Militar». No fueron sólo esos los que se publicaron por entonces; pero en todos, como en aquéllos, resplandece la tendencia á dictar y aun exagerar el pensamiento de las Cortes, el de imponer al ejército reglas completamente distintas de las que informan nuestras antiguas y acreditadas *Ordenanzas*. Ni tampoco era oportuna la ocasión para tales mudanzas en el modo de ser material y moral de nuestras tropas; que si se ha dicho por hombres como Napoleón no deberse cambiar organizaciones y tácticas al frente del enemigo, menos debería hacerse en una lucha tan empeñada como la que mantenía España, y con tropas de cuya fuerza era acaso la más eficaz la de las muchísimas, no todas regulares, que combatían ó pululaban en las provincias más apartadas entre sí de la Península.

Menos todavía estaban por la idea tan preconizada después de que, «á mayor extensión de la libertad civil mayor suma de severidad militar».

## VIII

La guerra, al tiempo á que nos vamos refiriendo, había tomado después de las expediciones del Intruso y de Massena y mientras se debatía el proyecto de la Constitución, un carácter muy diferente del que tuviera al inaugurarse las Cortes en Cádiz. Obligado José á volver á Madrid sin que se le entregase la plaza que por sus gestiones y sus ensayos de fuerza bien pudo comprender que no sería presa suya al menos en mucho tiempo, el que le sería necesario en las demás provincias si hubiera de asegurar en sus manos el cetro que le había entregado su hermano, y obligado el *Favorito de la Victoria* á abandonar, tan desengañado como él, la empresa de arrojar al Océano á los eternos enemigos de la Francia, la campaña se hizo por uno y otro defensiva, lo mismo que en la frontera de Extremadura, en que no tardó á comenzar la serie de sitios que al fin habrían de poner la plaza de Badajoz en poder de los ingleses, que en la de Castilla, donde la batalla de Fuentes de Oñoro determinó por completo aquella nueva fase de la guerra. En Andalucía las operaciones militares se reducirían á que nuestras tropas no turbasen la marcha del sitio de Cádiz, de cuyo éxito ya desesperaban los franceses, que ni siquiera pudieron conquistar la bicoca de Ta-

rifa ni limpiar la vecina serranía de Ronda y la costa de Huelva de los destacamentos españoles que las visitaban. Sólo Soult gozaba de la ocupación de la antigua Bética, trabajando para hacer de ella, por lo menos, un nuevo Bajalato y, cuando no, despojarla de sus más preciadas joyas. En Castilla, el fracaso de Massena al intentar la recuperación de la línea del Agueda y el Coa con la esperanza de, si vencía, repetir la invasión de Portugal con más fortuna que el año anterior, redujo también la campaña al mantenimiento del valle del Duero hasta Valladolid y el del Tajo hasta Madrid, esto es, para cubrir las comunicaciones, entonces más que nunca importantes, con el Imperio francés y la Corte española. En las demás provincias habrían, por consiguiente, de sentirse los efectos de cambio tan transcendental en la marcha de las operaciones de la guerra, alentándose en el ánimo de los españoles la esperanza de un éxito final que tan en peligro habían puesto las dos expediciones mencionadas del año anterior de 1810.

Una excepción había, sin embargo, de notarse; la del estado de la guerra en Cataluña. Sin cesar las tropas ni los naturales de aquel Principado en su generoso empeño de arrojar al extranjero del suelo patrio, se había presentado en él un ejército respetable por su número y disciplina á las órdenes del general Suchet, tan enérgico como prudente, tan afortunado como hábil. Si había fracasado en Alcañiz, vengó su derrota sobradamente en María y en Belchite; y si en Valencia fué también vencido, no había sido por falta de valor en las tropas ni de su pericia, sino porque, lejos Napoleón de España, no había podido desde

París comprender la situación de aquella ciudad, envalentonada con su hazaña de 1808; y Suchet tuvo que sufrir las consecuencias de un error en que él no hubiera caido, envuelto, como se veía, en las dificultades que le ofrecían sus proyectos en las márgenes del Ebro.

Escarmentado con aquel revés, que retardaba por mucho tiempo la ansiada ocupación de las riquísimas comarcas levantinas en que tenían puestos sus ojos Napoleón y su hermano para extender el dominio de sus armas y todavía más para evitar la escasez de víveres en las provincias del interior, esquilmadas por lucha tan larga como la de que eran centro, base y depósito general, el general Suchet se había propuesto continuar sus operaciones con un método rigoroso, lento pero constante y progresivo. Tenía que ser, con efecto, muy lento, como que, para ser metódico y ajustado á los eternos principios del arte de la guerra en situaciones parecidas, y buena prueba era el fracaso anterior, tendría que ir salvando en la gran distancia que le separaba de su objetivo final obligado, varios y no despreciables obstáculos, los que le opondrían, aparte de Lérida, Mequinenza y algún otro punto separado de aquella línea, Tortosa, Tarragona, Oropesa y Sagunto, plazas que no era fácil se conquistaran sobre la marcha. De todas ellas fué apoderándose el juicioso y hábil general francés, pero ¡qué de peripecias en tan larga campaña! Si Lérida cayó después de un sitio de 31 días, perdida la esperanza de salvarse después de la batalla de Margalef; si Mequinenza capituló 25 más tarde y Morella el 13 de junio, al mes de la primera de aquellas fortalezas, aun hubo Suchet de suspender su obra poliorcética más de otros dos

meses hasta encerrar con un estrecho bloqueo en Tortosa á las tropas enviadas por los generales españoles de Cataluña y Valencia á defenderla.

Ese lapso de tiempo, largo para otro objeto de operaciones ó en país distinto, no lo era en España, sobre todo en Cataluña, teatro entonces de las que estaba principalmente encargado el mariscal Macdonald, sucesor en ellas de Gouvion-Saint-Cyr y de Augereau, fracasados más ó menos en los dos años anteriores de la guerra. Tan ocupado andaba el duque de Tarento en combatir la insurrección catalana, boyante con la ocupación del castillo de Figueras y las hábiles maniobras del después conde de La Bisbal, que, como Augereau para el sitio de Lérida, mal podría ayudar á Suchet, satisfecho éste por otra parte con la casi total pacificación de Aragón que hubieran podido turbar esa misma plaza y la inmediata de Mequinenza. Por eso Napoleón, conociendo lo inmenso de la tarea impuesta á su ejército de Cataluña, dirigió á Suchet sobre Tortosa que por su situación formaba el lazo de unión de los ejércitos españoles del Principado y Valencia, dejando á Macdonald el cuidado de atacar la fortaleza de Tarragona que, como se ha visto, no caería en su poder sino en el de su afortunado colega.

Cayó Tortosa de la manera extraña que saben nuestros lectores; no así Tarragona, tomada por asalto después de una defensa que hizo mucho honor al general Contreras, su gobernador, y tras de cuya pérdida quedó Cataluña puede decirse que indefensa, aunque no sin alientos, para reproducirla, sus impertérritos moradores que, repuestos de la primera impresión, causada por desastre tan transcendental, continuaron muy luego

desplegando, con fortuna á veces, su extraordinaria energía.

Ese suceso y los siguientes hasta los sitios de Sagunto y Valencia, cuyos resultados tanto preocupaban á Napoleón y á su hermano, que los tomaron por signo definitivo de la conquista general de España, constituyen lo que hemos calificado de excepción; y no sin motivo dice M. Guillón en *Nos Ecrivains Militaires:* «En aquella horrible guerra, que perdió á Dupont, que comprometió á Soult, que empequeñeció á Augereau y á Macdonald, que obscureció la fama de Massena y desconcertó por un momento el genio de Napoleón, sólo Suchet superó todo obstáculo y encontró la gloria. En el ejercicio de un mando personal y separado, unió á la habilidad de un jefe militar los talentos de un administrador.»

De esa manera podía, con efecto, calificarse á Suchet, sobre todo desde que Massena se vió precisado á levantar su campo al frente de Torres Vedras.

Para entonces podía contarse con que andaban los ejércitos españoles reorganizándose con elementos tan sólidos relativamente y valiosos que, con el anglo-portugués, desembarazado ya del grave conflicto que en tanto peligro había puesto su mantenimiento en la Península, pudieron tomar una actitud ofensiva, ajena hasta entonces de sus elementos de fuerza.

De la embrionaria organización de nuestros ejércitos, creados en las provincias sublevadas en 1808 y que naturalmente tomaron el nombre de ellas, tan fuertes, sin embargo, por su entusiasmo patriótico que supieron vencer en Bailén y Valencia y resistir, siquier sin fortuna, en Rioseco, se había pasado después á la

que recibió su constitución y títulos por las posiciones respectivas que tomaron en la línea general, señalada con las irregularidades que son de suponer por el curso del Ebro y sus principales afluentes. Las desgracias de 1809, en que los nuevos ejércitos, con la sola excepción de los que combatieron en Alcañiz, Talavera y Tamames, fueron tan ejecutivamente vencidos, no acreditaron aquella organización, por más que, fuera la que fuese y por esfuerzos que se hubieran hecho por darla instrucción y consistencia, nunca hubiera logrado acreditarse ante el hórrido huracán de hierro que, en forma del grande ejército traido de Alemania y gobernado por Napoleón, descargó sobre nuestra desgraciada patria. El ejército de la *Izquierda* fué batido en Zornoza, Valmaseda y Espinosa de los Monteros; el del *Centro*, fraccionado con destacamentos desprendidos para Cataluña y Somosierra, se vió obligado en Tudela á retirarse á Cuenca para cerca de allí, en Uclés, verse luego derrotado y casi deshecho; el de *Extremadura* que se dirigía también al Ebro para reunirse, según las circunstancias, á uno ú otro de los anteriores, retrocede de Burgos maltrecho y después de Somosierra, sin poder siquiera entrar en Madrid en auxilio de los héroes temerarios del Dos de Mayo. Tantos comentarios ha provocado esa segunda acción, que en estos tiempos que corremos se ha visto visitado aquel puerto por varios oficiales franceses con el objeto, sin duda, de dar su fallo sobre la acción de los Polacos, tan brillantemente calificada de única por el general Ponzerewsky, jefe de Estado Mayor de la guarnición de Varsovia, en un folleto recientemente publicado. Nosotros dijimos en su lugar la razón del

éxito de la tan cacareada carga, y no hemos hallado ninguna nueva que nos haya hecho variar de opinión. El ejército de *Reserva* peleó unido al del *Centro* en Tudela para, batido también, retirarse á Zaragoza y, en cambio de su vencimiento, ejecutar una de las más gloriosas hazañas que registra nuestra historia, igual á la otra de Gerona, ejecutada por una parte del ejército de la *Derecha*, estimulando á las demás plazas que mantuvieron con la irreductible sublevación de aquel país el honor del antiguo Principado de Cataluña.

Esa organización de nuestras fuerzas armadas duró hasta fines de 1810, fecha en que nos hemos detenido para observar la marcha y los resultados de las grandes expediciones ordenadas por el Emperador de los franceses sobre Cádiz y Lisboa y que representa así como el mayor esfuerzo hecho por aquel rayo de la guerra para acabar su obra del nuevo Imperio, por él imaginado, de Occidente. Ese es el momento en que comienza el desencanto para él de tan gratas ilusiones. Querrá manifestarse como abrigándolas todavía en su corazón, todo orgullo y codicia, y, para justificarlas, emprenderá mayores y más temerarias empresas; pero bien pensaría que necesitaba con ellas superar el obstáculo que le oponía, invencible en tanto tiempo, la constancia española, ayudada por su mortal enemigo la Inglaterra.

A la organización *provincial* de principios de la guerra, había sucedido, según acabamos de decir, la que pudiéramos llamar *topográfica* en las líneas generales de las operaciones; y al asomar la aurora de una esperanza con el fracaso de Soult y de Massena y con el aumento que habían logrado nuestras fuerzas regulares y

las guerrillas, que iban adquiriendo, además, la constitución de cuerpos no pocas veces unidos á aquéllas, se dió á todas el carácter y la forma de ejércitos que ya para siempre obtendrían el orden numeral común en los de toda Europa. Formáronse, pues, en diciembre de 1810 seis ejércitos: el de la derecha se hizo el *Primero*; las tropas de Aragón y Valencia formaron el *Segundo*; el del Centro tomó la denominación de *Tercero*; el que operaba en Andalucía y Extremadura el de *Cuarto*; el de la Izquierda, algunas de cuyas fuerzas se había llevado el Marqués de la Romana, el de *Quinto*, y las que subsistían en Galicia y Asturias constituyeron el *Sexto*, al que hubo luego de agregarse el *Séptimo* que operaría en Santander, las Provincias Vascongadas y Navarra. Como ha podido verse en el cuerpo de esta obra y con los detalles que requería el período ya decisivo en que habrían de entrar las operaciones, regidas ya en toda España por Lord Wellington, se redujo á seis, primero, y, á consecuencia, acaso, del pensamiento que pudiera abrigar la Comisión de las Cortes sobre la Constitución Militar, á cuatro y las Reservas que combatieron en combinación con los ingleses del Generalísimo y los procedentes de Sicilia en las provincias del Norte y de Levante como, al fin, en las del Mediodía de Francia.

Ni carecieron tampoco las tropas españolas de la instrucción necesaria para entrar en combate, tal, al menos, como se ha dicho y propalado hasta entre nuestros mismos compatriotas y más naturalmente entre sus enemigos. Existía, para no ser así, una base no despreciable, bien revelada en los elogios que habían merecido respecto á su apostura, instrucción y disciplina

los cuerpos expedicionarios á Dinamarca y Portugal. Había para eso en el ejército español reglamentos que no habían desdeñado los franceses, tomados ó no, mucho ó poco, de los prusianos en tiempo del Gran Federico; y al empezar la guerra, en 1808, se dió uno para la Infantería que no ofrecía dificultades para sus ejercicios y maniobras, según eran las necesidades y conveniencias de aquel tiempo. Después y con la práctica en los combates contra las tropas tan maniobreras del imperio francés, maestro entonces indiscutible, se publicaron en España trabajos más ó menos extensos sobre el uso de todas las armas ante enemigo tan formidable; y hasta hay uno, aunque manuscrito todavía, del general Wittingham, que enseña con lecciones interesantísimas al arte de manejar la caballeíra en los campos de batalla.

Y no es que demos á esas organizaciones una importancia decisiva en la marcha de tan larga y variadísima contienda, es que revelan, más que adelantamientos técnicos de escuela, los derivados de la amalgama que se iba verificando de las fuerzas levantadas voluntariamente por los pueblos, que engrosaban sin medida y se constituían hasta hacerse dignas de adquirir puesto en los organismos generales del ejército nacional. Porlier, Mina y Longa por el norte y el occidente de la línea fronteriza á que se reducirían pronto las operaciones; el Empecinado, Durán y Villacampa, en el centro, y Eroles, Miláns y Manso en Cataluña, influían ya de tal modo en las peripecias de cada campaña según sus posiciones, que los ejércitos franceses que operaban junto á ellos se veían imposibilitados de contribuir á la acción de los grandes, destina-

dos á resistir la ofensiva ya de la masa aliada que se adelantaba á arrojarlos de la Península toda. Esta era la misión interesantísima: siempre la proclamaremos como tal, del ejército anglo-portugués y de su enérgico y hábil general-en jefe.

Pero no vaya por eso á proclamarse, como por algunos se ha hecho, la nulidad de nuestros generales. Que no podían compararse en habilidad con los franceses, se hace indudable al estudiar las operaciones de unos y otros en aquella guerra. No habían los nuestros practicado la guerra en luchas tan grandiosas como los mariscales franceses ni bajo la dirección, las lecciones y ejemplos de Napoleón, el mayor capitán de todos los tiempos. Las tropas españolas no habían marchado de triunfo en triunfo, formadas en las grandes masas que exigía aquella guerra, desde que Ricardos y Caro, aunque con mucho menores, se habían batido en una lucha de condiciones muy diversas. Pero, aun así, no fueron tan pocos los éxitos de algunos de nuestros generales que dejasen de merecer, dadas otras circunstancias, una gloria que no se ha sabido ó no se ha querido apreciar en su justo valor. Y decimos en otras circunstancias, porque eso de pelear con los que no habían hallado rivales dignos de suerte en los imperios más poderosos y en los ejércitos cuya reciente historia los acreditaba de maestros en el arte de maniobrar, y eso durante doce años ó más con un general tan hábil é insigne, era para esperar el mismo triste resultado que á ellos les había afligido. Y sin embargo, esos nuestros generales vencieron alguna vez á los aguerridos de Napoleón aun en campos de batalla; que en los sitios de las plazas, mejor que plazas

de guerra, algunas, ciudades abiertas, sin defensas regulares, con la sola del valor y el patriotismo de sus habitantes, hicieron ver una energía, una habilidad y una constancia por nadie superadas, ni igualadas siquiera desde los tiempos de Sagunto, Numancia y Jerusalen. No citaremos nombres, que las preferencias, más que las comparaciones, se hacen odiosas; pero sí hemos de decir que se necesitan muchos mármoles y bronce para recordar la gloria que rodea los de Castaños, Alburquerque, Alvarez y Palafox.

En clases más subalternas, en la de jefes, los hubo que bajo la mano de un Napoleón habrían sido tan excelentes generales divisionarios y aun de ejército como varios, no pocos, de los suyos, enemigos nuesnuestros. Cuando se estudian arranques de inteligencia y de audacia como los ejecutados por Mendizábal, O'Donnell (el de La-Bisbal), Menacho, Freire, Ferraz, Sarsfield, Villacampa, Morillo, Ballesteros, Zayas y cien otros, cuya enumeración, sin exagerar un punto llenaría muchos renglones, ya cumpliendo las órdenes de sus generales en jefe, ya por propia iniciativa en ocasiones dificilísimas, extraña uno cómo no subieron antes á las más altas jerarquías de la Milicia. Rarísimo fué el que, como había sucedido en Francia, pasó de las más bajas clases de la tropa á las altas en los ejércitos de operaciones; los más, la casi totalidad, necesitaron largos y meritísimos servicios para luego aparecer en las primeras columnas de la guía militar oficial.

Esto no quiere decir que, aun con esos generales y esos jefes, nuestros ejércitos valieran lo que su aliado el anglo-portugués. Estaba éste en muy distintas con-

diciones y habría de informar un carácter de unidad, imposible de obtener en los nuestros, reconcentrada, además, en jefe tan acreditado por su energía y sentido autoritario.

Ya hemos dicho el papel que atribuíamos á ese ejército, la manera feliz con que lo desempeñó y la gratitud que le debe la nación española. No se le ha escaseado; porque si muestras se han dado de élla á aliado alguno en las mil vicisitudes que ha corrido nuestra patria en los tiempos todos de su historia, á ninguno se le han prodigado con el fuego y la espontaneidad que á Lord Wellington. Su entrada en los pueblos se significó con aplausos, agasajos y fiestas que bien revelaban la admiración que producían sus servicios, por nadie negados, por todos agradecidos. Los generales, como sus tropas, respetábanle y nunca, con rarísima excepción, se desentendieron de sus disposiciones; y el Gobierno mismo, la Regencia y las Cortes, aprovecharon toda ocasión para aprobar su conducta y prodigarle todo género de recompensas honoríficas y *substanciales*, hasta encumbrarle al mando supremo de nuestros ejércitos y entregarle la dirección sin límites de sus operaciones. Eso que no pocas veces, la Regencia como las Cortes se sintieron cohibidas en sus resoluciones por la influencia del capitán que parecía árbitro de las fuerzas militares de la nación, ya interviniendo con el peso que eso representaba, sin apelar á ostentarlo, ya por medio de su hermano, á quien se invistió con el carácter diplomático más alto de la Gran Bretaña, para que uno y otro, el Generalísimo y el Embajador, pudieran influir en el sentido político, cual en el militar, á fa-

vor de las ideas que dominaran en aquella potencia, tan interesada en la contienda de España con el imperio francés.

Los triunfos conseguidos después del de Torres Vedras, en Fuentes de Oñoro, en Ciudad Rodrigo y Badajoz, pero sobre todo, en Arapiles á pesar de la retirada posterior de Burgos á la línea del Coa, dieron á Lord Wellington tales alientos y á su influencia política tal fuerza, que bien claramente se vió en su visita á Cádiz, por más que, según su modo de ser y su costumbre, se lamentara en seguida de los desdenes imaginarios que suponía haber recibido, como de las resistencias que decía haber encontrado en el Gobierno y aun en el pueblo portugués para la ejecución de la campaña próxima de 1813. Lo que hay es que, prudente hasta la exageración, no se satisfacía para salir airoso de la empresa que meditaba, sino con un poder omnímodo, que, por fin, alcanzó de las Cortes españolas y con los subsiduos de Portugal, si no los arbitrarios que había consultado al Regente, con los que le siguieron proporcionándo el carácter gallardo de los á que tantas veces había llevado á la victoria y la debilidad de su gobierno, siempre sometido á las voluntades británicas. La voz de *¡Douro!* tenía que ser para los portugueses tan respetada como simpática; ya que al personaje que representaba debían la independencia en que, con rarísima interrupción, se habían mantenido durante una guerra, cuyos efectos de sangre, desolación y miseria sufría España en casi todas sus provincias. Galicia disfrutaba de igual beneficio que Portugal; pero no debiéndolo á las armas inglesas sino al patriotismo de sus naturales y á la eficacia de los ser-

vicios prestados por nuestros ejércitos en Asturias, León, Zamora y Salamanca.

Los españoles opusieron dos sistemas de guerra á la invasión francesa: el regular de los grandes ejércitos, que resultó en parte ineficaz, y el instintivo, usual en nuestro pueblo desde los tiempos más remotos. El pueblo español se ha mostrado siempre belicoso; pero militar, en las guerras exteriores tan sólo. A las falanges cartaginesas había opuesto, mejor que el Cúneo, tan preconizado por algunos, su orden disperso, bárbaro ó no, y sus estratagemas; á las legiones romanas una constancia infatigable, una tenacidad que sólo acabó 200 años después de puesta á prueba; y entonces y después una lealtad de que es rara la nación que haya dado ejemplos parecidos. Con esas mismas armas defendió, pues, su independencia de los golpes que ninguna otra continental había sabido resistir, ya que las Napoleónicas dispersaban, como los huracanes el polvo, á nuestros ejércitos, ni bien organizados ni regidos debidamente. Nuestros generales, ¿para qué negarlo? no atesoraban la experiencia de los franceses que venían ejercitándose de 20 años atrás en cien combates gloriosísimos bajo la dirección del más grande capitán conocido de todas las edades; y pretender resistirlos, salvo en raras ocasiones, era tanto como buscar la derrota y con ella hacer más difícil y larga la obra de emancipación que había emprendido el patriotismo español.

A ese patriotismo, á ese amor á la independencia nacional, tan incansable como ardiente, iba unido el más sublime sentimiento de la lealtad, hecha proverbial en el mundo, como pasada por el crisol de los si-

glos, desde los en que se reveló para con los régulos que se habían distinguido por su virtud militar, hasta para con los soberanos aclamados por la nación; y buen ejemplo, tan elocuente ó más que el ofrecido á Felipe V, era el de que á Fernando VII se estaba dando en todo el ámbito de España. El de Romeu en Valencia, dado en el patíbulo mismo, prefiriendo la muerte á la negación del que tantas veces había proclamado en los campos de batalla; el de Moreno en Granada, en caso igual y con parecidas circunstancias; el del alcalde de Montellano defendiendo la casa hasta morir con sus hijos antes que rendirse á todo un ejército, puede decirse, de enemigos; las víctimas, particularmente, del Dos de Mayo, sacrificándose por el honor de la nación y la libertad de su *deseado* soberano; todos esos ejemplos y mil otros que podríamos citar revelan hasta dónde se habían llevado en España el espíritu y el orgullo de móviles tan poderosos como el patriotismo y la lealtad para obtener la independencia nacional y los fueros de la libertad en los destinos del solar nativo.

Y de ahí la explosión que produjo el nacimiento, la organización y los efectos admirables de las guerrillas, que, sin ser decisivos para la independencia patria, contribuyeron á su consecución con tal eficiencia que, sin ella, los ejércitos españoles y los de sus aliados se habrían visto aislados, sin recursos, marchando á ciegas por el intrincado laberinto de nuestras montañas para caer perdidos y extenuados ante las terribles legiones del César francés. ¿Cómo, así, aun confesando sus defectos, no proclamar en voz muy alta las excelencias de un sistema de guerra que, siendo propio

y consuetudinario, produjo resultados tan favorables para la independencia de España?

## IX

Pero llegamos á la época en que un nuevo error de Napoleón, el más grave de los que cometió, inicia su decadencia. Cuando era visible el fracaso de Soult en Cádiz y en el socorro de la plaza de Badajoz al retirarse de la Albuhera; cuando Massena, de regreso de Portugal, dejaba ver en Fuentes de Oñoro que le sería imposible tomar de nuevo la ofensiva y entregaba el mando, por sólo el éxito de Suchet en Valencia, á que dió una importancia que en tales circunstancias no merecía, le ocurre á Napoleón acometer la enorme empresa de dominar el imperio moscovita, tan robusto como extenso, y preñado, por ende, de peligros. Se contempla lo que había soñado, Emperador de Occidente y á la cabeza de las naciones que ha vencido como los Césares de Roma, rodeado de aquellas legiones auxiliares que en su admiración y su abatimiento no hallan mejor lenitivo para la desgracia de su patria que el pelear y pelear en busca de una ocasión en que vengarla. No es él un Carlos XII para, como aquél en Púltawa, ser vencido por los que él ha derrotado en Austerlitz, Eylau y Friedland tan ejecutivamente, y su previsión y el inmenso poder que ha adquirido desde el tiempo de aquellas gloriosísimas jornadas le proporcionará el reunir recursos con que arrostrar el paso de las estepas que se suponen la principal defensa de la Rusia. Ni el Niemen tampoco y el Beresina le de-

tendrán; y una de aquellas abrumadoras batallas que le han proporcionado la sumisión de la Italia, el Austria y la Prusia, le harán dueño de Moscou y de seguro le permitirán llegar al Neva y apoderarse igualmente de San Petersburgo. ¿Detuvieron á Alejandro el Gránico y el Eúfrates, ni los muros de Tiro y de Babilonia? ¿No cruzó César el estrecho de Calais para vencer á los bretones por dos veces? Alejandro llevaba consigo la Grecia, de cuyos ejércitos se hizo generalísimo, y César arrastraba en pos de sí las legiones auxiliares y hasta algunos de los galos que acababa de vencer, como él llevaría ejércitos y adalides sometidos á su dirección.

Sólo un orgullo desmedido, un endiosamiento, eso sí, concebible en hombre que hacía 16 años no encontraba á través de la Europa pueblo que no le abriera paso ni soberano que no se arrastrase á sus pies, podía llevarle á la ejecución de un pensamiento tan exageradamente optimista, ni imaginado siquiera por el mismo Carlomagno, cuya memoria, como la de sus hazañas y ambiciones, no se escaparía á los estudios y á la atención de quien se veía capaz de superarle en unas y otras. Y cualquiera al observar los preparativos dispuestos en el Norte del Imperio, y al ver luego cruzar el Niemen aquella multitud de franceses, alemanes, austriacos, italianos, polacos y españoles, habría dicho que Europa entera iba encadenada al carro triunfal del hombre llamado por la Providencia á variar la faz del mundo. ¡Vanidad de vanidades! Dios, para castigarla, había en sus inescrutables designios resuelto perder á aquel hombre y, según la tan conocida sentencia, lo había enloquecido.

Pero fuese ó no acertado tan colosal proyecto como el de dominar el viejo continente, centro de la civilización moderna, hasta los límites del hielo en él; fueran ó no legítimas y fundadas las esperanzas de verlo felizmente realizado, Napoleón dejaba sin resolver en el otro extremo occidental un problema que, por fácil que le pareciese, le privaría de términos absolutamente necesarios para, completo, prestarse á su solución más satisfactoria.

España, con efecto, podría no preocuparle por no dar á aquella guerra la importancia debida ó por creerla dominada desde que, ganada Valencia y con Soult en Andalucía, la considerara sin fuerza para turbar sus proyectadas operaciones en Rusia; pero ¿no tendría que, á fin de completarlas y obtener un éxito indudable, desmembrar los ejércitos que mantuvieran en jaque á los nuestros y sus aliados é impidieran toda acción sobre ellos? No lo consideró así Napoleón y, cual hemos visto en el texto de esta historia, sacó de España los cuerpos de su Guardia, el núcleo más robusto de las tropas imperiales, los polacos que creía, y con razón, muy útiles en la nueva jornada, y los generales y oficiales más distinguidos que tenían aquí el mando de la caballería y la artillería, con sus mejores escuadrones, aquélla, y ésta y con muchos de sus cañones de campaña.

Eso, como es de suponer, paralizó la acción de los ejércitos franceses en la Península, obligándolos á desistir de la ofensiva, predilecta suya, y alentó á los españoles y anglo-portugueses á tomarla ellos con la decisión que les inspiraban sus recientes triunfos. Lord Wellington se halló desembarazado y libre para emprenderla salvando las fronteras del Coa y el Guadiana,

y bien pronto Ciudad Rodrigo y Badajoz sintieron los efectos de aquel inesperado abandono por parte de sus antes formidables ocupantes.

Así comenzó la era de las grandes operaciones que con una corta interrupción conducirían á la libertad de España y á la sujeción de una parte de la Francia meridional. Todo en esas campañas aparece sujeto á las reglas de la estrategia en su conjunto y de la táctica en sus detalles. Si la habilidad de Marmont en las márgenes del Duero no hubiera sorprendido al Lord y expuéstole hasta á caer en manos de los franceses, los aliados habrían quizás ejecutado felizmente el plan de su invasión en Castilla por julio de 1812; pero, al retroceder, su maniobra frente á los Arapiles le vengó de su primer descuido y de la arrogancia de su adversario, torpeza, si no, de él, de los generales que tan mal le secundaron. Si una falta de previsión le impidió sentir en el castillo de Burgos el castigo del error cometido al tomar el camino de Madrid en vez del que conduce al Ebro, bien redimió el pecado estratégico con la retirada admirable á sus primeras líneas ante el ejército, ya reorganizado, de Clausel y el avance de todas las fuerzas de Soult y de José que corrían desde Valencia sobre su flanco. Aquella marcha, en peligro todos los días de ser cuando menos interrumpida, es un ejemplo táctico tan instructivo y honroso como el de la de Massena por la izquierda del Mondego, sostenida tan sabia como gallardamente por Ney, el *Bravo de los bravos* á pesar de sus diferencias con su jefe el *Hijo mimado de la Victoria*.

Pero no parece sino que aquella jornada habría de servir de lección elocuentísima para la siguiente cam-

paña de 1813; porque en ésta no se dejó olvidado elemento ninguno moral, orgánico ni material de los que pudieran asegurar el éxito que se esperaba. Hemos dicho cómo se desorientó á los franceses al iniciarse la marcha, sorprendiéndolos cuando se preparaban á un combate general que el rey José creía necesario para no abandonar el centro de su efímera ocupación. Hemos hecho ver también con qué orden fueron nuestros ejércitos combinando sus concentraciones y harmonizando sus movimientos para, sin perder su comunicación con la base de donde habían partido y con el pensamiento en su generalísimo de en un caso adverso, siempre improbable, no carecer de una posición ó puerto á que acogerse, ir sujetando al enemigo á no intentar maniobra que pudiera turbar tan meditado proyecto. Ni esa maniobra ni la defensa del castillo de Burgos, único obstáculo que, como el año anterior, pudiera detener la marcha estratégica comenzada en el Duero, lo serían segunda vez, al menos por mucho tiempo ni con temor de otro fracaso, porque, además de poderse envolver posición tan importante, se llevaban medios poliorcéticos suficientes con que allanarlo. Así el ejército francés ni aun se atrevió á ensayar aquellas reacciones que tanto honran la memoria del general Clausel en su retirada de la campaña anterior, y menos á, apoyándose en la fortaleza burgalesa, antes, con tanta gloria también, salvada de la pertinaz valentía de sus sitiadores los ingleses, provocar á su pie una batalla, tan deseada, según sus despachos, por el iluso soberano que veía escapársele de las manos el cetro tan malamente defendido como traidoramente arrancado de las de su

legítimo dueño. No la ignorancia militar del Intruso ni la caducidad de Jourdan quitan á su adversario, el Lord Wellington, mérito á su victoria de los llanos de Alava; que bien reñida estuvo por sus ejércitos, demostrando así su habilidad táctica como en Salamanca, y las excelencias de la unidad de mando, aun en el de elementos tan heterogéneos como los que allí componían el ejército aliado. En Vitoria combatieron en las dos alas de la línea los españoles con singular bravura; y Morillo en la derecha y Longa y Girón en la izquierda no cedieron en arrojo y actividad á los anglo-portugueses que acometían el centro enemigo; teniendo aquél que superar la agria montaña, valiente aunque desordenadamente defendida, y los otros dos que habérselas con el hábil general Reille que les estaba opuesto.

La misma habilidad se desplegó é igual suerte se obtuvo en el resto de aquella campaña. Todo sale al insigne caudillo inglés á medida de sus deseos; todo á la de sus planes. Sorauren, San Marcial y el paso del Bidasoa aumentan su gloria y le aseguran la reputación, ya adquirida, de táctico eminente; cabiéndole la fortuna de acabar la reconquista de la Península por los Pirineos Occidentales. En esa campaña verdaderamente admirable, sólo un revés sufrió el ejército aliado, el del primer asalto de San Sebastián y ese fué debido á no haberse observado las instrucciones dictadas por Lord Wellington en cuanto al modo y á las horas en que debía haberse ejecutado el asalto. La necesidad de acudir á Navarra para rechazar á Soult, que pretendía hacer levantar el sitio de Pamplona, exigió el aplazamiento del de San Sebastián.

No se puede menos de admirar aquella campaña, aun contribuyendo mucho á sus brillantes resultados deficiencias que son muy de notar en los que debían haberlos evitado en parte. «Wellington, dice el comandante Clerc en su «Campagne du Maréchal Soult dans les Pyrénées Occidentales en 1813-1814», gozaba al decir: *Los planes de Soult eran buenos, pero nunca supo coger el momento favorable para ejecutarlos*. Ahora, si se estudia el carácter raro del general inglés, la mezcla extraña de elevación y de inferioridad de su talento, hay que reconocer que debió sus éxitos á la reflexión, á la tenacidad; y ha demostrado que la constancia puede triunfar de todas las resistencias.» En esos desahogos del general inglés y del escritor militar francés, hay no poca acre censura de una parte y una negación de talentos no justificada de otra. Que es muy rara la imparcialidad entre adversarios aspirando á glorias disputadas. A otras causas que á la falta de conocimiento de una situación difícil que es urgente aprovechar, hay que referir un concepto tan poco favorable como el de Wellington respecto á las aptitudes militares de Soult, y á otras también que á las morales del general británico deben atribuirse sus triunfos en aquella campaña. No vayan á confundirse los motivos de los éxitos de éste en Talavera y Torres Vedras, hasta el de Waterloo, con los de Arapiles y Vitoria; ni elevaremos á Soult á la altura de su jefe y maestro, á quien mal podían compararse uno y otro, sin que por eso dejemos de reconocer en los dos condiciones de talento y experiencia que les hacen dignos de gran renombre entre los generales de su tiempo. Guillón, sin embargo, no concede superio-

ridad entre los suyos más que á Massena, Suchet y Gouvion Saint-Cyr. La campaña de los Pirineos en Francia los puso uno en frente del otro, y aun en circunstancias bien diferentes la acabaron atribuyéndose los dos una victoria que en nuestro concepto, ya lo hemos dicho, perteneció al héroe británico.

Aquella campaña, cuya duración revela el carácter que habían de darla forzosamente las extraordinarias condiciones con que se disputó, el que, sobre todo la quiso dar lord Wellington considerándola en alto grado política, ha ofrecido ancho campo á un estudio por parte de los historiadores militares y á consideraciones por la de los políticos que hay que tomar muy en cuenta al describirla. ¿Qué motivo, si no es político, puede hacer que el ejército aliado tarde más de cuatro meses en recorrer las ocho leguas que separan á Bayona del Bidasoa? ¿Cuál para que sólo á los siete meses de octubre de 1813, en que se cruzó aquel río internacional á abril de 1814, entrara ese mismo ejército en Toulouse? Lord Wellington se lo escribió al general Dumouriez: *la vue purement militaire cède à la politique*. Pero esa frase, que para algunos puede explicar la inacción de las tropas aliadas después de victorias al parecer tan decisivas como las del paso del Bidasoa y las batallas de la Nivelle y de la Nive, no basta para justificar la conducta militar del Lord, vencedor en todas ellas. Un general puesto en su caso no tiene disculpa al dejar que el enemigo, aprovechando esa tan inverosímil inacción, se reorganice, refuerce y fortifique en nuevas líneas hábilmente elegidas; y Soult tuvo tiempo sobrado para hacerlo y

convertir la bicoca de Bayona en una plaza que se hizo formidable y no se dejó conquistar.

Que deshaciéndose de las tropas españolas, tan útiles hasta entonces, quedaba su ejército sin las suficientes para proseguir su marcha agresiva sobre esas líneas y aquella fortaleza, aun teniéndolas á la vista, no es tampoco disculpa admisible, porque pudo hacerlo y lo hizo y porque si se hubiera considerado sin medios, no se habría deshecho de los que envió á su retaguardia por un motivo político, el de ahorrar á los franceses, sus enemigos, las depredaciones que no había tenido escrúpulo de permitir en España, su aliada. No hay sino leer la carta que el duque de Angoulême escribió á su mujer en 1.° de febrero de 1814 para comprobar el espíritu político que dominaba en las operaciones de aquella campaña. «He aquí, la escribía, tres preguntas que hoy he hecho á Lord Wellington, con las respuestas que me ha dado.»

«1.ª—Si la bandera blanca se despliega en Pau y tomo yo allí el gobierno en nombre del rey, ¿no os opondríais á que levante tropas voluntarias ú otras, y me dareis fondos para pagarlas?

»—No os lo impediré, pero no pagaré tropa alguna.

»2.ª—Si yo tuviera crédito para hallar fondos, ¿querríais salir garante en nombre del gobierno británico?

»—No, no puedo.

»3.ª—Conquistada por las armas la parte del país que ocupa vuestro ejército, ¿me dejareis tomar su administración sin oponeros á ello, ni á los nombramientos de prefectos, subprefectos, alcaldes, etc., que yo juzgue á propósito hacer?

»—Sí, sin dificultad alguna, os entregaré el gobierno del país ocupado».

Si el lector encuentra alguna contradicción en eso con providencias tomadas por Lord Wellington y con las dictadas á los alcaldes de los pueblos y las instrucciones á los generales, especialmente á Beresford al enviarle á Burdeos, no por eso dejará de convencerse de que observaba una conducta política, según decía á Dumouriez, mezclada con la militar que exigía, al parecer con preferencia, el estado de las cosas en el Norte de Francia. Hallábase expirante el Imperio Napoleónico, invadido por fuerzas que ya podían considerarse como incontrastables; y si aún se temiera una reacción, que seguramente no sería de extrañar en genio tan portentoso como el del mónstruo también de fortuna que lo fundara, razón debería de ser esa para evitarlo no cesando un momento de hostilizar al ejército que lo defendía en el Mediodía hasta acabar con él. Esos períodos, pues, de inacción á que se entregó Lord Wellington ante la Nivelle, la Nive y el Adour, servían, y es raro que no lo advirtiese, para favorecer á Soult en primer lugar, dándole tiempo para reforzar sus posiciones con nuevas tropas y obras de fortificación, y en segundo á Napoleón, á quien no preocuparía la entrada de los aliados por sus espaldas. Y si el generalísimo inglés se hubiera creido sin medios para proseguir su victoriosa marcha desde el Bidasoa al interior de Francia, ¿por qué no llamar á las tropas españolas que había despedido por tan fútiles motivos que, con su ingénita severidad para cuantos no eran sus compatriotas, habría inmediatamente impedido? Con esa conducta, que no tiene otra disculpa que la de estar ope-

rando una campaña tan política como militar, dió lugar á que su adversario francés, apoyado en la plaza, ya formidable, de Bayona, se atreviera á oponerle una ofensiva inverosímil en tales circunstancias, y obligarle, por fin, á llamar á su lado esas mismas tropas españolas que mostraba despreciar y hasta aborrecer. No es, así, de extrañar que Napoleón repitiera á su Ministro de la Guerra órdenes como esta del 25 de febrero: «Escribid al duque de Dalmacia que le mando volver á tomar inmediatamente la ofensiva cayendo sobre una de las alas del enemigo; que aun cuando no tuviese más que 20.000 hombres, cogiendo el momento con valentía, debe tomar ventaja sobre el ejército inglés.» Y poco satisfecho con eso y con añadir que Soult tenía bastante talento para comprender lo que él quería decir, escribía también cinco días después: «Con tropas como las suyas, el duque de Dalmacia debe batir al enemigo con poca que sea la audacia que despliegue y marchando á la cabeza de sus soldados.» Y añadía: «Que sepa que estamos en un tiempo en que se hace necesaria más resolución y vigor que en tiempos ordinarios. Si maniobra con actividad y da el ejemplo de estar el primero en los sitios de peligro, debe, con las tropas que tiene, batir el doble de las del enemigo.» ¡Si se vería apurado el Emperador!

¡Y en tal estado y en circunstancias tan críticas, del momento pudiera decirse con toda propiedad, tenía Lord Wellington lejos de sí á los españoles, de quienes dice un historiador militar francés: *Los españoles se batían como diablos, y sin su imponente energía* (ap-point), *jamás Lord Wellington habría osado penetrar en Francia!*

Ya llegarían momentos, y todo por su culpa, en que tendría que llamarlos.

No es, pues, aquella campaña de las que pueda en justicia vanagloriarse el que por otras y especialmente por la anterior de Vitoria y del Bidasoa debe ser calificado de insigne general, rival en mérito y fortuna de su compatriota el duque de Marlborough. A Hochstaedt, Ramillies y Malplaket puede Lord Wellington oponer Talavera, Busaco y Vitoria, Waterloo sobre todo; á pesar que no hubiera ganado esa última batalla sin la concurrencia del infatigable Blucher que puso á su flanco y en el momento más crítico de la pelea 60.000 prusianos, mal perseguidos desde Ligny por el desorientado y perezoso Grouchy. Pero en la campaña de 1814 en el Mediodía de Francia, la falta de los españoles, puede decirse sin escrúpulo, le produjo la preocupación y las vacilaciones que le contuvieron más aún que sus cálculos políticos en una marcha que, como ofensiva, debía ser decidida, resuelta y, como tal, aprovechada para alcanzar un resultado tan pronto cual exigían la flaqueza de fuerzas de su adversario y la situación por días, por momentos, más y más precaria del imperio enemigo.

No vengan, así, él, sus compatriotas, ni menos sus aduladores en el tiempo que rigió los destinos de su patria, á hacer paralelos con el capitán incomparable á quien le cupo la fortuna de vencer en la última etapa de su carrera militar; porque nosotros, agradecidos y todo á sus servicios y ante las ofensas y los desastres causádonos por Napoleón, ni siquiera descenderemos á la memoria del diálogo de Escipión y Annibal después de la rota, nunca olvidada, de Zama.

## X

En resumen y para terminar, tócanos ahora ofrecer á nuestros lectores algunas observaciones sobre el influjo que las armas españolas ejercieron en el glorioso resultado de la lucha entablada en la Península por Napoleón.

¿Cuál era la nación acometida; cuál la que tenía que defenderse y llevar, por consiguiente, el peso de la guerra? ¿Había sido, ni por acaso, vencida España, aun atacada con artes tan insidiosas y vituperables, con armas nunca hasta entonces rechazadas, cuando aparecieron las inglesas en son de intervenir á su favor? No: los franceses; los soldados de Napoleón eran los vencidos en Bailén y Valencia, y la ventaja por ellos conseguida en Ríoseco sólo sirvió para hacer más vergonzosa la fuga de José Bonaparte que con entrar en Madrid creía haber asentado sólidamente y para siempre su trono en España. No: los españoles solos, aun privados de las fuerzas que la astucia napoleónica retenía en Dinamarca y en Portugal, se bastaron con su patriotismo, despertado por el grito del Dos de Mayo, y con su valor bien probado en otros tiempos contra la Europa toda, para burlar los en un principio temerarios proyectos que nadie hasta entonces había logrado contrarrestar.

Que no, por eso, habría Napoleón de abandonarlos, era natural, midiendo sus fuerzas, y lógico si hubiera de satisfacer sus ambiciones de dominio universal. Pero sería debilitando el que ejercía en el Norte de su

ya vastísimo imperio, con ejércitos que conservaban en jaque y como abrumadas por el miedo á las potencias militares que se tenían por más poderosas en aquellas regiones. Así, al venir á España Napoleón en ayuda de su hermano con aquel *Grande Ejército* cargado de laureles, irresistible por lo numeroso y como dirigido por el Emperador en persona, es cuando se presenta por los horizontes de Portugal el primer ejército inglés para desaparecer inmediatamente fugitivo por los de la Coruña. Y para acreditar el daño causado á Francia con nuestras primeras victorias sin ayuda de nadie, y el concepto que acabamos de emitir de haber con ellas debilitado la acción preventiva ejercida por el Grande Ejército sobre la derecha del Rhin, nos basta con hacer memoria de la precipitada marcha de Napoleón desde Astorga á París, al tener noticia de los preparativos militares en Austria.

Hasta julio, pues, de 1809 no se deja sentir en España la influencia militar de la Gran Bretaña, cuyo representante, el después duque de Wellington, no se había cansado de un día y otro protestar ante nuestras Juntas y nuestros generales de que su misión, y esa exclusiva, era la de proteger á Portugal y no tomar parte en la defensa del resto de la Península.

Entonces pudo medirse la fuerza de la combinación militar que dió á España su independencia en aquella guerra. Si los ejércitos españoles eran impotentes para vencer á los que ni austriacos, ni prusianos, ni rusos habían logrado resistir con fortuna, alguna consiguieron al apoyo de las guerrillas que impedían á los franceses la ocupación tranquila del terreno, por ellos y con sus victorias conquistado, acosándolos de conti-

nuo, interceptando sus convoyes y cortándoles sus comunicaciones. La resistencia, por otro lado, de nuestras poblaciones contenía al enemigo en la marcha de sus operaciones ofensivas; obligándole á detenerse por un espacio de tiempo que los ejércitos vencidos y las partidas dispersas aprovechaban para reorganizarse aquéllos y para éstas rehacerse. Zaragoza contuvo en su marcha invasora á las tropas que constituían el ala izquierda del Grande Ejército francés durante cuatro meses, y Gerona por más de un año á las con que Duhesme, Saint-Cyr y Augereau debían completar la conquista de Cataluña que traidoramente comenzaron con la ocupación de Barcelona y Figueras, las dos fortalezas más importantes del Principado. Astorga, después, y Ciudad Rodrigo y Badajoz prestaron servicios semejantes en el ala opuesta; de modo que bien puede decirse que nuestras plazas y aun las ciudades abiertas y desarmadas, sin más fuertes que los pechos de sus habitantes, fueron complemento asaz robusto de nuestro estado militar, casi desconocido en las demás naciones que lo tendrían por ineficaz y hasta ruinoso. No se citará en ellas un Palafox y un Alvarez, ni siquiera los Santocildes, Menachos, Herrastis y Contreras que ilustraron nuestra historia patria con sus muestras de valor y patriotismo en aquella guerra, prestando así un servicio verdaderamente extraordinario á los ejércitos que mantenían el campo y á las guerrillas que disputaban al invasor el dominio de las montañas.

¿Se quiere combinación defensiva más útil ni más propia en las condiciones de nuestro suelo y en las circunstancias en que se hallaba comprometida España? Pero quien más se aprovechó de ella fué el ejérci-

to aliado anglo-portugués que, no nos cansaremos de repetirlo, á favor de tan poderoso apoyo, pudo maniobrar desembarazadamente y ejercer su acción batalladora siempre reunido y sin preocupación ninguna respecto á sus depósitos y comunicaciones.

Y ¿habrá, así, quien no reconozca que la defensa de España en aquellos tres años fué exclusivamente española? ¿Habrá quien desconozca que, como ese tiempo, hubieran nuestros compatriotas mantenido la lucha cuanto fuera suficiente para alcanzar la fecha en que, como sucedió, y tenía que suceder, llegara la de la decadencia y luego la de la ruina del Imperio francés? No lo desconocerán ahora los más interesados en negarlo, los ingleses, que han experimentado en el Transvaal y el Orange los efectos de una guerra que quiso asemejarse á la con que los españoles mantuvieron su independencia. Tantos millones gastados, las escuadras más poderosas del mundo y un ejército de 250.000 hombres siempre sostenido en su integridad, no han bastado en mucho tiempo para anonadar un puñado de valientes resueltos á con su sangre amasar la hermosa y noble fábrica de su libertad. Y es que, como al fin confesaba, según ya llevamos dicho, un bizarro y entendido jefe francés, el coronel Martín, LA INDEPENDENCIA DE UN PUEBLO LUCHANDO CONTRA EL YUGO EXTRANJERO, NO SERÁ JAMÁS SINO CUESTIÓN DE TIEMPO; PORQUE HAY UNA MORALIDAD NECESARIA EN LAS LUCHAS DE ESTA NATURALEZA, Y PORQUE, COMO DE LA OPINIÓN PÚBLICA, LA VICTORIA DEBE SER SIEMPRE DEL MÁS JUSTO.

Con caracteres de fuego deberían los pueblos tener estampada esa frase en sus templos.

¿Cómo, así, ha podido disputarse al pueblo español

un triunfo tan esplendoroso como el de su independencia?

Tan influyente fué, además, en los destinos de la legitimidad para la Europa toda, como que sin la guerra de nuestra Península que, tras de dejar á descubierto la inmoralidad de la conducta política de Napoleón, le privó de recursos que, agregados á los que tenía reunidos al otro lado del Rhin ó llevados á éste en los momentos supremos de su decadencia, le hubieran permitido salvar su trono y de todos modos su dinastía.

Ya lo decía él aunque tardíamente: «Sea de ello lo que se quiera, esa desgraciada guerra de España, ha sido una verdadera plaga, la causa primera de las desgracias de Francia. Después de mis conferencias de Erfurt con Alejandro, Inglaterra debía verse obligada á la paz por la fuerza de las armas ó por la de la razón. Estaba perdida, desconsiderada en el continente; su conducta en Copenhague había sublevado los ánimos de todos, y yo brillaba en aquella ocasión con todas las ventajas opuestas, cuando ese desgraciado asunto de España, vino á turbar súbitamente la opinión contra mí y á rehabilitar á Inglaterra. Desde entonces pudo continuar la guerra; las salidas que obtuvo de la América meridional la fueron abiertas; se hizo un ejército en la Península y desde entonces llegó á ser un agente victorioso, el nudo temible de todas las intrigas que se pudieron formar en el continente, etc.; eso es lo que me ha perdido.»

Esas frases cocienzudamente meditadas son así como la quinta esencia de cuanto puede pensarse y escribirse sobre el resultado gloriosísimo de la guerra de

la Independencia. La intervención de Inglaterra en ella, está juzgada, para cuantos sepan leer, según suele decirse, entre renglones, con tan exacto criterio como con el laconismo usual del Emperador Napoleón, lo mismo en sus pensamientos filosóficos, al comunicarlos oral ó gráficamente, que en sus arengas y órdenes en que se ve no falta ni sobra nunca ninguna de sus excitaciones ni parte alguna de sus preceptos siempre precisos y terminantes.

España fué la que burló cuantos proyectos forjó Napoleón para sujetarla, en un principio con sus maquiabélicas artes y después con sus armas, tenidas, aquéllas, por las más sútiles y hábiles, y éstas por invencibles. Con su lealtad de siempre, los españoles supieron resistir á las primeras, seducciones que al Grande hombre le habían hecho creer sus anteriores éxitos ser incontrarrestables, y á las segundas, á las legiones que el nuevo César había llevado con su extraordinario genio á la victoria, con su valor nunca desmentido, con su constancia de siempre y con la peculiar táctica militar, históricamente probada como instrumento eficaz para la libertad de su patria. Con esas armas la disputaron sólos largo tiempo; dándolo para que, organizada la intervención anglo portuguesa en territorio tranquilo ya, como libre de nuevas invasiones, pudiera contribuir, como lo hizo, poderosamente á la reconquista de los preciados intereses que tan imprudentemente se les había intentado arrebatar.

A España, pues, se debe principalmente su gloriosa emancipación á la que, repetimos, no cabe en justicia negar sin embargo, ni habrá nunca español que lo niegue, cooperó felizmente como auxiliar eficacísima

en aquella nuestra santa lucha la intervención de las tropas inglesas y portuguesas, sabiamente dirigidas por el insigne general Duque de Wellington.

Toca ahora decir qué fruto sacó España de su tan costoso triunfo, además del precioso de su Independencia.

Terminada la guerra general provocada en Europa por las desatadas ambiciones del Emperador Napoleón y cuando, vencido y arrojado del trono de la Francia, se vió así como encadenado, aunque con tan frágiles lazos que no tardaría sino meses en romperlos, establecióse en París el 30 de mayo de 1814 un tratado en que, dejando el definitivo para otro que se celebraría en Viena, se hizo uno como esbozo de los destinos que habría de recibir Europa, impuestos por los vencedores. En ese convenio no se trataba de España, sino para el caso de la retrocesión de la isla de Santo Domingo á su antiguo dueño, suponiendo, sin duda, en pie lo estipulado en Chaumont por las cuatro grandes potencias que combatían á Napoleón en el Norte, en cuyo artículo 4.° se decía «que España en sus antiguos límites, sería gobernada por el rey Fernando VII».

Al tratado de Viena, cuyo congreso inició sus sesiones el 1.° de noviembre, había precedido una conferencia para decidir quiénes habrían de ser los plenipotenciarios que tomaran parte en las resoluciones del mismo, entre los cuales nunca dejó de contarse con el español entre más de 20 que pretendían ser incluídos como pertenecientes á países más ó menos interesados en los acuerdos futuros de aquella célebre asamblea diplomática. Quedaron, por fin, elegidos por los cuatro árbitros de la suerte de Europa, los de Rusia, Prusia,

Austria é Inglaterra, que aún vacilaban en admitir á los representantes franceses, hasta ocho entre los que D. Pedro Labrador, consejero de estado y caballero gran cruz de Carlos III, como Ministro Plenipotenciario de S. M. el Rey de España y de las Indias.

Tan difícil como interesante era la tarea impuesta al Sr. Labrador; eso que sus ideas políticas bien claramente reveladas en las Cortes de Cádiz y tristemente confirmadas en su conducta posterior cerca del Pretendiente D. Carlos á la corona de España, parece que deberían atraerle las simpatías de sus colegas del Norte, los *cuatro* famosos asistentes á aquel Congreso y luego al de la Santa Alianza. Si éstos se sabía que llevarían en el futuro reparto de los trofeos de su victoria la parte del león, ¿por qué España no había de ser favorecida con lo que en justicia le tocaba? «Pero si había, dice Thiers, un país menos satisfecho que todos los demás, y más justamente indignado de las decepciones que pagaban sus esfuerzos, era España. Había derramado torrentes de sangre y sostenido una lucha heróica para recuperar sus reyes y por precio de esa sangre vertida y de esa lucha heróica no había obtenido sino una tiranía estúpida y sanguinaria.» Y aun cuando Labrador no hubiera de estar conforme con esta última opinión del historiador francés, él enviado de un soberano que le inspiraba otras muy distintas, la tarea no por eso dejaría de producirle grandes afanes, disgustos hondos y protestas calurosas. Él, que no tenía la flema, ni la sangre fría de otros de los con que iba á contender, habría de recurrir á la locuacidad y argumentaciones que se le echarían, por alguno de ellos, en cara como propias tan sólo de un embajador

de Carlos V, y habría de mostrarse intransigente en todo lo que se pudiera apreciar como de interés moral ó material de la nación que representaba.

Así es que, después de resistir cuanto pudo las exigencias de los demás congresistas en puntos que consideraba de honra para su soberano y de amor propio para su personal representación, acabó por negarse á firmar el protocolo al exigirle su aceptación.

Con manifestar cuáles fueron las cláusulas del tratado respecto á España y cuáles las razones en que el Señor Labrador se fundó para negar su firma, se comprenderá que no merece las censuras de que se le hizo blanco. El artículo CV, viene á decir que, reconociendo las potencias la justicia de las reclamaciones del Regente de Portugal sobre Olivenza y otros territorios cedidos á España por el tratado de Badajoz en 1801, se comprometían á emplear, en vías de conciliación, sus más eficaces esfuerzos para que se realizase la retrocesión de aquellos territorios en favor de Portugal y se efectuase lo más pronto posible. Los plenipotenciarios portugueses habían, con efecto, pasado á las principales potencias, á las cuatro consabidas, notas en que reclamaban con instancia su intervención para la restitución de Olivenza, fundándose en que España había unido sus fuerzas á las de Napoleón al invadir éstas el Portugal y en que las portuguesas, por contraste, lo habían hecho después á las españolas para que nuestro país obtuviera su independencia. Mal podía Labrador avenirse con tal injusticia y la negó su conformidad, dejando como acabamos de recordar, de suscribir su adhesión al tratado de Viena en que se imponía á España.

La Historia de aquel Congreso escrita por el «Autor de la Historia de la Diplomacia francesa», manifiesta lo siguiente á propósito de ese incidente:

«El caballero Labrador que era miembro del comité de las ocho potencias, como plenipotenciario de España, rehusó, sólo, el dar su adhesión ó su firma al acta de 9 de junio. Ese ministro fué invitado el 4 de aquél mismo mes á trasladarse al comité *de las cinco potencias* para tomar conocimiento del tratado con que los plenipotenciarios de Austria, Inglaterra, Francia, Rusia y Prusia habían decidido terminar sus trabajos, é informarse á la vez de lo que se había irrebocablemente resuelto entre ellos sobre los derechos del antes rey de Etruria, como sobre la urgente invitación hecha á España para que devolviese Olivenza á Portugal.»

«Como respuesta, el caballero Labrador trasmitió la mañana del 5 de junio al presidente del Congreso, príncipe de Metternich, una amarga nota en la que decía, respecto á lo de Olivenza, *que los plenipotenciarios de las potencias no se habían ocupado sin duda,* SINO POR ERROR, *de eso, puesto que no correspondía al Congreso de Viena, y menos aún á una fracción cualquiera de él, tomar conocimiento de tal asunto.*»

«El caballero Labrador añadía que todo lo que él podía hacer por consideración á las potencias con cuyos plenipotenciarios había conferenciado, era, respecto al tratado que se le comunicaba, dar traslado de él á su corte; y que entretanto no podía firmarlo:

«1.° Porque sus instrucciones le impedían firmar ningún convenio opuesto á la restitución inmediata y total de los tres ducados de Parma, Plasencia y Guastalla;»

«2.° Porque el rey de España, habiendo pedido al Austria, en su propio nombre, *la restitución de Toscana* y subsidiariamente la *de Parma*, y su ministro, habiendo sido recibido en el Congreso bajo el pie de los plenipotenciarios de las demás potencias signatarias del tratado de París; los plenipotenciarios de Austria, Rusia, de la Gran Bretaña, de Francia y Prusia, no habían podido determinar la suerte de Toscana y Parma sin su intervención; y que así se le había invitado á comparecer más que para oir pasivamente lo que las potencias mediadoras habían resuelto irrevocablemente con la otra parte después de haber redactado como tratado definitivo.»

«3.° Porque en el gran número de artículos de que estaba compuesto el tratado de 9 de junio, no había sino un número corto de que se hubiera dado cuenta en las sesiones de los plenipotenciarios *de las ocho potencias* signatarias del tratado de París; y que como todos esos eran iguales, y las potencias que representaban eran también independientes; no podía reconocerse á una parte de entre ellos el derecho de discutir y resolver, y á los otros el sólo de firmar ó negar la firma sin un olvido manifiesto de las formas más esenciales, sin la más notable violación de todos los principios, y sin la introducción de un nuevo derecho de gentes que las potencias de Europa no podrían admitir sin renunciar de hecho á su independencia; y *que, aun cuando fuera admitido generalmente, no lo sería jamás al otro lado de los Pirineos*. Por esas razones el plenipotenciario español negaba su adhesión al acta del 9 de junio.»

Aunque en el libro de quien copiamos los anterio-

res párrafos se opine que se pudo tomar un término medio que era el de adherirse al tratado protestando de lo de Parma para negociar sobre ello, no nos parece digno para España ni para su Rey el aceptar un convenio que no sabemos haya un compatriota nuestro que no lo considere sumamente bochornoso. Y así lo pensó el gobierno español al aprobar la conducta de Don Pedro Labrador, quien, negándose á visitar á Luis XVIII que se hallaba en Gante mientras Francia pasaba aquel lapso de los *Cien días* en que Napoleón ejerció el Imperio desde su regreso de la isla de Elva, se trasladó á París después de la batalla de Waterlóo, donde aún se estableció una comisión de los plenipotenciarios que habían asistido al Congreso de Viena, la cual concedió 36 millones de francos, que pagó Francia, para restablecer las fortificaciones de Hostalrich, Gerona, Rosas y Berga. «Y el ministro de Estado, se dice en las «Memorias de D. Pedro Gómez Havela, marqués de Labrador», publicadas el año de 1850 en París, tenía tal priesa de terminar este negocio (el del tratado de Viena) para recibir condecoraciones y cajas guarnecidas de brillantes, que se nombró al señor Labrador, embajador á Nápoles, para enviar en su lugar al conde de Fernán Núñez (que así fué hecho Duque) con orden de firmar el protocolo en el estado en que aquél lo dejaba».

Afortunadamente quedó Olivenza bajo el dominio de nuestra nación; aunque no sin protestas por parte de Portugal, cuyo ministro plenipotenciario en el Congreso de Viena, el después duque de Palmela, en la «Historia» de cuya vida por María Amalia de Carvalho, publicada en 1898, se dice le había ofrecido pro-

tección y ayuda su amigo Lord Wellington, no cesó un momento de hacer presente en el Congreso la justicia que, en su concepto, merecía y esperaba alcanzar su patria.

La lucha entre los representantes de las dos naciones peninsulares tenía que ser empeñada, pidiendo ambos justas compensaciones á los sacrificios que habían hecho en favor de la causa común á todas las aliadas contra Napoleón; pero la omnipotencia de las cinco que entonces se declararon *grandes potencias*, excluyendo á la nuestra, que lo había sido siempre y bien á costa de ellas, impuso la determinación que acabamos de señalar en aquel más que arbitrario tratado de Viena.

Para que, después, no se ejecutara puntualmente, contribuiría, suponemos, la consideración, no sólo de no despojar á España de una conquista que nada tenía que ver con la guerra de la Independencia y que todo Europa había respetado, sino que también la de que la restauración Napoleónica de los *Cien días* haría pensar en que en nuevos sucesos que pudieran suscitarse importaría más la intervención de España que la de Portugal. Porque ello es que aquella lucha de siete años, perseverante hasta no conocerse un solo momento de desfallecimiento en los españoles para proseguirla con el mismo ardor que en sus principios, dió á nuestra patria una importancia para la defensa de sus intereses nacionales que no se perdió en muchísimo tiempo y, á pesar de todo, se tendrá presente de seguro en lo porvenir.

Y no somos nosotros, los españoles, los solos que debamos atribuirnos aquel triunfo salvador de la glo-

ria y la independencia de Europa, porque á poco de haberse conseguido, escribía M. Bignon en su libro *Les cabinets et les peuples:*

«Si después de la dilatada lucha que ha sostenido durante veinte años, el Gobierno británico ha quedado dueño del campo de batalla, ¿á quién lo debe? ¿A su política, á sus tesoros, al continente entero? No; á un aliado solo: *á la nación española*».

«La Prusia, después de una empresa temeraria (en 1806), fué aniquilada».

«El palacio de Federico II podía ser aún por mucho tiempo un cuartel general francés. ¿Quién será, pues, el que intercederá por la Prusia? Una potencia que *no negocia sino con la espada en la mano, España, España sola,* obligando á los franceses á llevar 150.000 hombres á la otra parte del Pirineo. El territorio prusiano queda desocupado; Federico Guillermo vuelve á su capital; ¿quién le restituyó á ella? *La nación española*».

«Cuando Napoleón, admirado de los pocos progresos de sus generales, trató de dar en persona un golpe decisivo á aquella nación, cien veces vencida y siempre invencible, el Gabinete austriaco (en 1809) calculó que se le ofrecía una ocasión favorable á sus designios. La división de las fuerzas de Francia multiplica las probabilidades de su buen éxito. Era ya una gran ventaja el sacar á Napoleón de España y prolongar aquella guerra devoradora. Napoleón se separa rabioso de las orillas del Manzanares y corre á las del Danubio; pelea, y vence; está en Viena por segunda vez. Todos los obstáculos se allanan; prodígale la victoria sus laureles en los campos de Wagram; se detiene y negocia. Estando en sus manos extender más allá sus

conquistas, sólo anhela firmar la paz. ¿Cuál es la fuerza superior que le inspira tan repentinamente esta moderación inesperada? ¿Quién salva á Austria del enojo de un enemigo vivamente ofendido? ***El mismo auxiliar que salvó á Prusia, la nación española.*»**

«Una guerra vastísima conduce á Napoleón á Moscou; el vencedor de Smolensk y de la Moscowa vuelve fugitivo á París, como Xerjes á Persepolis... ¿Dónde están, pues, aquellas huestes aguerridas, cuya presencia le volvería su dominación pasada sobre Alemania y Polonia? ¿Quién las sostiene, quién las ocupa, ***cuál es el enemigo infatigable*** que batieron ayer y las desafía hoy á nuevos combates? ***¿Quién salva, en fin, á Rusia, como á Prusia y á Austria? La nación española.*»**

¿Fueron, pues, ó no los españoles quienes salvaron á Europa de la catástrofe de que se veía amenazada?

# APÉNDICES

## NÚMERO 1

—

### VALLES FRANCESES DE LOS PIRINEOS OCCIDENTALES

Los montes de Bareges, en que se encuentran las montañas y picos más pintorescos de la vertiente septentrional de los Pirineos, en Francia, separan, desde su arranque de la cordillera, la cuenca del Garona de la del Adour, elevados en un principio, y deprimidos al acercarse al Océano. Su dirección general es al N. O., forman, de consiguiente, con la cresta de los Pirineos Occidentales un ángulo en que se encierran las cuencas del Adour y de la Nive, su principal afluente, y la de la Nivelle, primera línea militar, aunque nada importante, del territorio francés.

La Vallée encierra la descripción de ésta en muy pocas palabras. «La »Nivelle, dice, es un torrente que desciende del collado de Maya; entra en »Francia agua arriba de Ainhoué, pasa próximo al campo de Sabre, célebre »en 1793 y 1813, y concluye en Saint Jean-de-Luz, pequeño puerto, amena»zado incesantemente por las borrascas, nada abrigado, y cuya bahía está »defendida por el fuerte de Socoa.»

Nace la Nivelle, efectivamente, en España, y sus primeras aguas descienden del ramal que, desprendiéndose, cerca del collado de Izpegui, del estribo Pirenaico septentrional que forma la vertiente oriental de los Alduides, se dirige al O. por los montes de Meaka y Goromendi, vuelve al S. por el collado de Maya ó de Otsondo hasta la montaña de Atchiola, torna al O. haciendo inflexiones por las Palomeras de Echalar hasta el monte La Rhune, donde hace una notable al S. por el de Commissari ó Zagárraga, y va á terminar al N. O. en el Océano por la Cruz des Bouquets. De este ramal divisorio entre la Nivelle y el Bidasoa, cuya cresta marca en su última parte la frontera desde Atchiola al extremo meridional de Commissari en Chapitaleco-arria, ramal áspero en su orígen y suave en su terminación, si bien interrumpido por alturas considerables, que representaron un papel importantísimo en la guerra de la República, se desprenden varios arroyos tributarios de la Nivelle.—Después del curso de este río, en cuya orilla está abierta la carretera de Bayona por el valle del Baztan, del que lo separa la montaña de Maya, carretera que termina en el puente de Dancharinea junto á Urdax, el más importante es el río de Urrugne, cuya dirección sigue tambien, después de salvar la divisoria del Bidasoa en la Cruz des Bouquets, la carretera general de Irún á Bayona, Burdeos y París. El Urrugne corre por un vallecillo ligeramente accidentado hasta Siboure, arrabal de San Juan de Luz, y en la guerra que acabamos de citar sustentaba en las eminencias más notables de su cuenca fuertes artillados, que impedían el tránsito del camino.

Cerca del Collado de Maya, en Jaisalegui, arranca otro ramal; por mejor decir, continúa el estribo septentrional que mencionamos, el cual, primero al N. por Gorospile y por el castillo arruinado de Mondaren, y después al N. O. por Suraide hasta Biarritz, delinea la separación de aguas de la Nivelle y de la Nive, encerrando, sin embargo, entre las eminencias cultivadas y pintorescas que dan carácter á aquella última parte, varios vallecillos independientes, que llevan sus aguas directamente al mar en una costa tajada é inhospitalaria, donde los embates del Océano son tan rudos, que se

ha considerado casi imposible el mantenimiento de las grandes obras hidráulicas ideadas por Luis XIV y ejecutadas por Napoleón en San Juan de Luz.

La cuenca del Adour está formada por el ramal divisorio de la Nivelle, que acabamos de describir; la cordillera Pirenaica entre los Alduides y el Monte Perdido, y los montes de Bareges desde su arranque hasta su desaparición en las landas que se encuentran en el camino de Bayona á Burdeos. Esta circunstancia hace que las regiones superior é inferior del valle del Adour sean estériles y salvajes; la primera por la aspereza de sus elevadísimos montes, cubiertos de bosques y de nieve, y la segunda por sus tristes llanuras sin fertilidad alguna y cuya arenisca superficie no ofrece otra vegetación que los gigantescos pinos que mandara plantar el primer Napoleón. Sólo en la región media ó central, pues que la cuenca del Adour representa una semicircunferencia cuyo diámetro fuesen los Pirineos, se halla el país rico, poblado y cortado por valles fértiles y de una belleza admirable.

El Adour nace en el monte Tourmalet y pasa por Bagneres, célebre por sus aguas minerales, y Tarbes, capital del departamento de los Altos Pirineos. Después cambia su dirección septentrional por la occidental, que le conduce á Aire, posición la más importante entre las dos regiones superior é inferior y que domina el camino de Pau á Burdeos. Desde Aire empieza á atravesar las landas por Dax y, cambiando al S., llega á Bayona, plaza de primer orden, arsenal marítimo y capital de la 20.ª división militar del ejército francés, para, 4 kilómetros más abajo, lanzarse al Océano tras un curso de 280, de los que es navegable por espacio de 112, desde Saint-Sever.

Sus afluentes de la derecha son muy poco importantes; pero entre los de la izquierda lo son: el Gave de Pau, que desciende de la cascada de Gavarnie y baña á Pau y á Orthez, para reunirse al Gave d'Oléron, que pasa por Oléron, plaza cuya importancia consiste en cubrir la entrada por Canfrac; la Bidouze, que pasa por Saint-Palais; la Joyeuse, que por Hellette, punto culminante del camino de San Juan de Pié de Puerto á Bayona; y, por fin, la Nive, que, naciendo en el monte Orcullo al N. E. de Roncesvalles, pasa por aquella misma población, y unida al arroyo que riega el valle de Valcárlos y al Bayunza, que corre por los Alduides, baja después al Adour en la misma plaza de Bayona.

El Adour y sus afluentes componen la primera gran línea militar de la Francia por los Pirineos Occidentales. Aunque débil, como se manifestó en la campaña de 1814, en que Lord Wellington fué sucesivamente arrollando á Soult en todos los accidentes defensivos hasta la cuenca del Garona, donde también lo batió en la célebre batalla de Toulouse, no deja de ofrecer obstáculos poderosos, entre los que los mayores son la plaza de Bayona y su formidable ciudadela en la derecha del Adour. A nuestras plazas de Jaca, Pamplona y San Sebastián, los franceses han opuesto el castillo de Lourdes en una elevada roca, y Oléron y Navarreins, malas plazas, enfrente de la de Jaca; San Juan de Pié de Puerto, cubriendo la entrada por Roncesvalles, como Hendaya, Socoa y Bayona la carretera general; pero la principal defensa de Francia por los Pirineos Occidentales son las landas, que obligan á tomar el valle del Garona como línea de invasión, aun siendo muy dilatada y flanqueable siempre; por lo que Toulouse tiene en Francia el interés mismo que Zaragoza en España.

### CUENCA DEL BIDASOA

La cuenca del Bidasoa, río que ha representado papel tan interesante en nuestras diferencias con la Francia, debe á la circunstancia de ser en gran parte línea fronteriza la importancia que siempre se le ha concedido y la que ahora la vamos á dar nosotros en esta descripcion de la naturaleza de sus accidentes y de sus condiciones militares. Las frecuentes luchas de que ha sido teatro y las cuestiones de límites tan debatidas, así de antiguo como recientemente, harán que nos detengamos algún tanto en consideraciones que creemos oportunas en un trabajo como esta *Geografía*, así porque los límites estan sujetos á razón militar más que á ninguna otra, exceptuando la de dignidad nacional, como porque en la historia es donde han de encontrarse las que justifiquen estas mismas consideraciones que vamos á aducir.

La cuenca del Bidasoa está formada por las faldas meridionales del ramal que hemos descrito como formando la de la Nivelle por su orilla izquierda desde el monte Otsondo y collado de Maya; por las occidentales del estribo Pirenáico que encierra por O. el valle de los Alduides y se prolongan al N. á separar las aguas de la Nive de las de la Nivelle, y por las septentrionales del Pirineo, desde los Alduides á Gorriti, y las del estribo que próximamente en la misma dirección de E. á O. que aquél, se dirige de Gorriti á la mantaña de Jaitzquibel. Del estribo que forma por O. los Alduides, y de los importantísimos collados de Berderitz y de Izpegui, que en él se hallan, para comunicar aquel valle con el del Baztan, bajan varios arroyuelos, cuyas aguas, unidas á las de Maya y montes de Azpilcueta, van formando y engrosando el caudal de las del Bidasoa por Errazu, Maya, Arizcun y Elizondo. Hasta Arizcun la corriente general de las aguas se dirige al S. O., para seguir después al S., rumbo que tambien lleva desde su origen el afluente que baja por Maya y Azpilcueta, pero cerca de Lecároz y por bajo de Elizondo vuelve á tomar el del S. O. hasta Santestéban de Lerín, recibiendo, por la derecha las aguas que bajan de las faldas meridionales de la montaña de Alchiola, y por la izquierda, las que del Pirineo por Irurita, Aniz y Almandoz, población, esta última, situada al pié del puerto de Velate, por el que salva la cordillera la carretera de Pamplona á Bayona, que tiene tambien que salvar, por el de Maya, la divisoria entre el Bidasoa y la Nivelle.

El estribo que se desprende del pico de Gorriti, más que un ramal seguido, parece una sucesión de montes paralelos á la cordillera, ligados por lomos, en que se encuentran los collados ó pasos de los valles del Urumea y del Oyarzun á la cuenca del Bidasoa. Así vemos que, mientras aquellos ríos corren de E. á O., los principales afluentes de la izquierda del Bidasoa desde Santestéban á Vera van en la opuesta, auque algo inclinados en general al N. y formando valles divididos de los ya mencionados por aquellos mismos pasos del estribo. Uno de los montes á que aludimos es el de Goizueta, que forma con la cordillera el valle de Lerin, en la cuenca del Bidasoa, y separa por la parte occidental los del Urumea y del Oyarzun; pero los más notables, sin duda alguna, son el monte Aya, entre el Bidasoa y el Oyarzun, y el Jaitzquivel, cuyas tajadas faldas forman la costa entre el cabo de Higuer y la magnífica ensenada de Pasages.

El Bidasoa, pues, desde Santestéban va al N. O. por estrechos desfiladeros, abriéndose paso por entre aquella sucesion de montañas, que parecen querérselo impedir; recibiendo el tributo de los arroyos que descienden entre ellas por Zubieta y Elgoriaga en el valle de Lerin, así como por el terri-

torio de las Cinco Villas, Aranaz, Yanci, Echalar, Lesaca y Vera; y teniendo en sus orillas la nueva carretera que, de Pamplona y desde Almandoz, va por Oyeregui y Santestéban al puente de Behobia.

El territorio de las Cinco Villas confina ya con Guipúzcoa, y el Bidasoa entra en esta provincia por entre el monte Aya y el de Commissari, llave el último, con el de La Rhune, de las operaciones que desde Bayona puedan dirigirse contra el centro del Bidasoa y aún con objeto de flanquear las posiciones defensivas de Irun y Oyarzun por los puertos de Biandiz y Zubieta. Sigue luego lamiendo las faldas de aquellos montes, formando desde Chapitaleco-arria la línea fronteriza y dejando á la derecha el pueblo frances de Biriatu y la montaña de Luis XIV, y á la izquierda la célebre de San Marcial y la villa de Irun, que comunica con Francia por la carretera general y el ferro-carril del Norte. Junto á los puentes se descubre aún la isla de los Faisanes, declarada neutral en el último tratado de límites, más que con objeto alguno material, por recuerdos caballerescos que allí debieron tener lugar y por el de las conferencias habidas en 1659 entre D. Luis de Haro y el cardenal Mazarino, que concertaron la paz llamada del Pirineo y la boda de Luis XIV con la infanta María Teresa.

Varias otras islas nada importantes y cubiertas de maizales interrumpen después el curso del Bidasoa hasta la derruida fortaleza de la *muy noble, muy leal, muy valerosa y siempre muy fiel ciudad* de Fuentarrabía, cuyos títulos bastan por sí solos para manifestar los grandes servicios que habrá prestado en nuestras luchas con la Francia. Esta plaza tiene enfrente la población de Hendaye, que tambien ostentaba un castillo, derruido á su vez por nuestros compatriotas en su contínuo cañoneo de una á otra orilla. De allí sigue el Bidasoa hasta el mar, lamiendo las faldas orientales del Jaitzquivel, en las que se descubre aún un pintoresco castillo construido en los últimos tiempos de Felipe II y cuyo nombre de Higuer manifiesta su vecindad al cabo que lleva el mismo título.

La línea del Bidasoa, de 50 kils. de curso, es vadeable hasta Vera, y por su dirección en la frontera ó en sentido de ella, por los accidentes que forman la cuenca en general, paralelamente situados á aquella misma y á la gran cordillera Pirenaica, y por las comunicaciones á que sirve de paso, sería una línea importantísima, militarmente considerada, si no tuviese en el valle de los Alduides un padrastro, que neutraliza completamente todas aquellas excelentes condiciones.

Efectivamente, la línea divisoria de aguas de la Nivelle y del Bidasoa presenta un obstáculo poderoso á los franceses, por cuanto, estando en ella situadas tropas de nuestro país, no sólo pueden defenderla con ventaja especialmente en los montes Commissari, La Rhune, de Echalar y Atchiola, Gorospil, Otsondo y collado de Maya, sino que se hallarían seguras de una retirada tranquila á la orilla del río en el territorio de las Cinco Villas, Santestéban y Elizondo. Aun forzadas aquí, podían comunicar fácilmente con Guipúzcoa y Navarra y sus importantes capitales de San Sebastián y Pamplona, por los puertos de Biandiz y Zubieta con aquella provincia, y por los de Gorriti, Donamaría, y, sobre todo, Velate con la de Navarra. Por la parte inferior el Bidasoa, además de su ya caudaloso cauce, particularmente en las mareas, tiene para su defensa las posiciones de San Marcial y Fuenterrabía, ambas acreditadas por repetidos y señaladísimos combates, y, á su retaguardia, por los collados de Anderregui y Gainchusqueta en los caminos de Oyarzun y de San Sebastián entre los montes casi inaccesibles del Aya y del Jaitzquivel. Si ántes, además, no ofrecía más entrada practi-

cable por su cuenca que la de Irun, hoy el camino del Baztan, y aun el nuevo que del puente de Behovia va á unirse en Almandoz, ofrecen un peligro sumamente grave, pues que evitan el paso siempre difícil de Roncesvalles y otros desfiladeros que señalamos en la Vertiente Oriental para llegar á Pamplona, y, por lo mismo, dan al Bidasoa y al valle del Baztan un interés cada día mayor. Pero el fatal entrante de los Alduides flanqueando todo el Baztan desde la cresta del estribo que sirve de frontera, donde se hallan los collados de Izpegui y de Berberitz, pasos los más cómodos de un valle á otro, hacen imposible la defensa del de Baztan sin la posesión segura ó la dominación del de Alduides.

Por eso hemos visto en estos últimos tiempos tan preocupada la opinion pública en la cuestion de límites, y de seguro se hubieran conseguido condiciones de más interes material á no insirtir tenaz y patrióticamente aquélla en no ceder la cumbre de los Pirineos á nuestros vecinos. Es verdad que no significa nada la posesión de la cresta cuando no hay en ella carretera que facilite la invasion y puede alcanzarse en cuatro minutos de marcha; es cierto que esa misma cresta es de aquel que en los primeros momentos se presenta más fuerte en la frontera, y, sobre todo, que el verdadero peligro está en el estribo que por Urquinza, Berderitz é Izpegui va al N. á separar las cuencas del Bidasoa, la Nivelle y la Nive; pero en esta clase de cuestiones hay otras consideraciones á que atender, y fácilmente se alarman la dignidad y el patriotismo españoles.

Todo temor desapareceria si no se nos hubiese arrebatado el valle de los Alduides, ántes nuestro; pues que entónces, por el contrario, dominariamos en la Nive, como áun; desde Commissari, La Rhune, Gorospil y desde el collado de Maya, amenazamos la poco importante línea de la Nivelle; pero, como todo el mundo sabe, tarde se recobra lo que arrebata un fuerte, por claro que esté el derecho en favor del débil, y hay, de consiguiente, que renunciar á aquella importantísima ventaja.

Cuál sea la fortaleza de la línea del Bidasoa y cuánto perjudica á su defensa el valle de los Alduides, lo demuestran palmariamente las campañas de 1793 y 1794; y, por lo mismo, vamos á reseñarlas ligeramente en corroboración de nuestras observaciones.

El ejército español, cuyo mando se concedió al general D. Ventura Caro, á quien ayudaban con sus espadas y consejo su sobrino, el célebre Marqués de la Romana, y D. José Urrutia, recibió la mision de operar defensivamente en los Pirineos occidentales, mientras otro lo haria ofensivamente en los orientales á las órdenes de D. Antonio Ricardos.

Aun así, hubiera convenido, habiendo medios para ello, avanzar por Francia, al menos hasta apoderarse de la cuenca del Adour y de su principal fortaleza, la plaza de Bayona; pero D. Ventura Caro, que así quiso inaugurar la campaña, recibió la orden de no aventurar nada que no condujese á la defensa de la frontera.

Ocupaba el ejército, compuesto de unos 22.000 hombres, la extensa línea fronteriza desde Higuer hasta los confines de Aragón, cubriendo los principales pasos de ella, por los que se hallaba naturalmente diseminado, sin presentar un núcleo del que pudiera salir una acción vigorosa, capaz en una ocasion de hacer sufrir al enemigo un descalabro del que no se recobrase en mucho tiempo. Éste, á su vez, estaba fraccionado de un modo semejante, por lo que puede decirse que la primera campaña y parte de la segunda consistieron en ataques parciales y de puestos, incapaces de decidir nada en favor de ninguna de las partes beligerantes.

Caro inauguró gloriosamente la de 1793, apoderándose el 31 de Marzo de Hendaye, cuyas baterías arrasó inmediatamente, y en Abril de toda la orilla izquierda de la Nivelle desde Urdax hasta San Juan de Luz, habiéndolo verificado desde los montes divisorios del Bidasoa por medio de ataques combinados y simultáneos en toda la línea. Llegó hasta Bidart, cerca de Bayona; y hubiera podido proseguir á esta plaza si hubiese reunido algunas fuerzas más; pero, por lo mismo, creyó prudente retroceder á la Nivelle, y pasó á Roncesvalles para tomar por asalto, el 9 de Julio, el fuerte de Castell-Piñon, en el camino alto de San Juan de Pié de Puerto.

Los franceses, aun cuando superiores en número, no pudiendo emprender nada formal contra unas tropas bien dirigidas y cuya primer arma era la bayoneta, principiaron una guerra de puestos, que, por efecto de los refuerzos de gente y material que les iban llegando, les permitió avanzar desde San Juan de Luz, Ascain, Saint Pé y Ainhoué á la frontera, cubriéndose cada dia con nuevas fortificaciones y estableciéndose al fin de la campaña, en la derecha del bajo Bidasoa y en las posiciones inmediatas á Urrugne, en un campo que recibió el nombre de *camp des sans culottes.* Llegaron, fortificándose de altura en altura y al fin de seis meses, á recobrar las dos leguas que habian perdido en un dia solo, y quisieron fijar una batería en la Croix des Bouquets, que amenazaban la línea que conservaban los españoles, hasta Biriatu y Vera; pero el 5 de Febrero de 1794, un ataque á la bayoneta la puso en poder de nuestros compatriotas, que indudablemente hubieran obligado á repasar la Nivelle á sus enemigos, sin el retardo de una de sus columnas, que no pudo salvar con la prontitud necesaria las montañas Commissari y La Rhune.

En la campaña de 1794 siguieron los franceses al principio el mismo sistema gradual de ir ganando terreno hacia el Bidasoa, y el general Caro el de rechazarlos por medio de ataques imprevistos que podriamos comparar con las salidas de una plaza contra los sitiadores. Pero, reforzados los franceses con numerosas tropas segun se iban presentando ya como vencedores en el Norte, y separado Caro del mando de las españolas, principiaron aquéllos una campaña decisiva, que les produjo el éxito más feliz.

El 25 de Julio fué invadido el valle del Baztan por el general Moncey. Dividida su fuerza en varias columnas, arrolló las que se le quisieron oponer en Berderitz é Izpegui, de cuyo último puerto descendió á Errazu y Arizcun persiguiendo á los españoles, que, viendo abandonado de sus compatriotas el de Maya, y al general enemigo Delaborde ocupando el monte Atchiola sobre su flanco, tuvieron que retirarse precipitadamente á Santestéban para cubrir después á Almandoz y el valle de Lerin, sus dos vías de retirada.

El general Delaborde atacó el dia siguiente los reductos del monte Commissari, con fortuna, no siempre risueña al valor; ocupó á Biriatu, objeto anteriormente de tanto combate glorioso para nuestras armas, el territorio de las Cinco Villas y el valle de Lerin, situándose así en posicion desde la que podria amenazar el flanco, y aun la retaguardia, de la izquierda española. Esta, el 1.° de Agosto, fué tambien embestida vigorosamente por el general Frecheville, cuyas tropas pasaron el Bidasoa y atacaron las baterias establecidas en las faldas de San Marcial, que se hallaban apoyadas por fuerzas situadas en la bellísima posicion del monte Aya. Pero, forzado éste por los enemigos procedentes de las Cinco Villas, fué abadonado todo el Bidasoa, refugiándose sus mantenedores á Oyarzun, de cuya posicion pasaron en seguida á Hernani y poco después á Tolosa, adonde consideró el Conde de

Colomera, que habia relevado á Caro en el mando del ejército, deberse retirar para no ser flanqueado desde los puertos de Biandiz y de Zubieta. A estas desgracias, en que tanto resplandeció la energía de los regimientos de Ultonia, Reding, Guardias walonas y provincial de Tuy y los de caballería de Farnesio y Montesa, que obtuvieron una recompensa honorífica por su teson en sostener la retirada en medio de las contrariedades más terroríficas, se agregaron las rendiciones de Fuenterrabía y del castillo de Higuer y de San Sebastian, con lo que fué perdida la línea del Bidasoa para todo el trascurso de aquella guerra.

Contaban los franceses con 60.000 hombres, que sólo habían de combatir á 20.000; pero supieron, además, en un momento reunir sus esfuerzos para un objeto, y obtuvieron, por lo mismo, el favorable resultado que siempre obtiene el talento con medios. Los españoles, por el contrario, teniéndolos muy cortos y esparcidos, hasta el extremo de decir Mr. Dochez «que »más que para otra cosa, parecian situadas á propósito las tropas para es»torbar la entrada á los libros y periódicos franceses, ó si acaso, á los ino»fensivos caminantes», no supieron concentrarlos para oponer siquiera en un punto una resistencia proporcionada al ataque y neutralizar las ventajas que obtuviera el enemigo en otros lugares. Así se vieron arrollados simultáneamente en todos y sin recurso para lo porvenir, no pudiendo evitar la invasion, que en la campaña siguiente llegó á extenderse hasta el Ebro por el camino de las Castillas.

Vemos, pues, como el ataque del valle del Baztan, siendo favorable á las armas francesas, fué la base de los sucesivos, que produjeron la conquista de la línea del Bidasoa, cuya defensa fué y será siempre insostenible perdidos los puertos de Berderitz é Izpegui, que la flanquean completamente. Por eso en una guerra defensiva no debe ocuparse fuertemente el Baztan, sino, por el contrario, concentrar las fuerzas del ejército en los extremos de la línea fronteriza al frente de Pamplona, cubriendo los desfiladeros que desembocan al Arga desde Roncesvalles y Velate y observando el Baztan; y en el monte Aya para oponerse á la invasion por Irun, ó avanzar á Francia á cortar las comunicaciones del enemigo en caso de que aventurara el ataque á Pamplona. Estas dos posiciones ofrecen la ventaja de cubrir todos los caminos que conducen al interior; pueden comunicarse y protegerse recíprocamente por el llamado de los Mugaires, que desde Almandoz va á Irun por las Cinco Villas, y por el de Lecumberri; y defiende, sin ocupación, los pasos de Zubieta y Biandiz, únicos por donde pudieran ser flanqueados, pero sin artillería, los dos cuerpos de ejército.

---

## NÚMERO 2

—

Al Conde Bathurst... San Juan de Luz, 27 de noviembre de 1813.

«Tan mal se van poniendo los asuntos entre nosotros y los españoles, que creo necesario llamar seriamente vuestra atención sobre ello.»

«Ya habréis visto los libelos respecto á San Sebastián, que sé han sido escritos y publicados por un oficial del Ministerio de la Guerra, y creo que bajo la dirección del Ministro, D. Juan O'Donojú. Se ha aprovechado la ventaja de la impresión causada por esos libelos para circular otros en que se repiten antiguas historias sobre atropellos cometidos por el ejército de Sir J. Moore en Galicia; para irritar la opinión pública sobre nuestra ocupación permanente en Cádiz y Cartagena, particularmente en Ceuta; para exagerar la conducta de nuestros negociantes en la América del Sur y algún pequeño negocio de un capitán de barco que se haya portado mal en un puerto español; lo cual se representa como un ataque á la autoridad soberana de la nación española.»

«Yo creo que todos esos libelos proceden de un mismo origen, el gobierno, sus inmediatos empleados y oficiales; y aun cuando no tengo motivo para creer que hayan hecho grande impresión en el país, la han hecho ciertamente en los empleados oficiales del gobierno é igualmente en los principales oficiales del ejército. Esas personas necesitan ver que, si los libelos no han sido escritos ó estimulados por el gobierno, no han sido por lo menos desautorizados; conocen que somos odiosos al gobierno y nos tratan como tales.»

«Las tropas españolas roban cuanto encuentran cerca; para ellas nada es sagrado, ni sus propios almacenes ni los nuestros. Hasta últimamente, se hacía aparecer algo de investigación y así como un deseo de castigar á los criminales; pero ahora, esos actos de desorden se han dejado como enteramente inadvertidos hasta que he intervenido con mi autoridad de Comandante en jefe del ejército español para darla fuerza. Los magistrados civiles del país, no sólo han rehusado el asistirnos, sino que han mandado terminantemente á los habitantes no pagar nada, y cuando se han descubierto robos y probado legalmente contra el Comisariado, se ha violado la ley y se ha detentado la posesión. Eso ha sucedido últimamente en Tolosa.»

«Así, lo que es más raro y más difícil de comprender, es una transacción ocurrida últimamente en Fuenterrabía. En el arreglo de los acantonamientos y la estación general de hospitales, se estableció que los hospitales británicos y portugueses se situaran en aquella ciudad. Hay un edificio allí que ha sido hospital español; pero la autoridad española que me respondió que era el encargado del hospital, necesitaba alzar, para servir de leña, el entarimado, etc., como las camas, de modo que nuestros soldados no tenían el uso de ellas; y ese es el pueblo al que hemos dado medicinas, instrumentos, etc., cuyos heridos y enfermos hemos tomado en nuestros hospitales, etc., y al que hemos hecho cuantos servicios están en nuestro poder, después de haber recuperado su país del enemigo.»

«Ruego á vuestra Señoría que observe que esas personas no son el pueblo de España, sino empleados del gobierno, que no se atreverían á conducirse de esa manera si no supieran que su conducta sería agradable á los que los emplean. Si la intención, sin embargo, no es reprimida; si nosotros

no mostramos que sentimos la injuria hecha á nuestro carácter y la injusticia y enemistosa naturaleza de tales procederes, debemos esperar que al fin el pueblo nos mirará de igual manera y que no tendremos ningún amigo, ni nadie que se atreva á declararse como tal en España.»

«Ahora quiero pediros que considereis cuáles serán las consecuencias de ese estado de nuestros asuntos, suponiendo que ha de esperarse cualquier trastorno, ó que, á seguida de una agravación de esas injurias é insultos y de esa nada amistosa conducta ó por cualquiera otra razón, tendremos que pensar necesario el retirar nuestro ejército. Pienso yo que experimentaré una gran dificultad para retirarnos á Portugal atravesando España siéndonos hostil el pueblo español, por la naturaleza peculiar de nuestros equipos; y pienso que sería mejor embarcar el ejército en Pasajes á pesar de los ejércitos unidos de Francia y España. Pero es para mí mucho más seguro si se toma posesión de San Sebastián; y ese punto de vista es el motivo para avisarle y aconsejarlo como remedio á los peligros de que os he dado cuenta.»

«1.°; Así, os recomiendo alterar la naturaleza de vuestras relaciones políticas con España y no tener aquí más que un *Chargé d'Affaires*. Mi hermano es de esta misma opinión en ese punto.»

«2.°; Os recomiendo que os quejéis seriamente de la conducta del gobierno y sus servidores; recordarles que Cádiz, Cartagena, y yo creo que Ceuta, tuvieron guarnición de tropas inglesas por su formal petición; y que las tropas no fueron enviadas á las dos primeras mientras el gobierno aceptaba ciertas condiciones; y que si nuestras tropas no hubiesen guarnecido la última, la plaza, antes de ahora, habría estado en poder de los Moros.»

«3.°; Os recomiendo que pidais, para seguridad de las tropas del Rey contra cualquier disposición criminal del gobierno y de sus autoridades, que se admita guarnición británica en San Sebastián, advirtiendo que, si no se cumple esa demanda, se retirarán nuestras tropas.»

«4.°; Os recomiendo retirar las tropas si no se satisface á esa petición, con las consecuencias á que eso dé lugar y estar preparado con arreglo á ellas. Podreis confiar en eso y en que si tomais una firme y dicidida resolución y se ve que os afirmais en ella, tendréis de vuestra parte á la nación española, hareis que el gobierno vuelva en sí, pondreis fin del todo á las pequeñas cábalas y contrariedades que existen ahora y no tendreis necesidad de llevar al extremo esos asuntos. Si tomais otra resolución que no sea decidida, y una que, en sus consecuencias, nos envuelva ruinosamente, podeis estar seguro de que no ganareis nada y de que hareis mal ese asunto.»

«Os recomiendo esas medidas cualquiera que sea la decisión respecto á mi mando del ejército. Serán probablemente las más necesarias si yo lo conservo. La verdad es que se acerca una crisis en nuestras conexiones con España; y si no lograis que el gobierno y la nación vuelvan en sí antes de ir más adelante, perdereis inevitablemente todas las ventajas que podais esperar de los servicios que se les presten.»

El espíritu que revela ese despacho es el mismo siempre rencoroso que se descubre en los escritos todos y en los actos de Lord Wellington respecto á España. No bastaron para que variase en él ni sus triunfos que bién comprendería deberlos en gran parte á la cooperación de los españoles, sus ejércitos y guerrillas, ni los agasajos, mercedes de riquezas y condecoraciones que le otorgaron nuestro pueblo, nuestro Gobierno y nuestras Cortes, ni siquiera la inmensa confianza de encomendarle el mando en jefe de

nuestros ejércitos. Nada logró ablandar aquél corazón de hierro que llegó á darle nombre, ni hacerle variar de aquella resolucción, misión que decía él haber recibido de sólo resguardar Portugal de la dominación francesa. Si entró en España en un principio, fué por interesar su acción á ese mismo mandato de su Gobierno; y después porque sólo así y después de los reveses sufridos por Massena y al tiempo en que Napoleón emprendía la campaña de Rusia, comprendieron él y su nación que se había presentado la ocasión de destruir el Imperio francés.

Pero de todos modos el despacho de Lord Wellington viene á decir que, conseguido ese objeto, no tenía para que tener miramiento alguno á España y que se podría seguir con ella la conducta de la guerra de Sucesión y de la marítima de siempre.

---

## NÚMERO 3

**Estado** *de las tropas que componía el ejército imperial de España en 1.º de abril de 1814.*

| Tenientes generales | Divisiones | Brigadas | Regimientos | | Totales | | Observaciones |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Teniente general Reille.... | 4.ª división general Taupin... | Gral. Rey .. | 12.º inf.ª ligera. | 632 | 2.162 | 4.298 | Sobre el total ese hay 383 quintos sin instrucción. |
| | | | 32.º de línea ... | 941 | | | |
| | | | 43.º id.......... | 589 | | | |
| | | Adjud Com Gasquet.. | 47.º id.......... | 1042 | 2.136 | | |
| | | | 55.º id.......... | 501 | | | |
| | | | 58.º id.......... | 593 | | | |
| | 5.ª División general Maransin | Gral. Barbot....... | 4.º inf.ª lig.ª ... | 490 | 1.640 | 3.011 | |
| | | | 40.º de línea ... | 689 | | | |
| | | | 50.º id.......... | 461 | | | |
| | | Gral. Rouget....... | 27.º id.......... | 426 | 1.371 | | |
| | | | 34.º id.......... | 393 | | | |
| | | | 50.º id.......... | 452 | | | |
| Teniente general D'Erlon.. | 1.ª División general Darricau. | Gral. Fririon...... | 6.º inf.ª lig.ª... | 481 | 1.818 | 3.982 | |
| | | | 69.º de línea ... | 872 | | | |
| | | | 76.º id .......... | 465 | | | |
| | | Gral. Berlier....... | 36.º id.......... | 856 | 2.164 | | |
| | | | 39.º id.......... | 516 | | | |
| | | | 65.º id.......... | 792 | | | |
| | 2.ª División general Darmagnac....... | General Le Seur ..... | 31.º inf.ª lig.ª .. | 875 | 2.258 | 4.752 | |
| | | | 51.º de línea ... | 620 | | | |
| | | | 75.º id.......... | 763 | | | |
| | | Gral. Menne ....... | 118.º id.......... | 1236 | 2.494 | | |
| | | | 120.º id.......... | 1258 | | | |
| | 6.ª División general Villatte .. | General St. Pol....... | 21.º inf.ª lig.ª... | 735 | 2.562 | 4.423 | Sobre ese total hay 214 quintos sin instrucción. |
| | | | 86.º de línea ... | 478 | | | |
| | | | 96.º id.......... | 568 | | | |
| | | | 100.º id.......... | 781 | | | |
| | | Gral. Lamorandiére . | 28.º id.......... | 554 | 1.861 | | |
| | | | 103.º id.......... | 671 | | | |
| | | | 119.º id.......... | 636 | | | |
| | 8.ª División general Harispe.. | Gral. Dautiure..... | 9.º inf.ª lig.ª.... | 641 | 1.970 | 4.555 | |
| | | | 25.º id.......... | 732 | | | |
| | | | 34.º id.......... | 597 | | | |
| | | Gral. Baurot....... | 10.º de línea.... | 524 | 2.585 | | |
| | | | 45.º id.......... | 588 | | | |
| | | | 81.º id .......... | 501 | | | |
| | | | 115.º id.......... | 494 | | | |
| | | | 116.º id.......... | 290 | | | |
| | | | 117.º id.......... | 188 | | | |

**Total** .............. 25.021 } 32.288

| | | |
|---|---|---|
| Reserva general Travot....... | Generales Pourailly y Vouillemont ..... | Quintos no instruídos....... 7.267 |
| | | *Caballería*: |
| | | 2.583 hombres y 2.396 caballos. |

ESTADO *de fuerza del Ejército anglo-español según Vaudoncourt.*

| Generales jefes de Cuerpo de Ejército | Generales de división | Generales de brigada | Infantería | Caballería | OBSERVACIONES |
|---|---|---|---|---|---|
| Mariscal Beresford.... | Cole.......<br>Clinton.... | | 10.000 | | Apoyando inmediatamente la izquierda del general Freyre y formando la extrema izquierda de la linea de batalla del ejército anglo-español contra la parte norte del canal, desde la embocadura hasta el puente Matabian; ha sido en seguida dirigida contra el reducto Sypière. |
| | | Sommers..<br>Vivian..... | | 3.000 | |
| Picton...... | Alten .....<br>Picton..... | | 10.000 | | En el ataque del Canal desde su embocadura hasta el puente Matabian. |
| | | Brigada alemana..... | | 1.500 | |
| Freyre...... | | Ponsomby. | 18.000 | 900<br>1.500 | En el ataque del puente Matabian y de los reductos al norte del Calvinet. |
| Hill....... . | Stewart...<br>Lecor .....<br>Morillo.... | | 15.000 | | En el ataque del arrabal de St-Cyprien y favoreciendo el ataque del puente Jumean con baterías de enfilada y de revés. |
| | | Fane................ | | 1.500 | |
| | | *Totales*.......... | 53.000 | 8.400 | |
| Girón................................ | | | 18.000 | 900 | Reserva española que no tomó parte en la acción. |
| | | | 71.000 | 9.300 | |
| | | | 80.300 | | |

## NÚMERO 4

—

Partes sobre la batalla de Toulouse, dados por Lord Wellington y Freire, según aparece en la *Gaceta de la Regencia* del Domingo 24 de Abril de 1814.

El Sr. duque de Ciudad-Rodrigo ha dirigido al secretario interino del despacho de la Guerra el parte siguiente:

«Excmo. Sr.: Tengo la satisfaccion de informar á V. E. de que hoy por la mañana he entrado en esta ciudad, que el enemigo habia evacuado durante la noche, retirándose por el camino de Carcasona. La continuacion de las lluvias y el estado del rio me impidieron echar el puente hasta la mañana del 8, que el cuerpo español, con la artillería portuguesa, baxo el mando del general Freyre, y el quartel general pasaron el rio Garona. Inmediatamente avanzamos hasta las inmediaciones de la ciudad, y el 18.° de húsares, baxo el mando inmediato del coronel Viviane, tuvo ocasion de executar el ataque mas brillante contra un cuerpo superior de caballería enemiga que arrojó del pueblo de Croix-Dorade, tomándoles 100 prisioneros, y haciéndonos dueños del importante puente que hay allí sobre el rio Ers, por donde necesariamente se habia de pasar para atacar la posicion del enemigo. Desgraciadamente el coronel Viviane fue herido en esta ocasion, y rezelo mucho de que por algun tiempo me veré privado de su asistencia. A la ciudad de Tolosa la rodean por tres lados el canal de Languedoc y el rio Garona. En la izquierda de este rio habian formado los enemigos una buena cabeza de puente, fortificando el arrabal con obras fuertes de campaña delante de la muralla antigua. Tambien habian construido cabezas de puente en cada uno de los que hay sobre el canal, que estaba ademas defendido por el fuego de fusilería en algunas partes de la muralla antigua, y en todas por el de la artillería. Detras del canal, hácia el oriente, y entre este y el rio Ers corre una altura que se extiende hasta Montaudran, y por la qual pasan todos los caminos que van desde la parte del E. al canal y á la ciudad, á la que sirve de defensa: los enemigos, ademas de las cabezas de puente habian fortificado esta altura con cinco reductos, unidos por una línea de retrincheramientos, haciendo con toda prontitud todos los preparativos de defensa. Tambien habian roto todos los puentes del Ers que estaban á nuestro alcance, y por los quales se podia aproximar á la derecha de su posicion. Mas como los caminos del Arriexe á Tolosa eran absolutamente impracticables para artillería y caballería, y aun casi para la infantería, segun tengo manifestado á V. E., no me quedaba otra alternativa que la de atacar al enemigo en esta formidable posicion. Era necesario levantar el puente, y colocarlo mas arriba para abreviar la comunicación con el cuerpo del teniente general Hill tan pronto como hubiese pasado el cuerpo español; y esta operacion no habiendo podido efectuarse hasta muy tarde del dia 9, creí conveniente diferir el ataque hasta la mañana siguiente. El plan que habia formado para atacar al enemigo era que el mariscal Beresford, que se hallaba por la derecha del Ers con las divisiones quarta y sexta, debia atravesarlo por el puente de Croade, apoderarse de Montblanc, marchar rio arriba por la izquierda del Ers, y doblar la derecha del enemigo mientras que el general D. Manuel Freyre con las tropas españolas de su

mando, sostenidas por la caballería inglesa, debia atacar el frente. El teniente general sir Stapletton Cotton debia tambien seguir los movimientos del mariscal con la brigada de húsares del lord E. Somercet; y la brigada del coronel Viviane, al mando del coronel Arentchyld, debia observar los movimientos de la caballería enemiga por ambas orillas del Ers, mas allá de nuestra izquierda. La tercera division y la ligera, al mando del teniente general Picton, y al del mayor general Cárlos, baron de Altten, y la brigada de caballería alemana, debian observar al enemigo por la parte baxa del canal, y atraer su atencion hácia aquel lado amenazando atacar las cabezas de los puentes, cuya demostracion debia tambien executar el teniente general sir Roland Hill en el arrabal á la izquierda del Garona. El mariscal Beresford pasó el Ers, y formó su cuerpo en tres columnas de línea en la aldea de Croix-Dorade tomando la cabeza la quarta division, con la cual se apoderó inmediatamente de Montblanc. Entonces marchó por la orilla del Ers en la misma formacion, sobre un terreno muy dificil y paralelamente á la posicion fortificada del enemigo, y tan luego como llegó al punto en que debia doblarla, formó sus líneas, y se puso en movimiento para atacarla. Durante esta operación el general Freyre marchaba por lo largo de la izquierda del Ers al puente de Croix-Dorade, donde formó su cuerpo en dos líneas, con su reserva en una altura enfrente de la izquierda de la posicion enemiga, sobre la qual estaba también colocada la artillería portuguesa, y á retaguardia y de reserva la brigada de caballería del mayor general Ponsomby. Luego que se formaron las tropas, y se vió que el mariscal Beresford estaba pronto, marchó al ataque el general Freyre. Las tropas subieron en buen órden sufriendo un vivo fuego de fusilería y artillería, y manifestaron gran valor, llevando á su cabeza al general con todo el estado mayor, y las dos líneas se alojaron al abrigo de unas banquetas que había baxo el fuego inmediato de los retrincheramientos enemigos, permaneciendo sobre la altura en que se habian formado primeramente las tropas, la reserva, la caballería británica y la artillería portuguesa. Sin embargo, el enemigo rechazó el movimiento de la derecha de la línea del general Freyre, dobló su flanco izquierdo, y habiendo continuado sus ventajas, y doblado nuestra derecha por ambos lados del camino real de Tolosa á Croix-Dorade, obligó prontamente á todo el cuerpo á retirarse. Mucha satisfaccion me causó el ver que aunque las tropas habian sufrido considerablemente al tiempo de retirarse, se reunieron otra vez luego que la división ligera, que estaba muy inmediata á nuestro flanco derecho, se ponia en movimiento; y no puedo elogiar suficientemente los esfuerzos que hicieron para reunirlas y formarlas de nuevo el general Freyre, los oficiales del estado mayor del quarto exército español, y los del estado mayor general. El teniente general D. Gabriel de Mendizabal, que estaba de voluntario en la accion, el brigadier Ezpeleta, y diferentes oficiales del estado mayor y gefes de cuerpos fueron heridos en esta ocasion; pero el general Mendizabal continuó en el campo. El regimiento de tiradores de Cantabria, al mando del coronel Sicilia, mantuvo su posicion debaxo de los retrincheramientos enemigos hasta que le envié la órden para retirarse. Entretanto el mariscal Beresford con la quarta division, al mando del teniente general sir Lowricole, y la sexta, á las órdenes del teniente general sir Hamry Clinton, atacó y tomó las alturas de la derecha del enemigo, y el reducto que cubria y protegia aquel flanco, y alojó sus tropas sobre la misma altura que el enemigo, quien sin embargo quedó dueño todavía de quatro reductos, y de los retrincheramientos y de las casas fortificadas. El mal estado de los cami-

nos habia obligado al mariscal á dexar su artillería en la aldea de Montblanc, y se pasó algun tiempo antes de que pudiese llegar al sitio donde estaba, y antes que el general Freyre pudiera formarse, y volver al ataque. Luego que esto se verificó continuó el mariscal su movimiento por toda la cresta de la altura, y con la brigada del general Pack tomó los reductos principales y la casa fortificada que el enemigo tenia en su centro. El enemigo hizo un esfuerzo desesperado desde el canal para volver á tomar el reducto; pero fué rechazado con pérdida considerable, y continuando la sexta division su movimiento por la cresta, al mismo tiempo que los españoles executaban el movimiento correspondiente por el frente del enemigo, fué arrojado este de los dos reductos y de los retrincheramientos de su izquierda, y toda la altura quedó en nuestro poder. Nosotros no conseguimos esta ventaja sin experimentar una gran pérdida, particularmente la bizarra sexta division. El teniente coronel Cotton, del 61.°, oficial de gran mérito y de grandes esperanzas, fué muerto desgraciadamente en el ataque de las alturas. El mayor general Pack fué tambien herido; pero pudo continuar en el campo, y el coronel Douglass, del regimiento portugues núm. 8.°, perdió una pierna, y temo mucho que me veré privado por largo tiempo de sus servicios. Los regimientos 36.°, 42.°, 79.° y 61.° perdieron un número considerable, y se distinguieron sobremanera durante todo el dia. No puedo elogiar suficientemente la habilidad y conducta del mariscal Beresford durante todas las operaciones de este dia, la del general Cole, la del general Clinton y la de los mayores generales Pack y Lambert. El mariscal refiere particularmente la buena conducta del brigadir general d'Urban, quartelmaestre general, y la del mariscal de campo Brito-Mossinho, ayudante general del exército portugues. La quarta division, aunque expuesta durante su marcha por todo el frente enemigo á un fuego muy sostenido, no estuvo tan empeñada como la sexta division, y no padeció tanto como ella; pero se conduxo con su acostumbrado valor. Tengo ademas singulares motivos para estar satisfecho de la conducta del teniente general D. Manuel Freyre, del de igual clase D. Gabriel Mendizabal, y del mariscal de campo D. Pedro de la Bárcena, del brigadier D. José Ezpeleta, del mariscal de campo D. Antonio Garcés de Marcilla, y del gefe del Estado mayor del quarto exército D. Estanislao Sanchez Salvador. Los oficiales y tropa se portaron bien en todos los ataques que sucesivamente se dieron, después de haberse vuelto á formar. No siendo el terreno á propósito para la caballería, no tuvo ocasion esta arma de distinguirse. Quando se exécutaban por la izquierda las operaciones que acabo de detallar, el general Hill arrojó al enemigo de sus obras exteriores en el arrabal sobre la izquierda del Garona, hasta encerrarlo dentro de la antigua muralla; y el teniente general Picton con la division tercera arrojó al enemigo dentro de la cabeza de puente sobre el del canal, que está mas inmediato al rio. Pero habiendo hecho sus tropas un esfuerzo para apoderarse de él fueron rechazadas con alguna pérdida. El mayor general Brisbaune fué herido, aunque confio no sea de manera que me prive por mucho tiempo de su asistencia; y el teniente coronel Forves, del 45.°, oficial de un mérito sobresaliente, fué desgraciadamente muerto. Establecido de esta manera el exército por tres lados de Tolosa, destaqué inmediatamente la caballería ligera para cortar la comunicacion al enemigo por el único camino practicable que le quedaba para carruages, hasta que yo pudiese tomar mis disposiciones para establecer las tropas entre el canal y el Garona. El enemigo sin embargo se retiró la noche última, dexando en nuestro poder al general Arispe, al general

Beauror, y al general St. Hylaire con 1600 prisioneros. Una pieza de artillería se tomó en el campo de batalla; y otras mas, con gran cantidad de almacenes de toda especie se han cogido en la ciudad. Desde mi último oficio he recibido del almirante Primrose una relación de las ventajas conseguidas en la Gironda por los botes de la esquadra de su mando. El general conde de Dalhousye pasó su caballería casi al mismo tiempo que el almirante entraba en el rio, y arrojó las partidas enemigas que mandaba el general l'Hillier del otro lado del Gordona. Entonces pasó este rio el dia 4 cerca de St. Andre de Cupzac con un destacamento de sus tropas con el objeto de atacar el fuerte de Blaye, S. S. encontró al general Hillier y al general Barreaux apostados cerca de Etanliers; y estaba haciendo sus preparativos para atacarlos cuando se retiraron, dexando en sus manos como 300 prisioneros. En las operaciones que acabo de referir he tenido grandes motivos de estar satisfecho del auxilio que me han prestado el cuartelmaestre general, el ayudante general y oficiales de ambos departamentos, del de los mariscales de campo D. Luis Wimpffen y D. Miguel de Alava, y de los oficiales del Estado mayor español. Remito á V. E. este parte por medio del teniente coronel D. Juan Morales, del Estado mayor de campaña, á quien ruego á V. E. lo recomiende á la protección del Gobierno. Acompaño á V. E. el parte que me ha pasado el general D. Manuel Freyre sobre la accion de aquel día, con un estado de su pérdida, y los estados de la pérdida que experimentaron las tropas inglesas y portuguesas. Dios guarde á V. E. muchos años. Quartel general de Tolosa á 12 de Abril de 1814.=Excmo. Sr.=*Wellington*, duque de Ciudad-Rodrigo.=Excmo. Sr. ministro de la Guerra.»

*Parte del general Freyre que se cita en el oficio anterior.*

«Excmo. Sr.: Con arreglo á las órdenes que V. E. tuvo á bien comunicarme á las siete del dia 10 del corriente, dispuse que las tropas de mi mando atacasen las alturas inmediatas á Tolosa defendidas por fuertes reductos, se apoderasen de aquella que formaba como la vanguardia enemiga, y despues la izquierda de su posicion. La primera operacion fué executada tan pronto como pudieron llegar las tropas, despues de haberlas formado en el órden conveniente á la salida del desfiladero por donde hicieron su marcha desde el pueblo de Espinasse al de Croix-Dorade. Luego que se tomó esta altura formé las tropas en dos líneas y una reserva segun V. E. me previno, y emprendieron de frente el ataque de los reductos de izquierda de la posicion enemiga, al mismo tiempo que otras tropas del exército aliado lo verificaban con la derecha y centro de la misma. Marchó la tropa con la mayor decision atravesando mil obstáculos que le oponia el terreno en continuas y anchas zanjas, y llegó despreciando el fuego, que le causaba mucho daño, al pie de los reductos. En este sitio había un foso grande que hacia un camino muy profundo, el qual no pudo franquearse. En tal estado hallándose expuesta á un fuego, que le causaba pérdidas muy considerables, así de los reductos como de las tropas inmediatas á la ciudad que estaban sobre su flanco, hubo de retirarse apresuradamente hasta salir del alcance. Entonces fué quando, con arreglo á las órdenes de V. E., la reserva se adelantó y sostuvo dignamente esta retirada, conteniendo á los enemigos en sus posiciones; y siguiendo igualmente las disposiciones de V. E. previne que mis tropas atacasen la posicion que habia entre el centro é izquierda de los enemigos. Para executar esta operacion la tropa tuvo que pasar por desfiladeros

muy estrechos, pues fué preciso formar las columnas de ataque al descubierto, y expuestas á los fuegos de la artillería enemiga, pero no habia otro parage en que pudieran formarse. En esta forma se emprendió el ataque al mismo tiempo que contra el centro lo practicaba una division del exército aliado. Las tropas superaron todos los obstáculos del terreno, siempre cortado por zanjas, y tomaron con el mayor valor la altura por donde se extendia la línea enemiga; con lo qual, y con haberse apoderado del centro, quedaron los enemigos en la sola posesión de los reductos de su izquierda. Despues de haberme mantenido de esta suerte por el espacio de hora y media, mandé, siguiendo las órdenes de V. E., atacar los reductos, siguiendo la misma cordillera que formaba la posicion; y los enemigos fueron arrojados, quedando aquellos en poder de nuestras tropas, y toda su posicion (muy ventajosa por cierto) en el del exército aliado. Al exponer á V. E. el resultado ventajoso de la batalla de dicho dia, tengo el sentimiento de anunciarle la pérdida de muchos gefes, oficiales y soldados que vertieron su sangre y sacrificaron sus vidas cubiertos de gloria. El estado adjunto informará á V. E. de su número y de sus apreciables nombres. El teniente general D. Gabriel de Mendizabal fué herido en el ataque de la mañana, quando quedó encargado de dirigir el de nuestra izquierda; y por más instancias que le hice no pude lograr que se retirase en todo el día, dando con esto un exemplo digno de admiración. Debo muy particulares elogios al mérito del mariscal de campo D. Pedro de la Bárcena, cuyo valor y serenidad me ayudaron en extremo durante toda la batalla, con la circunstancia de haber trabajado á pie por la pérdida de su caballo. El auxilio que me prestó este general lo considero como una de las cosas que mas contribuyeron á la victoria. Las heridas que recibió el brigadier D. José de Ezpeleta me privaron de su asistencia desde la mañana, y la quarta division que mandaba quedó desde muy temprano sin este digno gefe, que en todas ocasiones ha manifestado su mérito sobresaliente. Los comandantes de brigadas D. Pedro Mendez de Vigo y D. José Carrillo y Albornoz fueron tambien obligados por sus heridas á dexar unos puestos en que haciendo los mayores esfuerzos, eran de la mayor utilidad por su valor y conocimientos. Debo los mayores elogios á los mariscales de campo D. José García de Paredes y Don Antonio Garcés de Marcilla, comandante de la division provisional, por su asistencia y el zelo que emplearon en sus respectivas funciones, como tambien á los gefes de brigada D. Ramon Romay y D. Francisco Plasencia. Será siempre sentida en el exército la pérdida de los coroneles D. Francisco Xavier Balanzat, del de voluntarios de la Corona, y de D. Leonardo Sicilia, del de tiradores de Cantabria: ambos gefes eran de los mas respetables del exército por sus virtudes militares, y aun puede decirse que eran un modelo de ellas. Seria muy prolixo si me extendiese á informar á V. E. de las calidades personales de cada uno de los restantes oficiales que vertieron su sangre en este dia; baste decir que la pérdida de cada uno de ellos seria bastante para afligir á los militares amantes de la gloria de su profesion. El mariscal de campo D. Estanislao Sanchez Salvador y todos los oficiales de este acreditado cuerpo cumplieron sus deberes con el zelo é inteligencia que en todas ocasiones los han distinguido, y tienen el dolor de haber perdido uno de sus mas dignos individuos en D. José Ortega, que ha fallecido de resultas de sus heridas en esta noche pasada. Los oficiales y tropa del cuerpo de zapadores han cumplido con sus funciones de un modo que nada me ha dexado que desear. Tengo la mayor satisfaccion en informar á V. E. que las diez piezas de artillería portuguesa que V. E. mandó que sirviesen agre-

gadas al exército de mi mando jugaron con el mayor acierto durante todo el dia, en el qual acreditaron el concepto militar que su nacion se ha adquirido en Europa. Por los informes que he tomado puedo anunciar á V. E. que el cuerpo de cirugía militar del exército ha llenado completamente sus deberes en la asistencia de los heridos, y que los facultativos que mas se han distinguido á la vista del cirujano mayor D. Juan Tomas Marin son el consultor D. Antonio de Denlafen, el primer ayudante D. Rafael Genebriera, el segundo habilitado D. Antonio Briart, y el físico del batallón de marina D. Francisco Castro. Los capellanes D. José Miranda y D. Francisco Varela son tambien dignos de recomendacion por la caridad que han empleado en la asistencia espiritual de los heridos. Mis ayudantes de campo los capitanes D. Manuel del Pozo y D. Antero Henriquez, el teniente D. José María Barrero y D. Manuel Jácome llenaron en aquel dia á toda mi satisfaccion el cumplimiento de sus deberes, como tambien el teniente D. Joaquin de Velasco, que desempeñando iguales funciones que aquellos, fué herido en lo mas acalorado de la accion; tambien me acompañaron en toda ella y con el mismo objeto el teniente D. Manuel Caballero del Pozo y el subteniente D. Roque Jacinto Valle. Ultimamente se distinguió en esta accion el teniente de húsares de Cantabria D. Victor Sierra, que con siete soldados dispersó quatro compañías enemigas que estaban sosteniendo sus guerrillas, y despues de haber herido á algunos, y hecho prisioneros á varios, se retiró á pie por haber perdido su caballo en la carga que les dió. Todo lo que tengo el honor de manifestar á V. E. para los efectos que tenga por convenientes. Dios guarde á V. E. muchos años.=Quartel general de Croix-Dorade 12 de Abril de 1814.=Excmo. Sr.=*Manuel Freyre.*=Excmo. Sr. duque de Ciudad-Rodrigo.=Es copia.=Wimpffen.»

*Resúmen de la pérdida que ha tenido el exército aliado al mando del Sr. duque de Ciudad-Rodrigo en la accion del 10 de Abril de 1814, en las inmediaciones de Tolosa.*

Ingleses: 16 oficiales, 296 soldados y 55 caballos muertos; 131 oficiales, 1664 soldados y 54 caballos heridos; 3 oficiales, 14 soldados y un caballo extraviados: total 150 oficiales, 1964 soldados y 110 caballos.

Portugueses: 3 oficiales, 75 soldados y 5 caballos muertos; 23 oficiales, 506 soldados y 1 caballo heridos: total 26 oficiales, 581 soldados y 6 caballos.

Españoles: 12 oficiales, 193 soldados y 2 caballos muertos; 91 oficiales, 1631 soldados y 4 caballos heridos; 1 soldado y 1 caballo extraviado: total 103 oficiales, 1825 soldados y 7 caballos.

Total: 31 oficiales, 564 soldados y 62 caballos muertos; 245 oficiales, 3801 soldados y 59 caballos heridos; 3 oficiales, 15 soldados y 2 caballos extraviados. Total general: 279 oficiales, 4370 soldados y 123 caballos.

*Grados, nombres, empleos y cuerpos de los generales, gefes y oficiales muertos, heridos, prisioneros y extraviados del quarto exército.*

*Muertos.*

D. Juan Sanchez Garrido, teniente del 2.º de Asturias. D. Cárlos Calafat, capitan del 6.º de Marina. D. Fermin Sollozo, teniente de id. D. Francisco Xavier Balanzat, teniente coronel de voluntarios de la Corona. D. Manuel

José Puga, teniente de id. D. Francisco Atan, subteniente de id. D. José Moreno, ayudante del de Oviedo. D. Pedro María Fernandez, teniente de id. D. José Castañon, subteniente de id. D. José Gomez, subteniente de Laredo. D. Leonardo Sicilia, coronel de tiradores de Cantabria. D. Pascual Perez Lazarraga, teniente de id.

*Heridos.*

El teniente general D. Gabriel de Mendizabal. D. José Ezpeleta, comandante general de la quarta division, brigadier, del estado mayor. Don Pedro Mendez de Vigo, gefe de la primera brigada de la division provisional, coronel de Oviedo. D. José María Carrillo, gefe de la primera brigada de la quarta division, coronel del 2.º de Astúrias. D. Joaquin Velasco, secretario de S. E., teniente de la Princesa. D. Fernando de Lasenra, capitan de ingenieros. D. José Ortega, teniente coronel, ayudante segundo de estado mayor. D. José Cienfuegos, id. de id. D. Ramon Gonzalez, id. de id. D. Santos San Miguel, teniente coronel del 2.º de Astúrias. D. José María Novoa, sargento mayor de id. D. Diego Quirós, capitan de id. D. Benito Llorente, capitan del de Guadalaxara. D. Camilo Marquina, id. de id. Don Juan de Novoa, id. de id. D. Francisco Vega, ayudante primero de id. D. José Guerra, subteniente de id. D. Eduardo Mosquera, capitan de fragata. Don Juan de Asas, capitan de Marina. D. Ramon Ayala, teniente de id. D. Juan Moreno, id de id. D. José Osorio, subteniente de id. D. Ramon Rengel, teniente coronel, comandante de voluntarios de Astúrias. D. Pablo Herce, capitan de id. D. Andres Pardo, ayudante de id. D. Bernardo Pita, teniente de id. D Ramon Nuñez, id de id. D. José Villamil, subteniente de id. D. Manuel Uznia, id. de id D. Pedro Ovalle, id. de id. D. Juan Canal, capitan del de Santiago. D. Juan de Castro, teniente de id. D. Benito Martinez, id. de id. D. Juan Guillen, subteniente de id. D. Francisco Quiroga, id. de id. Don Juan Cancela, id. de id. D. Bernabé de las Pallas, id. de id. D. Mariano Castell, teniente coronel, sargento mayor de la Corona. D. Tomas Noriega, teniente de id. D. Mariano Canalls, subteniente de id. D. Ventura Noguerra, id. de id. D. José María Falcon, sargento mayor del de Ribero. D. Ramon de Castro, capitan de id. D. Pedro Neyra, teniente de id. D Ruperto Otero, id. de id. D. José Sousa, subteniente de id. D. Miguel Santos, id. de id. D. Tomas Nogueyra, id. de id. D. Francisco Villarino, id. de id. D. Francisco Rua, teniente del de Oviedo. D. Ramon Castellá, id. de id. D. Ramon Collast, subteniente de id. D. José Ordoñez, id. de id. D. Pedro Mateo Olorn, sargento mayor del 1.º Cántabro. Don Juan Suarez, capitan de id. D. Vicente Carvajal, id. de id. D. Juan Piñal, teniente de id. D. Francisco Mediavilla, id. de id. D. Ramon de Arribas, subteniente de id. D. Silvestre Hidalgo, teniente coronel del de Laredo. D. Bernardino García, capitan de id. D. Antonio Gonzalez Villamil, ayudante de id. D. José Alfonso, teniente de id. D. Félix del Arenal, subteniende id. D. José Gomez, subteniente de tiradores de Cantabria.

*Contusos.*

D. Angel Vallejo, ayudante segundo de estado mayor. D. José Ruiz, subteniente del 2.º de Asturias. D. Antonio Ruiz Alvarez, id. de id. D. Jacobo Saavedra, id. de id. D. Rafael Martinez, ayudante de Marina. D. Alexandro Larrua, teniente de id. D. Manuel Rodriguez, subteniente de vo-

luntarios de Astúrias. D. Ramon Solís, teniente de la Corona. D. Antonio María de Castro, id. de id. D. Manuel Ramon Castell, id. de id. D. Andres Gayoso, subteniente de id. D. Pedro Cid, id. de id. D. Lorenzo Ascaso, teniente coronel del de Ribero. D. Bartolomé Sotelo, capitan de id. D. Joaquin Zarracina, subteniente de id. D. Ramon de Muniz, sargento mayor de Oviedo. D. Alberto Rodriguez, capitan de id. D. Fermin Roldan, teniente de id. D. José Morrillo, subteniente de id. D. Vicente Castañon, capitan del 1.º Cántabro. D. Bernardo Alvarez Vega, capitan del de Laredo. D. Gabriel Gonzalez Llanos, capitan de id. D. Alberto Rozas, teniente de tiradores de Cantabria. D. Pedro Villanueva, subteniente de id.

Quartel general de Croix-Dorade 11 de Abril de 1814.= Estanislao Salvador.

---

## NÚMERO 5

—

«Cuando el general sir John Hope llegó al camino hondo, halló las tropas inglesas en plena retirada». —«¿Por qué vais en esa dirección?, les gritó el general.—El enemigo está allí, le respondieron.—Y bien, hay que echarlo. El dió de espuelas al caballo y lo obligó á avanzar.» (*Diario de un Subalterno*).

«El historiador Morel, dice, que una veintena de cazadores del 82.°, mandados por el ayudante Pigeón, estaban emboscados en las talas de la casa Monnet, y oyendo un ruido de caballos en el camino que conduce al Boucau, hicieron fuego de pelotón. El caballo del general, añade Southey, atravesado de tres balas, se cayó, y los soldados, viéndole caer, huyeron precipitadamente. Sir John Hope, que era muy corpulento, no pudo levantarse, teniendo su pierna derecha sujeta bajo su montura. Los dos ayudantes de campo, el capitán Herries y el teniente Moore, echaron pie á tierra para ayudarle á levantarse; pero el uno fué herido en un brazo y el otro recibió también una herida grave, al mismo tiempo que el general Hope era herido también en el brazo. Los cazadores franceses que habían cruzado la bayoneta los hicieron prisioneros y los trasportaron á la ciudadela. A su vez, el teniente de navío Bourgeois, en sus *Recuerdos*, se explica del modo siguiente: «Como yo mandaba el arsenal de la marina y las baterías que de él dependían, había hecho desde el día anterior aprovisionar las baterías de metralla para los mosquetes de parapeto (mitraille ensabotée en biscayens.) Hablando con el teniente de navío Longuet, que mandaba la batería más alta, le ordené tirar constantemente con toda carga para que nuestras tropas pudiesen situarse con confianza bajo la protección de nuestro fuego; tener el mayor cuidado de refrescar de continuo las piezas y dirigir su fuego sobre la avenida del Boucau, al frente de la casa Monnet.»

«Unos veinte hombres, poco más ó menos, cazadores del 82.°, mandados por un sargento, se emboscaron en las talas de detrás de Monnet, bajo la protección de nuestro fuego. El general en jefe Hope, y uno de sus ayudantes de campo, se fueron á nuestros fusiles de parapeto, creyendo poderse dirigir sobre Montaigu; pero los cazadores franceses los hicieron prisioneros con toda su escolta, compuesta de 35 á 40 hombres, y los condujeron á la batería del teniente Longuet. Habiendo visto que aquella batería no tiraba más, me fuí á ella y pregunté el motivo. Al manifestárseme aquella captura, pregunté quién la había hecho, y el sargento me contestó que él con sus cazadores. Mandé que se continuase el fuego y se condujeran los prisioneros á la ciudadela, como se hizo.»

**Nota de Duceré en «Le Blocus, de Bayonne, de 1814», página 146.**

---

NÚMERO 6

—

## Juan Martín el Empecinado

### La guerra de la Independencia bajo su aspecto popular

### Los guerrilleros

Señores:

Yo había pactado con vuestro digno presidente la lectura aquí de un capítulo inédito de mi humilde obra sobre la guerra de la Independencia: las ocupaciones inherentes á mi carrera, otras, también ineludibles, y el deseo, creo que legítimo, de no interrumpir aquella labor histórica, demasiado atrasada para los pocos años de vida que me restan, me impedían dedicar un nuevo trabajo á esta docta corporación, cual cumple á su importancia y á la de sus ilustrados miembros. Pero, al reflexionar sobre el tema cuyo estudio y explicación se me había encomendado en el programa de vuestras conferencias, he comprendido cuán deficiente resultaría la mía de circunscribirla á un corto período de tiempo, el que puede abarcar la narración dentro de los estrechos límites de un capítulo de entre tantos y tantos como mi obra comprende.

Discurrir sobre El Empecinado y la guerra de la Independencia bajo su aspecto popular, y exponer las excelencias y defectos de los guerrilleros, los héroes que la leyenda de aquel tiempo ha hecho únicos campeones de tan gigantesca lucha, es tarea que exige, además de ánimo sereno y carácter independiente, estudio profundo, examen minucioso y desarrollo de ideas que no cabe en el estrecho cuadro que pensaba ofreceros.

Reunidos y coordinados en lo posible todos los capítulos de mi obra, referentes á las guerrillas, podrían daros quizás una noción de ese que, por las condiciones de aquella contienda, llegó á tenerse de muchos por sistema militar, influyente en las más decisivas operaciones; pero nunca la adquiriríais en uno sólo de esos mismos escritos sino sumamente vaga é imperfecta.

Hé ahí por qué he debido renunciar á la comodidad que me proporcionaba la amable condescendencia de vuestro presidente para salir, como Dios quiera, del paso honroso á que me han comprometido su insistente galantería y mi temeraria debilidad.

No esperéis, de la de esta noche, una conferencia instructiva y amena. Ni llegan á eso mis fuerzas ni lo ha consentido la situación de mi ánimo en los días empleados en el trabajo histórico que vais á oir. Yo, como el general marqués de San Román, he tenido también que luchar con ese obstáculo.

Pues qué, ¿es posible apartar de la memoria la de la horrible catástrofe que hoy llora toda España?

Como flor de primavera tronchada por el aquilón, cayó el Rey Alfonso abismado en el tenebroso piélago de la muerte, cuando todo parecía sonreirle; con su felicidad, el hogar, encendido en la llama de los sentimientos más tiernos de la familia, y, con su amor, los pueblos que veían en su so-

berano el único lazo de unión para las voluntades, antes dispersas, agitadas por la discordia. Y es que su juventud, el valor y, más aún, la serenidad de su espíritu; aquella imaginación tan brillante, su juicio tan sólido y su talento tan cultivado, daban esperanzas, más que fundadas, de un porvenir tan glorioso como dilatado para la patria.

Pues bien: muerto él, ¿qué puede quedarnos sino

*Miedo en el corazón, llanto en los ojos?*

Y aun cuando crea distinguir en los horizontes de nuestro estado político una luz consoladora que disipe las nubes que nos amenazan, preñadas otra vez de discordias y rencores, ¿cómo queréis que yo, viejo servidor de aquel Rey incomparable, pueda, repito, distraer mi corazón ni mi memoria de la de suceso tan infausto y trascendental?

Vosotros, además, estáis hechos á ver ocupado este sitial por los más eximios oradores de España, tan fecunda en ellos por el genio de nuestro idioma, incomparable para las arengas de la tribuna y las luchas de los cuerpos deliberantes. Esos atletas de la palabra, con la belleza de sus imágenes y la magia de su estilo, han alcanzado aquí aplausos y triunfos á que no puede aspirar la frase leída, pensada y escrita en el silencio del gabinete, esclava de las reglas, sin el entusiasmo, en fin, ni las ambiciones que provoca la presencia de un público numeroso, inteligente, juez irrecusable del talento del orador. El fuego de sus ojos, las modulaciones de su voz y hasta su porte y maneras, acordes naturalmente con el espíritu del discurso y á cada momento con la diversidad de las ideas y el giro de las frases, le dan el carácter que la historia nos ha hecho representarnos de aquellos maestros de la antigüedad arrebatando al auditorio con su clásica elocuencia en el, también clásico, ateneo de la ciudad de Minerva. Y como es, no difícil, sino imposible salvar á un discurso de la monotonía y aun el sonsonete de la lectura, fría declamación de un análisis más frío todavía en un trabajo histórico, y que ha de chocar con la índole y las costumbres de esta docta asamblea, necesito me disculpéis del cansancio que voy á produciros y necesito recomendarme, de consiguiente, á vuestra benevolencia.

Yo, en cambio de las galas del ingenio y de la elegancia de la frase, que no puedo ofrecer, os prometo la verdad; porque, de no decírosla, me haría cómplice de los que prefieren arrastrarse en pos de las muchedumbres á mostrarlas virilmente; que la historia enseña, mejor que con el recuerdo de los triunfos, con el de las tristezas y catástrofes de la patria.

Os decía la otra noche el general marqués de San Román: «Han pasado más de setenta años y es hora de que la historia haga su liquidación con las pasiones de aquel tiempo.» Bien quisiera yo hacerme eco de esa bellísima y generosa frase, acogida con el éxito que era de esperar; mis sentimientos, de un lado, y las simpatías que abrigo hacia la nación francesa, por otro, me lo aconsejaban así al oir las elocuentes palabras de mi ilustre amigo. Pero la misión mía en esta conferencia, la patriótica y puede decirse que sagrada de justificar la conducta, no pocas veces violentísima, de nuestros guerrilleros, me obliga á ofrecer á vuestra vista el cuadro, á veces, de los atropellos, las injusticias y las arbitrariedades con que sus enemigos de entonces los provocaron á las más crueles represalias.

Perdonadme, pues, si contra lección tan generosa, repito, del elocuente General, y á pesar de mi deseo y mi costumbre, levanto en momentos mi

voz en son de protesta de los dicterios amontonados por los historiadores extranjeros sobre la cabeza de los que no hacían sino defender su religión, su rey, sus leyes y usos, en una palabra, la independencia de su patria, nuestra gloriosa España.

¿Quién era el Empecinado y qué significan los que, como él y tantos otros, combatieron en la guerra de la Independencia en aislamiento casi absoluto de los ejércitos nacionales y aliados? ¿Eran seres, tal vez, extraordinarios, nacidos de aquella solemne ocasión y cuyo valor y pericia bélica, realmente excepcionales, decidieran las batallas que se riñeron en tan sangrienta y porfiada lucha por la libertad de España?

No: la historia patria nos muestra desde sus albores centenares y miles de esos hombres á cada provocación de que haya sido objeto el país, á cada coyuntura que le hayan ofrecido las discordias despertadas entre sus habitantes. Tierra privilegiada para desarrollar los gérmenes de tan devastador elemento, el de las divisiones intestinas, ha visto también siempre cómo surgían con ellas esos seres, tan dispuestos á destrozarse entre sí por el más fútil motivo, como prontos á rechazar las ambiciones ó la injuria del extraño. No es nuevo, pues, el guerrillero, sino autóctono, en España, tan antiguo como las disensiones de sus primeros hombres y como las luchas con sus vecinos ó sus invasores.

Los fenicios y griegos en los tiempos que se esconden en las más densas tinieblas de la nacionalidad ibérica, y los cartagineses y romanos en los ya históricos, sintieron la acción militar de nuestros mayores, desplegada en la misma forma que se ha hecho conocer, después, del mundo y con iguales caracteres y resultados con que se está reproduciendo cada día. No tenéis más que recordar la *guerra de fuego*, tan admirablemente definida en el libro de Polibio, y, antes aun, la lucha de Amílcar y sus sucesores en la costa oriental, para dar carta de naturaleza en España á la serie de ardides y estratagemas que constituyeron la primera cualidad de Aníbal y han hecho tan estimables las clásicas lucubraciones de Julio Frontino.

Indibil y Mandonio ¿qué fueron sino cabecillas con los mismos instintos, valor, actividad é inclinaciones que los modernos guerrilleros, su amor á la independencia, su espíritu vengativo, su incansable energía y su fecunda astucia? Brilla, sin embargo, en la historia de aquella lucha, dos veces secular, contra el pueblo-rey, el nombre de un héroe que puede pasar por el tipo más perfecto del hombre de guerra, tal como se entiende en la Península el sistema de pelear más eficaz para la defensa nacional y más propio de nuestros compatriotas. Ese nombre es el de Viriato.

Salvándose, como de milagro, de la matanza ejercida por el malvado Galba, Viriato comenzó su lucha contra los romanos por la ejecución de sus venganzas; la continuó con el prestigio que éstas le daban en el ánimo de los naturales, y hubiera acabado su obra de la independencia española sin los manejos cobardes del enemigo y la desunión de nuestros mayores, sordos á sus exhortaciones y ciegos ante la eficacia de sus triunfos. Cada accidente del escabroso terreno de su país, montaña ó desfiladero, bosque ó pantano, fué aprovechado con singular destreza del hábil portugués, como práctico que era en él por su oficio pastoril, por necesidad, después, al burlar las iras del pretor y, finalmente, como general y consumado estratego en los campos de batalla.

No quiero ofenderos con la descripción de sus aventuras y campañas que todos conocéis: mi propósito ahora se reduce al de, por el recuerdo del héroe lusitano, deducir la antigüedad del guerrillero en España y la seme-

janza de sus procedimientos militares en todas las épocas de nuestra historia. El personalismo ibérico se había comunicado á las tribus hiperbóreas que invadieron la Península, para extenderse hasta nosotros, mostrándose en los más opuestos confines por ese privilegio privativo en nuestra raza de asimilarse sus vencedores.

De ahí el mantenimiento constante de tal modo de ser antiguo, no modificado siquiera por tanto revés y tantas invasiones como ha sufrido España, ni aun por la cultura que nuestro pueblo ha llegado á alcanzar en varias épocas de su larga existencia. En ninguno, puede decirse que se ha revelado más firme y consistente el espíritu conservador, pues leyes, religión y hábitos, cuanto constituye el genio de una raza, se han mantenido en la española con la virtualidad y la forma conocidas desde su origen.

No había de desmentirse en la manera de hacer la guerra; y las aficiones populares se han dirigido, con efecto, en materia de milicia, por los caminos de la independencia á que guía forzosamente el personalismo, que fué la causa de nuestros mayores desastres nacionales y sigue siendo la de nuestra debilidad en las grandes crisis interiores por que ha atravesado la nación.

Si la invasión gótica logró sofocar pronto el fuego de una lucha tan devastadora en sus comienzos como las anteriores, iniciada por aquellos patriotas á que el vencedor dió el nombre de Bagaudos, en la siguiente muslímica, el choque de dos razas tan divorciadas una y otra de la unidad y la disciplina, produjo la guerra de ocho siglos, que es seguro no hubiera alcanzado período tan largo de ofrecer un carácter verdaderamente militar, no el de fuego que la dieron, además, las rivalidades de los reyezuelos de uno y otro campo.

El *guerrillero*, pues, y permítaseme la palabra, sin grandes éxitos ante la disciplina romana y débil contra el sinnúmero de los bárbaros y por la indiferencia española entre una ú otra de aquellas denominaciones que parecían eternas, tomó incremento en la Edad Media con fomentarlo el sarraceno con sus discordias y sus algaradas.

Pero nunca se mostró lo general y espontáneo que en la guerra de la Independencia, en que la situación del país y las provocaciones de que se le hizo blanco en los objetos que le eran más caros y venerandos, lo erigieron en sistema militar, autorizado luego por el éxito que le fué atribuído por una gran parte de pueblo tan impresionable como el nuestro.

Con efecto, no podía ser más precaria la situación de España al verse invadida por las huestes de Napoleón I. El nervio de su ya mermado ejército se hallaba en el Norte y en Portugal apoyando las ambiciones del soberbio Emperador que á nada menos aspiraba que al dominio de todo el Occidente de Europa. Nuevo Carlomagno, con más recursos, empero, y superior talento, émulo y feliz, como ya era, de los más grandes capitanes de la antigüedad, no se humillaba á la idea de encontrar el Zaragoza y el Roncesvalles que habían atajado la carrera de victorias y engrandecimientos del famoso vencedor de los avaros, fundador de una dinastía como él deseaba serlo de otra. Como él también, se había propuesto arrancar coronas por do quier las descubriera, y comenzó á repartirlas entre sus deudos y tenientes para, á la sombra de la gloriosísima suya, crear una federación imperial, con la unidad, sin embargo, que la darían su carácter de hierro y su inteligencia soberana. Lo he dicho en otra parte: «Para encontrar rivales á ese Titán moderno, es necesario trasladarse á épocas remotísimas, y, aun así, Alejandro, Aníbal y César tendrán que reunir en un solo símbolo lo le-

vantado de sus pensamientos, lo emprendedor y hábil de sus estratagemas y lo sublime de sus cálculos para componer la ingente figura de Napoleón Bonaparte.» Sus ejércitos eran tenidos, además, por invencibles, guiados, como iban, por hombre tan extraordinario, y por sus discípulos, cada uno de los cuales parecería un maestro en el arte de la guerra si no los empequeñeciera á todos el sapientísimo suyo.

¿Cómo resistir, pues, sin hombres, cañones, ni dinero, sin administración sobre todo, ni gobierno, puesto el español en manos tan débiles como ineptas?

Y, sin embargo, el que tenía por uno de sus primeros atributos el de magnánimo, creyó deber acudir á las artes más ruínes para atropellar á una dinastía que llamaba envilecida y someter á un pueblo que decía estar sumido en la más crasa ignorancia y el abatimiento más vergonzoso. Introdujo la discordia en la familia real de España y trató de desautorizarla á los ojos de los españoles, tan celosos de su dignidad personal y del decoro y la honra de la nación. Propaló sus intenciones de regeneración para halagar nuestra vanidad característica; y, temeroso todavía de un fracaso por falta de disimulo, inventó tratados donde se prometía largamente gloria y engrandecimiento y, con arreglo á ellos, deslizó sus legiones por el país, fingiendo dirigirlas al exterminio de los que él hacía suponer enemigos nuestros para mejor sorprendernos y avasallarnos. Y cuando, apoderado así de nuestras plazas más fuertes, subvertido el espíritu público con sus manejos y las predicaciones de sus agentes y adeptos y maduro el plan de antemano concebido, creyó oportuno el instante para llevarlo cumplidamente á efecto, en un día dado, á la hora misma, puede decirse, y como impelidos por un resorte solo, se pusieron en juego todos los elementos de tan infernal máquina, cuerpos de ejército, amenazas, sujestiones é intrigas que ahogaran cualquier intento de resistencia.

La familia real fué secuestrada; las tropas se vieron dispersas y las autoridades destituídas.

¿Rompería el pueblo español las espesas y robustas mallas de red tan traidoramente urdida? En colectividad no era fácil que pudiera deslizarse por ellas y menos destruirlas; y, entonces, herido en sus sentimientos de honor y de orgullo nacional tan hondamente arraigados, é inspirándose en los de su patriótico anhelo y en el deseo de la venganza, que siempre le ha distinguido, apeló á aquel personalismo histórico que había hecho la gloria de sus predecesores.

He aquí el origen y la causa de las guerrillas en la gran epopeya de la Independencia española.

Al grito de Dos de Mayo, *la chispa eléctrica que,* al decir de un insigne académico, *incendió á Europa y la purificó de tiranos,* respondió España unánime, suceso verdaderamente extraordinario en esta tierra de discordias. Solamente algún *espíritu fuerte,* rebelde á la majestad de las causas más santas y eso por flaqueza de carácter, no pocas veces enmascarada con la ostentación de una falsa independencia, por miedo, en una palabra, al poderío, en sentir suyo, incontrastable de la Francia, dejó de seguir aquel movimiento general de la nación. El magnate como el menestral, el propietario como el labriego, sin concierto previo, pero sin vacilar por eso un momento, se lanzaron como un solo hombre, y hombre de honor, según la frase napoleónica, á la resistencia más tenaz y gloriosa que registran los anales de los tiempos modernos. Allí no hubo clases que se distinguieran en

tre las demás en la manifestación de sus sentimientos patrióticos; todas contestaron al grito de augustia de Madrid y al de indignación del alcalde de Móstoles, con el unísono, estridente y aterrador de ¡Guerra y venganza!

En las ciudades ocupadas por el enemigo, se tradujo ese arranque en la trasmisión de confidencias y en donativos de armas y dinero; en las libres, en la organización de fuerzas para el ejército regular, el trabajo en las fortificaciones, el concierto con los demás países y la adquisición en ellos de toda clase de subsidios para hacer la lucha más eficaz; en los campos, finalmente, por la acción individual ayudada de los únicos recursos, allí existentes, de la astucia y la violencia.

Para ejercitar mejor esa acción personal, los montes se hicieron la guarida favorita de los patriotas, las rocas y matorrales el mejor parapeto, los caminos el teatro más propio, y las casas de labor, las ventas y desiertos, su punto de cita, su cuartel general. Las aldeas quedaron destinadas á otro género de servicios; á los de espionaje, provisión de mantenimientos y al horriblemente sublime de las venganzas por los atropellos del enemigo al honor, las creencias y la hospitalidad de los vecinos inermes, ancianos, mujeres ó sacerdotes. El clero y las mujeres fueron el punto de apoyo de la grave palanca que puso en juego la resistencia popular en aquella lucha, cuya memoria durará eternamente para ejemplo de los pueblos que aspiren al bien supremo de la independencia nacional. Enrojecióse la tierra española con la sangre de tanto y tanto mártir sin otro delito que su patriotismo; pero aquella sangre fué como la fuente de un río á la que van dando caudal los derivados de la montaña ó el valle en que se forma, pues que fué causa de los mares de la en que se ahogaron las ambiciones y los excesos de los invasores.

Un honrado labrador, cuyos bélicos instintos le habían llevado al Rosellón en la guerra de la República, vuelve á coger las armas al asomar los franceses en principios de 1808 por las márgenes del Duero donde había nacido. Su corazón le decía que no era la amistad que fingían la que guiaba aquellos huéspedes orgullosos á la capital de España; y antes del Dos de Mayo los espiaba en el camino, detenía sus correos y los mataba si se resistían al secuestro de sus balijas. Se quiso oponer al viaje de Fernando VII á Bayona, previendo la traición de que era víctima; y, no lográndolo, la vengó tan largamente, que una autoridad egoista, vendida á los invasores, lo encerró en cruel mazmorra, de la que le libraron su temeridad y sus hercúleas fuerzas.

Al huir, formó partida numerosa con que emprender operaciones de mayor monta que las acometidas hasta entonces; y en adelante no pudo francés alguno, convoy ni destacamento del ejército imperial, transitar por las provincias de Soria, Segovia y Burgos, sin la seguridad, harto peligrosa, de encontrar á su paso á Don Juan Martín Díaz y sus valientes secuaces.

Este era el célebre Empecinado, hombre galán y simpático, al decir de un biógrafo suyo, de estatura regular, cenceño y desenvuelto, de anchas espaldas, forzudo y de pelo abundante y cerdoso en el pecho; el primero de nuestros guerrilleros en levantar el estandarte de la independencia española. No le llevó á la sublevación ofensa alguna á su persona de parte de los franceses; le precipitaron á ella el valor de que tan gallarda muestra había hecho en la guerra de la República, y la indignación que en él produjeron la falaz conducta de Bonaparte y el espectáculo de sus legiones al pisar el suelo de la patria.

Humano hasta ser escrupuloso en la manifestación de una virtud ne-

gada sistemáticamente á nuestros guerrilleros, hubo de sufrir mil contrariedades y hasta derrotas, que de otro modo habría evitado, por no mancharse con la sangre de los prisioneros, cuya entrega en los depósitos ó á los generales de los ejércitos le costó diversiones, ni cortas ni exentas de riesgos, á los puntos en que habían sido aquéllos establecidos ó á las comarcas en que éstos operaban.

Así apareció el Empecinado en la provincia de Salamanca por dos veces; la primera, como portador de pliegos muy importantes, interceptados al enemigo, para entregarlos al general inglés Sir John Moore; y la segunda, para depositar un gran número de prisioneros en la plaza de Ciudad-Rodrigo. Eran aquellos los días en que se libraba en Talavera la gloriosa batalla de 27 y 28 de julio de 1809; y el Empecinado, puesto á la vanguardia del ejército de la Izquierda que ya mandaba el duque del Parque, fué dirigido á hostilizar la rezaga y los flancos de los mariscales Soult, Mortier y Ney, que cruzaban la cordillera carpetana para caer en Plasencia á espaldas de los generales Cuesta y Wellesley y cortar su comunicación con Extremadura y Portugal. Los movimientos del Empecinado fueron tan hábiles y su acción tan eficaz que nadie, al observarlos, hubiera dicho que eran ejecutados por un ignorante y rudo campesino, sin los estudios ni la experiencia de un verdadero hombre de guerra.

Terminada aquella campaña, si gloriosa para las armas anglo-españolas, estéril por demás á la independencia de nuestras patria, el Empecinado volvió al teatro de sus primeras hazañas, salvando los mismos riesgos que antes había corrido al cruzar territorio tan extenso por entre las guarniciones establecidas en el camino y las fuerzas destacadas á su encuentro ó en su seguimiento.

La fama de sus brillantes hechos se había extendido por toda la Península; el gobierno central, lo mismo que las autoridades de las provincias, comprendió la utilidad que podría sacarse de un hombre que, aun cuando en operaciones de pequeña escala, revelaba cualidades militares que cabría aprovechar en servicios de mayor monta, auxiliares de los á que eran llamados los grandes ejércitos que ya preparaban desde las fronteras de Andalucía y Portugal una expedición que acabaría sin más fruto que las anteriores de Extremadura y la Mancha. Era necesario distraer fuerzas de las que el enemigo tenía en Madrid, y aliviar además á los pueblos de las inmediaciones de la tan humillante como onerosa pesadumbre que pesaba sobre ellos.

La provincia de Guadalajara era la que con mayor urgencia exigía algún desahogo y la más importante de conservar en condiciones militares, así por lo que podían éstas perturbar la ocupación francesa en la capital de la monarquía, como por ser lazo de las comunicaciones con Aragón y el ejército de Suchet que allí operaba.

Allá fué, pues, llamado nuesto héroe para dar comienzo á una serie de operaciones, todas ofensivas, que le permitieron la organización de fuerzas ya considerables y le proporcionaron la admiración de sus compatriotas y el respeto de sus enemigos. Hasta entonces había demostrado un gran valor personal en los varios combates singulares que hubo de sostener con los más esforzados adalides del campo francés; en adelante revelaría, ya lo hemos dicho, una prudencia y una habilidad digna de la alta gerarquía de brigadier á que en septiembre de 1810 lo elevó el gobierno supremo de la nación.

El cavador de viñas, capitán después de unos cuantos que los enemigos de España apodaban *bandidos*, pasaba así á general, peritísimo en las pe-

queñas operaciones de la guerra. La de sorpresas, asaltos y rebatos no podía tener representante más activo, inteligente y enérgico, pues en los dos años que operó en la Alcarria y Cuenca pasan de ciento las acciones que riñó con los franceses, muchísimas afortunadas y todas gloriosas para sus armas.

Su sólo nombre imponía á los imperiales, aun encastillados, como solían mantenerse, en las antiguas fortalezas de aquella comarca, corazón, puede decirse, de la tan famosa Celtiberia, por temor á las algaradas del Empecinado que nunca cesaba de atalayarlos y sorprenderlos. No es, pues, extraño, que al solicitar en 1814 y obtener de Fernando VII la gracia de que le permitiese unir á su apellido el de Empecinado, manifestara en una exposición, desde entonces célebre, que ese honroso título se había hecho extensivo, por la notoriedad de sus relevantes servicios y el terror y escarmiento que había logrado imponer á los enemigos, no sólo á los partidarios, sino á los españoles de todas las clases, adictos á la justa y buena causa de la nación. Y cuando, vencidos ó escarmentados, con efecto, los franceses, desesperaron de alcanzar un punto de reposo en su ocupación y acudieron á las artes á que Roma solía apelar en casos tales para con sus adversarios, á la seducción primero, y después á la discordia ó el puñal, salieron tan burlados como antes lo habían sido de las estratagemas militares ó de la acumulación de fuerzas sobre los puntos estratégicos y los de refugio, elegidos por el incansable y astuto guerrillero, su enemigo. La ciudad de Guadalajara quedó reducida á ser prisión, tan sólo, de los franceses que la guarnecían, que no podían salir á su merodeo de costumbre ni destacar columnas ni convoyes para la comunicación y abastecimiento de otros puntos, también fortificados, más ó menos inmediatos. Hasta los centinelas tenían que mantenerse ocultos en las puertas de la población ó en los adarves de la fortaleza, sopena de servir de blanco á los disparos de los secuaces del Empecinado y ser víctimas de su acierto en el fuego. Tras las acciones de Torija, Mazarulleque, Mirabueno, Solanillos y Brea; después de fracasado el ardid de abandonar Guadalajara para mejor sorprenderle y de ver la ineficacia de las contraguerrillas mandadas por españoles, de quien, como tales, se esperaba una acción eficaz y feliz, los generales del Intruso creyeron necesario un gran esfuerzo, á cuyo favor quedase el ejército de la capital completamente desembarazado de todo género de obstáculos, así en su ocupación como en sus gestiones políticas y administrativas por el centro de la Península. Entre esos generales había uno, José Leopoldo Hugo, que se jactaba de concluir con el insigne patriota, ya con su pericia militar, bien con sus arteros y enérgicos procedimientos. Y puesto á la cabeza de más de 3.000 infantes, muchos caballos, y cañones en gran número, el veterano de la Vendée, vencedor de Fra-Diávolo, pasó á Guadalajara, resuelto á demostrar, según había ofrecido, que ni los accidentes de aquel terreno habían de detener al que había superado los del Poitou, la Bretaña y los Abruzos, ni la bizarría, la constancia y la habilidad del Empecinado habrían de superar tampoco las del célebre calabrés, objeto ya entonces de todo género de historias y leyendas.

Había, sin embargo, una gran diferencia, que Víctor Hugo, hijo de aquel general, pondría de manifiesto al tratar de nuestro guerrillero en sus novelescos escritos. «No entraré, decía, en los pormenores de aquella guerra de montaña que era una repetición de la que el general había hecho en el Apenino. El sistema del Empecinado era el mismo que el de Fra-Diávolo; escaramuzas perpetuas y desapariciones súbitas. En el momento en que se le iba á aplastar, desaparecía bruscamente para reaparecer cuando menos se pensaba.»

«Pero había, añade, entre aquellas dos guerras una diferencia esencial; en Italia, los habitantes estaban contra las partidas, y en España con ellas. Y era que España se alzaba toda para rechazar airada la dominación extranjera, defendiéndose hombre á hombre, no hallo mejor traducción, y pie á pie. Imposible saber por dónde había podido escaparse el Empecinado; los aldeanos daban falsas noticias cuando no tenían tiempo de huir á la aproximación de los franceses, y lo más frecuente era encontrar las aldeas desiertas, habiendo ocasión en que se anduvo ocho días seguidos sin haber visto á nadie. Antes de escaparse, destruían lo que no podían llevar consigo; no se hallaba pan ni carne; y, consumida la galleta, las tropas se morían de hambre.»

Vosotros no tendréis por exageradas las apreciaciones del célebre poeta sobre la guerra de España, que conocéis tradicional é históricamente mejor que él; pero á los que duden de ellas, les sacaré el testimonio del mismo general Hugo que en un arranque de sinceridad que le honra, consignó en sus *Memorias* el concepto que vais á oir: «Difícilmente se hallará en la historia una guerra, si se exceptúa la de la Vendee, en que los pueblos hayan tenido que hacer más sacrificios por la causa de un príncipe, y en que los hayan hecho con la unanimidad y la rara constancia que en España. La Junta suprema y las provinciales les ordenaban el abandono de sus casas y muebles, hasta el de las cosechas, aun las ya recogidas en sus granjas, y obedecían al instante, huyendo á pesar del tiempo, no pocas veces rudísimo, á los bosques y las montañas, sin recurso alguno la mayor parte de las veces ni aun para alimentarse. En su abnegación sublime por la patria y por Fernando VII, la Junta de Castilla la Nueva no buscaba los palacios para la celebración de sus sesiones; una caverna en las rocas, una miserable choza en los bosques, la ruina de algún edificio aislado en las montañas, venían á ser la capital administrativa suya en cuanto se veía contrariada por mis movimientos ó proximidad.»

La lectura de estos párrafos, cuyo espíritu, como de un solo origen, es el mismo, demuestra las dificultades que hallaría el bravo general, autor de uno de ellos, para la pacificación, que se le había encomendado, de la provincia de Guadalajara. La relación que hace en sus *Memorias* de los encuentros que su habilidad, el azar ó las provocaciones del enemigo le proporcionaron; aquella, sobre todo, interminable, que parece la de las más sangrientas batallas de la era nepoleónica, por los detalles que contiene de la formación de sus tropas y las maniobras ejecutadas durante el combate, el fuego de la infantería, las cargas de los jinetes y los resultados conseguidos; esa relación, repito, constituye la prueba mejor de la inutilidad de los esfuerzos que desplegó el general Hugo para llevar á feliz término la misión á que tan gallardamente se había ofrecido. Porque ¿cómo ejecutar las operaciones que describe, cómo descargar tan rudos golpes, cómo producir las derrotas decisivas de que alardea, á un enemigo que se evapora al menor peligro á que puedan exponerle su inferioridad numérica ó la de su disciplina, para concentrarse inmediatamente y hacer sentir su furia en el primer momento favorable? ¿Cómo alcanzar éxitos ni establecer autoridad, administración ni nada en país habitado, es cierto, pero donde se opera ocho días seguidos sin ver seres humanos, sin pan, sin carne, muriéndose, como él dice, de hambre?

No; eso es increíble, como también lo son los episodios que narra, los cuales, parto de una mente exaltada, quitan autoridad á cuanto, cierto acaso en parte, pudiera servir para la reputación de un general valien-

te, y á quien no se puede en justicia negar talentos militares y literarios.

Y, sino, oid una de las enécdotas más originales que recuerda en sus *Memorias* para convencer de su pericia en una guerra de aquel género, y de lo hábil de los ardides usados por él contra sus ágiles y puede decirse que impalpables enemigos.

En una de sus expediciones de Brihuega á Sigüenza, intercepta un rico convoy de lanas, á cuyos conductores hace preguntar la razón de por qué ha huído el destacamento de caballería que los escoltaba, siendo él un general español y españoles los soldados que regía. Y dice muy formalmente en su escrito: «Conducido á mi presencia el *mayoral*, le repetí cuantas preguntas se le habían hecho de orden mía, y procuré saber si conocía al general Villacampa. Al oir su respuesta negativa y la noticia de que en Atienza se le había hecho tomar una escolta que lo defendiese de las partidas francesas que recorrían el país y acababan de batir al Empecinado, le declaré que yo era Villacampa, con lo que se espontaneó del todo, asegurándome que el convoy iba á Alicante para ser embarcado por cuenta de los ingleses, y dándome otras varias noticias que no son ahora del caso.»

Esta enécdota, como alguna otra de las estampadas en las *Memorias militares del general Hugo*, no necesita comentarios en una sociedad tan docta como ésta, y sólo puede pasar por novela tan inverosímil, tan fantástica, como las del celebérrimo dramaturgo su hijo. Si fuera cierta, habría que representarse con no poco regocijo la estupefacción del mayoral del convoy y de sus cincuenta ó sesenta acompañantes, conductores de otros tantos carros que lo formaban, al aspecto, la petulancia y el acento de un general extranjero, rodeado de franceses y alemanes, pretendiendo hacerse y hacerlos pasar por españoles para con gente tan traviesa y corrida como nuestros carreteros.

No, señores, eso es un cuento y da la medida de la fe que debe concederse á unas *Memorias* escritas con el sólo fin de poderse atribuir la gloria de haber vencido á un guerrillero como el Empecinado.

Nuestro ilustre compatriota sufrió reveses ¿cómo no? pero ¿fué el general Hugo ó fueron el número y la calidad de sus tropas los que se los hicieron experimentar? Las del Empecinado eran colecticias; componíanse de hombres llenos de valor é inspirándose en el más elevado patriotismo, el de la pobreza y las abnegaciones; pero que el día antes habían dejado la esteva para combatir á los mejores soldados del mundo. Su agilidad, sin embargo, y fuerza muscular, cualidades que tanto ponderaba Vegecio en nuestros mayores, su inquebrantable constancia y ese raro instinto militar de que también están dotados nuestros compatriotas, dieron frecuentemente la victoria á los guerrilleros, y siempre allí donde las condiciones del terreno les permitían medirse personalmente con sus adversarios, no en línea, en que la disciplina ofrecía á éstos una gran ventaja.

Convoy que no llevaba por escolta la fuerza toda puesta á las órdenes del general Hugo, podía darse por interceptado; columna volante que marchase por la zona de las habituales operaciones del Empecinado, iba medio derrotada; tan penetrados los franceses que la componían del destino que les esperaba que, no pocas veces, huyeron sin pelear, á la sola presentación del guerrillero que, situado en puntos de eficaz vigilancia, caía sobre el convoy ó sobre la columna con la oportunidad que ofrecía el conocimiento perfecto del terreno y la energía que le daba la conciencia de su misión y propia fuerza. Y no pocas veces, mientras Hugo iba de Sigüenza á Guadalajara ó de Brihuega á Molina en busca del Empecinado, éste se

hallaba en Cuenca ó sorprendía la Casa de Campo esperando atrapar al mismo Instruso, que solía ir á ella en busca de su único solaz y del descanso de sus tareas. Porque no podía ser más enojosa la vida del rey José en Madrid, no contándose seguro más que en Palacio ó en medio de sus tropas, y pudiendo á veces distinguir desde las ventanas de su regia morada al Empecinado, á Palarea y el Viejo de Seseña espiando, desde los Carabancheles ó Pozuelo, el menor descuido suyo para hacerle presa de sus garras.

Dice un historiador alemán, actor también en la guerra de la Independencia: «Como las abejas en derredor de las colmenas robadas, volaban junto á Madrid en enjambres los defensores modernos del príncipe y del pueblo.»

Las órdenes, con eso, y las instrucciones más apremiantes se multiplicaban de Madrid á Guadalajara, inspiradas en la ira y el sonrojo que necesariamente habría de causar tal espectáculo; y el general Hugo, desorientado casi siempre respecto á las maniobras de su adversario y en el colmo de su irritación por el vencimiento de sus columnas volantes y la inutilidad de sus concentraciones, concluyó por sentirse desalentado y hasta enfermo, con necesidad de descanso para el cuerpo y para el espíritu.

Hasta su brillante imaginación comenzó á turbársele, y después de cerca de dos años de continuas fatigas, de fracasos y disgustos, pidió su relevo y regresó á Madrid para abandonarlo después á su rival que entraría al lado del vencedor de los Arapiles.

Ya he dicho que el Empecinado hubo de sufrir reveses en su lucha de todos los días con las robustas columnas del ejército francés encaminadas contra él. No fueron, con todo, de tal trascendencia que le impidieran aumentar gradualmente su fuerza numérica y la de su organización y disciplina, hasta alcanzar proporciones que exigieron, no sólo la concentración de las que regía el general Hugo, sino refuerzos considerables con que el enemigo trató de destruir las combinaciones que, á su vez, llevaban á cabo con nuestro guerrillero, Durán, Villacampa, Bessecourt y el Conde del Montijo, dirigidas á aislar al Intruso de los ejércitos franceses que operaban en las demás partes de la Península. Una sola fué la ocasión en que estuvo á punto de disolverse la que ya se llamaba quinta división del segundo ejército, del mando, entonces, del general D. Carlos O'Donell.

Perdida la esperanza de obtener resultados con la fuerza, dedicáronse los franceses á buscarlos por la maña; y tal se la dieron para atizar el fuego de la discordia entre nuestros compatriotas de Guadalajara, que muy luego comenzaron á sentirse sus efectos. La Junta de aquella provincia fué la primera en caer en el lazo tendido á su patriotismo por los agentes secretos del enemigo, y ayudada por un general, en mal hora enviado para inspeccionar las tropas y darlas mejor organización, se indispuso con el Empecinado, exigiéndole no obedecer las órdenes de su general en jefe, que le llamaba á Valencia, y deshacerse de los cuerpos que no se hubiesen formado con voluntarios de las comarcas que le obedecían. Y se vió en la de Guadalajara lo que, para desgracia de España, sucedía en otras provincias; que batallón que no perteneciese á ella dejaba de recibir raciones, vestuario y armamento, cuanto le era necesario para combatir al enemigo común. El batallón de voluntarios de Madrid, formado de los que lograban escapar de la capital y que mal podía organizarse en su provincia, se vió en los mayores apuros para racionarse, con dificultades invencibles para mantener la campaña, sin esperanzas de hallar acogida en otra parte; y abandonado á su destino y falto de dirección, cayó un día de los de junio de 1811

en una emboscada enemiga, de que lograron muy pocos de sus soldados salir con vida.

¡Efectos del provincialismo, ese cáncer incurable de la nacionalidad española y que todavía ejerce su destructora influencia entre nosotros, obstáculo eterno opuesto á la unidad, que es el germen de la fuerza y base, la más robusta, del engrandecimiento de la patria!

La división del Empecinado se vió, así, reducida á las proporciones de la guerrilla en sus primeros tiempos, hasta que, nombrada nueva Junta según los preceptos de la ley que varió la composición y las atribuciones de todas las de España, y ausentándose el general por orden de O'Donell que comprendió su ineptitud para la misión que le había confiado, pudo nuestro héroe ejercer de nuevo la autoridad que antes diera resultados tan grandes y beneficiosos. Y volvieron á lucir días de prosperidad para la causa nacional en aquellas comarcas, y los del terror, hasta supersticioso, que imponía el heroico guerrillero, cuya reputación se elevó á las esferas ya de los caudillos de más nombre, en aquella época, al terminar la gloriosa lucha de la Independencia con el vencimiento de los ejércitos franceses y su retirada al otro lado del Pirineo.

No me toca juzgar aquí al Empecinado en su carrera política posterior que le hizo mártir ilustre de la Libertad, llevándole á un suplicio, tan indigno de las sociedades modernas como inmerecido é injusto. Parece que la sangre derramada en los campos de batalla por causa tan generosa como la de la independencia patria, debería ser prenda, más que segura, de respeto para las opiniones políticas que, aun creyéndose equivocadas, presuponen un sentimiento patriótico digno de examen tranquilo y de juicios exentos de ira y de espíritu de venganza. Pero en el mundo político, aun reconociendo y hasta proclamándose estas ideas, predominan las pasiones que ahogan la voz de la conciencia hasta que la sangre vertida, ya irreparable, y la edad y el olvido, á veces, del interés, y más el privado que el público, hacen volver su imperio á la razón, aunque con ya tardío arrepentimiento.

No fué el Empecinado el único en demostrar cualidades sobresalientes para la guerra de partidas. Tantos salieron movidos por su ejemplo ó dejándose llevar de los mismos sentimientos é instintos, que á fines de 180- era ya rara la provincia donde no pulularan los guerrilleros. Los éxitos de uno estimulaban al alzamiento en armas de otros muchos que se tenían por tan bravos y hábiles como él; y así el país fué cubriéndose de partidas que, creciendo en furia con los desmanes de los invasores, ejercían, como ellos, las crueldades más espantosas.

Sólo en la provincia de Zamora campeaban nueve ó diez cabecillas, que, además, extendían sus correrías á las comarcas inmediatas, según las circunstancias y las necesidades del servicio que se habían impuesto. Otros tantos eran los que en la Mancha no permitían un momento de reposo á los franceses que vigilaban las comunicaciones con Andalucía, arrebatándoles correos, destacamentos y hasta piezas de artillería. En Cataluña se presentaron muchos más todavía á la cabeza de aquellos fieros montañeses que no querían dejar marchitarse los laureles de sus antepasados los Almogávares de Sicilia y Constantinopla. La guerra tenía en el Principado un carácter tal de encarnizamiento, que sólo puede comprenderse leyendo las páginas de Vacani y de Suchet, que parecen escritas con sangre. D. Antonio Franch desde la hazaña del Bruch al pie de la sacrosanta imagen de Mont-

serrat, Manso en las angosturas del Llobregat, y Eroles y Robira por toda la Montaña con sus temerarios migueletes, no dieron punto de paz á los franceses ni á sus generales, que no tardaron en arrepentirse de sus bárbaras ejecuciones de Barcelona y Figueras. El ideal de los guerrilleros era la que llamaban *guerra de moros,* ignorando el nombre, más gráfico aun, *de fuego* que la dieron los romanos; y, siguiendo ese pensamiento, no encontraban para su conducta diferencia entre el francés, su enemigo, y aquellos de sus compatriotas que no se les unían, á quienes apellidaban *renegados*. Hasta se llegó á tomar misión, para muchos tan patriótica, por oficio y modo de vivir; habiéndolos que batían la estrada sin otro objeto que el de atacar á cuantos la recorrían, fuesen franceses ó españoles, para hacerlos víctimas de sus desafueros y depredaciones.

Así, el verdadero guerrillero, el reconocido y autorizado como tal por las juntas provinciales y el supremo gobierno que llegó á dictar reglas para la organización y servicio de las partidas, hostilizaba á los *espurios* con la misma furia que á los franceses, tomándolos por *josefinos*, de aquellos que el Intruso había hecho armar para combatir á los nuestros, creyendo equivocadamente eficaz su acción, ó para desacreditarnos á los ojos del mundo civilizado.

El mismo Empecinado y Merino y Palarea, sus colegas de Castilla, y Mina y Porlier, Jáuregui y Longa en el país vasco-navarro, Santander y Asturias, se declararon enemigos encarnizados de toda partida que, no reconociendo su autoridad, campeara en su derredor independiente, formada no pocas veces de la gente suya, resistiendo el asomo de disciplina que exigían ó seducida por algún traidorzuelo, convencido de la ineficacia de sus comprados manejos al lado del legítimo guerrillero, su jefe.

Yo quisiera traer aquí todos los nombres ilustres en ese género de la guerra de la Independencia: los veríais de todas clases, de índole tan diversa como su procedencia étnica y de costumbres muy diferentes en sus ayuntamientos militares, en sus armas, arreos y traeres. El uno busca armamento del que usan los ejércitos y aspira á organizar su gente é instruirla para después formar batallones y brigadas que lo eleven al rango de general. Otro se satisface con los fusiles ó escopetas, cogidos al enemigo ó requisadas en los pueblos de la zona en que opera, comenzando la campaña con el histórico trabuco, esa ametralladora que pone espanto en la caballería enemiga, diezmándola al creerse incontrastable en sus cargas y cuando espera tocar el triunfo con sus espadas y lanzas.

El número de unos y otros es, sin embargo, tan grande que se hace imposible el recordarlos aquí á todos; tengo, pues, que limitarme á hacerlo de muy pocos, aun cuando será de aquellos que por su importancia y fama hayan de ofrecer mayor interés en el objeto de esta conferencia.

El primero, señores, que, como á mis labios, vendrá á vuestra memoria, es D. Francisco Espoz y Mina, *Le petit roi de Navarre,* como le llamaban los franceses. Movido del ejemplo de su sobrino, el Estudiante, formó la partida con siete amigos, labradores también; y al caer aquél prisionero á principios de 1810 en Labiano, la aumentó, no sólo con la fuerza salvada allí, sino con la de Echevarría, otro guerrillero, su rival en el mando, de quien se deshizo en Estella por los procedimientos, usuales entre tales gentes, de la violencia y la sangre.

Pero desde aquel momento y con el carácter de comandante en jefe de las guerrillas de Navarra, que le había adjudicado la Junta de Aragón, fué tal el arte que se dió para organizarlas é instruirlas, tantas veces riñó

con los franceses en ataques de convoyes, escaramuzas, sorpresas y asaltos á sus establecimientos y guarniciones, que en corto tiempo logró atraerse el entusiasmo de los pueblos de aquella belicosa provincia, que le ofrecieron toda clase de recursos, y la consideración del gobierno español que le otorgó todo género de recompensas. Impuso en el enemigo un terror verdaderamente pánico, obligándole, con su movilidad, á la concentración de fuerzas que le eran muy necesarias en otras partes, y con sus represalias, á cesar en la persecución y ejecuciones á que se había entregado en venganza de las derrotas que sufría. «Porque—y así lo dice en su opúsculo publicado en Londres,—enfurecidos los franceses con los desastres que experimentaban en Navarra y no poder exterminar mis tropas, me empezaron á hacer una guerra horrorosa en 1811, ahorcando y fusilando á cuantos soldados y oficiales míos caían en su poder, lo mismo que á los interesados de los voluntarios, y llevando á Francia infinitas familias, dí el 14 de diciembre de ese año una solemne declaración compuesta de 23 artículos, el primero de los cuales decía: *En Navarra se declara guerra á muerte y sin cuartel, sin distinción de soldados ni jefes, incluso el Emperador de los franceses.* Y este género de guerra lo ejecuté durante algún tiempo, teniendo siempre en el valle del Roncal un cuantioso repuesto de prisioneros; si el enemigo ahorcaba ó fusilaba un oficial mío, yo hacía lo mismo con cuatro suyos; si él un soldado, yo veinte. Así logré aterrorizarle, y le obligué á proponerme la cesación de tan atroz sistema, como se verificó.»

Así logró, además, establecer una autoridad que los mismos franceses reconocieron al darle el nombre, que antes he recordado, de *El rey chico de Navarra*, y no como irrisorio, pues sus generales, en mil ocasiones burlados y en muchas vencidos, no se desdeñaron de tratar con él como de potencia á potencia.

—«Mina—dice un escritor alemán—era el primero y más alto tribunal; y la dureza inflexible con que castigaba la menor condescendencia con el enemigo, fué bastante para que, á fines de 1811, se obedeciesen sus órdenes hasta en las poblaciones ocupadas por los franceses. En todas partes se confeccionaban secretamente uniformes, etc., para sus soldados, y las montañas más altas y los desfiladeros casi impenetrables eran asiento de las fábricas de armas, de los depósitos de municiones y de los hospitales. Los enfermos, y á veces los heridos, eran cuidados en las aldeas y villas, y no pocas en las casas donde se alojaban los que les habían causado sus heridas. Era rarísimo encontrar un traidor.»

Hasta 143 fueron las batallas y acciones de guerra que Mina sostuvo en aquella campaña de menos de cuatro años; esto sin poner en cuenta los pequeños encuentros que le servían para ejercitar á sus reclutas, levantar su espíritu y foguearlos; siendo él siempre de los primeros en conducirlos al combate.

Con eso, además de impedir la ociosidad de sus partidarios, mantenía al enemigo en constante alarma y sin poderse desprender de elemento alguno de fuerza. Generales y generales se desacreditaron en su persecución, no bastando la habilidad de Dorsenne y Claussel, la energía y las artes de Reille, la firmeza generosa de Harispe, la rapidez en sus movimientos de Pannetier, de Klopizkí y D'Armagnac, los talentos en fin, de Cafarelli, Brun, Abbé, D'Agoult y otros muchos, para derrotarlo de una manera decisiva, ni siquiera para sorprenderlo. Fué necesaria la traición de uno de sus partidarios que, con decir su apodo, el de *Malcarado*, recibe calificación suficiente, para que Mina se viera una vez en el caso de defenderse en su

propio alojamiento; haciéndolo entonces con la tranca de la puerta mientras le preparaban el caballo en que salió á través de los húsares enemigos, para acudir á los suyos en las calles y fusilar inmediatamente al *renegado* que lo había vendido y á tres alcaldes y un cura que entraron en el complot para prenderle.

De las acciones que dirigió, fueron las más brillantes las de Rocafort y Sangüesa, donde con 3.000 hombres derrotó á 5.000 franceses, cogiéndoles su artillería y multitud de prisioneros; la de Árlabán, en que interceptó el convoy que debía servir á la vez de escolta al mariscal Massena á su regreso de la campaña de Portugal; y la de Mañeru, teatro de la derrota más completa de la división Abbé, que perdió casi toda su caballería y las piezas y bagajes que llevaba, llegando á Pamplona en el estado más lamentable. Pero la campaña que le dió mayor reputación, la de guerrillero impalpable y la de hábil caudillo, fué la del Roncal. Muchos generales á la cabeza de 20.000 hombres de todas armas, divididos en várias columnas, recibieron la misión de destruir cuantos establecimientos había Mina creado en aquel valle y en los montes que lo forman. Todos iban, y lo mismo sus soldados, anhelantes por acabar de una vez con el terrible guerrillero y sus secuaces; pero de tal modo los burló con sus varios y, al parecer, dislocados movimientos, y hasta tal punto llegó á desorientarlos, ya pasando el Aragón y el Ebro, ya volviendo á Navarra y combatiéndolos impensadamente y siempre con ventaja, que hubieron de volverse á Pamplona vencidos, mustios y avergonzados de su impotencia y de la habilidad de su adversario.

Coronel en septiembre de 1810, brigadier en noviembre de 1811 y mariscal de campo en abril de 1812, sus nombramientos, además de los servicios que prestó, denuncian las proporciones que Mina iba dando á las fuerzas de su mando, las cuales, al terminar la guerra, llegaron á constituir una división del 7.° ejército con 13.500 hombres de todas armas. Con esa división, y según se organizaba y crecía, tomó 13 entre plazas y fuertes, hizo 14.000 prisioneros que remitía á Valencia, Cartagena y la costa de Cantábria, según las ocasiones, y arrebató al enemigo muchísimas piezas de artillería, fusiles, vestuarios y un botín inmenso que utilizó hábilmente entre sus partidarios.

Y lo mismo que sabía sorprender un cantón francés é interceptar un convoy, atacaba los cuadros formados para resistir á sus jinetes, rompiéndolos con grande estrago, así en Plasencia y Lerín, donde caían á miles muertos ó prisioneros los infantes enemigos, como en Sangüesa, en cuyo campo fué desecha la *columna infernal*.

¿Qué de extraño, pues, que el antiguo labrador, el guerrillero despreciado en los comienzos de su carrera, llegase á obtener el empleo de general y el cargo de segundo del 7.° ejército, mandado en jefe por el célebre Mendizábal?

«Todas estas proezas—dice un biógrafo de Mina—vuestro antiguo é ilustrado consocio D. José Grijalba, unidas á su actividad incansable y á la estratégica combinación de maniobras propias suyas, y la misma dureza y crueldad á que llegó necesariamente á acostumbrarse, arrastrado por el constante y tempestuoso torbellino de asechanzas, seducciones y perfidias de todos géneros, que disparaban contra él los franceses, llegaron á colocarle en primera línea entre los guerrilleros que en todos tiempos han sido producción indígena, digámoslo así, de nuestro suelo, acreditándole el nombre de *guerrillero sin segundo*, que le dieron sus propios enemigos.»

Si Mina pertenece al rango, que antes he mencionado, de los aspirantes

á generales, D. Jerónimo Merino se limitó á representar el papel de los modestos vengadores de los atropellos cometidos en sus hogares y templos contra los objetos de su amor y veneración.

Al cruzar los franceses en su segunda irrupción los campos de Castilla, se alzó en armas el cura de Villoviado, un *clérigo de misa y olla*, como vulgarmente se dice, que apenas sabía leer y escribir ni había hojeado más libro que el misal de su uso, pero cazador infatigable y de un acierto espantador en sus disparos. Diciendo misa á sus feligreses, fué arrancado del altar para servir de bagaje á los enemigos, á quienes juró odio eterno al arrojar en Lerma por el suelo el bombo de una banda militar con que le habían cargado. La ofensa, además de enorme para un sacerdote y en tierra católica, había sido en extremo ultrajante; pero la venganza fué tan inmediata y alcanzó proporciones tales, que ni tardaron en sentirla sus provocadores ni la vieron acabarse hasta su completa desaparición de la Península.

El cura Merino, acogido en un principio á los pinares de Quintanar con quince ó veinte serranos que le ayudó á armar el Empecinado, tuvo en Burgos quien le diera noticias seguras de los movimientos de los franceses y le inspirara lo que él debería ejecutar para interrumpirlos ó desbaratarlos.

Una junta, además, á manera de las de los cristianos en los primeros tiempos de la reconquista, celebrada en San Pedro de Cardeña junto al sepulcro del Cid, por un prócer burgalés, un centralista y los abades de Lerma y Covarrubias, inició á Merino, allí presente, en los vastos planes del gobierno de Sevilla y le señaló el papel que habría de representar en aquella tierra clásica de la lealtad y de la abnegación.

No es de este momento el recordar cómo el desde entonces célebre sacerdote aumentó el número de sus partidarios, los dotó de armas y caballos y los adiestró en su uso y manejo. Lo que importa saber es que al mes y medio y á la cabeza ya de unos 300 jinetes, tan resueltos como él, se apoderaba de un convoy de pólvora y dinero, se hacía con importantes correspondencias del enemigo y le apresaba tantos hombres y caballos, que creyó necesario destinar gruesas columnas para vencerle y ahuyentarle. Tres generales, Dorsenne, Kellermann y Roquet, fueron destinados á esa empresa que el cura Merino hizo fracasar con sorprender en Quintana de la Puente otro inmenso convoy, dirigido á la conquista de Ciudad-Rodrigo, cuyos efectos, artillería, municiones, caballos y carros, fueron llevados, ocultos ó distribuídos en los pueblos próximos, sin conocimiento oportuno de aquellos tres discípulos del grande Emperador que, burlados en aquella y otras combinaciones, hubieron de abandonar su plan para incorporarse de nuevo á los ejércitos de que procedían.

¡Qué índole la del cura Merino!

El indocto clérigo no sólo moralizó á gentes entre las cuales iban á confundirse los criminales y vagabundos de toda la comarca y las colindantes, castigando los excesos en la bebida, las blasfemias y juramentos, sino que, al decir de uno de sus más caracterizados camaradas, «de rústicos, mal hablados y sin educación, los convirtió en seres morales, sociales y respetuosos con veneración; en un regimiento de soldados bien disciplinados, y fáciles de ser conducidos por la senda del honor y de la gloria». Hombre de mediana estatura y flaco, imponía, sin embargo, á los más corpulentos y nervudos con la severidad de su mirada y lo brusco de sus maneras, lo lúgubre de su traje, lo inflexible de su carácter y lo cruel de sus actos. A su lado no había más que respeto y adulación; llegando ésta al extremo de apellidársele entre los suyos el *Campeador de Castilla la Vieja*.

Para pintaros su astucia y las precauciones que tomaba á fin de no ser sorprendido por los franceses, ni víctima de una traición por parte de sus subordinados, pernoctaba de una manera que vais á oir de boca del famoso Aviraneta, compañero suyo de fatigas y conocido de cuantos, como yó, no mozos, le habrán visto figurar disputando al general Espartero la gloria del convenio de Vergara.

«Regularmente,—dice en su opúsculo de 1870 sobre «Las guerrillas españolas»,—queda concluída la primera ronda á media noche, después de haber andado cinco ó seis leguas á media rienda. Llegando al monte con su asistente, ambos recorrían un zig-zags, de manera que el asistente quedaba desorientado del sitio en que se encontraban. De repente paraban, y el cura decía á su asistente: *Feo* (ese era el apodo de uno de ellos), *tú aquí y buenas noches*. El asistente se apeaba del caballo, lo desembridaba, aflojaba las cinchas, echaba la manta, colocándole el *morral*, con un celemín de cebada (no diréis que faltan detalles), sacaba de la alforja los víveres para su cena, cenaba y se acostaba. Merino seguía caminando por el monte en zig-zags, y encontrando sitio aparente, que siempre era preferido donde corría un arroyo ó manaba un manantial, se apeaba, desbridaba el caballo, atándole con el ronzal á un árbol, y quitándole la silla le echaba una manta y le ponía el morral con medio celemín de cebada.

«Según era el tiempo—añade el Sr. Aviraneta—si éste era bueno, sacaba de la alforjilla su maquinilla, y con espíritu de vino hacía chocolate y lo tomaba con pan, bebía un vaso de agua y fumaba un cigarrillo de papel, se envolvía en su buena capa, y sirviéndole la silla del caballo de almohada se echaba á dormir hasta las tres de la mañana, que despertaba y se levantaba. El reloj despertador que tenía lo colocaba á su cabecera en la silla del caballo. Volvía á echar en el morral del caballo otro medio celemín de cebada, y mientras lo comía lo ensillaba, y él comía una pastilla de chocolate con un pedazo de pan, bebía un vaso de agua fresca, le quitaba el morral al caballo y le daba de beber en el arroyo. Se encaminaba á donde estaba el asistente, le daba una patada en las piernas y le hacía levantar y ponér el freno al caballo».

Esta relación hará asomar la sonrisa á los labios de alguno de los que la escuchan; pero que lo achaque al estilo, quizás demasiado pintoresco y quizás nimiamente descriptivo, de su autor, no á falta de exactitud. Que sólo así podría burlar las asechanzas de sus enemigos y de sus émulos un hombre que, como el cura Merino, los tenía en gran número; unos, y eso le honraba, por su espíritu de venganza patriótica, y otros por ejercer las particulares suyas con un rigor que rayaba en la crueldad más refinada.

La que tomó del asesinato, que así debe llamarse, de los individuos de la Junta de Burgos, sorprendidos en Grado por los franceses, fué, á la vez que enérgica, pues fusiló á diez y seis de éstos por cada uno de sus compatriotas, ejemplar y fructuosa, habiendo aquéllos cesado en su sistema de ejecuciones. Pero dentro de su mismo campo y en las poblaciones del territorio que recorría, daba rienda suelta á aquella índole feroz y sanguinaria que le valió el odioso renombre que ha dejado entre los partidarios de la causa liberal.

Si diferencias y muy notables existían entre el Empecinado, Mina y Merino en cuanto á su origen respectivo, su conducta y procedimientos militares, mayor aún podía observarse en los de D. Julián Sánchez, otro de los tipos del guerrillero que me es necesario definir, si he de dar idea del ca-

rácter de aquella guerra en lo que tuvo de popular y realmente española.

La provincia de Salamanca fué el teatro de sus hazañas; y las primeras fueron las de todos los guerrilleros, interceptar los correos, dar muerte á cuantos franceses se separaban de sus cuerpos, asaltar convoyes, rendir destacamentos, vengarse, en fin, de los atropellos de que habían sido objeto ellos, sus convecinos ó familias. La de D. Julián Sánchez, ferozmente ultrajada, tuvo un vengador en aquel joven que de aldeano, aunque soldado antiguo, supo elevarse también al rango de tantos héroes como produjo la desatentada conducta de los que, en nombre de la civilizacion, iban esparciendo por el mundo angustia y sangre, fuego y espanto.

Pronto creció la fama del guerrillero castellano y su partida se hizo más numerosa, hasta llegar y ser un brillante escuadrón de lanceros, elogiado de los mismos ingleses por su bravura y disciplina.

Más tarde, en 1810, al invadir Massena el territorio portuqués, D. Julián se dedicó á romper las comunicaciones del ejército imperial con los demás de España, atacando los puestos franceses destinados á asegurarlas y á las columnas que, además, debían atender al abastecimiento del campo establecido frente á las líneas de Torres-Vedras.

La campaña fué ruda, porque los franceses, creyéndola por su parte decisiva para la completa sumisión de la Península, si llegaban á echar al mar á sus aborrecidos rivales, los soldados de la Gran Bretaña, acumulaban tropas y tropas en su línea de invasión, y eso exigía de nuestro guerrillero esfuerzos extraordinarios y sacrificios muy costosos de fatigas, de privaciones y de sangre. Todo, sin embargo, lo vencía con su actividad, dando ejemplos tales de abnegación que los demás, sus camaradas de otras provincias, hubieron también de contribuir al éxito, que se buscaba, de inutilizar la vigorosa acción de Massena en su marcha á Lisboa. Una de las causas que contribuyeron al fracaso del vencedor de Zurich y Rívoli, fué indudablemente la enérgica actitud de las guerrillas de Castilla y Extremadura; éstas, sirviendo de disculpa al mariscal Soult para su inacción en el camino de Badajoz al Tajo; y aquéllas distrayendo de su destino los refuerzos enviados al campamento francés. Cerca de 20.000 nombres, como luego veremos, hubieron de detenerse en España, atentos, primero, á perseguir á Mina, Longa y Jáuregui, que les salieron al encuentro en el país vasco-navarro, y á proteger, después, un tren de sitio dirigido á Portugal y que los lanceros de D. Julián Sánchez fueron acosando en el camino; hombres y artillería que tanta falta hicieron á los franceses en las líneas de Lisboa y en Fuentes de Oñoro, en cuyo campo acabó de eclipsarse la estrella del *Hijo mimado de la victoria*.

Pero donde se puso más de manifiesto la aptitud militar de D. Julián Sánchez, fué en las sucesivas campañas de Lord Wellington, á quien se unió después de aquella brillante jornada. Desde entonces, se le ve combinar su antiguo sistema, el disperso de los demás guerrilleros, con el que tan célebre hizo á Bracamonte y Cereda en la guerra de sucesión. No tenía la instrucción ni la pericia que ellos, pero suplía en él la falta de tales é importantes calidades la de un instinto de orden y disciplina que le hizo ser de gran utilidad al general británico, que llegó á tenerle en grande y merecida estima. El fué su confidente más leal y su guía más seguro; las noticias que le llevaba eran completamente exactas, como que las recogía en el campo mismo del enemigo á quien seguía siempre como la sombra al cuerpo; le conservaba las comunicaciones con sus fuertes y destacamentos, y protegía con su vigilancia y, en caso necesario, con su acción el servicio de provi-

siones, forrajes y correos, indispensable para el mantenimiento y conservación de los ejércitos.

Decía Lord Wellington á su hermano el ministro de Inglaterra en Cádiz: «Conociendo el genio emprendedor y la inteligencia con que D. Julián Sánchez se conduce siempre, así como el fruto que puede producir para la causa común su partida, bien organizada y en estado de actividad para los servicios militares que es capaz de prestar y por lo que fomentan el espíritu de hostilidad contra los franceses en Castilla él, sus oficiales y soldados con las conexiones amistosas que mantienen entre todos los cabecillas y guerrilleros del país, he creido deber agregarla por ahora al ejército británico; y esperando que el Marqués de La Romana y la Regencia aprobarán esta medida, he dispuesto se le abonen las pagas y subsistencias ínterin yo la tenga empleada. Como será probable que disponga de ella á grandes distancias del ejército, unas veces en España y otras en Portugal, y no pudiendo agregarla un comisario, he pensado que sería lo más conveniente hacerle un anticipo para las raciones de cada oficial, soldado y caballo, con lo que se evitarán violencias para los pueblos, quejas y disputas.»

El teniente general, marqués de Londonderry, después de decir que las guerrillas prestaron en varias ocasiones servicios de una grande importancia, añade: «D. Julián Sánchez fué uno de los guerrilleros más emprendedores y hábiles que el curso de la guerra puso en campaña. Mandaba un pequeño cuerpo de caballería irregular, con el cual ejecutó tantas y tales hazañas, que muy pocos las hubieran como él acometido; llegando su nombre á ser tan celebrado en los cantos populares de sus compatriotas, como temido y odiado por sus enemigos.»

¿Pueden darse pruebas más concluyentes de lo importantes que llegaron á hacerse los servicios de las guerrillas y de cuanto apreciaban los de don Julián Sánchez el egregio general en jefe del ejército inglés y sus más ilustres oficiales?

¿Qué significarían, en otro caso, los sables de honor que Lord Wellington regaló á ese D. Julián Sánchez, á Palarea y otros por encargo y en nombre del Regente de Inglaterra?

No voy ahora á evocar la memoria de los altos hechos de tantos otros guerrilleros como la historia proclama agentes y muy eficaces en la gloriosa lucha de la Independencia española. Sin añadir enseñanza ni deleite á este relato, sólo conseguiría fatigar vuestra atención con el recuerdo de hazañas, todas semejantes, de maniobras, todas parecidas, y de resultados que se pueden generalmente traducir al siempre igual del cansancio de los jefes enemigos por la inutilidad de sus esfuerzos, el abatimiento de los soldados por lo inacabable de guerra tan mortífera, y la aversión, la invencible repugnancia del pueblo francés á una lucha en que veía perecer la flor de su juventud sin provecho alguno ni gloria para sus hijos.

Voy á hacer, sin embargo, un ligero recuento de los que más contribuyeron al éxito de las operaciones militares y á la reputación de un sistema que entre muchos ha alcanzado la de eficacísimo en toda guerra y decisivo en aquella. Como os he dicho antes, los había que reconociendo su origen en el ejército, comenzaron la lucha con fuerzas que atraía á sus órdenes el crédito de que gozaban en la opinión pública por sus servicios anteriores. Eran de éstos: Renovales, el defensor de San José de Zaragoza; Villacampa y Durán, que también se habían distinguido en el sitio de la ciudad heroica ó en la retirada del ejército del Centro; Porlier que había allegado mu-

chos de los dispersos de la fatal jornada de Burgos, y otros de no tan altas jerarquías, pero con influencia también entre las tropas. Si los califico de guerrilleros es sólo por seguir la corriente de la opinión general, porque, en mi concepto, son jefes y los únicos aceptables en buena organización para las operaciones de lo que ha dado ahora, y especialmente entre los extranjeros, en llamarse *la pequeña guerra*. No simbolizan lucha popular como se entiende en España, pues que, aun componiéndose de voluntarios las fuerzas de su mando, quedaron muy luego sujetas á disciplina y organizadas con la regularidad de las del ejército permanente y bajo la dirección de oficiales, no pocos, veteranos é inteligentes. Sus hábitos militares, las aspiraciones que abrigaban de elevarse á la consideración de sus compañeros de antes y á más altas categorías en el ejército, los llevaron á unirse á éste para, en su combinación, prestar servicios más en armonía con sus inclinaciones y estudios. Si á veces ayudaron á los guerrilleros en alguna operación, fué para, inmediatamente de ejecutada, separarse de ellos, temiendo el roce de unos hombres mejor dispuestos á huir y dispersarse al menor contratiempo que á ensayar una resistencia verdaderamente táctica.

Tanto los citados como Miláns, Sarsfield, Llauder y varios otros que procedían del ejército y después ocuparon en él posiciones muy elevadas y merecidas, no deben, pues, figurar en la lista de los guerrilleros españoles, según la significación que se da á este nombre en nuestra patria.

Los representantes genuinos de la guerra popular son otros; son los que refractarios á toda idea de orden, sin reconocer obligación de ningún género para con los ejércitos, los gobiernos ni autoridades, se creen los llamados á vengar los ultrajes inferidos á la nación y con sus venganzas, cuanto más terribles y ruidosas mejor, á salvarla de sus invasores y tiranos. No hay que buscar concierto alguno entre ellos; cuando hayan vencido al adversario ó lo tengan lejos, reñirán entre sí y como los guerreros simbolizados en la fábula de Cadmo, acabarán por destruirse, confundiendo su sangre hermana para que, fecundada la tierra, broten más tarde nuevos campeones que se entrechoquen del mismo modo y con idénticos resultados á la luz de esa tea, siempre encendida en España, de nuestras discordias. Hasta aquellos que han alcanzado una fama excepcional de ingenio y humanidad, y ahí está la historia de Mina para probarlo, se mostraron tan opuestos á la ordenanza militar y al gobierno y organización de las tropas por las prescripciones y reglas señaladas á los ejércitos, que rechazaban la subdivisión de cargos en su partida para, en ese espíritu democrático que nos distingue, considerarse todos como iguales, sin más diferencia que la del valor, la energía ó la fuerza. Fué necesario que se ofreciese á Mina el canje de los prisioneros si reducía su partida á organización y disciplina militares, para que la formara en compañías y batallones con sus jefes y oficiales, á fin de asimilarlos á los de los franceses en las transacciones á que daría lugar pelea tan larga y varia de fortuna.

Oigámosle en sus memorias: «Yo llevaba,—dice,—grande ventaja á los franceses en el número de prisioneros que hacía; entre ellos había oficiales, y por la constitución particular de los voluntarios, esta clase no estaba todavía reconocida oficialmente; y ni era justo que á los que de hecho ejercían funciones de tales no se les considerase en esta categoría por los franceses si llegaban á caer prisioneros, ni yo podía ni debía permitirlo.» Y si esto sucedía en la partida de un Mina, tan organizador y autoritario, ¿qué no sería en las innumerables que operaban en España, que ni conocidas eran por el verdadero nombre de sus cabecillas? Y, si no, allá van los de muchos

de ellos que con su apodo llenaban más de terror que de respeto á sus enemigos. Comenzando por el Empecinado, el Médico y el Cura de Villoviado, á quienes ya hemos hecho referencia, no acabaría en horas de recordar hechos, todos, repito, muy parecidos, del Capuchino, el apresador del célebre é infortunado general Franceschi, del Fraile, Chaleco, el Bolsero, el Viejo de Seseña, Francisquete, el Molinero, el Abuelo, Zamarrilla, Calzones, el Cocinero, el Pastor, el Pinto, el Mantequero, Camisilla, el Caracol, Bocamorteros, Dos Pelos y hasta doscientos más que, por sus nombres de guerra, hacen presumir los de sus secuaces y súbditos, sus aparejos y traeres, proezas ó fechorías.

Y no es que yo condene las de muchos de ellos, que, al fin, peleaban por la patria y no hacían sino vengar los atropellos y la feroz crueldad de sus enemigos. Dice el Conde de Toreno, el conspícuo historiador de aquella guerra: «No poco, por su lado, contribuían los franceses al propio fin. Sus estorsiones pasaban la raya de lo hostigoso é inicuo. Vivían, en general, de pesadísimas derramas y de escandaloso pillaje, cuyos excesos producían en los pueblos venganzas, y éstas crueles y sanguinarias medidas del enemigo. Los alcaldes de los pueblos, los curas párrocos, los sugetos distinguidos, sin reparar en la edad ni aun en el sexo, tenían que responder de la tranquilidad pública, y con frecuencia, so pretexto de que conservaban relaciones con los partidarios, se los metía en duras prisiones, se los extrañaba á Francia ó eran atropelladamente arcabuceados. ¡Qué pábulo no daban tales arbitrariedades y demasías al acrecentamiento de las guerrillas!

Y esto no es nada para las violencias que se permitían los soldados franceses en el campo y los alojamientos; pero más imprudente y reprensible era la conducta de los generales; en unos, por avaros, y en otros, por crueles; en todos con el fin, á todas luces erróneo, de imponerse y lograr la sumisión de los españoles. Lo de menos era que esos generales comerciasen con el que ellos llamaban su botín de guerra, como D'Armagnac, por ejemplo, que, volviendo á Madrid de Cuenca con carneros, gallinas y jamones, los hacía vender á la puerta de su alojamiento, el palacio de los duques de Frías, y como Lahoussaye y Blondau que no le iban en zaga. El mismo Emperador escribía, desgraciadamente cuando era imposible el remedio: «Las guerrillas se formaron á consecuencia del pillaje, de los desórdenes y de los abusos de que daban ejemplo los mariscales en desprecio de mis órdenes más severas. Yo debí hacer un gran escarmiento mandando fusilar á Soult, el más voraz de todos ellos.»

Eran mucho más trascendentales los que bien pudieran llamarse asesinatos á que algunos se entregaron con mengua del honor que nadie podrá negar á los hijos de la *gran nación*. El general Kellermann hizo aplicar fuego lento á las plantas de los pies y á las palmas de las manos de un niño que llevaba pólvora á los guerrilleros por no declarar quién se la daba; el general Roquet mandó fusilar veinte soldados prisioneros después de hacerles creer que, si se rendían, se les otorgaría cuartel; Bessieres hizo matar á los miembros de la junta de Burgos, y Duvernet ejecutó á un alcalde porque no podía presentar prófugos de su aldea para atormentarlos en los calabozos ú obligarlos al servicio del Intruso. Y ese general era el que escribía á Bessieres que mientras no se hiciese desaparecer al moderno D. Quijote, que era Durán, no había que contar con contribución alguna; á lo que dice Schépeler: «¡Cuánto no hubiera agradecido la humanidad ver en Duvernet la generosidad de D. Quijote!...» No es que los franceses dejaran de comprender lo inútil de sus esfuerzos militares, lo mismo que lo de sus bárbaros

procedimientos, no; porque ese mismo Kellermann decía á Napoleón que España en armas era la imajen de la hidra y que sería necesario un Hércules que la arrancara simultáneamente sus infinitas cabezas; y Bessieres y Dorsenne confesaban que el rigor, lo mismo que la clemencia, no hacían sino aumentar la audacia de los rebeldes. Lo que hay es que convenía eso á sus miras para disculpar las violencias á que los precipitaba la ira por lo estéril de sus esfuerzos y la constancia de los españoles.

¿Qué mejor prueba, diría Reille, para sus severidades, al fusilar arbitrariamente á un oficial y varios soldados en Valladolid, que la representación de *Numancia destruida* con que le obsequió aquella noche la compañía dramática? ¿Qué duda podía caber al rey José del amor de los madrileños cuando, herido en la plaza un caballo francés y procurando acabarlo el toro, le gritaban: «*A él... A él... que es gabacho?*»

«Cuantos guerrilleros cogían, otros tantos ahorcaban», escribía Proudhon en su libro sobre *la guerra* y *la paz*; cuantos le parecían sospechosos, eran fusilados. Derecho de *represalias*, dicen sus autores. Pero ¿quiénes habían principiado á infringirlo? ¿No eran los que sorprendiendo en *flagrante delito* de desarme y de confianza á la nación española, haciendo traición á su hospitalidad, provocaban en seguida á esa nación ultrajada á batallas desiguales, hasta irrisorias? ¿No eran, en una palabra, los soldados de Austerlitz y de Friedland?

Tal se hallaba de excitado el espíritu público en España, aun á la vista y bajo la férula de los franceses, que llegó á extenderse á la corte de aquel rey que, para ponerlo de manifiesto á los ojos de su intolerante hermano, le escribía: «La opinión es omnipotente en el pueblo español; y esa opinión, hoy por hoy, nos ha vuelto la espalda, se ha declarado unánime contra nosotros.

Y ¿cómo había de equivocarse en eso?

El corregidor de Madrid, y eso no es fábula, le presentó un día sus hijos vestidos con el uniforme de la guardia cívica; y encantado José de la hermosura y la gracia del menor de ellos, D. Carlos Latorre, de algunos de nosotros conocido, le dijo con su bondad característica:—*¿Y tú para qué quieres ese sable?—Para matar franceses*, contestó resueltamente el niño.

«Los niños, dice con este motivo un historiador alemán, repiten lo que oyen en todas partes, lo que el pueblo siente, y pueden dar noticia de ese sentimiento mucho mejor que los cortesanos.»

Pudiera yo recordaros también los nombres de miles de patriotas que prefirieron la miseria, los tormentos y la muerte misma á la sumisión que se les exigía y al reconocimiento del nuevo rey. El de uno sólo basta, sin embargo, para daros la medida del patriotismo de nuestros padres; el de D. José Romeu, que os cito, además, por haber nacido en Sagunto, la ciudad históricamente primera en que se reveló el espíritu de independencia de la nacionalidad española.

D. José Romeu había tomado parte con muchos de sus convecinos en el primer sitio de 1808, puesto á Valencia por el general Moncey; y, huyendo de Suchet al ocuparla en 1811, salió después de Alicante para, al frente de una partida, seguir haciendo la guerra á los franceses, á cuyos generales y jefes más distinguidos supo burlar frecuentemente, cuando no escarmentarlos y vencerlos. Ya que no ganarlo con los más halagadores ofrecimientos, logró Suchet sorprenderlo á favor de una traición tan hábil como vergonzosa, valiéndose de algunos que, no por capricho, llamaban nuestros compatriotas *renegados*. No os cansaré con la relación de las artes puestas en

juego por el mariscal para seducir á Romeu en la cárcel, en el consejo de guerra, en la capilla misma hasta el momento de su ejecución: sólo os diré que todos fueron inútiles y el mártir se encerró en la generosísima fórmula de «que preferiría morir antes que reconocer á otro rey que á su legítimo é idolatrado Fernando VII.» Los generales Saint-Cyr y Mazzuchelli trabajaron sin cesar, ya en el ánimo de Romeu para arrancarle el reconocimiento de José, ya en el de Suchet para obtener el indulto del patriota saguntino, todo sin fruto; porque al pie del patíbulo y por contestación á los ruegos, exhortaciones y lágrimas de los circunstantes, murió animándolos á perseverar en la defensa de la patria *por cuyo amor*, dijo, *se sacrificaba gustoso.*

¿Cómo vencer á un pueblo que tales hijos procreaba?

Para negar la existencia de ese espíritu nacional y la eficacia de su acción en la guerra de la Independencia, acción que pudiera desvirtuar la de nuestros aliados en las proporciones, á lo menos, que ellos pretenden haberla ejercido, los historiadores ingleses, Napier sobre todo, *nuestro afectuosísimo* y *ardiente admirador,* con esa imparcialidad que tan popular le ha hecho entre sus *desinteresados* compatriotas, pinta á los guerrilleros, á la masa general, dice, como muchos, por serlo cuantos temían la cárcel ó se habían escapado de ella, los contrabandistas, los frailes mal avenidos con la estrechez de las reglas de su orden y los poltrones que huían de las filas del ejército. Con saber que atribuye el origen de las guerrillas al deseo de apoderarse de la plata de los templos mandada recoger por el Intruso, se comprenderá qué móviles, qué virtud, ni qué mérito concederá el escritor inglés á nuestros partidarios. Por supuesto que las tropas británicas no les debieron nada, ayuda de ningún género, ni lograron impedir á las francesas operación alguna de importancia. Ya habeis oído la opinión de Lord Wellington y de Londonderry; pero si aun fuese necesaria otra, tanto ó más autorizada, ahí está la del general francés, Mathieu Dumas, que hizo la guerra de España como tal y á quien, al verter á su idioma ese párrafo de Napier, le ocurrió la observación siguiente: «La interceptación de las comunicaciones, dice, el ataque y la destrucción de los convoyes de víveres y municiones, mantenían aislados á los cuerpos del ejército, sumían en la incertidumbre para sus planes á los generales en jefe, enfriaban á veces el entusiasmo y la confianza de las tropas. Lo cierto es que las guerrillas eran auxiliares poderosos para el ejército inglés; y los inconvenientes inevitables de aquellas bandas desordenadas estaban más que compensados con el daño y el estorbo que producían á los franceses y con las ventajas que de ellas sacaban los aliados.» ¿Qué más? Un prusiano, el coronel Schépeler, que hizo la guerra en las filas de los ingleses, dice así: «Reconocerá fácilmente el lector la eficacia de las guerrillas en Castilla y Navarra para las campañas de Wellington; porque si no hubiera sido mayor que la que ingleses y franceses pretenden, Massena hubiese contado con 18.000 hombres más que, si no antes, habrían decidido después en Fuente Guinaldo el éxito á su favor. Y á cuántos mató aquella inquietud constante en los franceses, nos lo demuestran los hospitales de Madrid, en los que, de enero de 1809 á julio de 1810, murieron 24.000 hombres y quedaron inútiles hasta 8.000.» Señores, en el otoño del último de esos años citados por Schépeler había en los hospitales franceses de España 43.050 enfermos ó heridos, de los que morían diariamente unos 220, á veces 285 y hasta 430, sin que en el cuadro de donde se han sacado estas cifras se halle comprendido el de los hospitales de Salamanca y Ciudad-Rodrigo, prueba de que no se toma en cuenta la cooperación del ejército inglés que, aquellos días, se encontraba en observación de

esta última plaza, á cuya defensa no quiso contribuir. Proudhon, y acabo con esto, de acuerdo con los cálculos de Lemiére y Corvey, eleva al de 500.000 el número de los franceses que perecieron en aquella guerra que él llama de emboscadas.

Y ¿por qué no habían de hacer eso y más que hicieron 50.000 españoles esparcidos por todo el haz del país, alzados en armas para la defensa de los objetos más caros de su corazón, heridos en sus sentimientos más delicados, llenos de ira y ansiosos de venganza? ¡Qué de sacrificios no hubieron de ofrecer en aras de la libertad y la independencia patrias! Sin poder aspirar á la gloria de los grandes capitanes ni á la de los ejércitos que peleaban por su misma causa, los guerrilleros sufrían unas privaciones desconocidas entre aquéllos, sujetos, como estaban, á los azares de una lucha desigual, continua, con la sola esperanza de la pobreza por recompensa y la de la muerte por venganza.

Es cierto que tenían por suya la tierra, cuyas fragosidades, perfectamente conocidas, les ofrecían abrigo y seguridad en los más terribles huracanes de la guerra; que eran dueños de las voluntades, unánimes en el odio á los invasores, y que jamás carecían de noticias y confidencias con que así eludían la persecución del enemigo como podrían sorprenderlo y destruirlo. Pero ¡qué de escaseces, qué de penalidades aun para hombres, como dice el Conde de Toreno, de manos encallecidas con la esteva y la azada, ablandadas sólo en sangre enemiga!»

Y ¿cuál era su recompensa, el galardón de sus trabajos y hazañas? Pues el desprecio de no pocos, el olvido de muchos de entre los que más fruto habían sacado de sus patrióticos esfuerzos, y la execración y la venganza de sus enemigos.

Uno, entre ellos, el más poderoso, aquel cuyo sólo nombre los provocaba á la pelea y á las más temerarias empresas y por cuyo vencimiento derramaron tanta sangre, acabó, sin embargo, por hacerles justicia en un célebre decreto, expedido cuando vió á la Francia *que tanto amaba*, en trance tan apurado como el en que él había puesto á nuestra España. Entre los artículos de ese decreto, el de 5 de marzo de 1814, decía: «1.° Que todos los ciudadanos franceses estaban no sólo autorizados á tomar las armas sino obligados á hacerlo, como también á tocar al arma... á reunirse, registrar los bosques, cortar los puentes, interceptar los caminos, y acometer al enemigo por flanco y espalda»...; y «2.° Que todo ciudadano francés cogido por el enemigo y castigado de muerte, sería vengado inmediatamente en represalia con la muerte de un prisionero enemigo.»

¡Qué expiación! Pero ¡cuán vano resultó también su intento! porque fuera de algunos montañeses, muy pocos, de los Vosgos y el Jura, los franceses no contestaron á aquel llamamiento, que es la sanción mas explícita de la conducta de nuestros guerrilleros y de la justicia de nuestra causa. Un hombre de Estado del tercer imperio me preguntaba, en 1870, cómo podrían organizarse en Francia las guerrillas que tan alta reputación habían alcanzado en España; y yo no hallé respuesta que darle más lacónica ni gráfica que ésta: «La guerra de guerrillas no puede hacerse más que con españoles, y españoles pobres.» Y es que según dice su compatriota Montesquieu, «la virtud, la constancia, la fuerza y la pobreza, no se agotan jamás.»

El pueblo francés disfruta de mucha holgura y comodidades para que renuncie á ellas por una vida, como la del guerrillero, de privaciones, de fatigas y sacrificio. Los voluntarios del 93 no dieron tampoco los resultados que se esperaban de su ardimiento y entusiasmo; no eran ni guerri-

lleros ni soldados, y el tiempo y la excelente monografía de M. Rousset han dado al traste con su reputación. Lo que necesita la Francia es un hombre de hierro, genio, á la vez, militar, de ciencia y disciplina. Y el día que lo tenga, no lo dudeis, señores, volverán con él aquellos soldados de Rívoli y Marengo, de Awerstaedt y la Moscowa que fueron la admiración del mundo. Porque en un hombre, ahí está la historia para demostrarlo, y sólo en un hombre está el secreto de las batallas y de los imperios; pues no en vano corre por axioma militar el apotegma de que «vale más un ejército de corderos mandados por un león que otro de leones regidos por un cordero.»

Nuestro carácter es muy diferente del de los franceses, y la manera de ser nuestra completamente distinta. De ahí, señores, el error de Napoleón y el de los afrancesados. El Emperador pensó que nada podría resistir á su talento y á sus fuerzas; y los afrancesados, si orgullosos con la sabiduría que creían haber arrancado á las, para ellos, infalibles páginas de la Enciclopedia, flacos de corazón por la carencia de fé que esas mismas páginas les arrebataba, se deslumbraron ante majestad tanta como la del moderno César y hasta llegaron á avergonzarse de la ignorancia y la miseria de sus hermanos, pobres hidalgos de aldea, sin otro patrimonio que la tradición á que ellos habían vuelto la espalda.

Y, sin embargo, los sabios se equivocaron y fué necesario que los ignorantes salvasen á la patria.

Creo haber expuesto las excelencias de los guerrilleros con más calor quizás del que á mis opiniones militares pudiera corresponder, llevado siempre del espíritu de justicia en que procuro inspirarme; debo, pues, ahora y como ofrenda también á la verdad, poneros de manifiesto sus defectos y los frutos que han dado después á la patria.

Comprendo lo fatigados que os hallaréis con la interminable exposición que vengo haciéndoos de nombres y de hechos, de citas y de rectificaciones, para demostraros lo que ya sabíais, y la opinión casi unánime ha proclamado en España, lo eficaz de la cooperación de las guerrillas; pero, por lo mismo, no puedo dispensarme de traer á vuestra memoria las tristes consecuencias que produjeron al ensayar esa ó parecida acción en las épocas posteriores de discordias que hemos visto transcurrir.

«Fué irreparable,—he dicho en la introducción á mi obra sobre la guerra de la Independencia,—el gravísimo daño que produjo el sistema de guerrillas en lo que pudiéramos llamar la exageración del personalismo á que dió lugar el mismo que tanto contribuyó al éxito brillante, glorioso, decisivo de la guerra de la Independencia, pero que fué causa de lo terrible, cruento y destructor de las civiles que después han destrozado nuestro país. Hombres sin educación militar, y sin los alcances suficientes para descubrir el límite á que debían aspirar en sus empresas, pensaron que lo que en aquella ocasión daba resultados debía constituir un sistema general, invariable, y en su empleo creyeron ver la revelación de una fuerza nacional y, á la vez, la de la personal suya. Influídos en la embriaguez del triunfo y de la satisfacción de su amor propio, por la división característica de los españoles, á la menor oportunidad y con el pretexto más frívolo, trataron de imponerse hasta á sus mismos conciudadanos; y no hubo causa nacional, política ni aun de interés de provincia en que no se apelara á ese sistema, en que no se amenazase con todos sus efectos y con todos sus errores. Y las guerras civiles, las sublevaciones contra la autoridad, lo que sólo debía tener el carácter de una representación ó de queja, tomaba la forma de una guerra antigua, la de fuego. Los que la habían hecho por su independencia

y los fueros de su nacionalidad, empleaban con los soldados de la patria, y con sus propios vecinos, los ardides, las violencias, los asesinatos que les habían dado renombre. La protección á la autoridad, la santa defensa del hogar, constituían para ellos un delito, si se hacían en representación de otros principios políticos ó de bando distinto, y procuraban castigarlas derramando la sangre y esparciendo la misma desolación en el país, que años antes habían derramado y esparcido sus injustos y provocadores enemigos.»

«Imposible,—añadía yo,—por ese camino la constitución definitiva de la patria, imposibles su prosperidad y engrandecimiento, seguras su postración y su ruina. Y es que la ignorancia confundía una lucha con otra, una causa política con una nacional, una necesidad con sus excesos, y se abandonaba la formación de los ejércitos regulares y la reconstrucción de las plazas, únicos elementos verdaderos de fuerza, baluartes y ciudadelas inexpugnables de los grandes Estados.»

Ahí teneis reveladas las opiniones de que os hablaba hace un momento, y que, como militar y como historiador, he abrigado y es probable abrigue en lo que me resta de vida. Tengo dos razones y, en mi concepto, justísimas para pensar así: una, la de los resultados que han dado las guerrillas después de su cooperación en la lucha, tan felizmente acabada en 1814: y otra, la de los obstáculos que creo ver por entre las oscuras nubes de lo futuro para una nueva y eficaz acción de ese sistema, si fuese necesario resistir otra vez como en 1808.

Las guerras civiles que se han sucedido en lo que va de siglo, nos han mostrado los mismos hombres y peleando de modo igual, pero divididos, en bandos opuestos, trocando sus primeros sentimientos de amor patrio y compañerismo por los del odio más concentrado para despedazarse entre sí y desgarrar el seno de la madre común. Unos se prendaron de las ideas proclamadas en Cádiz, suponiendo que estaban conformes con el espíritu en que se inspirara la nación al acometer la grande empresa de la Independencia, espíritu que no podría menos de hallarse de acuerdo con el de la libertad política, el de la dignidad personal ingénito de nuestra raza. Otros creyeron que el ideal de los españoles al verter su sangre y sacrificar sus intereses de todo género que habían ofrecido en el altar de la patria, era el que habían proclamado al sublevarse contra la tiranía de Napoleón y en los campos de batalla, bien ajeno, en su concepto, al de aquellos legisladores que, seducidos por las brillantes teorías ultrapirenáicas y no obstante escarmentados con las desgracias del pueblo francés, ni libre entonces ni pacífico siquiera, querían implantar en el español ideas y fórmulas que desconocía y para cuya práctica no se hallaba preparado. Y habituados á dejarse llevar de las pasiones, naturalmente exacerbadas con lucha tan larga y sangrienta, las dieron también rienda suelta, las exageraron, si era posible, en la que veían entablarse entre las nuevas opiniones y las viejas costumbres, el modo de ser de los españoles de todos tiempos. Y luego comenzaron las conspiraciones, y en pós fué el choque de los bandos en que se dividió la opinión, con la misma violencia y encarnizamiento que si hubiera de ejercerse con los que se acababa de vencer, enemigos comunes, invasores y tiranos, detentadores de cuanto podían amar y amaban los españoles.

Pero ¡qué desencanto, señores! Los antiguos guerrilleros, aquéllos adalides de la Independencia española, cuyo sólo nombre metía espanto en las huestes imperiales y, más aun, en los ilusos que, creyéndolas invencibles, se habían acogido á la sombra de sus enseñas, pusieron de manifiesto su

impotencia desde que, saliéndose de su esfera, se presentaron cubiertos de galones y entorchados ejerciendo en el ejército las funciones de los cargos á que los había elevado la gratitud nacional.

Los representantes más genuinos de la guerra popular se hallaron sin los elementos que antes constituían su fuerza, el favor de los pueblos, el abrigo de los montes, las dispersiones y las concentraciones oportunas, la acción, por fin, expedita, sin trabas, según sus medios y su irresponsabilidad. Por el contrario, se vieron rodeados de las mismas dificultades casi que sus enemigos de otro tiempo, puesto que la discordia que encendiera las pasiones políticas era quizá más abrasadora que la ira nacional, por lo mismo que ejercía sus furores entre hermanos. Yo podría sacaros ejemplos y no raros, de esos hombres cayendo en el descrédito más grande en las filas disciplinadas del ejército, poniendo cada día más de manifiesto la ignorancia que ocultaban su valor y la energía de su carácter, pero ejercitándose en otro medio que el técnico de nuestros oficiales, y contra enemigos que peleaban fuera de su país, rodeados por doquier de patriotismo, rencor y anhelo de venganza.

Y es que no hay más que un agente militar capaz de acción siempre igual, eficaz en todas las circunstancias de la guerra, general y uniforme en las diferentes naciones del mundo, y ese agente es el ejército organizado en cada una según su manera de ser peculiar, con la instrucción conveniente y dirigido por el talento y la experiencia, conforme á las reglas, muchas inmutables, del arte de la guerra. Los nuevos organismos de la milicia no son tan vulnerables como los antiguos por las guerrillas; dándoles hoy fuerza excepcional el superior armamento y los ferrocarriles. No fácil de adquirir aquél por las masas populares, ni de reemplazarlo fuera de los centros de población y de la industria, una vez deteriorado su frágil mecanismo; aún ofrece su sostenimiento mayores obstáculos en el nuevo cartucho que, siendo metálico y de construcción complicada, se hace imposible de adquirir en el campo. Y si la guerra civil carlista, que es la más similar á la de que se trata, ha terminado para siempre en España si se organizan debidamente las reservas y, armadas con el nuevo fusil, se acumulan por las vías férreas en los focos de insurrección antes de que pueda tomar cuerpo y fortificarse, las guerrillas se verían abrumadas por el número con que hoy cuentan los ejércitos al invadir un territorio, el inmenso material que llevan, y la mayor facilidad de proveerse de todo lo necesario á su sostenimiento, impidiéndoles acometer las empresas que acostumbraban usar de los ardides y gozar de la impunidad que tan útiles y eficaces las hizo en la guerra de la Independencia.

Pero podéis tranquilizaros los apasionados de las guerrillas, los que suponéis en los guerrilleros un elemento de victoria, no temáis veros privados de sus servicios en ocasión, como aquella, solemne y crítica; porque mientras haya españoles, por necesidad ó sin ella, con el beneplácito ó no del gobierno, provocados á la pelea por sus adversarios ó impelidos para su defensa por los pueblos, no dejarán de salir al campo á satisfacer su anhelo patriótico y su inclinación irresistible á las aventuras y los combates.

Y con esa arrogancia, ya jactanciosa, que no sé si es virtud ó vicio en nuestra raza, les oiréis insultar al invasor y gritarle desde las crestas de Arlabán, del Moncayo y del Montseny, ó desde las torres de Zaragoza y de Gerona, escenarios de tanta y tanta proeza inolvidables: «Nosotros somos los hijos de aquellos que, á pesar de la miseria y de la ignorancia en que los creíais sumidos, abrieron al coloso detentador de la Europa el camino

de Santa Elena para, otro Prometeo, llorar allí tardíamente su desgracia, sus errores y ambiciones.»

Como documento que confirma la opinión que se creó en el pueblo español respecto á los guerrilleros, añadimos al discurso anterior, leido en el «Ateneo de Madrid», la parte de una escena de *El Certamen Poético, Drama original en un acto representado en el teatro del Príncipe en celebridad de los augustos enlaces de SS. MM. y AA. por D. M. B. En Madrid, 1816.*
En él leyó uno de los *poetas* que actuaban los siguientes versos:

«Ha sido admiración de las naciones
esta clase de nuevos campeones.
Apenas se apellida la defensa
de la nación, y como nube densa
por todas partes estenderse vemos
innumerables hombres, que sabemos
quiénes son y que existen solamente
porque abrazan empresa tan valiente.
Salen á la palestra unos y otros,
ya en caballos, ya en yeguas ó ya en potros:
cada cual con lo que tiene ó pilla,
equipan con albarda si no hay silla,
y si no hay brida, cabezón ó freno,
una soga ó cordel para ello es bueno.
Si los estribos faltan, no por esto
ellos se apuran; hácenlos muy presto
de cualquiera tomiza allí pendiente
y hete aquí ya un militar valiente.
Quál se arma de una espada aunque roñosa,
quál de lanza, pistola ó cualquier cosa;
lo cierto es que todos á campaña
salen segun les industrió su maña.
Ya la caballería la tenemos
á punto de batirse; ahora pasemos
á revistar la fuerte infantería,
que la vamos á hallar por vida mía
al poco más ó menos tan brillante,
aunque en verdad no menos arrogante.
No hablemos de uniformes ni sombreros,
ni al pronto se hallarán los granaderos
con grandes gorras; mas el tiempo andando,
ya se irán todos ellos equipando
de lo que atrapen con su mano airada
á la tropa invencible y mas reglada.
Uno viste polaina, otro chaqueta,
uno lienzo, otro paño, otro bayeta,
quál gorro, quál chambergo, quál montera,
quál alpargata su calzado era.
Este lleva fusil, este afilado
un largo chuzo lleva preparado;
otro de su escopeta se arma fiero
y otro de un gran trabuco naranjero.

Los grandes Mariscales que esto advierten
dicen: estas campañas nos divierten.
Ah ¡qué engañados viven los guerreros!
pues los Empecinados por oteros,
por sendas y barrancos van burlando
á la columna si les va buscando;
y quando ésta presume fulminante
darles un fuerte ataque por delante
advierte descargar la granizada
por la espalda, quedando ella burlada:
pues quando á conjurar va aquella nube
á la montaña ve que se le sube.
Qué diantres es aquesto ¡en donde estamos!
Si la paz y quietud les predicamos,
maldito el caso que hacen... Los rigores
mas y mas los excita á sus furores;
nosotros en mil partes les seguimos,
y si uno muere, solo conseguimos
que el número se aumente cada día;
no hay quien entienda tal algaravía!
Andar sí les hacemos como locos;
mas de nosotros quedaremos pocos.
Ganamos una plaza, y dicen luego
con mucha calma ¿eso qué importa? Fuego,
qué testarudos son y qué indomables,
mas son por su caracter apreciables.
En fin con esa gente no pudieron
carrera alguna hacer por mas que hicieron.
En desierto, en poblado noche y día
en un pie como grulla les tenía
esta clase de duendes nunca vistos,
que sin cesar les hizo andar muy listos.
Lo cierto es que nuestros campeones
les distraxeron siempre sus legiones;
y que quando apurados mas estaban
la justa causa defender juraban,
y entre votos y ternos maldecían
unos huéspedes tales, y decían
compadre, aunque viniese el mundo entero
los hemos de aburrir á ellos primero;
y serán libres, pésele al demonio,
Fernando, Carlos, y el amable Antonio».

Los versos podrán no ser muy buenos; pero los guerrilleros están perfectamente retratados en ellos.

NÚMERO 7

—

## De la cooperación de los ingleses en la guerra de la Independencia.

*Discurso leído en el Ateneo de Madrid, la noche del 19 de abril de 1887, por el general* D. JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE, *de la Real Academia de la Historia.*

SEÑORES:

Difícilmente hallaréis en la historia de nuestra patria asunto que haya provocado polémica más larga ni discusiones más ardientes que el importantísimo de la cooperación inglesa en la guerra de la Independencia. Los que, seducidos por la fama de la formalidad británica, vayan á dar fe á los historiadores del Reino Unido en sus relaciones de las memorables campañas de la Península, creerán que el éxito se debió tan sólo á esa cooperación.

Uno de ellos, detractor, el más encarnizado, de los españoles, el señor Napier, ha escrito en su tan conocida historia de aquella guerra lo siguiente: «Los abundantes socorros de la Inglaterra, y el valor de las tropas anglo-portuguesas, mantuvieron *solos* la guerra. La energía con que Wellington resistió la furia de los franceses y contrarrestó la debilidad y la ineptitud de tres gobiernos, salvó á la Península.»

Y no es eso lo peor, sino que así lo han repetido sus compatriotas haciéndole coro, y hasta sus enemigos y nuestros de entonces, para arrebatar á España la gloria que en justicia le corresponde por la firmeza y rara constancia que desplegó en aquella solemne ocasión. Y es que los grandes reveses se quieren atribuir, lo mismo que los beneficios, á los poderosos de la tierra, nunca á los débiles, porque así se halaga á la propia vanidad, aun cuando sea en menoscabo de la honra.

Pero ese concepto (lo diré con las mismas palabras de Napier, en sentido inverso sin embargo), ese concepto es injusto para la reputación de la nación española, es injurioso para la gloria de nuestras armas, y, como español y como soldado, debo rechazarlo con los argumentos, nunca rebatibles, de la verdad.

¿Qué proporciones llegó á tener la intervención inglesa, y cuál fué el límite que le cupo alcanzar en lucha tan larga y porfiada?

Eso me propongo, señores, discutir en esta conferencia, en que sin negar que fué muy importante la cooperación de Inglaterra, espero llevar á vuestro ánimo el convencimiento de que otras fueron las causas de mayor influencia en el éxito de aquella lucha de siete años, mantenida principalmente por el valor y la inquebrantable pertinacia de los españoles. ¿Cómo he de escatimar yo el elogio que merecen la energía y la solidez de los soldados ingleses, el talento de sus generales y la iniciativa de su Gobierno, para obtener, eso sí, con el deseado fruto de la independencia de la Península, el de salvar á su misma patria, y con ella también á la Europa toda, de la degradante humillación de que se veía amenazada?

No: yo aspiro á, sin dejarme llevar de prevención alguna desfavorable,

inspirándome, por el contrario, en la gratitud que embarga mi alma, mostrarme, más bien que detractor, apologista de ese Gobierno y de esos generales y soldados que vinieron á derramar su sangre generosa á España, pero juzgándolos, tanto en su conducta política como en sus operaciones militares, no por el eco de sus cronistas, sino á la luz de la equidad histórica, cuando se trate de sus relaciones con nuestros ejércitos, y, siempre, como he dicho antes, á la de la verdad.

Me repugna el papel de demoledor. Así como me es odiosa la memoria de un Eróstrato ó un Morosini por sus hazañas de Epheso y del Parthenón, me disgusta la tarea de esos Aristóphanes que andan en busca de lunares en la fisonomía y en la historia de los grandes hombres. Huyendo de la lisonja, no quiero caer, y menos encenagarme, en la diatriba: soy amante de la justicia, y no la sacrifico por las afecciones más legítimas ni por las antipatías más fundadas.

El asunto es, como veis, si difícil en su desempeño, grandioso también y simpático, sobre todo para esta docta asamblea, donde tan feliz acogida reciben las expansiones del patriotismo, apoyadas en la razón y con tales propósitos ofrecidas.

¡Lograra yo, como deseo, darle todo el interés que entraña y se os debe á vosotros, apreciadores tan exactos, jueces tan competentes en las lides literarias, y daría las vigilias que me cuesta su elaboración por fructuosa y gratamente empleadas!

Recordaréis, Señores, la lamentable historia de nuestra lucha con Inglaterra, casi constante desde el advenimiento de la dinastía Borbónica al trono de España. Las piraterías de Drake, legendarias en el país, con ir acompañadas de secuestros, incendio y sangre, no hirieron el orgullo de los españoles lo que la conquista de Gibraltar y su conservación en poder de la Gran Bretaña. Yo, al revés que otros, no condeno ni una y otra: la proverbial negligencia nuestra provocó é hizo posible la sorpresa de una plaza que asistía á todas horas al espectáculo de las escuadras inglesas que pasaban el Estrecho, cargadas de tropas con la bandera también del Archiduque; y el egoísmo de Luis XIV, y la humilde sumisión de Felipe V á los preceptos, que tomaba por paternales, del *Gran Rey*, sancionaron un despojo que, en caso, debiera haber reclamado para sí el pretendiente austriaco. Yo, que huyo siempre de halagar pasiones, ni aun las más legítimas, culpo al pueblo español, lo mismo que por su inercia de entonces, por su indiferencia después, ante borrón tan negro como el que imprime una bandera extraña en el solar patrio. Mostrárase la Nación lo viril que en otras ocasiones, quizás no tan solemnes, y su vitalidad, tantas veces demostrada, la energía de que en tantas otras ha dado pruebas y su constancia ingénita, la hubieran librado de esa bochornosa conmiseración con que la miran las demás que, después de todo, no reunen condiciones y calidades tan excelentes. Es necesario decir la verdad á los pueblos como á los hombres: España no debió sancionar el tratado de Utrecht, ni otro alguno, sin la devolución de Gibraltar; no ha debido hacer paz y menos alianza con Inglaterra en que no se pactara la previa entrega del célebre Peñón; y los sitios de 1704, 1727, 79 y 82 no han debido ser sino episodios de uno solo, ininterrumpido, eterno, hasta la feliz restauración de la integridad de nuestro suelo. En lugar de eso, al querer los ingleses poner de manifiesto la sinceridad de su alianza en los comienzos de la guerra de la Independencia, nos exigieron la demolición de las fortificaciones del campo de San Roque, levantadas para defendernos de ellos; y no pasa día en que no se cuente una nueva

usurpación en el terreno, malamente llamado neutral, que no hay tratado que no declare legítimo nuestro, y que hemos ido cediendo por una errada filantropía, por debilidad punible ó ignorancia de nuestros gobiernos, insólita en los demás.

Estas ideas os harán, Señores, comprender que deseo inspirarme tan sólo en un espíritu de justicia todo lo recto que me sea posible, y cuán lejos estoy de ofreceros una censura sistemática de la conducta de los ingleses en sus relaciones con España, aun siendo tantos los motivos que nos han dado para anatematizarla.

Pero, os lo digo con la mayor sinceridad: ¿qué se puede esperar de los que en plena paz acometían á nuestras fragatas para apropiarse los caudales que conducían de América, asaltaban después el Ferrol, las Canarias, Buenos Aires, y destruían en Trafalgar la armada española, para, años andando, no hace mucho, imponer además su veto á nuestras justísimas aspiraciones en el continente africano?

Al verificarse la invasión francesa y descubrirse la negra perfidia de Napoleón para, poniendo la corona española en las sienes de su hermano predilecto, completar el sistema continental según lo acordado en Tilsit con el zar Alejandro, nuestros puertos de Europa, y no pocos de los de Ultramar, estaban bloqueados por las naves inglesas. El grito del DOS DE MAYO, y su eco en las provincias libres de la presencia de los franceses, fueron como la señal para la reconciliación de España con el Reino Unido; comunicándose inmediatamente sus impresiones las autoridades de nuestro litoral con los jefes ingleses, y llevando á Londres, aquéllas, la voz de sus ruegos por subsidios militares con que emprender la guerra, y los últimos la de sus simpatías por causa tan justa y tan conveniente, á la vez, á los intereses del gabinete de San James. Y como si no se esperase más que aquella señal, un pretexto cualquiera, sin necesidad de motivos poderosos como aquél, ingleses y españoles se dieron las manos, jurándose amistad eterna y odio también al soberbio Emperador y á sus legiones, nunca hasta entonces contrarrestadas con fortuna.

Ni España se había visto en más apremiante necesidad de alianzas, ni Inglaterra en ocasión más propicia para sus planes contra la Francia, ocasión presentida desde 1805 por su eminente estadista M. Pitt, pero ni soñada por otros que, en presencia de los comisionados de Asturias, buscaban en el mapa el punto casi imperceptible que se atrevía á declarar la guerra al grande Emperador, su enemigo. La independencia de la Península era ya para la Gran Bretaña la sola áncora de salvación que le quedaba, si había de ejercer algo de su antigua influencia en Europa y si había de acabar con éxito la crisis comercial y financiera en que la tenía tan seriamente comprometida el bloqueo continental. De modo que la cooperación inglesa no era el resultado de un arranque generoso, como el de un hombre que expone su vida por defender la de otro, llevado de una abnegación sublime, no; eso no lo hacen las naciones: fué, sobre todo, un rasgo de instinto político, cuyas consecuencias, comprendía la previsión menos perspicaz, habrían de ser el recobro de la anterior preponderancia en los asuntos políticos del mundo, su libertad de acción y la salvación de su industria y de su comercio, los intereses más preciados de la Inglaterra, tan utilitaria como arrogante. «La Inglaterra,—dice el anglomano Sarrazín,—cuyos intereses comerciales se fundan en la independencia del continente, se apresuró á aceptar las ofertas de amistad de los portugueses y españoles.» Porque mediaba, además, una circunstancia que los historiadores ingleses se resisten

á tomar en cuenta cuando pretenden exigirnos la gratitud de los sacrificios hechos por la independencia de España, que hasta la ocultan cuidadosamente. Esa circunstancia es la de que, al intervenir con su acción militar en la Península, guardaban cosa que tenían por casi propia, cuidándola como tal y protegiéndola siempre de cuantos peligros había corrido contra todo género de codicias. Portugal era y sigue siendo para los ingleses rama cargada de fruto que es necesario explotar, cuña con que tener constantemente abierta la honda y cancerosa llaga que debilita á España, y mansión de donde influir hasta con sus armas en el Occidente de Europa, á cuya tutela aspiran. Muy luego oiréis todo esto arrancado á las confesiones de esos historiadores y de su mismo ídolo, cuando os demuestre que la misión principal, casi exclusiva, de ese General insigne y la de todos sus colegas era la de la conservación de Portugal; llegando ocasiones, y verdaderamente solemnes, en que disculparon su inacción con mandatos expresos de su Gobierno en ese sentido.

Y aun cuando yo no sacara aquí á luz esos textos tan elocuentes, os lo demostrarían las operaciones militares que constituyen la historia de aquella lucha extraordinaria.

Propagado á las provincias el incendio que produjo la ira de los madrileños, no esperaron los españoles, para alzarse en armas, á las que pudiera Inglaterra proporcionarles, ni á que acudiesen en su ayuda los batallones británicos; sino que, empuñando las primeras, ni reglamentarias ni buenas, que pudieron tener á mano, y organizándose ó no según los preceptos del arte militar, declararon la guerra al grande Emperador con la confianza puesta en Dios y en su esfuerzo para vencerle. Y Cataluña, sin plazas de guerra, ni ejército alguno que la defendiese en trance tan duro, buscó en sus voluntarios los soldados de que carecía, y en sus montañas fortalezas como las que tan arteramente le habían sido arrebatadas; Valencia, no satisfecha con crear tropas que defendiesen la capital y el vasto arsenal de Cartagena, las adelantó al Cabriel y Sieteaguas; Andalucía organizó un ejército con tal previsión militar que negó la entrada de todo voluntario ó recluta en cuerpo que no fuera de los veteranos allí existentes, ó de los fugados de Portugal; Extremadura y Galicia, con tropas de esa misma procedencia, formaron también núcleos de acción militar que muy pronto saldrían á campaña; y Asturias, por fin, y Castilla y Aragón, los crearon de una resistencia que, aun con caracteres distintos, dió medida igual de la gloriosa que habían de ofrecer á la invasión de que eran objeto. El Bruch y el Ordal fueron testigos del patriotismo de los migueletes, rivales de aquellos fieros almogávares, terror y admiración del Oriente; Valencia hizo retroceder á Moncey, uno de los mariscales más célebres; Bailén inició la decadencia del Imperio y la ruina del coloso, su primer representante; y Zaragoza anunció al mundo que no se había extinguido la raza de los defensores y mártires de Numancia y Calahorra.

Las victorias, sobre todo, de Cataluña, de Valencia y de Bailén, demostraron con sorpresa general que los *invencibles* habían dejado de serlo; y esto en España, el país que ellos tenían por sumido en la ignorancia más crasa y el abatimiento más vergonzoso.

¿Se había necesitado de los ingleses para alcanzar triunfos tan gloriosos? ¿dónde se hallaban, y por qué no acudían á prestarnos un socorro tan urgente, si España no se bastaba para su defensa, y que después han preconizado como decisivo de tan desigual contienda?

Ofrecieron, sí, el desembarco en Cádiz de una división para tomar parte en las operaciones que iba á emprender el ejército de Andalucía; pero la junta de Sevilla, de acuerdo con Castaños, no aceptó la oferta, aun agradeciéndola; repulsa tachada entonces de arrogante por nuestros aliados, y que negaron después al verla justificada por el éxito inesperado de la campaña. Lo cierto, de todos modos, es que nadie en España se acordó de los ingleses en aquellos días de prueba tan arriesgada contra el poder más formidable de los tiempos modernos.

Hay más: en Cádiz se acometió una empresa que, por ser principalmente marítima, parecía exigir la cooperación de los ingleses si había de dar el resultado apetecido; el de la rendición de la escuadra francesa de Rosilly, surta en aquella bahía. Y, sin embargo, se ejecutó por los españoles solos, con sus recursos marítimos y la eficaz ayuda de las baterías de tierra, sin intervención de género alguno por parte de los navíos ingleses que la presenciaron, pero de alta mar, de muy lejos.

He dicho, en son de pregunta, que dónde se hallaban los ingleses, y hay que reconocer que ya habían pisado el suelo peninsular y en número considerable, formando ejército perfectamente organizado, y dirigido por generales de seputación ya hecha y merecida. Su caudillo, el tan célebre después Sir Arturo Wellesley, había tocado en España con las naves que conducían las tropas de su mando y héchose en la Coruña con noticias que calificó en sus *Despachos* de favorables en alto grado á la causa común, si bien comprendiendo á la vez que no sería bien mirado de los españoles un desembarco allí de las fuerzas británicas, ya por efecto de esas mismas noticias, que lo hacían considerar como innecesario, bien por orgullo nacional ó por temor á una acción, así preventiva, de los aliados en aquel, puerto y el del Ferrol. ¡Tales recelos levantaba en el ánimo de los españoles la intervención militar de quienes de siglos antes andaban espiando la ocasión y el camino por donde destruir nuestros medios y recursos marítimos!

No ponía tampoco el General inglés grande empeño en ejercitar sus armas en España; su misión más importante le llamaba á Portugal, objeto siempre de la predilección de la Gran Bretaña en la Península.

Así es que, sin perder tiempo ni aguardar nuevas repulsas de la Junta de Galicia, hizo rumbo á Lisboa, buscando en la costa punto cómodo en que desembarcar, propio, además, para desde él emprender las operaciones contra el ejército del general Junot, que desde el año anterior ocupaba militarmente aquella capital y una gran parte del reino portugués. Y desembarcando en la boca del Mondego con mil dificultades, y arrollando un cuerpo avanzado de los franceses en Roliça, los batió en Vimeiro en batalla campal, mil veces después comparada con la que inmortalizó al general Castaños.

Pero ¡qué diferencia! Bien patente se hace con sólo decir que en el artículo primero de la capitulación de Bailén se consignaba que el cuerpo de ejército del general Dupont, quedaba prisionero de guerra, y, en el de la convención de Cintra, que el ejército de Junot cedería todo el Portugal á los ingleses, pero no sería considerado como prisionero de guerra y sí conducido á Francia con artillería, armas y bagajes. Así, mientras en España la victoria alcanzada en los campos andaluces enloquecía de entusiasmo, y puro y sin sombra alguna, á nuestros compatriotas, la prensa inglesa se desataba en denuestos contra los negociadores de Cintra, el Parlamento pedía cuenta á los Ministros de tamaño desacierto, el Gobierno encausaba á los generales Dalrymple, Burrard y Wellesley, que habían autorizado el

convenio; y prensa y Parlamento, la opinión pública unánime, proclamaba la humillación de las armas inglesas ante las de la noble y gloriosa España nuestra patria.

Y, como si eso no bastase á demostrar la ineficacia de la intervención armada de la Gran Bretaña en sus primeras operaciones, vino á parecerlo aún más con la malograda expedición del general Sir John Moore, digno, eso sí, de eterna loa por su valor, sus talentos y su gloriosísima muerte, sólo comparable con la de Epaminondas, el célebre restaurador de la libertad tebana. John Moore no perdió un solo combate: lo mismo que en Rueda, en Sahagún y Castro Gonzalo, venció á los franceses en Cacabelos y la Coruña, su Mantinea; pero ¡qué de decepciones produjo su acción militar en los españoles! ¡de qué atropellos no hizo víctima á los pueblos de su tránsito! ¡cuán defraudadas dejó las esperanzas de nuestro Gobierno y las aspiraciones de nuestros generales!

Resultado: que España quedó abandonada á sí misma, sin más recursos que los suyos propios. Y así, á las derrotas de Zornoza, Espinosa de los Monteros, Burgos y Tudela, que quizá hubiera evitado Jhon Moore, ó, por mejor decir, la Inglaterra, andando más previsora y diligente, sucedieron las de Uclés y Valls, las de Ciudad Real, Medellín y Oporto, que ofrecieron, sin embargo, una particularidad más que notable, extraordinaria: la de que los vencedores, en lugar de proseguir el triunfo hasta completarlo en Cádiz y Lisboa, hubieron de retroceder temblando de los efectos de aquel espíritu nacional que se levantaba cada vez más ardiente y entusiasta para reconstituir los ejércitos vencidos y animarlos á la venganza.

Lo he dicho en otra parte: «No conocemos ejemplo igual en la historia militar de ningún otro pueblo. Vendrán los extranjeros á decirnos que Napoleón, concentrando un grande ejército á la vista de los nuestros, codiciosos de envolverlo y de repetir su hazaña en Andalucía, supo y logró aventarlos como aventa el huracán las arenas del desierto. Nos añadirán que cruzó el Ebro y se extendió por las Castillas sin contrarresto que paralizase sus movimientos más que por breves instantes, apoderándose de la capital, de donde haría irradiar sus ejércitos para establecer un dominio indisputable en toda la Península. El no veía en los horizontes de su ambición sino una nubecilla, mejor dicho, una sombra, la que en ellos proyectaba el ejército inglés, que, según su frase favorita, hundiría en el mar. Pero no contaba, á pesar de la lección de la campaña anterior, con la altivez, el desapropio y la constancia de un pueblo que enseñanzas antiguas bien elocuentes debían haber mostrado á su privilegiado entendimiento como digno de respeto y aun de ser temido.»

«El que después de una campaña feliz en los albores de su grandeza había sabido imponer el tratado de Campo Formio; el que con la sola batalla de Marengo había reconquistado la mayor y mejor parte de Italia; el que repartió generoso reinos á amigos y parientes y grandes ducados á sus generales; reinos y ducados que ganara en Austerlitz; quien, por fin, acababa de someter en meses, en semanas, la Prusia venciendo á los discípulos favoritos del gran Federico, y á los rusos y su Emperador en las sangrientas jornadas de Jena y de Friedland; ¿cómo había de creer que la decaída España, sin soldados ni cañones, sin genios militares á su frente, ni administración ni hacienda; sin nada de lo que constituye la grandeza de las naciones, iba á hacer estériles sus gigantescas concepciones y burlarse de su poderío?»

Pero hé aquí que reaparece la nubecilla que, hundida en los mares del

Norte, se levanta de nuevo en los de Occidente, dispuesta á soltar los vientos y los rayos de que vuelve preñada.

¡Talavera! ¡Qué recuerdos despierta su solo nombre! ¡Qué de entusiasmos no provoca! ¡Talavera! Son muchos los españoles que aún creen que en sus campos se libró la batalla más decisiva de aquella guerra, la salvadora de nuestra independencia; tan hábiles parecieron los operaciones preliminares; tan ruda y ejecutiva la pelea.

Y, sin embargo, nada hay más lejos de la verdad.

Los ingleses han hecho de aquella jornada su más brillante epopeya: dieron su nombre como título de gloria al afortunado General que, de Sir Arturo Wellesley, pasó con él á ser lord Vizconde Wellington de Talavera; derramaron por el mundo entero los planos que la representan, los periódicos, folletos y libros que la describen, las poesías que la glorifican. Pero, al recordar que hubo á su flanco, peleando bizarramente, soldados que no habían nacido en Inglaterra, fué para denigrarlos con los más bochornosos epítetos y atribuirles ser el motivo único de la esterilidad del combate, de una retirada que, más que retirada, parecía fuga, y del retraimiento á que ellos volvieron en Portugal, su reducto de seguridad y su Capua.

Me explicaré:

Después de la campaña de Oporto, en que el mariscal Soult, en vez de ceñirse la corona de la Lusitania septentrional, con que soñaba, hubo de acogerse á Galicia con dos terceras partes de su cuerpo de ejército, sin artillería ni bagajes, vencido y derrotado; Wellesley, que debió perseguirlo hasta el centro de la Península, con lo que no se hubiera podido reorganizar, ni Ney salvarse de una capitulación en Santiago ó Lugo, se trasladó á Santarén para, en unión con nuestro general Cuesta, ir por Talavera al encuentro de Víctor y, arrollado éste, echar de Madrid al Intruso.

Y ¿Qué sucedió?

Que, repuesto Soult de su reciente descalabro á favor de la tranquilidad en que se le dejó en Zamora; reconcentrado Ney en León tras el revés de Puente San Payo, tan vergonzoso para sus tropas, vencidas por las bandas gallegas, y reforzándose los dos mariscales con el 5.º cuerpo, que mandaba su colega el Duque de Treviso, se cernía en las cumbres de la cordillera divisoria de Duero y Tajo, primero sobre el flanco y después sobre la retaguardia del ejército combinado, uno enemigo de más de 60.000 hombres. Y Wellesley lo ignoraba, á pesar de haber establecido en la frontera inmediata á Ciudad-Rodrigo á su teniente el general Beresford con 15.000 portugueses; y en esa ignorancia, rayana del abandono de toda precaución y del olvido de todo principio del arte militar, decidía en Casas del puerto de Miravete avanzar con Cuesta por el valle del Tajo, en que no había alternativa más que entre vencer á Víctor y seguir á Madrid ó ser vencido y quizás derrotado por Soult.

¿Era eso hábil, ni siquiera prudente, en quien ya proclamaba la opinión un Fabio?

Tan torpe estuvo en aquella ocasión Wellesley, que el rey José, comprendiéndolo perfectamente, concertó con sus generales de Madrid un plan que consistía en resistir él y Víctor de frente, mientras Soult, á quien llevó el general Foy la comunicación de aquel pensamiento, bajaría de Salamanca y Béjar á Plasencia para caer á espaldas de los aliados, colocados así en la misma situación que Dupont en Bailén. Si Soult, no dejándose dominar del espíritu de indisciplina de que tantos ejemplos había dado ya en España, y

de los celos y discordias que devoraban á los demás generales franceses en ausencias de Napoleón, hubiera obedecido inmediatamente, el día de Talavera habría sido el de la destrucción del ejército anglo-hispano, y quién sabe si el último de nuestra independeucia.

Afortunadamente, no obedeció con la premura y la exactitud necesarias; y, triunfantes Wellesley y Cuesta, tuvieron tiempo para neutralizar el efecto de su primer error y evitar el de los que aún habían de cometer. Porque el inglés, al saber el avance de Soult á Plasencia, se dispuso á salirle al encuentro y hasta se adelantó á Oropesa; y, creyéndose bastante fuerte para separarse de su colega, lo dejó en Talavera á defender á sus heridos de una reacción ofensiva de Víctor, situado de nuevo en la margen del Alberche. Ese otro error, que Cuesta quiso corregir uniéndose á Wellesley en Oropesa, hubiera costado muy caro sin la precipitación del General inglés, sordo á todo género de representaciones, en pasar á la izquierda del Tajo con sus tropas, dejando á las españolas en Puente del Arzobispo, donde días después pagaban con un desastre su abnegación para con los ingleses, cuyas espaldas guardaban en aquella que, como ya he dicho, mejor que de retirada, ofrecía los caracteres de una huida.

Y todo ¿por qué?

Porque desde la conferencia de las Casas del Puerto se apoderó de Wellesley la ambición del mando supremo; que no quiero censurarle, siendo partidario de la unidad en él, pero sí los medios que puso en juego para obtenerlo ó vengarse si no. Al salir de la conferencia el 13 de julio de 1809, escribía á Mr. Frere quejándose de Cuesta, contra quien ya trabajaba en Sevilla el representante inglés, deseoso de verle substituido por el Duque de Alburquerque; el 24 se negaba á cruzar el Alberche, tan sólo porque el día antes no había creído prudente hacerlo el General español; el 26 no le apoyaba en su movimiento retrógrado de Alcabón; el 29 se negaba también á proseguir la victoria de Talavera, y el 6 de agosto huía á Deleitosa dejando á los españoles solos al frente de 80.000 franceses.

Porque no vayáis tampoco á figuraros que aquellas tropas, que con justicia pasan por ser las más sólidas en el campo de batalla, no se dejaran á veces influir de pánicos, en ocasiones injustificados; que en esa misma acción de Talavera se entregaron muchos de sus soldados y varios oficiales á la fuga más desordenada, no parando, la noche del 27, con parte de los nuestros, hasta Oropesa. No hay diferencia entre unos y otros sino en que Cuesta hizo pública la defección de los españoles, fusilando á muchos de los fugitivos para escarmiento de los demás, y Wellesley dejó impune la de los suyos, creyendo así evitar el escándalo que se produciría divulgándose la causa con el castigo de los culpables.

Y no sólo en Talavera al mando de Wellesley, sino que antes de la retirada de Galicia bajo el de Jhon Moore, general tan exigente respecto á disciplina que era motivo de orgullo en el ejército inglés el haber servido á sus órdenes, hízose la marcha en tal desorden, que el camino quedó cubierto de caballos desjarretados, de equipajes deshechos, de cañones y carros de municiones dispersos ó volcados en las barrancadas próximas, y hasta de cajas de caudales abandonadas por los regimientos, entre ellas la del tesoro del ejército, que también cayó en poder de los franceses. Aun teniendo la escuadra inmediata, los ingleses abandonaron más tarde, en 1813 y al desistir del ataque de Tarragona, la mayor parte del tren de sitio desembarcado, sin cuidarse tampoco, en su reembarque, de un cuerpo considerable de españoles que, así, quedó en una situación sumamente comprometida

por haber acudido á aquella empresa cruzando con la mayor temeridad por entre los enemigos.

Y es tanto más de extrañar ese desdén que hacia nosotros afectan, cuando, en los dos últimos siglos, respeto, ya que no admiración, deberíamos inspirar á los soldados de la Gran Bretaña, si vencedores, casi sin excepción, de los franceses, vencidos en muchos trances por los nuestros. ¿O es que no pueden sobrellevar resignadamente sus derrotas en España durante la guerra de sucesión los que en Ramilliés y Malplaquet ponían coto á las ambiciones y término á la grandeza de Luis XIV? La historia de la reconquista de Mahón, la de los fracasos de Ferrol y las Canarias, y la de los más ruidosos aún de Buenos Aires, debiera haber hecho entender á los ingleses que alguna virtud existiría en una raza que con tanta frecuencia les vencía.

Por lo demás, bien manifiesto creo haberos hecho cuál fué el auxilio que nos prestaron los ingleses, y cuál la cooperación que les debimos en aquel año, segundo de la guerra de la Independencia. Pues bien: un mes después se volvían á Portugal, quejándose, como de costumbre, de la mala voluntad de los españoles para con ellos, y de nuestra inercia y falta de patriotismo. Que sus tropas se habían batido admirablemente en Talavera; más todavía: que se debió á ellas el éxito de aquella batalla; ¿quién lo ha puesto en duda? Pero una cosa es vencer y otra aprovecharse de la victoria; y la de Talavera no fué decisiva ni fructuosa. Y otro tanto sucedió, según veremos luego, con las demás.

Dice M. Fée, presente á una gran parte de las que se libraron en aquella guerra: «Los ingleses tuvieron en España magníficas y gloriosas jornadas; pero sacaron muy poco partido de ellas. En las batallas que han preconizado como sus más brillantes victorias, rara vez salvaron el campo en que habían combatido: lo dejaban libre como si fuese terreno neutro entre nuestro ejército y el suyo. Eso hicieron en Talavera, en Chiclana y en la Albuhera. Sabían que estábamos debilitados y fuera de estado de reparar nuestras pérdidas y les bastaba: no querían comprometer en nada sus éxitos.»

No me atrevo á hablar de Lord Wellington en son de juicio, pero creo yo que se le podrían aplicar aquí las palabras de Maharbal: «*Vincere scis, Annibal uti autem victoria nescis.*» Aunque, si he de deciros francamente mi sentir, no puedo compararlo con el vencedor de Canas por más que en Waterloo se hallara en la misma ocasión con que se midieran en Zama Escipión y Annibal. La fortuna premió con sus favores al inglés por su cordura y entereza de carácter, por su espíritu reflexivo, nacido de una larga experiencia y del estudio de las condiciones de los enemigos que estaba destinado á combatir; por el conocimiento, más que todo, de sus soldados, si egoístas, altaneros y crueles, inconmovibles también en el campo de batalla. Pero no busquéis en aquel General, por tantos otros títulos insigne, no busquéis los grandes y brillantes rasgos que adornaron á los más célebres capitanes de la antigüedad: sus campañas, aun siendo felices, no os revelarán en él aquella inspiración sublime, rayo desprendido de la inteligencia humana, en momentos supremos, pero ínsita, de su propia naturaleza, ni comunicada ni transmisible. Sus operaciones militares estarán, todas, maduramente calculadas, y después ejecutadas con precisión admirable, fruto de un estudio profundo y de una disciplina interna sólo conocida en la milicia romana. En ninguna veréis la lucha del genio de la guerra venciendo las eventualidades que sorprenden, los obstáculos que la naturaleza opone, los que el enemigo crea ú organiza. Aprovechará el error que observe cometido en la línea contraria, pero no sabrá inducir á sus rivales á que caigan

en él: sin las querrillas españolas nunca hubiera conocido el número ni la situación de los franceses, y menos adivinado sus proyectos.

Era, en fin, un hombre eminente, favorecido, sobre todo, por la fortuna: no un ser excepcional, del fuste de los Césares y Napoleones.

El tiempo á que me voy refiriendo es el en que comenzó á propagarse por Europa la idea, que poco después se había hecho general, de la largueza del Gobierno inglés para con los defensores de la independencia española. Se ha pregonado tantas veces esa liberalidad; se le han dado tales proporciones, que hay muchos, españoles y todo, creyendo que el oro, las armas y equipos traídos por las naves de la Gran Bretaña fueron los principales recursos con que se pudo sostener de nuestra parte aquella lucha incomparable. Y es que los ingleses han tenido el cuidado de divulgarlo por cuantos órganos han considerado como de mayor propagación; y los franceses y no pocos de nuestros compatriotas lo han creído como la cosa más natural del mundo, tomando en cuenta el poderío y la riqueza de Inglaterra, y el estado precario, á su parecer miserable, en que se veía á España.

Y, sin embargo, nada más inexacto; y voy á probarlo.

He de empezar declarando que lo poco ó mucho con que nos socorrió la Inglaterra merece la gratitud de los españoles, y soy yo el primero, como he dicho antes, en reconocerla y proclamarla. No nos está bien el escatimar á nuestros aliados de entonces las muestras de un sentimiento cuyo olvido sería en alto grado censurable. Pero los números son inflexibles; y ellos y documentos emanados de las mismas cancillerías inglesas, demostrarán, mejor que nuestras observaciones, la injusticia, de un lado, y las exageraciones de nuestros detractores, por otro, en ese asunto.

Con decir que la suma total de lo recibido por las Juntas provinciales y por la Central en todo el tiempo de su administración no pasó de sesenta millones de reales, comprenderéis, Señores, hasta donde llegan esas que acabo de calificar de exageraciones de los historiadores ingleses, las de Napier sobre todo, al asegurar, con su formalidad de costumbre, que «los abundantes socorros del dinero inglés sostuvieron la guerra», y que el Gobierno de su nación «inundó de oro á España.» Pero ¿cómo había de inundarnos con lo que no tenía.

Sevilla, Asturias, Galicia y León son las provincias beneficiadas en los primeros meses de la guerra con el oro inglés, el á que Napoleón atribuía los trastornos en Europa y las coaliciones formadas contra la República antes, y luego contra el Imperio francés. Las demás provincias, mejor dicho, sus Juntas, no llegaron á ver una sola libra de aquel generoso y tan cacareado metal. Y no digo esas Juntas, sino que las hubo de las favorecidas que no utilizaron ese oro: por integridad en sus vocales ó por economía en sus gastos, no lo recibieron ó lo guardaron en sus arcas. Del millón de pesos que la fragata *Minerva* llevó á la Coruña en 1808, tan sólo 80.000 se recibieron para el ejército de la izquierda. Los demás volvieron á Inglaterra, temerosa de que cayeran en poder de los franceses.

Pero ¿qué más? doce millones, desembarcados de las naves británicas al declararse la guerra, fueron inmediatamente devueltos en Cádiz; y todos, absolutamente todos, se recibieron en calidad de préstamo, satisfaciéndose luego tan largamente que, según el manifiesto de la Junta Central, no desmentido hasta ahora, España había dado, al disolverse aquella Corporación, más tal vez de lo que había recibido. Y es que esas cantidades, como otras posteriormente adquiridas, lo fueron por negociaciones de letras contra las cajas de América, que las pagaron religiosamente, abriéndose, ade-

más, los puertos, antes cerrados, de nuestras colonias al comercio inglés, con lo que se le produjeron beneficios y ganancias enormes.

La guerra se sostuvo en España, ya que no con los caudales existentes en nuestro Tesoro, porque estaba exausto, con los sacrificios pecuniarios que supieron imponerse las provincias españolas, de entre las que hubo alguna, la de Valencia, que cubrió las exigencias de su levantamiento y servicios con más de 50 millones recaudados al iniciarse la lucha. Los principales recursos, con todo, vinieron de América· el patriotismo y la adhesión y generosidad de los españoles, allí residentes, proporcionaron hasta 284 millones.

Y para daros una prueba irrefutable de la imparcialidad mía, no me atengo á otros datos que á los que hallo menos halagadores á nuestro amor propio, porque Schépeler, el historiador alemán más concienzudo de aquella guerra, dice, á propósito de eso, lo siguiente: «A fin de mayo de 1809 llegaron de Méjico, Lima y la Habana, etc., en siete buques, hasta 36 millones de duros. El alimento de la guerra abundaba en todos los puertos del reino, y, sobre todo, en Cádiz. Las colonias enviaban presentes considerables; y, para dar una idea de la riqueza de la aristocracia comerciante y propietaria de la América española, citaremos la suma que en la ciudad de Méjico reunió para España su Arzobispo en agosto de 1808. Ascendía á 2.955.435 pesos. Hubo negociante ó propietario que contribuyó con 200.000, y uno, entre ellos, se suscribió por 400.000.»

A tal punto llegó el desprendimiento de los españoles respecto á los subsidios en metálico del Gobierno inglés, que al iniciarse la guerra de Austria, en 1809, traspasaron á aquel Imperio los que se les destinaban, y hasta permitieron que la Inglaterra negociara con igual destino la enorme suma de 3 millones de pesos en nuestros puertos de América, con gravísimo perjuicio para los intereses comerciales del país. Escribía Mr. Canning al Marqués de Wellesley: «El Gobierno británico tiene la mayor satisfacción en ver, no sólo que no hay estipulación alguna que la ligue con esta nación (el Austria), sino que el Gobierno español se ha manifestado tan propicio al Imperio, que pospondrá todas las consideraciones favorables á sus intereses al socorro de las necesidades más apremiantes de la Corte de Viena.» Los españoles preferían, con efecto, la cooperación de los austriacos en el Danubio al material de guerra que aquellos subsidios pudieran proporcionarles; generosidad poco común y estéril entonces al celebrarse el armisticio de Znain y la paz de Viena.

Y no se diga que más tarde se manifestara la Gran Bretaña más generosa con la Regencia que lo había estado antes con la Junta Central; porque ni aun quiso garantizar nuestros empréstitos si no le franqueaba el comercio directo con las provincias de Ultramar bajo un derecho de 11 por ciento sobre factura, proposición que, justamente rechazada por gravísima, produjo la ruptura de cuantas negociaciones se habían entablado, é impidió las sucesivas.

Pero, lo repito: ¿cómo había de inundarnos de oro la Inglaterra cuando no lo tenía ni aun para sus mismos ejércitos y propias necesidades?

Y, si no llegáis á creerlo, oíd lo que ese Mr. Canning, que os acabo de citar, añadía en su escrito al Embajador inglés: «Hacen impracticable ese tratado varias circunstancias: primera, la entrada del metálico de América en España, la cual la hace, por fortuna, *independiente* de los socorros exteriores; segunda, la continua escasez de dinero que sufre la Inglaterra, haciendo que la extracción de la más pequeña suma se mire como asunto de

la mayor importancia. Estas dos circunstancias han alterado de tal modo la situación respectiva de las dos naciones, que los ingleses, hasta que podamos proveernos de metálico en América, necesitaremos contar,—escuchad bien, Señores,—con el auxilio del Gobierno español para hacer que lleguen á nuestras manos en dinero los fondos necesarios con que pagar el Ejército de la Península, comprando el metálico por medio de letras de la Tesorería.»

Y si eso no os convence todavía, leed la magnífica obra de Londonderry, y veréis que en 1809 el Ejército inglés carecía de útiles de campaña, de calzado y de dinero, y que á todos los regimientos se les debían algunos meses de paga; que en 1810 lo que más afligía era la escasez de dinero, hallándose los cuerpos sin víveres y sin metálico en un país como Portugal, donde no se podía adquirir nada si no se pagaba; que en 1811 continuaba la falta de pagas, de trasportes y de víveres; y que en 1812, al darse la batalla de los Arapiles, el Ejército tenía en caja 20.000 duros, con cinco meses de atraso en las pagas, y viviendo los oficiales con la ración tan sólo.

¿Cómo, pues, había de dar la Inglaterra lo que no tenía?

En cuanto á lo del material de guerra y equipos facilitados por los ingleses, yo os podría dar razón desde el número de los cañones, que ninguna falta hacían en esta tierra clásica del hierro y el bronce, hasta el de las suelas de zapatos que nos fueron enviadas, fatigando así vuestra benévola atención. Pero, con deciros que entre las armas vinieron miles de chuzos, comprenderéis que la Inglaterra no las tenía de fuego en cantidad suficiente para las necesidades de aquella guerra. Y al contar las varas de paño y de lienzo, las mochilas, gorros y sombreros, las botas y zapatos, los equipos todos y enseres, y pensando que todo fué religiosamente pagado, comprenderéis también la inmensa ganancia que proporcionaría ese auxilio á la industria inglesa, paralizada hasta entonces por el bloqueo continental que nosotros y los portugueses fuimos los primeros en romper en Europa y América.

Y volvamos á las operaciones militares, en que hacen hincapié los anglomanos para arrebatarnos la gloria de la guerra de la Independencia.

Descansado el Ejército inglés, y repuesto en las márgenes del Guadiana de los trabajos de la campaña de Talavera, con la abundancia de víveres que antes negaba y hubo, por fin, su General en jefe, de agradecer á la Junta de Extremadura en un elocuentísimo despacho, se había trasladado al valle del Mondego, cogiéndole en Vizéu la noticia del sitio puesto á Ciudad-Rodrigo por el mariscal Massena.

La plaza española capituló el 10 de julio de 1810, después de una defensa heróica, *de yacer todo por tierra y destruído*, según la frase del hijo mimado de la victoria, *no quedando una sola casa intacta*; y cuando su gobernador Herrasti supo que ni los ruegos del Marqués de la Romana y los de las autoridades, ni aún los del Gobierno español, bastaban para que lord Wellington, situado en Celórico desde el 27 de abril y desde el 25 de junio entre el Agueda y el Coa, acudieran en su auxilio. Ruegos, consejos, representaciones, las quejas de los moradores y alendaños, hasta las iras de don Martín de la Carrera, que, indignado, se separó del Ejército inglés para siempre, movieron su corazón á un arranque cual á otro inspirarían el valor y la desgracia de aquel noble pedazo de la tierra española. Su misión, bien claro lo decía siempre, era la de defender á Portugal; manifestando una vez á la junta de Extremadura «que no estaba en poder suyo el hacer lo que deseara; y particularmente como la seguridad del Reino de Portugal

fuese la principal misión que se le había confiado, no podía distraer de ella las fuerzas que eran necesarias para el cumplimiento de los demás objetos sobre que se le tenía llamada la atención.»

Y ¿queréis saber el efecto que aquella conducta produjo en el pueblo español? Pues oíd al mismo Wellington nueve días después de la pérdida de Ciudad-Rodrigo: «Yo estaba perfectamente convencido de que la caída de Ciudad-Rodrigo produciría un resultado fatalísimo y sumamente bochornoso para nosotros; pero nunca esperé que ese suceso hiciera tanta impresión en los habitantes de Castilla como parece haberlo hecho, y temo que la mayoría de ellos, con su confianza de costumbre en las murallas y en su propio valor, hayan recogido sus bienes muebles en aquella plaza y los hayan perdido. No debo pensar otra cosa por el obstinado silencio que guardan con nosotros desde tal acontecimiento. No recibimos una sola carta de España, ni un aviso en estos últimos diez días; y los oficiales que operan por los flancos del ejército, me dicen que no sólo no pueden procurarse noticia alguna, sino que apenas logran encontrar quien les lleve sus cartas. Esto, añade, no es para animar á nadie.»

De la rendición de Ciudad-Rodrigo, á la vista de Lord Wellington, hasta la vuelta del ilustre caudillo del Ejército británico á la línea del Coa, pasaron diez meses, empleados en la gran campaña, que tuvo principio en la sierra de Busaco y terminó con la defensa de las famosas líneas de Torres-Vedras, los varios trances de la retirada de Massena y su revés, por fin, de Fuentes de Oñoro, el 16 de mayo de 1811. No es ésta la ocasión de juzgar aquellas operaciones, salvadoras de la independencia de Portugal, aunque más á costa de sus naturales, que hubieron de sacrificar cuanto amaban, hogar, hacienda y sosiego, que de los ingleses, que sufrieron muy pocas bajas, pero beneficiosas también á España en cuanto á que la pérdida de Lisboa hubiera comprometido aún más la suerte de nuestros ejércitos, empujados de todas partes por los numerosísimos refuerzos que la paz con Austria permitía á Napoleón enviar á la Península. No he de negarlo, no; pero de eso á conceder que aquella campaña, en que no se dió una sola batalla decisiva, lo fuera para nuestra patria, hay mucha distancia. Como el Portugal por Massena, fueron invadidas nuestras Andalucías por José en persona y Soult, Víctor, Sebastiani y cien y cien generales, que, con ejércitos como nunca vistos desde las irrupciones alárabes, pudieron llegar sin contrarresto á las orillas del mar en Málaga, Algeciras y Cádiz. ¿Vencieron por eso la resistencia española? ¿Lograron siquiera doblegar la constancia de nuestros padres, y menos someterlos á su imperio?

Nada de eso; entonces, por el contrario, dió España la prueba más concluyente de la fuerza que atesora, sólo superada por la que revela la sucesión interminable de las luchas civiles posteriores, que ni la agotan, ni siquiera la enflaquecen; tal es su vitalidad, y tal el carácter férreo, obstinado y ardiente de sus hijos. Cádiz, sitiada por los ejércitos más formidables, blanco de un bombardeo para el que se inventaron máquinas de un poder hasta entonces desconocido, sepulcro que parecía, de toda esperanza de salud para la patria, fué cuna de su regeneración política y social, templo de las leyes que, al aspecto de las legiones enemigas y con el estruendo de los proyectiles que sobre él reventaban, salieron, en las expansiones del patriotismo y la confianza de la victoria, más y más sabias, enérgicas y salvadoras para la nacionalidad española. Podrían esas leyes resultar después deficientes para unos; como inspiradas, en concepto de otros, por un espíritu exageradamente reformista, producto de ideas que condenaban, traídas

del código revolucionario de la Convención francesa; pero nunca dejarán de ser la expresión de un pueblo á quien la violencia de que era víctima y su valor y pertinacia singulares le provocaban á alardes de una independencia que ningún otro se había atrevido á hacer como él.

En aquel largo asedio de más de dos años, una sola acción intentó la división auxiliar inglesa que se había establecido en la isla de que Cádiz forma parte; y esa acción, la de Chiclana, en marzo de 1811, resultó completamente ineficaz, no produciendo sino quejas y recriminaciones, expedientes inútiles, y celos y nuevas discordias entre las naciones aliadas. La acción eminentemente salvadora por lo gallarda y pertinaz y gloriosa, fué la de los españoles; la del Duque de Alburquerque, en un principio, por lo oportuna, la de las demás tropas de la guarnición y de los voluntarios de la ciudad hercúlea después, y siempre la del Gobierno y la de los egregios legisladores, cuya entereza nunca se doblegó al peso de la responsabilidad y en cuyos ánimos no pudo tampoco abrirse paso el pavor que en otras partes infundían la furia y las bombas francesas.

España llevaba, pues, más de tres años de combatir sola una invasión preparada con la ocupación de las mejores plazas de guerra y el establecimiento de los ejércitos enemigos en Lisboa y en Madrid; esto es, en los puntos centros de toda acción política y administrativa. Antes de dispararse un tiro emigraban ó se veían reducidas á la esclavitud las dos familias reinantes en la Península, estorbo, que pudiera ser, para el establecimiento sólido y tranquilo de la ocupación francesa: las mejores tropas se hallaban lejos ó sometidas á la vigilancia del enemigo, impotentes de todos modos; y la máquina toda gubernamental, sin medios de funcionar más que con órganos é instrumentos puestos en sus manos. Y no me negaréis, Señores, que la intervención de Inglaterra había sido hasta 1811 nula, más que nula, puesto que las campañas de John Moore y de Wellesley, en la Coruña y Talavera terminadas, lo que habían logrado era demostrar la ineficacia, hasta entonces, de una alianza que con tan inútiles esfuerzos se iniciaba.

Lo que esa intervención había obtenido era, sí, la independencia de Portugal; quiero decir, la libertad de sus leales habitantes del yugo que la Francia les quería imponer, porque seguiría pesando sobre ellos el más suave, es verdad, de su vieja protectora, sensible, con todo, por verse explotados en sus intereses y empequeñecidos en su dignidad. Y como la misión principal del ejército inglés, la única según antes habéis oído, era la de sacar á salvo la independencia de Portugal, que era de tan vital interés para el Reino Unido, hay que convenir en que el éxito más completo había coronado sus esfuerzos. El ejército de Junot había desaparecido de aquella noble tierra, aun cuando fuera para servir, pocos meses después, contra los españoles; Soult, había huído de ella, empujado también á la nuestra; Víctor vió paralizada en Talavera su acción, que, combinada con la del mismo mariscal, Duque de Dalmacia, la de Ney y Mortier, amenazaba ejercerse nuevamente en las regiones lusitanas del Tajo y del Duero; Massena, en fin, el hijo mimado de la Victoria, retrocedía de Torres-Vedras, mas perseguido tan sólo hasta Fuentes de Oñoro. Esto es, que la frontera española venía á ser el límite impuesto á la acción y á las aspiraciones del triunfo de las tropas británicas. Portugal parecía representar la arena cerrada, el circo en que los nuevos gladiadores, galos y británicos, iban á dirimir la grave y trascendental controversia de su supremacía, hacía veinte años puesta á discusión en cien campos de batalla.

Pero ese éxito, tan completo como acabo de decir, ¿se hubiera obtenido sin la cooperación, por su lado, de nuestros compatriotas?

Porque, sin la acción de España, Junot hubiera tenido excelente camino para su retirada de Vimeiro, guardado por las guarniciones francesas de Estremoz y Elvas; Soult y Ney no vieran sus ejércitos necesitados de nueva y lenta reorganización sin la lucha tan activa y afortunada de los gallegos; no llegara Wellington á Talavera sin su unión con Cuesta y sus combinaciones con Venegas; y en Torres-Vedras había españoles, los del Marqués de la Romana y el Conde de España, é interceptaban la comunicación y los convoyes de Massena el Empecinado, Merino y Sánchez, que hasta le privaron, además de una gran parte de la artillería que le estaba destinada, de municiones, víveres y noticias. Hay que tomar en cuenta estas circunstancias para no plantear exclusivas en una acción tan combinada como la de los ejércitos aliados en la guerra de la Independencia, en que ninguno de ellos puede atribuirse para él solo la gloria del triunfo sin manifiesta injusticia; debiéndose, por el contrario, á causas y efectos en que todos tuvieron proporcionalmente su parte. ¿Por qué los ingleses lograban mantenerse en Lisboa y no en Nápoles, ni Walkeren, á pesar de componerse la segunda de aquellas expediciones de 80.000 hombres de mar y tierra?

El año de 1811 ofrece un carácter singular, debido á muy diversas condiciones de situación política en el resto de Europa y de gestión militar en la Península. Parece que era tiempo aún de que la Francia intentase un esfuerzo supremo para concluir ya la lucha cuya duración debía desesperar al Emperador. Y, sin embargo, no hubo en ese año, ni en los primeros meses del de 1812, acción alguna cuyos resultados fueran decisivos para el de lucha tan larga y reñida. Las de Chiclana y Fuentes de Oñoro, ya lo he dicho, no sirvieron para obtener el levantamiento del sitio de Cádiz á que iba dirigida la primera, ni para la reconquista de Ciudad-Rodrigo y la entrada de las tropas británicas en Castilla á que parecía provocar el fracaso de Massena al pretender el avituallamiento de la plaza de Almeida, abandonada al día siguiente por los franceses. La batalla de la Albuhera, con ser tan gloriosa para los aliados que, lo mismo ingleses que portugueses y españoles, procuraron excederse á sí mismos compitiendo en bravura y firmeza, no pudo impedir que un mes más tarde se reunieran Soult y Marmont en Badajoz, cuyo sitio hubo necesidad, así, de levantar dos veces.

Y era que Napoleón se resistía á intentar ese esfuerzo supremo, de todo punto necesario, á que acabo de referirme, engolfada su mente ya en el gigantesco proyecto de humillar de nuevo á la Rusia, apesadumbrada de unos tratados como los de Tilsit y Erfurt, que tanto perjudicaban á su comercio con el bloqueo continental, y tanto habrían de lastimar los intereses y el orgullo de la nobleza moscovita. No podía dar entrada en su entendimiento, privilegiado y todo, á la idea de que la guerra de España hubiera de ser tan seria y trascendental que le vedara entregarse, sin su feliz acabamiento, á los grandes proyectos que acariciaba desde su elevación al Imperio. Era en su sentir muy suficiente el envío de Massena para echar al mar, como solía decir, á los ingleses, únicos que consideraba capaces de trastornar sus planes manteniendo vivo el espíritu de independencia en las demás naciones de Europa. Los refuerzos que envió á España fueron, con eso, de corta consideración, suponiéndolos más necesarios para la organización del grande ejército que preparaba, que, por lo mismo de ser tan abigarrado, compuesto como iría de tropas de tan diverso origen y nacionalidades tan distintas y hasta rivales, debería reconocer un núcleo fran-

ces, tan robusto como homogéneo, para mejor asimilarse en su acción á las demás, é imponerse, en caso necesario, á ellas.

Lord Wellington no se mostraba tampoco, de su parte, lo interesado que debía por el pronto término de la guerra en España. Al aparecer en Extremadura por abril de aquel año, creía haber ya obtenido de la Regencia el mando de las provincias españolas aledañas de Portugal, solicitado por su hermano el Marqués de Wellesley, ministro inglés cerca de nuestro Gobierno, «para emplear,—así decía,—con utilidad los recursos que presentaban y combinar acertadamente las operaciones de la guerra.» Temerosa la Regencia de la responsabilidad que pudiera contraer, presentó con desusado ceremonial á las Cortes la pretensión del diplomático inglés, que naturalmente había de serle negada, hallándose los diputados bajo la impresión del reciente suceso de Chiclana y de la impasibilidad manifestada por el Lord ante las catástrofes de Ciudad-Rodrigo y Badajoz, sucedidas á su vista y al alcance de su poderoso ejército. La repulsa debía producir su efecto en ánimo tan susceptible y altanero; y la guerra continuó varia y sin resultados decisivos por ninguna de las partes beligerantes; perdiendo los aliados á Badajoz, y ganando á Almeida, restaurando el Portugal, pero sin aprovechar la victoria por detenerse en la Frontera de España hasta bien entrado el año de 1812.

«Durante ese período, el de 1808 á 1812,—dice Duverine en su *Ensayo histórico sobre el espiritu de reforma política en España,*—la cooperación del Ejército inglés fué dirigida más bien por medidas de prudencia y previsión que por un sistema de vigor; contentándose con proteger el Portugal y conservar casi continuamente la línea del Tajo, comenzando á operar con mayor energía en el curso de 1811 para el sitio de Ciudad-Rodrigo, que fué tomada de asalto por el ejército anglo-portugués al mando Wellington.»

De entonces data, Señores, y sólo de entonces, la acción auxiliar de las tropas inglesas en España, acción directa y verdaderamente eficaz que es de nuestro deber agradecerles con toda la efusión de corazones españoles, ya lo sabéis, hidalgos y generosos. Ciudad-Rodrigo y luego Badajoz caen en su poder: no os detengáis á escuchar los lamentos de sus infelices moradores, mucho peor tratados que los enemigos por el aliado libertador. Salamanca es testigo de la esplendorosa victoria con que el valor británico parecía poner la causa española á punto de acabar su triunfo; tampoco os molestéis en juzgar los errores que la produjeron por haber el enemigo precipitado la persecución. Madrid se ve libre de sus enojosos huéspedes de cuatro años, aun cuando por pocos días. España entera va á respirar, así lo creen muchos, el aura de su independencia, tan costosa como deseada. Pero, señores, fábrica sin cimientos pronto se derrumba; y la del triunfo de Salamanca, sus mismas ruinas lo dicen, no los tenía bastante sólidos.

Y digo *ruinas*, porque dos meses después las tropas inglesas volvían muy deprisa y acosadas de cerca á los mismos cantones de que habían salido; lo cual prueba que no se bastaban para vencer, y que no es á ellas tan sólo, ni á los recursos abundantes, como dice Napier, de la Gran Bretaña, á quienes se debió el éxito de aquella lucha. Habían logrado indirectamente el levantamiento del sitio de Cádiz, y no fué poco, sin necesidad de la marcha sobre Sevilla que Wellington pregonaba, sin haber pensado en ella aun cuando la anunciase á su mismo Gobierno después de la reconquista de Badajoz; pero la Asamblea de Fuente la Higuera era Indestructible. ¿Quién había de combatir en campo abierto á Suchet, Soult y el intruso reunidos? Y, al avanzar los dos últimos en combinación con Souham á la

cabeza de 80.000 hombres, volvieron las cosas en Castilla al mismo ser y estado que antes de la batalla de los Arapiles.

Eso que Suchet había quedado en Valencia, donde se le consideraba necesario para consolidar su conquista tan lentamente alcanzada. Más de dos años había empleado en ella. Rechazado en 1810, cuando creía conseguirla fácilmente, le había sido necesario emprender el sitio de cuantas fortalezas se encontraban en el camino, por su flanco ó á sus espaldas, hasta las de Cataluña próximas al Ebro. Y expugnadas, una tras otra, Tortosa, Lérida y Tarragona, así como el Montserrat, todas metódicamente y según los procedimientos recomendados en el arte militar, seguros pero lentos, había llegado á Sagunto y Valencia á fines de 1811, cubierto de gloria, pero sin poderla arrebatar á un pueblo y unas tropas que le obligaban á gastar tanto tiempo para tan corto camino. ¿Le habían hecho detenerse en él los ingleses? No había visto ni uno, y cuando aparecieron la división siciliana de Maitland y la mallorquina de Withingam, mucho más numerosa, era en principios de 1813, al fijarse ya la tornadiza fortuna en favor de la coalición que había de destruir el imperio napoleónico. La división siciliana y su nombre está revelando su composición: constaba de 4.000 hombres, naturales de la isla italiana, con jefes ingleses: ¿qué peso, pues, había de echar en la balanza de los destinos de España en Valencia y Cataluña? Así es que en la acción del 13 de abril del citado año en Castalla, españoles formaban la mayoría de los combatientes, y de españoles fué la casi totalidad de las bajas, por más que dirigiese el combate un Murray, si afortunado en él, desgraciadísimo en el ataque á Tarragona que terminó, perdiendo toda la artillería de sitio, *vergonzosa y atropelladamente*, como dice nuestro Conde de Toreno, nada hostil á los ingleses.

Arrojó de Valencia á Suchet lo que á José de Castilla y las provincias de la izquierda del Ebro, la marcha de los sucesos en el Norte de Europa, que exigía cuantos recursos pudieran quedar á Francia en su seno y en los demás teatros de la guerra, no sólo en fuerzas, de las que salieron en algún número de España, sino en personalidades eminentes como Soult, Bessiéres y otros generales distinguidos que se creyeron más necesarios en Alemania.

Porque la intervención de la Inglaterra, valiosa y todo, como ahora se dice, no fué tampoco la única que se ejerciera en favor de España para la grande obra de su independencia y la ruina del coloso que pretendía arrebatárnosla.

Yo voy á declarar con toda ingenuidad, y luego á poner de manifiesto con la imparcialidad en que debe inspirarse el historiador si ha de ejercer honradamente la noble misión á que está llamado, cuáles fueron las causas determinantes de la victoria con que la suerte coronó los esfuerzos de los españoles. Me parece que los datos que vengo aduciendo prueban hasta la evidencia que la primera de esas causas está en la gallarda determinación de nuestros padres de no someterse á la voluntad, entonces omnipotente, del emperador Napoleón, ni á la furia, tampoco, de sus soldados, tenidos hasta la de Bailén por invencibles. Pero dentro de esa causa hay otra esencialmente militar que ejerció una influencia poderosa é innegable: la del aislamiento en que operaron los ejércitos franceses. Más que de discurrir y convencer con el discurso, es, la presente, ocasión de demostrar, mejor que con argumentos que, siendo míos, se han de tener por apasionados, con pruebas aducidas por autoridad respetable y como tal reconocida. Y como escolio y explicación de tal concepto, decisivo quizás en el éxito de la guerra de la Independencia, hé aquí un párrafo de la obra de Vacani, que elocuen

temente expone y demuestra de manera, en mi sentir, irrefutable, los motivos y el resultado de la profunda división que produjeron en las operaciones de las tropas francesas la naturaleza del suelo peninsular y la ausencia de Napoleón. «Cortada,—dice,—como está España por anchos ríos y cadenas de montes muy elevados y que se extienden hasta el mar, donde también se descubren vastas llanuras deshabitadas é incultas; divididas, sobre todo, sus provincias por costumbres, leyes y carácter distinto, no es maravilla el que los ejércitos extranjeros que en ella operan encuentren tantos obstáculos para la debida armonía en sus maniobras que puede decirse que la mayor parte de las veces han combatido sin plan alguno, hasta el punto de ser la guerra de España un tejido informe de varias guerras, ejercitadas por jefes diversos, independientes unos de otros, y en provincias separadas por límites naturales y políticos. Tal fué siempre en las primeras campañas el aislamiento del ejército de Cataluña del más próximo de Aragón; el de éste de los de Castilla, y el de los de Asturias, Galicia, Portugal, Extremadura y Andalucía entre sí. Que si, por el contrario, se hubieran dirigido todos á un solo objeto, esto es, á evitar el contacto de los ingleses con las varias posiciones españolas de la costa, á romper y dispersar toda reunión nacional amenazadora en el interior, aun cuando alguna vez hubiesen operado sin acierto los jefes, sus maniobras habrían ofrecido el aspecto de armónicas, así en la ofensiva como en la defensiva, lo cual únicamente hubiera sucedido fijando el emperador Napoleón un solo plan y conservando constantemente, ya estuviese en París, ó al otro lado del Rhin, el mando supremo para las operaciones generales en esta parte de Europa.»

Hasta aquí Vacani.

Pero al partir Napoleón, entregado el mando á su hermano, ni lo hábil ni lo severo que era necesario para dar unidad á las operaciones militares é imponerse á las voluntades caprichosas y dispersas de los generales franceses, cada cuerpo de ejército tiró, como vulgarmente se dice, por su lado, y ni el de Aragón se entendió con su vecino de Cataluña ni aun con los de Castilla y Navarra, que le servirían para comunicarse con la Corte, centro de la ocupación francesa, y con el Imperio, fuente de su prestigio y de su fuerza. De Portugal no se tenían ni noticias, y sólo de vez en cuando comunicaban Andalucía, Extremadura y Castilla. ¿Cómo lograr así la sumisión total de la Península?

La segunda causa, y aquí está, Señores, la clave de la fábrica cuyas bases me propongo establecer en esta conferencia, es la guerra de Rusia. El apoyo del Czar á Napoleón desde el tratado de Tilsit, punto de arranque de todos los proyectos del nuevo César sobre España y Portugal, había desaparecido; el que le prestaba aquel congreso de soberanos de Erfurt envolviéndole en nubes de incienso, cual dioses del Olimpo á Júpiter tonante, se desvanecía con su fracaso de España, que nadie de ellos esperaba, y con aquella retirada que, como el incendio del Kremlim, les hacía vislumbrar un rayo de esperanza para su propia independencia y la de sus desgraciados pueblos, unos y otros sometidos á la sola y despótica voluntad del objeto antes de sus adulaciones. Las proporciones que alcanzó aquella lucha que, siendo afortunada, daría á Napoleón el dominio sin contrapeso alguno de Europa, llevó á Rusia las fuerzas disponibles de la Francia, las de sus feudatarios y aliados; y el desastre de que fué seguida, llamando para su reparo cuantas aún se hallaban preparadas en aquel camino de desolación, de nieve y fuego y sangre, dejó los demás teatros de la lucha general, provocada por la insaciable ambición suya, sin ese recurso supremo, único decisi-

vo en crisis como aquélla: el de los refuerzos oportunos y el de las reservas.

«Cosa bien notable,—decía Napoleón en Santa Elena con aquella frase oriental tan de su gusto,—cosa bien notable: los obstáculos que me han hecho fracasar no proceden de los hombres, sino de los elementos. En el Mediodía me ha perdido el mar, y el incendio de Moscou y los hielos del invierno me han perdido en el Norte. Así, el agua, el aire y el fuego, toda la naturaleza y nada más que la naturaleza. Hé ahí los enemigos de una regeneración universal, dispuesta por la naturaleza misma. ¡Los problemas de la Providencia son insolubles!!!»

Y más adelante añadía el Emperador: «No es su resistencia (la de los españoles) ni los esfuerzos de los ingleses los que les han proporcionado su independencia, sino mis faltas y mis lejanos reveses. Es, sobre todo, la de haber llevado todas mis fuerzas á mil leguas de ellos para verlas perecer allí, porque nadie me podrá negar que si, al entrar yo en España, el Austria, sin declararme la guerra, me hubiera consentido permanecer allí cuatro meses más, todo hubiera terminado...»

«¡Mis faltas!» Esa es la causa de sus reveses. Porque todo era extraordinario en aquel hombre. Si grandes los pensamientos y los éxitos, inmensos fueron también los errores que cometió, y á ellos se debe el que no cayese muda y postrada á sus pies la Europa entera. ¿Qué mayores que los de las guerras de España y Rusia? La una sirvió de ejemplo á la otra; y el patriotismo de los españoles, provocando el de los rusos, obtuvo por fruto la compensación de nuestra debilidad con la fuerza que daba á los aliados la división de las legiones, hasta entonces incontrastables, del enemigo.

El Beresina, con efecto, y el Niemen, eran abismos que atraían y se tragaban los últimos recursos de la Francia, ya flaca y esquilmada, las tropas que, repasadas las rojas aguas, escenario de catástrofe tan horrenda, habrían de arrostrar aún la defección de muchos de los que iban allí como amigos y camaradas, esperanzados, sin embargo, cual ya he dicho, y dispuestos á sacudir en la primera ocasión el yugo ó la tutela del tirano, su dominador.

Y así se vió aquí en la campaña de 1813, cuando sin esfuerzo alguno, sin riesgo ni contratiempo, con la sola amenaza de un movimiento envolvente, estudiado en la elocuentísima lección del año anterior, el ejército aliado cruzaba el Ebro para combatir en Vitoria los restos de una invasión que era imposible mantuviera el centro de la Península por el abandono en que se la dejaba. En Alemania era donde iba á decidirse la suerte del imperio napoleónico; y los ejércitos, mejor dicho, los esqueletos de ejércitos franceses de España, según la frase de Gouvion Saint-Cyr, si peleaban todavía, más que por sostener la ocupación de nuestro territorio, lo hacían por espíritu de honor militar, y por impedir, aunque en vano, fuese hollado por el extranjero el suelo sagrado de la patria. Vitoria, Sorauren y San Marcial son los últimos grandes episodios de la guerra de la Independencia en España, batallas mal preparadas por el enemigo, peor reñidas y, sí instructivas, más como circunstanciales que por lo que pudiéramos llamar su estructura clásica. La primera, esto es, la de Vitoria, representa en el campo francés la defensa de sus trofeos de seis años, del botín con tanto afán recogido en una guerra en que, aparte de las costumbres militares introducidas por los franceses en su Odisea por la Europa entera continental, constituía el único fruto sacado de ella de entre las ensangrentadas ruinas de nuestro suelo; del decoro, por fin, de un cetro ya tronchado y que se consideraba no adquirido con la gloria que pudiera hacerlo respetable y respeta-

do. Era el esfuerzo hecho por un atleta para tomar postura digna en su caída. Sorauren y San Marcial significan el cumplimiento de un deber sacratísimo en la Milicia, el de salvar, no las plazas de Pamplona y San Sebastián, pues por perdidas las tenía el mariscal Soult, sino sus respectivas guarniciones, á fin de que pudieran retirarse sin experimentar la dura ley de los rendidos ó capitulados, cuando de una tenaz resistencia sólo gloria podrían reportar, no la utilidad de que tan necesitada se veía la Francia para mantener incólume su suelo.

Y ojalá hubiera acontecido; porque no tendría yo esta noche que despertar en vuestra memoria la lúgubre y bochornosa de aquel día 31 de agosto, en que la ciudad de San Sebastián quedó reducida á miserables ruinas, manchadas, más que con la sangre de nuestros infelices compatriotas, vertida á torrentes, con la soez y bárbara y repugnante hazaña de los que se decían aliados y amigos, casi hermanos, según pregonaban su abnegación por la causa española. El Conde de Toreno, al suponerla propia tan sólo de enemigas y salvajes bandas venidas del Africa, no la ennegrecen bastante; porque los almohades de Ben Jussef, vencedores de Alárcos, eran tratables, humanos, y hasta piadosos, comparados con los hijos de la Gran Bretaña en los asaltos de Badajoz y San Sebastián. El incendio de una ciudad amiga; el sacrificio, bárbaro asesinato, de los moradores que salían con los brazos abiertos al encuentro de los que tomaban por generosos libertadores suyos; las violaciones horrendas de las hijas en el regazo de sus madres, como dice el célebre historiador y es verdad, á las madres en los brazos de los maridos, y á las mujeres todas por do quiera; el robo de las casas y el saqueo de los templos; no son obra de salvajes en tierra amiga: lo son de la maldad más refinada, de la indisciplina más brutal, fruto de aquellos *enormes crímenes*, según la justa calificación de su caudillo, que, desde que entraron en España iban los soldados ingleses cometiendo más con sus aliados que con sus enemigos. Para éstos, todo género de consideraciones, y ahí tenéis la historia de Napier, su agradecido admirador, y los despachos de Lord Wellington; para los españoles, el desprecio más soberano, y en ocasiones, como las que ya les iba proporcionando la marcha de la guerra, el pillaje, la destrucción, deshonra y muerte. Aquella, que hoy admiráis, perla del Océano, meciéndose en su azulada concha, blandamente recostada en la euskara montaña cubierta de verdor eterno, y nacida para ofrecer paz y ventura en su hospitalario seno, hecha por su misma hermosura y su fatal destino imán de la guerra, de sus furores y estragos, sería hoy montón informe de ruinas sin el patriotismo de los egregios varones que, con semblante todavía lívido y cubiertos de luto, decidieron ocho días después en Zubieta la reedificación de su querida ciudad y su renacimiento al comercio y las artes que tanto la engalanaban antes de catástrofe tan horrible.

Y esto se hacía en presencia, puede decirse, casi á la vista, de los soldados españoles, que en Vitoria fueron los que tanta parte habían tomado en aquel, más glorioso que difícil, triunfo; que en Sorauren iniciaron la acción y mantuvieron el campo hasta la llegada de los ingleses á la línea de batalla; que en San Marcial, por fin, fueron los únicos sostenedores de un combate en que se estrellaron el valor francés y el talento de su general en jefe, el mariscal Soult, aquel Duque de Dalmacia, cuyas dotes de gran capitán son en la pluma de Napier comparables con las de los más ilustres de la antigüedad.

No negaban entonces, por supuesto, los ingleses, el mérito de nuestros

compatriotas, que eso quedó para después con los celos y la emulación que despiertan el tiempo y las alabanzas extrañas, y, para demostrároslo, me vais á permitir, mejor dicho, á dispensar, que os traiga á la memoria un anécdota que cien veces escuché de labios de mi padre, soldado de Alba de Tormes, de Vitoria y San Marcial.

Unos días después del asalto de San Sebastián, y mezcladas en su nueva guarnición tropas españolas é inglesas, se amotinaron éstas por falta de víveres, de que tantos consumían. De tal modo habían destruído la ciudad, sus depósitos y almacenes; en tales proporciones habían derrochado lo poco que quedaba y lo que llevaran consigo, que los ingleses padecían hambre, pero protestando, y los españoles se mantenían del bacalao que aquéllos despreciaban, podrido en el incendio.

Avisado el Lord, que campaba junto al Bidasoa, acudió al *glacis* de la plaza, encontrando á sus soldados en el mayor desorden, muchos borrachos y no pocos de ellos hasta desnudos.

Wellington se lamenta en sus Despachos del estado de sus súbditos por aquellos días. «El hecho es, dice en uno de 28 de septiembre al general Giron, que yo mando á los más infames (*coquins* los llama, pues el despacho original está en francés) de la tierra en todas las naciones del mundo, y se necesita una mano de hierro para mantenerlos en orden y todo género de informaciones para descubrirlos.»

Wellington los arengó con el laconismo y la serenidad que le caracterizaban. Les echó en cara su disciplina y les presentó como ejemplo de abnegación y de sobriedad la de los españoles, que se satisfacían con alimentarse de lo que ellos desechaban, no teniendo otro rancho que el de un bacalao malsano que un inglés rechazaría por repugnante y asqueroso. Pero al oir eso se adelantó á la fila, en que formaba, un sargento, y con voz entera y en no muy respetuoso tono le expuso que, si los españoles soportaban sin quejarse tantas privaciones, era porque el patriotismo se las imponía, peleando por los fueros de su independencia y los objetos de su amor y veneración; pero que los ingleses combatían y derramaban su sangre mediante un contrato, entre cuyas primeras condiciones estaba consignada la de una alimentación sana y abundante, de que carecían, y un sueldo que no se les abonaba con la puntualidad convenida. Y el Lord, sin contestación que dar, sino apelando á los sentimientos de honor, conjurándolos, como dice Napier después, en su nombre, á resistir tantas privaciones, y prometiéndolos pronto remedio, picó espuelas y se alejó de aquel campo de Agramante entre las protestas de sus soldados y la mayor admiración de los españoles que presenciaban escena tan edificante.

No la extrañaréis vosotros, conociendo la organización del ejército inglés; pero sí lo que vais á oir inmediatamente.

El ejército aliado penetró en Francia, y con él entraron varios cuerpos españoles. Sabeis que en la guerra las represalias son difíciles de evitar; y, si no justo, porque la venganza nunca lo es, era disculpable que los tantos años robados y maltraídos tomaran su desquite al invadir la tierra de sus provocadores y tiranos. A pesar de eso, ingleses fueron y entre ellos algunos oficiales los primeros en darse á los excesos mismos que habían cometido en San Sebastían, españoles muy pocos y pertenecientes á las guerrillas que acompañaban al ejército. Los ingleses, fueron, sin embargo, enviados á Inglaterra, y los españoles simplemente ahorcados. Y para que no se reprodujeran escenas parecidas, una vez ganadas las márgenes de la Nivelle, en que la sangre de nuestros soldados se mezcló en abundancia con la

de los ingleses, casi todo el cuarto cuerpo del ejército español recibió la orden de establecerse en la frontera. «Previendo Wellington,—dice un historiador,—cuán imposible se hacía durasen las cosas en el mismo ser (la admirable resignación de nuestros compatriotas sin queja ni desmán notables), resolvió tornasen los españoles al país nativo por huir de futuros y temibles daños, y también por no necesitar entonces de su apoyo y auxilios, decidido á no llevar muy adelante la invasión comenzada, en tanto que no abonanzase el tiempo y que no penetrasen en Francia los aliados del Norte.» Sólo quedó con los ingleses la primera división del mando del general Morillo que tomó parte tan gloriosa en aquella campaña, á la que por fin fueron llamadas otra vez las demás del cuarto cuerpo y las del de reserva de Andalucía, para contribuir con su número y su valor á la conclusión de la guerra en la tan celebrada batalla de Tolosa de Francia.

Terminada, como veis, la narración histórica de las operaciones militares de nuestros aliados los ingleses en la Península, permitidme, Señores, ofreceros algunas consideraciones que necesito añadir á las anteriormente expuestas para el amplio desarrollo del tema propuesto en esta ya larga conferencia.

Quien sólo examine las historias inglesas de la época, caerá fácilmente en el lazo tendido por sus autores á la buena fe del lector, sorprendido del brillo de aquellas grandes batallas, hechos culminantes, aunque pocos en número, de la guerra de la Independencia. Nadie, al leer ó al escuchar su narración, se detiene á reflexionar sobre las causas, unas próximas y otras lejanas, de tan estrepitosos sucesos: bajo la impresión de su terrible aparato y deslumbrado por el fulgor que producen el choque y la gloria de sus efectos, se resistirá á descender, hasta desentendiéndose de la forma, siempre tan seductora, á romper el tejido de sofismas en que esa narración lleva oculta la verdad histórica. Para nadie mejor que para los autores de esas historias parece escrita la frase, que vais á oir, de César Cantú. «Y efectivamente,—dice un su *Discurso sobre la Historia Universal*;—exagerando ciertas particularidades; callando otras por medio de diestros subterfugios; haciendo que aquí brille una luz mientras allá se recarga una sombra; admitiendo como incontestables las tradiciones que convienen á nuestros propósitos, al paso que se desencadena la crítica contra las que no nos convienen; cubriendo el vacío de los hechos bajo el aparato de los sistemas; ridiculizando una virtud, al mismo tiempo que se oculta un delito con el velo de una agudeza; no es difícil presentar á Juliano el Apóstata como un héroe y á Gregorio VII como un loco; elevar á las nubes á Diocleciano, que renuncia al imperio del mundo, y atribuir á cobardía el mismo acto en Pedro Celestino.»

Con decir, así, que los Generales españoles recordaban con sus jactanciosos discursos la gárrula arrogancia de Don Quijote, y con sus hechos las hazañas de Sancho, siquier esos Generales se llamen Romana, el de la retirada de Dinamarca; Palafox y Alvarez, los defensores de Zaragoza y Gerona; Castaños, el vencedor de Bailén; Alburquerque, el salvador de la isla gaditana; los reñidores Cuesta, Blake, La Carrera, y Menacho, Herrasti, Morillo, Santocildes, Mendizábal, Freire, y cien otros cuyos hechos os vendrán, á cada palabra mía, á la memoria; con añadir, para hacer gracia y entre los crédulos con éxito, que era raro el de ellos que pudiera mantenerse á caballo, aun cuando se les hubiera visto asaltando á la infantería francesa á la cabeza de sus escuadrones; un Lumley, un Napier ó un Hamilton creen que se hace la opinión sobre la nulidad de esos Generales, así como

sobre el valor, el talento, hasta el genio de los ingleses, el de aquel Duque de hierro, principalmente, en quien se pretende acumular todas las glorias de la guerra de la Independencia. De ese modo, y asegurando con el aplomo con que ellos saben hacerlo, y con la buena fe que los distingue, que los españoles no revelaron en aquella lucha arrojo, ni abnegación ni patriotismo, y que carecían, además, de los recursos materiales más necesarios, podían esos historiadores decir á coro lo que anteriormente expuse: que «los abundantes socorros de la Inglaterra y el valor de las tropas anglo-portuguesas mantuvieron solos la guerra, y que la energía de Lord Wellington, resistiendo la furia de los franceses y contrarrestando la debilidad y la ineptitud de tres Gobiernos, salvó á la Península.»

Y ved qué de consecuencias no pueden sacarse de tal manera de exponer los hechos y de razonarlos. Un historiador portugués moderno, valiéndose de los mismos argumentos de Napier ú otros muy semejantes, y del de que los portugueses componían una gran parte, si no la mayor, de las tropas de la Gran Bretaña en la Península, viene, de razonamiento en razonamiento y de deducción en deducción, á pretender para ellos casi exclusivamente el honor de aquella guerra.

De modo que, descendiendo por esa escala, habríamos de acabar por deber nuestra independencia á un Berersford que regía á los portugueses, á un Pack, y á otros de los que dos años antes habían rendido sus espadas y banderas en Buenos Aires ante un puñado de marinos españoles y unos cuantos blandengues.

No: los libros ingleses podrán decir lo que quieran; el despecho inspirará á los historiadores franceses la idea de, asintiendo á las de sus eternos enemigos, manifestar un desdén, á veces ultrajante, á nuestros heroicos padres, declarándolos impotentes para resistir el aspecto sólo de sus águilas; pero hay una cosa mil veces más elocuente que esos libros, mil veces más persuasiva que esas ideas: la opinión de los pueblos, formada en la escuela de la experiencia y de la desgracia. ¿Es que la impopularidad que llegó á tener la guerra en España entre los franceses se debió á los resultados de las batallas de la Coruña, Talavera y Salamanca, tan estériles como hemos visto? ¿No influiría más en la opinión general del pueblo francés el espectáculo de una nación toda levantada en armas y cuyos habitantes no mostraban al invasor más que semblantes torbos, siempre amenazadores, el hierro que había de herirle en vez de la mano, y sepulcros por hospedaje, aquel pelear de todos los días y de todas las horas con hombres impalpables pero que mataban, y con ejércitos que, al mes de aventados y destruídos, volvían de nuevo á su vista, dispuestos á combatirlo y rechazarlo? Y ¿qué es eso sino el resultado de una opinión unánime y de la resolución inquebrantable de sostenerla con las armas y la fuerza que dan la razón y la justicia en contienda tan santa?

Esa es, en efecto, la causa primera determinante del éxito alcanzado por los españoles; sigue á ella en influjo la guerra de Rusia y, después la intervención inglesa, más eficaz que por la fuerza de sus armas, por la moral que daba á España una potencia invulnerable en su seno y cuyas flotas mantenían libre nuestra comunicación con América y las Filipinas.

La victoria de las armas aliadas para sacar á salvo la independencia de España y Portugal acabó por ser completa, tan decisiva como brillante.

Siete años duró la lucha, y ninguna se ha visto más encarnizada en los tiempos modernos, llegando al de 500.000 el número de los imperiales muertos en ella, según Lemiére, Proudhon, y otros de sus compatriotas,

por el recuento, sin duda, de los que cruzaron la frontera en Irún, Roncesvalles, Canfranc y la Junquera.

Ese cálculo da lugar á otro del mayor interés, elocuentísimo en nuestro propósito de esta noche: el de los franceses que perecieron á manos de los españoles, y el de los inutilizados por las tropas británicas. No fatigaré vuestra atención con detalles, siempre enojosos en estudios de la índole del presente, con la exposición de las bajas causadas por el ejército aliado en cada una de las batallas reñidas con el enemigo; sumandos que nos darían el total deseado; no: con dároslo en una sola cifra, obtendréis cuanto vosotros y yo podemos necesitar en nuestras recíprocas observaciones. Porque, al saber que esa cifra total no pasa de la de 80.000 hombres entre muertos en los combates y á consecuencia de ellos, y entre los prisioneros é inutilizados temporalmente para la guerra, vendréis en conocimiento de los muertos é inutilizados por los españoles y de la diferencia también entre la acción de unos y otros en esa parte, ya que no esencial, muy interesante en nuestro patriótico objeto. Ya que no pretenda atribuir al número, tan sólo, de las bajas causadas á los franceses en área tan vasta, el éxito de aquella guerra, tampoco he de renunciar á tomarlo como un dato más, no del todo baladí, en mi concepto, é insignificante para la resolución de problema tan complejo y transcendental.

Y ¿quién mató ese número enorme de franceses? «La Justicia de Dios brotando en ira,» como diría un gran poeta de este Ateneo, y la de un pueblo ofendido en los sentimientos más hondamente arraigados en el corazón humano: los de la religión, la patria y la familia, los del orgullo de raza, de la dignidad personal, de la arrogancia ingénita en los españoles, justificados por una historia de las más envidiables de Europa.

Vulnerados esos sentimientos de la manera y en la forma groseras que lo habían sido, clamaban venganza; y, no pudiéndola satisfacer nuestros padres por el camino de las grandes batallas, que le habían interceptado la ignorancia, más aún, la torpeza de sus gobernantes y la perfidia de los que se decían sus aliados y protectores, tomó el de todo espíritu animoso herido y desarmado, herido por la espalda, sin otro escudo que su corazón y sin más armas que el honor y el temor de perderlo. El que se sintió fuerte, sin distinción de edad ni estado, empuñó las primeras que pudo haber á la mano, blandiéndolas en las esquilmadas filas del ejército ó en las guerrillas según su educación, sus aficiones ó necesidades; el anciano, sin desalentarse por sus achaques, utilizó su experiencia aconsejando á la juventud los medios más eficaces para ofender; el sacerdote, su influjo, entonces omnipotente, para comunicar su ardor con las predicaciones más conmovedoras; y la mujer puso en juego todas sus pasiones y sus artes para dar noticias á sus allegados, desorientar al enemigo y sacrificarlo. A impulso de tantas y tan diversas y activas fuerzas, ejercitadas, lo mismo que en el campo de batalla y en las ciudades y plazas de guerra, en las montañas, sus rocas y desfiladeros, en los caminos y los palacios ó chozas, alojamiento del invasor, éste se encontró muy pronto diezmado, con el desaliento en su ánimo y la flaqueza en sus fuerzas, sin descanso jamás para el espíritu y el cuerpo. Y la guerra de España se hizo tan aterradora para el soldado francés, y tan impopular en el seno de sus familias, ausentes y todo, que llegó á hacerse su cesación arma, en Francia, tan general como temible para el Imperio.

Dice Duvérine en su ya citado *Ensayo histórico*: «En 1812 cambió el aspecto de la guerra, y los franceses se hallaron reducidos poco á poco á la defensiva hasta el momento de evacuar por completo el territorio español.

Uno de los obstáculos verdaderamente invencibles que se opusieron al poder de Napoleón, fué la guerra llamada *de guerrillas*, que no consentía reposo alguno á las tropas francesas é interceptaba de continuo los convoyes y las comunicaciones. Francisco Espoz y Mina, Juan Díez Porlier, Juan Martín Díaz (conocido por *el Empecinado*), fueron los jefes más importantes de aquellos cuerpos francos que en toda la extensión de la Península hicieron perder á los franceses más soldados que las grandes batallas. En vano daban y ganaban batallas; en vano ocupaban sus tropas las plazas fuertes: la rebelión se sostenía en todas partes. Si fuerzas considerables se dirigían á un lado, por otro, menos guarnecido de tropas, se sublevaba de nuevo el país: tal diferencia hay entre una guerra emprendida por intereses políticos y una verdaderamente nacional».

Es muy extraño que Duvérine no tome aquí en cuenta la cooperación inglesa. Extraño en el sentido de no considerarla como factor importante para el éxito de la guerra, tratándola, por el contrario, como habréis observado antes y observarán principalmente los lectores de su obra, con un desdén que da á conocer la poca importancia que la concede. Pero allá va un voto de excepción, el del mismo Emperador, que no se cansaba de repetir más tarde: «Los españoles desdeñaron el interés para no ocuparse sino de la injuria; se indignaron á la idea de la ofensa, se sublevaron á la vista de la fuerza, y todos corrieron á las armas. Los españoles en masa se condujeron como un hombre de honor. Nada tengo que decir á eso sino que han triunfado....» Para los ingleses, en su cooperación, no ha hallado Napoleón otra frase que la avalore sino la siguiente: «Esa combinación (la de la guerra de España) me ha perdido. Todas las circunstancias de mis desastres vienen á enlazarse con ese nudo fatal: ha destruído mi moralidad en Europa, complicado mis dificultades y *abierto una escuela á los soldados ingleses. Yo soy quien ha formado el ejército inglés en la Península*».

Si no temiera cansar vuestra atención, aun os ofrecería testimonios, tan elocuentes como ese, de historiadores autorizadísimos, de generales, sobre todo, que como Kellermann, Hugo, Lannes y otros muchos, pudieron fundar su opinión en la experiencia de aquella guerra; pero me satisfaré con el recuerdo de una polémica en que se nos hizo también justicia de una manera verdaderamente caballerosa. Mr. Martín, coronel de un regimiento de coraceros de la Guardia en el segundo Imperio, insertó hacia fines de 1861 en el *Spectateur Militaire* unos artículos sobre los voluntarios ingleses, organizados por entonces, en que, para demostrar la corta utilidad que ofrecerían para la defensa de la Gran Bretaña, sacaba á plaza nuestros guerrilleros, y haciendo suyas las temerarias apreciaciones de Napier, atribuía también á las tropas inglesas y sólo á ellas el éxito de la guerra de la Independencia.

Encargado yo de contestarle en *La Asamblea del Ejército y de la Armada*, le hice, por primer argumento, observar que, «dicho aquello por un francés que no veía más que guerrilleros en las tropas españolas, equivalía á confesar que 50.000 ingleses (número que Mr. Martín concedía, aun siendo en realidad muy inferior) vencieron y obligaron á repasar el Pirineo á más de medio millón de hombres de los ejércitos imperiales».

¿Sabéis lo que contestó el coronel Martín después de cambiar la frase de Napier por la de que «A las tropas regulares de la Inglaterra y de España, para quienes las guerrillas no fueron sino auxiliares insignificantes, hay que atribuir la gloria de la independencia de la Península?» Pues oid: «Los ejércitos franceses fracasaron en la Península, á pesar del valor y las virtu-

des militares de que dieron tantas pruebas, porque los triunfos de los ejércitos son efímeros, y la opinión pública en definitiva alcanza siempre la última victoria. «Ya lo hemos dicho,—añadía el distinguido coronel:—no es ante las guerrillas ante las que tuvieron los franceses que repasar los Pirineos. Y ahora añadiremos: no es tampoco ante los ejércitos de España, ni ante los 50.000 ingleses de Wellington, por grandes que hayan podido ser la constancia de los unos y la habilidad de los otros: el ejército francés tuvo que retroceder ante la injusticia de su empresa; cedió ante un poder superior á todos los ejércitos del mundo, el poder del derecho. Y debía fatalmente suceder así, porque la independencia de un pueblo luchando contra el yugo extranjero no será jamás sino cuestión de tiempo; que hay una moralidad necesaria en las luchas de esa naturaleza, y, como de la opinión pública, la victoria deber ser del más justo».

Y ahora me diréis, Señores: «¿Qué hubiera sido de España si Napoleón, antes de engolfarse en las estepas moscovitas, acudiera en persona á sofocar con todas sus fuerzas una sublevación, que desde los primeros momentos se presentó tan general como decidida?»

Os diré con toda sinceridad: los ejércitos, lo mismo los ingleses que los españoles, se hubieran como evaporado á su presencia, sin fuerza para resistir el huracán que los impelería á las plazas del litoral; habría ocupado las más importantes y cuantas localidades representaran riqueza, administración, estado social y político; y, entre ellas, Lisboa, que no reune condiciones de defensa contra un sitio en regla. Cádiz hubiera podido resistir por su situación especial y su topografía y acumulando allí los medios que le ofreciera la Nación y los que sus aliados se apresurarían á suministrarle, principalmente por el mar. Y eso bastaba, porque el país habría extremado sus esfuerzos manteniéndose levantado en armas, cortando las comunicaciones, atacando los convoyes y los puestos débilmente fortificados, y negando sus frutos y sumisión y piedad al invasor; haciendo, en una palabra, imposible la ocupación tranquila que exige la conquista si ha de ser sólida y eficaz ¡Cuestión de tiempo! como acabáis de oir en el elocuente escrito del coronel Martín.

Los sacrificios habrían sido de todo género, infinitos y cruentos; pero ahí está la historia, que no necesito recordaros, de nuestra patria, para comprender, en qué número y de qué naturaleza los ha sabido hacer siempre que se le ha provocado á ello.

Sin acudir á sus páginas, apelad, señores, á vuestra conciencia, y veréis cómo brota de ella la idea generosa del desapropio de los españoles, de su abnegación, del orgullo, mejor dicho, de la vanidad, que constituyen su carácter. Registrad los pliegues más apretados de vuestro corazón, y hallaréis en la savia amarga que en ellos se esconde la ira patriótica que, como de los de nuestros padres, arrancará de vuestros labios su noble y tremebundo grito de *¡Guerra y venganza!*

FIN DEL TOMO XIV Y ÚLTIMO

Terminada la presente Historia de la Guerra de la Independencia, cuya composición se confió en abril de 1862 al hoy general de división Gómez de Arteche, parece propio de este lugar, como última página de la obra, el ofrecer á sus lectores noticia de la comunicación que pasó al Excelentísimo Sr. Director General del Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, manifestando el plan que se había propuesto para llenar, lo cumplidamente que le fuera posible, la ardua misión que se le había confiado.

Si ha sido fiel al plan que indicó en su escrito y si ha logrado alcanzar el propósito á que en él decía aspirar, lo verá el lector comparándolos con su obra; y, para hacerlo, se traslada aquí la referida comunicación, base á que ha creído deber atenerse para no defraudar las esperanzas de éxito que pudieran infundir uno y otro.

En los años que han pasado, ya hemos dicho cuántos en los primeros renglones del Epílogo, han visto la luz pública noticias, memorias y comentarios á montón, referentes á sucesos de aquella guerra, documentos importantísimos casi todos y que, de consiguiente, ha sido necesario tomar en cuenta. Como que al emprenderse en el mundo militar de Europa, la

obra, que pudiéramos llamar de resurrección de la era Napoleónica, colaboran en ella, no ya sólo el sinnúmero de ingenios deseosos de revelar su pensamiento sobre el incomparable capitán que fundió en su altísima personalidad los elementos de aquella edad, sino también cuantos conservaban en el seno de sus familias la memoria, la tradición y, mejor aún, las preciosas noticias escritas por sus mayores en recuerdo de sus servicios al más grande Imperio de los tiempos modernos.

Cortesanos, pues, ministros, diplomáticos, generales, sobre todo, que tomaron parte en la política ó en las guerras de Napoleón, han tenido quienes publiquen las Memorias que durante aquel largo y glorioso reinado, pero más todavía en su retiro después, acabaron por escribir consignando cuanto de notable hicieron, presenciaron ú oyeron. Sobre las campañas de la guerra de la Independencia se ha escrito tanto y publicado en Alemania, Inglaterra y particularmente en Francia, que asombra el espíritu dispertado en este último país para, sin duda, recordar un ciclo de triunfos como no lo ha contado ningún otro y hacer ver de lo que son capaces sus soldados bien apercibidos y sabiamente gobernados. No pasa día sin que llegue á nuestras manos libro que á eso tienda, y su adquisición se impone si no ha de caer el nuevo historiador en deficiencias que de seguro lamentaría luego ó, lo que es peor, en errores imposibles después de reparar. En el cuerpo de esta Historia puede observarse la aparición sucesiva de libros con que se la ha ido ilustrando, única ventaja adquirida en el largo lapso de tiempo que ha exigido su composición; dándose así el necesa-

rio para crear una biblioteca copiosísima de documentos tan útiles como preciosos.

Hay que considerar todo eso si ha de apreciarse en justicia la comunicación á que nos estamos refiriendo, presentada cuando no había aún comenzado esa obra que hemos calificado de resurrección de las glorias, verdaderamente extraordinarias, de las armas francesas en el primer Imperio Napoleónico, cuando eran relativamente escasas las fuentes de investigación y en menor número, por consiguiente, los falsos conceptos á que se hacía preciso contestar.

Pero, de todos modos, creemos que, aun después de tanto tiempo, no han debido caducar las observaciones ofrecidas por el autor de la obra que ahora termina, al emprenderla en 1862.

He ahí aquella representación.

*Excmo. Sr. Director general del Cuerpo de Estado Mayor del Ejército.*

EXCMO. SEÑOR:

He recibido la real orden de 26 de abril último en que, á propuesta de la Dirección del Cuerpo de Estado Mayor del digno cargo de V. E., se me confiere la comisión de escribir una historia de la gloriosa lucha de la independencia española de 1808 á 1814, ajustando la narración de los hechos á los documentos y planos existentes en el Depósito de la Guerra.

El primer sentimiento que ha agitado mi ánimo al enterarme de aquella soberana resolución, ha sido, Excmo. Señor, el de la más profunda gratitud hacia el ilustrado instituto que ha fijado su elección para tan elevada honra en quien no puede exhibir otros títulos que los de una adhesión sin límites y el deseo, cada día más vehemente, de merecer la benevolencia con que hasta ahora le ha distinguido.

Si no obedeciera más que á los impulsos de mi corazón, si sólo atendiese á la idea de mis pocas fuerzas para mantener peso tan grave como representa el encargo que acaba de confiárseme, no acometiera ciertamente la empresa de ejecutarlo; pero me anima á ello la esperanza de que V. E. no ha de escasearme sus sabios consejos ni me han de negar una cooperación que me es tan necesaria los que han sido y serán siempre

mis compañeros en el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército. Así he tenido ya ocasión de comprobarlo al ponerme de acuerdo con el brigadier Excmo. Señor Don Francisco Parreño, Jefe del Depósito de la Guerra, sobre los medios que habrán de emplearse para la más pronta ejecución y cumplimiento de lo ordenado por S. M. según V. E. ha tenido á bien prevenir al trasladarme la precitada real disposición.

Antes, pues, de dedicarme á tarea tan difícil, voy á presentar á V. E. en un breve resumen las ideas que abrigo respecto al sistema ó método más propio para llevar á cabo una obra que si no es nueva en su esencia, pues que es la historia de una época determinada, debe serlo en la forma, por las especiales condiciones que encierra la de nuestra gloriosa emancipación de la tiranía francesa; por los antecedentes de otras que sobre el mismo objeto han visto la luz pública fuera de España, y finalmente, por el tiempo en que debe aparecer la que acaba de mandárseme escribir.

Ninguno en verdad más oportuno que el presente para hacer manifiestos al mundo los altos hechos de una de las más brillantes epopeyas de la historia española. En el sepulcro ya ó próximos á bajar á él los que tomaron parte en aquella memorable lucha, el juicio á que dén lugar sus actos puede ser todo lo imparcial y grave que requiere el arte histórico sin que la narración deje de entrañar esa vivacidad y esa substancia que forman la índole especial de la historia al sernos aquellos transmitidos directamente por testigos oculares.

¿Quién, efectivamente, no ha escuchado al calor del hogar doméstico ó á la sombra de una tienda, episodios de la resistencia heroica que nuestros padres

opusieron al genio de la guerra encarnada en la gran figura de Napoleón I? ¿Quién, por otra parte, no ha sentido su corazón encenderse en ira con la lectura de relaciones inventadas por los enemigos de España para realzar sus triunfos y encubrir sus desastres, ó de las que con un exclusivismo intolerante han dado á luz nuestros aliados para arrebatarnos la gloria de victorias inasequibles sin la fuerza del sentimiento patrio, del espíritu religioso y de la lealtad monárquica de los que ven hollada la patria, manchada la religión y escarnecido el trono?

Ahora bien; esas mismas relaciones en unión con los antecedentes que existen en nuestros archivos y con los exhibidos por los españoles que nos han precedido en historiar aquella época, forman el conjunto de datos contradictorios en que buscaba y de que por fin logró sacar la verdad el severo historiador de la guerra del Peloponeso. Que ciertamente sólo por comparaciones y consultando datos de distinto origen puede investigarse la verdad que únicamente revelan la conformidad de los tiempos, la propiedad de los lugares y la aplicación de principios inmutables de la ciencia, y resultados positivos.

Tal es el único medio de escribir la historia, y así ha sido escrita por los hombres más eminentes en el arte; pero las diferencias de los tiempos, según han ido sucediéndose y multiplicando á la vez las exigencias del gobierno, de la guerra y de la vida social al compás de los adelantamientos en los ramos todos del saber humano, van aumentando la dificultad de abrazar en un solo cuadro cuanto se roza con el movimiento de los pueblos.

Si á esto se añade que la historia militar, abarcando la política en que se encuentran las causas, el modo de ser y los resultados de aquel movimiento, necesita, además, desenvolver los principios de una ciencia y de un arte vastísimos cuales son los de la guerra, y aplicarlos al choque material de los elementos que toman parte en la acción, se observará que este ramo del arte histórico es aún más difícil que los demás y exige conocimientos especiales y métodos del mismo modo propios de su índole peculiar. Que la historia debe variar en su carácter según los hechos que relata y el fin á que se dirige; y sólo así puede producir el objeto importante á que va dirigida; á la conquista de la virtud, estimulada por el ejemplo de grandes victorias y de funestos desastres, de la ciencia cuyas aplicaciones deben apropiarse á la acción que se representa, y en busca del triunfo que únicamente se consigue con la virtud y con la ciencia.

No entraría, Excmo. Señor, en la exposición de los principios en que se funda el arte histórico, si el asunto á que van á aplicarse no alcanzara proporciones tan grandes y no exigiera condiciones tan especiales.

La guerra de la Independencia es, sin disputa, el acontecimiento más extraordinario de los tiempos modernos. El pueblo español, orgulloso ciertamente con el recuerdo de su pasada grandeza, pero desconceptuado por un desgobierno de muchos años, é impelido, unas veces por afectos de sangre, y otras por miedo ó fascinación de sus hombres de Estado en pos de naciones, más que amigas, interesadas en su humillación; pueblo que extendía su acción é influencia á vastas porciones del globo debilitándole en vez de robuste-

cerle por la enorme distancia á que se encuentran y la pérdida de sus medios de comunicación, y que, sin embargo, se levantó *como un hombre de honor* y rechazando las cadenas que, ora con halagos, ora con la ira del vencedor, le tendía el que ya había hecho costumbre de derribar tronos, cambiar dinastías, de transformar naciones y arrancar libertades, dió al mundo el ejemplo de la resistencia, descubrió la fragilidad del ídolo y mostró el camino de su destrucción. Si el brío indomable del celtíbero y del lusitano había infundido en Roma un pavor extraño que retraía de la lucha á los que ya no encontraban obstáculos por el camino de las conquistas, el César moderno vió en España vencidos á sus más hábiles tenientes, frustrados sus planes hasta entonces incontrastables y consternado su pueblo con la idea de que sus hijos pudieran venir á pelear en nuestras montañas.

Esta es una gloria no nueva ni insólita en los españoles: han querido sin embargo arrebatársela los que aprovechando más que ellos el fruto de la victoria, se la atribuían á sí propios; pero los hombres imparciales reconocen la verdad, los vencidos tendrán que confesarla y entre sofismas y contradicciones aparecerá en la boca misma de los que la niegan.

Hoy mismo el hombre reflexivo y que estudia la época que atravesamos, preñada de sucesos de enigmático resultado y de terroríficos presagios, vé satisfecho que en España se respira una atmósfera de tranquilidad respecto á lo porvenir que, más que en otra cosa, se funda en la confianza que inspira el recuerdo de aquella lucha y en la consideración que observa infunde fuera del país. Se nos querrá desconceptuar en

la opinión pública, se nos tenderán lazos para rebajar y neutralizar la regeneración de nuestra patria, se aplaudirán los denuestos que se nos dirijan, se aceptarán como verdades inconcusas las calumnias que se nos inventan; pero el suelo de España no se sentirá hollado por plantas invasoras ni se escuchará en sus llanuras el relincho belicoso de los caballos enemigos.

Bien merece, pues, la historia de nuestra Independencia ser transmitida en toda su pureza á las edades futuras.

Revelada la necesidad de hacerlo por la grandeza del asunto y por lo que se ha desfigurado aquella guerra á efectos de la pasión y del egoismo; demostrado que nunca como ahora pueden relatarse los acontecimientos veraz é imparcialmente, apreciarlos y juzgarlos, veamos qué caminos presenta el arte como más directamente conducentes al objeto propuesto.

El más á propósito de la Historia, el verdaderamente clásico, es el de narrar los acontecimientos con verdad y ánimo sereno; sin temor á los lamentos ni á las quejas del orgullo, huyendo de las ilusiones del afecto y de la lisonja y prefiriendo al placer de agradar con relaciones poéticas, la severidad del estilo y la parvedad de los juicios.

Hé aquí la diferencia que en el arte histórico ha introducido la de los tiempos. De la historia en que los héroes son de origen divino y como tales, cuanto dicen y hacen lleva el sello olímpico de su procedencia, á la historia de los hombres reales, hechos de la materia inerte, vistos y juzgados con los ojos fríos de la razón y el sentimiento de la verdad, existe una distancia enorme que ha ido salvándose gradualmente según la

civilización ha ido adelantando y cambiándose con ella las costumbres, las necesidades y las aspiraciones de los hombres. Y esta transición de lo fabuloso á lo verdadero, de lo ideal á lo práctico, de lo poético y maravilloso á lo profundo y severamente ordinario en la vida de las naciones y de los individuos, transición que se revela en el cambio de los aplausos del circo por las discusiones de la cátedra, ha terminado su marcha, si rápida en casos especiales, lenta en la general del arte.

Hoy el lector no se extasía ante el espectáculo de grandes sucesos por más que lleguen hasta trastornar las leyes por que se rigen las naciones; es necesario para que se satisfaga, mostrarle las causas que reconocen, conducirle por los eslabones que los ligan en el orden moral como en el físico, y por fin, hacerle ver los resultados, probarle que son lógicos, procedentes, casi inevitables. Hé aquí por qué la crónica ha perdido el encanto que producía en otros tiempos de más fé y de menos discusión, y su lectura, como la de las Memorias, no se toma sino como un dato para el estudio de la historia en su acepción general, filosófica.

Es necesario, pues, seguir este método que, además de ser efectivamente el que mejor satisface las necesidades del siglo, es el que ya siguen cuantos se dedican á atenderlas en el arte histórico.

Mas en la historia de la guerra de la Independencia hay que llenar otro objeto complementario y en verdad muy importante; el de demostrar la inexactitud ó falsedad de asertos estampados en sus obras por extranjeros que han escrito sobre aquella lucha, refutar juicios erróneos injuriosos á nuestra reputación, y poner

en claro conceptos oscuros cuidadosamente envueltos en el misterio para no dejar paso á la luz de la verdad que pudiera mostrar deformidades poco lisonjeras al país de los que las encubren.

Esta es una tarea, además de enojosa, ímproba y difícil. No puede hojearse uno de esos libros sin que el menos versado en la historia de aquel tiempo deje de encontrar motivos de queja y de lamento. Hay extranjero que no ha vacilado en exagerar sus relaciones al punto de hacerlas inverosímiles; lo hay que no ha sabido defender un descalabro sin acumular injurias sobre el vencedor, ni trasmitir la descripción de un triunfo sin, por el contrario, aumentar el mérito y el número de los vencidos; y, por fin, hay quien no escuchando más voz que la del amor propio y la del egoismo, ha desacreditado al aliado tachándole de tibio, mal dispuesto, y hasta de cruel y cobarde, por cargar con el lauro todo de la victoria.

No parece debiera atenderse á la multitud toda de los que se han dedicado á fines tan difíciles de alcanzar como el descrédito de nuestros compatriotas en la gloriosa lucha de la Independencia. En su mayor parte no merecen más que un silencio desdeñoso que, además de mortificarlos en la estimación de sí mismos, relegue sus producciones á un olvido de que los sacaría la sola citación de ellas. Pero existen algunas que han obtenido fuera de España una reputación que no se puede desvirtuar sin datos irrecusables y sin argumentaciones fundadas y sólidas.

Entre estas obras merece indudablemente el primer lugar la que lleva el título de «*The dispatches of Field Marshal the Duke of Wellington*», que contiene

los partes oficiales del ilustre general inglés. El mérito indisputable, la justa nombradía, los eminentes servicios y la severa honradez de aquel insigne capitán, dan á sus despachos una autoridad que es muy difícil arrebatarle. Pero por lo mismo se hace más necesario el rectificar algunos errores que, como hombre y, de consiguiente falible, ha cometido en los que pudieran llamarse sus comentarios; demostrar que algunas de sus apreciaciones, como formuladas en el momento y en el teatro de la acción, carecen de la exactitud que, hablando históricamente, sólo produce la distancia de tiempo y de lugar y probar con datos incontestables y con raciocinio convincente, por apoyarse en ellos, que algunas veces la prevención de extranjero y los celos de aliado le han hecho acusar indebidamente á los que sólo supieron darle muestras de consideración y respeto por sus virtudes de hombre y de militar.

También inglesa, existe una *Historia de la Guerra de la Península,* debida á la pluma de Sir W. F. P. Napier que ha adquirido reputación en el país del autor y en Francia. Aun en Alemania, donde antes de juzgarse un libro se examina con detenimiento y conciencia, es apreciada y citada como testimonio en los asuntos á que se refiere, sin duda por no existir una obra española que haya reducido su mérito á las debidas proporciones.

Que está escrita con datos de buen origen lo demuestra la circunstancia de haberse valido de los oficiales de Lord Wellington, de los del mariscal Soult, con quien mantuvo después de la guerra relaciones estrechas, y de los de otros generales ingleses y franceses con quienes se puso en contacto por la índole del

trabajo que emprendió y en que tan interesados estaban. Que poseía vastos conocimientos militares y mucha experiencia en una guerra que le había costado no poca sangre vertida en los campos de batalla; y como consecuencia de estas cualidades, un juicio crítico sano, y militarmente lógico, no habrá quien lo niegue leyendo su detenida elucubración. Pero adolecía de los defectos de su jefe, aumentados naturalmente por la ignorancia de las causas que pudieran producir las contrariedades que experimentó y no pueden menos de experimentarse en lucha tan dilatada y de tan diversas alternativas, y por la exasperación que siempre se origina de esa misma ignorancia, del roce con el país en la clase subalterna en que él servía, y de las penalidades irremediablemente mayores. Así que toda la obra respira falta de benevolencia hacia nuestros compatriotas, y de consideración hacia nuestros generales, y contiene las inexactitudes y errores que tienen que desprenderse de una disposición de ánimo tan contraria á la fría y sana razón.

En el campo contrario se han presentado al público muchos trabajos históricos sobre la guerra de la Independencia. Ya se ha dicho que aquí fueron vencidos y desconceptuados varios de los más hábiles tenientes de Napoleón. El hombre nada busca con más afán que el vindicarse de las acusaciones y cargos consiguientes á su vencimiento, y como el Emperador no los escaseaba, embargado por la idea de que no debía nunca nublarse el brillo de sus armas, es muy raro el general francés que no haya confiado á la pluma sus disculpas ó descargos para eximirse de la responsabilidad que entonces le exigía su jefe y después la opinión pública.

Varios son los que en este sentido han tratado en sus Memorias ó en obras especiales la guerra de la Independencia, y aun algunos lo han hecho con cierta imparcialidad, ya por que no necesitaban disculparse por haber sido afortunados en sus operaciones, bien por su carácter noble y digno. Más el cuerpo de obra que ha resumido las alabanzas y las disculpas, que parece estar dedicado á legar á la posteridad glorias, unas reales y otras problemáticas, así como á cubrir con errores de transcendencia y con raciocinios sofísticos el infinito número de las derrotas que al fin produjeron la emancipación de la Península; libro escrito con pasión exagerada y lleno de contradicciones inevitables cuando se desfigura la verdad, es el que con el título de *Historia del Consulado y del Imperio* ha publicado recientemente Mr. Thiers. Su crédito es debido, más que á nada, al personal del autor, y á lo galano y propio del estilo en los distintos ramos político, administrativo, financiero y militar que trata, que no parece sino que pertenece el que tal escribe á cada una de las carreras que aquellos representan. Pero ya cuantos en Europa lo leen reflexivamente, comprenden las inexactitudes que encierra, no faltando país en que se le conozca con el título de «La novela de Thiers». Que el más eficaz encanto de la verdad es que aun entre descripciones bellísimas y á través de raciocinios hábilmente emitidos para ocultarla ó desfigurarla, aparece siempre trasparentándose á los entendimientos claros y al examen desapasionado.

Sin embargo la de Thiers, por ser la más popular y resumir cuanto en las demás se refiere á la guerra de la Independencia, es la obra francesa que merece

más tomarse en cuenta, así como los Despachos de Lord Wellington y la historia escrita por Napier son las de procedencia inglesa que exijan mayor atención. Para estudiarlas y apreciarlas debidamente, aun en aquello que se refiere á las operaciones y asuntos de sus patrocinados, existen también libros de igual origen, con datos no menos auténticos y observaciones tan fundadas, en que sus autores con distintos móviles muestran camino y ofrecen luz suficiente á aquel propósito. Con estos medios, con los que ofrecen los documentos oficiales de nuestros archivos, con los que pueden procurarse en escritos españoles aunque no dirigidos á un objeto militar, y en algunos portugueses de reconocido mérito, no debe ser tan difícil la empresa como á primera vista aparece. Pero, ¿ha de ocuparse la historia que se proyecta escribir en refutar los conceptos injuriosos á España, vertidos en las que acabamos de analizar? Esto debe ser objeto de un examen detenido, pues que de su resolución pende acaso el éxito del trabajo que se nos ha encomendado.

Hay, sin embargo, un término que no porque sea medio, deja de parecer, al par que prudente, oportuno y útil. Sería ciertamente de una inconveniencia manifiesta el apoderarse de tanta vulgar preocupación, de tanto denuesto, de invenciones tan torpes como las que se descubren al primer examen en las innumerables obras extranjeras que se han publicado sobre la guerra de la Independencia y aun, en parte, en las que hemos designado como más dignas de contestación. Pero de eso á guardar un silencio absoluto, en puntos que por su importancia han sido objeto de controversias acaloradas en el mundo literario, ó de los que, afectando

al honor nacional, no han sido rebatidos por falta de datos en los que no han podido tener á mano los oficiales, hay una diferencia muy considerable. El abuso en lo primero, es sumamente perjudicial; el uso moderado, la parvedad y la buena elección, son de la mayor conveniencia.

Dos son los caminos que se presentan para llevar á cabo tan espinosa tarea: el de intercalar las rectificaciones en el fondo de la obra, ó el de explanarlas en notas que se refieran á los asuntos que se traten en el texto.

El primero ofrece el inconveniente de arrebatar al libro aquella unidad tan necesaria en todo escrito, la hilación continuada, sin interrupción, de los sucesos que se refieren, y la esencia siempre homogénea que debe encerrar. El segundo, por el contrario, libre de este defecto tan capital, sin distraer la atención del lector hacia el objeto esencial que le ocupa, mucho más si las notas se hallan colocadas con arte, llena la misión á que se las destina, quitándose al mismo tiempo á las refutaciones una importancia que no deben tener en un trabajo de tal valía. El texto, la Historia, debe ser grave y severamente tratada; no debe interrumpirse por género alguno de digresiones; las que se considere necesario hacer, tienen que sacarse del campo tranquilo de la exposición y llevarlas al de las discusiones y del examen.

Tal es, Excmo. Señor, el método que creo más conveniente seguir para la composición de la Historia de la Guerra de la Independencia, método que voy á presentar á la ilustración de V. E. concretándolo á una exposición práctica.

Creo necesario en primer lugar un breve prólogo en que se hagan conocer los elementos todos, personales y materiales, que hayan de entrar en la composición de la obra.

No es de mi competencia el indicarlos aquí, pues que, cumpliendo con lo dispuesto por V. E., lo hará satisfactoriamente el Excmo. Señor Brigadier Jefe del Depósito.

Parece que debería seguir al prólogo una extensa Introducción en que se dieran á conocer en ligerísimo resumen el espíritu y carácter de la nacionalidad española que tanto han de manifestarse después para gloria del país; la historia militar, cuyo recuerdo glorioso, trasmitido tradicionalmente de generación en generación, exaltando los ánimos los prepara á hechos tan heroicos como los que han de ser objeto de la obra; y la demostración de que el esfuerzo general que hizo España para rechazar la invasión extranjera no es nuevo ni extraordinario, y sí la consecuencia natural de las disposiciones geniales del país, y la lógica de la situación en que se encontraba al iniciarse la lucha, situación que puede presentarse detallada y latamente.

Corresponde luego historiar la guerra abrazando los acontecimientos todos, cualquiera que sea su índole, pues que han de estar precisamente relacionados y producir en combinación sus resultados; pero deteniéndose en relatar los militares minuciosamente, apreciándolos y juzgándolos por los principios del arte de la guerra y las exigencias á que en cada ocasión tuvieran que plegarse los encargados de las operaciones. Para ello, no podrá observarse estrictamente el orden cronológico sino que habrá de seguirse en cada

campaña el movimiento de los distintos ejércitos que se formaron en la Península por efecto de la marcha irregular de la invasión francesa y del espíritu de provincialismo tan hondamente arraigado en nuestro suelo, pero del que se sacó no escaso fruto en una contienda imposible de sostener ante enemigo tan robusto y experto sin un desarrollo de fuerzas simultáneo y disperso por los ámbitos todos de la monarquía.

El lector, acostumbrado á la historia de las grandes operaciones militares, á la descripción de esas irrupciones estratégicamente calculadas para con un solo golpe herir á una nacionalidad entera, no espere escuchar en la de la Independencia la relación de combates que como los de Austerlitz, de Jena ó de Friedland, deciden de la suerte de un vasto territorio, le conducen á una dilatada servidumbre ó le obligan á una paz vergonzosa. Leerá, por el contrario, combates de todos los días, incesantes, y en vez de seguir una línea y encontrar al fin un campo de batalla decisivo, tendrá que representarse simultáneamente cien acciones de guerra en que, si el enemigo vence, queda dueño tan sólo del terreno regado con su sangre; plazas y ciudades abiertas que, aun conquistadas, no dejan al invasor más que ruinas por despojos y cadáveres por rehenes; y las montañas despidiendo cual volcanes un fuego continuo y destructor; y esto todos los días, todos los instantes y en toda la extensión de la Península.

Esta narración tiene, pues, que ser, además de difícil, sumamente difusa. Y si se considera que todos estos acontecimientos reconocen su causa, su reproducción y su creciente recrudescencia en la marcha

de los asuntos políticos, en la conducta varia de los invasores dirigidos en dédalo tan intrincado como el teatro de sus operaciones por muchos jefes, unos sometidos á un poder central pero escaso de poder y de influjo, otros atentos á obedecer á uno superior pero distante, y no pocos considerándose casi independientes, envidiosos de la grandeza de algunos de sus colegas, se comprenderá cuál es la tarea impuesta al escritor y cuán benévolamente se le debe juzgar en sus errores.

Sin embargo, también en la Península tuvieron lugar operaciones en vasta escala. Formáronse ejércitos regularmente organizados; operaron según las reglas del arte, unas veces con acierto, otras sin él y sin fortuna, no tan propicia en los detalles como en la marcha general de la guerra, coronada con el éxito más completo. Pero cuando se verá más unidad en el pensamiento, mayor conjunto en las maniobras, planes más vastos y resultados más grandiosos será al unirse los ejércitos de las dos naciones ibéricas con el de la Gran Bretaña, dirigido por un hombre superior y con los recursos de un país poderoso rival de mucho tiempo de la Francia y decidido á derribar el Imperio.

Con la adhesión de los peninsulares, en combinación con sus numerosos ejércitos y ayudado de todas las tropas y partidas que no dejan un momento de reposo á los enemigos, ni un punto en su tranquila posesión, se verá á ese ejército aliado seguir una idea fija y constante, concentrado, abastecido y dispuesto siempre á una acción de que no ha de distraerle más atención que la de operar. Será el que dé el golpe de gracia al invasor, acosado de todas partes sin aliento,

rendido, en fin, á fuerza de constancia, de osadía, de destreza por parte de los habitantes de la Península.

Sólo así se concibe que el pequeño número de nuestros aliados venciera sin interrupción alguna á los muchos, diestros y valerosos invasores guiados además por el primer capitán del siglo.

Llevada así la narración de los acontecimientos, relacionándolos en lo posible, pues que en muchas ocasiones se reveló un pensamiento general que si no produjo los resultados que eran de esperar fué por la condición misma de la guerra, por los diversos elementos que entraban en su acción, y por las alternativas que á su vez causaba en el campo enemigo la atención de sus operaciones en toda Europa, se necesita al final un resumen ó epítome. En este deben trazarse á grandes rasgos los principales sucesos que formen correlación y se dirijan esencialmente al resultado general, para de él deducir cuáles fueron las consecuencias de la guerra, su utilidad para el país, la gloria obtenida y las esperanzas que pudieran fundarse en su brillante éxito para el porvenir de España.

He terminado, Excmo. Sr., la exposición del método que yo considero más conveniente para escribir la Historia de la Guerra de la Independencia.

Para llevar á cabo tamaña empresa necesitaría, excelentísimo señor, de una cooperación sumamente eficaz por parte del Depósito de la Guerra.

En él existen los datos más interesantes para la historia; y con los que pueden encontrarse en otros establecimientos ó archivos del Estado, y con los que fuera dable adquirir de los particulares, interesados en que se presente al público la verdad de hechos en

que tomaron parte allegados suyos, se pudiera formar una colección completa en cuanto á los de procedencia española. También hay planos de mérito indisputable y elementos en aquel distinguido establecimiento para continuar en el levantamiento de los que aún se considerasen necesarios, tanto para la inteligencia de las grandes operaciones como para las batallas y acciones más memorables.

En cuanto á los de procedencia extranjera, nada más fácil que adquirir los pocos que falten en las bibliotecas del Cuerpo, teniendo éste como tiene comisiones que pudieran procurarlos.

Hay, pues, medios suficientes para escribir la Historia de la Guerra de la Independencia, debidos en gran parte al interés que ha venido siempre mostrando el Cuerpo de Estado Mayor hacia este pensamiento y que ahora le ha impulsado tan decididamente á promoverlo: sólo faltan en quien ha recibido el encargo honroso de tan importante tarea; pero guiado por los consejos de V. E. y los de sus dignos compañeros y armado de celo y perseverancia, espera al menos demostrar el deseo que le anima de corresponder á la distinción y confianza de que ha sido objeto.

Madrid 29 de mayo de 1862.

José Gómez de Arteche

# ÍNDICE GENERAL DE LA OBRA

Páginas.

**Tomo I**

PRÓLOGO............................................... V á XXXVI
INTRODUCCIÓN............................................... 1 á 106

CAPITULO PRIMERO.—Revolución francesa.—Napoleón Bonaparte.—Paz de Amiens.—Paz de Tilsit.—España mantiene su independencia y la integridad de su territorio.—Amistad geográfica de la Francia.—Proyectos de Napoleón sobre España. —Exige el envío de una división al Norte.—Motivos para hacerlo.—Accédese á él.—Composición del ejército de la Romana. —Itinerario de los cuerpos en su marcha.—Algunos de ellos toman parte en el sitio de Stralsund.—Proyecto de la Inglaterra sobre nuestras colonias.—Provoca la insurrección en Venezuela.—Fracasa Miranda en sus dos expediciones.—Primera expedición de los ingleses á Buenos-Aires.—Derrota y rendición de Beresford.—Segunda expedición.—Derrota y capitulación de Whitelock.—Empieza Napoleón la ejecución de sus planes en la Península.—Cuerpo de observación de la Gironda.—Efecto que produce en España el aviso de su formación...... 107 á 144

CAP. II.—Composición del cuerpo de observación de la Gironda. —Primera noticia de los proyectos de Napoleón.—Ambiciones de Godoy.—Su celo por ayudar á Napoleón.—Cuerpos españoles contra Portugal.—Intimación al gobierno portugués.—Contestación dilatoria de éste.—Inquietud de los ánimos en Lisboa.—Impresión favorable en España.—Entran los franceses. —Vacilaciones de Napoleón.—Resuelve la invasión de Portugal por el valle del Tajo.—Error que comete al elegir este camino.—Marcha de Junot á Alcántara.—Unido á Carrafa entra en Portugal.—Dificultades de la marcha.—Sepáranse Junot y Carrafa en Abrantes.—Sigue Junot á Lisboa.—Misión de Barreto.—Vacilaciones del Regente.—Se resuelve á abandonar Europa.—Embárcase la corte.—Junot en Sacavem.—Estra en Lisboa.—Carrafa se dirige á O'Porto.—Marcha de Taranco.—Conducta de los generales españoles.—Operaciones de Socorro. —La bandera portuguesa substituida por la tricolor.—Conmoción en Lisboa.—*La casa de Braganza deja de reinar en Europa.* 145 á 196

CAP. III.—Estado de la corte.—Carta de Fernando al Emperador.

Páginas.

—Causa del Escorial.—Creación de nuevos ejércitos contra España.—Napoleón se desentiende del tratado de Fontainebleau.—Recelos de Godoy.—Nuevas vacilaciones de Napoleón. —Entran en España los cuerpos de Dupont y de Moncey.—Entran los de Darmagnac y Duhesme.—Combinación marítima para apoderarse Napoleón de Sicilia.—Estimula Napoleón indirectamente la fuga de la corte á América.—Ocupación de la ciudadela de Pamplona.—Ocupación de la de Barcelona.—Entrega de la plaza de San Sebastián.—Entrega del castillo de Pancorbo.—Ocupación del castillo de Figueras.—Consecuencias de la ocupación de las plazas.—Murat.—Instrucciones que traía.—Su entrada en España.... ........... ........... 197 á 248

CAP. IV.—Alarma en la corte.—Proyecto de un nuevo convenio. —Godoy aconseja la fuga.—Oposición del Rey.—Cede al fin.—Preparativos militares.—La guarnición de Madrid sale para Aranjuez.—Disgusto en el pueblo.—Motín de Aranjuez.—Es asaltada la casa de Godoy.—Abatimiento de los reyes.—Destitución de Godoy.—Síntomas de nuevas exigencias populares. —Se presenta Godoy.—Le salva D. Fernando.—Abdicación de Carlos IV.......... ................................ 249 á 271

CAP. V.—Alegría general en España.—Conducta de D. Fernando. —Ilusiones de Murat.—Sus dudas al conocer los sucesos de Aranjuez.—Carta de la reina de Etruria.—Artes de Murat.—Entra en Madrid.—Entra al día siguiente Fernando VII.—Descortesía de Murat.—Exige el alejamiento de las tropas españolas.—Reconcentra paulatinamente las francesas.—Entrega de la espada de Francisco I.—Trama urdida para arrancar de España al rey.—Mr. de Savary.—Se trata de que vaya á Francia la familia real.—Parte el infante D. Carlos.—Parte el rey. Detiénese en Vitoria.—Prosigue á Bayona.—Le anuncia Savary el fin de la dinastía Borbónica en España.—Viaje de los reyes padres.—Renuncia condicional de D. Fernando.. ..... 272 á 311

CAP. VI.—Estado de los ánimos en Madrid.—Conducta de Murat.—De la Junta de Gobierno.—Precauciones de Murat.—Atropellos de los franceses.—Quejas y amenazas de Murat á la Junta.—Alardes de fuerza.—Murat exige la marcha de los Infantes á Francia.—Resistencia de la Junta.—Síntomas de alteración en el pueblo de Madrid.—Dos de Mayo.—Parte la reina de Etruria —Las lágrimas de D. Francisco conmueven al pueblo.—Rómpese el fuego.—Son muertos los franceses que resisten.—Salvados los inermes.—El paisanaje acude á los cuarteles.—Parque de Artillería.—Daoiz y Velarde.—Combate en el centro de Madrid.—Asalto del parque.—Muerte de Velarde, de Daoiz y de Ruiz.—Venganza francesa.—Monumento del dos de mayo.—Pérdidas de una y otra parte.—Consecuencias del dos de mayo. ........... ...................... 312 á 359

CAP. VII.—Ecos del dos de mayo.—En Bayona.—Conferencia real.—Amenaza de Napoleón.—Abdicación de D. Fernando.—Abdicación de D. Carlos.—La familia real es internada en Francia.—Eco del dos de mayo en las provincias.—Subleva-

Páginas.

ción general.—En Asturias.—En Galicia.—En Santander.—En León.—En Logroño y Segovia.—En Valladolid.—En Cartagena.—En Murcia —En Valencia.—En Zaragoza.—En Cataluña.—En Andalucía.—En Cádiz.—Rendición de la escuadra francesa. En Jaén y Córdoba.—En Granada.—En Extremadura.—En las islas Baleares.—En Canarias.—Tropas españolas de Portugal. 360 á 448

CAP. VIII.—EJÉRCITOS BELIGERANTES EN MAYO DE 1808.—Enemigos de la Francia.—Ejército francés.—Generales franceses.—Infantería.—Caballería.—Artillería.—Ingenieros.—Guardia imperial.—Estado Mayor y Administración.—Modo de reemplazár las bajas en campaña.—Tropas auxiliares.—España.—Política española.—Pacto de familia.—Errores de Godoy.—Ejército español.—Guardia real.—Infantería.—Caballería.—Artillería é Ingenieros.—Reemplazo.—Educación de los oficiales.—Instrucción táctica.—Escritos militares.—Estado Mayor. Administración.—La Europa toda imitando la organización francesa.—Reserva.— Milicias provinciales.--Milicias urbanas. Consideraciones generales.— Material.— Fortificaciones.—Conveniencia de las fortificaciones en España.—Fuerzas de Ultramar.—Alianzas.—Qué se debía esperar de ellas.—Ejército inglés.—Infantería.—Caballería.—Artillería.—Estado Mayor y Administracción.—Milicias.—Fuerzas inglesas en la Península.—Su objeto principal.—Portugal.—Ejército portugués.—Su reducción por Junot.—Espíritu nacional.—Superioridad de los ejércitos franceses.—Guerra marítima.—Marina española.—Ultimas consideraciones........................ 449 á 528

APÉNDICES........................................ 529 á 578

## Tomo II

CAPÍTULO PRIMERO.—OPERACIONES PRELIMINARES DE LA PRIMERA CAMPAÑA DE 1808 EN CASTILLA, ARAGÓN Y CATALUÑA.—Planes de Napoleón para sujetar á España.—Ordenes que dicta para su ejecución.—Operaciones proyectadas en Castilla, Asturias y Galicia.—En Aragón.—En Cataluña.—En Valencia.—En Andalucía.—Defectos de estos planes.—Sistema defensivo de los españoles.—Carencia de plan en la mayor parte de las provincias.—Acción de los generales españoles en algunas.—Primeras operaciones de la campaña.—En Logroño.—En Santander.—En Valladolid.—Ataque de Torquemada.—Combate de Cabezón.—Cuesta se retira á Rioseco y Benavente.—Lasalle entra en Valladolid.—Tres días después se retira á Palencia.—Merle se dirige á Santander.- Ataca á los españoles en la cordillera.—Entra en la ciudad.—El general Lefebvre sale de Pamplona en dirección de Zaragoza.—Acción de Tudela.—Acciones de Mallén y Gallur.—Acción de Alagón.—Resolución heroica de los zaragozanos.—Estado militar de Zaragoza.—Lefebvre emprende la conquista de Zaragoza.—El puente de la Muela.—La Casa blanca.—Prisión de Sangenis.—Salida de Palafox.—Acción de las Eras.—Pérdidas de uno y otro lado.

Páginas.

—Efecto de la acción de las Eras.—Operaciones en Cataluña. —Primera acción del Bruch.—Descripción del terreno.—Los defensores del Bruch.—Retroceden los manresanos.—Son reforzados por los de San Pedor y Sallent y avanzan de nuevo. —Los franceses se retiran.—Entra el desorden en sus filas.—Llegan derrotados á Molíns de Rey.—Marcha de Chabrán á Tarragona.— Vuelta á Barcelona.—Acciones del Vendrell y de Arbos.—Segunda acción del Bruch.—Chabrán es vencido y retrocede á Barcelona.—Expedición á Mongat y Granollers.—Situación de Duhesme.— Expedición á Mataró.—Siguen los franceses á Gerona.—Ataque de la plaza.—Artes de Duhesme para ganarla.—Asalto del baluarte de Santa Clara.—Es rechazado.—Duhesme se retira á Barcelona.. .................... 5 á 123

CAP. II.—Operaciones preliminares de la primera campaña de 1808 en Valencia y Andalucía.—Expedición á Valencia. —Tropas francesas que la emprenden.—Ruta que siguen.—Pasos del Cabriel.—Posiciones de las tropas españolas en Valencia.—Acción del puente de Pajazo.—Retirada de los españoles.—Errores del general Adorno.—Acción de las Cabrillas. —Descripción del terreno.—Fuerzas y posiciones de los españoles.—Disposiciones de Moncey y principio del combate.—Dispersión de los españoles.—Barbarie de los invasores.—Intimaciones de Moncey.—Combate de San Onofre.—Don José Caro.—Posiciones de los españoles.—Trances del combate.—Nuevas intimaciones de Moncey.—Defensas de Valencia.—Ataque de los franceses.—Por la puerta de Quarte.—Por la de San José.—Segundo ataque á la de Quarte.—Segundo á la de San José.—Acción de los de la Huerta contra la retaguardia francesa.—Ultimos ataques.—Retirada de los franceses.—Campaña de Andalucía.—Fuerzas con que la emprende el general Dupont.—Marcha del ejército.—Recelos de Dupont al penetrar en Andalucía.—Preparativos militares por parte de la Junta de Sevilla. —El general Echávarri.—El brigadier Venegas.—Tropas reunidas en Córdoba.—Acción de Alcolea.—Descripción del campo.—Disposición de los españoles.—Disposiciones de Dupont para el combate.—Retroceden los españoles del puente.—Acción de los de Valdecañas en la izquierda del Guadalquivir.—Consejo de guerra y retirada de los españoles.—Entra en Córdoba el ejército francés.—Saqueo de la ciudad.—Efecto de los atropellos cometidos en Córdoba por los franceses.—El alcalde de Montoro.—Santa Cruz de Mudela.—Valdepeñas.—Dupont se detiene en Córdoba... ............ 125 á 224

CAP. III.—Rioseco.—Preparativos para la elección de José.—Asamblea de Notables.—El obispo de Orense.—Trabajos de Napoleón en Bayona.—Llegada de José.—Su presentación á los Notables.—Proclamas de los Notables y de José.—Constitución de Bayona.—Primer ministerio de José.—Su entrada en España.—Ejércitos españoles.—De Castilla.—De Asturias.—De León.—De Galicia.—Filangieri y Blake.—Muerte de Filangieri.—Plan del general Blake.—Lo abandona y se dirige á re-

Páginas.

unirse con Cuesta.—Estado de aquellos ejércitos.—Sus movimientos hasta Rioseco.—Movimiento de los franceses.—Batalla de Rioseco.—Ejército francés.—Ejército español.—Descripción del campo.—Posiciones de los españoles.—Avanzan los franceses.—Ataque de la derecha.—Ataque del centro.—El regimiento de Navarra.—Ataque de la izquierda.—Retirada general de los españoles.—Atrocidades de los franceses en Rioseco.—Pérdidas de una y otra parte.—Entra José en Madrid...... 225 á 312

CAP. IV.—PRIMER SITIO DE ZARAGOZA.—Zaragoza después de la acción de las Eras.—Lefebvre intima la rendición.—Entra en Zaragoza el de Lazán.—Defensas de Zaragoza.—Respuesta de Palafox á las intimaciones de Lefebvre.—Operaciones de Palafox.—Batalla de Epila.—Nuevas intimaciones de Lefebvre.—Verdier en el campo de los sitiadores.—Torrero.—Voladura del Seminario.—Los franceses se valen de ella para atacar á la ciudad.—Ataque de Torrero.—Bombardeo del 1.° de julio.—Asalto general del día 2.—Entra Palafox en Zaragoza.—Ataque del castillo.—De la puerta de Sancho.—De la puerta del Portillo.—Agustina de Aragón.—Ataque del cuartel de caballería.—De la puerta del Carmen.—De la torre del Pino.—Del convento de San José.—Reflexiones sobre el asalto del 2 de julio.—Se apela á los sistemas regulares de ataque.—El Emperador cambia el plan dirigiéndolo hacia Santa Engracia.—Combates diarios.—Los franceses se establecen en la izquierda del Ebro.—Combates en las orillas del Gállego.—Avanzan los franceses en el frente de ataque.—Situación crítica de Zaragoza.—Construcción de las baterías de brecha.—Nuevo bombardeo.—Asalto del 4 de agosto.—Columnas de ataque.—Muerte de Cuadros.—Puerta del Carmen.—Barricadas de la calle de Santa Engracia.—Reducto de la Encarnación.—Convento de Santa Fé.—Zaragoza en su último trance.—Segunda salida de Palafox.—Reacción que se opera en los zaragozanos.—División y marcha de las columnas francesas.—Se renueva el combate.—Victoria de los aragoneses.—Nuevo faz que toma la defensa de Zaragoza.—Lefebvre apela de nuevo al camino de las intimaciones.—Avanzan los zaragozanos.—Palafox se enseñorea de la izquierda del Ebro.—Levantamiento del sitio. 313 á 424

CAP. V.—BATALLA DE BAILÉN.—Primeras posiciones del ejército español de Andalucía.—Carmona.—Utrera.—Organización del ejército.—Los ingleses ofrecen su cooperación.—El ejército se dirige á Córdoba.—Dupont se retira á Andújar.—Importancia estratégica de Bailén.—Impresiones de la retirada.—Estado en que se hallaba Andújar.—Expedición á Jaén.—Situación de los franceses en Andújar.—Murat, y después Savary en Madrid.—Marcha de la división Vedel á Andalucía.—Queda incomunicado con Madrid.—Reflexiones de Savary respecto al ejército de Andalucía y medidas que toma para evitar un desastre.—Ejército español de Granada.—Segunda expedición de los franceses á Jaén.—Son batidos y se retiran.—Castaños avanza sobre Andújar.—D. Juan de la Cruz Mourgeón.—Nue-

Páginas.

va organización del ejército.—Consejo de guerra.—Plan de campaña.—Se pone en ejecución.—Los españoles se establecen en Menjívar.—Acción de Villanueva.—Castaños ocupa los Visos de Andújar.—Posiciones de los franceses.—Acción de Menjívar.—Efecto que produce en Andújar la llegada de Vedel.—Vacilaciones de Dupont.—Marcha de Vedel á Bailén y La Carolina.—Los españoles se dirigen á Bailén.—Batalla de Bailén.—Descripción del campo.—Marcha de Dupont.—Choque de las avanzadas.—Línea de batalla de los españoles.—Primer ataque.—Su influencia en el éxito de la batalla.—Segundo ataque.—Tercer ataque.—La caballería francesa carga sobre la izquierda española.—Una columna francesa ataca la batería del camino.—Combate en la derecha española.—Primera señal de desmayo en los franceses.—Cuarto ataque.—Quinto y último ataque.—Dupont solicita una suspensión de armas.—Se presenta Lapeña á retaguardia de los franceses.—Operaciones de Vedel.—Su llegada al frente de Bailén y comunicaciones con Reding.—Vedel ataca las posiciones españolas.—Cesa el fuego.—Conducta doble de Dupont.—Preliminares de la capitulación.—Se retira Vedel á Santa Elena.—Negociaciones de la capitulación.—Los franceses rinden las armas.—Son dirigidos al litoral de Andalucía.—Observaciones.................... . 425 á 577

CAP. VI.—Consecuencias de la batalla de Bailén.—Noticias de lo de Bailén y sus efectos en la corte de José.—Retirada general de los ejércitos franceses.—Situación de Duhesme en Barcelona.—Acción del Llobregat el 30 de junio.—Chabrán es batido en el Congost.—Nueva expedición á Gerona.—Operaciones del general Reille.—Segundo sitio de Gerona.—Refuerzos llegados de las Baleares á Cataluña.—El conde de Caldagués se establece en el Llobregat.—Reconquista del castillo de Mongat.—Alarmas de Lechi.—Caldagués se dirige á Gerona.—Operaciones del sitio.—Combate del 16 de agosto.—Levantamiento del sitio.—Retirada desastrosa de Duhesme á Barcelona.—Conclusión.................................. 579 á 644

Apéndices.................................................. 645 á 701

## Tomo III

CAPÍTULO PRIMERO.—Batalla de Vimeiro.—Sublevación de Portugal.—Entre Douro é Mihno.—En Traz-os-Montes.—En la Beira.—Empresa de Loison sobre O'Porto.—Sublevación en Algarve.—En Alentejo.—Concentración de las tropas francesas.—Procesión del Córpus en Lisboa.—Consejo de guerra de los generales franceses.—Ataque de Leiria.—Vuelta de Loison á Lisboa.—Expedición de Loison á Alentejo.—Acción de Evora.—Expedición inglesa á Portugal.—Nombramiento de general.—Sir Arturo Wellesley.—Llega á la Coruña.—Sigue á O'Porto y Figueira.—Desembarca el ejército inglés.—Se pone en marcha.—Medidas de Junot.—Combate de Rolica.—Sale Junot de Lisboa.—Batalla de Vimeiro.—Ejército francés.—

| | Páginas. |
|---|---|
| Ejército inglés.—Campo de batalla.—Posiciones respectivas.—Avanzan los franceses.—Ataque del Centro.—De Laborde-Loison.—Acción del 2.º regimiento de Granaderos.—Del 1.er regimiento.—Ataque de la derecha.—Solignac.—Brenier.—Retíranse los franceses.—Bajas de uno y otro ejército.—Conferencias de los generales franceses.—Convenio de Cintra.—Dificultades para su ejecución.—Se orillan.—Manifestaciones de los portugueses.—Disgusto en Inglaterra.—Ejecución del convenio.... | 1 á 105 |
| CAP. II.—LA JUNTA CENTRAL.—Situación de España después de Bailén.—Idea de una Junta central.—Asesinato de Viguri.—El Consejo de Castilla.—Rivalidades de las Juntas.—Pretendientes á la Regencia.—Residencia de la Central.—Entrada de los ejércitos en Madrid.—Proclamación de Fernando VII.—Primeras guerrillas en el Norte.—Rivalidades de los generales.—Reunión de la Central.—Su Presidente.—Jovellanos.—Garay.—Primeras providencias de la Central.—Consejo de generales.—Su plan de campaña.—Discordia entre Castaños y Cuesta.—Ministerio de la Central.—Sección de guerra en la Central.... | 107 á 146 |
| CAP. III.—LA DIVISIÓN DEL NORTE.—Los españoles en Hamburgo.—Pasan á Dinamarca.—Posiciones que ocupan.—Ventajas de que disfrutaban.—Su disgusto por falta de noticias de España.—Romana envía dos oficiales á la Península.—Vuelve Llano.—El marqués de la Romana.—Dr. Robertson.—Proyectos de evasión.—Orden del juramento á José.—Conducta del Marqués.—Juran las tropas de Jutlandia.—Las de Fiónia.—Las de Langueland.—Jura el cuartel general.—Sublevación de los españoles en Zeelandia.—Carta de Pontecorvo.—El subteniente Fábregues.—Su hazaña.—Llegada de Lobo.—Fábregues desembarca en Langueland.—Se traslada á Fiónia.—Contestación á Pontecorvo.—Llamamiento de las tropas al cuartel general.—Conducta de Kindelan.—Zamora.—El Rey.—El Infante.—Algarbe.—Paso de las tropas á Langueland.—Permanencia en la isla.—Embarque para Suecia.... | 147 á 202 |
| CAP. IV.—ZORNOZA Y ESPINOSA DE LOS MONTEROS.—Planes de campaña para la de 1808.—Primeras operaciones del ejército de la Izquierda.—Situación de las tropas en el centro.—Fuerza efectiva de los ejércitos españoles.—La del de la Izquierda.—La del del Centro.—La del de Reserva.—Fuerza del ejército francés.—Situación de las tropas españolas en toda la línea.—Segunda entrada de los españoles en Bilbao.—Incorporación del ejército de Asturias.—Defensa de Lerín.—Grimarest y Pignatelli se retiran.—Acción de Nardues.—Nuevos proyectos de Castaños.—Contrariedades que éste sufre.—Nuevas operaciones del ejército de la Izquierda.—Batalla de Zornoza.—Posiciones de los españoles.—Preparativos de Lefebvre.—Avanza su izquierda.—Ataca el centro y la izquierda de los españoles.—Retrocede la vanguardia española.—Cambio de frente en los españoles.—Sebastiani ataca el centro.—Leval rom- | |

Páginas.

pe la izquierda.—Retirada del ejército á los altos de Vizcargui y Bilbao.—Observaciones.—Continúa la retirada á Valmaseda. —Incorpórase la división del Norte.—Su vuelta de Dinamarca.—Contratiempos de su regreso á España.—Su desembarque en distintos puntos.—Su reunión en Santander.—Napoleón en Erfurt.—Viene á España.—Acción de Valmaseda.—Acción de Güeñes.—Nueva retirada de Blake.—Trata Blake de evitar otro combate.—Se ve obligado á aceptarlo.—Batalla de Espinosa.—Posiciones de los españoles.—Primer ataque de los franceses.—Es rechazado.—Se recrudece el combate.—Victoria de los españoles.—Pérdidas de una y otra parte.—El conde de San Román.—Situación del ejército.—Conveniencia de la rerirada.—Los franceses renuevan el 11 sus ataques.—Avanzan por su derecha.—Mortandad que ejercen.—Vencen los franceses.—Retirada de los españoles á Reinosa.—Observaciones... 203 á 300

CAP. V.—Burgos y Tudela.—Pensamientos de Napoleón en aquella campaña.—Marcha del ejército de Extremadura á Burgos.—Su situación y fuerza.—Batalla de Burgos.—Campo de la acción.—Error del Conde de Belveder.—Línea de batalla.—Marcha de los franceses.—Se rompe el fuego.—Atacan los franceses.—Combate de los Guardias.—D. Vicente Jenaro de Quesada.—Derrota de los españoles.—Pérdidas de una y otra parte.—Retirada de los españoles.—Providencias de Napoleón en Burgos.—Operaciones del mariscal Soutl en Santander.—Plan de Napoleón contra los ejércitos del Centro y Reserva.—Situación de Castaños.—Sus nuevas posiciones.—Consejo de Tudela.—Batalla de Tudela.—Descripción del campo.—Posiciones de los españoles.—Primeros movimientos de los franceses.—Combate en la derecha española.—Combate en el centro. —Ataque de Cabezo Malla.—Recobran los españoles el alto.—Castaños se dirige á su izquierda.—Pérdida de Santa Bárbara. —Y de Tudela.—Retirada de Palafox y de sus tropas.—Combate en la izquierda.—Conducta de Lapeña.—Choque en Urzante.—Retirada general.—Resultados inmediatos de la batalla.—Observaciones.—Consideraciones generales sobre la campaña........ ..................................... ..... 301 á 373

CAP. VI.—Somosierra y Madrid.—Ejército de Reserva entre Madrid y los Puertos.—Posiciones de la cordillera de Guadarrama.—Acción de Sepúlveda.—Acción de Somosierra.—Fuerza de los españoles.—Sus posiciones.—Avanzan los franceses.—Cargas de los polacos.—Resultados de la acción.—Situación en Madrid.—Entusiasmo de sus habitantes.—Junta de defensa.—Fortificaciones.—Armamento.—Desórdenes.—Sale Infantado.—Situación del ejército del Centro.—Preséntanse los franceses.—Intimación del Emperador.—Comienzan las operaciones del sitio.—Nueva intimación.—Continúa el fuego. —Tercera intimación.—La capitulación.—Recibimiento hecho á los franceses.—Importancia de Madrid.—Traslación de la Junta Central á Sevilla.................................. 375 á 445

Apéndices.......................... ....... ........... . 447 á 502

Páginas.

## Tomo IV

CAPÍTULO PRIMERO.—LA CORUÑA.—Pensamientos de Napoleón.—Ejército español del Centro.—Destitución de Castaños.—Toma el mando Infantado.—Desórdenes en el ejército.—Se establece en Cuenca.—Llamas y Alacha.—Ejércitos de Extremadura y Reserva.—Asesinato de San Juan.—Disposiciones de Napoleón.—Su conducta en Madrid.—Ejército inglés.—Sir John Moore.—Sus proyectos.—Su marcha á España.—Dificultades de su posición.—Resuelve la concentración de sus tropas.—Decide retirarse.—Vuelve á tomar la ofensiva.—Su plan de campaña.—Comienza el movimiento.—Combate de Rueda.—Carta interceptada de Berthier á Soult.—Cambia de plan Jhon Moore.—Nuevo combate de caballería en Sahagún.—Retirada definitiva del ejército inglés.—Ejército de la Izquierda.—Conducta patriótica del marqués de la Romana.—Ordenes y operaciones de Napoleón.—Paso del Guadarrama.—Situación de Moore y de Romana.—Idea en Moore de defender las entradas de Galicia.—Acción de Castro Gonzalo.—Conducta de los ingleses.—Toro y Zamora.—Moore desiste de la idea de defender el Vierzo.—Y continúa su retirada.—Napoleón se detiene en Astorga.—Retrocede á Valladolid.—Su conducta allí.—M. Pradt y la comisión de Madrid.—Marcha de Napoleón á París.—Instrucciones que deja.—Operaciones de Soult.—Acción de Cacabelos.—Muerte de Colbert.—Continúa la retirada de los ingleses.—Se detienen en Lugo.—Prosiguen á la Coruña.—Campo de batalla.—Posiciones de los ingleses.—Voladura del polvorín del Peñasquedo.—Preséntase la escuadra.—Preparativos de embarque.—Muévense los franceses.—Posición rectificada de los ingleses.—Posiciones francesas.—Atacan Elviña los franceses.—Jhon Moore es herido.—Ataque de la extrema derecha inglesa.—Lo rechaza Lord Paget.—Ataque de la izquierda inglesa.—Fin de la batalla.—Pérdidas.—Se embarcan los ingleses.—Entrega de la Coruña.—Entrega de Ferrol.—Ultimas consideraciones.......... 1 á 179

CAP. II.—Situación de Cataluña.—En Barcelona.—Fuera de Barcelona.—Acción del 2 de septiembre.—Duhesme se reduce á la defensiva.—Medidas que toma en la plaza.—Acción de San Culgat.—Elogio de Caldagués.—Negociaciones con los barceloneses.—Toma el mando el general Vives.—Organización del ejército.—Plan de operaciones contra Barcelona.—Acción del 8 de noviembre.—Acción del 26.—Persistencia de Vives en sus operaciones contra Barcelona.—Gouvion Saint Cyr.—Organización del cuerpo de ejército de su mando.—Su plan de campaña.—Principia las operaciones.—Sitio de Rosas.—Descripción de la plaza y sus defensas.—Primeras operaciones del sitio.—Asalto al fuerte de la Trinidad.—Trabajos de sitio.—Se rompe el fuego.—Siguen los trabajos.—Salida infructuosa de los del fuerte.—Acción del Fluviá.—Continúa el sitio de Rosas.—Cambian de plan los sitiadores.—Ataque del pueblo.—

Páginas.

Intimación á la plaza.—Baterías de brecha.—Segundo asalto del fuerte de la Trinidad.—Salida de la plaza.—Capitulación. —Marcha de Saint Cyr á Barcelona.—Se dirige á la Bisbal.—Consejo de guerra en el campo español.—Sigue Saint-Cyr á Hostalrich.—Combate en San Celoni y Trentapasos.—Batalla de Llinás ó Cardedeu.—Formación de los españoles.—Maniobras de la división Pino.—Es rechazada por los españoles.—Providencias de Saint-Cyr.—Su victoria.—Llega á Barcelona y se reune á Duhesme.—Consideraciones sobre aquella campaña. 180 á 299

CAP. III.—SEGUNDO SITIO DE ZARAGOZA.—Situación de Zaragoza después de lo de Tudela.—Fortificaciones de la plaza.—Su armamento y guarnición.—Recursos.—Avanzan los franceses.—Retroceden á Alagón.—Ocasión de establecer un ejército de socorro.—Avanzan de nuevo los franceses.—Tropas y material para el sitio.—Posiciones que ocupan.—Acción del 21 de diciembre.—Intimación de Moncey.—Preparativos del sitio.—En la derecha del Ebro.—En la izquierda.—Junta de jefes en Zaragoza.—Expedición de Malibrán.—Junot releva al mariscal Moncey.—Apertura de la 1.ª paralela.—Salida del 31 de diciembre.—Prosiguen sus trabajos los franceses.—Nuevas salidas.—Establecimiento de la 2.ª paralela.—Situación de Zaragoza á mediados de enero.—Ataque del 10 de enero.—Salida de los sitiados.—Ataque nocturno.—Precauciones en Zaragoza.—Asalto de San José.—Defensa del reducto del Pilar.—Alarma en la ciudad.—Muerte de Sangenis.—Trabajos en el interior.—Los de ataque de los franceses.—Piérdese el reducto del Pilar.—Plan de ataque al recinto.—Brecha en la batería de Palafox.—Salida del 23 de enero.—Toma el mando de los franceses el mariscal Lannes.—Impulso que dá á las operaciones del sitio.—Ataque del 26 y 27 de enero.—Penetran los franceses en Zaragoza.—Reacción que se opera en el pueblo.—Su triste situación.—Establecimientos franceses en la ciudad.—Nuevo plan de ataque.—Trata Palafox de resistirlo.—Continúan los ataques.—El de la Trinidad por los defensores.—Proclamas de Palafox.—Operaciones en el Arrabal.—En la derecha del Ebro.—Ataque de San Agustín.—El de la calle Quemada. —Frente á Santa Engracia.—Situación extrema de Zaragoza. —Combates sucesivos.—Pérdida de San Francisco.—Espectáculo que presenta á los franceses Zaragoza.—Pérdida del convento de Jesús.—Deserción de los suizos.—Sigue la lucha en la derecha del Ebro.—Anuncios falsos de socorro.—No se interrumpe, por eso, la lucha.—Pérdida del Arrabal y de la Universidad.—Ultimos combates.—Situación desesperada.—Mensaje á Lannes.—Enfermedad de Palafox.—Junta que le substituye.—Capitulación.—Últimas consideraciones........ 301 á 516

APÉNDICES................................................ 517 á 588

Páginas.

## Tomo V

CAPÍTULO PRIMERO.—UCLÉS.—Situación del rey José en El Pardo.—Sus proyectes militares de organización.—Posiciones de su ejército.—Planes de Infantado.—Combate de Tarancón.—Sus resultados.—Nuevos planes de Infantado.—Avanzan los franceses.—Retírase Venegas á Uclés.—Su fuerza y la del enemigo.—Posiciones españolas.—Ataque de Tribaldos.—Plan del mariscal Víctor.—Ataque de la izquierda.—Refuerzos que se le envían.—Arranque de Copons.—Retirada y dispersión de aquella ala.—Situación desesperada de Venegas.—Retírase también.—Situación de los cuerpos de la derecha.—Resuelven retirarse.—La infantería es cercada por los franceses.—Es rota —Una parte de la caballería se salva.—La otra combate la artillería francesa.—Consecuencias de la de Uclés.—Crueldad de los franceses.—Retírase Infantado.—Pierde la artillería.—Combate de Tórtola.—Continúa la retirada.—Observaciones.—Segunda entrada de José en Madrid.—Primeras disposiciones.—Conducta de los habitantes.—Organización de un ejército de españoles.—Difícil posición del rey José............. 1 á 88

CAP. II.—LOS PROYECTOS MILITARES.—Constancia española.—La Junta Central.—Reglamento para las juntas de provincia.—El de las guerrillas.—Corso terrestre.—Lealtad de las Colonias de Ultramar.—Recursos que envían.—Equivocación respecto á los de Inglaterra.—Los de la Península.—Tratado de alianza con Inglaterra.—Alboroto de Cádiz.—El marqués de Villel.—Los gaditanos.—Intentan los ingleses ocupar la plaza.—Envía la Central un batallón de extranjeros.—Sublévanse los habitantes y los rechazan.—Se revuelven contra Villel y Carrafa.—Asesinato de Heredia.—El guardián de los capuchinos y los voluntarios devuelven la paz á Cádiz.—Proyectos militares.—El de Xaramillo.—El del portugués Palgart.—El de Valenzuela.—El del Patrycyo español.—El del P. Goudín.—El de los Vecinos de Jaén.—El de Alonso.—El de Inclán.—El del marqués del Palacio.—El de Fernández.—El de Sevillano.—El del teniente Torres.—El del Barón Crossarz.—El de Caunock.—El del general Alós.—El del capitán del Río.—El del coronel Ibarra.—El de Canel Acevedo.—El de *un anciano militar*.—Consideraciones...................................... 89 á 152

CAP. III.—VALLS.—Nuevas operaciones de Saint-Cyr.—Acción de Molíns de Rey.—Fuerza de los franceses.—Ejército español.—Sus posiciones.—Conducta de Reding.—Consulta á Vives.—Respuesta que recibe.—Comienza la acción.—Ataque de la derecha.—Ataque del Centro.—Llega Vives.—Derrota general.—Causas de aquel desastre.—Sus efectos en Tarragona.—Conducta inexplicable de Saint-Cyr.—Chabrán vá al Bruch.—Nueva situación militar.—En la Montaña.—En el Ampurdán.—Sorpresa de Castellón.—Acude Reille á vengarla.—Acción general.—Vencen los españoles.—Plan de Reding.—Comienzan de nuevo las operaciones.—Acción de Capellades.—Entra Saint-

Páginas.

Cyr en Igualada.—Sus proyectos.—Combate en Santas-Creus. —Sale Reding de Tarragona.—Situación de los ejércitos.—Resolución de Reding.—La pone en práctica.—Batalla de Valls. —Error de Reding.—El campo.—Nuevo error de Reding.—Situación de los españoles.—La de los franceses.—Principia Reding la acción.—Decide retirarse.—Acometen los franceses.—Cruzan el Francolí.—Choque en la izquierda —Rompen la línea.—Pérdidas.—Consecuencias.—Inacción de Saint-Cyr.—Su conducta cruel.—Constancia de los catalanes................ 153 á 222

CAP. IV.—Ciudad Real y Medellín.—Ultimas operaciones de Infantado en el Centro.—Las del marqués del Palacio.—Son relevados del mando.—Ejército de la Mancha.—Su objeto.—Dificultades para alcanzarlo.—Operaciones en la Mancha.—El duque de Alburquerque.—El conde de Cartaojal.—Acción de Ciudad Real.—Derrota de los españoles.—Detiénense los franceses.—Campaña de Extremadura.—El general Galluzo.—Se retira á la izquierda del Tajo.—Puentes del Tajo.—Posiciones de la orilla izquierda.—Situación de las tropas.—Continúa la retirada de los españoles.—Destitución de Galluzo.—Nombramiento de Cuesta.—Avanza Cuesta á Almaraz.—Operaciones desacertadas de Lefebvre.—Algarada de los franceses sobre Guadalupe.—Situación de Víctor en aquellos días.—Ejército de Víctor.—Posiciones de Cuesta.—Acción de Mesas de Ibor.—Retírase Cuesta.—Combate de Miajadas.—Continúa la retirada.—Unese la división Alburquerque.—Revuelve Cuesta contra los franceses.—Batalla de Medellín.—Campo de la acción. —Fuerza de los dos ejércitos.—Sus respectivas formaciones.—Acción en la derecha española.—Acción en el centro.—Acción en la izquierda.—Derrota de los españoles en la izquierda.—En el centro.—En la derecha.—Horrible mortandad de españoles.—Bajas de los franceses.—Conducta de los españoles y de la Central.—Consecuencias de la batalla......... .... . 223 á 312

CAP. V.—Galicia y Portugal.—Expedición á Portugal.—Estado de Galicia.—García del Barrio.—Ejército de la Izquierda. —El clero y los gallegos.—Rompen los franceses la marcha.—Llegada de Soult al Miño.—Intenta cruzarlo.—Causas de su fracaso.—Se dirige al puente de Orense.—Combates en el camino.—En las Hachas.—En Mourentan.—En Francelos.—Los franceses cruzan el Miño.—Entran en Orense.—Inacción del Marqués de la Romana.—Decide retirarse á Portugal.—El ejército francés en Orense.—Camino que emprende.—Resolución de Romana.—Acciones de Abedes y la Trepa.—Se dirige á Castilla y Asturias.—Avanzan los franceses hacia Portugal. —Situación de aquel reino.—Fuerza militar.—Misión del general inglés Cradock.—Entran los franceses en Portugal.—Conquista de Chaves.—Toman el camino de Braga.—Asesinato del general Freire.—Acción de Carbalho d' Este.—El Barón d' Eben.—Su actividad.—Van llegando los franceses.—Derrota de los portugueses.—Paso del río Ave.—Llega Soult al frente de Oporto.—Estado de la ciudad.—La asaltan los franceses.

Páginas.

—Catástrofe del puente.—Pérdidas de una y otra parte.—Consecuencias de la ocupación de Oporto.—Consideraciones generales de la campaña........ .......... ...................... 313 á 428
APÉNDICES............................................ ................... 429 á 447

## Tomo VI

CAPÍTULO FRIMERO.—ALCAÑIZ Y BELCHITE.—Estado de Aragón.—Rendición de Jaca.—De Monzón.—Resiste Mequinenza. —Expedición de Briche á Cataluña.—Pasa Mortier á Castilla. —Derrota de los franceses en Monzón.—Laval se retira á la línea del Martín.—El general Suchet.—Su cuerpo de ejército. —Ejército de Valencia y Aragón.—El general Blake toma la ofensiva.—Entra en Alcañiz.—Sale Suchet á su encuentro.—Batalla de Alcañiz.—Descripción del terreno.—Línea de los españoles.—Avanzan los franceses.—Comienza la batalla.—Ataque á los Pueyos.—Segundo ataque á los Pueyos.—Ataque al centro.—Es también rechazado.—Pérdidas en uno y otro campo.—Retírase Suchet.—Conducta de Blake.—Recibe refuerzos.—Emprende la marcha á Zaragoza.—Fuerza del ejército español.—Preparativos de Suchet.—Batalla de María.—Formación de los franceses.—La de los españoles.—Avanzan los nuestros.—Son rechazados.—Gran tempestad.—Ataca la izquierda francesa.—Derrota de la derecha española.—Ataque á nuestro centro.—Dispersión general.—Pérdidas.—Observaciones.—Los españoles se retiran á Belchite.—Acción de Belchite. —Posiciones españolas.—Atacan los franceses.—Nueva derrota.—Operaciones sucesivas de Suchet.—Su conducta posterior. —Resultados de la campaña.............................. 5 á 80
CAP. II.—PORTUGAL Y GALICIA.—Soult en Oporto.—Reconquista de Chaves.—Liberación de Tuy por los franceses.—Sucesos de Galicia.—Junta de Lobera.—D. Joaquín Tenreiro.—Distribución de mandos.—Sitio de Vigo.—Tratos de capitulación.—Nuevas discordias en los españoles.—Encumbramiento de Morillo.—Capitula el francés.—Socorro tardío.—Sitio de Tuy.—Barrio, comandante en jefe.—Se levanta el sitio.—Los franceses abandonan á Tuy.—Operaciones de Romana.—Toma de Villafranca.—El ejército se acantona en el Vierzo.—El brigadier Carrera, en Sanabria.—Trasládase á Romana á Oviedo y Mahy toma el mando del ejército.—Mahy en Galicia.—Romana en Oviedo.—La Junta del Principado.—Invasión de Asturias por Ney.—Movimientos preliminares.—Conferencia con Kellermann.—Entra Ney en Asturias.—Ocupa á Oviedo.—Acude Kellermann desde León.—Movimientos sucesivos de Ney.—Vuelve á Galicia.—Mahy contra Lugo.—Soult pretende la corona de la Lusitania septentrional.—Efecto producido en el ejército.—El Capitán D'Argenton.—Situación militar del ejército francés.—Sir Arturo Wellesley, general en jefe de los Aliados.—El ejército portugués.—El Gobierno inglés.—Prime-

Páginas.

ras operaciones de Wellesley.—Recursos con que contaba.—Su plan de campaña.—Operaciones de Silveira en el Tamega.—Avanza Wellesley.—Sorpresa fracasada en Albergaría.—Acción de Grijó.—Retirada de Franceschi á Oporto.—Inacción de Soult.—Comienza á tomar disposiciones.—No le secundan sus inferiores.—Paso del Duero por los ingleses.—Murray lo cruza por Avintes.—Lord Paget ocupa el Seminario.—Retirada de Soult.—Situación crítica del ejército francés.—Continúa la retirada.—Se dirige á Orense.—Paso del Misarella.—Entra en España.—Soult en Lugo.—Soult y Ney tratan de ocupar sólidamente á Galicia.—Soult se traslada á Castilla.—Ney se dirige á Santiago.—División de La Carrera.—El conde de Maceda.—Acción de la Estrella.—El conde de Noroña.—Acción del Puente Sampayo.—Victoria de los españoles.—Retirada de Ney.—Ney evacua las provincias gallegas.... .................... 83 á 204

CAP. III.—Talavera y Almonacid.—Preliminares de la campaña de Talavera.—El mariscal Víctor en el Guadiana.—Entabla negociaciones con Badajoz y con la Junta Central.—Conducta de la Junta.—Lucha política entre sus miembros.—Decreto del 22 de mayo convocando á Cortes.—Restablecimiento de los Consejos.—Llega Lapisse al campo del mariscal Víctor.—Catástrofe de Alcántara.—Combates en el Guadiana.—Los franceses se retiran al Tajo.—Operaciones en la Mancha.—Alarma en el campo francés.—Ejército de la Mancha.—Sale á campaña.—Se retira combatiendo.—Errores del Intruso.—Situación y fuerza de los beligerantes.—Ejército de la Mancha.—El de Extremadura.—El ejército inglés.—El de Portugal.—Plan de operaciones.—Conducta de Wellesley para con Cuesta.—Fuerzas de los franceses y sus proyectos.—Comienzan las operaciones.—Cuesta cruza sólo el Alberche.—Combate de Alcabón.—Batalla de Talavera.—Descripción del campo.—Posición de las tropas.—Día 27. Primer período de la Batalla.—Ataque del cerro de Medellín.—Ataque á la línea española.—Día 28. Primer ataque al Medellín.—Consejo de guerra en el campo de Víctor.—Plan de un ataque general.—Ataque de la izquierda francesa.—Ataque de la derecha.—Ataque del centro.—Bajas en uno y otro campo.—Por qué terminó la batalla.—Los franceses se retiran.—Ningún resultado de la victoria.—Nuevas posiciones de los franceses.—Situación de los aliados.—Marcha de Soult á Plasencia.—Va Wellesley á su encuentro.—Se le une Cuesta.—Se retiran.—Acción del Puente del Arzobispo.—Establecimiento del ejército en la izquierda del Tajo.—Ejército de la Mancha.—Plan de sus operaciones.—Lo pone en ejecución.—Se presenta en Toledo y Aranjuez.—Cambio en la conducta de Venegas.—Acción de Aranjuez.—El ejército se dirige á Toledo.—Batalla de Almonacid.—El campo de batalla.—Formación de los españoles.—Combate en la izquierda.—En la derecha y el centro.—División Vigodet.—Retirada del ejército.—Las guerrillas en Almonacid.—Bajas en uno y otro campo.—Observaciones sobre la batalla de

Páginas.

Almonacid.—Consideraciones generales.—Consecuencias de la campaña de Talavera ........................................ 205 á 419

## Tomo VII

CAPÍTULO PRIMERO.—LAS GUERRILLAS.—Guerrillas y guerrilleros.—Los primeros de entre ellos.—El Empecinado.—Sus primeras operaciones. — Acción de Carabias. — Su prisión.—Sus expediciones á Salamanca.—Prisión y libertad de su madre.—Se une al Duque del Parque.—Regresa á Aranda y Guadalajara.—El Cura Merino.—Sus consejeros y guías al principio.—Sus operaciones. — Renovales. — Sus operaciones en el Roncal.—Sarasa y otros guerrilleros de Aragón.—Gayán.—Villacampa.—Pérdida del Tremedal.—Destrucción de San Juan de la Peña.—Renovales se retira á Cataluña.—Mina.—Acción de Sansol.—En Salamanca y Zamora.—Don Julián Sánchez.—Fr. Lucas Rafael.—En Toledo y la Mancha.—En Cataluña.—Manso.—Sus primeras hazañas.—Su campaña en el Llobregat. — Su humanidad. — D. Antonio Franch.—Acción general de los catalanes.—Opinión de Suchet y de Vacani sobre aquella lucha.—Reglamento para los Somatenes.—Observaciones sobre las guerrillas.—Todas las clases toman parte en ellas.—Los pastores.—Las mujeres.—Opinión de los vencidos.—M. Fée.—M. Proudhon.—Utilidad de las guerrillas.—Contra los franceses.—En favor de los ingleses ............................................ 5 á 73

CAP. II.—BARCELONA CAUTIVA. — Barcelona cautiva.—Saint Cyr resuelve establecerse en Vich.—Se dispone á regresar á Barcelona.—Combates en Molíns de Rey.—Entra en Barcelona.—Estado de los ánimos en aquella ciudad.—Proyectos de los barceloneses.—El del 7 de marzo.—Saint Cyr acaba por creer en ellos.—Ordena el juramento al Intruso.—Acto del juramento.—Castigo de los no juramentados.—Sale Saint Cyr para Vich.—Paso del Congost.—Saint Cyr en Vich.—Posición de Vich.—Son relevados Saint Cyr y Reille.—Continúan las conspiraciones en Barcelona.—Las sospechan los franceses.—Proyecto sobre Montjuich y las Atarazanas.—Trabajos en la ciudad.—El 11 de mayo.—Nuevo fracaso.—Otros arrestos.—Represalias de los franceses.—Consejos de guerra.—Sentencias.—Su ejecución.—Alarma en la ciudad.—Más ejecuciones.—Término de la conspiración ........................ 75 á 133

CAP. III.—GERONA.—D. Mariano Alvarez de Castro.—Asoman los franceses á Gerona.—Estado de la plaza.—La guarnición.—El vecindario.—Comienza el sitio.—Primeros combates á la vista de la plaza.—El tren de sitio.—Inacción de Reille y de Verdier.—Nuevas obras en la plaza.—Crece el campo de los sitiadores.—Nuevos combates en los contornos.—Posiciones de los franceses en fin de mayo.—Parsimonia de Verdier.—La Cruzada gerundense.—Continúa el fuego entre las avanzadas.—Primeras baterías francesas.—Plan de ataque.—El bom-

Páginas.

bardeo y sus primeros estragos.—El ataque á las torres de Montjuich.—El del Pedrel y salida para su recobro.—Resuelve Saint Cyr acercarse á la plaza.—Sigue el ataque á las torres.—Su pérdida y la de la torre de San Daniel.—Se establece Saint Cyr en Caldas de Malavella.—Sus ideas sobre el sitio de Gerona.—Continúa el sitio.—El ataque á Montjuich.—Construcción de nuevas baterías.—La Imperial.—Resolución de los defensores.—Compañías de Santa Bárbara.—El gobernador.—Primera brecha.—La bandera del fuerte.—Primer asalto.—Nuevas baterías para ensanchar la brecha.—El grande asalto rechazado también.—Voladura de la torre de San Juan.—Hazañas de los Migueletes y Somatenes.—Verdier cambia de sistema en el ataque de Montjuich.—Se apodera del convento de San Daniel.—De la torre de San Juan.—Y de la media luna del castillo.—Reclamaciones de Alvarez.—Salida de Montjuich.—Abandono de Montjuich. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 135 á 241

CAP. IV.—Tamames y Ocaña.—Situación de los ejércitos aliados.—La de los franceses.—Los españoles toman la iniciativa de la campaña.—El ejército de la Izquierda.—Sitio de Astorga.—Avanza el Duque del Parque.—Batalla de Tamames.—La línea española.—Atacan los franceses.—Por la izquierda española.—Por la derecha y el centro.—Completa victoria de los españoles.—Se incorpora la tercera división.—Ballesteros.—Su campaña de Santander.—Porlier y Garbayo.—Entra el del Parque en Salamanca.—Se incorpora la quinta división.—Ejército del Centro.—General Areizaga.—Composición del ejército.—Acción de la cuesta del Madero.—Otra á las puertas de Ocaña.—Alarma en el campo francés.—Areizaga emprende el paso del Tajo.—Acción de Ontígola.—Desórdenes en Ocaña.—Batalla de Ocaña.—Descripción del campo.—Posiciones de los españoles.—Orden de combate de los franceses.—Cede la derecha española.—Cambio de frente.—Queda rota la línea.—Derrota general.—Acción de la vanguardia.—El General Areizaga.—Incidentes de la retirada.—Diferencia en la dirección de los ejércitos.—Bajas de los franceses.—Las de los españoles.—Consecuencias de la batalla.—Ejército de la Izquierda.—Acción de Medina.—El Duque de Alburquerque.—Retírase el ejército de la Izquierda.—Acción de Alba de Tormes.—Los célebres cuadros.—Retirada definitiva de los españoles.—Consideraciones sobre la campaña. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . 243 á 343

CAP. V.—Gerona.—Estado de las defensas.—Comienza el ataque al cuerpo de la plaza.—Se preparan los defensores á resistirlo.—Los franceses se dirigen con preferencia á Santa Lucía.—Continúan los trabajos de una y otra parte.—Se aumenta el fuego.—Entrada del convoy en 1.° de septiembre.—Descuido en no ocupar á Salt.—Ataque de Clarós y Rovira.—Salida contra Montjuich.—Sale García Conde de Gerona.—Restablecen los franceses la línea del sitio.—Reanudan sus trabajos.—Acción de Báscara.—Rómpese de nuevo el fuego en Gerona.—El gran asalto del 19 de septiembre.—En Alemanes.

Páginas.

—En Santa Lucía.—Retíranse los franceses.—Muerte de Marshal.—Y de Macarti.—Y de Gerona.—Consejo de generales en el campo francés.—El sitio se convierte en bloqueo.—El hambre en Gerona.—Se intenta otro convoy.—Fracaso del convoy. Evasión de O'Donell.—Marcha Saint Cyr á Francia —Toma el mando Augereau.—Inaugura un nuevo sistema.—Estragos del hambre.—La paz de Viena y San Narciso.—Parlamentos rechazados.—Ataque de Hostalrich.—El castillo resiste y los franceses se retiran.—Los Agonizantes.—Apuradísima situación de Gerona.—La de los sitiadores.—Practican nuevos trabajos.—Continúan los de los sitiados.—Esperanzas de Alvarez.—Nuevos ataques.—Alvarez enferma gravemente.—Sale Fournás al campo francés.—La capitulación.—«Postrado Alvarez, postróse Gerona».—Muerte de Alvarez.............. . 345 á 468

CAP. VI.—Sevilla y Madrid.—La Junta Central.—Sus diferencias.—El Consejo Real.—Los descontentos de la Junta.—Contemporiza la Junta.—La Comisión ejecutiva y el llamamiento á Cortes.—Comisión para el reglamento de la ejecutiva.—Palafox y Romana.—Libertad de imprenta.—Trabajos de la Comisión de Cortes.—Providencias de la Central.—Manifiesto del 20 de diciembre.—El gobierno del Intruso.—Cuerpos deliberantes y consultivos.—El Senado.—Las Cortes.—El Consejo de Estado.—Persecución al clero.—Supresión de todas las Ordenes regulares.—De las Ordenes militares.—Medidas económicas.—Desconfianzas de José.—Sus esfuerzos en la Administración.—La opinión en España.—Continúa José la organización del ejército.—Paralelo entre los dos gobiernos peninsulares.......................................... 469 á 515

Apéndices.......................................... 519 á 587

## Tomo VIII

CAPÍTULO PRIMERO.—Campaña de 1810.—*Segunda invasión de Andalucía.*—Tristes augurios para 1810.—Ejército del Centro.—Sierra Morena.—Sus pasos más importantes.—Su mejor defensa.—Plan de campaña de José Napoleón.—El de los españoles.—Comienzan las operaciones.—Primeras posiciones españolas.—Su ataque por los franceses.—Retirada de las tropas de Girón.—Retirada de las de Lacy.—Retirada de las de Vigodet.—Derrota de las de Castejón.—Derrota general.—El duque de Alburquerque.—Sus operaciones.—Se dirige á Sevilla.—Y después resueltamente á Cádiz.—Se le debe la salvación de Cádiz.—Cómo es recibido José en Andalucía.—Los franceses delante de Sevilla.—Fuga de la Central.—Capitulación de Sevilla.—Marcha de Víctor á Cádiz.—La de Mortier á Extremadura.—Ocupación de Málaga.—El Intruso frente á Cádiz.—Intimaciones que la dirige.—La Central en Cádiz.—Preparativos de defensa en Cádiz.—Guarnición de ingleses en la Isla.—Medidas defensivas de Alburquerque.—Viaje de José Napoleón.—Órdenes del Emperador sobre el gobierno de algu-

Páginas.

nas provincias.—Habilidades de José para neutralizarlas.—Consideraciones sobre la conquista de Andalucía........... 5 á 111

CAP. II.—CAMPAÑA DE 1810.—*En Asturias, Extremadura y Andalucía.*—Preparativos de Napoleón.—Resolución de los españoles.—Campaña en Asturias.—Fuerzas españoles.—Porlier y sus proyectos.—Invade Bonnet á Asturias.—Entra en Oviedo.—Y lo evacua luego.—Acción de Pola de Siero.—Se reorganiza el ejército en el Nalón.—Combate del 19 de marzo y vuelta de los españoles á Oviedo.—Bonnet acomete de nuevo.—Situación del ejército y sus operaciones.—Los franceses rompen la línea del Nalón.—Y avanzan á la de Navia.—Sitio de Astorga.—Se presenta Loison ante la plaza.—Su gobernador y sus defensas.—Intimaciones á la plaza.—Tren de sitio.—Primeras operaciones.—Trabajos de Sitio.—Situación de Astorga.—Llega Junot y da impulso á las obras.—Hace romper el fuego.—Nueva intimación rechazada también.—Asalto.—Capitulación.—En Extremadura.—El ejército español.—Intimación de Ney á Ciudad Rodrigo.—Operaciones de Reynier.—Las de Gazán.—Acción del Ronquillo.—La de Zalamea.—La de Barba de Puerco.—En Andalucía.—Reconquista de Ronda.—Ortiz de Zárate.—El Alcalde de Montellano.—Ataque á Tarifa.—Conducta de Soult.—El Alcalde de Otívar.—Ejército del Centro.—Invasión de Murcia.—En la cuenca del Guadalquivir.—Resumen...... 113 á 216

CAP. III.—CAMPAÑA DE 1810.—*En Cataluña, Aragón y Valencia.*—Situación de Cataluña.—Operaciones de los franceses en la Montaña.—En Arán y el Llobregat.—Ocupan á Vich.—Acción de Collsuspina.—Sitio de Hostalrich.—El bloqueo.—Asalto de la población.—Derrota de Duhesme.—Augereau en Barcelona.—Continúa el sitio de Hostalrich.—Bombardeo de Hostalrich.—El castillo es socorrido.—Continúa el bombardeo.—Nuevo socorro al castillo.—Nuevo gobierno de Cataluña.—Expedición de los franceses á Tarragona.—Ataque de los españoles á Villafranca.—Ataque á Manresa.—Desastre de Schwartz.—Retirada de Augereau y Severoli.—Juramento al gobierno de Cataluña.—Prosigue el sitio de Hostalrich.—Ultima intimación.—Es rechazada.—La guarnición evacua el castillo.—Es hecho prisionero Estrada.—Se salvan los demás.—Entrega del castillo.—Lérida.—Suchet se decide por la expedición á Valencia.—Sus primeras operaciones.—Acción de Alventosa.—Se pone sobre Valencia.—Estado de la ciudad.—Intimaciones de Suchet.—Levanta el campo.—Preparativos para el sitio de Lérida.—Prisión de Mina.—Fuerzas destinadas al sitio.—Se concentran en el Cinca.—Se ponen sobre Lérida.—Condiciones de la plaza.—Primeras operaciones para el sitio.—Acción de Margalef.—Ataque de los fuertes de Gardeny.—Intimación de Suchet al gobernador.—Apertura de la primera paralela.—Ataque á la cabeza del Puente.—Salida de la guarnición.—Los franceses continúan sus trabajos.—Rompen el fuego.—Otra salida.—Segunda paralela.—Las brechas.—Nuevo ataque á Gardeny.—Asalto de la plaza.—Maquiavelismo de

Páginas.

Suchet.—Se rinde el castillo.—Suchet hace reparar las fortificaciones.—Sitio de Mequinenza.—Las fortificaciones.—Salida de la guarnición.—Ataque del pueblo.—Se rompe el fuego sobre el castillo.—Se rinde.—Consideraciones ........ ..... 217 á 347

CAP. IV.—Tercera campaña de Portugal.—*Ciudad Rodrigo y Busaco.*—Líneas de invasión en Portugal.—Ejército francés. —Su general en jefe.—Fortificaciones de Ciudad Rodrigo.—La guarnición.—El gobernador.—Se presentan los franceses. —Parlamento.—Preparativos para el sitio.—Conducta de Welligton.—Llega Massena.—Salida de la guarnición.—Primera paralela.—Entusiasmo en la plaza.—Las baterías de sitio.—Estratagema de los franceses.—El ejército inglés de socorro.—D. Julián Sánchez abandona la plaza.—Ataque al convento de Santa Cruz.—Se rompe el fuego sobre la plaza.—Ataque al arrabal de San Francisco.—Otra intimación.—Los franceses cambian de plan.—Insistencia de Wellington en el suyo.—Ocupación del arrabal de San Francisco.—Segunda paralela y batería de brecha.—Nueva salida.—Situación de la plaza.—Los franceses avanzan sus obras.—La brecha.—Consejo de guerra. —Capitulación de Ciudad Rodrigo.—Conducta de los defensores.—Juicios sobre la de Wellington.—Preparativos para el sitio de Almeida.—Fuerte de la Concepción.—Acción del Coa.—Sitio de Almeida.—Salida de la guarnición.—Las fortificaciones.—Primeros trabajos.—Se rompe el fuego.—Capitulación de Almeida.—Conducta del gobierno portugués.—Opiniones de Wellington.—Situación del ejército aliado.—La del francés.—Representaciones de Massena.—Penetra en Portugal.—Medidas tomadas por Wellington.—Su posición en Busaco.—Formación de los aliados.—La de los franceses.—La batalla.—Ataque de la izquierda.—El de la derecha.—Bajas.—Cambio de plan.—Se retiran los aliados á Coimbra.—Abandonan la ciudad.—La entran los franceses.—Término de la primera parte de la campaña.—Reflexiones sobre ella............. 349 á 469

## Tomo IX

CAPÍTULO PRIMERO.—Cádiz.—Cádiz.—Descripción de la Isla. —Sus defensas.—Nuevas fortificaciones.—Refuerzos á la guarnición.—Primeros ataques de Víctor.—Alburquerque y la Junta de Cádiz.—Acción del 16 de marzo.—Huracán del 6 al 9 de marzo.—El del 16 de mayo y evasión de prisioneros franceses. —Pérdida de Matagorda.—Estado de los ánimos en Cádiz.—Expedición á Ronda.—La del condado de Niebla.—Instalación de las Cortes.—Participación dada á las Colonias.—Los suplentes.—Apertura de las Cortes.—Sus primeras medidas.—Dimisión de los regentes.—La del Obispo de Orense.—El Duque de Orleáns.—Impugnaciones del Obispo de Orense.—Su juramento.—Igualdad con las Colonias.—Libertad de Imprenta.—Sobre relevo de los regentes.—Regencia trina.—Los re-

Páginas.

gentes.—El marqués del Palacio.—Elogio de la primera regencia... 5 á 111
CAP. II.—Torres-Vedras y Badajoz.—La guerra.—Prosigue la campaña de Portugal.—Liberación de Coimbra.—Choque en Alcoentre.—El de Moinho-do-Cubo.—Siguen los franceses la marcha.—Situación de Massena.—Muerte de Sainte Croix.—Líneas de Torres-Vedras.—Ejército aliado y llegada de Romana.—Reconocimientos de Massena.—Espera equivocadamente una gran batalla.—Frustrado ese intento, toma posiciones.—Situación del ejército francés.—Nuevas posiciones á retaguardia.—Prudencia de Lord Wellington.—Muévense los dos ejércitos.—Nueva situación en que quedan.—Se fortifican más y más los ingleses.—Foy en París.—Expedición de Gardanne.—Ordenes para reforzar á Massena.—Napoleón y José.—Drouet se reune á Massena.—Combate de Río Maior.—Napoleón y sus mariscales.—Conducta de Soult.—Acción de los Castillejos.—Ballesteros sigue sobre Remond y lo bate.—Sitio de Olivenza.—Situación de la plaza.—Primeras operaciones.—Se rompe el fuego.—Se rinde la plaza.—Sitio de Badajoz.—Estado de la plaza.—La guarnición.—El gobernador.—Ejército sitiador.—Primeras operaciones.—Primeras salidas de la plaza.—Bombardeo.—Salida del 6 de febrero.—Reconocimiento en la derecha del Guadiana.—Pérdida de Pardaleras.—Batalla del Gévora.—Posición de San Cristóbal.—Ataque de los franceses.—Derrota de los españoles.—Conducta de algunos cuerpos.—D. José de Gabriel.—Bajas.—Resolución de Menacho.—Prosigue el sitio.—Coronamiento del camino cubierto.—Nuevas salidas.—Muerte de Menacho.—El brigadier Imaz.—Batería de brecha.—Consejo de guerra en la plaza.—Capitulación.—Sus efectos.—Sitio de Campo-Maior.—Muerte de Romana... 113 á 243
CAP. III.—Tortosa.—El general Suchet.—Su conducta en Aragón.—La de Caro en Valencia.—La de O'Donnell en Cataluña.—Sitio de Tortosa.—Preliminares.—Comienza el sitio.—La plaza.—Salidas de los sitiados.—Sale Caro de Valencia.—Acción de O'Donnell junto al Ebro.—Salida del 3 de agosto.—Derrota de las tropas valencianas.—Macdonald en el campo de Tarragona.—Junta de Macdonal y Suchet en Lérida.—Acción de La Bisbal.—Nueva campaña de Villacampa.—Acción de la Fuensanta.—Espoz y Mina en Navarra.—Batida del general Reille.—Acciones de Flix y Falset.—Acción de Ulldecona.—Vuelta de Macdonald al Ampurdán.—Batalla de Cardona.—Acciones de Lladó y la Cruz-cubierta.—Vuelta de Macdonald al Ebro.—Cerco de Tortosa.—Primeros trabajos del sitiador.—La defensa.—Alacha y Uriarte.—División del mando.—Conducta de Uriarte.—Siguen los trabajos del sitiador.—Salida del 26 de diciembre.—La del 28.—Las baterías francesas rompen el fuego.—Primer consejo de guerra en la plaza.—Ataque del frente de San Pedro.—Triste situación de la plaza.—Segundo consejo.—Sucesos de 1.º de enero de 1811.—Bate-

Páginas.

ría de brecha.—Conatos de capitulación.—Saint Cyr en la plaza.—El 2 de enero.—Entrega de la plaza.—Conducta de las tropas.—La de Alacha y Uriarte.—Bajas.—Efectos que produjo la rendición de Tortosa.—Pérdida del castillo del Coll de Balaguer.—Retirada de Macdonald á Lérida.................. 245 á 360

CAP. IV.—TORRES-VEDRAS Y CHICLANA.—Massena resuelve retirarse.—Situación de los dos ejércitos.—Comienza la retirada. —Acción de Pombal.—Combate de Redinha.—Montbrum ante Coimbra.—Cambio en la retirada.—Combate de Casal Novo.—El de Foz de Arouce.—Consideraciones.—Paso del Alba.—Nuevo proyecto de Massena.—Disentimiento y destitución de Ney.—Ataque de Guarda.—Massena abandona su anterior proyecto.—Combate de Sabugal.—Fin de la retirada.—Servicios de los españoles á retaguardia de Massena.—Los de D. Julián Sánchez.—Los de otros guerrilleros en el Duero.—Los del Ebro.—El cura Merino.—Acción de Almazán.—Nueva creación de distritos militares.—Renovales.—Su expedición á Santoña.—Vuelve á la Coruña y de allí á Santander.—Su exoneración.—El 6.º ejército.—Situación de Cádiz.—Batalla de Chiclana.—Van las tropas de Cádiz á Tarifa.—La marcha.—Plan nuevo de Lapeña.—Fuerza de los franceses.—Lapeña en Cabeza del Puerco.—Triunfo de la Vanguardia.—Combate de las tropas inglesas.—Su completa victoria.—Error de Lapeña.—Conducta de Graham.—El ejército se retira á la Isla.—La cuestión del mando en las Cortes.—Los Willantroys en Cádiz. —Expedición de Zayas á Huelva.—Otra de Blacke á Niebla.—Soult pide refuerzos.—La guerra en Ronda.—Expedición de Lord Blayney.—El Alcalde de Otívar.—Campaña de Baza.—El Rey José en Madrid.—Resuelve retirarse á Francia.—Su marcha.—Las guerrillas en derredor de Madrid.............. 361 á 516

APÉNDICES.................................................. 519 á 563

## Tomo X

CAPÍTULO PRIMERO.—FERNANDO VII Y LOS AFRANCESADOS.—Fernando VII.—Su destino á Velençay.—Su llegada.—La vida en Valençay.—Napoleón y Talleyrand.—Proyectos de evasión. —El de Malibrán.—El del Marqués de Ayerbe.—El de Kolli.—La Reina de Etruria.—Venganzas de Napoleón.—Consideraciones.—Los afrancesados.—Sus razonamientos.—Testimonio de la *Gaceta de Madrid*.—Cómo se afrancesaba á las gentes.—Las Justicias.—El Clero.—La Grandeza.—Tropas españolas del Intruso.—Resumen........................................ 5 á 78

CAP. II.—FUENTES DE OÑORO Y LA ALBUHERA.—Situación del ejército francés en Castilla.—La del aliado.—Wellington se traslada á Elvas.—Su vuelta á Castilla.—Resolución de Massena.—Conducta de Bessières.—El ejército francés de Portugal. —Avanza sobre la frontera.—Posición de Fuentes de Oñoro.—Ejército combinado.—Error de Massena.—Comienza la batalla en Fuentes de Oñoro.—Cambio de plan.—Nueva situación.—

Páginas.

Ataque de Poço Velho.—Nuevo campo de batalla.—Cargas de Montbrun.—Bessières y la guardia imperial.—Hábil defensa de Wellington.—Segundo ataque de Fuentes de Oñoro.—Otra fechoría de Bessières.—Termina la batalla.—Responsabilidades.—Bajas.—Evacuación de Almeida.—Reemplazo de Massena.—La Albuhera.—Alarmas de Soult.—Preliminares del sitio de Badajoz por los aliados —Sitio y toma de Olivenza.—Llegada de Wellington.—Comienza el sitio de Badajoz.—Ataque á San Cristóbal.—Se suspende el sitio.—El mando en jefe.—Abnegación de Castaños y Blake.—Avanzan los franceses.—El campo de batalla.—Formación de las tropas.—Se presentan los franceses.—La batalla.—Ataque á la derecha española.—Cambia ésta de frente.—Cargan las divisiones Girard y Gazán.—Su fracaso.—Acuden Soult y Gazán.—Entra en acción la división Stewart.—Desastre de la brigada Colborne.—Cargan los franceses por segunda vez.—Nuevo fracaso de las divisiones francesas y de su reserva.—Avance de los ingleses.—Retroceden los franceses.—Inacción de los aliados.—Bajas.—Conducta de los generales.—Resoluciones de Lord Wellington....... 79 á 182

CAP. III.—TARRAGONA.—Estado de la insurrección nacional en Cataluña.—Intentona sobre Montjuich.—Reconquista del Castillo de Figueras.—Disposiciones preventivas de Suchet.—Alarmas de Macdonald.—Resolución de Suchet.—Marcha sobre Tarragona.—Preliminares del sitio.—Acción de Figueras.—Situación de Tarragona.—Estado de la ciudad y sus fuertes.—Primeras operaciones del sitio.—Salida del 18 de mayo.—La Junta del Principado.—Su marcha al interior.—Continúan las operaciones del sitio.—Las de fuera de la plaza.—Ataque del fuerte del Olivo.—Muerte del general Salme.—El asalto.—Consecuencias de la pérdida del Olivo.—Sale Campoverde de la plaza.—El general Contreras.—Suchet vuelve á su primer plan. Ataque del fuerte de Francolí.—Toma del fuerte.—Continúan las obras.—Salidas de la plaza.—Ataque del primer fuerte.—El asalto de la Luneta.—Estado de la guarnición: Campoverde, Contreras y la Junta.—Nuevos trabajos de aproches.—Asalto del primer recinto.—Resolución de Contreras.—Causas de aquel desastre.—Nueva intimación despreciada.—Operaciones de Campoverde.—Sus imprudencias con Contreras.—Pena del Talión.—Apurada situación de Tarragona.—La fuerza inglesa del Skerret.—Proyecto de evasión.—El asalto de la plaza.—Noche espantosa.—Bajas.—Consideraciones sobre el sitio de Tarragona.......................... 183 á 324

CAP. IV.—AMÉRICA.—Disturbios en América.—Sublevación de Caracas.—Agentes franceses en los Estados Unidos.—Sublevación en Buenos Aires.—En nueva Granada.—En el Perú.—Acción de su virrey en Buenos Aires.—Pronunciamiento de Chuquisaca.—En Chile.—En Salta de Tucumán.—Batalla de Guaqui.—La de Sipesipe.—En Méjico.—El cura Hidalgo.—El general Venegas.—Acción de las Cruces.—Batalla de Aculco.—Reconquista de Guanajato.—Término de la insurrección.—

Páginas.

En las Floridas.—Situación general á fines de 1811.—Discusión sobre la representación americana en las Cortes.—Destierro de los anteriores regentes.—Pretende la Infanta Carlota la Regencia.—Es rechazada su pretensión.—Gestiones de Inglaterra.—Nuevas complicaciones.—Gaditanos y franceses...... 225 á 396

CAP. V.—Continúa el sitio de Badajoz.—Nuevo plan de ataque.—Los sitiados.—Obras de sitio.—Salidas de la plaza.—Continúan las obras.—Se rompe el fuego.—Asalto del fuerte de San Cristóbal.—Es rechazado.—Otro asalto.—Rechazado también.—Los ingleses levantan el sitio.—Consideraciones.—Socorro á la plaza.—El general Marmont.—Su marcha á Badajoz.—Situación crítica en la Península.—Posición de Lord Wellington.—Los generales sus enemigos.—Los franceses se separan de Badajoz.—Blake se dirige á Niebla.—Operaciones de los españoles en Galicia y Asturias.—En Burgos y Navarra.—La hazaña de Arlabán.—En Santander y Vizcaya.—En Rioja, Soria y Aragón.—En Cataluña.—Suchet gana el Monserrat.—La montaña y sus defensas.—El ataque.—Fuga de los catalanes.—Establecimiento de los franceses en Monserrat.—Lacy y los catalanes.—El castillo de Figueras.—Su rendición.—Toma Lacy las islas Medas.—En Granada.—Acción de Zújar.—Plan de Soult.—Ataque á la derecha española.—El del centro en Zújar.—Se retira el general Freire.—El Alcalde de Otívar.—Ballesteros en Ronda.—Intentan los franceses la conquista de Tarifa.—Esterilidad de la campaña de Soult.—Sus crueldades. 397 á 511

APÉNDICES............................................... 513 á 563

## Tomo XI

CAPÍTULO PRIMERO.—LA CONSTITUCIÓN Y TARIFA—Efervescencia de los ánimos en Cádiz.—Proyecto de Constitución.—Su discusión.—Título I.—Capítulo I.—Capítulo II.—Título II.—El territorio.—La Religión.—El Gobierno.—Ciudadanía española.—Composición del Congreso.—Facultades del Rey.—Termina la discusión.—Se promulga la Constitución.—Concepto militar de la Constitución.—Cambio de Regencia.—Los nuevos Regentes.—Las Regencias comparadas.—Tarea de la Regencia.—Los Masones.—La guerra junto á Cádiz.—El general Ballesteros.—Sitio de Tarifa.—La plaza y su presidio.—Fuerzas sitiadoras.—Primeras operaciones.—Primeras baterías.—Se rompe el fuego.—Leval intima la rendición.—Asalto á la brecha.—Se levanta el sitio.—Observaciones.—Recompensas.—Retirada de los franceses..... ........... ............ 5 á la 94

CAP. II.—VALENCIA.—Campaña de 1811 en Valencia.—El ejército español.—Obstáculos en el camino.—Fuerzas de los franceses.—Preparativos para la jornada.—Situación de los españoles.—Su mando.—Su estado moral.—Preparativos de Blake.—Su conducta militar.—Llega Suchet á Murviedro.—El castillo de Sagunto.—Sus fortificaciones. — Estado de ellas. —Cómo se restauraron.—Avance de los franceses.—Situación de Blake.

Páginas.

—Ataque á viva fuerza.—Son rechazados los franceses.—Bajas.—Operaciones sobre Teruel y Oropesa.—En el camino de Teruel.—En Benaguacil.—Observaciones.—Toma de Oropesa.—Obras contra el castillo de Sagunto.—Se rompe el fuego.—Asalto del 18 de octubre.—Es rechazado.—Nuevas obras de ataque.—El Empecinado, Durán y Mina.—Batalla de Sagunto—Conducta de Blake.—Expedición de Mahy á Cuenca.—Planes de ataque á Suchet.—Plan de la batalla.—El de Suchet.—Comienza el combate.—En el Hostalet.—Consecuencias de aquel revés.—En la izquierda española.—Acción de Mahy.—Retirada general de los españoles.—La de Zayas.—Nueva situación del ejército español.—Bajas en ambos ejércitos.—Resultas.—Rendición de Sagunto.—Consideraciones.—La capitulación.—Suchet pide nuevos refuerzos.—Posiciones que ocupa.—Valencia y su posición militar.—Primeras operaciones de sitio.—Los refuerzos franceses.—D'Armagnac trata de unirse á Suchet.—Nuestros guerrilleros y jefes aragoneses.—Diversiones en auxilio de Suchet.—La en favor de Blake.—Llegan los refuerzos al campo francés.—Paso del Turia.—Acción de caballería junto á Torrente.—Combate de Mislata.—En la izquierda española.—En Chirivella.—Retirada al Júcar.—La división Zayas.—Paso del Turia en su desembocadura.—Mahy en Alcira.—Comentarios.—Valencia cercada.—Salida de la plaza.—Comienza el sitio.—La casa de las Palmas.—Los valencianos y Blake.—Obras de aproche y de ataque.—Se abandona el atrincheramiento exterior.—Ataque al recinto antiguo.—Intimación de Suchet.—Contestación de Blake.—Consejo de guerra.—Capitulación.—Entran los franceses en Valencia.—Quebrantamiento de la capitulación.—Conducta de los valencianos.—Pérdida de Peñíscola.................. 95 á la 272

CAP. III.—Reconquista de Ciudad Rodrigo.—Situación de los ejércitos en Extremadura.—Pensamiento de Wellington sobre Ciudad Rodrigo.—Modo de llevarlo á ejecución.—Marcha de Wellington á Ciudad Rodrigo.—Operaciones en la frontera de Galicia.—Marcha de Marmont y Dorsenne en socorro de Ciudad Rodrigo.—Posiciones de los beligerantes.—Combate de El Bodón.—Indecisión de los generales franceses.—Combate de Aldea da Ponte.—Nueva posición inglesa.—Retíranse los franceses.—Viaje del rey José á París.—Su vuelta á España.—Medidas militares y políticas que toma.—Estado anómalo de la guerra.—Acción de Arroyo Molinos.—Expedición de Montbrun á Alicante.—Nuevo convoy á Ciudad Rodrigo.—Estratagema de Thiebault.—La división de España en el Agueda.—El General Castaños.—Situación de Ciudad Rodrigo.—Asalto del reducto Reinaud.—La primera paralela.—Construcción de baterías.—Salida de la plaza.—Asalto de San Francisco.—Baterías de brecha.—El asalto de la plaza.—Después de la victoria.—El general Barrié en la defensa.—Wellington en el ataque.—Inacción de Marmont y Dorsenne.—Proyectos ulteriores del Lord.................................................. 273 á 382

Páginas.

CAP. IV.—RECONQUISTA DE BADAJOZ.—Importancia de Badajoz. Wellington decide su conquista.—Preparativos que hace.—Su marcha á Badajoz.—Estado de la guerra.—En Cataluña.—Combates cerca de Igualada.—Invade Eroles la Cerdaña francesa.—Decaen y el convoy á Barcelona.—Muro, O'Rian y Miláns en Aranda, Tarragona y Mataró.—Reorganización militar.—En Aragón.—Fracaso de Montijo.—Durán, Empecinado y Villacampa.—En Navarra y las Vascongadas.—Mina, su persecución y represalias.—Acciones de Ayerbe y Plasencia.—Conducción de los prisioneros á Motrico.—Acción de Sangüesa.—Derrota de los Infernales.—Jáuregui y Zonga.—Acción de Tartanga.—La del Puente de Bolueta.—En Santander y Asturias.—Campillo.—Porlier.—Nueva invasión de Bonnet en Asturias.—En Burgos y Rioja.—El Cura Merino.—En Castilla la Nueva.—Palarea.—Chaleco.—Más guerrilleros.—Alicante y Murcia.—Situación de Alicante.—Desastre de Murcia.—Muerte de La Carrera.—Sitio de Badajoz.—Las fortificaciones.—Precauciones de Wellington.—Plan de ataque.—Ataque á la Picuriña.—Salida de la plaza.—Asalto de la Picuriña.—Nuevas obras de ataque.—Se rompe el fuego contra la plaza.—Las brechas.—El asalto.—Observaciones.—¡Pobre Badajoz! ........ 383 á 516

APÉNDICES ........ 519 á 547

## Tomo XII

CAPÍTULO PRIMERO.—BATALLA DE LOS ARAPILES.—Situación militar en la frontera de Portugal.—Plan de Lord Wellington.—Principian las operaciones.—Destrucción del puente de Almaraz.—El teatro de la campaña.—El ejército aliado avanza á Salamanca.—La ataca Wellington.—La toma.—Operaciones en el Guareña.—Batalla de los Arapiles.—Posiciones inglesas.—Las francesas.—Wellington corrige las suyas.—Avanza el ejército inglés.—Ataca la izquierda francesa.—Es herido Marmont.—Le sustituye Clausel.—La división Thomiéres.—Ataque del Centro.—Momento crítico.—Se retiran los franceses.—Episodios notables.—El general Foy.—El general Maucune.—Fin de la jornada.—Las bajas.—Combate de Garcihernández.—Observaciones.—Juicios sobre Marmont.—Sus descargos.—Lord Wellington.—El rey José.—Sus movimientos.—Vuelve á Madrid.—Acción de Majadahonda.—Retirada de José á Valencia.—Entra Wellington en Madrid.—Alegría general.—Organización de los servicios públicos.—El hambre en Madrid........ 5 á 148

CAP. II.—CÁDIZ Y BURGOS.—El mariscal Soult en Andalucía.—Sitio de Cádiz.—El bombardeo.—Las Cortes.—Diccionario crítico burlesco.—Pretensión de la Regencia.—Otros asuntos.—Llega la noticia de la batalla de los Arapiles.—Levanta Soult el sitio de Cádiz.—Acción de Cártama.—Acción de Bornos.—Sorpresa de Osuna.—Ocupación de Málaga.—Posiciones de los beligerantes en Extremadura.—Retirada de Soult.—Ataque del puente de Triana.—Acción de Antequera.—Acción de Loja.

Páginas.

—Entran en Córdoba Schépeler y Echavarri.—Administración francesa en Andalucía.—Correspondencia de Soult interceptada.—Acción de Castalla.—Posiciones de los combatientes.—El ataque.—Reacción de los franceses.—Se retiran los españoles. —Bajas.—Efecto en las Cortes.—El consejo de guerra.—El Conde de La Bisbal.—Reunión de los franceses en Almansa.—Marchan los del Centro y Mediodía á Madrid.—El castillo de Chinchilla.—Toma de Consuegra.—Situación de Madrid.—Lord Wellington.—Su nombramiento de Generalísimo.—El general Ballesteros.—Reanuda Wellington sus operaciones militares.—Rendición de Astorga.—Se dirige Wellington á Burgos. —Sitia el castillo.—Lo que era el castillo.—El plan para atacarlo.—Primeras operaciones.—Primer asalto.—Primera mina. —Intento de otro asalto.—Segundo asalto.—Salidas de la guarnición.—Ataque á San Román.—Tercero y último asalto.—Observaciones.—Se levanta el sitio.—Wellington en la retirada. —Acción de la Venta del Pozo.—Combate en el Carrión.—Los ejércitos aliados en el Duero.—José y Soult en el Tajo.—Reúnense los franceses.—Batalla inminente.—Retírase Wellington.—Defensa del castillo de Alba.—Madrid.—Nuevas posiciones del ejército aliado.—Las de los franceses.—Juicio de la campaña.... 145 á 327

CAP. III.—EN PROVINCIAS Y EN CÁDIZ.—En Cataluña.—Acción de Vilaseca.—La de Altafulla.—En San Feliú de Codinas.—Invasión en Francia.—Acción de Roda.—Operaciones de Rovira.—Las de Miláns.—Otras acciones.—Sorpresa en Martorell. —En Montserrat.—Suchet en Valencia.—Campaña de Mina en Navarra.—Burla una combinación de los franceses.—Segunda acción de Arlabán.—Peligro que corre en Robres.—Muerte de Cruchaga.—Es herido.—Su administración.—En las Vascongadas.—Plan de unión entre ellas.—Toma de Bilbao.—En Santander.—En Burgos y Soria.—Prisión y sacrificio de la Junta. —Operaciones de Durán.—Sorpresa de un convoy en Tudela.—Ataque de Aranda.—Bloqueo y toma de Soria.—Tabuenca en Rioja.—La guerra de Rusia.—Preparativos para la próxima campaña.—Se traslada Wellington á Cádiz.—Cómo se le recibió.—Su conducta militar y política.—Motivos de disensión en las Cortes.—Abolición de la Inquisición.—La de las Ordenes monásticas.—Sobre los afrancesados.—Mediación inglesa con los disidentes de América.—La Infanta Carlota.—Sobre refuerzos de tropas rusas.—Cambio de Regentes.—La opinión en Portugal.—Anotaciones.... 329 á 471

APÉNDICES.... 473 á 495

## Tomo XIII

CAPÍTULO PRIMERO.—VITORIA.—Situación de Napoleón.—Reorganización del ejército inglés.—La del portugués.—Se completa la reorganización.—La de los franceses.—Planes de José.—El de Napoleón.—Segunda acción de Castalla.—El cam-

Páginas.

po de operaciones.—Situación de los españoles.—Combate de Yecla.—El de Villena.—El de Biar.—El de Castalla.—Diversión sobre las posiciones francesas.—Acción de Poza.—Sitio de Castro-Urdiales.—Las fortificaciones.—Intentona de asalto.—Segundo sitio.—Salida.—Obras de ataque.—Se rompe el fuego.—El asalto.—Operaciones de Mina.—Sitio de Tafalla.—Asalto del fuerte de Fuenterrabía.—La mariscala Suchet.—Acción de Lerín.—Preocupaciones de Clausel.—Batida en el Roncal.—Situación de José en Castilla.—Plan de Wellington.—Comienzan las operaciones.—Posiciones francesas.—Planes de retirada.—Se retiran los franceses.—Nuevo plan de retirada.—Voladura del castillo de Burgos.—Siguen retirándose los franceses.—Combate de Osma.—Se detienen en Vitoria.—Descripción del campo.—Posiciones de uno y otro ejército.—José y Wellington.—Batalla de Vitoria.—En Zaldiaran.—En Subijana de Alava.—En el centro de la línea.—Paso del Zadorra por Tres Puentes.—Cruce general del río en el centro.—Ataque de Ariñez.—El de Zuazo.—En la derecha francesa.—Retirada del rey José.—El botín.—Retirada de Reille.—Continúa la retirada general á Francia.—Retirada de Foy.—Ataque de Tolosa.—Retirada de Clausel.—Observaciones..... 5 á 162

CAP. II.—La frontera Pirenaica.—Situación de Suchet en Valencia.—Su retirada de aquel reino.—Inacción de los aliados.—Prosigue Suchet su marcha.—Se retira á Cataluña.—La política en el Norte de Europa.—Operaciones en Cataluña.—El general Copons.—Acción del Valle de Rivas.—La de La Bisbal del Panadés.—En Aragón.—Situación militar general. Soult general en jefe.—El ejército aliado.—Teatro de la campaña.—Plan de Soult.—Penetra en España por Valcarlos.—Byng, Morillo y Ross.—Cole en su auxilio.—Llegan unos y otros frente á Pamplona.—Combates en el Baztán.—Maniobras de Wellington.—Batalla de Sorauren.—El campo de batalla. Posiciones de los aliados.—Las de los franceses.—Reforma de las posiciones.—Rompe la acción.—Combate en el Ulzama.—Ataque de la posición de Cole.—La ataca también Reille.—En Arleta.—En el Arga.—Soult cambia de plan.—Otra batalla junto á Elcano.—Retirada de Soult.—De Santesteban á Echalar.—En Yanci.—En Echalar.—Ultimas posiciones de los franceses.—Observaciones.—Error de Soult respecto á San Sebastián.—Primer sitio.—Situación de esa plaza.—Plan de Wellington.—Obras de ataque.—Se rompe el fuego contra San Bartolomé.—Contra el Rondeau.—Contra la plaza.—Las brechas.—El asalto.—Sus efectos.—El nuevo bloqueo.—Segundo sitio.—Se rompe el fuego.—Toma de Santa Clara.—Nuevas salidas.—La nueva batería.—La guarnición.—Preparativos.—El asalto.—En la brecha.—En la de San Juan.—Acuden las reservas.—Paso del río por los portugueses.—Voladura en la brecha.—Toma de San Sebastián.—Su incendio y destrucción.—Rendición del castillo.—Batalla de San Marcial.—Precauciones de Soult en Francia.—Su plan ofensivo.—El defensivo de Welling-

Páginas

ton.—Ataque á San Marcial.—Son rechazados los franceses.—El ataque de Clausel.—En Echalar y Maya.—Observaciones... 163 á 350

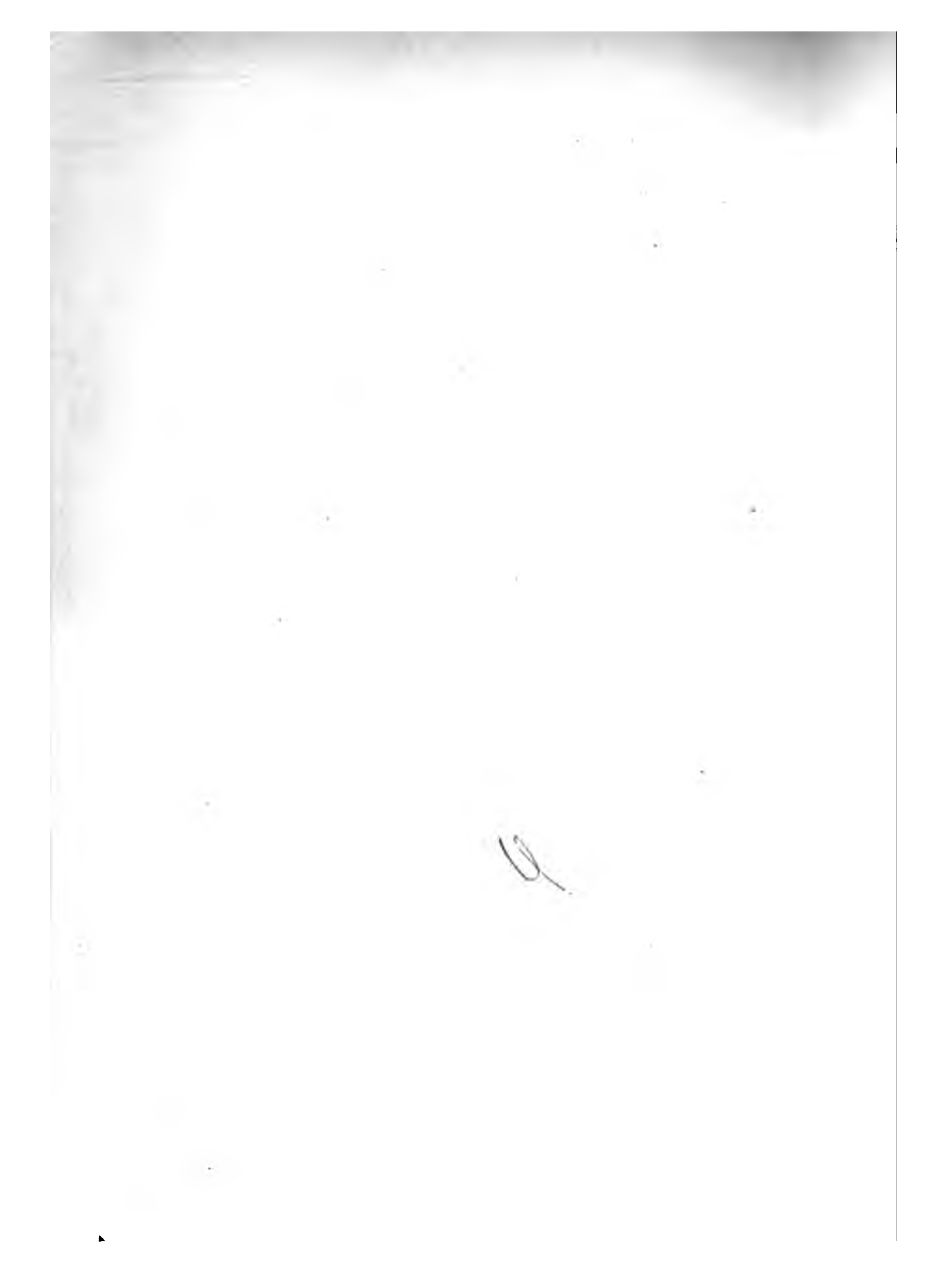
CAP. III.—CATALUÑA.—Napoleón y sus ejércitos.—La guerra en Cataluña.—Levántase el sitio de Tarragona.—Acción de Amposta.—Voladura de Tarragona.—Acción del Ordal.—Decadencia de Napoleón.—Relevo de Castaños.—La peste.—Ciérranse las Cortes.—Conducta de Suchet.—Se trasladan á Madrid las Cortes.—Tratado de Valençay.—Misión de San Carlos y Palafox.—Contestación de la Regencia.—Efecto causado en Madrid.—Agentes venidos de Francia.—Audinot.—Contra la Regencia.—Mala situación del Emperador.—La de Suchet en Cataluña.—Ataque frustrado de Molíns de Rey.—Rendición de algunas plazas.—D. Juan Van-Halen.—Van-Halen fracasa en Tortosa.—Entrega de Lérida.—La de Mequinenza.—La de Monzón.—Ordenes de Napoleón.—Habert y Robert.—Denia.—Murviedro.—Peñíscola.—Fernando VII en libertad.—Pasa el Fluviá.—Frente á Barcelona.—En Reus.—En Zaragoza.—En Segorve.—En Valencia.—En Madrid.—Observación final.—Acción de San de Gervasio, última en Cataluña............... 351 á 471

## Tomo XIV

CAPÍTULO ÚNICO.—CAMPAÑA DE FRANCIA.—Invasión de Francia.—Situación de Wellington.—La de Soult.—Nueva correspondencia de Soult y Suchet.—Estado defensivo de la frontera.—Paso del Bidasoa.—Toma de La Rhune.—Bajas.—Inacción de Wellington.—Sitio y rendición de Pamplona.—Conducta de Wellington ante la Nivelle.—Batalla de la Nivelle.—Ataque de los reductos de Sare.—Freire y Hope.—Muerte de Conroux.—En la izquierda francesa.—Ocupación de Saint-Pée.—Consecuencias.—A un escritor portugués.—Nueva suspensión de las operaciones.—Rendición de Jaca.—Preparativos de Soult.—Política inglesa.—Se reanudan las operaciones.—Jornada del 10 de diciembre.—Resolución de Soult.—Situación de los franceses.—Ataque de los aliados.—Acción de los españoles.—Jornada del 11.—La del 12.—La del 13.—Victoria de los aliados.—Las bajas.—Observaciones.—El general Harispe.—Se piensa en la vuelta de los españoles.—La nueva administración.—Nuevas operaciones.—Acción de Garritz.—Paso del Adour junto á Bayona.—Batalla de Orthez.—El terreno y las fuerzas.—El ataque de los aliados.—Pensamientos de ofensiva en Soult.—El duque de Angulema.—Congreso de Chatillón.—Nuevo arranque de Soult.—Avanzan los aliados.—Combate de Tarbes.—Nueva posición.—Las tropas francesas.—Las aliadas.—Paso del Garona.—Plan de ataque.—Comienza la batalla.—Atacan Freire y Beresford.—Revés de Taupín.—Beresford sube al Calvinet.—Ataque del puente des Domoiselles.—Los españoles en el Calvinet.—La línea del canal y Saint-Cyprien.—Las bajas.—Evacuación de Toulouse.—Observaciones.—Retírase el ejército francés.—Primeras no-

Páginas.

ticias de París.—Armisticio.—La paz.—Bloqueo de Bayona.—Acción de Saint Etienne.—Se emprende el sitio.—Salida del 14.—Hope, prisionero y herido.—Reacción de los aliados.—La paz.—Ocupación de Benasque.—Bloqueo de Santoña —Estado de la plaza.—Ataque á los fuertes exteriores.—Capitulación rechazada.—La paz general ........................................ 5 á 192
EPÍLOGO ........................................ 193 á 318
APÉNDICES ........................................ 319 á 396




SIGILLVM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV ANG
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS